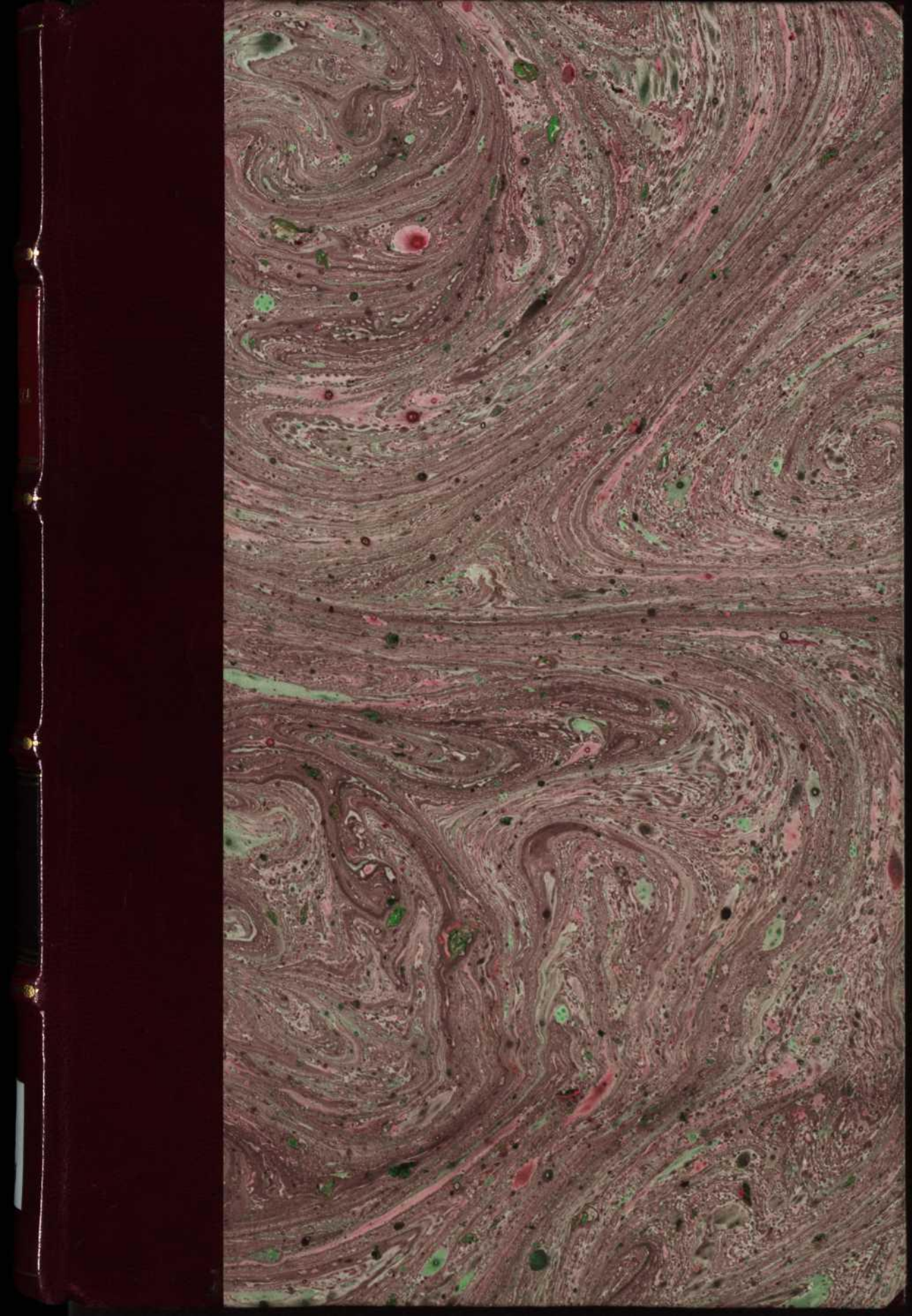






corrente

REVISTA

PINTORESCA,

DEL

Avisador Malagueño.

II

MATERIAS QUE CONTIENE LA REVISTA DE 1847.

ESTUDIOS DE CIENCIAS NATURALES.

Los Necróforos.
El Perro.
La aurora boreal.
Edad de los árboles.
El Goliath Gigante.
Las Serpientes.
El Camello.
Las Conchas.
Las Aves.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

La Corona y el Hacha.
Memorias de Iosouf.
El dia 2 de Mayo de 1808 en Madrid.
Vida de Torcuato Tasso, extractada de la que escribió en frances Mr. Suart.
Biografia del Cardenal de Lorenzana.
Wamba trigésimo segundo de los Reyes Visigodos de España.
Vida de Esopo el Frigio.
Nicolás Flamel.
La batalla de Guadalete.
Biografia de don José Alvarez.
Conquista de Sevilla por D. Fernando III el Santo.
Reynado de Isabel de Inglaterra.
La Doncella de Orleans.

ESTUDIOS ASTRONÓMICOS

La Luna.

VIAJES.

Los Kalmukos.
La Meca.
Los Lapones.
Mesina.
Expediciones al mar Artíco de los comandantes Ross, Buchan y Parry.

COSTUMBRES.

Condicion social de las mugeres egipcias.
Sobre las salutaciones y zalemas.
Costumbres andaluzas.
Del calzado entre los antiguos.

LEYENDAS HISTÓRICAS.

El Conde Rodulfo.
La hermosa Fosseuse.
La tienda roja y la tienda negra. Crónica bohema del siglo XIV.
Madama Laura.
Gabriela y Clara de Laval. Leyenda del siglo XVI.
Los dos huérfanos.

NOVELAS, CUENTOS Y ANÉCDOTAS.

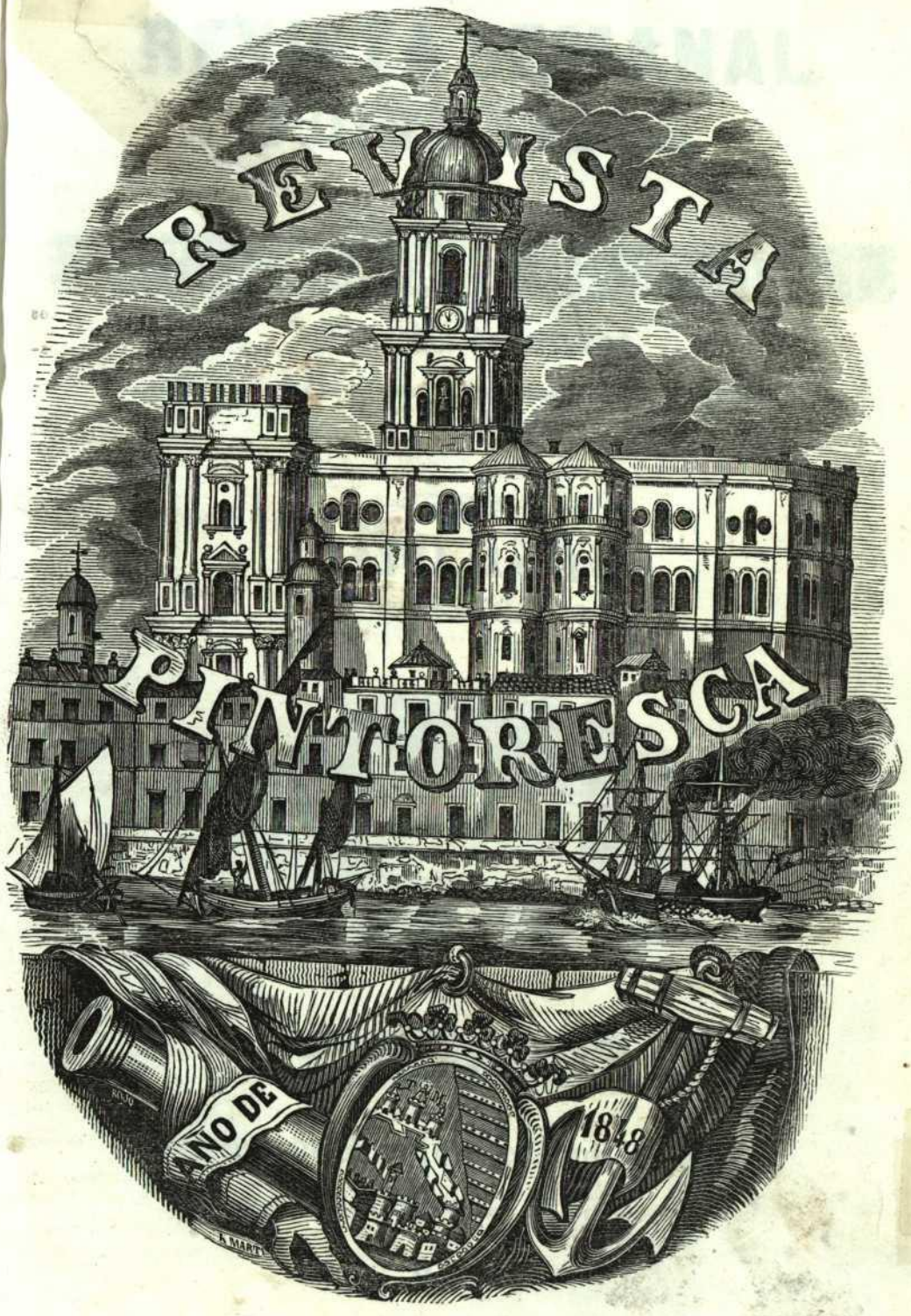
Dos negaciones equivalen á una afirmacion.
El muerto vivo. Cuento por Washington Irving.
El Músico de Hernival.
Maria.
El Baron Von-Koëldwethout de Tromberg: por Washington Irving.
Los Recaudadores del Banco: por Berthet.
El veneno de los Obeahs
El orgullo castigado
Eduardo y Enriqueta.
Una pastorela en Montmorenci.
El Capitan Wolf: por Eugenio Sue.
Una hora de sueño. Aventura china.
El mejor amigo.
La virtud de Rosina.
Un viaje divertido.
Una mañana de Otoño.
Un matrimonio en la alta sociedad.
Memorias de un hombre feliz.
La Organista de Florencia.
Una deuda de honor.

MISCELANEA.

Gustos de diferentes. naciones por varios. manjares.
La Cárcel de Filadelfia.
Elogio de los embusteros.
El poeta ingles Waller.
El autor trágico ingles.
Efectos saludables del ejercicio.
La Astrologia y los Astrólogos.
A la Adelfa. Monostrophe.
Utilidad de los baños.
Historia de las campanas.
De las perlas y del modo de cogerlas.
La Catedral de Córdoba.
El puente de Toledo, en Madrid.
Casa del señor Marques de Casa Irujo en Madrid.
Ligera noticia sobre Mr. S. K. G. Nellis, nacido sin brazos el 12 de Marzo de 1817.
El lenguage de las flores.
Sepulcro de Fernando el VI en las Salesas.

LÁMINAS ILUSTRATIVAS QUE CONTIENE LA REVISTA DE 1847.

Henrique IV y Ana Boleyn.
Palacio de White-Hall, morada del Cardenal Wolsey.
Trages de los kalmukos.
Kalmuko cazando.
Julia Berger.
El Muerto novio.
Necróforos enterrando un Topo.
El kaaba (Vista de)
Una noche en un convento.
Maria en la ventana.
El Perro.
Los Lapones.
La aparicion y el baron Vonkoëlwethout.
Vista telescópica del disco de la Luna en el plenilunio.
Casa del Ayuntamiento de Paris.
Galeria de las fieras en el Jardin de Plantas de Paris.
Monumento del 2 de Mayo en Madrid.
El Cadáver del Tasso conducido en la carrosa fúnebre.
Embarque de Mr. Compton.
Retrato del Cardenal de Lorenzana.
Eduardo burlado por sus condiscípulos.
Eleccion de Wamba.
Rochefort besando la mano á la Reyna.
Esopo probando su inocencia.
Janto presenta á Esopo á su muger.
Esopo sirviendo á Janto y sus discípulos.
Esopo descubre un tesoro
Esopo es conducido á la muerte.
Costumbres españolas.
Calzado de los antiguos.
El Goliath Gigante
Nicolás Flamel y su muger.
D Rodrigo en la batalla de Guadalete.
El Capitan Wolf
Vista interior de la Catedral de Córdoba.
Soldados de la Milicia Tigre
El grupo de Zaragoza.
El Puente de Toledo en Madrid.
Un naufragio.
El Camello.
Casa del Marques de Casa Irujo, en Madrid.
Toma de Sevilla.
Conchas. Cono atigrado y tellina.
Un viaje divertido.
Isabel de Inglaterra.
Vista de Mesina.
El Aguila.
Retrato de Mr. Nellis.
Mr. Nellis afeitando con los pies.
D. Juan de Austria y Felipe II.
Buque acuartelado en invierno en el mar Artico.
Sepulcro de Fernando el VI en las Salesas.


REVISTA
PINTORESCA
AÑO DE
1848

REVISTA SEMANAL
PINTORESCA
DEL
AVISADOR MALAGUEÑO.

Coleccion de lecturas

de literatura, historia, ciencias, viajes, novelas y anécdotas.

AÑO 1848.



MÁLAGA

Imprenta de Martinez de Aguilar, Editor.

Calle del Marques, n.° 10 y 12.

1848.

REVISTA SEMANAL

PINTORESCA

DE LA

AVISADOR MALAGUEÑO.

Coleccion de lecturas

de literatura, historia, ciencias, viajes, novelas

y anécdotas.

AÑO 1848.

MALAGA.

REVISTA PINTORESCA.

EL SUSCRITOR.

Asi como en el mundo existen seres felices y seres desgraciados, asi el Diccionario de la Academia Española contiene en sus páginas palabras afortunadas y palabras sin fortuna. Líbrenos Dios de formar juicios aventurados, acerca de si á las palabras cobija la misma suerte que á los individuos de la especie humana; es decir que alcanzan mas nombradia y merecimientos los que menos lo merecen: puede que si á tanto descendiésemos, no dejáramos de hallar alguna semejanza; bastándonos para ello poner en parangon palabras con palabras; pero no es este nuestro objeto. Queremos, sí, mostrar el hecho, mas no las causas que lo producen; y para ello, sin calificar la injusticia ó justicia de la cosa, presentaremos en comprobacion de nuestro aserto la palabra *Suscritor*; palabra, que si antes no decia nada á la mente, hoy la juzga ésta como el representante de la civilizacion *moderna*, como el ser vivificador que alienta el desarrollo y esplanacion de las ideas, y las estimula á pasar del estado aereo, incoloro é inodoro en que las concibe su creador, al material, con olor, por cierto no muy agradable, sobre todo si salen fresquitas de la prensa, en que la multitud llega á percibirlas.

Este poder de la palabra *Suscritor*, tan reconocido, y que nosotros nos complacemos en publicar de un modo tan solemne, nos lleva como por la mano á dar un paseo por los siglos que pasaron. ¡Siglos de ignorancia y de barbarie! esclamamos; ¿có-

mo os las pudísteis componer sin el *Suscritor*? Como! Bien se deja ver. Venia un dia y otro dia, y una noche y otra noche, y un año y otro año, y lo mismo se os daba por lo que iba que por lo que venia, sin pensar en otra cosa que en la *vita bona*; que para eso, diriais, Dios nos trajo al mundo, para que gozásemos de él, y viviésemos felices en paz y concordia, sin pensar en inventos ni en máquinas, ni en mas papel que en el necesario para liar especias, cuando no para destinarlo á otros usos que no queremos mencionar. ¡Menguados! que pudisteis vivir sin experimentar esas emociones terribles, que dejan el alma colgada de un hilo; sin presenciar esas peripecias tan estrañas, y esas transiciones tan violentas que tanto la conmueven y en que tanto goza! bien empleado se os está el haberos muerto! ¿Donde teniais la palabra, hoy prepotente, noble blason de nuestro siglo, con la que tantos se envanecen, y á la que tantos deben el pan nuestro de cada dia?

Ay! la pobrecita estaba relegada al olvido, con otras cosas sus compañeras, á las cuales, gracias sean dadas, debemos hoy la inmensa felicidad de que gozamos. Allí estaba al final del Diccionario, adonde, cuando Dios era servido, iba á buscarla para quitarla el polvo, tal cual Reverendo, este ó el otro prelado, alguna Excelencia, algun Usia, algunos de los literatos de entonces, gente toda sin otros ojos para ver que los de la cara, é ignorantes hasta el punto de oponerse á toda innovacion, cuya utilidad general no palpasen y sometiesen á una y otra prueba. No faltaria tambien quien se adornase con la tal palabra, por el frívolo y vanidoso prurito de ver su nombre mezclado con el de otros de mas valía, en las listas que se publicaban al final de las obras, y transmitirlo asi en letras de molde á la posteridad; pero es lo cierto, que unos y otros eran contados, y que la palabra *Suscritor*, dormia el sueño de los justos por largas temporadas.

Mas andando los tiempos, y venido el reynado de las Palabras, hoy dia en todo su esplendor, prueba segura de su próxima decadencia, llegó la palabra *Suscritor* á ocupar un puesto distinguido en la corte, que acataba como monarca á la palabra *Civilizacion*, y que reconocia como príncipes y grandes dignatarios á las palabras *libertad, derechos, emancipacion, luces, vapor*, &c., &c., corte despótica sin segunda, y en la que erigiéndose cada cual en un pequeño tiranuelo, quiso sujetar á su dominio al mayor número: no se quedó atras en este propósito la palabra *Suscritor*, y echando mano al efecto de la literatura antigua y moderna, lo mismo de la historia que de la religion, del drama romántico que de la tragedia clásica, de la novela histórica que de la de costumbres, marcó con su sello, y sujetó á su dominio á millones de seres, racionales todos al parecer.

Preciso es convenir que la palabra por sí, y sin la idea que espresa, no hubiera metido tanto ruido, ni logrado que se la dirigiese tanto incienso, ni tantas alabanzas; pero á traves de las nueve letras que la componen se creyó vislumbrar un ente, un ser racional, algo pagado de sí mismo, amigo de que se le echasen cuatro piropos, y de que otros *le demandasen proteccion, &c. y contasen con su reconocida ilustracion y amor á las letras.....* cuyo ser se presentaba con la boca abierta y los ojos fijos contemplando extasiado un prospecto, y con la una mano en el bolsillo, pronto á sacar la cuota que se le fijara para participar de las enormes ventajas y goces que se le presentaban sin merecerlo, sin esperarlo, y como por arte mágico. Esta idea, ilusoria muchas veces, positiva muy pocas, fue la que contribuyó á encumbrar la palabra *Suscritor*, y arraigar su dominio por un tiempo difícil de fijar.

Sabido ya que la palabra *Suscritor* expresa la idea de un ser racional que se compromete por un tiempo mas ó menos lato, á pagar una cuota para contribuir á la ejecucion de una cosa determinada; y dejando aparte los cien mil y un objetos, á cual mas distintos y variados, que se llevan, ó se dice, ó se hace como que se llevan á cabo por medio del suscritor, dejando aparte todo esto, y circunscribiéndonos al *Suscritor literato*, digamos algo relativo á su parte física y moral.

La especie *Suscritor* se compone de dos géneros, masculino y femenino; hasta ahora no hemos encontrado en ella el genero neutro.

El masculino gasta calzones.

El femenino enaguas.

Es mas que probable que haya en esto su excepcion, y se cambien los frenos en mas de un caso. Si es asi buen provecho

les haga, con aumento de usurpacion de la una parte y de docilidad y humildad de la otra.

Dividese ademas la especie *suscritora* en razas ó variedades, ni mas ni menos que la humana, y cada una de estas admite otras divisiones, que pudieran ser subdivididas luego, lo cual aunque en nada se apartaria de la exactitud, haria este trabajo interminable, asi como imposible por la seguridad que tenemos de no haber palabras adecuadas para formar la nomenclatura necesaria á su clasificacion.

En vista de esta invencible dificultad nos ha parecido conveniente hacer solo mérito de las principales clases, que clasificaremos por el órden siguiente:

1.ª clase. *Suscritor que no lee.*
2.ª « *Suscritor á medias.*
3.ª « *Suscritor al vapor.*
4.ª « *Suscritor descontentadizo.*
5.ª « *Suscritor exigente.*
6.ª « *Suscritor escrupuloso.*
7.ª « *Suscritor noticiero.*
8.ª « *Suscritor crédulo.*
9.ª « *Suscritor impertérrito.*
10.ª « *Suscritor sensato.*

PRIMERA CLASE.

Suscritor que no lee.

El *Suscritor que no lee* pertenece á la numerosa familia de los tontos. Este suscritor es generalmente un *leoncillo* muy almivarado y dengoso. Su prurito es llamar la atencion, y he aquí la clave del enigma.

Entre sus muchos caprichos tiene el de pasar por literato, y ha hallado el secreto de serlo, alistándose en las filas de los suscritores, y haciéndose de cuantas obras se publican, que pasan á su biblioteca, las unas para ocultar las aberraciones del entendimiento de sus autores, y las otras para gemir en su retiro, y llorar la imposibilidad en que se las pone de contribuir á la ilustracion y bien de la humanidad. Pero no haya miedo de que el Suscritor se tome el trabajo de repasarlas. ¿Para qué? No las conoce demasiado!..... No sabe sus títulos? Pues basta.

Dásele al *Suscritor que no lee* un prospecto: mira el punto donde se suscribe, y á la primera oportunidad pasa á suscribirse, mediando entre él y el encargado de la suscrision, el diálogo siguiente:

—Vengo á suscribirme.

—Muy bien, á qué obra?

—A qué obra? A la que se ha anunciado.

—Es que hay varias suscriciones.

—Le diré á V., yo he recibido un prospecto, pero no he fijado la atencion.....

—Pues entonces.....

—Bah!.... lo mismo da una cosa que otra, suscríbame V. á cualquiera.

—Pero.....

—Me es indiferente.

—Sin embargo, tome V. estos prospectos, y elija.

Y el Suscritor lee dos ó tres títulos y se fija en el que tiene mas fárrago; empezando y concluyendo aquí el exámen que hace de la obra: si suele ser una edicion ilustrada se toma la molestia de ver los grabados, y no es poco.

Esta clase de suscritores, poco numerosa, por desgracia de los editores, se suscribe á todo lo que sale, particularmente á novelas, que son en sus manos un medio de seduccion y de lucimiento como otro cualquiera. ¡Le gusta tanto á las jóvenes leer novelas! Y luego, son tan agradecidas! Suscríbense á todo, repetimos: ¿Qué les importa á ellos lo que se va á publicar? lo van á leer acaso?..... Pues entónces, ¿á qué se suscriben? Claro está que para tener libros. ¿Quien puede pensar que el poseedor de miles de volúmenes no haya visto de ellos mas que la encuadernacion?

De esta suerte sienta el *Suscritor que no lee*, su reputacion de hombre de letras.

Está probado que para adquirir fama, no hay como que quiera la gente darla: siempre hay tiempo de que vengan los méritos.

Luego que el *Suscritor que no lee* ha obtenido por aclamacion, y merced á tener libros en sus estantes, el título de literato, le es dado permiso para desbarrar cuanto quiera impunemente.

Pondérase en su presencia el mérito de las Memorias de un médico, de Dumas, y se cita la escena en que Balsamo magnetiza á Andrea. Nuestro *Suscritor*, que ha estado distraido, ó por mejor decir que ignora de

lo que se trata, trastornando las ideas que ha oido aquí y allí, exclama: —Ah! es de lo mas gracioso que he leido! No pueden VV. figurarse lo que me reí! cuidado que es ocurrencia peregrina la que él tiene de quedarse desnudo en medio del invierno, y ponerse bajo la llave de la bomba! pues y cuando ella lo ve, y lo enjuga con la sábana?.....

—Pero, ¿qué está V. diciendo?

—Toma! no lo ha oido V.?

—A la verdad, yo no he leido tal cosa!

—Qué no lo ha leido V.? pues entonces que es lo que ha leido?

La reputacion de que goza el Suscritor hace que su interlocutor dude, y que en vez de reirse de su necedad, como debiera, conteste:

—Acaso esté yo equivocado..... pero por mas que quiero recordar.....

—Pues no le quede á V. ninguna duda, replica el Suscritor: ¡lo sabré yo!

Al otro dia, se encuentra por acaso el *Suscritor que no lee* á la persona con quien disputara sobre la escena del magnetismo; y esta que ha vuelto á leer las Memorias do un Médico letra por letra, y no ha hallado nada que se parezca á lo relatado por el Suscritor, y sí recordado otra novela que contiene aquel pasage, le dice:

—Amigo, estaba V. equivocado!

—Como!

—Si señor; ese paso tan gracioso á que hacia V. referencia es de la novela, Bigotes, de Paul de Kock.

Dase el Suscritor una palmada en la frente:

—Tiene V. razon, exclama: eso es..... de Paul de Kock; tengo en casa todas sus obras, en pasta. Ya se ve; ¡como uno ha leido tanto!!.....

Estas y otras escenas de igual naturaleza se repiten muy á amenudo; mas nada tienen de estraño, ni pueden perjudicar en lo mas mínimo la reputacion literaria del *Suscritor que no lee*: ya se ve, ¡como ha leido tanto!!!

Mas en cambio, si él no lee, da á leer á otros, particularmente al bello sexo; y en conciencia, puede atribuirse como suyo el caudal de conocimientos que adquiere este. ¡Y qué conocimientos! Aprende..... pero preciso es convenir que no aprende nada, puesto que todo lo que pudiera aprender se lo sabe anticipadamente.

En resúmen, el Suscritor que no lee es el ente mas inófensivo del mundo: tiene sus puntas de fatuo, ribeteadas de orgullo; pero con ello si á alguien perjudica es á sí mismo. Por lo demas, es el ser mas apreciable que existe, respecto al editor; pues es sabido que este crece por la superposicion de suscritores asi como el mineral por las de capas. ¡Que no alcanzára proporciones colosales, infinitas, esta clase de Suscritores! Dichosos entonces los editores y autores, pues dejaria de ser un secreto para ellos la piedra filosofal! No que para uno que no lee y se suscribe, hay mil que no se suscriben aunque leen!

SEGUNDA CLASE.

Suscritor á medias.

Esta clase de Suscritores, tambien pocos, por fortuna de los editores de periódicos, procede de tres orígenes distintos:

1.° De la tacañería.
2.° Del capricho.
3.° De la nulidad.

Estos orígenes necesitan explicarse para su mejor comprension.

De la tacañería.—Hay seres apegados al dinero como lo está á la roca la ostra: esta muere al separársela de su lecho, y aquel se pone á dos dedos de la muerte al desprenderse de un real. Si le valiera, metalizaria su alma y fundiria su cuerpo á fin de quitarse las necesidades que de otra suerte siente, y que solo puede satisfacer por medio del dinero.

Una de las necesidades, y de las mas imperiosas que sienten algunas personas es la de estar al corriente de lo que pasa; y como gracias á Guttemberg, que al fin y al cabo fue el que inventó la imprenta, existen periódicos que con mas ó menos exactitud refieren los acontecimientos públicos, de aquí la necesidad que tienen de suscribirse. Por experiencia saben que andando á caza de noticias (que nunca pueden satisfacerles tan completamente ni darles tanto crédito, como viéndolas en letra de molde) pierden un tiempo precioso y rompen mas calzado, cuyo importe sumado excede del tanto que á su entender puede costarles la suscricion á un periódico. Empero, como todo es mucho para ellos, y como se vean

combatidos por dos necesidades de igual fuerza, recurren á un término medio, y hé aquí de qué modo la tacañería y la curiosidad producen el *Suscritor á medias*.

Formado el entero de estas dos fracciones, cada una de las cuales señala en el barómetro de la miseria 20 grados bajo cero, se hace la Suscricion indistintamente á nombre de cualquiera, á no mediar alguna parte de orgullo, que en este caso es por turno: llega el periódico, que es el género de publicacion que mas se adapta á este modo de suscribirse; y ambos semi-Suscritores lo leen por completo, sin desperdiciar una sola línea, pues que esa línea representa una parte infinitisimal del valor de la suscricion. Entra en seguida la particion del periódico; y aquí son los apuros y el poner en prensa el magin para hacerla todo lo equitativa posible, con algun provecho de ambas partes; operacion inmensamente difícil, y que no pudiendo salir siempre bien, produce en último resultado la disolucion de la Sociedad. Los *Suscritores á medias*, que reconocen por orígen la tacañería auxiliada de la curiosidad, pasan como sombras por las listas de suscriciones.

Del capricho.—La criatura está sujeta á mil penalidades físicas y morales; aquellas combaten su cuerpo y estas atormentan sin cesar esa parte nobilísima y privilegiada que distinguimos con el nombre de alma: el cuerpo reconoce como enemigos mil cosas diferentes, y el alma debe contar como tales á los cinco sentidos, la vista, el oido, el olfato, el gusto y el tacto, puesto que los ojos, boca, nariz, oidos y manos son los conductores eléctricos que comunican al alma sus sensaciones: ahora bien, esos cinco sentidos son asaz imprudentes en determinados casos, lo cual proviene de la impunidad en que viven, y de tener al cuerpo como editor responsable que cargue con la pena de sus demasias: oidos, ojos, boca, nariz, oyen, ven, gustan y huelen á veces lo que no debieran, y comunicadas al alma ó al cerebro sus impresiones, la hacen tener caprichos raros, estravagantes, que la mortifican, por mas que en contrario se diga, puesto que crean una necesidad, y es seguro que el hombre seria completamente feliz cuando no sintiese ninguna.

Sentado esto, no debe causar asombro el que cada individuo tenga gustos y caprichos distintos; pues con dificultad se hallarán dos bocas que tengan unas mismas dimensiones, dos ojos que vean en un mismo grado, dos oidos de igual tímpano. Gústale al uno lo que detesta el otro, respeta éste lo que aquel desprecia, y tal hay que le causa modorra lo que al otro desvela. Y esto último sucede justamente con los suscritores á medias por capricho, pues el uno detesta y aun se duerme, si se le obliga á oir una lectura de que el otro es apasionado.

Tiene D. N. el capricho de perderse en los confusos laberintos de la política y saber como anda el mundo sin salir de su casa: para esto lo mejor es suscribirse á un periódico; bien lo conoce asi el tal, pero á la vez que se deleita en un artículo de fondo ó en una correspondencia que trata de la materia, odia hasta causarle nauseas todo lo que no es política; y como un periódico ha llegado á ser una verdadera olla podrida, de aquí la dificultad que encuentra á suscribirse. ¡Gran obtáculo! dirán algunos. ¿Tiene mas que no leer lo que no le acomode? Es verdad, pero cuando se puede hermanar el gusto y la comodidad, con la economía, es hasta cierto punto un delito echarla de rumboso; para no incurrir en él, no hay mas que buscar á su antípoda; y el político suele hallarlo, con mucha frecuencia en el literato, que conceptua como papel tiznado y nada mas toda la parte que no comprende el *Folletin*. Una vez hallado lo que se busca, la suscricion á medias pasa á ser efectiva; teniendo el Suscritor á medias por capricho la ventaja sobre el Suscritor á medias por pura tacañería, de no pasar malos ratos en la division del periódico, puesto que se hace por órden de materias determinadas.

De la nulidad.—Hemos presentado la nulidad como tercer orígen que produce un semi-Suscritor. En efecto, no faltan, por desdoro de la especie humana, seres tan ignorantes de lo que valen como hombres, y que se tienen en tan poco, que no son capaces de obrar por sí solos. Esclavos de aquella idea que los degrada, tienen siempre subordinada su voluntad á la de otros; pues aun dado caso que conciban algunos deseos, necesitan siempre de un lazarillo para realizarlos. Todo lo hacen á medias: piensan á medias, hablan á medias, se divierten á medias: su incompleta organizacion necesita un locomotor que la ponga en movimiento. Un hombre de esta clase dice dia por dia, seis meses seguidos: Bueno se-

ria suscribirse á un periódico para leer por las mañanas y estar al corriente de las noticias: pero seguiria repitiéndolo asi otros seis años si no llegase un dia un amigo y le dijese: Hombre es posible que no tengas periódicos! Bah!... nos suscribiremos desde primeros del mes á tal ó cual que es muy variado. Nuestro hombre entonces accede alegremente y aun casi con agradecimiento.

Esta nulidad, pues, produce algunos suscritores á medias. Desean leer cualquier cosa; ¿mas como se han de suscribir por sí solos? ¿Como han de proceder á dar un paso de tamaña importancia, de resultados tan trascendentales, tan significativo, tan notable, sin llevar quien los guie, sin hacerlo á medias?

TERCERA CLASE.

SUSCRITOR AL VAPOR.

El *Suscritor al vapor*, obra, como tal, con el ímpetu de una máquina de fuerza de 365 caballos, cuando menos. Para él todas las empresas literarias estan montadas á la antigua, y ninguna ha introducido todavia ese agente *nebuloso*, que envidioso del tiempo ha querido disputarle la supremacia, y hacernos pasar una vida de huracan, como si tan mal le fuera al cuerpo y al alma con esa patriarcal quietud de que gozaba años atras.

Este suscritor era enteramente desconocido antes de la invencion de los periódicos diarios; y estamos por afirmar que ha sido parto de aquellos. No creemos haya nadie que ponga en duda, por mas que sea un fenómeno, la virtud generatriz de los periódicos, y particularmente de los de política, por cuya razon no nos detendremos en probarla. Como descendiente, pues, de tal orígen, el *Suscritor al vapor* no conoce mas suscriciones que las de periódicos, si bien hoy dia, empezando ya los hombres á tornarse máquinas, no faltan obras que se publican á pliego diario; lo cual es una felicidad para dicho suscritor; que viendo su objeto semilogrado, no repara en erratas, ni en otros miles defectos de las impresiones rápidas.

Desde el momento que se anuncia cualquier publicacion y que el *Suscritor al vapor* se suscribe á ella, hételo como correo de gabinete, yendo y viniendo de su casa a la redaccion y de la redaccion á sus ocupaciones, repitiendo siempre: ¿Y esa publicacion?—¿Cuando acaba de salir á luz?—Cuidado que esto es insoportable!—Y luego se querrá que haya suscritores.—Qué fastidio! &c, &c., &c.

El *Suscritor al vapor* cuenta por horas, minutos, instantes y segundos el tiempo que debe mediar de la publicacion de una entrega á otra, de un número á otro: transcurre un segundo mas del cálculo que ha formado, y empieza á incomodarse; si la tardanza es de un cuarto de hora se desespera.—¡Qué imprenta! esclama; al fin como gente que desconoce el valor del tiempo!—Pasa media hora, y el Repartidor no ha parecido: entonces el *Suscritor al vapor* no puede contener su impaciencia..... ya se ve, es tan capital el asunto!... vístese, sale á la calle, y aumentando á medida de su mal humor la velocidad de su marcha, llega á la imprenta, cuando apenas el encargado ha tenido tiempo de abrir el despacho, y con voz magistral, le saluda de este modo: ¿Sabe V. que esto no se puede sufrir? Qué diablo de Repartidor tienen VV. que son las tantas y aun no ha parecido.—No es tan tarde como á V. le parece, le contesta el encargado: es poco mas de las siete.—Eso es lo mismo que decir que estamos en medio del dia. Vea V.! las siete en este tiempo! (Es el mes de Diciembre ó Enero.)

CUARTA CLASE.

SUSCRITOR DESCONTENTADIZO.

Asi como la insuficiencia ó la nulidad producen el *Suscritor á medias*, por el contrario el exceso de amor propio ó de suficiencia del individuo, crean el *Suscritor descontentadizo*.

Censor perdurable de cuantas publicaciones salen á luz, es su alimento ordinario la crítica apasionada, y de seguro pasaria un mal rato el dia en que no pudiese mostrar su descontento como tal Suscritor.

Pero si bien es un gusano roedor de la reputacion de un periódico, es al mismo tiempo su mayor sostenedor; y esto que al parecer envuelve una contradiccion notoria, no lo es si se considera que el periódico es su alimento preciso, indispensable, sin el cual faltaría algo á su existencia.

El *Suscritor descontentadizo* carece de ideas fijas, y es tan caprichoso como puede serlo la mas apuesta coqueta. Cada aurora y cada número de un periódico le encuentra con un humor diferente. Ayer trinó contra las noticias estrangeras.—¿Qué nos importa, decia, lo que acontezca en la China, ni en el Indostan? Bien puede darse cualquier cosa por no deletrear estos nombres tan revesados, y que despues de leidos se queda uno como si nada hubiese hecho. A nosotros nos interesa lo de casa; lo de España...., No hay tacto en los periódistas..... está visto!

A la mañana siguiente recibe un periódico lleno de noticias nacionales y locales.—Qué fastidio esclama! Venírsenos ahora con Sevilla y Cádiz y Madrid..... ¡Como si no supiese uno lo que pasa en el pais! ¿Y qué puede decirse de importante en cuanto á esto?..... Nada, absolutamente nada que merezca la pena.—Aun cuando lea que ha salido el Guadalquivir de su cauce y ha sumergido á Sevilla, ó que un incendio ha consumido á Cádiz, extraña que por tales noticias se dejen de insertar las que él quisiera del *Afghanistan* de la *Groenlandia*, de *Botany-bay* ó de *Circasia*, &c... y exclama: ¡Qué periodistas! ¡Qué periódicos!

A la otra mañana lleva el periódico un folletin algo mayor que el ordinario.—Eso es! esclama: Fárrago y mas fárrago!... Novelitas. . Revistas... Asi anda el mundo! Ya los hombres de hoy solo se alimentan de superficialidades!... Perdiose aquel afan á los estudios serios !... Y luego se querrá que no haya desmoralizacion?... Oh! los novelistas merecian ser quemados en una hoguera en que los periodistas sirvieran de leña!

A la cuarta mañana no lleva el periódico Folletin, y sí muchas órdenes del gobierno. —Esto es insoportable! grita el *Suscritor descontentadizo*: quitarnos el Folletin, la novelita, que es justamente lo único que se puede leer de un periódico... Está visto que de todo se trata menos de ilustrar y moralizar al pueblo!... Oh! la Novela!... espejo de virtudes... escuela de costumbres... donde tanto se aprende, y en cuya lectura tanto se deleita el alma... ¡Qué lástima de papel perdido! Y por qué?... Esto es capaz de tentar la paciencia á un santo!... Por una ley de quintas... por un decreto relativo á la industria... ¡Qué mal conocen los periodistas sus intereses!!

Y asi diariamente, cuando no hay órdenes clama por ellas; detéstalas si las hay, y odia estas á falta de noticias.

Todo esto por lo que respecta á la parte de redaccion de un periódico: la material tampoco queda libre de su crítica: hoy está el papel muy húmedo, aunque esté como un pergamino; mañana, no puede el periódico leerse de mal impreso; el otro está plagado de erratas... unas veces se borra, otras se mancha, ya lo recibe cuando ni ganas tiene de leerlo; ya tienen la imperdonable imprudencia, de llevarlo á las seis de la mañana.

El *Suscritor descontentadizo*, para no perder nunca tan preciosa calidad, tiene buen cuidado de no soltar prendas: asi es, que si bien se presenta muy á menudo en las redacciones para manifestar su descontento, se guarda de decir lo que mas le agrada, y lo que preferiria ver publicado; siendo en esto el reverso del *suscritor exigente*, con cuyo nombre señalamos la clase de que vamos á ocuparnos.

QUINTA CLASE.

SUSCRITOR EXIGENTE.

Si el *Suscritor descontentadizo* es la polilla de un periódico, el *Suscritor exigente* es su mosca: el primero roe, el segundo fastidia hasta no mas; y asi como para la picadura del primero no se ha hallado todavia ningun preservativo, asi tampoco se ha encontrado un mosquitero suficiente á preservar á las redacciones del segundo.

Este suscritor no censura pero exige; y por lo tanto es un visitador diario de la redaccion. Siempre le falta algo; y ese algo es parte principal, á su entender, de la publicacion, razon porque se presenta á reclamarlo. Y téngase entendido que esto no lo hace por sí; nada de eso; todo le es á el indiferente; pero como aprecia en alto grado á los redactores, y tiene en grande estimacion al periódico, no puede prescindir de advertirles lo que les está bien.

El *Suscritor exigente*, consulta, sin duda, con su almohada cuantas reclamaciones piensa hacer al siguiente dia, ó cuando no, recorre todas las calles de la capital, é indaga y averigua, lo que á su entender, da materia para un parrafito. Está una calle sucia, ó mal empedrada?..... al punto se presenta el suscritor exigiendo que se clame

contra la policia urbana.—Muerde un perro á alguien?..... ¿Por qué, dice el *Suscritor exigente* al redáctor, no há de referirse ese hecho, y condenarse el punible abandono en que se tiene á estos animales?—Tiene lugar en una familia algun acontecimiento privado?... el suscritor quisiera que se publicase con todos sus pelos y señales, aunque la cosa sea imposible, por no pertenecer al dominio del público.—Finalmente, el *Suscritor exigente* quiere que el periódico como otro Asmodeo, lo lleve á las veletas de las torres, y levante á su vista los techos de todas las casas, haciéndole ver las escenas ya cómicas, ya dramáticas que en ellas se representan.

Mas no se reducen á esto solo sus exigencias: quiere recibir el periódico á una hora dada; ni minuto mas, ni minuto menos; que los tipos sean mas grandes ó mas pequeños; que la calidad del papel sea esta ó la otra; y finalmente que se varie el órden de materias á medida de su deseo.

El *Suscritor exigente*, tiene mas caprichos y exigencias que una jóven en su primer *estado interesante*. Y dicho está todo.

SESTA CLASE.

SUSCRITOR ESCRUPULOSO.

Timorato hasta la gazmoñeria, delicado hasta el extremo, el *Suscritor escrupuloso* es una especie de mosquito que zumba siempre en la redaccion de un periódico.

Como timorato, va siempre predicando una cruzada contra los desmanes del periódico, contra la irreligiosidad de los periodistas.

No debe hacerse mencion del vicio, para condenarlo, porque al fin se le da á conocer.

No debe hablarse de la esposa que falta á sus deberes, porque segun sus principios, esto induce á otra á cometer igual falta;

No debe hablarse de religion;
Ni de moral;
Ni de política;
Ni de astronomia;
Ni de educacion;
Ni de física;
Ni de química;
Ni de hombres;
Ni de mugeres;
Ni de &c. &c. &c;

por la sencilla razon de ser de suyo materias espinosas, que pueden interpretarse de mala manera.

Y si bien hasta cierto punto podria llevar razon el *Suscritor escrupuloso*, elevado este principio hasta la exageracion, como acostumbra, alcanza un ridículo soberano.

El *Suscritor escrupuloso* es, pues, enemigo de los periódicos, si bien por lo comun se le mira suscrito á los de principios mas libres y exagerados; pero esto lo hace para conocer hasta donde puede llegar el estravio de la razon, y prevenir á otros contra el funesto influjo del periodismo.

Condena de los periódicos:

Los folletines, por frívolos ó perjudiciales;

La novela, por inmoral: no admite excepciones;

Las noticias de todos géneros, por innecesarias, alarmantes, ridículas, falsas, &c.;

La parte oficial, porque los actos del gobierno no deben publicarse por no exponerlos á la censura de este ó de aquel;

Las observaciones astronómicas por publicarse cuando ya no puede asegurarse el suscritor de su exactitud;

Ni aun el movimiento de la poblacion, merece su beneplácito. Eso de anunciar á Juan, hijo de..y de... y que don... se ha casado con doña..., es á juicio del *Suscritor escrupuloso*, un hecho de trascendencias incalculables para las buenas costumbres; un incentivo, una mecha que diariamente se acerca á la mina de los amorosos deseos.—¿Y no es canonizar el vicio, exclama, el estampar y publicar sin notas ni comentarios, sin una observacion siquiera: Cornelio, hijo de padres incógnitos! Qué tiempos!

Pero quítele V. un dia al periódico cualquiera de estas materias; y no faltará el *Suscritor escrupuloso* de acudir á la redaccion, no para reclamar ni para quejarse, sino para hacer una leve observacion.

Como pulcro, devuelve á la imprenta cualquier periódico manchado ó arrugado, y formula una proposicion contra el olor que despide la tinta: se lamenta de que esta no se confeccione con esencias, y de no recibir el diario seco, plegado, aprensado, batido, satinado, glaseado y envuelto en papel color de rosa.

El *Suscritor escrupuloso*, no lee sino deletrea el periódico; una *c* por una *e*, el acento que sobra, la coma que falta, son otros tantos motivos de reclamaciones, de quejas

contra los cajistas de hoy dia, de censura contra los correctores de la época.

¿No puede una coma de mas ó de menos trastornar un imperio?

SÉPTIMA CLASE.

SUSCRITOR NOTICIERO.

Esta especie es bastante numerosa y conocida, y se halla en todas partes, particularmente en los sitios públicos, y en grandes grupos.

Mucho ha disminuido, sin embargo, á efecto de las circunstancias, y es de temer que siguiendo estas, obrando su maléfico influjo, desaparezca del todo, ó quede tan clara, que para encontrar un individuo de ella sea necesaria la linterna de Diógenes.

El *Suscritor noticiero* tiene muchos puntos de semejanza con el *camaleon*, no ya por la mudanza de colores, sino por la clase de alimento que lo sostiene: el reptil vive del aire, segun comunmente se dice, y el *Suscritor noticiero*, de un manjar que sin ser un fluido tiene mucho de aéreo, como lo son las noticias: y aun dado que sea una preocupacion que el camaleon se sostenga del aire, y sea positivo que halla en la familia de las moscas pasto abundante, aun así sigue la semejanza, pues el *Suscritor noticiero*, es el *papamoscas* mas insigne que puede darse.

Este suscritor es por lo demas bastante acomodaticio: poco le importa que un periódico salga bien ó mal impreso, que el papel sea de mejor ó peor calidad: no se cuida ni del folletin, ni de los anuncios, ni de la agricultura, ni del comercio, pues son materias para él bastante indiferentes. Su fuerte son las noticias, particularmente las que se refieren á la política; y seguramente seria el dia mas feliz de su vida, aquel en que los periódicos no insertasen mas que *noticias varias*, *noticias extrangeras*, y *noticias nacionales*.

De cualquier modo que se condimenten son siempre manjares de su gusto, que se dividen en fuertes y simples: estos últimos vienen á ser como postres, y comprenden las noticias de menor cuantia, fáciles de digerir y mas fáciles de tragar: los otros son el cocido y los principios, de dificil digestion, y que muy á menudo se repiten: la noticia de un pronunciamiento, de una insubordinacion, ó cualquier otra, capaz de alterar la paz del mundo, bien sazonada con sus correspondientes cargas de caballeria, ó cuando ménos con algunos quintales de mostaza negra (pólvora) forma el plato mas esquisito que puede confeccionarse, y que va adquiriendo grande estima por lo raro que se va haciendo. Ahora hay que importarlo del extrangero, y aunque siempre tiene mérito, la distancia les hace perder mucho de su sabor primitivo.

El *Suscritor noticiero* es, por lo demas, el ser mas inocente que se encuentra. Su fe en la veracidad de los periódicos y de los periodistas raya en locura... pero como considerado bajo este aspecto, pasa á formar parte de otra especie, suspendemos su exámen para continuarlo comprendiéndolo en la

---

OCTAVA CLASE.

SUSCRITOR CRÉDULO.

Si no fuera porque esta clase cuenta un número no pequeño de individuos, la presentariamos como un fenómeno de la naturaleza: sin embargo, aunque por la abundancia no le cuadre tal nombre, preciso es considerar á dichos individuos como seres de una organizacion especial, que alcanzan la edad de la virilidad y aun la de la vejez, sin haber perdido la credulidad de la infancia.

Mas esta credulidad tampoco es absoluta, sino relativa: no se extiende á todos los casos y circunstancias de la vida; está limitada á casos y circunstancias especiales; y el que se atreveria á dudar del hecho mas demostrable, será capaz de venir á las manos con el incrédulo que no repute poco menos que de fe, el mayor absurdo posible que se vea estampado en las columnas de un periódico.

No titubearíamos en señalar como causa única de esta particularidad la falta de criterio, si entre las muchas rarezas que nos ofrece el *Suscritor crédulo*, no hallásemos tambien la de que su credulidad, estensiva á todos los periódicos en cosas insignificantes, se circunscribe á tal ó cual por lo que hace á las graves, y que tienen roce con la política: y siendo esto asi, forzoso es achacar á las pasiones políticas una gran parte de la credulidad del suscritor.

Cuando no median las pasiones de partido, la fe del *Suscritor crédulo* en el perio-

dismo es ciega, su creencia invariable; y en vano será que el tiempo se encargue de sacarlo de su error, pues no lo logrará. A propósito, recordamos que habiendo anunciado los periódicos años pasados que Pekin habia desaparecido de la faz de la tierra, hubo suscritor que borró del mapa la capital del celeste imperio, hablando desde entonces de ella como pudiera hacerlo de Pompeya ó de Herculano.

Pero el acuerdo con que esta especie respeta la verdad periódistica, la entera fe que presta á los hechos que le narran, producto muchas veces del capricho, ó del buen humor, ó de la necesidad, deidad imperiosa que obliga á veces al periodista á producir fenómenos, á engendrar y dar á luz en un momento cinco, seis ó mas infantes, y no de Lara, á formar el mas fino caballero de industria que pueda darse; esa conformidad de creencia, se convierte en el desacuerdo mas espantoso, cuando el artículo de fe periódistica tiene relacion á la marcha de la *cosa pública*. Dado este caso, desaparece respectivamente la fé del *Suscritor crédulo*: solo el periódico á que él está suscrito es digno de fé, los demas solo contienen palabras mentirosas, conceptos aleves, oraciones pérfidas, párrafos embaucadores.

Y como los *Suscritores crédulos* estan divididos entre todos los periódicos conocidos, ofrecen al mundo el gran contraste, la colosal anomalía, de reputar como artículo de fe cuanto se ve en las columnas de los periódicos, y de negar absolutamente al mismo tiempo la verdad de cuanto insertan los mismos periódicos. ¡Vaya V. á conciliar estos extremos!

NOVENA CLASE.

SUSCRITOR IMPERTÉRRITO.

Yo te saludo, oh fenix de los suscritores! yo te saludo y te admiro.

Permite á mi alma que rompiendo los groseros lazos que la sujetan, vuele en alas del entusiasmo que le inspiras, y pueda desde una atmósfera mas pura contemplarte y gozarse en tus virtudes *suscritorescas*.

Permite á mi labio que cante tus alabanzas;

A mi pluma que las traslade al papel;

A la imprenta que las dé mayor realze multiplicando y mejorando mi imperfecta escritura, para que se extienda tu fama en los mas apartados paises;

Que esto y mucho mas te mereces.

Nace un periódico de padres incógnitos, y tú, compadecido de su horfandad, con una abnegacion heroica, te constituyes en su Providencia.

Llévasle de la mano cuando hace pinitos;

Te proclamas su defensor en todas las circunstancias difíciles de su azarosa y turbulenta vida;

Te gozas en sus triunfos, te afliges con sus contratiempos;

Le sostienes en su vida cuanto te es dable;

Y finalmente, llegada la hora fatídica, terrible, irrevocable de su muerte, la lamentas y no te apartas de él hasta recibir su último suspiro.....

Llevado del amor entrañable que sientes hácia el papel predilecto á que consagras todos tus ocios, todas tus atenciones, nunca hallas faltas en él; todo en él es bueno, muy bueno, buenísimo; es un Metternich en política, un Cid en bélico ardimiento, un Fígaro en crítica, un Guzman el Bueno, en patriotismo..... es mas filósofo que Seneca, sabe de Historia mas que Anquetil ó Cantú..... es un Argos para descubrir picardías, un Teseo para desembrollar marañas, un Hércules para descargar golpes contundentes.....

Bien hayas, amen! *Suscritor impertérrito*, firme columna de la imprenta periodística. Sigue constante en la senda que te has trazado: no desampares al feliz diario que mas te plazca; presta oido de mercader á cuanto te dijeren en contra suya; convierte como hasta aquí sus mentiras en verdades; y asi como lo viste nacer, no lo dejes hasta que quede enterrado. Oh! que felices serian los periódicos, especialmente los políticos, el dia en que todos los suscritores procurasen imitarte y entrar en el gremio de los *Suscritores impertérritos!*

CLASE DECIMA.

SUSCRITOR SENSATO.

En honor á la especie suscritora debemos decir que la gran mayoria de seres

que la componen pertenecen á esta clase.

Sin tocar en el fanatismo ni en la exageracion, el *Suscritor sensato* se suscribe para leer, elogiando lo bueno, y censurando lo que halla digno de censura.

No se suscribe á medias.

Aunque amante de la actividad, sabe dar al tiempo lo que es suyo, calcular el trabajo, y apreciar las dificultades que pueden originarse en cualquiera publicacion.

Se conforma gustoso con lo que le dan, si no le faltan á lo prometido.

No exige nada, pues no se cree con derecho á ello.

Aunque lamenta la poca delicadeza de algunos escritores, tampoco pretende llevar la cosa á sangre y fuego, haciéndose cargo de la época, de las circunstancias y de la clase de publicacion.

No prefiere esta á la otra clase de lectura, sino que sabe apreciar cada una en lo que vale.

Con criterio suficiente para juzgar lo bueno y lo malo, y distinguir lo incierto de lo dudoso, no da mas crédito á lo que lee que el que se merece.

Y por último, halla en todos los periódicos cosas buenas y malas; alaba las unas y censura las otras indistintamente, sin reparar en su color político ni en el título que lo encabeza.

Lo expuesto hace su mejor elogio.

Ademas de estas diez clases, existen, como hemos dicho, otras infinitas de menor importancia, que nos abstenemos de calificar: mas antes de dar por concluida esta fisiologia, si asi quiere llamársele, del suscritor, debemos dar á conocer alguna que otra clase que aunque no tenga la importancia de las referidas, no deja de ser notable: una de ellas es el *Suscritor á crédito*, verdadero cancer de la publicacion á que se suscribe; el *Suscritor volatero*, que afortunadamente es poco comun, pues de lo contrario daria al traste con todas las empresas literarias habidas y por haber. Semejante á la mariposa, vuela este *Suscritor* de publicacion en publicacion, sin estar un mes suscrito á ninguna, causando una alta y baja perjudicial á los intereses de las empresas, y fastidiosa á los encargados de las suscriciones.

Existen ademas algo caracterizadas las clases de:

Suscritor charanguero, que solo se paga de frivolidades y de escritos algo libres.

Suscritor por poderes, que anda á caza de quien se los otorgue al efecto, para leer gratis.

Suscritor de tapadillo, que temiendo á las iras de una esposa económica, ó de un padre rígido, se toma el trabajo de pasar á recoger el periódico ó las entregas á la imprenta, con no poca satisfaccion del Repartidor.

Damos por concluida nuestra tarea, asegurando, no obstante todo lo dicho, que el Suscritor, y particularmente el femenino de esta especie, será siempre para todas las empresas literarias, y muy especialmente para nosotros, el objeto mas grato, mas dulce, mas amable, mas delicioso, y en una palabra, el mas respetado, estimado y querido.

Y yo, que he cantado tus glorias, oh *Suscritor!* permiteme que me lisonjee de que no lo hayas tomado á mal, y que abrigue la alhagüeña esperanza de que te acordarás de mí si á invocarte llego.

S. Casilari.



Domingo 16 de Enero.

TCHIN-SING Y JU-KIOUAN.

Novela china.



En la provincia de Canton, á poca distancia de la ciudad de este nombre, vivian frente á frente dos chinos retirados de los negocios. No importa saber en qué época aconteció lo que vamos á referir, pues los cuentos no necesitan una cronologia muy exacta.

Llamábase el uno Tou y el otro Kouan: Tou habia desempeñado varias comisiones científicas de alta importancia; era *hanlin* y abogado de la cámara de jaspe; Kouan no era hombre tan distinguido, pero en su posicion mas oscura habia sabido hacer fortuna y alcanzar consideracion.

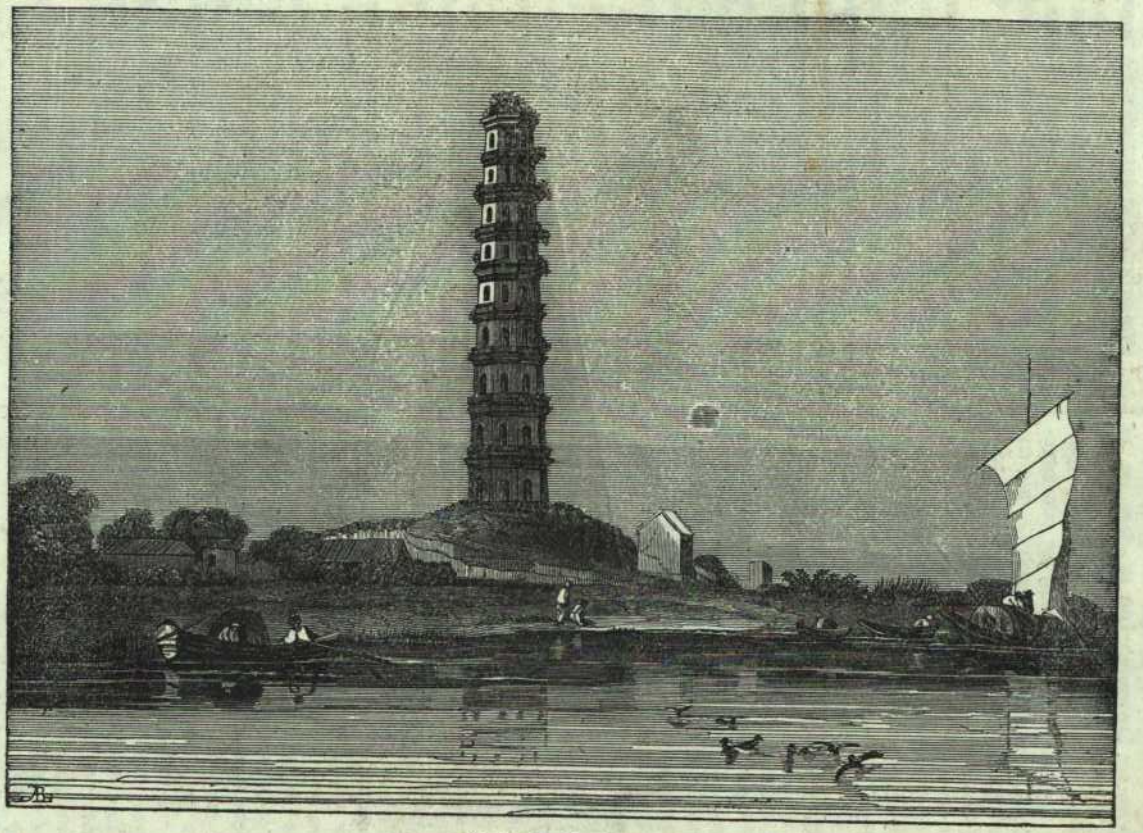
Tou y Kouan eran parientes lejanos y habian sido amigos otras veces. Cuando jóvenes cifraban su placer en reunirse con otros condiscípulos y pasar el rato pintando paisages, flores, é improvisando versos en loor de las bellas chinas, sazonando todo esto con vasos de esquisito vino; pero conforme fueron creciendo en edad, sus caractéres que al parecer no se diferenciaban en nada, vinieron á ser en estremo opuestos.

Cada año que pasaba, Tou se volvia mas grave; su vientre se redondeaba magestuosamente; formábasele una nueva barba, y solo se entretenia en componer dísticos morales.

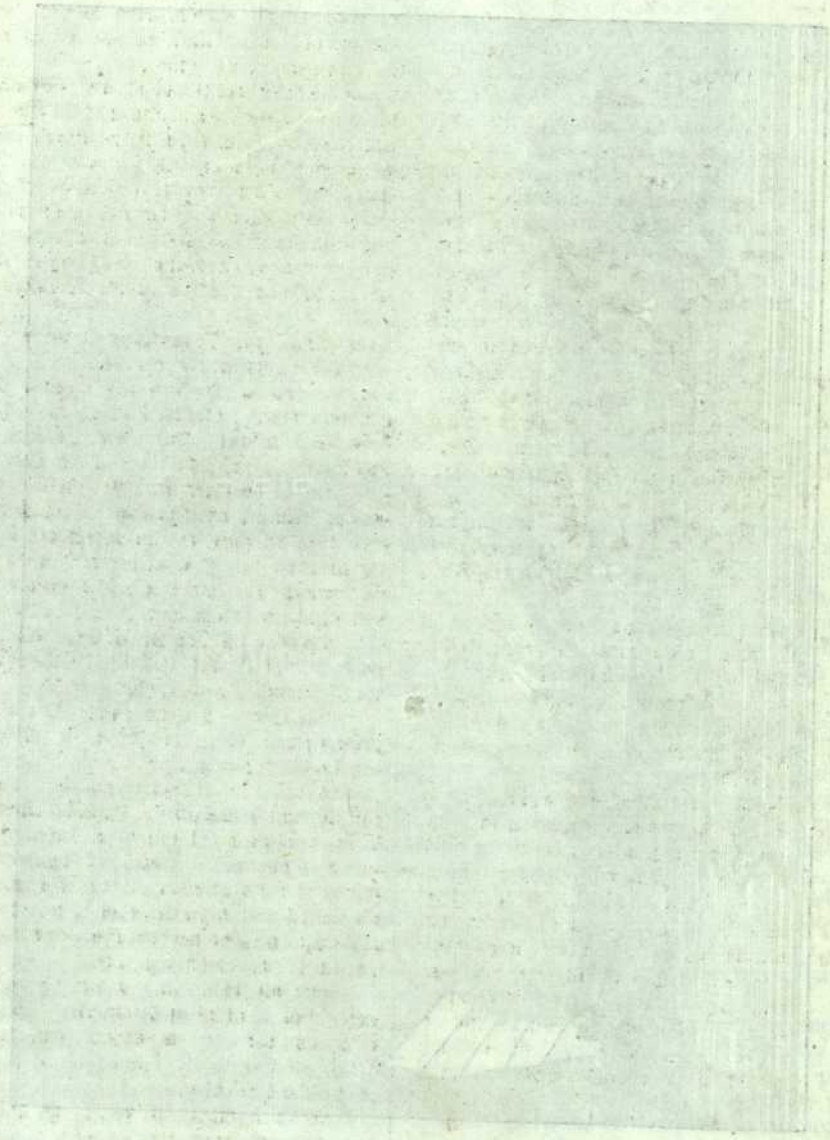
Kouan, al contrario, parecia rejuvenecerse con la edad, y cantaba con mas alegria que nunca en loor del vino, de las flores y de los pájaros. Libre de cuidados vulgares, su talento era vivo, penetrante como el de cualquier jóven, y bastaba que le diesen pie para improvisar como en sus mejores dias.

Poco á poco se habia ido entibiando la amistad de los amigos. No podian hablarse sin mezclar en la conversacion algunas frases picantes que mútuamente se regalaban; de suerte que siempre se separaban mas ofendidos que antes. A tal punto llegaron las cosas que rompieron del todo sus relaciones, poniendo cada uno en la fachada de su casa un cartelon, en el que se prohibia formalmente á los individuos de la casa vecina el pisar los umbrales de la suya bajo ningun pretesto.

Con mucho gusto hubieran arrancado sus casas de quicio trasladándolas á otra parte; pero, por desgracia, no era esto posible, Tou, intentó vender su propiedad; pero no halló quien se la comprase á un precio razonable; por otra parte siempre cuesta trabajo el dejar la casa donde uno ha nacido, donde todo lo tiene arreglado á su gusto; es muy duro ceder á otro el jardin que uno ha plantado, los árboles que ha visto crecer; las flores que le han recreado la



Vista de Cantou.



vista con sus hermosos y variados matices ... cada uno de estos objetos, atrae el corazon de un hombre, con un hilo mas tenue que la seda, pero tan difícil de romper como una cadena de hierro.

En la época en que Tou y Kouan eran amigos habian mandado edificar cada uno en su respectivo jardin, y á la márgen de un estanque de propiedad comun, un bonito pabellon, adornado con el mayor gusto: era un placer para ellos saludarse desde sus balcones, y fumar el opio en sus grandes pipas de porcelana enviándose amistosas bocanadas de humo; pero despues de sus disensiones, habian hecho construir una pared que separaba el estanque en dos partes iguales; pero como la profundidad del agua era mucha, la pared descansaba sobre unos pilares ó estacas, formando especies de arcadas bajas por donde pasaban las aguas prolongando los reflejos del pabellon opuesto.

Estos pabellones constaban de tres pisos, con sus correspondientes miradores, adornados asi exterior como interiormente con todos los primores de la naturaleza y de las artes: nada faltaba en ellos, lo mismo lo necesario que lo superfluo, y todo atestiguaba el gusto y la comodidad de sus propietarios.

Brillante y graciosa era, en verdad, la perspectiva que presentaban aquellos edificios construidos á la margen del agua, sobre cuyo terso cristal jugueteaban bandadas de peces matizados de oro y de azul, y se estendian perezosamente las anchas hojas del *nymphæ-nelumbo*.

A excepcion del centro del estanque, cuyo fondo estaba formado de una arena plateada extremadamente fina, que no permitia á la vegetacion acuática echar sus raices, todo lo demas estaba tapizado del mas hermoso terciopelo verde que puede imaginarse.

Sin aquella pícara muralla, construida por la recíproca enemistad de los dos vecinos, seguramente no hubiera habido en toda la extension del imperio del centro, que como es sabido, ocupa mas de las tres cuartas partes del mundo, un jardin mas pintoresco y mas delicioso: cada uno hubiera agrandado su propiedad con la vista de la del otro; porque el hombre en la tierra no puede tomar de los objetos mas que la apariencia.

No obstante, tal cual era, ningun sabio podia haber deseado un retiro mas agradable y propicio para terminar su vida en la contemplacion de la naturaleza y en las recreaciones de la poesía.

Tou y Kouan habian ganado con su mala inteligencia una muralla por toda perspectiva, y recíprocamente se habian privado de la vista de un paisage encantador: pero se consolaban con la idea de haber perjudicado cada cual á su vecino.

Ya hacia algunos años que reinaba este estado de cosas; las ortigas y demas malas yerbas habian invadido los senderos que iban de una á otra casa. Las ramas de los arbustos espinosos, se cruzaban como si hubiesen querido interceptar toda comunicacion; y se hubiera dicho que las plantas comprendian las disensiones que dividian á los dos antiguos amigos, y tomaban parte en ella, procurando dividirlos mas y mas.

Durante este tiempo, las esposas de Tou y de Kouan habian dado cada una á luz un hijo. La esposa de Tou era madre de una preciosa niña, y la de Kouan del niño mas lindo del mundo. Este feliz acontecimiento que habia llenado de gozo á las dos casas, permanecia ignorado de una parte y de otra, porque aunque lindaban sus propiedades, los dos chinos vivian tan incomunicados como si los separase la gran muralla; sus respectivos amigos no se permitian la menor alusion respecto á los habitantes de la casa contraria, y hasta los criados tenian órden de no tratarse, ni darse siquiera los buenos dias, bajo la pena de ser azotados.

Púsosele al reciennacido el nombre de Tchin-Sing y á la niña el de Ju-Kiouan, que significan la perla y el jaspe; y en verdad, que su perfecta hermosura justificaba la eleccion de estos nombres. Cuando fueron grandecitos llamó su atencion la pared que dividia el estanque y limitaba la vista por aquel lado, y preguntaron á sus padres qué habia detrás de aquella tapia, y á quien pertenecian los grandes árboles cuyas copas sobresalian por encima de ella.

Contestáronles que al otro lado de la tapia vivian gentes estravagantes, quisquillosas é intratables, y que habian puesto aquella tapia para no tener ningun contacto con vecinos tan traviesos.

Esta explicacion satisfizo á los niños, quienes se acostumbraron á mirar la muralla, sin que les llamase en lo mas mínimo la atencion.

Crecia Ju-Kiouan en gracias y habilidades: sabia hacer toda clase de primores, y manejaba la aguja con una destreza incompara-

ble. Las mariposas que bordaba sobre el raso parecian animadas y que movian las alas, y cualquiera hubiera jurado oir el canto de los pájaros que fijaba sobre un tapiz: mas de una nariz engañada se pegaba á la tela para respirar el perfume de las flores que en ella fijaba. No se limitaba á esto el talento de Ju-Kiouan, pues tambien sabia de memoria el libro de las Odas y las cinco reglas de conducta: escribia sobre el papel de seda con mano experta, y pintaba á las mil maravillas. No era estraña á la poesía, y componia mil preciosos versos á la primavera, á las flores, á los pájaros y á otros objetos sencillos y dignos de llamar la atencion de una jóven inocente: el mas consumado literato no hubiera improvisado con mas facilidad.

No se quedaba atras Tchin-Sing; pues desde niño su nombre figuraba de los primeros en todos los exámenes. Aunque era muy jóven sabia lo bastante para ponerse el bonete negro, y ya todas las madres pensaban, que un mozo tan adelantado haria un yerno excelente, y alcanzaria en breve grandes dignidades literarias; pero Tchin-Sing respondia á los negociadores que se le enviaban, que era demasiado jóven para tomar estado, y que todavia deseaba conservar su libertad. Asi, pues, rechazó sucesivamente á Hongiu, Lo Mengli, Oma, Pofo y otras jóvenes muy distinguidas. Nunca hubo jóven mas solicitado y pretendido, sin exceptuar al hermoso Fangan, cuyo carruage llenaban las señoritas de naranjas y de azucarillos, cuando volvia de tirar al arco; pero el corazon de Tchin-Sing parecia insensible al amor, y no por frialdad, porque habia mas de un motivo para asegurar que tenia un alma muy impresionable: hubiérase dicho que se acordaba de una imágen conocida en una existencia anterior, la cual esperaba hallar de nuevo. En vano era que se le elogiasen los pies imperceptibles, las pestañas de seda, y los talles delgados y flexibles de sus mas hermosas compatriotas, pues todo lo oia con aire distraido y como si pensase en otra cosa.

Por su parte no se mostraba Ju-Kiouan, menos desdeñosa, y despedia á todos los pretendientes que se la acercaban. Este saludaba sin gracia, aquel vestia con mucho desaliño, el uno apenas sabia escribir, el otro no entendia jota de poesia; en una palabra, á todos les hallaba su por qué. Y al fundar su negativa sabia hacerlo de una manera tan cómica, que sus padres concluian por reirse, y ponian á la puerta con mucha política, al pobre diablo que ya creia poseer á la heredera del pabellon oriental.

Esta tenaz resistencia á desechar los partidos que se les presentaban, llegó al fin á alarmar á los padres de ambos jóvenes. Las esposas de Tou y de Kouan, preocupadas, sin duda, con aquellas ideas de matrimonio, soñaban durmiendo todo lo que habian pensado despiertas.—En cierta ocasion tuvieron un sueño que las alarmó sobremanera. La esposa de Kouan soñó que veia sobre el pecho de su hijo Tchin-Sing una piedra de jaspe, tan maravillosamente pulimentada, que brillaba como un carbunclo; la esposa de Tou por su parte soñó que su hija llevaba al cuello una perla bellísima y de un valor inmenso. ¿Qué podian significar estos dos sueños? El de la esposa de Kouan, presagiaba á Tchin-Sing los honores de la academia imperial; y el de la esposa de Tou, significaba que Ju-Kiouan hallaria algun tesoro escondido en el jardin ó debajo de algun ladrillo. Nada tenia de absurdo esta explicacion, y mas de una muger se hubiera contentado con ella; pero las buenas señoras vieron en este sueño alusiones á matrimonios por demas ventajosos que en breve debian contraer sus hijos. Desgraciadamente Tchin-Sing y Ju-Kiouan insistian mas que nunca en su resolucion, y desmentian la profecia.

Ambas señoras fueron á consultar, cada una por su lado, al bonzo del templo de Fô. Despues de haber quemado delante del ídolo papel dorado y perfumes, el bonzo respondió á la esposa de Tou que la perla necesitaba al jaspe, y á la esposa de Kouan que el jaspe necesitaba á la perla: y que solo la union de la perla y del jaspe podria terminar todas las dificultades Poco satisfechas de esta respuesta ambigua, las dos señoras regresaron á sus casas por diferente camino, sin haberse visto en el templo.

Poco tiempo despues aconteció que un dia se asomó Ju-Kiouan á la balaustrada del pabellon campestre precisamente á la hora en que Tchin-Sing hacia otro tanto por su parte.

El tiempo era hermoso, y ni la mas leve nubecilla empañaba el cielo: no hacia viento ni para mover una hoja, de modo que la superficie del estanque estaba terso como un espejo; reflejábanse en él con tanta exactitud los árboles de la orilla, que se vacilaba entre la imágen y la realidad: podia de-

cirse que era un bosque plantado lo de arriba abajo: los peces parecian nadar en el follage, y los pájaros volar en el agua. Divertíase Ju-Kiouan en contemplar aquella transparencia maravillosa, cuando fijando la vista en la parte del estanque inmediato á la tapia, vió el reflejo del pabellon opuesto que se estendia hasta allí deslizándose por debajo del arco.

Nunca habia prestado la jóven atencion á este juego de óptica que la sorprendió é interesó al mismo tiempo: distinguia los pilares encarnados, los tiestos de flores, las labores y esculturas, y hubiera leido tambien las sentencias inscritas en las paredes, si no hubiesen aparecido al reves; pero lo que aumentó su asombro cuanto no es decible, fue el ver echada sobre la delantera de un balcon, y en posicion semejante á la suya, á una figura que se le parecia tanto, que si no hubiese venido de la otra parte del estanque, la hubiera tomado por la suya propia: era la sombra de Tchin-Sing, y si se halla algo estraño que pueda tomarse á un jóven por una señorita, responderemos que Tchin-Sing á causa del calor se habia quitado su bonete de licenciado; que era muy jóven, y que aun no tenia barba: sus delicadas facciones, su tez sonrosada y sus ojos brillantes, podian prestarse fácilmente á la ilusion, que por lo demas duró bien poco, pues Ju-Kiouan, conoció muy pronto por los movimientos de su corazon que aquella imágen que repetia el agua no era la de una jóven.

Hasta aquel momento habia creido que la tierra no contenia al ser creado para ella; y muy á menudo habia deseado tener á su disposicion uno de los caballos de Fargana, que andan mil leguas al dia, para buscarlo en los espacios imaginarios. Imaginábase que no habia de encontrar su pareja en este mundo, y que nunca conoceria la dulzura de la union conyugal.

Al ver en el agua aquella sombra, comprendió que su hermosura tenia una hermana, ó mas bien un hermano. Lejos de incomodarse por ello se reputó feliz: el orgullo que sentia al creerse única, cedió su plaza al amor, porque desde aquel instante el corazon de Ju Kiouan quedó mortalmente herido, bastando para ello una sola mirada que cambió con la sombra. No se acuse por esto de ligereza á Ju-Kiouan: qué es lo que se ve en la mayor parte de los hombres cuando un largo trato no permite estudiar sus caractéres? Solamente un aspecto exterior, parecido al que presenta un espejo. ¿Y la mayor parte de las jóvenes no juzgan del alma de un futuro marido por el esmalte de sus dientes y el corte de sus uñas?

Tambien Tchin-Sing habia notado aquella beldad maravillosa: —Acaso he soñado despierto? esclamó. Esa encantadora figura que brilla debajo del cristal del agua debe estar formada de los rayos argentados de la luna en una noche de primavera, y del mas sutil aroma de las flores: aunque nunca la he visto, la reconozco, y seguramente es la misma cuya imágen tengo grabada en mi alma, la hermosa desconocida á quien dirijo mis dísticos y mis poesías.

Aqui llegaba Tchin-Sing de su monólogo, cuando oyó la voz de su padre que lo llamaba.

Hijo mio, le dijo, el partido que te se propone por el órgano de mi amigo Wang es muy conveniente: la jóven es rica, corre por sus venas sangre imperial, su hermosura es célebre, y posee todas las cualidades propias á hacer feliz á un marido.

Preocupado Tchin-Sing con la aventura del pabellon y enamorado de la imágen que habia entrevisto en el agua, se negó rotundamente. Colérico su padre lo amenazó terriblemente.

—Mal hijo! exclamó el anciano, si insistes en tu capricho, rogaré al magistrado que te mande encerrar en esa fortaleza que ocupan los bárbaros de Europa, y desde la cual no se descubren mas que peñascos combatidos por las olas, montañas cubiertas de nubes, y aguas turbias, en las cuales se reflejan esas monstruosas invenciones del genio del mal, que se mueven por medio de ruedas, y vomitan un humo fétido. Alli tendrás tiempo de reflexionar y de enmendarte.

Estas amenazas no asustaron mucho á Tchin-Sing que respondió que aceptaria la primera esposa que se le presentase con tal que no fuese la que le proponia.

Al dia siguiente, y á la misma hora del anterior, pasó al pabellon campestre y volvió á reclinarse sobre la balaustrada.

Minutos despues vió prolongarse en el agua el reflejo de Ju-Kiouan, como un ramillete de flores submarinas.

Púsose el jóven la mano sobre su corazon, depositó algunos besos en la punta de sus dedos y los envió al reflejo con un gesto lleno de gracia y de pasion.

Una alegre sonrisa que Tchin-Sing vió brotar de la boca de la figura en la transpa-

rencia del agua le probó que no era indiferente á la hermosa desconocida; pero como no se ha descubierto el medio de entablar una conversacion seguida con un reflejo, hizo señas de que iba á escribir, y se metió adentro. Pocos instantes despues volvió á asomarse trayendo en la mano un papel plateado y con orla de colores, en el que habia escrito una declaracion amorosa en versos de siete sílabas: en seguida lo enrolló, lo metió en el caliz de una flor, y envolviendo todo en una ancha hoja de plátano lo puso sobre el agua.

Una leve brisa que sopló muy á tiempo llevó la declaracion hácia los arcos de la muralla, y poco despues Ju-Kiouan, no tuvo mas que bajarse para cojerla. Temiendo ser sorprendida se retiró al mas oculto rincon de la casa, y con un placer indescribible leyó las espresiones de amor y las metáforas de que Tchin-Sing se habia servido: ademas de la alegria que sintió al saber que era amada, se envaneció de serlo por un hombre de mérito, porque la belleza de la escritura, la eleccion de las palabras, la exactitud de la rima, la brillantez de las imágenes, probaban una educacion esmerada: pero lo que mas la llamó la atencion fue el nombre de Tchin-Sing. Habia oido hablar á su madre del sueño de la perla, y esta coincidencia, la hizo pensar que Tchin-Sing era el esposo que el cielo la destinaba.

Al otro dia, como la brisa habia cambiado, Ju-Kiouan envió hácia el pabellon opuesto, valiéndose del mismo medio, una respuesta en verso, y en la que á pesar de la modestia natural á una jóven, era fácil traslucir el amor que le habia inspirado Tchin-Sing.

Al leer Tchin-Sing la firma del billete, no pudo contener una exclamacion de sorpresa: «El Jaspe!" No es esta la piedra preciosa que mi madre vió brillar en mi pecho durante su sueño?..... Decididamente debo presentarme en esa casa; porque en ella habita la esposa profetizada por los espíritus nocturnos.

Mas al ir á salir recordó las disensiones que dividian á los dos propietarios, y la prohibicion escrita en la puerta de la casa: ignorando el partido que debia tomar, refirió á su madre lo que le acontecia. Ju-Kiouan, por su parte, se lo habia dicho todo á la esposa de Tou. Los nombres de perla y jaspe parecieron decisivos á las dos matronas, quienes volvieron al templo de Fô á consultar de nuevo al bonzo.

El buen anciano respondió, que tal era, en efecto, la significacion del sueño, y que no conformarse á ello seria arrostrar la cólera celeste. Cediendo á las instancias de las dos madres, y tambien á algunos regalos que le hicieron, se encargó de dar algunos pasos cerca de Tou y de Kouan, y se manejó tan bien con ellos, que no pudieron negarse, cuando les descubrió el verdadero orígen de los esposos. Al volverse á ver los dos amigos, despues de tanto tiempo, se asombraron de haber estado indispuestos por causas tan frívolas, y conocieron que habian obrado como dos muchachos. Celebráronse las bodas; y la Perla y el Jaspe pudieron al fin, hablarse de otra suerte que por la mediacion de un reflejo.

No nos atreveremos á afirmar que por esto fueron mas dichosos; porque á veces la felicidad no es mas que una sombra en el agua.

T. por S. C.



Viajes.

SURINAM.



El aspecto general de la colonia de Surinam, ofrece alguna cosa de extraordinario, aun para los que han visto la Holanda. Toda ella es una vasta llanura, absolutamente horizontal, cubierta de plantaciones florecientes, que termina por un lado en una negra muralla de bosques impenetrables, y que por el otro se mira bañada por las azuladas olas del Océano. Este jardin, conquistado á la mar y al desierto, está dividido en un gran número de cuadros rodeados de diques, y separados por caminos anchos y canales navegables. Cada habitacion se asemeja á un pequeño pueblo, y el todo parece reunir en un estrecho espacio, los encantos del cultivo mas esmerado, á los atractivos de la naturaleza mas salvage.

Cuéntanse en toda la colonia 806 plantaciones de café, azúcar, algodon, palo campeche, incluyéndose en este número las plantaciones abandonadas. Los propietarios de ellas residen en el pais bajo, y administran sus bienes agentes ó directores, quienes al cabo de algunos años concluyen por ser propietarios de las plantaciones que dirigen.

El número de blancos residentes en la colonia es de unos 2200, ascendiendo á 4000 el número de individuos libres, y á 75 ú 80,000 el número de esclavos.

Los habitantes de Surinam que se componen generalmente de criollos y negros criollos, nacidos los primeros de padres europeos, y los segundos de padres africanos, son vivos, inteligentes, pero perezosos y amigos de la comodidad hasta el punto de temer entregarse á todo trabajo de manos que pueda fatigarlos. La vanidad y el sentimiento de dominacion está tambien muy arraigado en todos, y no hay artesano ó esclavo libre que no tenga algun sirviente, lo que contribuye á encarecer extraordinariamente la mano de obra. Mucho contribuye, sin duda, al natural abandono de los surinenses el excesivo calor, y sobre todo, la facilidad que tienen de proporcionarse lo que les hace falta á las necesidades de la vida.

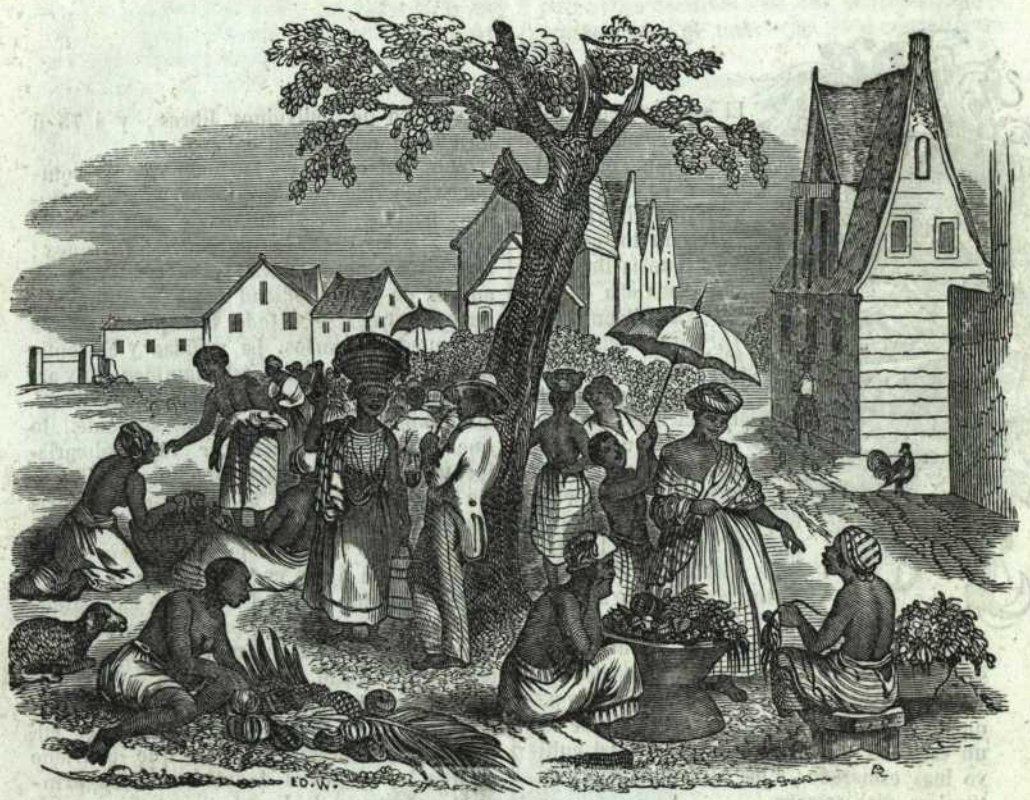
En asuntos de comercio son tan astutos y hábiles como los europeos; pero no pueden enriquecerse tan pronto como estos por su poca laboriosidad. Aunque para los blancos y criollos rijan unas mismas leyes, y sean súbditos de un mismo monarca, existe entre ellos grande antipatía; lo que proviene de que los primeros deseen todos los principales destinos de la colonia.

Los criollos y negros libres comen poco, aunque muy á menudo, y á veces en un mismo plato: otros comen separadamente, tendidos ó sentados en el suelo y teniendo delante una calabaza que les sirve de plato. Los guisados que se comen en Surinam, están tan sazonados de pimienta, que á un europeo le es casi imposible el probarlos durante los primeros dias de su permanencia en la colonia. Concluyen, no obstante, por acos-

tumbrarse á ello, y conocer que en un clima tan cálido, las especias vienen á ser un medio de conservar la salud. Muchas veces el uso de un alimento en un pueblo, que el extrangero reputa como ridículo, es un resultado de su clima, de sus necesidades y de las producciones que la naturaleza le suministra.

No debe creerse por esto que los surinenses ignoran las delicias de la mesa y los goces mas escogidos de los gastrónomos. Los europeos y los criollos de buena sociedad despliegan un grande lujo y mucho aparato en sus comidas, que ordinariamente comienzan á las cinco ó seis de la tarde, y se prolongan hasta media noche, con ayuda del juego, del baile y de la música. Encuéntrase en la mesa todo lo que la Europa y la América pueden producir de mas delicado en carnes, legumbres, aves, pescado, vino y licores, y en mil frutas y dulces, y efectos de repostería, que confeccionan con un gusto estremado.

En estas reuniones, particularmente, es



Mercado de Surinam.

en donde se complacen en hacer alarde de las modas recibidas de Europa. El extrangero que va recomendado á un plantador, es muy bien recibido en su casa, y con una franqueza y cordialidad, enemiga de la etiqueta de las grandes poblaciones. En la mesa cada persona es servida por varias negras, que á la menor señal de su amo, presentan todo lo que se apetece.

Los almacenes de todas clases de géneros bastan á satisfacer todas las exigencias del lujo mas refinado. Los mercados suministran lo demás. Hay dos que se hallan abundantemente provistos de todos los frutos que

ofrece la estacion, tales como ananas, manzanas, naranjas, guayabas, anacardos, melones de agua, meloncillos de Florencia, y otras muchas especies de frutos. Vése tambien mucha volateria, de que abunda el pais: pavos, ánades, gallinas, &c.; legumbres, tales como bananas, coles, zanahorias, peregil, endivia, patatas, ensaladas, setas, y otras muchas legumbres que fuera largo enumerar. La venta empieza á las seis de la mañana y concluye á las tres ó cuatro de la tarde, y se hace por esclavos negros y criollos de las plantaciones.

A la orilla del agua hay otro mercado, donde principalmente se vende leña y pescado, de que hay en abundancia: pero es caro y no puede conservarse, porque apenas sale del agua el calor lo pudre.

Por lo expuesto se ve, que el que quiera contentarse con los productos del pais, cuyos precios son bastante módicos, sin adquirir los objetos de lujo que suministra el comercio de Europa, puede muy bien vivir en Surinam con una renta módica. Hállanse allí en abundancia todas las cosas necesarias á la vida, á excepcion del vino, los licores y la cerbeza.

Los surinenses son generalmente muy aseados en su persona. Se bañan con frecuencia, y casi diariamente lavan su ropa por usada que esté: hasta los niños recien nacidos sufren dos ó tres baños generales al dia.

Las mugeres del pueblo tienen costumbres desarregladas, y hablan con una libertad que se asemeja mucho á la licencia, sin que se excite su indignacion por nada, y llevando su impudencia hasta el punto de envanecerse con lo que entre los europeos se conceptúa justamente como un insulto: estas mugeres ven en una proposicion infame, una especie de preferencia que las honra. Asi es, que hasta cuando no tienen intencion de acoger al que las insulta, se nota en su fisonomía una satisfaccion que solo puede atribuirse á una inconcebible vanidad.

Desgraciadamente, cuando se salvan las últimas barreras de la decencia, y un hombre ha caido imprudentemente en el lazo que le han tendido aquellas criaturas, puede dar por concluida su fortuna y hasta su salud; porque no se cansan en exigir adornos y regalos.

A lo largo del puerto, y en la calle llamada de *Sarameca-Straat*, que es el sitio mas frecuentado y mercantil de la ciudad, es donde se hallan los mejores almacenes, y los mas surtidos de cuanto puede servir al bien estar y necesidades de la vida. De todo hay en ellos, y en abundancia, desde los objetos de lujo hasta las cosas mas comunes; desde las mas ricas joyas hasta las mercaderías mas ínfimas.

Esta calle de Sarameca, sobre poco mas ó menos es á Surinam lo que el Kalver-Straat á Amsterdam. Es el sitio de reunion general no solo de los extrangeros sino tambien de todas las clases de habitantes.

Los almacenes mas notables de esta calle son los que se llaman de Vete-Warier. Sus dueños son comunmente judios, que como los de Europa, poseen el arte de atraer á los compradores, y el de hacer negocios con todas las clases de la poblacion, ora vendiendo, ora cambiando toda suerte de objetos. Hállanse en ellos los efectos mas distintos; y al lado de un queso de Holanda se ve una pieza de musolina, un jamon al lado de un tarro de pomada, y una peluca revuelta con juguetes de niños. Algunos de estos almacenes son muy ricos, hallándose en ellos á la vez efectos de comer y de vestir, y muebles de casa.

Hay bastantes sastres en la colonia, pero cuesta mucho la ropa de paño, pues hay que traer este y otras telas de Europa. Ademas no cortan con elegancia, y cosen solo muy medianamente; por cuya razon los pudientes del pais prefieren traer la ropa hecha. Generalmente visten todos de lienzo blanco; pero en las mercancias y comidas de etiqueta usan los hombres trages de paño negro, que son muy incómodos á causa del calor, pero de los que se desembarazan á los postres.

Hay tambien muchos zapateros, cuyas costumbres y hábitos guardan mucha analogía con los de su oficio en Europa. Sentados y trabajando delante de la tienda, cantan ó fuman, teniendo á un lado un cantarillo de agua y al otro una calabaza con bananas. Los zapateros son en general alegres, habladores, amigos de saber y referir las novedades del barrio, que propagan, fomentan, acarician y multiplican. Los cueros se traen tambien de la metrópoli, y son de mediana calidad, lo que no impide que el calzado sea bastante caro.

Los carniceros venden toda clase de carnes dos dias á la semana; pero la ternera escasea, y su precio es subido: el puerco es excelente, y su gusto distinto del de los cerdos de Europa. Para la venta del pan hay

reglamentos semejantes á los que rigen en las ciudades de Europa: regúlase su precio por la cantidad de harina que entra en el mercado. El pan no es malo, y se halla de todas calidades en las panaderias.

Concíbese muy bien que en una ciudad donde reina el lujo, y en donde las mugeres son, si cabe, mas coquetas que en ninguna otra parte, debe haber muchas modistas en la calle de Sarameca. Sus propietarias, que por lo comun son negras, traen sus modas de París y de Lóndres, que por cierto no llegan á la colonia en el mejor estado; pero las elegantes se pavonean con ellas, muy contentas con sus sombrerillos ó gorros, porque le faltan objetos de comparacion.

Las lavanderas y planchadoras de Surinam son excelentes, pero se hacen pagar muy caro su trabajo. Esto no es estraño, pues es proverbial la superioridad de las lavanderas americanas sobre las europeas, y particularmente las de Surinam, que han llegado al mas alto grado de perfeccion en el plancheo, debido á la escrupulosidad de los surinenses respecto á este particular.

Vénse tambien algunos almacenes que improvisan los capitanes de los buques para vender sus pacotillas.

En esta calle no faltan tampoco cafées, salas de villar, y hasta tabernas. En estos establecimientos se reunen, como en Europa, los ociosos, los jugadores y los bebedores; y en ellos pierden los surinenses su tiempo, su dinero, y algunas veces su salud. Aqui, como en todo pais cálido, el abuso de los licores es la principal causa de las enfermedades que experimentan los extrangeros, y que á veces les arrebatan la vida con una rapidez notable.

No es solamente en las fiestas que dan las personas ricas ó de importancia, donde se despliega un gran lujo, y en donde se ven á jóvenes esclavas, vestidas con cierta magnificencia, llevando vasos de flores, y versos en honor de la persona objeto de la fiesta. Todas las familias, aun las mas pobres, hacen gastos extraordinarios en ocasiones dadas, y particularmente cuando celebran algun bautismo.

El baile que mas se usa en la buena sociedad se asemeja á la danza escocesa. La música que lo acompaña siempre en un mismo tono, fuerte ó agudo, no tiene nada de melodioso ni de agradable. Los músicos son siempre mulatos ó negros, criaturas infatuadas de lo que llaman con énfasis su talento de músicos artistas.

El profesor de baile es por lo comun un mulato que goza de grande reputacion de gracia en el pais, que se hace pagar á buen precio sus lecciones, y que aventaja en fatuidad á los mismos músicos negros.

Los Domingos y dias festivos, los plantadores ricos y los comerciantes se dirigen á la iglesia con su familia, y acompañados de cinco ó seis esclavos, cada uno de los cuales lleva algun objeto, como el quitasol, el libro de las oraciones, &c. En estos dias se despliega el mayor lujo.

Cuando muere alguna persona rica, su féretro es conducido por doce negros. Síguenlos los parientes y amigos vestidos de negro: llevan la cabeza cubierta con una especie de sombrero que casi les oculta el rostro enteramente; y del que pende por detrás un crespon cuyo estremo lleva un esclavo en una mano, y en la otra un grande paraguas verde con el que cubren tambien á las personas que acompañan el féretro.

Hay otro baile que se llama *dou* que es el que comunmente bailan los negros y los esclavos, particularmente el dia de año nuevo. En estas reuniones es donde parecen olvidar la pala y el látigo, y donde se presentan ostentando un lujo oriental, que desdice no poco del trage que llevaban el dia antes, y del que tienen que usar al siguiente al volver á sus trabajos. Ejecútase esta danza al son del tambor, del tamboril y de una especie de guitarra. El tambor es un tronco de árbol hueco y cerrado por uno de sus lados con una piel de cabra. El que lo toca se lo pone entre las piernas y golpea alternativamente la piel con los cuatro dedos de cada mano, tomando su medida en cuatro tiempos.

El tamboril es una pequeña plancha de metal colocada sobre un pie, y en la cual tocan con dos palillos. La guitarra, que hace oficios de violon, es una media calabaza sujeta á un palo, y sobre la cual tienden una piel y cuatro cuerdas de tripa: tocan este instrumento hiriendo la cuerda á compas.

Acompañan esta armonia con un canto nacional, y con otro pequeño instrumento que hace el mismo ruido que una vejiga llena de piedras: le llaman *maccari*. Las mugeres lo tienen en la mano derecha y lo tocan á compas con la izquierda, balanceando á la vez el cuerpo, y girando en todas di-

recciones sobre la punta del pie. Asombra verlas inclinarse, mover la cabeza y el cuerpo, alejarse ó aproximarse la una á la otra, á veces sin mover los pies, y aun sin levantarlos del suelo.

El negro olvida, al parecer, en estas alegres reuniones todas sus fatigas y penas, y se convierte en un chiquillo: entregado enteramente al placer goza mucho mas que los jornaleros y sirvientes de Europa. Allí, vuelve á ser el hombre de la naturaleza; y ni la presencia del capataz es bastante á recordarle que es esclavo. Hay en su danza y en todos sus movimientos una especie de embriaguez moral que no le permite pensar en sus trabajos de la víspera ni en los del dia siguiente. Mientras mas raros son sus momentos de felicidad, mas quiere gozar de ellos. Diríase que procura olvidar su condicion, si es que la siente, porque los negros que nacen en la esclavitud se acostumbran mejor á ella, y parece no la echan de ver.

Gústales tanto este baile, que no dejan de tomar parte en él hasta que enteramente han perdido las fuerzas y no pueden continuar. Cuando se ven obligados á sentarse son acogidos con palmadas, gritos, risas y un estrépito infernal; pero al punto que vuelve á sonar el tambor y se oye el grito de *Kaya-Paramaribo*, que es su canto nacional, todos los danzantes vuelven á ponerse en movimiento. Estas diversiones son amenizadas con grandes tragos de rom, acompañados de un trozo de *Kabbeljaauw* y de una banana asada ó cocida. Por lo demás no se nota el mas pequeño desórden.

La vida que se lleva en Surinam es bastante uniforme. Por lo comun las personas acomodadas se levantan entre cinco y seis de la mañana, cuando se dispara el cañonazo. Despues de haber tomado el té ó café dan un paseo y en seguida marcha cada cual á evacuar sus negocios. A eso del mediodia hacen un almuerzo-comida, al que suele preceder un vaso de *bitter-soopje*, de ginebra ó de aguardiente.

Despues del desayuno duermen la siesta hasta las cuatro de la tarde, á cuya hora toman el té: en seguida se visten para dar un paseo, bien á caballo, ó en coche, ó embarcados; tambien es la tarde la hora de las visitas.

Cuando faltan noticias de Europa con que alimentar las conversaciones, se habla mucho de la política del gobierno, de la marcha de la administracion, de los negocios, de los tribunales, de las cosechas de café, azúcar y algodon, y particularmente de los placeres. Mientras tanto se desocupan algunas botellas de vino de Madera ó de Champagne.

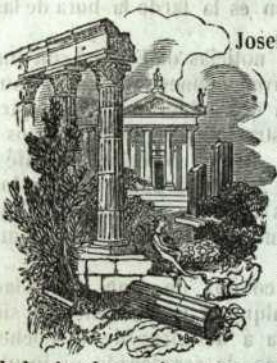
Gózase en la colonia de gran seguridad individual, y cualquiera puede retirarse sin cuidado á su casa á deshoras de la noche, sin correr el riesgo de ser atacado ni insultado.

El número de habitantes de la Colonia puede calcularse en unos 80,000, de ellos solamente 4,000 libres como hemos dicho, y los restantes esclavos: entre las personas libres se cuentan unos 2,500 blancos de todas religiones, como católicos, protestantes, luteranos, judios, portugueses ó alemanes y anglicanos y hermanos moravos, ejerciendo cada cual su culto públicamente, y observándose entre todos la mayor tolerancia religiosa.

T. por S. C.



UNA AMERICANA.



Josefina esposa de Bonaparte, era la mas encantadora de todas las criollas. Reunia todas las prendas de las que han nacido en aquellos climas abrasados: la gracia, la puerilidad continua, la dulzura, la sensibilidad, la bondad, la abnegacion momentánea, la alegria mezclada á veces con una languidez melancólica; y no le faltaba ninguno de los defectos, no poco agradables, que suelen acompañar á estas prendas. La indiferencia, la desigualdad de carácter, la insaciable necesidad de emociones nuevas, el olvido de lo pasado, el amor esclusivo de lo presente, el desprecio del porvenir, una deliciosa ignorancia, una voluntad ardiente pero variable, las manias, la fantasía y los caprichos.

Todas las criollas tienen deudas y Josefina era la mas criolla de todas las criollas.

Una de las primeras atribuciones de un marido, ya sea primer Cónsul, ó Emperador, ó Agente de cambios, es seguramente la de pagar las deudas de su muger. ¿A no ser para esto, de qué habia de servir?

Bonaparte, que comprendia tan bien el matrimonio, como que fué el que estableció el divorcio, no podia desconocer las consecuencias *financieras* de esta union dulce y poética, de donde debe nacer una mútua proteccion contra los dolores y las *deudas* de esta vida.

Se enfadaba algunas veces; pero pagaba.

Mas adelante necesitó millones para pagar á los acreedores de su muger; pero entonces con doce mil francos tenia bastante. Todo es empezar, como dice el proverbio, y especialmente en lo que concierne al amor conyugal, el cual, habiendo necesariamente de concluir, debe por lo mismo empezar.

Sucedió, pues, que un dia, el marido de las Tullerías, habia entregado á su muger una cantidad de doce mil francos para que pagase algunas cuentas de la modista, y á las vendedoras de flores, de ropas y de perfumes. Figuraban en ellas algunas partidas de mil y quinientos francos por las agujas, y mil doscientos por la pomada consumida en un solo trimestre.

Esperaban los interesados en la antecámara el resultado de las negociaciones que habia sido preciso entablar con el marido.

En aquel momento solicitó un hombre el favor de hablar á Josefina, apoyándose en la recomendacion eficacísima de ser su *paisano*.

—¿Y qué me quiere? preguntó ella.

—Quiere, respondió la primera camarista, poner á vuestros pies sus respetos y una jaula. Si es menester renunciará á lo de los respetos, en lo que tiene empeño es en lo de la jaula. La jaula es de hoja de lata, y, segun dice, tiene dentro una media docena de pájaros rarísimos, que os ha traido espresamente de la Martinica.

—¡Pájaros de la Martinica! ¡Compatriotas mios! ¡oh, qué dicha! esclamó Josefina. ¡Es menester comprarlos! ¡Al momento! al momento!

—El precio, replicó la camarista, me ha parecido que excede algun tanto del *máximum* fijado por la república francesa para los pajaritos de esta clase.

—¿Pues cuanto quiere?—

—Quiere doce mil francos con la jaula, lo que es algo caro.—

—¡Qué! No! prorrumpió Josefina, la cual en el primer momento hubiera dado su trono futuro por una redoma de peces encarnados que se le hubiera antojado tener.

—¿Doce mil francos? Eso es dado, sobre todo con la jaula. Es imposible encontrar pájaros de la Martinica mas baratos.

Estas últimas palabras dan á conocer á la gran Señora y á la criolla, que es tanto como decir, á muchos millares de mugeres: la gran Señora que no sabe y aparenta saber; la criolla que, aunque sea á su costa, quiere humillar á la Metrópoli con el inmenso valor de los mas simples productos de su pais.

—Que le den los doce mil francos, añadió Josefina, con un tono poco apropósito para dar lugar á nuevas objecciones.

Volvió bien pronto la camarista, en compañia de los seis pajaritos de á dos mil francos por cabeza, salvo el valor de la jaula. Josefina, al verlos, saltó de alegria, empezó á dar palmadas con sus manos, y lloró enternecida con las dulces memorias que le recordaban.

—¡Qué bonito! esclamó. ¡Asi son los pájaros de mi adorada Martinica! ¡Mirad qué bonitos! ¡Toma! ¡Toma! ¡Toma!

Eran dignos aquellos volátiles de semejante extasis: eran chiquitos; pero preciosos. Su plumaje estaba matizado con los mas brillantes colores. Tenian unos el pico, las patas y las puntas de las alas doradas. Estaban otros engalanados con estraños dibujos. Estos tenian la cabeza peinada con un penacho plateado. Aquellos eran tricolores, como debian serlo los buenos volátiles de aquella época.

—Se me olvidaba deciros, añadió la camarista, que ese hombre ha recomendado espresamente que no se les ponga ni una gota de agua. Esos pájaros no beben nunca. Les horroriza el agua. ¡Como que es para ellos el veneno mas violento!

—Es verdad, replicó Josefina, que continuaba haciéndose la entendida. ¡Si los pájaros de la Martinica son así! Me acuerdo perfectamente.

—Encarga ademas ese hombre, repuso la camarista, que se tenga cuidado de avisarle, asi que alguno de esos pájaros pierda alguna pluma, algun adorno, alguno de sus mas delicados matices. Eso querrá decir que el pájaro está enfermo; pero el vendedor se encarga de curarlo.

—Asi sucede tambien en la Martinica, esclamó Josefina.

—Por último, ese hombre me ha dado las señas de su casa, dijo la camarista: vive en la calle de los Corriones.

—¡Qué buen sugeto! Decidle que tendré mucho gusto en verle y en pagarle la dicha que me proporciona. Aseguradle que le protegeré á él y á los suyos. Informaos tambien de su muger y de sus hijos, y haced que le lleven de mi parte algunos regalos, vestidos ó encages, ó plumas, ó toquillas, ó dulces, cualquier cosa. Todo lo mio está á su disposicion.

Durante los dos dias que siguieron á esta escena, conservaron los pájaros todo su esplendor. No se movieron del cuarto de Josefina, la que no cesaba de admirarlos. Esta distraccion la hizo olvidarse de todo, hasta de componerse; pero al fin, al tercer dia, como era de gala, hubo que llevarlos á un cuarto de los mas retirados, y este destierro los perdió.

Cinco minutos despues, su inconstante paisana los habia olvidado completamente por unas pulseras, y los habia entregado á los cuidados mercenarios de una mera sirviente. ¡Vaya V. á hacer caso del favor de los Grandes!

Esta muger no estaba al corriente del sistema higiénico que, segun parece, les es necesario á los pájaros de la Martinica. Vió que los pobres pajarillos arrastraban las alas, abrian un pico tamaño, y piaban lamentablemente. Creyó que era efecto de la sed, y se apresuró á colocar en la jaula una gran taza llena de agua. Apenas hubieron visto el líquido los supuestos hidrófobos, cuando se metieron en ella con la misma prontitud que lo hubieran podido hacer unas ranas que hubiesen estado mucho tiempo en seco. Pero ¡oh maravilla! á medida que mojaban en el agua sus alas, se iba el agua cubriendo de tintes encarnados, de tintes azules, de tintes verdes, de tintes tricolores: cubríase de plumas doradas, despojos brillantes que se paseaban sobre aquel pequeño Océano, como los restos de una flota despues de un gran naufragio. En cuanto á los pájaros, habian recobrado su natural alegria, al mismo tiempo que se habian desdorado sus picos, perdido el color de sus patas, y que su pluma se cubria de unos matices grises y negruzcos, que hacian poco honor á la ornitológia de la Martinica.

La pobre muger empezó á gritar desaforadamente: la alarma fue general. Acudieron todos: se fue en busca del vendedor; el vendedor no parecia, y por último, para no contristar su vista con el espectáculo de sus degenerados compatriotas, hizo Josefina que

les diesen libertad en el jardin de las Tullerías, donde se echaron á volar, en compañia de sus antiguos camaradas, los habitantes de aquellos altos castaños.

No le desagradó, despues de todo, á Josefina, el desenlace de su compra. Los grandes placeres tienen su reaccion inevitable. Desde el primer dia, se habia fastidiado de sus paisanitos, y no habia continuado adorándolos al siguiente, sino por respetos humanos. ¿Qué seria ahora que tan feos estaban? Pero una inconstancia, por ligera que sea, no se confiesa nunca, ni aunque sea un pájaro la víctima. Disimuló y se consoló de esta contrariedad á costa de la imprudente criada.

—Vos teneis la culpa, dijo: teneis la culpa de todo. Hubiérais debido tener presente que no se trata de ese modo, ni se les pone agua á unos pájaros tan raros! Digo, ¡á pájaros de la Martinica!

Las personas que estaban presentes no pudieron dejar de sonreirse al oir estas últimas palabras. Cada uno dijo para sí:—¡Qué! Serian gorriones pintados con cola!—Pero nadie se atrevió á decirle esta verdad tan desagradable á la muger del primer Cónsul.

Mr. de Talleyrand, que estaba presente, conoció que el Imperio estaba próximo, y en esta inteligencia arregló su conducta. En cuanto á los acreedores que dejamos en la antecámara, esperando los doce mil francos prometidos á su impaciencia, ¿qué se habia hecho de ellos? ¿qué se habia hecho de estos honrados vendedores de tocados, pomadas y agujas? Los he echado en olvido para no ocuparme sino de los gorriones de la Martinica; pero no es culpa mia. ¡La augusta deudora habia hecho otro tanto!

R. G.

SOBRE LA CONDICION DE LA MUGER.

Entre los diversos juicios que del hombre se aducen, rara vez se toman en consideracion ciertas encumbradas diferencias que ofrece su naturaleza complexa, y que si bien permaneciendo siempre uno, le separan en dos seres semejantes y distintos; pues ora se le acuse ó justifique, ora se le humille ó ensalze, se nota un descuido, un olvido casi constante para con uno de esos dos séres, la muger.

Ella se merece, sin embargo, una atencion peculiar desde el instante en que estudiando la humanidad probamos á investigar las leyes, estimar la posicion, comprender los destinos, en virtud de los cuales egerce ella un influjo mucho mayor de cuanto puede afectar imaginarlo el ciego orgullo del hombre, el cual ufano por la parte de que Ormuzd le ha condenado, á saber, la fuerza del cuerpo, la del pensamiento, la potencia del genio, la de la razon y el ascendiente que de ellas emana, se cree superior á su compañera, porque se reconoce distinto, porque á las cualidades que le son propias se halla reunida la del dominio, aparente al menos; aparente, digo, pues en la realidad el hombre antes obedece que manda. De este soberbio señor triunfan las mas de las veces la insinuacion, la dulzura, las gracias, el atractivo de la belleza, el hechizo de la misma debilidad: la muger reina de hecho, y cediendo, si se quiere, reina todavia.

¿Qué se hiciera sin ella la vida humana? ¿Qué seria sino una lucha desesperada, una cruenta pugna del hombre con la naturaleza, y del hombre con el hombre? Ella le ro-

cia con un filtro que adormece sus dolores, suaviza su rusticidad salvaje, templa la violencia de sus pasiones, calma sus enojos, le familiariza con el trabajo y con los sufrimientos mismos, y todo esto por su ternura compasiva, por su adhesion inagotable, por la continua efusion de aquel amor que de sí propio renace, y no se agota jamás, cual especie de júbilo inefable.

Si á la muger contemplamos como jóven cándida y pura ¿qué no le cede en maravilla? Cuando madre rodeada de sus hijos ¿qué de mas augusto y santo?

Existen en su corazon ciertos primores tan esquisitos y juntamente tan espontáneos, que ni aun ella misma los conoce; su manantial está cubierto de un velo, es misterioso; y se exhalan á la manera que el perfume de la flor ruborosa, cuyos dulces efluvios la descubren de un modo vago y sin que ojos la vean.

No hay mal que la muger sanar no sepa, ó cuando menos aliviarlo, y en cuyo fondo no se incline á depositar una esperanza. Está la borrasca amontonando nubarrones, y los arroja, y los confunde, y los desgarra en vastos girones, y tal vez un rayo de sol atraviesa por ese caos y serena el cielo sombrío; pues el rayo consolador y dulce es la muger cuando la tempestad agita tambien al hombre y le atormenta.

Una innata conmiseracion, una simpatía irresistible la atraen hácia el que sufre; y de ahí el que parezcan sometidas á sus desvelos todas las miserias inseparables de la condicion humana, ó que engendran los vicios de la sociedad. Ella es por cierto la providencia del enfermo, del pobre y de la innumerable tribu de los desamparados. Seguidla hasta el lóbrego aposentillo donde se guarece el indigente, junto á la cabecera del que padece, cabe el miserable lecho en que gime el anciano solitario despues de largos años de trabajos y fatigas; nada consigue alejarla, nada rechazarla; sino que enardecida por el amor mas allá de los sentidos, y replegada en su alma, mas vigorosa entonces que el hombre, aquella frágil criatura no vive sino allí. Ella desempeña una mision celestial, consigo trae alguna cosa parecida á Dios, no escasea socorros á todas las necesidades, ni bálsamos á todas las úlceras, ni palabras que suspenden los dolores todos.

Y hasta ahora solo he recordado sus beneficios de menor cuantía. Un instinto infalible, cien veces mas seguro que el discurso, la preserva de los fatales errores á que el hombre se deja arrastrar por el orgullo del talento y del saber; y mientras que á este, sondeando todas las corrientes, le trasporta su insaciable curiosidad al través de Dios, sabe que es crepúsculo engañoso para sumergirle en regiones pobladas de fantasmas; mientras que su hinchada y débil razon hace bambolear ciegamente las bases del órden y de la misma inteligencia, iluminada la muger con una luz tanto mas íntima cuanto aproximada, defiéndelas contra él, conserva en la humanidad las creencias por las cuales subsiste, las verdades necesarias, las grandes leyes de la vida intelectual y moral.

Ella sirve de guardian piadoso é incorruptible en medio de la confusion de las ideas y revoluciones; por cuyo motivo la acusa á menudo el hombre de flaqueza, de preocupacion, de supersticion; y él no sabe que el objeto de esa supersticion es nada menos que Dios, disfrazado en los símbolos que opacamente dejan entrever le; él no sabe que esa preocupacion es lo verdadero, inmutable que el corazon abrazó, ni tampoco que aquella flaqueza sea la fuerza innata, el poder soberano de la misma naturaleza. Cuanto mas lo recapacito, otro tanto me siento persuadido á que no solamente perderian en la tierra su autoridad las verdades y las leyes de que he hablado poco ha, sino que alterada por mil falsas concepciones la propia nacion se estinguiria, si doblemente madre, desde la cuna la muger no iniciase á los infantes en aquellos sagrados misterios, si en ellos no depositara el no perecedero gérmen de la fe que debe salvarles, ni les nutriera con esta leche divina.

Figuraos sobre sus rodillas una criaturita reciennacida, que juntas las dos manos y con la ingénua pureza de su alma balbucea su primer plegaria; mirad como la despierta el amor á la vida que sin fin se dilata en aquel que es la vida misma, y decidme si jamás habeis asistido á un espectáculo mas patético ni mas tierno.

Sea enhorabuena que embriagados los hombres con los dones que Dios les ha dispensado, se remonten lo que les plazca en la opinion que se han formado de sí mismos, mas no por eso dejará de ser que las simientes primordiales de lo verdadero y de lo bueno, los sentimientos profundos que deciden de la existencia entera, estén consti-

tuidos en una deuda para con la muger, que es quien nos elabora cual somos. ¡Oh! á conocer ella la importancia suprema, la grandeza maravillosa, y mejor diré formidable de sus funciones, cierto que no envidiaria las ventajas reservadas al hombre, cualesquiera que sean.

Y no poco me complazco en tener que hacerle justicia; ella ha rechazado con aversion las sugestiones de los seductores por mas resortes que se hayan tocado para desviarla de su verdadero fin, para estraviarla de la senda regular empleando el señuelo de una libertad ficticia, de una independencia que se convertiria inmediatamente en la mas dura y degradante esclavitud: inútilmente han probado á vencerla por la vanidad, por el alucinamiento de los sentidos, por el funesto aliciente de todos los regocijos malos; porque ella ha sentido que bajo el falso nombre de exencion se le proponia la servidumbre y la abyeccion, y el voluntario abandono de cuanto en este mundo le erige un puesto tan culminante y un poder tan colosal. La muger no ha querido ser mas ni menos, de cual Dios la ha criado, esto es, lo que la humanidad debe acatar como lo mas pasmoso y santo, vírgen, esposa, madre.

Y por cuanto ha sabido resistir la muger los consejos corruptores, y preservarse de los vergonzosos lunares que sacrílegas manos se esforzaban á imprimirle, bellos serán sus destinos en el porvenir que se acerca: ella sacará á luz ese porvenir que con misterioso instinto apresura, y ese porvenir será del mismo modo el fruto de sus entrañas, con solo imbuir al niño á edad temprana en los sentimientos religiosos que deben mimar al hombre en el espíritu de sacrificio, de adhesion, de amor, en el valor contra sí propio, en el desprecio de las cosas materiales y en el del cuerpo y sus consecuencias.

F. DE LAMENNAIS.

CHIMAY Y COUVYN.

Situadas en los límites de la Bélgica y de la Francia, y pasando sucesivamente bajo la dominacion de cada uno de estos dos estados, las pequeñas ciudades de Chimay y de Couvyn, vecinas y rivales, fueron muy á menudo testigos de las disensiones de los señores feudales que los dominaban.

Ambas ofrecian sobre poco mas ó menos un mismo aspecto en el siglo XIII: peñascos escarpados servian de fortificaciones naturales al castillo de los marqueses de Couvyn, lo mismo que al de los condes de Chimay, y el odio y la rivalidad eran hereditarios entre los habitantes de aquellas nobles moradas. Un nuevo incidente acrecentó mas su odio, y fue la preferencia que una de las mas hermosas castellanas de las cercanias dió al señor de Chimay sobre el señor de Couvyn. Desde este momento tuvo el rival afortunado que estar siempre á la defensiva, pues los vasallos del marqués de Couvyn no desperdiciaban ocasion de hostilizarle y perjudicarle.

Cierto dia, hallándose el señor de Chimay cazando en los bosques que separaban sus dominios de los de su enemigo, se estravió persiguiendo á un jabalí, que lo llevó bastante lejos de los monteros. No viéndole estos, fueron á aguardarle al punto de reunion; pero en vano esperaron largas horas, pues el conde no parecia; hasta que alarmados por su ausencia se dispersaron de nuevo para hacer una batida por todas

aquellas cercanias: tampoco produjo esta ningunos resultados, pues en ninguna parte hallaron huellas del conde, ni nadie supo darles noticias. Afligidos en estremo, pero conservando la esperanza de hallar al conde en su castillo, dieron la vuelta al mismo, encontrando á la castellana profundamente alarmada por la tardanza de su esposo; alarma que se convirtió en mortal congoja, cuando supo la fatal nueva de la desaparicion del señor de Chimay. Venciendo no obstante su emocion y debilidad, quiso salir al punto ella misma en busca del conde; y acompañada de sus mas notables vasallos recorrió los bosques, las montañas, y se dirigió á todos los pueblos de las cercanias, mas en ninguna parte halló el menor indicio sobre la suerte del conde. Por último, despues de ocho dias de inútiles pesquisas, vió que no le quedaba otro recurso que dirigirse á su temible vecino sobre el cual creia tener algun ascendiente, y por lo mismo esperaba no le suplicaria en vano; la noble señora creia que el señor de Couvyn era hombre de honor.

Como lo pensó lo hizo; y vistiéndose de luto, como todas las demas personas de su séquito, se presentó al señor de Couvyn y le exigió le prometiese por su fe de caballero que nada sabia del paradero del señor de Chimay: en seguida le suplicó con lágrimas en los ojos que le ayudase en sus investigaciones: «¡Oh señor! decia esta viuda desolada implorando al que en otro tiempo la habia abrumado con sus súplicas, mostrad en tan funesta circunstancia la nobleza de vuestra alma; ceda el resentimiento á la piedad! Concededme vuestra generosa cooperacion para averiguar la suerte de mi esposo, de vuestro rival, que en adelante será vuestro amigo! Permitidme que haga pesquisas en vuestros dominios; sed el protector de los oprimidos: el honor os lo manda; una muger os lo suplica!"

El señor de Couvyn le juró por su fe de caballero que ignoraba el paradero del conde de Chimay; le prometió su cooperacion, y la instó fuertemente á que aguardase en su castillo el resultado de sus investigaciones. Negóse la condesa á ello, notando el disgusto que tal ofrecimiento causaba á su servidumbre; y se alejó satisfecha del paso que acababa de dar, pues asi lo habia exigido su conciencia.

Muchos años transcurrieron sin que se supiese absolutamente nada del paradero del señor de Chimay. Su esposa, triste y desconsolada vivia retirada en su castillo, entregada á la oracion y á las lágrimas, sin hallar en nada consuelo. Por su parte el marques de Couvyn se habia atrevido á hacerle proposiciones de union bajo el pretexto de dar asi término á las divisiones que existian entre sus respectivos vasallos. Indignada la castellana, le contestó:

«No estoy segura de haber perdido á mi esposo para siempre. Si asi no fuese hace tiempo que me hubiera muerto.»

Siete años hacia de la desaparicion del conde, cuando aconteció que un dia en que un jóven pastor de Chimay, se divertia cazando, vió pasar á su lado una liebre juguetona, que al parecer le desafiaba á la carrera. Al punto el pastorcillo empezó á perseguirla, disparándola al mismo tiempo algunas flechas, sin lograr herirla. Finalmente, despues de una carrera larga y tenaz, la liebre se refugió entre unos peñascos desconocidos al jóven sobre los cuales se elevaba un castillo parecido al de Chimay, y esto le hizo conocer no sin experimentar cierto temor, que aquella era la morada del señor de Couvyn. Sin embargo, dominando su miedo el deseo que tenia de alcanzar la liebre, le disparó su última flecha, que se quedó clavada en una hendidura del peñasco, por la cual habia desaparecido el animalillo. Sintiendo el pastor perder á la vez su presa y su arma, quiso intentar al menos el reconquistar aquella flecha que podia servirle para matar alguna pieza para la cena de su familia; y en su consecuencia trepó con la mayor agilidad sobre los peñascos, y logró poner la mano en la flecha: ya se creia dueño de ella, cuando con grande admiracion notó que la flecha se resistia á salir de su sitio; pero convirtióse aquella en terror cuando al introducir su mano en la hendidura sintió que otra mano se la cogia, y que le ponia entre los dedos la pluma de la flecha envuelta en un lienzo, en el que habia algunos caracteres trazados con sangre. Al punto que el jóven se sintió libre, y sin pararse en nada, se metió el lienzo en el bolsillo, y sin pensar mas en la liebre se retiró de allí con cuanta ligereza le permitian sus piernas. Al llegar á su cabaña halló á sus padres inquietos por su tardanza, y acabó de aterrorizarlos con la relacion de lo que le habia pasado: en seguida desplegó el misterioso escrito, y el padre del pastor, que se llamaba Basler, pudo descifrar

estas palabras: *A la condesa de Chimay.*

Mucho llamó esto la atencion de toda la familia, que resolvió en consejo pleno que el pastorcillo pasase á ver á la condesa. En efecto, púsose en camino, y llegando á las puertas del castillo solicitó que lo llevasen á presencia de la castellana: negáronse al principio, pero tanto insistió que logró su objeto. Llegado ante la condesa le presentó el lienzo, y ésta al ver los caracteres trazados en él no pudo contener una exclamacion de asombro: tomólo precipitadamente, lo desplegó, y leyó en alta voz estas palabras: «Si permaneceis siéndome fiel, ar»mad á todos nuestros vasallos, y sacadme »de los subterráneos del castillo de Couvyn, »donde estoy enterrado en vida.»

—La letra y la firma del conde de Chimay! esclamó la castellana. Oh! sí, le libertaremos sin tardanza. Jóven, tú seras nuestra guia, y el cobarde raptor pagará al fin la pena de su infame traicion.



La flecha devuelta.

A la primera señal de su noble señora se reunieron todos los vasallos; mas estos la aconsejaron que para obtener un éxito mas seguro, debia reclamar el auxilio de todos los demas señores de la comarca, que no podrian menos de armarse en defensa de tan justa causa. Prudente era el consejo, y la castellana lo adoptó, aunque no sin trabajo, puesto que retardaba el momento en que debia volver á ver á su esposo querido. Al punto se enviaron mensajeros en diferentes direcciones, en lo que se empleó toda la noche, y al ser del dia, puesta la castellana de Chimay al frente de aquel ejército improvisado, se dirigió hácia el castillo de Couvyn, fuerte con su buen derecho y la justicia de su causa. Juzgando que seria una imprudencia intentar una capitulacion, y temiendo que si se conocia el objeto de aquel ataque, el traidor pusiese el colmo á sus crímenes haciendo desaparecer para siempre á su noble cautivo, atacó el castillo de improviso; y se apoderó del señor de Couvyn, á quien prometió perdonarlo si le entregaba inmediatamente á su esposo. El marqués echando espumarajos de cólera se vió obligado á indicar los subterráneos bajo la pena de ver demolido su castillo, piedra por piedra.

Interin una parte de la comitiva de la

condesa cercaba y ocupaba el castillo, el resto de los sitiadores, distribuidos por la poblacion, impedian que los vasallos del marqués pudiesen socorrerlo.

El señor de Couvyn negaba tenazmente su crímen, y en los subterráneos no se hallaba al conde; pero á su vez el traidor fue vendido, pues atemorizado uno de sus vasallos, declaró que el conde de Chimay estaba encerrado en un calabozo que el marques habia mandado construir al efecto, y se ofreció á servir de guia.

Hicieron marchar delante al señor de Couvyn, y bajaron por unas escaleras tenebrosas hasta la tumba donde yacía el desgraciado caballero. Derribaron la puerta y á la luz de las antorchas penetraron en el calabozo.

La condesa, conmovida hasta lo sumo, se precipitó hácia el prisionero que apenas podia sostenerse, y que cayó desmayado en los brazos de aquella esposa querida que creia no ver mas en este mundo: la vista de su mútua felicidad, fue el castigo mas terrible que podia haberse dado á su enemigo. El señor de Chimay, pálido, estenuado por tan larga y dura prision, podia apenas soportar el exceso de su emocion: el resplandor de las luces, y el ruido que armaban sus vasallos que todos á porfia pugnaban por verle, le desvanecia; pero reanimado por los cuidados que se le prodigaron, se dispuso á salir de su tenebrosa prision; mas antes dirigió una mirada á su fúnebre asilo, y viendo á la liebre en los brazos del pastorcillo Basler, se sonrió y dijo: «No queria dejar aquí á mi primer libertador."

Los castellanos de Chimay volvieron á su castillo acompañados de su numerosa escolta, y llevando consigo al marques de Couvyn, al que hubieron de proteger para librarlo del furor de los indignados aldeanos. Encerráronlo en seguida en un subterráneo de Chimay, ínterin que recibia el castigo á que se habia hecho acreedor, segun las leyes del pais.

El Conde refirió á su esposa y vasallos los pormenores de su cruel aventura. Habiéndose estraviado, habia cometido la imprudencia de pedir hospitalidad al señor de Couvyn, que se habia apoderado de él para encerrarlo en el horrible calabozo, donde solo un milagro de la Providencia le habia conservado la vida. Un solo huesped le habia acompañado en su espantosa soledad, y era la liebre que habia fijado allí su guarida.

No pasó en silencio el gozo y la esperanza que habia sentido al asir la mano del jóven cazador, y al entregarle el escrito que á fuerza de paciencia habia logrado estender con su sangre sobre un pañuelo, pues presentia que habia de servir para alcanzar su libertad. En seguida, se dirigió al pastorcillo que iba á entregarle la liebre:

—Hijo mio, le dijo, debes conservar tu conquista, y no quiero privarte de ella: no os separaré, asi como yo tampoco lo haré de mis libertadores. Desde hoy mismo quedará la familia de Basler encargada de la administracion de mis bienes, y doblo en su favor todos los beneficios de este empleo; pero en particular quiero conceder un don al jóven que Dios ha escogido como instrumento de mi libertad milagrosa.

La familia Basler, conceptuándose feliz al verse en un puesto tan eminente que sobrepujaba sus mas ambiciosas esperanzas, solo pidió que diariamente se le enviase un plato de la mesa de su señor.

Accedió el castellano á esta peticion, y esta costumbre se observó escrupulosamente por espacio de largos años por todos los señores de Chimay en favor de los descendientes de Basler.

T. por C. F.

ADRIANO BRAUWER.



ba á ponerse el sol y las casas pintarreadas de Harlem brillaban con sus postreros rayos. Las angostas ventanas cerradas por el dia, comenzaban á abrirse á la frescura de la tarde: las criadas platicaban junto á las puertas, y de los jardines situados á espaldas de cada casa se elevaban perfumes que se esparcian por las calles. Era esta la hora deliciosa en que suavizándose la luz y el ruido, se convierte el cansancio del dia en una fresca languidez.

A la entrada de una pobre casa baja y mal pintada, estaba sentado un muchacho de doce años con los codos indolentemente apoyados en un bastidor colocado sobre sus rodillas y con la cabeza echada atrás. Su descolorido rostro parecia reanimarse á las brisas de la tarde, y sus cansados ojos se alegraban siguiendo el vuelo de los pájaros perdidos entre los tejados. Hacia ya algunos segundos que estaba entregado á esta distraida inaccion, cuando se dejó oir una voz agria y regañona junto á él.

—¿Piensas pintar tus flores sobre las nubes, bribon? gritó una mugerzuela seca y curtida que salia de la casa con el pelo erizado de agujas guarnecidas de lanas de diversos colores.

El chico se enderezó como si se despertara azorado; se encendió y se puso pálido casi al mismo tiempo, y en seguida bajó los ojos confuso.

—Vamos á ver lo que has hecho desde que estás aqui, repuso la muger flaca clavando en su peinado una nueva aguja. Y diciendo y haciendo se inclinó hácia el bastidor que el jóven le presentaba con inquietud.

—Tres flores y dos pájaros nada mas; si ya lo sabia yo en cuanto te ví salir! ¿Por qué no te has estado conmigo junto á la estufa?

—Madre, estaba la tarde tan hermosa! respondió el chico con miedo.

—La tarde tan hermosa! esclamó aquella muger exasperada; ¿y qué te importa eso? ¿Me ves á mí pararme en el tiempo?—Tan hermosa!... ¿No creeria uno que se alimenta con el sol?—Adriano, tú eres ya un perezoso y un tunante como tu padre; pero cuenta con ella, porque no les falta rabo á mis escobas!...

El pobre muchacho se estremeció á estas palabras, recogió su cuadro, sus colores y sus pinceles y fue á entrar en casa.

—¿No ves que ya casi es de noche, y que está obscura la casa? repuso su madre; ¿quieres que encienda un candil para tí? Quédate ahí y aprovecha la caida de la tarde; por lo demas yo haré que trabajes viniéndome junto á tí.

Entró en casa en efecto un instante, y volvió á salir al punto con un bastidor para bordar.

Como quiera, Adriano habia vuelto á cojer su bastidor, y no se atrevia á alzar los ojos, pintando á toda priesa en el lienzo pájaros y flores para venderlos como adorno á las aldeanas de los campos de Harlem. Al principio no habia hecho mas que trazar con la pluma sobre un cañamazo dibujos que

su madre bordaba en seguida; pero habiéndose desenvuelto aceleradamente su gusto, sus bosquejos habian llegado á ser pinturas llenas de frescura, y que eran mas codiciadas por las compradoras que los bordados de la madre. Desde que esta conoció el precoz talento de su hijo Adriano, no le dejó sosiego ni respiro. Fue preciso que el niño renunciase á los juegos de su edad, á las rondas de noche por las calles, y á los paseos del Domingo á lo largo de las praderas.

Desde entonces ya no hubo nidos que buscar, ni florecillas que coger, ni mariposas que perseguir; el tiempo de Adriano era cosa harto preciada para que lo gastase él en ser dichoso. La pobre criatura se acostó mas tarde, madrugó mas, y se vió separado de todo lo que podia distraerle, incluso el sol y el aire; de modo que el muchacho sufria el castigo de su ingenio, y el cuitado pajarillo habia venido á ser la gallina de los huevos de oro.

Esta nueva vida alteró la salud de Adriano; pero su madre no hizo caso. Esta muger se habia visto cruelmente probada, y su alma habia llegado á parecerse á las manos callosas, que ya no tienen tacto. No era un ser fuerte, sino un ser endurecido en el dolor. Como habia penado siempre, parecíale que el penar no era otra cosa que la vida, y por mostrarse desapiadada para consigo misma se creia con derecho para serlo con los demas. Sin embargo, el anhelo de ganar que la hacia cruel con respecto á su hijo, provenia en ella de un sentimiento pundonoroso. Cargada de deudas contraidas por su marido antes de su muerte, habíase impuesto la obligacion de pagarlas todas, y su trabajo y el de Adriano no tenian otro objeto; pero Catalina Brauwer echaba á perder este acto de delicada probidad por el modo de llevarlo á cabo. Era en verdad una de aquellas mugeres que no poseyendo las gracias del corazon, dan á la abnegacion misma toda la fealdad del egoismo, y desmejoran el bien practicándolo.

Condenado á cumplir una penosa obligacion, cuya importancia no comprendia, contrariado en todas sus necesidades y en todos sus gustos, Adriano habia tardado poco en tomar aversion á su madre. Asi fue que cuando esta cayó enferma á consecuencia de un escesivo trabajo, no esperimentó ninguna de aquellas tiernas inquietudes que debiera haber sufrido. La dureza de los otros nos endurece á nosotros mismos, y la indiferencia de los hijos no es el menor castigo de la insensibilidad de los padres. Lo único que vió Adriano en los padecimientos de su madre fue un motivo de suelta. La vieja le habia sujetado en casa únicamente por el miedo; desde que conoció que no podia levantarse ni pegarle, despreció sus órdenes y echó á correr.

Hacia tanto tiempo que no habia gozado de su libertad, que al principio esperimentó una especie de delirio. Atravesó corriendo los arrabales, y en algunos minutos salió al campo. Alli habia aire, mieses maduras, árboles con pájaros que cantaban entre las hojas!... Adriano se tiró al suelo y se echó á rodar por la yerba dando gritos de contento. En seguida se columpió en las ramas de los viejos abetos, corrió descalzo por los arroyos, y se sentó junto á una pradera para hacerse un turbante de juncos.

De esta suerte pasó el dia cantando, corriendo y hablando á las mariposas que cruzaban por el aire. Sin embargo, como el hambre le hiciese pensar en la vuelta, el susto comenzó á ocupar el lugar del regocijo, y volvió á tomar el camino de la ciudad muy poco á poco y cabizbajo ademas. Al momento en que vió á lo lejos el tejado de su casa se paró asustado, porque se le ocurrió que podia hallar curada á su madre, y esta idea le afligia. No obstante, despues de un momento de indecision continuó tímidamente su camino arrimándose á las paredes: varias vecinas estaban en corro delante de la puerta de su madre, y una de ellas lo vió á lo lejos.

—Mírale allí! esclamó.

Y corriendo hácia él:

—¿De dónde vienes, desventurado? le dijo: ¿sabes lo que ha sucedido durante tu ausencia?

—No por cierto.

—Tu madre ha muerto.

El niño retrocedió: nada le habia preparado á esta nueva, y vaciló como si le hubiesen dado un golpe. Las vecinas le cogieron en medio con aquella compasion charlatana de las mugeres del pueblo, y le hicieron entrar en la casa.

La primera impresion de Adriano no habia sido mas que una sorpresa terrífica, pero á la vista del cadáver de su madre lanzó un grito de dolor. Todo lo que habia de bueno todavia en su corazon se conmovió de repente, y el hijo cayó de rodillas

llorando junto á la cama de su madre. Las mugeres que estaban allí tuvieron lástima de él, y le arrancaron de semejante espectáculo.

Dos dias pasó en casa de una vecina, que no perdonó medio de consolarle: por lo demas, por vivo y sincero que hubiera sido su primer dolor, no podia durar mucho. Su madre no le dejaba ninguno de aquellos recuerdos que hacen sagrada una memoria, y al perderla no perdia proteccion, ni cuidados, ni caricias. Ya no le condenarian mas á trabajar sin descanso para satisfacer á un honor que no comprendia: la muerte acababa de darle por libre de las deudas de su padre, y el hallarse huérfano no era para él quedar solo, sino quedar libre.

Sin embargo, aunque entreviese la muerte de su madre menos como una desgracia que como una emancipacion, no se atrevia á entregarse al júbilo confuso que esperimentaba.

Un pudor del alma le advertia que era impío tal sentimiento, y mezclaba á su alegría interior un no sé qué de vergüenza y de tristeza.

La memoria de su madre por otra parte estaba palpitante todavía, y le dominaba por el miedo, de modo que cuando volvió á su casa de donde se habian llevado la muerta, esperimentó una opresion profunda. Rodeó con los ojos la habitacion para buscar el bastidor en que bordaba Catalina, como si esperase encontrarla junto á él; aplicó el oido para asegurarse si oia su voz, pero todo estaba mudo y vacío. Adriano miró al rededor con angustia: el terror que le habia inspirado en vida su madre, parecia haberse pegado á esta casa en que todo le recordaba una larga servidumbre. Esta era la primera vez que entraba en ella sin oir gritos é injurias, y este silencio le enfriaba, y su libertad le causaba una especie de espanto. Parecióle que su madre estaba allí todavia invisible, pero implacable siempre y vigilando su menor paso. Dominado por esta especie de vision de niño, fue á tomar su bastidor y sus colores, vino á sentarse cerca de la puerta, y se puso á dibujar con tanto ardor como si Catalina Brauwer lo hubiera observado.

Una hora haria que se habia puesto á trabajar, cuando vió una sombra que se estendia por su lienzo. Alzó la cabeza y encontró las miradas de un viejo que se habia detenido junto á él y estudiaba su trabajo con atencion.

—¿Quién te ha dado lecciones? preguntó el estrangero.

—Nadie, señor.

—¿Que edad tienes?

—Trece años.

—¿Qué hacen tus padres?

—No los tengo.

El viejo miró de nuevo el dibujo.

—Yo soy el pintor Hals, repuso finalmente: vente conmigo, yo seré tu maestro y cuidaré de tus adelantos.

En medio de todas las miserias de Adriano, el pensamiento de que algun dia podria llegar á ser pintor, habia cruzado algunas veces por su espíritu; pero como un ensueño sobrado hermoso para creer en él. Presuma, pues, el curioso lector qué efecto debió producir en él la proposicion de Hals. El antiguo profesor se aprovechó de estos primeros trasportes para llevarlo consigo, y al otro dia ya estaba Brauwer instalado en el estudio de su patrono con los numerosos discípulos á quienes este daba leccion.

El siguiente año fue para Adriano un año de embriaguez, porque la pintura le mostró á las claras uno por uno todos sus recursos. La pintura no se habia convertido aun en un asunto de discusiones esthéticas: persuadidos de que imitar la naturaleza era el mejor medio de reproducir la vida en todas sus espresiones, los artistas se habian dedicado por entero al estudio de la forma; y cuando habian llegado á hacer respirar la madera ó el lienzo, cuando habian derramado todas las gracias ó todas las energías con que el mismo Dios habia sellado la frente de sus criaturas, creian haber hecho una obra de génio. El arte entonces nada tenia de metafísico, sino que era el resultado de una contemplacion perspicaz, una especie de intuicion sencilla, auxiliada de laboriosos estudios, de ensayos multiplicados, y de habilidad y destreza práctica.

Brauwer por lo tanto no hubo de estraviarse en inspiraciones fantásticas, y buscó el arte como Dios habia mandado buscar la verdad, con la fé de los niños. Clavada siempre su vista sobre el mundo esterior, esforzábase en apoderarse de su forma y movimiento. Su cuaderno nunca se separaba de él, y se le veia en las calles de Harlem siguiendo á las criadas jóvenes que venian de la fuente, á los soldados borrachos, á las comadres en riña, y apuntando con francos

y desenvueltos rasgos las aposturas hechiceras ó grotescas que herian sus ojos.

Gracias á tan encarnizados estudios, sus progresos fueron inmensos, y al cabo de dos años sus cuadros llegaron á ser distinguidos por los conocedores. Hals que habia previsto semejante resultado, y cuya benevolencia habia sido un simple cálculo de avaricia, se aprovechó mañosamente de su buena fortuna. Exijió mas aplicacion del muchacho, y vendió caro á los chalanes sus menores bosquejos. Pero como los condiscípulos de Adriano comenzaban á comprender su superioridad, temió que alguna circunstancia se la revelase á él mismo, y para evitar este peligro le encerró solo en un desvan estraviado, señalándole tarea para cada dia. De este modo su talento venia á ser funesto á Brauwer por segunda vez, y le arrebataba su única herencia, la libertad.

Por su desgracia sus cuadros mas conocidos fueron estimados y codiciados, y otro tanto se aumentaron las ganancias de Hals. El oro es para los avaros á manera de esos licores devorantes, que encienden la sed en lugar de apagarla: asi fue que la codicia del viejo pintor no conoció límites. Recurrió á todo linaje de mortificaciones para obligar á Adriano á un trabajo rápido y continuo; le cercenó su racion, le rehusó cama y vestidos, y el pobre muchacho llegó á echar de menos la cautividad de antaño y las durezas de su madre.

Como quiera, la desaparicion de Adriano habia excitado la curiosidad de los otros discípulos de Hals, y poco tardaron en saber donde estaba encerrado. Van Ostade (el mismo que mas adelante se inmortalizó en la pintura) juró que lograria verle. Aprovechóse en efecto de la ausencia del maestro para llegar hasta el granero de Brauwer, y puso el ojo á una rendija de la puerta; pero apenas hubo mirado algunos segundos, cuando lanzó un grito de admiracion, viendo el último cuadro acabado por Brauwer. Despnes de haber trocado algunas palabras con el cautivo, se apresuró por bajar al estudio para contar lo que habia visto, y como todos los discípulos quisieran asegurarse por sus propios ojos de tal maravilla, se fueron unos detras de otros á la puerta de Brauwer. La mayor parte se contentaron con admirar, pero otros chalanes de cuadros que estudiaban el arte no con el fin de honrarlo sino con el de esplotarlo, pensarou al punto en sacar partido de la circunstancia. Estos tales propusieron á Adriano que les pintase los cinco sentidos y los doce meses del año, á razon de cuatro cuartos por pieza...! Adriano aceptó con ansia, maravillado de que sus pinturas fuesen compradas por algo.

No obstante, Van Ostade vino á verle muchas veces y le incitaba á la fuga, asegurándole que en cualquier parte podria vivir con su pincel. Brauwer dudaba todavía, pero el invierno habia comenzado y no se podia sufrir el frio en el desvan de maese Hals. Se decidió por último á partir, y despues de haber dado á sus camaradas ocho ó diez cuadros por una suma que montaba unos 50 cuartos, forzó la puerta de la prision y tomó la fuga.

En cuanto se vió libre, su primer cuidado fue meterse en una pastelería, donde con la imprevision de un muchacho de 12 años, que fue el azote de toda su vida, gastó su dinero en una provision de pasteles. En seguida se puso á recorrer la ciudad sin saber qué hacerse ni á donde encaminarse.

Dominado desde sus primeros años en todas sus inclinaciones, habia perdido la costumbre de obrar por inspiracion propia: su espíritu habia quedado sin audacia, sus deseos sin energía, y los últimos meses que pasara en casa de Hals, habian acabado de quebrar esta alma, falta siempre de resorte. Por otra parte se habia desacostumbrado al ruido, á la luz, al movimiento, y su primera impresion encontrándose en las calles de Harlem fue un embarazo doloroso; porque estaba avergonzado de sus guiñapos y no sabia cómo andar á la vista de tanta gente. Para sustraerse de ella entró en una iglesia y fue á esconderse debajo del órgano, en donde cayó en una especie de atonia moral. Pensó que la esclavitud habia llegado á ser en él una segunda naturaleza, y que quizá estaba ya incapacitado de gozar de la libertad. Esta idea le afectó tan profundamente que se sentó y se echó á llorar como un perdido. Un hombre que estaba junto á él y oyó sus sollozos se acercó para preguntarle el motivo, y Brauwer le contó la verdad. Este hombre conmovido, le propuso que lo llevaria á casa de su maestro, prometiéndole que alcanzaria para él mejores condiciones que antes. Brauwer se dejó persuadir y volvió por lo tanto á casa de Hals, que sonrojado de ver descubierta su codiciosa crueldad, prometió tratar mejor en adelante á su discípulo.

Domingo 6 de Febrero.

Llevaron, en efecto, á Adriano á la ropería donde le compraron una casaca color de tabaco de España, unos calzones encarnados y unas medias achinadas. Tambien se le permitió trabajar en el estudio, que estaba abrigado, y no se le escaseó el preciso alimento.

A fuer de mas afortunado trabajó Brauwer con mas vuelo y audacia, y sus talentos se resintieron de ello. Encontró asimismo con el bienestar un poco de resolucion que hasta entonces le habia faltado; y como por otra parte la edad se adelantaba, comenzó á despuntar la virilidad en esta naturaleza tardía. Llegó á conocer que Hals vendia sus cuadros, y puesto que no sospechase su valor, pensó que mas valdria trabajar por su propia cuenta que para provecho y lucro de un amo. Escapóse de consiguiente otra vez, y entonces no paró hasta Amsterdam.

Eran aquellos los hermosos tiempos de la escuela flamenca: la pintura no habia sido todavia destronada por los tulipanes, y no se encontraba otra cosa en los Paises-Bajos que grandes artistas produciendo obras maestras, y grandes conocedores pagándolas á peso de oro. El pueblo mismo participaba de esta pasion de los ricos: los pintores eran recibidos en todas partes como los trovadores lo habian sido en otro tiempo. Al llegar á Amsterdam, Brauwer entró en la primer posada que halló á mano. Todo hombre que viaja por Holanda con un palo y un morral no puede pedir en un meson sino dos cosas, á saber, queso y un jarro de cerbeza. En tanto que se los traian, tomó Adriano sus pinceles y se entretuvo en bosquejar sobre la mesa de abeto una cabeza de un charlatan que habia encontrado en el camino. Cuando el posadero volvió se paró sorprendido delante de la grotesca figura.

—¡Cómo! compañero, ¿sabeis pintar? dijo.

Y mirando mas de cerca:

—¡Pardiez! ¡vayan unos toques atrevidos!

—¿Sois inteligente? preguntó Brawer sonriendo.

—Un poco, compañero; yo he manejado el pincel antes de manejar el jarro, y mi hijo no es zurdo en la materia.

—¿Cómo se llama?

—Van Soomeren.

—Gran maestro es á fe: yo he visto cuadros suyos en casa de Hals, y pinta con igual destreza historia, paises y flores.

—Pues en mi entender no le cedeis en nada, observó el huésped que miraba animarse el semblante del charlatan bajo el pincel de Brauwer; mil demonios! ¿quién sois vos para pintar tan pronto y tan bien?

—Un principiante.

—¿Vuestro nombre?

—Adriano Brauwer.

Van Soomeren dió dos pasos atras y se descubrió.

—Ah! ya comprendo ahora, dijo respetuosamente: el señor Adriano Brauwer me ha hecho gran honra en elegir mi casa, y todo lo que se encuentra en ella está á su servicio.

Adriano creyó al principio que el huésped se burlaba, y tuvo gran trabajo en creer á sus oidos, cuando este le aseguró que su nombre era ya célebre en los Paises-Bajos, y sus cuadros muy buscados. Queriendo sin embargo cerciorarse de la verdad, pintó en algunos dias sobre una plancha de cobre que le habia regalado su huésped un combate de paisanos y de soldados borrachos. Van Soomeren se encargó de despachar el cuadro, y salió para enseñárselo á Mr. de Vermandois, rico apasionado á quien conocia.

Brauwer se sentó á la puerta del meson muy inquieto y con mas temores que esperanzas. Al cabo de una hora vió á Van Soomeren que volvia sin el cuadro, pero con aire asaz descontento.

—Qué hay? le preguntó.

—Qué hay? que ya no hay dinero en Amsterdam. Están aquí ocho ó diez pintores que hacen cuadros con mas priesa que se acuña dinero, y los compradores han comprado tanto, que se han arruinado todos.

—Sin embargo, habeis vendido el mio?

—Sin duda, porque como me habiais encargado que lo vendiera á cualquier precio, lo he dado por nada.

—¿Cuánto habeis recibido?

—Una miseria, os digo.

—Pero, cuánto?

—Cien ducados.

Brauwer se levantó lanzando un grito.

—Cien ducados!... pero si es imposible!....

—Sin embargo, asi es, y aquí están para prueba, dijo Van Soomeren presentando al jóven una larga bolsa llena de oro.

—Cien ducados! repitió este: cien ducados!...

Y se sentó embargado de contento con la bolsa temblando en su mano. Vacióla delan-

te de sí encima del banco de piedra, contó las piezas una por una, y la vista de los ducados acabó de persuadirle. Entonces se levantó como un loco, se puso á bailar, á cantar, á dar vueltas, y en seguida cogiendo al posadero para abrazarle:

—Van Soomeren, le gritó, yo quiero hacer tu fortuna! tengo oro, mira oro!

Y hacia sonar la bolsa en sus manos.

—Soy rico ahora como un Rey!... De beber! Van Soomeren! Sírveme todos los vinos de tu bodega! pon á azar todo tu corral! convida á todos los pasageros! esta noche doy de cenar á la ciudad de Amsterdam; derrocha, derrocha, yo lo pagaré, que para eso tengo oro!...

Van Soomeren en quien hacia mucho tiempo que el posadero habia absorvido al artista, no hizo el mas leve esfuerzo para disuadir á Brauwer, ni para contener una prodigalidad que habia de redundar en provecho suyo. Lo que hizo fue convidar á los vecinos para que viniesen á tomar parte en el parabien de su huésped, y él mismo trocando el vestido de cocinero por el sayo cuadrado de los kermesses tomó asiento como un convidado á la mesa que él mismo habia dispuesto.

La orgía duró tres dias; pero hácia el medio del cuarto Van Soomeren que se habia eclipsado, apareció de repente con una cara sombría y magestuosa, el gorro de coton caido sobre la oreja, el mandil á guisa de bandolera, y un papel muy largo en la mano.

—¿Qué nos quieres, fantasma? esclamó Brauwer que estaba borracho.

—Mi amo, es la cuenta.

—¿A cuánto asciende?

—A cien ducados.

—Tómalos, y ahora da al diablo tu papel, tu gorro de coton, tu mandil, y ven á beber lo que queda.

Desde aquel dia estaba escrito el destino de Brauwer: habia trocado de repente la miseria por la riqueza, sin que nada pudiese ayudarle á soportar este cambio con razon y dignidad. Era, como dejamos dicho, un alma poco sólida que cedia al menor esfuerzo, y como las largas privaciones de la infancia le habian preparado á los escesos de la juventud, desde que tomó el gusto á los placeres, quiso sumergirse en ellos hasta morir. Era esto una especie de hambre, sufrida por mucho tiempo, que no hay cosa que baste á satisfacerla. En cuanto á los escrúpulos que hubieran podido servirle de rémora en este desórden, Brauwer no esperimentó ninguno; le habian criado sin mas freno que el miedo, y una vez disipado este, ya no conoció barrera alguna. Por otra parte, su corazon habia perdido muy temprano el tacto delicado que suple á veces á la moral: habia sido infeliz durante demasiado tiempo para que su sensibilidad no se hubiese embotado; y para estimular sus sentidos eran precisas nada menos que todas las escitaciones de la orgía.

Pudiendo de entonces mas, como él mismo lo decia, fabricar con su pincel letras de cambio que jamas eran protestadas, se entregó sin reserva ni mesura á los placeres mas desordenados. Por enormes que fuesen sus ganancias, poco tardó en no tener bastante con ellas para sus caprichos. Por lo demas, estas alternativas de abundancia y de miseria le inquietaban muy poco, y hasta encontraba en las últimas frecuentes ocasiones de ejercitar su buen humor.

Una noche que se volvia á su casa vestido con el único traje que le quedaba, fue despojado por unos ladrones, que se aprovecharon de su embriaguez para dejarle desnudo. Brauwer se despertó al otro dia en camisa delante de su puerta: al instante envió á pedir telas á las tiendas, pero en ninguna quisieron fiarle. Brauwer no por eso se desalienta, sino que tomando viejos lienzos de cuadros, se manda hacer un vestido de ellos, sobre el cual pinta al temple flores ricamente coloradas: en seguida lo barniza todo, va al teatro y se pone en el sitio mas público. A todos choca la magnificencia de su vestido, y muchas damas le envian á preguntar donde se ha procurado tan maravillosa tela; entonces Brauwer hace que le traigan una esponja, y delante de la asombrada multitud lava todas las flores de su vestido, que viene á quedar en una tela fea y grosera.

Despues de esta burla, sus acreedores le obligan á dejar á Amsterdam, y parte la vuelta de Amberes sin pasaporte. La España estaba en guerra con los estados generales, y Brauwer fue arrestado como un espia y sepultado en un calabozo de la ciudadela. El duque D' Aremberg estaba preso allí tambien de órden del Rey de España, y Brauwer, que viéndole en un patio le tomó por el gobernador, le esplicó su quebranto suplicándole que le sacase de él.

—Yo sabré si eres realmente un pintor, dijo el duque.

En el mismo dia mandó á pedir á Rubens un lienzo y colores, que envió al preso, y éste por su parte le presentó á los dos dias su obra.

¡Vive Cristo! esclamó el duque riendo; ¿qué es lo que ha hecho aquí? Este es el viejo Alonso y dos de sus soldadones jugando á los naipes.

Brauwer habia reparado en efecto el dia antes en este grupo de soldados en el patio, y lo habia copiado.

D' Aremberg mandó llamar á Rubens al punto para enseñarle el cuadro, y Rubens que se exaltaba con facilidad, se deshacia en admiraciones y alabanzas.

—Señor duque, 600 florines os ofrezco por este lienzo.

—Gracias, Pedro; lo quiero conservar. ¿Pero de quién lo creeis?

—Yo no conozco sino un hombre que pueda pintar en este género con tanta valentia y primor, y este hombre es Brauwer.

—Pues entonces no me ha engañado, dijo el duque.

Y en seguida se puso á contar á Rubens lo que le habia sucedido. Rubens corrió al instante á casa del gobernador, le esplicó la ocurrencia, salió garante del prisionero, y obtuvo una órden de soltura. Habiendo hecho en seguida que le llevasen al calabozo de Adriano, le besó en ambos carrillos y le dijo:

—Yo soy Rubens, vuestro hermano en pintura: venid, mi dueño, que estais libre.

Lo llevó sin parar al palacio que habitaba en Amberes, le hizo dar ricos vestidos, un cómodo y espacioso estudio, y le declaró que no le dejaria salir.

Brauwer se conmovió mucho al principio con esta espléndida y cordial hospitalidad; pero no tardó en encontrarse atado con ella. El palacio de Rubens adornado de estátuas, rodeado de flores, tapizado todo él de lienzos y de frescos preciosos, convenia poco al abonado á las tabernas de Amsterdam.

Los graves señores españoles que sin cesar encontraba, le embarazaban; no sabia qué actitud guardar en su presencia; sus mismos vestidos tan lujosos le traian mal á su gusto, y su sombrero de plumas le pesaba. Muchas veces estuvo tentado á huir de su dorada prision, como habia huido en otro tiempo de su desvan. Finalmente, un dia que habia reunion en casa de Rubens, y que una multitud brillante se agolpaba en los salones, Brauwer no pudiendo soportar por mas tiempo este aparato, se escapó desesperado, corrió á la otra punta de Amberes y entró en una taberna.

—¡Que traigan de beber! gritó con el tono que sabia tomar en casa de su amigo Van Soomeren, porque en poniendo el pie en el umbral de la taberna, encontraba todo su desenfado, y fue á acomodarse en una mesa, á la cual estaba ya sentado un hombre del pueblo, que á lo que podia colegirse por su trage debia de ser un panadero.

—Maese, le dijo alegremente Brauwer, ¿quieres emborracharte conmigo? Yo haré el gasto.

—Corriente, dijo el otro.

Los borrachos al instante traban amistad, y aquel dia se charló de lo lindo, porque el panadero era uno de aquellos bebedores sin fondo, comparables á la tinaja de las Danaides. Adriano estaba pasmado delante de tal capacidad: asi que, en cuanto supo que su compañero se llamaba José Craësbek, y que gustaba tanto de la pintura como de la cerbeza vigorosa, le dijo apretándole la mano:

—Escucha José; tú me gustas, porque eres un hombre á la buena de Dios, á quien se puede hablar con el sombrero puesto, y que no mira si todos los botones de los gregüescos estan en su sitio: yo no quiero separarme ya de ti: mañana vengo á vivir contigo: yo te enseñaré á pintar y tú me enseñarás á beber.

—Desde luego.

Al dia siguiente en efecto, Brauwer se despidió de Rubens á despecho de los ruegos de este, y vino á establecerse en casa de su amigo Craësbek.

El panadero por su parte era un hombre de observacion silenciosa pero profunda. Despues de desocupar su horno todas las tardes, subia al cuarto de Adriano, le miraba pintar y luego al anochecer se iba con él á la taberna. Al cabo de seis meses declaró á su maestro que se sentia capaz de ensayar un cuadro, y su primer bosquejo pareció tan bien á Brauwer, que le escitó á trabajar sériamente. El panadero siguió el consejo, y en poco tiempo hizo tales adelantos que pudo dejar su primer estado y hacerse pintor.

Este cambio de situacion no hizo mas sino estrechar los vínculos que unian á Brauwer y á Craësbek: ya nunca se separaron, y trageron una vida todavia mas alegre que antes.

Sin embargo, una secreta pesadumbre pareció apoderarse del panadero, porque tenia una muger mas jóven que él y muy linda, y se le figuraba que no le queria.

Qué te importa? decia filosóficamente Brauwer; mugeres y cerbeza donde quiera las hay: si beben por tu vaso, bebe tú por el ageno.

Craësbek, empero, no era muy amigo de semejante moral. Un dia se separa de su amigo, mas sombrio que de costumbre, y sube á su estudio dejando á Brauwer con su muger. Estos oyeron muy en breve suspiros y quejidos ahogados.

—¡Gran Dios! esclama Brauwer; habrá hecho José algun disparate?

Corre seguido de la muger, y ambos encuentran á Craësbek tendido en medio del aposento, con un cuchillo en la mano, con el pecho abierto y todo inundado de sangre!... Al ver esto su muger da descompasados gritos, toma á su marido entre sus brazos y le cubre de lágrimas.

—He creido que no me amabas ya, y he querido morir, dijo el panadero con desfallecida voz.

—Qué has hecho José! José mio! repite la muger desolada. Yo no amarte ya?... ¡ah! no te sobreviviré.

—De modo que segun eso me quieres.

—Todavia lo dudas, José?... Dame el cuchillo porque quiero herirme y perecer contigo.

—Es inútil, dijo Craësbek levantándose de un salto y limpiando con su manga la herida que se habia pintado en el pecho; tú eres una buena esposa, y ahora ya no dudo de ti.

Como quiera, la intimidad, cada dia mayor de los dos pintores, ocasionaba á cada paso mayores desórdenes: no se hablaba en Amberes de otra cosa que de sus escandalosas orgías, y las cosas llegaron á tal estremo que los magistrados se creyeron obligados á ponerles un término. De consiguiente se apoderaron de Brauwer, y lo dejaron fuera de la ciudad con prohibicion de entrar mas en ella.

Nuestro pintor se encontró al principio bastante atado, pero por la tarde topó con un mercader que iba á Francia y que le ofreció un asiento en su carruage.

—En horabuena, dijo Brauwer riendo: tú vas á un pais donde el vino es bueno y las muchachas lindas: vamos, pues, á Francia.

Y siguió al mercader.

Llegado que hubo á París creyó que bastaria nombrarse para encontrar admiracion y simpatía como en los Paises-Bajos; pero se desengañó cruelmente, porque nadie le conocia allí, y no le compró nadie sus cuadros. La nobleza francesa de esta época era por otra parte sobrado elegante y pulida para gustar del género de Brauwer: todavía no habia llegado el dia en que el Rey mas gentil-hombre que ha tenido la Francia debia decir viendo cuadros de Teniers:

—Quitad de delante esos mamarrachos. En cuanto á la clase media era muy poco conocedora, y mas se ocupaba en querellas y revueltas políticas que en pintura.

No encontrando en París mas que humillacion y miseria, Brauwer tomó la determinacion de tornar á Amberes; pero el camino era largo, y era preciso que lo anduviese á pie porque estaba sin recursos. Es lícito creer que durante estos viages fatigosos Brauwer se arrepentia mas de una vez de sus locas disipaciones y de su fatal imprevision. La esperiencia llega siempre tarde en demasia para los espíritus ligeros; pero viene infaliblemente un dia y una hora en que se les aparece la verdad, solo que este dia algunas veces no tiene mañana, y esta hora es la última.

Despues de dos meses de todo linage de fatigas y de padecimientos inauditos, divisó Brauwer por fin el campanario de Amberes; pero cualquiera hubiese dicho que sus fuerzas se habian sostenido solamente con el deseo de llegar allá. Apenas pisó el umbral de las puertas de la ciudad, cayó sin sentido.

Dos dias despues recibió Rubens un billete escrito por una mano trémula en el hospital de Amberes. Corrió á él: Brauwer habia muerto la víspera, y le enseñaron el sitio en que acababan de enterrarle en el cementerio de los apestados. Rubens estuvo un buen rato en pie con los ojos clavados en esta reciente sepultura, y luego levantando la cabeza, dijo á su discípulo Vand-Dick que le acompañaba:

—Era un gran pintor, y solo Dios sabe lo que hubiera llegado á ser con otra educacion; pero los niños demasiado infelices

no pueden convertirse en hombres de genio.

Poco despues hizo sacar Rubens de allí el cuerpo de Brauwer que se depositó, gracias á su diligencia, en la iglesia de los carmelitas. Se disponia tambien á levantarle un monumento fúnebre, y habia hecho ya su diseño cuando la muerte le sorprendió en 1640.

A pesar de su conducta desarreglada, Brauwer trabajó mucho, y ha dejado un gran número de cuadros, cuya mayor parte son de pequeña dimension, y representan interiores de taberna ó quimeras de paisanos. Es curioso y digno de notarse que este pintor como todos los hombres débiles de cuerpo y tímidos de carácter, se ha complacido casi siempre en reproducir escenas de violencia. Sus paisanos riñendo á cuchilladas, y sus soldados degollándose en un mal lugar son de una verdad que da miedo. En lo demas toda la pintura de Brauwer respira ese lujo de accion que las obras de Callot poseen en tan eminente grado, y que á veces falta á las de Teniers. Este tiene mas vigor tranquilo, y un color mas reposado; pero Brauwer le es superior en el movimiento. Hay un no sé qué de febril en sus composiciones; sus pinceladas son á la vez ardientes y convulsivas como si se trasluciera la débil naturaleza que por ellas se exhala. En lo que toca al dibujo es como el de toda la escuela flamenca, menos elegante que verdadero, menos correcto que sentido.

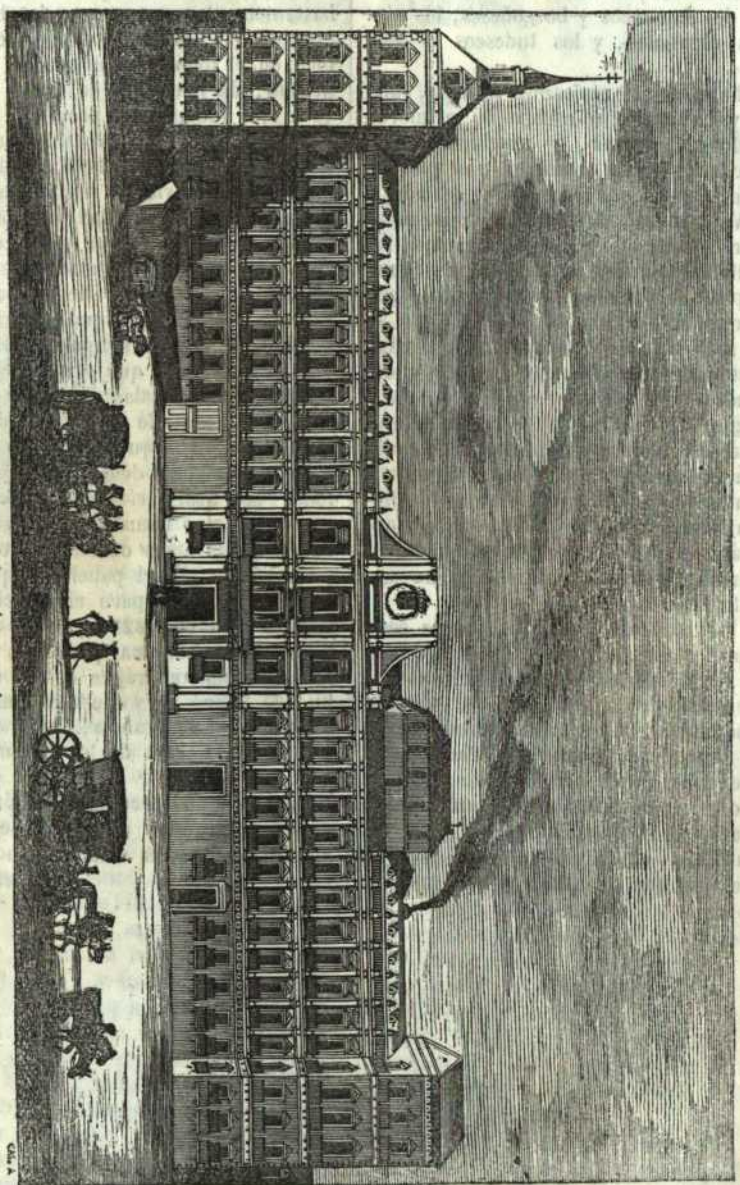
(*T. G.*)

EL ANTIGUO ALCAZAR DE MADRID.

El antiguo Alcazar de Madrid estaba situado en el mismo sitio que hoy el Real Palacio, en una de las estremidades de la villa hácia la parte occidental, y sobre una eminencia que domina las campiñas regadas por el Manzanares En su posicion elevada, en la fortaleza de sus cubos y torreones, y en su severo aspecto, manifestaba claramente su origen, y únicamente la fachada del mediodia, que era la que miraba á la Armeria real (y representa el grabado) como construccion mas moderna, guardaba mayor analogia con su objeto posterior.

Dice el viajero cuya obra tenemos á la vista, que delante de esta fachada, y sin duda en el espacio que mediaba entre ella y la Armeria, se hallaba una espaciosa plaza formada de casas de soberbia apariencia, y cuyos balcones todos estaban dorados. La fachada del palacio terminaba en dos pabellones con sus torres, y tres grandes puertas abiertas en ella daban paso á dos espaciosos patios, en el fondo de los cuales se veian las escaleras que conducian á las habitaciones superiores. En estos y otros patios se formaban galerias sostenidas por columnas, y parece que en el piso bajo de estas galerias habia muchas tiendas de mercaderes, y sobre algunas de ellas lindas terrazas ornadas de balaustradas con macetones y estátuas.

Subíase á los cuartos de las personas reales por una escalera estremadamente ancha, con los pasamanos de piedra azulada y ador-



Vista de la fachada del antiguo Alcázar de Madrid.

nos dorados, que daba entrada á una galeria bastante ancha, llamada Sala de Guardias, en la cual daban el servicio las tres compañías de Archeros, ó *de la Cuchilla*, compuestas de flamencos y borgoñeses, los alabarderos españoles, y los tudescos ó alemanes.

Las habitaciones reales eran muchas, suntuosas, y ricamente adornadas de primorosos cuadros, estátuas, y muebles. Dicho viajero cita entre los primeros una pintura de Miguel Angel, que dice haber costado á Felipe IV cinco mil doblones, y representaba la Oracion de N. S. en el huerto de las Olivas. Habla tambien de las ricas y primorosas tapicerias flamencas, y de los frescos que adornaban las paredes. Sobre todo el salon de Audiencia ó de embajadores era magnífico, cubierto materialmente de ricos adornos dorados.

Los grandes calores del estío obligaron tambien á los monarcas habitadores de aquel palacio á guarnecerse con gruesas paredes y economía en las luces; por lo demas la distribucion de las ventanas, su elegante adorno de mármol, y balaustres dorados, daban á la fachada principal ó del medio un aspecto esterior muy agradable.

Por los lados de Poniente y Norte conservaba perfectamente su antiguo carácter de fortaleza, con sus cubos salientes, sus fosos y derrumbaderos, y por la de Oriente se hallaba materialmente ahogado con el caserío de la antigua poblacion. Pero en la bajada de dicha parte del poniente, y en el espacio que media entre el Alcázar y la Casa del campo, se estendian los bellos y variados jardines, el frondoso *Parque de Palacio*, de que hoy no queda el mas mínimo vestigio, y de que tan románticos recuerdos nos dejaron Lope y Calderon en sus comedias de capa y espada.

Conviene advertir que el Alcázar real era bastantemente estenso para dar habitacion al monarca y su familia, y para contener tambien en él todos los Consejos de Castilla, de Aragon, de Portugal, de Italia, de Flandes y de las Indias; y á propósito de este, no queremos dejar de aprovechar la ocasion de transcribir aquí una noticia que hallamos hace tiempo revolviendo mamotretos en el archivo de la villa de Madrid; noticia curiosa que no echarán, como suele decirse, en saco roto, los poetas que andan á caza de incidentes dramáticos de la mansion real, Dice asi:—«En el antiguo Palacio ó Alcázar «mandó el Rey D. Felipe IV en 1622 abrir «unas ventanillas que se llamaban *escuchas* «y daban á las salas donde se reunian los «consejos, y desde allí oia sus discusiones.»

Por supuesto que ademas de dichos Consejos se hallaban dentro del mismo Alcázar todas las Secretarías del Despacho, en los aposentos bajos llamados *las Covachuelas*, de donde queda á sus oficiales el título de *Covachuelistas*. En el pabellon izquierdo de la fachada principal paró el príncipe de Gales cuando vino en 1623 á visitar á Felipe IV, y hay quien asegura que en los mismos aposentos acaeció el trájico drama de D. Cárlos, hijo de Felipe II, y aun la detencion de Francisco I, Rey de Francia, luego que fue trasladado de la casa de los Lujanes al Alcázar Real.

Todos estos recuerdos históricos, todos aquellos primores artísticos desaparecieron absolutamente con el fatal incendio de 1734.

(*Del S. P.*)



CONNOR O'MARA.

TRADICION IRLANDESA.



Cerca de la aldea de Kilfenora, en el condado de Clare, uno de los mas pintorescos de Irlanda, y notable por sus ciento veinte pequeños lagos y por las numerosas ruinas de sus castillos y monasterios, vivia no ha mucho tiempo, y probablemente vive en la actualidad, un honrado jornalero llamado Connor O'Mara. Tenia por esposa á una jóven honesta y trabajadora, la que en pocos años lo hizo padre de dos hermosas niñas y dos niños. Habiendo escaseado el trabajo en el condado de Clare, y sabiendo Connor que se ganaban buenos salarios en la provincia de Leinster, se despidió de Nelly, su muger, abrazó á sus hijos; y se dirigió á Kilkenney, en cuyas inmediaciones entró al servicio de un arrendatario, llamado Fitz-Patrick. Era aquel un hombre que sabia sacarle todo su jugo á la tierra, poseia un rebaño de carneros, unas cuanta vacas, y una piara de cerdos. Su muger era activa y hacendosa, y Fitz-Patrick era padre de una familia feliz.

Agradó Connor al arrendatario, á su muger, á los hijos, á todos en general, y al cabo de algunas semanas Fitz-Patrick le dijo:

—Connor, hijo mio, me has interesado: eres trabajador, activo y dilijente, y quisiera que permanecieses á mi lado. Si quieres contratarte por un año, te prometo doce guineas, un vestido nuevo allá para ferias, dormirás y comerás en casa, y por último serás considerado como de la familia.

Accedió Connor á la proposicion, y en todo el año no descuidó un solo instante los intereses de su amo; ya se le veia al frente de los trabajadores recojiendo la cosecha de patatas; operacion que conocen perfectamente los labradores de Clare, ya arando, cavando, cuidando el ganado y conduciéndolo á las ferias y mercados; ningun mozo en el contorno podia compararse á Connor, pues no solo era celoso en el trabajo, sino que lo desempeñaba con la mayor perfeccion.

Aquel año pareció muy corto á los habitantes de la quinta, y calculando Fitz-Patrick como hombre previsor é inteligente que la pérdida de Connor equivaldria á la de su brazo derecho, resolvió conservarlo cerca de sí á toda costa.

Llegado pues el dia de ajustar la cuenta á Connor le dijo:

—Me hallo demasiado satisfecho de tu conducta para permitir que te separes de mi lado; si quieres empeñar tu palabra por un año mas, tendrás doble sueldo y otro vestido nuevo. Si al concluir el año no quieres quedarte con nosotros, serás poseedor de treinta y seis guineas, podrás retirarte á tu condado de Clare, comprar en él una ó dos vacas y proveer honradamente á las necesidades de tu familia.

La propuesta era seductora, consintió de buena gana el pobre diablo, pues calculaba que la misma Nelly aprobaria su resolucion, á hallarse en su caso, y que entretanto aquella podria mantenerse con el auxilio de su hijo que ya contaba diez años cuando él habia salido de su casa.

Probó el segundo año mejor que el pri-

mero : la cosecha fue abundante , vendióse la lana á buen precio , la quinta en una palabra prosperó, y la alegria y el contento presidian á todas las reuniones de sus habitantes en torno del hogar , pues Connor tenia una gracia particular para comunicar á todos su buen humor.

Fue causa de tristeza para toda la familia la llegada del fin del año , y á decir verdad , el mismo Connor se sentia algo disgustado al pensar que su deber lo llamaba cerca de su Nelly y de sus hijos.

Pusiéronse de acuerdo el arrendatario y su muger , y la víspera de aquella partida que á todos afligia , Fitz-Patrick dijo á Connor que le daria cuarenta y ocho guineas si queria permanecer otro año mas en su compañia.

—Reflexiona , hijo mio , añadió , que con tres años de ahorros vas á llevar á tu muger ochenta guineas ; con cuya suma un hombre honrado puede , no tan solo comprar algunos cerdos , sino alguna tierra para ser dichoso é independiente. Connor titubeó un instante ; mas ¿como resistir á la idea seductora de un dichoso porvenir ? Tal vez en aquel momento sus hijos mendigaban algunas patatas á la puerta de alguna persona caritativa ; pero qué indemnizacion para ellos cuando lo viesen llegar con 80 guineas y un vestido nuevo!

Empeñó pues su palabra por un año mas.

Pasó el tiempo con rapidez , y todo caminaba prósperamente: el arrendatario edificó una nueva quinta , adquirió nuevas tierras , aumentó sus ganados , y atribuyendo á Connor la prosperidad de su casa , resolvió hacer el último esfuerzo para retenerlo á su lado un año mas. Llamólo á parte , hizole los argumentos que acostumbraba , sin olvidarse del vestido nuevo , y por último le dijo , que á las 80 guineas que ya debia tener en su poder , añadiria 100 al concluir el cuarto año , y que asi podria presentarse á su familia con 180 guineas ! Jamás se ofreció á ningun irlandés semejante tentacion ! Sin embargo , esta vez triunfó la naturaleza : el deseo de volver á ver á su familia fue mas fuerte en él que el amor á las guineas , y Connor tuvo el suficiente valor para declarar á su amo que su resolucion era inalterable , y que estaba dispuesto á regresar al condado de Clare.

El arrendatario no se atrevió á contrariarlo , y renunció á la idea de tenerlo á su lado.

Conociase fácilmente el dia de la partida de Connor , porque nadie en la quinta habia dormido la noche anterior. Connor reparó que el ama no se habia acostado y que habia pasado la noche ocupada en amasar y cocer el pan. Almorzaron todos en silencio, y cada uno en particular se preparaba tristemente á la despedida , cuando Fitz-Patrick conduciendo á Connor á su habitacion le dijo:

—Connor , me has servido tres años , mejor que nadie lo habia hecho anteriormente ; en ese tiempo no me ha faltado un solo maravedí , y jamas he notado que el agua destilada haya, ni por acaso , turbado tu cerebro. Conserva en tu poder los adelantos que te he hecho á cuenta de tu salario , que seguramente no me parecen escesivos al recordar los muchos cuartos que han salido de tu bolsillo para regalar á mis chicos. Ah! cuán dignos de compasion serán los angelitos cuando se vean separados de su querido Connor !... Ya me parece oirlos llorar.

Y esto diciendo , el honrado arrendatario volvió la cabeza para ocultar una lágrima ; pero haciendo un esfuerzo y reponiéndose , fingió una sonrisa y continuó:

—Connor , amigo mio , es inútil hablar mas del asunto : tú debes conocerme bien, yo estoy persuadido de que nos comprendes, como nosotros á tí , porque los ojos tienen tambien su lenguaje. Sí , amigo mio , nos entendemos ; no es asi ? Gracias por tus buenos servicios y amistad!

Aqui , las lágrimas de Connor corrieron en abundancia por sus mejillas , sin que él procurase ocultarlas.

—Vamos , hijo mio , dijo Fitz-Patrick basta ya de lágrimas. Hablemos de otra cosa..... Connor , tienes confianza en mí?

—Que si tengo confianza en vos ! oh ! sin duda.

—Pues bien , Connor , quieres recibir de mí antes de marcharte dos consejos saludables?

—De buena gana , querido amo , y ademas os prometo seguirlos.

—Luego si yo consigo poner en tus bolsillos todo el dinero que te debo bajo la forma de *Dos consejos saludables*..... y si llego á probarte que una vez en tu casa conocerás que nada has perdido..... consientes en aceptarlos en lugar de la plata?

La pregunta era peliaguda y parecia cambiar sériamente el aspecto dèl negocio. Connor habia oido alguna vez alabar este ó el

otro sugeto por el valor de sus consejos; sabia que á los abogados se les pagaban gruesas sumas por su opinion buena ó mala en un pleito; tambien le habian dicho que ni los Reyes ni las Reynas, ni los vireyes de Irlanda, podian dar un solo paso sin llevar cerca de sí á sus consejeros, no solamente pensionados sino gratificados con cadenas de oro, cruces, cintas, etc. Por otra parte, consideraba á Fitz-Patrick por lo menos igual á todos aquellos consejeros oficiales y oficiosos, confiaba ciegamente en la honradez del arrendatario, respetaba su sabiduría; mas á pesar de todo permaneció confuso, y despues de haber reflexionado un momento prorrumpió:

—En verdad, amo mio, que estoy pasmado!... y fingiendo con bastante torpeza cierta amable sonrisa prosiguió: Ya, ya os entiendo! os chanceais conmigo, y ¿eso qué tiene de particular? al cabo mas vale reir que llorar.

La fisonomia de Connor presentó en seguida todas las señales de aquella sorpresa característica de un irlandés que se ve en la presencia de un enigma que se resiste á todos los esfuerzos de sus facultades intelectuales.

Pero no se reia el arrendatario; repitió sus argumentos con la mas solemne seguridad, y tardó poco en convencer á Connor de que jamás habia hablado con mas formalidad.

—Tu me abandonas, le dijo, despues de tres años de servicio tienes todos los derechos posibles al dinero que has ganado: y ¿qué? ¿tendria yo valor para mirarte á la cara si intentara defraudarte de un solo maravedí?

—Pero, querido amo, esclamó Connor, ¿como podré yo mirar á mi muger y á mis hijos, á quienes tal vez voy á encontrar pereciendo de hambre, cuando me pregunten por el dinero que les prometí llevarles á mi vuelta?

—Connor, replicó Fitz-Patrick, adivino tus pensamientos; déjame decirte que si aceptas mis consejos serás bien pronto tan dichoso en el seno de tu familia como yo lo soy en el de la mia. Con mis consejos llegarás á tu casa mas rico que si llevases á ella las 80 guineas en tu bolsillo de cuero, y te advierto que si dudas, á pesar de mis consejos, entrarás en tu condado tan pobre como saliste de él, porque se romperá el encanto. Toma, pues, mis consejos, ó si no lo haces te arrepentirás toda tu vida.

Connor se hallaba indeciso; frotábase las manos haciendo crujir los huesos de los dedos, y dirijia su vista al techo, como si esperase la llegada de un genio amigo que le sacase de aquella penosa situacion.

Fitz-Patrick que estaba decidido á hacerle aceptar su proposicion, añadió á todos sus argumentos.

—Connor, hijo mio, ya te lo he dicho: veo cuanto pasa en tu imaginacion, y ciertamente no haces bien en no dar crédito á mis palabras; pero te quiero demasiado para no tratar de persuadirte. Vuelvo á repetírtelo: tanto peor para tí si rehusas mis dos consejos; pero si los recibes con confianza, y al llegar á tu casa no te sorprehende agradablemente el cambio que en ella notares, vuelve á servirme el cuarto año y te doy cien guineas ademas de las ochenta que te debo.

Bien fuese que las májicas palabras del arrendatario hubiesen encantado á Connor, bien qne este obedeciese al instinto de una verdadera confianza, ó ya que temiese enemistarse con Fitz-Patrick, sometiose Connor entre el temor y la esperanza, y declaró que estaba pronto á aceptar los dos consejos en cambio del dinero que se le debia.

—¿Quién sabe, decia entre sí, si es Fitz-Patrick quien me habla, ó si tengo que habérmelas con el mismo diablo disfrazado con el trage de mi amo, en cuyo caso debo marcharme de aqui cuanto antes?

No bien hubo consentido Connor, cuando el arrendatario con semblante risueño se acercó á él, presentóle una de sus manos, le dijo que se sentase, que volviese la cara hácia el oriente, y que prestase la mayor atencion.

—Escucha bien, continuó Fitz-Patrick, porque si no sigues fielmente los consejos que vas á oir, creo que pagarás bien cara tu desobediencia, en tanto que al contrario si los sigues á la letra serás bien pronto el mas dichoso entre todos tus vecinos. Estás preparado?

—Ya escucho, señor, contestó Connor.

—Ante todo besa ese misal.

Connor besó el libro.

—Ahora cierra los ojos para no perder una sola palabra de lo que vas á escuchar.

Connor cerró los ojos y el arrendatario prosiguió:

—Tu has renunciado á los salarios que

te se deben; no es así? y aceptas en cambio los consejos que te voy á dar? Hé aquí los consejos.

PRIMER CONSEJO. «Al encaminarte á tu casa, no te separes nunca del camino real; evita los rodeos, y so pretesto de llegar mas pronto, no eches jamás por los atajos.»

—Está bien, dijo Connor, que no pudo menos de añadir para sí; si el segundo consejo es como el primero, no hay duda que he colocado ventajosamente mis 80 guineas!

SEGUNDO CONSEJO. «Si entras en alguna casa que no te sea conocida, y sobre todo si es de noche, mira bien en derredor de ti: si vieres que el dueño es anciano y su muger jóven y bonita, aléjate cuanto antes, no te acuestes ni cierres los ojos en aquella morada. ¿Lo tendrás presente?

—Ya lo sé de memoria, y no lo olvidaré en toda mi vida, respondió Connor, diciendo entre sí: si encontrase alguno á quien ceder mi especulacion, lo hacia en el momento, aun quedando la pérdida de mi cuenta.

Mas ya no era tiempo de desdecirse, y por mas que cabilase Connor, habia besado el misal, y no asi como quiera, sino sobre la cubierta; y lo mejor que habia que hacer en el caso, era manifestarse satisfecho de un contrato que no podia anularse.

Connor se levantó, dió gracias á Fitz-Patrick, y se dispuso á partir sin pedir nada mas; pero en aquel momento entró el ama con sus niños, y Fitz-Patrick, tomando de la mano á Connor, le dijo:

—¿En qué estás pensando? ¿no hay mas que ausentarse de esa manera? ¿Crees que permitiremos que te pongas en camino sin llevar algunas provisiones? A falta de leche se encuentra agua en todas partes; mas no asi el pan, que nos es indispensable. Mi esposa felizmente ha provisto á esta necesidad, amasando en la pasada noche: toma dos galletas, hijo mio, una grande y otra pequeña; lleva la primera debajo del brazo y puedes de vez en cuando darla algun bocado; pero mi muger y yo, queremos que conserves la pequeña para ofrecerla de nuestra parte á tu Nelly en muestra de nuestra amistad; que la pruebe y nos diga si en el condado de Clare se hacen galletas de esa masa. Deja que yo mismo la ponga en tu bolsillo... ya está... Qué! no hay boton en él?... Vamos, Norry, una aguja con hilo, cose este bolsillo; Connor puede caerse y perder la galleta.

Quedó cosido el bolsillo, y siguióse una despedida en regla: todos abrazaron á Connor. El pobre diablo tenia tan buen corazon, que enternecido con tantas caricias, se puso en camino mas satisfecho de sus huéspedes, que lo que un cuarto de hora antes habia creido.

No haremos mencion de las reflexiones que hizo Connor el primer dia de su viage: acusábase á sí mismo de ser un tonto, y dudaba algunas veces de la buena fé de su amo. En seguida, reprendiéndose aquellos malos pensamientos, se esforzaba en hallar un sentido cabalístico á los dos consejos consabidos, que le costaban 80 guineas. Detúvose la primera noche en la frontera del condado de Kilkeney, en la choza de un pastor conocido, de cuya cena y pipa participó en su compañía. No obstante, guardóse bien de hablar de lo que él creia un encanto: le pareció, tal es la influencia de un rato de conversacion con un antiguo amigo, que su pena se evaporaba en el aire con el humo del tabaco.

A la mañana siguiente se puso en camino, y como iba á buen paso alcanzó bien pronto á dos mercaderes ambulantes que con un fardo al hombro se dirijian á Tiperary. Caminaron juntos, y la amena conversacion de sus dos nuevos compañeros distrajó á Connor; pero cuando les oyó ponderar las riquezas de sus tiendas portatiles, registró involuntariamente su bolsillo, y se afligió al encontrarlo vacio. Sin embargo, sacó de él un schelin y compró unas tijeras para su muger.

Al llegar nuestros tres viajeros al camino que conduce á la ciudad de Thurle, uno de los buhoneros tomando la palabra, dijo:

—Aquí está el madero de que nos hablaron ayer noche en la posada; y esta senda debe ahorrarnos tres leguas de camino.

—En efecto, dijo el otro buhonero, este es el atajo, sigamos por él.

Tan deseoso Connor como sus compañeros de viage de acortar el camino, y viéndolos saltar con ligereza una zanja, iba ya á hacer otro tanto, cuando de repente se acordó de los consejos de su amo, y los repitió para sí al pie de la letra. Habíanle costado demasiado aquellos consejos para dejar de seguirlos; por lo que, disculpándose lo mejor que pudo, se separó de los buhoneros y prosiguió su camino.

Llegó con felicidad á la ciudad, á cuyas puertas encontró á sus compañeros de

viage, que con sus vestidos desgarrados se retorcian los brazos y se lamentaban con el acento de la desesperacion.

—Hola, amigos! qué os ha sucedido? les preguntó Connor.

No acertaron en un principio á responderle, mas despues, algo recobrados, le dijeron que la senda que habian seguido les condujo á un bosque en donde fueron asaltados por seis hombres enmascarados, por los que fueron robados y apaleados despues, y que por la voz creyeron reconocer entre los bandidos al mismo que tan caritativamente les habia indicado en la posada la senda que debia acortar el camino.

Connor hizo por consolarlos, y se felicitaba á sí mismo de haber recordado á tiempo el consejo de Fitz-Patrick; gracias á él, si bien no era mas rico que los pobres buhoneros, á lo menos no habia sido apaleado como ellos.

No pudiendo prestarles ningun auxilio, se separó Connor de sus compañeros y emprendió de nuevo su camino hasta llegar á una fuente; detúvose en ella, sentóse sobre la yerba, tomó unos cuantos bocados de la galleta grande, bebió un trago de agua, lavóse la cara, los pies y las manos, dió gracias á la Providencia por haberlo conducido felizmente hasta aquel punto, y emprendió su marcha.

Ya se ponia el sol cuando llegó á los límites del condado de Limerick. Bien hubiera deseado pasar el puente de O'Brien, á cuyo lado opuesto tenia un pastor conocido que le hubiera albergado en su cabaña; pero era ya de noche, sentíase fatigado y se tuvo por dichoso al divisar una luz en la ventana de una alquería á donde resolvió pedir un asilo por aquella noche. Llamó á la puerta, entró y saludó segun costumbre diciendo «Dios os bendiga.» Recibiólo afablemente una jóven que lo condujo á la cocina, pues aun se conservan en el pais algunos restos de la hospitalidad de la antigua Irlanda. Ardia un buen fuego en la chimenea, que esparcia su claridad á lo lejos. Connor vió que no estaba solo; encendió su pipa, tomó parte en la conversacion y en un plato de patatas que le ofreciera una criada. Todo indicaba una casa de alguna consideracion. Veíanse colgados en la chimenea, para que acabaran de curarse, varios jamones de gran tamaño, y en los basares brillaba una limpia bajilla de estaño; á traves de los cristales de dos grandes armarios se veian algunos platos de porcelana y aun de plata, y el mujido de las vacas, el balido de las ovejas, y el gruñido de otra especie de cuadrúpedos no menos familiar á sus oidos, recordaron á Connor la quinta en que con tanta actividad y esmero habia trabajado por espacio de tres años. Dirijió en seguida sus miradas hácia los habitantes de la casa; llamó muy particularmente su atencion una jóven bien parecida y prendida con cierta coqueteria, al parecer muy ocupada segun el contínuo movimiento en que se hallaba; parábase de vez en cuando delante de un péndulo que habia en la misma estancia, y parecia impacientarse por la lentitud con que el indicador describia su círculo en derredor del cuadrante. Veíanse cerca del péndulo dos hombres de honrada apariencia, y que parecieron á nuestro viagero dos arrendatarios que se dirigian tal vez á la feria del canton. La conversacion de aquellos confirmó su juicio; eran forasteros, habian llegado á la quinta pocos momentos antes que Connor, y solo conocian por su nombre al dueño de aquella posesion. Este no estaba en casa, pero le aguardaban bien pronto. Entró con efecto un anciano de semblante respetable que saludó á todos con la mayor cortesia. Acercóse la jóven al recien-llegado, con ademan cariñoso.

—Es su padre, dijo para sí Connor, mas era en realidad su marido, segun supo despues por la criada.

Tomó la jóven el brazo del anciano y ambos se retiraron. Acordóse Connor al momento del segundo consejo de su amo. Aquellas palabras, *Aléjate inmediatamente, no te acuestes, ni cierres los ojos en aquella casa*, resonaron tristemente en sus oidos, y ya le parecia ver al mismo Fitz-Patrick que le gritaba: *Lo has oido bien*? Dejó pues su asiento, y aprovechando un momento en que la atencion de todos se hallaba fija en el fuego, se llegó á la puerta, levantó quedo el picaporte, y sin hablar una palabra salió de la casa.

Cerraba la noche oscura y borrascosa. Despues de haber andado algun tiempo á tientas, se encontró Connor debajo de un cobertizo en donde habia algunas gavillas de mies y heno. Pareciéndole imposible atinar con el camino, y deseando por otra parte dormir algunas horas, se acurrucó en un rincon y cerró sus párpados al sueño; mas no pudo dormirse tan pronto como habria deseado; fatigaban su imaginacion los inciden-

tes del camino, y muy particularmente el de los buhoneros robados y apaleados por los salteadores. Ocupábale igualmente el segundo consejo de su amo, si bien no podia concebir qué peligro hubiera podido correr al lado del fuego que habia acabado de dejar. Bien pronto quedó la casa en silencio, y todo indicaba que la lluvia que caia, no turbaba el sueño de los que bajo aquel techo hospitalario se guarecian. A poco apagáronse las luces que brillaban en algunas ventanas.

Todos se han acostado, dijo entre sí Connor, y quien sabe si mi terror pánico me ha privado del mullido lecho que tal vez me hubieran ofrecido despues de cenar. De repente sintió un ligero ruido; escucha con atencion, un caballo se aproxima y se para debajo del cobertizo: apéase la persona que lo monta, y ata las riendas á un poste. El desconocido se desemboza y arroja la capa sobre la silla del caballo, lleva despues una mano á su cintura y Connor oye amartillar una pistola. Al escuchar aquel ruido de siniestro agüero, el pobre Connor se deslizó bajo una gavilla, no atreviéndose á mirar, temiendo ser descubierto. Afortunadamente el caballo se hallaba interpuesto entre él y el misterioso personage. Este último creyéndose solo dió algunos pasos fuera del cobertizo, y Connor se atrevió á levantar la cabeza, cuando un pequeño golpe dado en una de las ventanas bajas de la casa hizo aparecer en aquella una luz, con lo cual quedó convencido nuestro irlandés de que si el desconocido era un ladron, tenia uno ó mas cómplices en la quinta. Aumentóse el miedo de Connor, mas su propia seguridad lo hacia estar cada vez mas atento. Atreviéndose en fin á colocarse debajo del vientre del caballo, no perdió una sola palabra del coloquio que tuvo lugar entre el pretendido ladron y una muger que se asomó á la ventana.

—Soy yo, Maria!

—Al fin cumples tu palabra, Alberto.

—Estás pronta?

—A todo, si prometes desposarte conmigo antes de concluir el año.

—No es el deseo de verificar nuestro enlace el que aqui me conduce armado del puñal asesino?

—Y que! te atreverias á titubear cuando no hay otro medio de obtener mi mano!

—Yo dudaria tan solo si se tratase de cometer un crímen inútil, mas una vez resuelta la muerte del viejo solo me interesa saber si has dispuesto lo conveniente para que recaigan en otros que nosotros las sospechas.

—La casualidad nos favorece en mayor grado que mi prudencia; tenemos unos huéspedes en casa, y será facil acusarlos.

—Luego puedo entrar ya y seguirte?

—Ven, y descarga el golpe con valor; yo me encargo de lo restante.

Aqui concluyó el diálogo de los dos interlocutores. El desconocido se dirijió hácia la puerta, abriose aquella, y entró en la casa.

Figúrense nuestros lectores cuál seria la situacion de Connor. Ah! si hubiese tenido tanto valor como honradez, hubiera gritado al menos, y dando el alarma á los habitantes de la quinta hubiera evitado una horrible tragedia! Reprendíale la conciencia su cobardía, mas esta última triunfó de la primera: creyó que el menor movimiento suyo atraeria sobre sí al desconocido, cuya fuerza le parecia ser la de un gigante.

—Solo conseguiria aumentar una víctima mas, decia para sí, ah! á lo menos quiero armarme de pruebas irrecusables contra el crímen que no me es dado impedir, dijo; y sacando las tigeras que compró á los buhoneros, cortó un pedazo de paño de la capa, en la parte cubierta por el cuello, y despues con la punta de las tigeras hizo tres agujeros en la brida del caballo, mas en tal grado imperceptibles que solo podian ser notados por el mismo que los hiciera.

Tomadas aquellas precauciones, salió Connor apresuradamente del cobertizo, y en el mismo momento creyó oir un gemido sordo que le destrozó el alma; llegó al camino y se dirigió por él aceleradamente.

Aquel mismo dia de madrugada, pasaba Connor los límites del condado de Clare, y solo le faltaban 20 millas para llegar a su casa.

Al poner el pie en el patrio suelo recobró nuevas fuerzas, y á las seis de la tarde divisó la chimenea de su humilde habitacion. Nelly estaba en la puerta con la vista fija sobre el camino como si algun presentimiento la hubiese advertido de la llegada de su esposo.

Le reconoció al momento, llamó á sus hijos, y todos corrieron al encuentro del venturoso Connor.

No hay pluma capaz de expresar los

arrebatos de alegria que sintió esta familia, que se veia reunida despues de tantos años de separacion. Por largo tiempo no pudieron marido y muger pronunciar palabra; y preciso le fue á Connor el sentarse en un banco que habia á la puerta de su habitacion, para no perder el equilibrio y caer al suelo; pues los muchachos, ansiosos todos de abrazarlo á un tiempo se le habian subido encima.



Pero cuando Connor hubo de esplicarse, y se vió obligado á manifestar que llegaba con los bolsillos vacios, toda la familia esperimentó una admiracion dolorosa: y Nelly tuvo la franqueza de recibir sin dar las gracias, las tigeras que probaban que el nuevo Ulises no habia olvidado en su larga ausencia á Penelope. Nelly creyó que Connor no le habia dicho la verdad, y le exijió la narracion detallada de todas sus aventuras.

Connor no se hizo de rogar, y empezando por el principio como narrador sencillo, repitió palabra por palabra los consejos que le diera el arrendatario de Kilkenney en cambio de las 80 guineas que le debia.

—Cómo; esclamó Nelly interrumpiéndole, y es eso todo lo que me traes despues de tres años de trabajo? ¿ti enes valor para presentarte á mi vista con los bolsillos vacios? La reconvencion de Nelly hizo que Connor se acordase de la segunda galleta tan recomendada por Fitz-Patrick.

—Se me olvidaba, dijo, que Mistris Fitz-Patrick te envia una galleta amasada por su mano.

El bolsillo quedó bien pronto descosido.

—Veamos, dijo Nelly, si las mugeres de Kilkenney amasan mejor que las de Clare. Los pobres chicos de Connor abrian tantos ojos, porque hacia mucho tiempo que su único manjar era la eterna patata; mas cual fué la sorpresa de toda la familia cuando el cuchillo que cortaba la galleta puso en evidencia una bolsa con 80 monedas de oro, y una carta cuyo contenido fué deletreado por el hijo mayor de Connor, que en aquellos tres años habia llegado á ser un discípulo aprovechado de la escuela gratuita de la parroquia.

«Querido Connor; espero que esta carta llegará á su destino pues va dirigida al mismo que la conduce. Conociendo tu candorosa credulidad temí llegases á tu casa mas pobre que cuando saliste de ella si no te obligaba á seguir los consejos que te di gratuitamente, y que en realidad valen las 80 guineas que creiste haber pagado por ellos.

«He aquí otro nuevo.»

«No basta tener dinero, querido Connor, es preciso ademas saber emplearlo. Haz buen uso del tuyo, y Dios te dé su bendicion como lo desea tu antiguo amo.»

JAMES FITZ-PATRICK.

Concluida la lectura de la carta, la bendicion que la terminaba fue devuelta con usura por Connor y su muger, quienes rogaron al cielo se encargase de su reconocimiento. Como este incidente no habia hecho mas que suspender la curiosidad de Nelly, no tardó Connor en satisfacerla del todo, estremeciéndose la familia al escuchar la historia de los buhoneros y los ladrones. Cuán preciosos parecieron á la muger de Connor los consejos de Fitz-Patrick!

La prudencia suele adquirirse algunas veces con la riqueza. Connor y su muger despues de haber contado y recontado las guineas, decidieron para no despertar la codicia de sus vecinos, guardar el mas profundo silencio acerca de las aventuras de aquel feliz regreso.

Pasados seis meses, y cuando ya las guineas empleadas segun los consejos de Fitz-Patrick, habian proporcionado á Connor dos hermosas vacas y seis cerdos, asaltó de repente un pequeño remordimiento al dueño de la choza, convertida ya en una pequeña quinta. Qué habia sucedido en la casa de donde tan milagrosamente escapara? Qué habia sido de los dos viajeros que dejara en ella? El entendido Connor fue á avistarse con M. Corbett, Sherif del condado de Clare, y le reveló cuanto habia visto y oido desde su salida de Kilkenney.

—Desgraciado! le dijo el Sherif, por tu culpa, tal vez á estas horas son condenados á muerte dos inocentes; hoy se ve su causa en Limerick.

No lo permita Dios! esclamó Connor espantado.

El Sherif llamó á un criado.

—Ensilla al momento el caballo bayo. Conservas el pedazo de paño? añadió dirigiéndose á Connor.

—Aqui lo tengo prendido con un alfiler en la solapa de mi chaqueta, contestó Connor.

El Sherif escribió una carta y entregándola á Connor:

—Ve á Limerick en mi caballo, le dijo; no te apearás hasta llegar á la puerta del tribunal, y por medio de este papel dirigido á un compañero mio, serás introducido á la presencia de los jueces. Parte, y ten presente que eres el nuncio de vida ó muerte para dos inocentes desgraciados.

Connor llegó á Limerick en menos de tres horas, y detuvo el caballo cubierto de espuma á la puerta del tribunal, en cuya presencia se halló pocos minutos despues.

Con efecto; veíase en aquel dia la causa de dos hombres acusados de haberse introducido en casa de un rico arrendatario con el objeto de asesinarle. Sostenia la acusacion la jóven esposa de la víctima, la cual acababa de hablar con la mayor entereza y seguridad. Segun su declaracion, los dos asesinos la habian atado á un pilar de la cama, cubriéndole los ojos con una venda, y poniéndole una mordaza en la boca; en aquel estado la encontró la criada, que esparció la noticia de la catástrofe en el contorno. Los culpables, á quienes se les encontró un bolsillo lleno de oro, y varios papeles pertenecientes á aquel cuya sangre clamaba venganza, afectaban la mas completa ignorancia de cuanto se les imputaba; mas todas las pruebas estaban en su contra: la brillante defensa del abogado de los reos no habia hecho la menor impresion.

Entraban en la sala los miembros del tribunal para pronunciar la sentencia, despues de una hora de consulta, cuando levantándose el Sherif de su asiento, entregó al presidente una carta abierta. Sorprendió á S. S. aquella interrupcion, mas enterado del contenido de la carta, se dirigió al tribunal en los siguientes términos:

«Señores jueces, se presenta una circunstancia estraordinaria; acaba de llegar un nuevo testigo pronto á dar una declaracion importante en favor de los acusados. Me creeria indigno del puesto que ocupo, si no os rogase suspendieseis por algunos instantes una sentencia, que puede algun dia convertirse para nosotros en un triste origen de remordimientos.»

El abogado de los acusados hizo que Connor prestase juramento. Adelantóse Connor,

y los circunstantes todos, notaron la impresion que su inesperada presencia causó en la viuda sentada al lado de un jóven de aventajada estatura con quien habia sido cáreada varias veces. Miró la jóven á Connor, y dió á entender que lo conocia, volviendo súbitamente la cabeza á otro lado.

Animado Connor por las miradas del abogado de los acusados, dijo:

—Señor; antes de prestar mi declaracion, desearia que se hiciesen custodiar las puertas del tribunal, porque mucho me equivoco, ó los verdaderos criminales estan aqui presentes.

A estas palabras la jóven se cubrió el rostro con el pañuelo, y su compañero abrochó los botones de su capa, como si se dispusiera á partir.

Connor dió principio á su declaracion, y cierto murmullo lisonjero le probó que su buena fé parecia evidente al auditorio. Animado cada vez mas, y elocuente en lo posible, se volvió hácia el lado en donde se hallaba la culpable, y señalándola con el dedo:

—Esa es, dijo, la que se presentó en la ventana á hablar con el desconocido, y ese hombre que está á su lado el verdadero asesino; lo conozco por su talla, por sus bigotes, y por la capa, de la que conservo el pedazo que aqui veis: examínese si dicho pedazo falta bajo el cuello que con tanto cuidado ha abrochado el criminal.

Esta prueba que ciertamente no esperaban ni el nuevo acusado ni su cómplice, los llenó de confusion.

En tanto que se procedia al examen de la capa, Connor prosiguió:

—Que manifieste ese hombre la brida de su caballo, y el tribunal hallará en ella tres agugeros hechos por mi mano con la punta de unas tigeras!

No tuvo Connor necesidad de producir nuevas pruebas: el asesino no se atrevió á negar su delito, su cómplice se desmayó, y los dos arrendatarios levantaron sus manos al cielo en accion de gracias. Las circunstancias milagrosas y dramáticas que mediaron en el testimonio de Connor, hubieran hecho de él una *rara alimaña* en Limerick, si hubiera querido prestarse á la pública curiosidad; mas se apresuró á tomar el camino de su casa, despues de haber abrazado cordialmente á los dos arrendatarios, cuyas vidas y honor habia salvado. Su querida Nelly lo esperaba impaciente. Dedicáronse ambos á cuidar de su hacienda y á la educacion de sus hijos, inspirándoles el santo temor de Dios, y repitiéndoles algunas veces los consejos mas saludables.

J. S.

Biografía.

EL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

DON MARTIN FERNANDEZ DE NAVARRETE.



Cuando paramos la consideracion en las épocas que pasaron, cuando volvemos la vista hácia los hombres que fueron, un respeto y una admiracion grande se apodera de nosotros, mayormente si comparamos sus obras, sus hazañas y sus escritos, con los escritos obras y acciones de la actual generacion: qué solidez, qué profundidad y qué firmeza en los primeros! ¡cuanto volubilidad, cuanta degradacion en los últimos! Nótase este defecto mayormente en las ciencias y en los estudios serios que ocupaban tan constantemente á nuestros abuelos, y que hoy merced á los prodigios de la prensa, dan escaso pábulo á los estudios de la juventud. La Europa antigua era en general menos ilustrada que la Europa moderna; pero en cambio, su ilustracion, aunque reducida á un corto número de individuos, era mas sólida, mas profunda, en una palabra mas sabia. Las revoluciones políticas, los partidos y el espíritu vivificador de la moderna Europa, han hecho escaso y reducido en nuestros dias el número de los varones distinguidos, tanto por su laboriosidad, saber y juicio, como por su fidelidad y laudables cualidades. El personage de que vamos á ocuparnos era entre nosotros una planta exótica, un hombre que perteneciendo en realidad á la sociedad antigua personificada en él, era entre nosotros un recuerdo rico de nuestras glorias literarias, y una estátua magestuosa y rica, que en medio de nuestra arruinada sociedad miraba como la roca de los mares, con ánimo tranquilo el furor de las olas y la violencia de los aquilones revolucionarios.

Larga por demas seria esta biografía si en ella hubiésemos de seguir paso á paso los hechos memorables y los grandes trabajos literarios del señor de Navarrete, y necesitaríamos llenar muchas páginas si hubiésemos de hacer mencion de todos ellos. Nos contentaremos por lo tanto con hacer aquí un ligero análisis de sus obras mas notables, y de sus mas gloriosas acciones.

Nació D. Martin Fernandez de Navarrete en la villa de Abalos, provincia de Logroño, y diócesis de Calahorra, el dia 9 de Noviembre de 1765. Siendo de menor edad lo recibieron en la Órden de San Juan en 9 de Agosto de 1768, debiendo haber contribuido á ello el tener en Malta un tio carnal de su madre, que llegó á ser Gran Maestre de la Órden. En 1777 entró de alumno en el seminario de Vergara; allí fue condiscípulo de D. Luis María de Salazar, Ministro de Marina, y allí nació aquella amistad tierna que se profesaron sin interrupcion toda su vida. En 1780 salió para guardia-marina, cuya plaza sentó en el depar-



El Excmo. Sr. D. Martin Fernandez de Navarrete.

tamento del Ferrol, y despues de haber hecho lucidos estudios, se embarcó en el navio San Pablo el 1.° de Abril de 1781, y en Junio pasó á Cádiz, donde incorporado con la escuadra que mandaba D. Luis de Córdoba hizo la campaña de aquel verano sobre las costas de Inglaterra, y las demas de aquella guerra, hallándose en el ataque de Gibraltar en Septiembre de 1782, y en el combate del cabo Espartel el dia 20 de Octubre siguiente. Hecha la paz en Enero de 1783, y promovido á Alferez de fragata, fue destinado al departamento de Cartagena, y se halló en varias campañas de corso contra los Moros en 1784 y 85, y últimamente en la escuadra que al mando de D. José de Mazarredo concluyó la paz con la regencia de Argel. Hizo despues un curso de matemáticas sublimes, navegacion y maniobras bajo la direccion de D. Gabriel de Ciscar, saliendo sobresaliente en estos varios ramos de instruccion.

Poco tiempo despues fue comisionado para reconocer todos los archivos del reyno y formar una coleccion de manuscritos de marina, como lo hizo con zelo é inteligencia. Por este tiempo, y durante algunos años que estuvo en Sevilla, mantuvo una muy estrecha amistad con D. Manuel Arjona, D. Juan Pablo Forner, Sotelo y otros varios literatos. Allí compuso diferentes odas que se publicaron en los diarios de Sevilla, y esta amistad con Forner, Arjona y Sotelo se mantuvo todo el tiempo que vivieron.

Declarada la guerra entre España y Francia en 1793, siendo ya teniente de navio, solicitó ser unido á la escuadra que mandaba D. Juan de Lángara, y sirvió en ella los empleos de primer ayudante y secretario. Hizo toda aquella campaña y fue el encargado de traer á Madrid la noticia de la toma de Tolon. Por este tiempo se le concedió licencia para viajar por el extrangero, lo que verificó con grande aprovechamiento propio, y de su patria, por el caudal de conocimientos que adquirió.

Hizo tambien la primera campaña de la guerra que en 1796 se declaró á los ingleses, hasta que hecho D. Juan de Lángara Ministro de Marina, no queriendo este desprenderse de la honradez y talentos de su ayudante, y atendiendo al quebranto de su salud, lo trajo á Madrid y obtuvo plaza de oficial tercero de la secretaria de marina. Siguió su nueva carrera hasta que en 1807 fue nombrado Ministro fiscal del Supremo consejo de Almirantazgo, siendo ya capitan de navio. Sobrevino la invasion francesa, y en 1812 pasó á Cadiz, en 1814 á Murcia, y restituido á Madrid cuatro meses despues del regreso de Fernando VII, obtuvo su jubilacion cuando los disturbios políticos le hacian apreciable el retiro. No lo desperdició su laboriosidad; en él empezó á reunir materiales para escribir la vida de Cervantes, conociendo que las que hasta allí se habian escrito eran incompletas, y con nuevos documentos y noticias compuso la que publicó la academia en 1820 al frente de su edicion del Quijote. Al recorrer las páginas de este precioso libro, no sabemos qué sorprende mas, si el lenguage castizo y puro con que se halla redactado, ó la multitud de documentos y noticias que le acompañaban. Una máxima dominaba en el señor D. Martin de Navarrete cuando tenia que escribir alguna cosa, máxima que le oiamos repetir continuamente.—Antes de escribir es preciso reunir los materiales, y esta máxima sabia jamas dejó de tenerla presente al redactar sus obras.

A fines del año de 23 fue nombrado Director del déposito hidrográfico, y como tal conservó con el baron de Zach una correspondencia científica y literaria que publicó el baron en Génova. En 1826 comenzó á dar á luz, bajo los auspicios de Fernando VII, su célebre coleccion de Viajes de Colon y demas descubridores del nuevo mundo, vertiendo una esquisita erudicion histórica en sus introducciones y notas, obra que ha sido recibida con aceptacion estremada por todos los sabios de la Europa, que han hecho de ella los mas encarecidos elogios. Washington Irving, en su célebre Historia de la conquista del Nuevo Mundo, tributa mil elogios á nuestro literato, citando á cada paso esta célebre obra: nosotros hemos visto cartas orijinales del distinguido historiador ingles, en las que confiesa haber hecho un gran caudal de noticias leyendo la coleccion de Viages. De la obra de Irving se hicieron en un solo año cinco ediciones en Lóndres, y en España debemos su traduccion al distinguido literato D. José García Villalta. Véase, pues, cuanta es la importancia de la obra de D. Martin de Navarrete.

Si hubiéramos de referir lo que en todos tiempos, pero principalmente desde esta época trabajó, no habiendo materia científica y literaria para la que no se buscase su consejo y dictámen, tendríamos que alar-

garnos infinito. Todas las sociedades sábias de Europa han creido honrarse apresurándose á recibirle en su seno, y como diremos despues, una multitud de títulos académicos, debidos solamente á su mérito, honraban el nombre de Navarrete.

Muerto el Rey y publicado el Estatuto en 1834, fue nombrado del Consejo de Estado, Prócer del reyno, y posteriormente Senador en casi todas las legislaturas por su provincia de Logroño; pero en la carrera política no era á donde le llamaba á brillar su vida estudiosa y su carácter pacífico. A pesar de su avanzada edad seguia trabajando con el mayor celo é intensidad, acudiendo con la mayor esactitud al depósito hidrográfico y á las Academias, cuerpos que segun el dicho de un ministro, la sombra solo de D. Martin de Navarrete los sostenia. Fue en fin, víctima de este estremado celo en el cumplimiento de su obligacion. Ni sus años, ni sus padecimientos, ni los rigores del invierno podian ser bastantes á que dejase de acudir á estos establecimientos. De sus resultas contrajo un catarro pulmonal crónico que lo arrrebató de los brazos de su aflijida familia entrando ya en los 79 años de edad, el dia 8 de Octubre de 1844 á las cinco y cuarto de la tarde, despues de haber luchado con la muerte en una penosa agonia largos dias, pareciendo que su alma noble no queria abandonar aquel cuerpo en que habia estado tan dignamente alojada.

Una multitud de títulos y condecoraciones, debidos todos á su incontrastable mérito, laboriosidad y servicios, han sido el precioso galardon que el mundo ha tributado á D. Martin Navarrete: admitido primero como caballero en la Órden de S. Juan de Jerusalen (Malta), condecorado despues con la gran cruz de Isabel la Católica, con la de comendador de la Legion de honor de Francia; miembro del estinguido Consejo de España é Indias, Director del depósito hidrográfico, vocal nato de la Junta del Almirantazgo, vice-protector de la Real Academia de nobles artes de San Fernando, Bibliotecario y decano de la española, Director de la Historia, individuo del Instituto de Francia, del histórico de Rio-Janeiro, de la Academia de San Lucas de Roma, de la de Ciencias de Turin, de la de Berlin, de la de Bruselas y de la del Brasil, de las sociedades de Anticuarios de Copenhague y Normandia, de la de Filosofía americana de Filadelfia, de las de Geografía de París y Lóndrés, de la Económica Matritense, y de otras varias que seria prolijo enumerar; fueron la recompensa de sus trabajos, pero no el fundamento de un orgullo que abominaba.

Todos estos títulos los debió á sus distinguidos talentos y á su incesante aplicacion; mas no son ellos los que forman las mas brillantes páginas de su gloria; otros títulos mas grandes presenta D. Martin Fernandez de Navarrete. En él veiamos al erudito académico y al elegante escritor, amigo de los Jovellanos, de los Melendez, de los Moratines, de los Fornieres, de los Estalas, Sotelo y demas grandes hombres del pasado siglo, que habiéndoles sobrevivido gran tiempo, era entre nosotros un viviente recuerdo de la feliz época literaria ya transcurrida. La Europa ha reconocido en él al sábio que era la veneracion de los grandes literatos que la ennoblecen. El baron de Zach, el de Humbold, Mr. Priscott, Washington Irving, Mr. de Berthelot y otros célebres hombres que caminan al frente de la ilustracion del orbe civilizado, no se han desdeñado de oir su palabra y de seguir respetuosamente sus consejos.

De su comunicacion y correspondencia se han sacado grandes tesoros que ya posee la Europa, rindiendo el debido homenage al sabio español que tan liberalmente les ha franqueado el rico caudal de sus conocimientos. La España ha sido el pais en que menos popular se ha hecho la fama de su saber, porque aturdida con sus revoluciones no ha hallado tiempo de pararse á contemplar al sabio modesto que la ilustraba desde su pacífico retiro. La justicia pide que le rindamos el último tributo, dando á conocer sucintamente su vida, sus tareas y sus virtudes, y nada mas justo que el que tuvo con él relaciones estrechas de amistad, el que debió á su saber é ilustracion muchos y muy sabios conocimientos, el que mas de una vez le estrechó en sus brazos con el cariño de un padre, comprimiendo por un momento el dolor que le causa su pérdida, tome á su cargo tributar á su memoria los justos y merecidos elogios.

Pero si distinguido ha sido D. Martin Fernandez de Navarrete como literato, y como amante del saber y de la ilustracion, no ha sido menor su nombradia como hombre político y como honrado ciudadano. Una rectitud y probidad llevada hasta la exageracion era la norma de todas sus acciones. Jamas pretendió nada: para todos los empleos

que tuvo le buscaron, todos los debió á su mérito, no prevaliéndose nunca de su posicion social para aventajar sus intereses ni aun por ciertos medios que generalmente se emplean, los cuales si no son ofensas hechas á la moral, ofenden por lo menos la delicadeza. Aunque dotado de un temperamento nervioso y de génio violento, tenia un alma sin hiel, llena de sensibilidad tan esquisita y de amabilidad tan estremada, que nadie podia conocerle sin estimarle.

Jamas la vil pasion de los celos halló entrada en su corazon; amaba como hermanos á todos los literatos, y más ancioso de la propagacion de la ciencia que de su propia reputacion, franqueaba á todos los que le buscaban sus numerosos apuntes y los tesoros de su saber, con un desprendimiento que no tiene igual en la república de las letras. Apenas hay literato español á que no haya ayudado desinteresadamente en sus empresas, y muchos literatos estrangeros, como ya antes dijimos, le son deudores de lo mejor de sus obras. A pesar de la admiracion y respeto con que acudian á verle y conversar con él los ministros, embajadores, y todo lo mas encumbrado de la sociedad, su modestia era tal, que nunca se envaneció por eso, y con la misma amabilidad con que recibia al magnate abrazaba al último portero, al ser mas ínfimo de la sociedad que acudia á su puerta. Hablen por mí los cuerpos de que ha sido individuo, las infinitas comisiones á que ha pertenecido, las sociedades de que ha sido Director, y digan si ha ocupado sus asientos otro que le haya escedido en las virtudes. En su últmai enfermedad se ha visto rodeado de sus numerosos amigos: la Academia de la historia que tantos años le ha visto al frente de sus tareas, ha honrado su memoria con una brillante funcion de honras á las que asistieron hombres eminentes y distinguidos en todos los ramos de la literatura y de las ciencias. Su nombre pasará sin mancilla á la posteridad, y ocupará en la historia un lugar eminente como marino sabio, como literato entendido y laborioso, y mas que nada, como español honrado y verdaderamente amante de las glorias de su patria.

Y tú, virtuoso é ilustrado ciudadano, si mis votos pueden ser oidos mas allá del alto trono de la inmortalidad, recibe este sencillo homenage de mi respeto y de mi cariño; jamas se borrarán de mi pecho tus palabras y tus saludables razonamientos, y si por dicha mia tus consejos pueden algun dia colocarme en el precioso camino por donde lograste arribar á la gloria, yo regaré con lágrimas tu sepulcro, recordando cuanto te debo, y ante él esclamaré lleno de dolor y de placer: cumpliste tu augusta mision en la tierra, goza ahora de la mansion de los ángeles.=LUIS VILLANUEVA.

(*Del S. Pintoresco*)



ALIX Y BERENGUER

Ó LA FUENTE DE AMOR.

En 1374, bajo el reynado de Carlos V. tan justamente llamado «el Sabio:» en aquella época en que florecian á la par las letras y la caballeria, nació en un palacio junto á las riberas del Sena, á poca distancia de San German »Bérenguer de Presles,» hijo de un leal hidalgo que formaba parte de la corte del Rey. En medio de los regocijos de la tregua fue solemnizada la ceremonia del bautismo de este niño, á quien el Rey en memoria de los servicios de su padre, señaló por padrino á Juan, señor de Neuville, uno de los capitanes y de los caballeros mas famosos de aquella época. Todavia estaba Berenguer en la cuna cuando murió su padre. No bien cumpliera doce años, se decidió la castellana su madre, despues de haberle hecho dar á su vista los primeros elementos de una educacion militar, á enviarle á casa de su ilustre padrino para que comenzase su carrera en calidad de »persevante» (especie de aprendizaje durante el cual llevaba el discípulo la lanza y el bacinete de los caballeros, aprendia á montar á caballo, y se instruia en los »tres ejercicios de armas.») La mañana del dia de su partida se entró el mozalvete en el cuarto de su madre para recibir la bendicion: hízole ésta recitar el poema de »Hue de Tabarie» sobre »el órden de caballeria,» pasándole al cuello una cadenita de la que pendia una guija que uno de sus abuelos habia traido de las riberas del Jordan, y tenia grabadas estas palabras: »Dios, la Francia y el Honor;» despues abrazóle cubriéndole de lágrimas, y confiándole á un antiguo servidor, se subió al torreoncillo para seguirle con la vista mientras pudiera alcanzarle.

Berenguer no llegó hasta el dia siguiente al castillo de Neuville, cuyo aparato guerrero fue la primera cosa que llamó su atencion: aquellos muros almenados, aquellos torreones con buhardas, aquellos profundos fosos, aquellos dobles puentes levadizos, aquella elevada torre, aquella campana que tocaba al »Ave Maria» en el momento de llegar el jóven persevante; tantos objetos desconocidos en el pacífico recinto de Presles, le inspiraron una estrañeza mezclada de temor, del cual aun le quedaban rastros cuando se presentó ante el señor de Neuville. Este le abrazó, prometió servirle de padre, y le llevó al cuarto de la condesa, que le recibió de la manera mas afectuosa: la pequeña Alix, su hija, un año mas jóven que Berenguer, cuya gracia y hermosura parecia que se adelantaban á la edad, estaba sentada en el mismo sitial que su madre, que la enseñaba á labrar tapiz.

Desde el dia siguiente fue instalado el pupilo del conde en sus nuevas funciones y sometido á todas las prácticas de la vida militar á que estaba destinado: las menores faltas eran castigadas con una severidad que hacia correr á menudo las lágrimas de la pobre Alix, pero Berenguer se consolaba discurriendo que á igual precio habia adquirido el señor de Neuville la gran nombradia de que gozaba. Sin embargo, los ejer-

cicios militares no ocupaban todos los momentos de Berenguer que cada dia consagraba algunas horas al estudio de la poesia, arte que amaba con pasion, y en la que recibia lecciones del prior de Rieux, hermano del abuelo de la condesa. Este prior padecia dos enfermedades incurables; la gota y el furor de componer »serventicios» contra los personages mas distinguidos de la corte. Cual todos los libelistas de aquel tiempo (que hubieran debido sepultar consigo su secreto) tenia el abad gran cuidado de cubrirse con el velo del anónimo al despedir sus flechas; y para mayor seguridad imagina el hacer copiar sus versos al jóven discípulo, que lejos de caer en malicia se tenia por muy dichoso en aprender las reglas del »virelay» del »tenson» y de la »balata» á costa de una complacencia cuyo peligro no conocia. Berenguer no amaba mas que este género de poesía, y ya le manejaba con gracia y facilidad, sin advertir que el nombre de Alix se deslizaba entre sus versos, ora para completarlos, ora para descomponerlos.

El castillo de Neuville estaba fabricado en medio de una cuesta y dominaba el rio Oise: á la estremidad del parque y desde lo alto de una pequeña colina cuya cresta estaba coronada de algunas rocas, lanzábase en forma de cascada el agua cristalina de un manantial y serpenteaba en un bosque de fresnos. Desde este sitio en que la vista enseñoreaba el campo, partia regularmente el conde para ir á caza, y aqui mismo salian á esperarle la castellana y su hija. Berenguer era siempre el primero que Alix divisaba; y el Sr. de Neuville no descubria aun la torre del castillo, cuando ya Berenguer le aseguraba que Alix estaba en la cita. La costumbre de buscarse y de esperarse en el mismo sitio les habia inspirado una aficion muy viva por »la Fuente de los Fresnos» antes de que sospechasen la que se tenian uno á otro.

Dos años hacia que el doncel habitaba este castillo donde todos parecia que se esmeraban en darle pruebas de cariño, cuando el conde se decidió á nombrarle escudero. Berenguer no tenia mas que quince años, y ya nadie manejaba con mas destreza un »corcel,» ni llevaba con mas gracia el »yelmo« sobre el pomo de la silla, ni era mas apropósito para atar una armadura, encordonar una coraza y sugetar una cincha: y en muchos encuentros peligrosos en que acompañó á su señor, desplegó una inteligencia y un valor muy superior á su edad. Ya no se hablaba en la Corte de Carlos mas que del gallardo escudero del señor de Neuville. Estimado de su ilustre protector, querido de sus iguales, adorado en secreto de la encantadora Alix, objeto de sus timidos votos, parecia entrar en la vida bajo los auspicios mas felices; pero tan bella aurora solo anunciaba un dia borrascoso. Hacía algun tiempo que las sátiras mas odiosas incendiaban la corte y la ciudad, y su autor, en el seno de las tinieblas que espesaba en derredor de si, se libraba del justo resentimiento de las personas que ultrajaba con tanta violencia como cobardia. El jóven Berenguer para quien el mundo era hasta entonces tan indiferente como agenas sus pasiones é intrigas, fue siempre sin saberlo el instrumento de las venganzas del prior.

Un acontecimiento histórico de grande importancia sugirió al abad de Rieux nueva ocasion de egercitar su pluma satírica, y no la dejó escapar. Acababa el duque de Berry de frustrar por falta de prevencion una espedicion habilmente concertada, y con este motivo hizo el abad una composicion poética en la que se interpretaba de la manera mas injuriosa al honor del príncipe su retardo en egecutar las órdenes del Rey. Concluia Berenguer de copiar estos versos, y los tenia sobre si, cuando el conde le encargó de una mision cuyo objeto era entregar al Rey mismo el pliego importante de que era portador. Partió en el instante á Paris. »Su Alteza» estaba en Vincennes y debia volver aquella misma noche al palacio de San Pol, que habitaba entonces. Berenguer le aguardó aquí; desempeñó al dia siguiente su mision, recibió la órden de ir á Fontainebleau donde se hallaba entonces la Reyna, permaneció alli cuatro dias y no regresó á Neuville hasta despues de una semana de ausencia. Berenguer fue bien recibido en la corte y traia una respuesta satisfactoria á los pliegos que se le habian encargado. El iba á ver á Alix al cabo de una separacion de ocho dias: ¡Júzguese de los sentimientos que ocupaban su corazon, del ardor con que apretaba á su arrogante bruto! Ya descubre las playas del Oise, las torres del castillo; distingue las copas de los árboles de la »Fuente de los Fresnos» alumbradas por los últimos rayos del sol; reconoce la capilla en el brillante reflejo de sus vidrieras

de colores. De pie sobre los estribos con los ojos fijos hácia la fuente, cree ver, y ve en efecto, á Alix que ondeaba en los aires su pañuelo. El caballo de Berenguer ya no corre, vuela; y saltando los setos y barrancas lleva en un momento al mozalvete al pie de la colina. Alix, seguida de la mas anciana de sus doncellas, sale con precipitacion á su encuentro, y con una voz medio ahogada por los sollozos, le dice: ¡Huid, Berenguer ¡huid! todo debeis temerlo si volveis á parecer en el castillo! Es imposible pintar el horroroso desorden que estas palabras y las lágrimas de Alix introdugeron en su alma; apenas tiene fuerza para preguntar la causa de la terrible desgracia que le anuncia: Alix la ignora; pero ha visto la ira de su padre, y teme los efectos mas siniestros. Berenguer se recobra; su conciencia de nada le acusa; el honor le impone el deber de justificarse á los ojos de su bienhechor: en vano le insta Alix para que se aleje, el no cede.

Apagóse el dia en este penoso debate, y el grito del pájaro nocturno empezó á mezclarse con el canto lejano del labrador. La dama Berthe que habia acompañado á Alix, advirtió que el toque de la corneta se habia oido tres veces, y que las puertas del castillo iban á cerrarse. Alix tomó presurosa el camino del parque, y Berenguer saltando sobre su caballo atravesó el puente levadizo en el momento en que empezaba á bambolearse.

Ningun escudero se presentó en las gradas para tomar su caballo: dejóle abandonado en el patio, y penetró hasta la sala de armas sin que nadie hubiera querido avisar de su llegada. Allí encontró al prior de Rieux hablando al conde, que le echó una mirada terrible. Sin permitirle decir una palabra le mostró la sátira escrita de su puño, que se le habia caido por descuido del bolsillo de su capa en el cuarto que ocupó en el palacio de San-Pol. El mismo duque de Berri se la habia remitido al señor de Neuville, cediéndole, por deferencia, el castigo del culpable. A la vista de este papel, cuyo crímen é importancia se le revelaba á un mismo tiempo, perdió Berenguer el color, y volviendo sus ojos humedecidos hácia el prior, que trataba de evitar su encuentro, se contentó con protestar de su inocencia. ¿Qué podia una simple denegacion contra pruebas por escrito? El conde, despues de haberle dirigido las reconvenciones mas duras, le mandó salir al punto del castillo para no volver á pisarle. Aterrado con este último golpe cayó á los pies del abad de Rieux pronunciando tan solo estas palabras: ¡Ah! ¡señor prior! pero este tuvo la poca generosidad de guardar silencio, que no rompió su generosa víctima. Asustada la condesa del dolor de su hija, en vano intercedió por el jóven escudero: el conde fue inecsorable, y las puertas del castillo se abrieron á media noche para alejar de sus umbrales á la criatura mas noble, mas amable é inocente.

Sonaban las doce en la campana del castillo, y la luna en pleno brillo difundia por el campo su opaca claridad. Berenguer con la desesperacion y la muerte en el alma, habíase detenido á pocos pasos de los fosos, y al contemplar aquellos muros de donde se le desterraba para siempre, brotaron de sus ojos lágrimas de fuego. Clavados los tenia en la ventana del aposento en que la tierna Alix iba á pasar una noche de dolor, cuando le apercibió el centinela que se paseaba sobre el parapeto interior, y le obligó á que se alejase. Incierto del partido que debia abrazar erró algun tiempo entregado á sus reflexiones, hasta que al fin se determinó á tomar el camino de Presles, en donde al lado de su buena madre podria hallar el consuelo que tanto necesitaba su corazon, aunque sus tristes presentimientos no daban entrada á la esperanza.

Berenguer, que con tanto pesar se apartaba de las riveras del Oise, no llegó al alcázar de Presles hasta el dia siguiente al ponerse el sol. La agitacion que esperimentó al ver de nuevo aquellos sitios donde habia pasado los dulces dias de su infancia, al pensar que iba á dar un tierno abrazo á su madre despues de cuatro años de separacion, se apoderó insensiblemente de todo su ánimo. Al acercarse al palacio siguió una vereda del bosque que se acordaba de haberla andado la primera vez que montó á caballo, y ella le condujo hasta el patio, en donde estaba reunido un gran número de aldeanos. Su semblante adusto y silencioso tan solo admiracion le causaba; pero al descubrir al anciano Raymundo que con lágrimas en los ojos distribuia limosnas á porcion de pobres que le rodeaban, comenzó á llenarse de inquietud. Apéase, le llama; Raymundo reconoce á su joven amo, da un grito y se arroja á sus pies: estremecido Berenguer le alza, le pregunta..... ¡O do-

lor!..... ¡el desdichado ya no tiene madre! dos dias solamente hacia que habia sucumbido á una enfermedad cruel, con la cual luchó mucho tiempo su juventud. El dolor escesivo no aflige el corazon, le despedaza. Al saber tan funesta noticia perdió el uso de los sentidos, y en los ocho dias que duró este estado de abatimiento, del que no salió sino por el rebato del mas terrible delirio, los nombres de Alix y de su madre fueron las únicas palabras que se le oyó pronunciar. Los cuidados que se le prodigaron no fueron del todo inútiles, y su vida se comenzó á reanimar en el momento de estinguirse. Luego que recobró algunas fuerzas se hizo llevar al sepulcro de su madre, que reposaba junto á su esposo en el coro de la iglesia, y pasó todo un dia entre lágrimas y meditacion. Cumplido este deber dejó al capellan de palacio la administracion de todos sus bienes; le encargó dotase en su nombre cuatro jóvenes de las mas virtuosas del lugar, cuyos primeros hijos tomarian el nombre de Alix ó de Berenguer, y se dispuso á dejar el techo paterno por segunda vez. La mañana del dia de su partida se encerró en el oratorio y escribió una carta á Alix, que depositó en manos de Raymundo, instruyéndole para que fuese á Neuville, esperase en el bosquecillo de los Fresnos la ocasion de entregarla, y le llevase la respuesta á Dijon, á donde iba á pasar algun tiempo en la corte de Borgoña

En una visita que el duque de Borgoña hizo al señor de Neuville, fijó su atencion el jóven escudero y mereció su benevolencia. Las ideas de grandeza y de ambicion estaban muy lejos del espíritu de Berenguer, pero solo en la gloria veia el único medio de acercarse á Alix, y en la corte de Felipe esperaba ocasion de distinguirse y de hacerse armar caballero: con esta esperanza dirigia sus pasos á Dijon.

Un dia, el octavo de su partida del palacio de Presles, atravesaba una selva á pocas leguas de Auxerre; el calor era escesivo, su caballo, y aun él mismo, necesitaban algunos momentos de reposo: echó pie en tierra, metió el brazo por la brida de su corcel, sentóse junto á un árbol y se entregó á reflecsiones que el recuerdo de Alix sembraba de dulces esperanzas: poco á poco se cerraron sus párpados, y sin mudar de objeto llegaron sus ideas á ser sueños. Dormia profundamente, cuando un ruido de armas le despertó sobresaltado: su primer impulso fue lanzarse sobre su caballo y acudir al parage de donde salia el ruido que le habia interrumpido el sueño. Tres hombres acometian á uno, que estaba á punto de sucumbir á sus golpes; Berenguer vuela á su socorro: su repentina aparicion y el vigor de su ataque aterra á los agresores, que se dispersan y concluyen por buscar un asilo en la espesura del bosque. El caballero á quien el doncel hizo este servicio era el buen mariscal de Loigni, sorprendido en las cercanias de su palacio por algunos bandidos de los que cubrian entonces la Francia.

Berenguer juzgó acertado callar su nombre, pero el mariscal ecsigió por lo menos que pasase algunos dias con él. Este noble guerrero separado de la corte desde la muerte de Cárlos V., gozaba en su glorioso retiro de la felicidad de la vida privada, á la cual añadia un nuevo encanto su aficion á las letras: su palacio era en cierto modo el sitio de reunion de los trovadores, y con este motivo á cada paso habia una fiesta. Semejantes placeres, á los cuales se hubiera entregado Berenguer con tanto ardor en otro tiempo, no podian distraer su memoria del recuerdo de su desgracia, de la pérdida de su madre, y de la imágen adorada de Alix. Esta profunda melancolía en una edad tan tierna suscitó en el mariscal el deseo de conocer la causa, y sus instancias al jóven estrangero fueron tan urgentes y afectuosas que se vió precisado á ceder. Aunque Berenguer omitiese alguna cosa en su relacion para no comprometer al prior de Rieux, no por eso quedó el mariscal menos convencido de su inocencia, y se ofreció á acompañarle á la corte para que se justificase á los ojos del príncipe: rehusólo Berenguer declarando á su ilustre protector que el honor le imponia la ley del silencio; y la mañana del cuarto dia de su llegada á Loigni, lleno de impaciencia por juntarse en Dijon con su fiel servidor, se despidió del mariscal, quien al separarse le dió pruebas de la mas viva aficion.

Llega á Dijon; hacia dos dias que le aguardaba Raymundo, y le entrega una hoja del librito de memoria de Alix, en la cual habia trazado la amable niña estas palabras aceleradamente:

»La ira de mi padre es siempre grande contra vos; pero no podrá ser indiferente á la gloria que debeis adquirir. A dios; os amaré hasta la muerte.»

¡Que de misterios encierra el corazon de un amante! Estas líneas que en nada mudaban el destino de Berenguer, le causaron una alegria indecible, y le tornaron de un golpe el aliento y la esperanza. Colgó á la cadena que le habia dado su madre este amoroso talisman, y escribió al pie de él estos versos:

Dulce amiga y amorosa,
Tan gallarda como hermosa.
No hay rosa, ni flor de lis,
Tan bellas cual tú, mi Alix!

Colmó á Raymundo de presentes, y le envió otra vez al palacio de Presles, encargándole buscase ocasion de entregar á Alix un billete en el que se contentó con decir:

»Nada vereis ni oireis de mí que no merezca.»

Al dia siguiente se presentó en el palacio del duque de Borgoña: la entrada era prohibida á los simples escuderos, y le fue imposible llegar hasta el príncipe. Mas que cansado, humillado de los pasos que habia dado inútilmente, disponíase á dejar á Dijon al cabo de ocho dias, cuando llega á sus oidos la noticia de que se levantan tropas para marchar contra el duque de Güeldres, é inmediatamente toma partido como simple voluntario en el ejército que mandaba el Rey en persona. Esta guerra fue menos larga que sangrienta; Berenguer se cubrió de gloria, y muchas hazañas brillantes le hubieran grangeado distinciones honrosas, si la presencia del duque de Berri en el campo del Rey no le hubiera precisado á ocultar su nombre.

El duque de Güeldres terminó la guerra prestando homenage al Rey de Francia; y Berenguer á quien afligia la necesidad de una rápida fama, resolvió presentarse en los juegos florales, cuyo prócsimo concurso se anunciaba con el mayor lucimiento. Estos juegos, recientemente instituidos sobre nuevas bases, por Clemencia Isaura, llamaban entonces la atencion de la nacion entera, y el nombre de los vencedores se proclamaba en toda la Francia. Berenguer sobresalia en un género de poema que se llamaba «cancion real:» de esta manera aplaudió las felices primicias del nuevo reynado; y enviada al concurso su composicion fue juzgada superior á las de »Castel» y de «Juan de la Fontaine,» los poetas mas célebres de aquel tiempo: el «amaranto de oro» le fue acordado por unanimidad. En el palacio de Loigni supo Berenguer sus triunfos, á los cuales quiso poner el colmo el buen mariscal armándole caballero él mismo. ¡Alix y esta dignidad! Berenguer no imaginaba otra felicidad en la tierra. La capilla de Palacio se dispuso para la augusta ceremonia: convidóse á muchos compañeros de armas del mariscal, y todos se presentaron completamente armados. Despues del oficio divino bendijo el capellan las armas del neófito, y el mariscal le calzó la espuela, y le puso sucesivamente la lóriga, la coraza, los brazaletes y las manoplas: preparado de esta suerte le ciñó la espada diciéndole:

»Berenguer; yo os doy esta espada y la pongo en vuestras manos, y pido á Dios que os dé un tal y tan buen corazon que seais tan buen caballero como lo fue vuestro padre de gloriosa memoria.»

Despues abrazóle, y dándole los tres golpecitos en el cuello con la espada de plano, añadió: »En el nombre de Dios, de San Miguel y de San Jorje, te hago caballero: sé hazañoso, audaz y leal.» El resto del dia se convirtió en un gran festin.

El novel caballero se encontraba muy arrogante con la dignidad que acababa de obtener para que no se apresurase á honrar á su ilustre padrino: las fiestas que se preparaban en San Dionisio en honor de Luis II Rey de Sicilia y primo de Cárlos, le ofrecieron una brillante ocasion. Los torneos se habian anunciado; la flor de la nobleza francesa y estrangera fue admitida en la liza. Berenguer fue allá, y tanto como su mocedad y gracia, llamó la atencion la suma sencillez de su armadura: su escudo sin armas, llevaba una simple cifra compuesta de las letras A. y B. cercadas de una rama de fresno. Los torneos debian abrirse despues de los oficios que el Rey hacía celebrar en honor del gran condestable: Berenguer se habia situado en la iglesia de manera que pudiera oir la oracion fúnebre de Beltran Duguesclin, que iba á pronunciar el obispo de Auxerre (honor desconocido en Francia hasta entonces). ¡Júzguese de su sorpresa, de su gozo, al ver á Alix, á la hechicera Alix, al pie del trono de la Reyna, con los ojos fijos sobre su escudo! Colocado en frente de ella alzó la visera que tenia medio calada: Alix le reconoce..... Cuantos afectos puede abrigar el corazon humano se pintaron á la vez en su angélico semblante.....

Berenguer que se habia hecho inscribir en el número de los combatientes, es el primero que se presenta en el palenque al otro dia. Este torneo era el mas brillante que se habia visto en un siglo: asistió toda la corte; y por un acaso que solo un amante puede apreciar, habia sido Alix elegida por la Reyna para coronar al vencedor: ¡qué otro que Berenguer podia obtener tal premio! Cuatro veces sale á la palestra, cuatro veces queda vencedor, cuatro veces se proclama su triunfo combatiendo indistintamente con la lanza y la espada. El Rey quiere conocer á este jóven esforzado, y no queda



menos admirado que satisfecho al saber que era el mismo trovador autor de la »cancion real.» Berenguer recibe de manos de la trémula Alix la banda que le estaba destinada, y al pasársela al cuello le murmura estas palabras: »Dentro de tres dias á las ocho de la noche, en la fuente de los Fresnos»

El duque de Berri, testigo del triunfo de Berenguer, no puede oir proclamar sin indignacion un nombre que le recuerda una ofensa. Su posicion para con el Rey, en cuya desgracia habia incurrido, y el poco favor que gozaba en la opinion pública, no le permitieron seguir abiertamente su venganza; pero no ocultaba sus proyectos delante de Amaury, señor de Beaume uno de los personages mas poderosos de la corte, á quien el Rey habia prometido en alguna manera la mano de Alix.

¡Qué largos se le hicieron á Berenguer los tres dias de espera! Por fin se cumplen: son las siete; pónese el sol, y el amante de Alix, palpitando de amor y de esperanza, se adelanta hácia las riberas del Oise, en donde cada paso que da despierta en su alma un recuerdo. Detiénese un instante bajo las cércas de la abadia de Maubillon, á poca distancia del palacio de Neuville, para aguardar el momento preciso de la cita: dan las ocho en el relox de la abadia; corre, deslízase al traves del espeso tallar que cubre el pie de la colina; llega á la fuente de los Fresnos, refrigérase en su agua, besa uno por uno los árboles en que encuentra grabado su nombre por una mano querida;

va, viene, párase, palpita al menor movimiento de las hojas: siente pasos... es ella... Berenguer está á los pies de Alix... La agitacion apura sus fuerzas; se desvanece, vá á caer, la sostiene, la estrecha entre sus brazos. ¡Qué momento en la vida, ó mas bien, que vida en semejante momento! Despues de algunos instantes de un silencio mas espresivo que la palabra misma, refiere Alix á su amante sucintamente la desgracia que les amenaza. Mi padre, le dice, á peticion del mismo Rey, ha prometido mi mano al Sr. de Beaume; pero ignora todavia un secreto que os hace honor, que os volverá toda su estimacion, todo su afecto; un secreto que el moribundo prior acaba de revelar á mi madre. Vuestro valor, vuestro mérito, os han dado á conocer del Rey; yo declararé ante él si es preciso el amor que os tengo, y no me condenará al disgusto de desobedecerle: porque, lo juro, Berenguer, mi mano nunca será de otro que de vos ó de Dios.

Semejante promesa hecha á la faz del cielo en una mansion, testigo misterioso de tantos suspiros y lágrimas, entre dos amantes cuyas primeras miradas fueron amar, sin duda estaba medio cumplida; y los veinte renglones borrados con sumo cuidado en este pasage del manuscrito pueden suplirse fácilmente.—Me apresuro, pues, á llegar al desenlace de esta fatal historia.

Pocos dias despues de la entrevista del bosquecillo, fue Berenguer, á ruego de Alix y con aprobacion de su padre, á quien acababa de revelarse la confesion del prior, á echarse á los pies del Rey, y le interesó tan vivamente con la pintura de su infortunio y de su amor, que el monarca dió su consentimiento formal para el enlace de Alix y de Berenguer, y promovió á este último á un puesto honroso cerca de su persona. Revestido con este precioso escrito teme perder un momento: eran las once de la noche, y no permitiéndole su impaciencia aguardar un solo dia, vuelve á buscar á Alix.

Ya descubre la linterna que arde en el remate de la torre del castillo, cuando al pasar al pie de la colina de los Fresnos salen de la espesura un monton de asesinos completamente armados, caen sobre él de improviso, atraviésanle á estocadas, y se echan á huir en el instante. A los ayes del malhadado jóven responde el centinela mas inmediato con un grito de alarma que se difunde por el castillo: acuden; Alix á quien un funesto presentimiento advierte de su desgracia, vuela hácia la fuente y encuentra á Berenguer tendido, estrechando entre sus lábios la banda que recibió de su mano. El desdichado no se abandona á los transportes de un vano dolor. Al otro dia de este horrible acontecimiento se retiró Alix á la abadia de Maubisson, tomó el velo y murió al cabo de pocos meses. Respetóse su postrer deseo, y su cuerpo fue sepultado junto al de Berenguer en el bosquecillo de la »Fuente de los Fresnos» que se llamó despues «la Fuente de Amor.»

M. D.

GIGANTES, ENANOS Y PIGMEOS.



La cuestion sobre gigantes y pigmeos llamó por algun tiempo la atencion de algunos escritores, pero despues de haberse esplorado hasta las partes mas remotas del mundo, y publicado las relaciones de los viajeros, cuya veracidad no se puede dudar, está suficientemente probado que no hay pais alguno en la tierra habitado por hombres que puedan llamarse con propiedad gigantes ni pigmeos. Esta conclusion no está limitada al estado actual de la especie humana, mas se estiende á todas las generaciones pasadas. Examínense los testimonios é interprétense los pasages de las Santas Escrituras; reduzcanse las exageraciones de los poetas á las medidas trasmitidas á nosotros por las mas imparciales relaciones coetáneas, y hallaremos que la naturaleza humana ha tenido poca diferencia, y que el gigante Og, Goliat, y otros que llegaron á una estatura enorme no subieron de diez á once pies de estatura.

En el cap. XIII, v. 33 del libro de los Números se lee, que el ejército israelita, comparado con el de los descendientes de Anak, los soldados judios parecian langostas. Los Rabinos afirman que Og tenia 120 codos ó 60 varas de alto; y Homero dice que cuando Ticio se tendia en el suelo cubria no menos que nueve fanegas de tierra, pero estos son hipérboles tan manifiestos que en los mismos libros se hallan reducidas estas exageraciones. La cama de Og se halla en la Escritura que tenia nueve codos ó trece pies, y como la cama no habia de ser exactamente del largo del cuerpo, como la de Procrustes, debemos concluir que aquel famoso gigante no tenia mas de once á doce pies de estatura, y que Goliat y los otros hombres estraordinarios alli mencionados eran inferiores á Og.

La historia profana no da á Hércules mas de siete pies; y el Emperador Maximino, que pasaba por gigante en todo el imperio Romano, tenia poco mas de ocho pies. El cuerpo de Orestes, segun los historiadores griegos tenia once pies y medio de largo. El gigante Galbara, traido de Arabia á Roma en el reynado de Claudio tenia cerca de diez pies. Dos jardineros de Salustio tenian nueve pies y medio de talla cada uno. Un escocés llamado Funnam, en tiempo de Eugenio II Rey de Escocia, tenia once pies y medio. Goropio nos asegura que vió en el siglo diez y siete á una muger, todavia jóven, de diez pies de alto.

En cuanto á los esqueletos, las relaciones han sido todavia mas exageradas. Flegmon refiere que en una caverna de Dalmacia se descubrieron cadáveres cuyas costillas tenian quince varas de largo. Plinio dice, que habiéndose rajado una montaña de Creta se hallaron en ella dos esqueletos humanos, uno de 60 codos ó 90 pies, y otro de 46 codos ó 69 pies de alto. Solino asegura que Lucio Flaco y el Proconsul Mitelo vieron un cuerpo humano de 53 codos ó 50 pies de largo en una escavacion. Fazeli, elegante historiador de Sicilia, dice, que en el monte Erix se descubrió una caverna en la que estaba sentado un cadáver con un báculo en la mano como el palo mayor de un navio, y que en el cráneo, aunque no entero, cupieron cuatro fanegas de grano de la medida de Sicilia, que hacen algo mas de veinte fanegas de Castilla. Hemos mencionado estas relaciones por hallarse en libros con el nombre de autores respetables, los que arrastrados de lo maravilloso insertaron lo que habian oido, ó exageraron lo que habian visto. Otro error comun en estos casos, pero dificil de averiguar, es la

especie de medida que admitieron en sus dimensiones. Los codos eran diferentes en las naciones orientales de la antigüedad, y los pies son tambien diferentes en las naciones modernas de Europa. La medida de granos de Sicilia, llamada ahora *satma* quizas no seria mas de un celemin de Castilla; y el palo del navio seria como el palo de un falucho comun del Mediterráneo.

M. Heurison produjo en la Academia de Paris una escala ó tabla de la estatura del género humano desde la creacion; y segun su cálculo, Adan tenia 125 pies y 9 pulgadas, y Eva 118 pies, 9 pulgadas, y 6 lineas (medida francesa sin duda). Noe tenia 20 pies menos que Adan; Abrahan solo tenia 28 pies; y Moises 13; disminuyendo así la estatura humana hasta la actual. Si no hubiéramos visto en la India que estas mismas dimensiones se hallan en el antiguo libro de Menú, de donde el frances sin duda las copió, mudando los nombres y épocas, pensariamos que M. Heurison solo intentaba divertir á los Académicos, los que podian haberle preguntado, cuántas hojas necesitó Eva para hacerse un delantal cumplido; ó qué piel bastó para cubrir á Adan de la cintura abajo.

Aunque no es necesario refutar estas relaciones estravagantes, haremos sin embargo una reflexion óbvia. Todas las operaciones de la naturaleza asi como del arte tienen necesariamente límites de magnitud del que ninguna obra puede exceder; y todas las producciones de la tierra deben guardar la misma proporcion. Si los hombres hubieran sido de una enorme estatura, los caballos y otros animales criados inmediatamente para su uso deberian guardar proporcion. Dejando á los antidiluvianos, ¿cómo podria Noé y sus hijos con una estatura de 100 pies hacer uso de nuestros caballos y jumentos? y si estos correspondian á la magnitud del hombre, ¿cómo pudieron acomodarse todas las especies preservadas, y con víveres para un año, en el Arca segun las dimensiones referidas en la Biblia? y si dejamos la revelacion á parte, ¿cómo no se han hallado en parte ninguna del globo esqueletos de animales mayores que el elefante ó el megaterio? Si hubiese animales mayores de los que conocemos, apenas podrian moverse, porque la fuerza, como está observado, no guarda proporcion con el tamaño; y asi estarian sugetos á los accidentes mas peligrosos. Con respecto á los animales del mar el caso es diferente, porque la gravedad del agua sostiene su peso. Si los árboles, guardando proporcion, fueran de un tamaño enorme, sus ramas caerian precisamente por su propio peso, porque los esfuerzos que se inclinan á destruir la cohesion de las partes se cuadruplican á proporcion del tamaño; por lo que observó Galileo con mucha razon, que lo que parece firme y seguro en los modelos, puede ser muy débil, y romperse por su propio peso ejecutado en dimensiones grandes segun el mismo modelo.

Los habitantes de Patagonia son los únicos que en nuestro globo han proclamado la superioridad en estatura, no como por individuos estraordinariamente altos, sino por la generalidad de su talla ventajosa; y con todo, en un gran número de patagones medidos prolijamente por oficiales españoles en varias ocasiones, no hubo mas de uno que llegó á siete pies, una pulgada y tres lineas, medida de Burgos.

PIGMEOS.

La existencia de un pais ó raza de pigmeos propagada entre el vulgo ha desaparecido desde que los europeos se han hecho un placer, ó parte de educacion, ó medio para aclarar algunos puntos de cosmografia, el viajar hasta las estremidades del globo en todas direcciones. Las relaciones de pigmeos en Laponia, Madagascar ó islas muy remotas no eran mas de cuentos y exageraciones que pasaban sin crítica como la aparicion de duendes. Es verdad que ha habido enanos de unas dimensiones estraordinariamente pequeñas, y no hay duda en que los hay al presente en todos los paises, pero están oscurecidos, habiéndose desterrado de los palacios la mania de mantener enanos y bufones para la diversion de la corte; por lo que mencionaremos aqui algunos de los mas celebrados.

ENANOS.

Geofry Hudson, inglés, nació en 1619; á los siete años no tenia mas de 18 pulgadas, y el duque de Buckingham le empleó en su palacio. Este noble dió un convite al Rey Jaime I y su consorte la Reyna, y al fin de la comida fue servida la mesa con un pastel frio, anunciado antes como un plato

muy singular. La duquesa tomó el cuchillo cortó la costra del pastel al rededor, y levantándola luego con el tenedor, sacó al enano del plato vestido de gala, y le presentó á la Reyna. Geofry vino á ser el favorito de la corte, y enviado á Francia con una comision, fue apresado en su pasage por un corsario holandes que le llevó á Dunquerque. El enano fue un dia á una casa de campo, á donde un pavo le atacó con tanta furia que se temió le matase de un picotazo, pero el hombrecillo sacó su espada, y despues de grandes esfuerzos en una batalla tan descomunal, dejó al monstruo tendido en el suelo; jornada que fue celebrada en un poema por Davenant, poeta contemporáneo. No obstante lo diminutivo de estatura, Geofry siguió la carrera de las armas distinguiéndose en las guerras civiles con grado de capitan de caballeria; y poco despues fue en calidad de aventurero á las guerras de Francia. En una ocasion fue allí insultado por un oficial llamado Crofts, y la consecuencia fue un desafio. El bravo Geofry se presentó en el sitio señalado con sus pistolas, pero su antagonista no quiso llevar mas armas que una geringa. Esta nueva afrenta enfureció mas al enano, y apelando á las leyes de honor que no hacen distincion de estatura, Crofts se halló obligado á admitir otro desafio á caballo, en el que Geofry quedó vengado matando á su adversario del primer pistoletazo. Navegando por el Mediterráneo fue apresado por un corsario turco, y vendido en Berberia como esclavo, pero halló medios de escaparse y volver á Francia. Aunque infeliz en la mar, tomó aficion al servicio de la Marina, y la Reyna Henriqueta de Francia le hizo capitan de navio. Cuando la corona de Inglaterra fue restituida á Cárlos II, Geofry volvió á su pais, y en 1682 fue preso como cómplice en una conspiracion contra el gobierno, cuando murió á la edad de sesenta y tres años. Otra circunstancia singular fue la de haber crecido un poco, cumplidos los treinta años, cuando llegó á su mayor talla, que nunca excedió de vara y cuarta.

En 1710, Pedro el Grande hizo celebrar con grande pompa el casamiento de dos enanos en San Petersburgo, á cuya fiesta fueron convidados todos los Grandes de su imperio, y los embajadores que se hallaban en su corte. Con la autoridad de un déspota hizo venir por fuerza á la capital todos los enanos de Rusia 50 leguas al rededor de la corte, los que llegaron al número de setenta, sin contar los novios, vestidos todos á costa del Emperador en todo el rigor de la moda entonces mas prevaleciente. Todos los muebles y servicio de mesa para la diminutiva compañia fueron hechos en miniatura; la gravedad é importancia de los enanos, el orgullo y coqueteria de las enanas, los celos y disputas suscitadas en aquella asamblea microscópica, contribuyeron mucho á la diversion caprichosa del Autócrata, participando de ella todos los cortesanos. El novio y la novia, cuya estatura era exactamente una vara y dos pulgadas, abrieron el baile: y reconciliados los enanos al espectáculo que ofrecian, se olvidaron del contraste que hacian los circunstantes, y nivelándose entre si, se entregaron de todo corazon á la alegria.

Daubenton, en su Historia Natural, hace una relacion interesante de un enano, que pasó la mayor parte de su vida en el palacio de Estanislao, Rey de Polonia, y fue conocido siempre por el nombre de *Baby* ó Criaturita. Nació en la villa de Plaisne en Francia, en 1741, y á su nacimiento solo pesaba una libra y cuatro onzas. No hay noticia exacta de las dimensiones de su cuerpo, pero podemos conjeturar que eran muy pequeñas, cuando por largo tiempo le sirvió de cuna una chinela de muger. Principió á hablar á los diez y ocho meses, y á los dos años podia caminar por si solo, siendo sus primeros zapatos del largor de una pulgada y media. A los seis años tenia quince pulgadas de alto, y pesaba trece libras; sus miembros guardaban proporcion, y era hermoso relativamente; gozaba buena salud, pero su entendimiento apenas excedia los límites del instinto. A este tiempo oyó el Rey de Polonia hablar de este juguete de la naturaleza, pidió á sus padres se lo llevasen á Luneville donde residia, le dió el nombre de Baby, y le crió en su palacio.

Baby se halló desde entonces en una condicion mucho mejor de la que habia gozado en su casa; vivia en un palacio en lugar de una cabaña, y en lugar de hacer mandados era servido por pages; el alimento ordinario de papas, habas ó algun pedazo de tocino con que habia vivido, fue ahora cambiado en biscochos, aves y carnes delicadas; sin embargo, no crecia en cuerpo ni mejoraba en educacion. En vano procuraron instruirle, pues no mostró jamas sen-

timiento alguno de religion, ni señal de poseer facultades intelectuales: hasta la danza y música fueron artes superiores á su capacidad. A la edad de diez y seis años creció Baby hasta veinte y nueve pulgadas, última linea de su talla, y aunque defectuoso en raciocinio y gusto, continuó con espíritu y brio hasta los veinte años, que empezó á envejecer. La lindeza de su persona se cambió en deformidad; su cara llena de arrugas, la cabeza caida adelante, un hombro mas alto que otro, y el espinazo doblado, representaban á un hombre agoviado por la edad. Tal era su debilidad á los veinte y dos años, que no podia andar cien pasos; ni aun con un báculo podia soportar la multiplicidad de sus años. Un resfriado produjo una calentura, á la que se siguió un letargo, en el que quedó estinguida su vida antes de cumplir los veinte y tres años.

Otros muchos casos singulares pudiéramos referir, si lo juzgásemos necesario; todos fenómenos individuales, sin relacion con sus padres ni con pais alguno; por lo que debemos concluir, ahora que la superficie del globo está casi toda reconocida, que no hay, ni ha habido jamas pais ni nacion alguna de gigantes ni de pigmeos; aunque no hay duda que la naturaleza ha llevado alguna que otra vez sus caprichos de un estremo á otro.

J. S.

MAGNÁNIMA ESPIACION.



En 1776 los americanos, que se habian insurreccionado contra los ingleses para defender la sagrada causa de su independencia, acababan de nombrar comandante en gefe al bravo general Washington, quien con brillantes victorias acreditó cuan digno era de la confianza que en él habian depositado sus conciudadanos. Avanzando hasta New-Jersey, acampó en las playas de la Delaware, delante del ejército enemigo y á poca distancia de Princetown. El ejército inglés, ventajosamente situado en una vasta llanura, defendido por un lado por el rio, y por otro por una montaña, ocupaba una posicion casi inexpugnable. El general americano llamó á Lewson, que era uno de sus mas valientes oficiales, y le mandó con un destacamento de gente escogida atravesar los desfiladeros de las montañas que se hallaban al otro lado del campamento inglés, con el objeto de que atacase al enemigo por la espalda, en tanto que él con el resto del ejército le atacase de frente. Una hoguera encendida en la cima de una montaña, que los ingleses por su situacion no podian, ver pues la ocultaba otra montaña mas alta, debia indicar al general en gefe, que el destacamento habia llegado al punto apetecido, y advertirle que era ya hora de atacar.

Al mismo tiempo Lewson recibió la órden de obrar con la mayor circunspeccion y cautela, para no dar que sospechar á los ingleses, porque si estos llegaban á conocer el movimiento, era incontestable que encerrarian el destacamento en la montaña, y todos los que lo formaban sufririan indispensa-

blemente la muerte. El jóven oficial partió muy satisfecho de su peligrosa mision, y al siguiente dia al anochecer llegó al lugar indicado.

Despues de haber hecho internar su cuerpo de ejército en un bosque cercano, se ocupó en escoger el soldado que debia dar la señal. Esta mision solo podia confiarla á un habitante del pais, que conociese perfectamente su tipografía con objeto de evitar que le atisbasen las centinelas avanzadas que el enemigo colocó de trecho en trecho.

Por otra parte, el encargado de esta mision era necesario que fuese un soldado fiel, valiente y dispuesto á morir, si el sacrificio de la vida era necesario al buen éxito de la empresa. El resplandor de la hoguera podia llegar al campamento de los ingleses, y entonces ¡desgraciado el temerario cuyas manos hubiesen encendido la funeraria llama! Lewson vacilaba en la eleccion de uno de los muchos entusiastas que se ofrecian voluntariamente á tan glorioso peligro, cuando un anciano llamado Dick salió de las filas, y descubriendo su pecho cubierto de recientes cicatrices: «Mis heridas, le dijo te indican que todavia tengo bastante fuerza y corazon para defender los intereses de mi pais; hasta ahora jamas he ahorrado la vida, y mientras una gota de sangre circule por mis venas seré todo de mi patria, pero si tú crees que mi entusiasmo y mis servicios me hacen acreedor á alguna recompensa, una sola te pido, no mas que una, te pido, que escojas para dar la señal á mi único hijo, á mi querido John..... Criado en estas montañas, conoce todos sus andurriales y desfiladeros.... Es valiente, pues es hijo mio, y es fiel pues es americano.»

—¡Parta pues! dijo Lewson dando la mano al viejo republicano, y el jóven militar, objeto de tan gloriosa distincion, se acercó para recibir órdenes de su gefe.

Pasados algunos minutos se alejó, y sus compañeros de armas le siguieron con la vista, hasta que hubo desaparecido en las tortuosas encrucijadas del camino. Pero pasó la noche entera sin que ninguna luz iluminase la cima de la montaña. El anciano padre sentado en el suelo junto á su comandante, y con la frente apoyada en ambas manos, de cuando en cuando levantaba la cabeza, y mirando el horizonte exhalaba un triste suspiro.....

Cuando amaneció levantóse apesadumbrado y dijo, á Lewson:

Mi hijo murió sin duda cumpliendo su deber..... ¡yo no le lloraré!..... ¡le vengaré!

Pero acabó apenas de pronunciar estas palabras, cuando Lewson lanzó un grito de sorpresa. Dos soldados que habia mandado de descubierta volvian con John que temblaba y que venia con el semblante pálido y los ojos bajos.

—¡Dios mio! esclamó Lewson ¡Dick!..... ¡has tenido miedo!...

—¡Perdon, padre mio! dijo el desgraciado cayendo de rodillas, ¡perdon! Al dar la vuelta por el pequeño valle que yo creia solitario, los he hallado... eran ellos... amenazadores y numerosos... ¡y yo estaba solo! ¡Oh! en aquel momento el recuerdo de los espantosos suplicios que han hecho sufrir á los espias que han caido en sus manos, ha asaltado mi memoria, y... á pesar mio... he....

—¿Has huido? dijo Lewson.

—¡Maldito seas! esclamó el anciano con acento de furor.

—¡Padre mio!

—¿Has huido? repuso Lewson, y tu cobardia ha mostrado á los ingleses el camino que debian seguir para llegar hasta nosotros.

—Mi comandante, dijo el anciano Dick tembloroso y desesperado, mi hijo ha menoscabado el honor y el nombre de su padre, pero yo borraré esta mancha, y á pesar de mi debilidad, esta noche le reemplazaré é iré á la montaña...

—¡Esta noche! dijo un soldado agitando la cabeza ¡dichosos si durante el dia podemos evadirnos del plomo y de las bayonetas inglesas!

—¡Maldicion! exclamó Lewson! y es ese miserable, ese cobarde quien nos ha vendido! Póngansele guardias de vista, y que el hueco de este peñasco le sirva de cárcel hasta que llegue la hora de castigarle como merece.

—¡Cobarde! infame! murmuró Dick, con un acento tan bajo que apenas se le podia oir.

En seguida levantándose bruscamente dirigió á John una mirada fulminante, y dijo con voz terrible:

—¡Este miserable no es hijo mio! ¡maldito sea, y lave con su sangre el oprobio de su vida!

El jóven encorvó su frente bajo el peso de esta fatal imprecacion!

Los testigos de esta triste escena guardaban todos un religioso silencio. El anciano permaneció inmóvil y abismado en su dolor.

Pasaron algunos minutos.

De repente se vió un raro espectáculo. John habia levantado la cabeza, sus pálidas megillas se inflamaron súbitamente, sus ojos lanzaban centellas, y un orgullo varonil se veia pintado en su semblante.

—Padre mio, esclamó con firmeza, vuestro voto se cumplirá, pero mi último suspiro borrará la injuria de vuestra maldicion.

Lewson habia conservado la esperanza de que el enemigo no descubriria su retirada, y no le atacaria en el mismo dia, por lo que resolvió cargar contra él durante la noche, mientras que las tinieblas sirviéndole de ausiliares ocultarian su pequeña columna y aumentarian el desorden. Mandó formar sus compañeros, y les ecsortó á vender caras sus vidas si no podian abrirse paso. Los soldados carecian de víveres, pero la esperanza de la victoria alentaba su valor y sus fuerzas. Durante el dia permanecieron estos valientes en el fondo del bosque, aguardando sin cesar la llegada de los ingleses y la muerte suspendida sobre sus cabezas: aquello era á la verdad la víspera de los condenados. Llegó la noche; Lewson que habia reflecsionado detenidamente acerca de la suerte que aguardaba á John, mandó conducirle á su presencia; pero ¡cual fué su sorpresa al advertir que el preso habia desaparecido! En el fondo de la roca habia un angosto agujero que John habia ensanchado y que favoreció su evasion; pero rastros de sangre y despojos de ropa atestiguaban los dolores que el infeliz habia sobrellevado para evadirse, sin que un gemido ni un suspiro llamase la atencion de las centinelas.

A esta noticia Dick permaneció inmóvil; un pensamiento horrible cruzó por su imaginacion; si habrá desertado, se decia si habrá ido á revelar al enemigo el secreto de la retirada!... Pero esto en un hijo suyo era imposible, y esto le infundia aun alguna esperanza. Lewson se estremeció al saber la desaparicion de su prisionero, porque concibió el mismo pensamiento que Dick. Dirigió una mirada al anciano, cuya sombria desesperacion le causó lástima, y no quiso con reconvenciones inútiles aumentar su dolor... En aquel momento se oyeron dos tiros de fusil, que fueron retumbando y prolongándose de peñasco en peñasco... Todos los soldados se levantaron precipitadamente: todas las miradas se dirigieron á la montaña. Un silencio profundo sucedió á aquellos tiros. Lewson, temiendo una traicion, resolvió adelantar la hora del ataque, y dió inmediatamente la órden de marchar. Pero de repente un fuego rápido y al parecer alimentado por una vasta hoguera levanta al cielo su viva y brillante llama! Era en el mismo lugar que en la víspera se habia designado á John..... El corazon del jóven oficial palpitó con violencia agitado por la esperanza y el temor. ¡Si sus compañeros ven aquella llama, se salva!... En aquel instante la luna se levantó pacífica y serena detras de los copados árboles, y con su blanca luz bendecia al parecer á los denodados republicanos.

Camaradas, esclamó Lewson, si el corazon no me engaña, la hora del triunfo se acerca, y con ella el último momento de nuestros opresores.

Sin embargo, la hoguera continuaba, y al resplandor de la luna se vió correr á un hombre; pero su marcha era designal y entrecortada, de cuando en cuando se paraba, la cabeza se le caia hácia atras y se ponia la mano izquierda en el pecho, despues volvió á correr como movido por una fuerza superior; se iba acercando, y con un esfuerzo convulsivo y desesperado logró caer á los pies del oficial..... ¡Era John!... Lewson se inclinó hácia él!

—Mi oficial, dijo el pobre soldado con voz débil, soy yo..... y estendió hácia el fuego su mano izquierda, la única que tenia libre, porque su brazo derecho estaba magullado y lo sujetaba con el cinturon, soy yo.. ¿veis.... alli?... el fuego?... Pero los ingleses me han visto; una bala me ha herido... y herido como estoy pude escaparme... y llegar alli...! á las tiendas de campaña inmediatas al monte... no pude ir mas lejos... he encendido la hoguera con mucho trabajo, porque mi mano derecha no podia sostener el eslabon para hacerle despedir una chispa... pero he dado una noble prueba ¿no es verdad, mi oficial? Despues volvia... muy dichoso por haber reparado mi falta... y... cumplido mi deber, cuando al cruzar una vereda!...

Se puso la mano sobre el corazon, inmediatamente se quitaron sus vestidos empapados en sangre. Dos anchas heridas habian abierto su pecho!... Dick cayó á su lado de rodillas, queriendo sostenerle y socorrerle:

—Mi oficial, dijo John con una voz moribunda, me perdonais?

—¡Valiente soldado! dijo Lowson enjugando una lágrima.

—¡Oh! gracias... repuso el moribundo esforzándose por última vez en levantarse para alcanzar la mano que el oficial le tendia... ¡Gracias!... mi oficial ¡no soy un cobarde! ¿no es verdad?... Y vos, padre mio, ¿me maldecis todavia?

—¡Hijo mio! pobre hijo mio! esclamó Dick con un acento desgarrador...

Un cañonazo procedente del ejército americano anunció que se habia visto la señal...

Lewson se levantó.

—¡Salvado! esclamó con alegria.

—¡Muerto! dijo el anciano Dick, dejando caer tristemente la mano de su hijo.

—¡Oh! le haremos unos funerales sangrientos, repuso Lewson! ¡A las armas, camaradas!

Al dia siguiente los americanos ganaron la batalla de Princetown.

J. S.

Higiene.

INCONVENIENTES DE LOS CORSÉS MUY CEÑIDOS.



Aunque los grabados que insertamos presentan detalles anatómicos cuya vista podrá parecer á algunos repugnante, sin embargo los hemos adoptado atendiendo al objeto de utilidad y aun de moral que encierran.

Las figuras 1.ª y 2.ª representan un bosquejo de la Vénus de Médicis, justamente considerada como una de las mas perfectas espresiones de la belleza de una muger; el esqueleto deja ver los huesos en su posicion natural.

1.ª



2.ª



Los trazos de la figura 3.ª representan una señorita que ha querido ser delgada á pesar de la naturaleza, y al efecto ha encajonado su talle en un corsé; la figura 4.ª manifiesta la triste disposicion de su armazon huesosa.

3.ª



4.ª



A la verdad que el último dibujo deja en el alma melancólica impresion. Respiracion embarazosa y frecuente, palpitaciones de corazon, sangre mal renovada, y por consecuencia debilidad de los órganos, inflexion de la espina dorzal, y desarreglo del talle; digestiones penosas, y por último enfermedades pulmonares; he aquí algunos inconvenientes de los corsés muy ceñidos. Ocultaremos á nuestras lectoras otros pormenores; los grabados las hablarán con bastante claridad: añadiremos, sin embargo, que solo abogamos contra el uso de los corsés demasiado estrechos, al mismo tiempo que reconocemos las ventajas de esta parte del tocador, para dar al cuerpo un aspecto conveniente é impedir se contraiga la costumbre de posiciones defectuosas, supliendo de este modo en las jóvenes los ejercicios gimnásticos tan agenos de su sexo.

Permítasenos declarar del modo mas cumpido y respetuoso que las mugeres están en el mas completo error si creen aumentar sus gracias naturales cuando dan á su talle una estrechez y al mismo tiempo una débil apariencia que no puede mirarse sin compasion. Belleza y salud son dos cualidades íntimamente unidas. Un talle sumamente delgado forma un estraño contraste con el resto del cuerpo; bajo la bárbara compresion de la ballena ó del acero, pierde la movilidad y gracia que le dan toda la espresion, porque la animacion y la vida parecen yertos bajo aquellas mecánicas armaduras, y solo se manifiestan por un movimiento maquinal semejante al de un autómata movido por el vapor. Y por último, las madres no son responsables hácia sus hijos de la vida que les dan? ¿No temen trasmitirles una salud debilitada? Es verdad que emplean los mas preciosos años de su vida cuidándolos en la cuna; pero si por estos sacrificios á que se condenan llenan su deber de madres, ¿podrán rescatar el vicio de constitucion que dolorosamente les dejan por herencia?

(S. P.)

MARGARITA.

Novela bretona.

Margarita tenia diez y ocho años cuando con la muerte de su pobre padre, pescador en las costas de Carnac, perdió su último apoyo. Huérfana, y sin mas recursos que el trabajo de sus manos, fue á buscar un acomodo en la ciudad de Vannes.

Entró á servir á una señora de distincion, casi de su misma edad, y casada hacia seis meses á lo mas.

Llamarémos á aquella señora la marquesa de Chenneguy, en la relacion de esta aventura, cuyo fondo es exactamente histórico.

Era el año de 1795, despues del terrible acontecimiento de Quiberon, el jóven y valiente de Chenneguy no habia podido resolverse á acogerse á la amnistía concedida por el general Hoche. Huía, mas siempre combatiendo ante las columnas móviles, destacadas en todas direcciones en persecucion de Charette.

Júzguese cuales serian las mortales inquietudes y angustias de la marquesa. Sin consultar mas que á su cariño, seguia de castillo en castillo, y de uno en otro caserío, las marchas del derrotado ejército vendeano.

Concluia apenas el invierno, era el mes de Marzo, y los celages parduscos y sombríos daban paso con dificultad á algunos pálidos rayos del sol. Acababa de darse una accion reñida en la aldea de la Chauvriere, y la afligida marquesa no dudaba un momento que su esposo se hallase empeñado con la columna del ayudante general Travot, cuyos oficiales superiores habian tomado el desayuno la mañana antes en su compañía, en San Cristobal del Ligneron.

En vano habia intentado la marquesa ocultarles la posicion del ejército vendeano; la columna nacional partió en la direccion que debia seguir, y el humo que se descubria hácia los bosques de Froidfoud, unido á algunos tiros que se hicieron oir distintamente á la entrada de la noche, dieron á la marquesa la certidumbre del combate y sus funestas consecuencias.

Margarita participaba del dolor de la marquesa; y, tan fiel como generosa, llevaba hasta el fanatismo la adhesion á su ama y á sus opiniones políticas.

—Señora, la dijo sin poder contener su emocion, dirijámonos hácia la banda de Grestiere: alli estaremos media legua mas cerca de ellos, y tal vez veremos llegar algun herido que nos dé noticias.

Y sin esperar la contestacion de su señora, la hizo apoyar en su brazo y la condujo á través de la maleza.

Al ver pasar aquellas dos blancas figuras deslizándose por entre los árboles, tocando ligeramente la tierra, iluminadas por los últimos crespúsculos del dia, y sueltas y ondeantes al viento sus negras cabelleras, se las, hubiera podido creer dos profetisas galas que se dirigian á revelar sus oráculos desde lo alto de alguna roca druídica.

Las sombras cubrian ya con su negro manto la floresta, cuando llegaron á un sitio despejado de ella, en que debia ofrecerse á los ojos de la marquesa el mas doloroso espectáculo.

Sobre una camilla llevada por algunos granaderos, yacia del todo desfigurado por

sus heridas un hombre á quien distinguian las insignias de los gefes vendeanos. Margarita, que se habia adelantado, retrocedió y se dirigió corriendo hácia la desconsolada marquesa para conducirla á otro punto y evitarle aquel deplorable encuentro; mas ya era tarde: la marquesa habia reconocido el uniforme y la banda ensangrentada de su esposo, y habia caido desmayada.

La captura ó la muerte de un gefe breton eran sucesos importantes en aquella guerra, y esta circunstancia esplica la consideracion y cuidado con que la compañia de granaderos conducia un cuerpo cuyo trage é insignias revelaban su graduacion.

Margarita se habia detenido á un lado del camino en un estado de completo estupor é inmovilidad; tendia de vez en cuando los brazos y dirigia sus miradas hácia el bosque, como si esperase la llegada de alguna persona que debia reunírsele. Habíanla rodeado algunos aldeanos, que preguntaban á Margarita por la causa de aquel acontecimiento. Aquella, habiendo podido entender algunas de sus palabras, les dió el nombre y la direccion de una posesion de la marquesa, distante seis leguas de aquel sitio, y juntando las manos con acento solemne pero resignado esclamó:

—Pobre señora! veamos si soy tan desgraciada como ella! y se dirigió precipitadamente hácia el lugar del combate.

El resto del batallon se alojaba entre tanto en la aldea para pasar la noche. El facultativo rehusaba asistir á la señora indispuesta, hasta haber curado á los heridos de su cuerpo, y el párroco del lugar acompañado de algunos paisanos se trasladó cerca de la marquesa que aun continuaba privada de conocimiento.

El buen eclesiástico preparaba por el camino los consuelos cristianos que se proponia ofrecer á la desdichada viuda; pero júzguese de su sorpresa, y aun diremos de su indignacion, cuando al entrar en el aposento del meson en donde se hallaba la señora de Chenneguy á quien creia entregada á las convulsiones de la desesperacion, la vió sentada al lado de una buena chimenea, y atacando el segundo alon de un pollo asado que delante de sí tenia sobre una mesa.

La espantosa impresion que ha recibido, dijo para si el cura, debe haber trastornado sus facultades mentales.

Sentóse pues, y la contempló largo tiempo con cierto interés sincero mezclado de la mas grande compasion.

Entre las personas de la casa que iban y venian, se observaba detras de la señora, que cenaba con el mejor apetito, un jóven de fisonomia agradable, que era el que la servia. El párroco lo reconoció por haberlo visto en Vannes, en clase de criado del difunto marqués. La de Chenneguy le dirigia la palabra con una afabilidad inconcebible, y el bueno del cura á quien se ocurrian las ideas mas estraordinarias, se esforzaba inutilmente en desecharlas; pues á medida que escuchaba á la señora discurrir con calma y entero juicio, no creia en la locura que él habia supuesto en un principio.

Pero cuando la marquesa le preguntó tranquilamente y en tono jovial si queria acompañarla por la mañana al pueblo inmediato á fin de comprar su trage de luto, el eclesiástico no pudo contenerse; levantóse con el corazon oprimido para despedirse de una muger tan insensible, por no decir otra cosa, y acusóla interiormente de una hipocresia odiosa, al reparar que cuando entraba alguien en la habitacion, cubria con un pañuelo sus ojos enteramente enjutos.

En aquel momento avisaron al párroco, que se reclamaba el ejercicio de su ministerio para una confesion de importancia. La urgencia del caso no le dió tiempo para leer una carta que le habian entregado.

Llegado á su casa, encontró en ella, no un herido como se habia figurado, sino á Margarita. Hallábase esta de pie en el centro de la habitacion y fijas sus miradas sobre un sombrero atravesado de varios balazos, y rodeado de una tira de muselina blanca ensangrentada. Detúvose el anciano, Margarita no lo vió, y continuó su muda contemplacion. Levantaba á veces el sombrero á la altura de la cabeza de un hombre, lo saludaba con una afable sonrisa amorosa, como si se hallase en presencia de su dueño, y añadia despues con voz apagada:

—Sí, tú eres, Andrés!

Era tan doloroso su acento, tan enérgico el movimiento de su brazo, y tan llena de expresion la ardiente mirada que fijaba sobre el funesto objeto cada vez que repetia aquel movimiento convulsivo, que el buen sacerdote dió libre curso á su llanto.

Oyólo Margarita.

—Si teneis piedad de mi alma, me confesareis al momento, señor cura, le dijo.

—Al instante, contestó, al instante, pobre criatura cuya desgracia adivino! Estoy

pronto á escucharos en confesion.

Acercóse Margarita respetuosamente.

—Yo hubiera querido, dijo, confesarme en la iglesia, mas aqui puedo arrodillarme como delante de un altar; y al decir esto colocó religiosamente el sombrero sobre una cómoda y se arrodilló ante aquel símbolo de dolor, en tanto que el sacerdote tomaba asiento, guardando el mas profundo silencio. Margarita prosiguió:

Dios perdone mis culpas, padre mio! mas nada tengo de que arrepentirme. A la muerte de mi pobre madre cayó mi padre enfermo; Andrés se ofreció á trabajar por él, y diariamente salia á la mar con nuestra barca pescadora. Andrés me queria y no se atrevia á decírmelo, porque nos estaba manteniendo; pero yo lo sabia muy bien, y lo queria mas que él á mí.

Cuando mi padre fué á unirse á su esposa en el cielo, Andrés vino á trabajar á Vannes para estar mas cerca de mí. Un año despues me dió un anillo de plata; que vos, señor cura, habiais bendecido. Asi pues, quedamos prometidos.

Cuando los revolucionarios entraron en el pais, Andrés conoció á M. de Chenneguy, y un dia me dijo: «Margarita, una vez que estás dispuesta á acompañar á tu ama, que se propone seguir los pasos de su marido, yo no seria todo un hombre, si no siguiese al marques que me ha admitido á su servicio." Andres me manifestó su contrato, y yo le dí..... (aqui la falta la voz) yo le dí el pañuelo blanco de muselina..... que llevaba al cuello, porque era Domingo..... miradlo ¡ah! bien lo conozco!

Pasó un momento sin que Margarita pudiera continuar.

—Marchó pues; y yo me informé de cuanto pasaba en esta terrible guerra, porque solo pensaba en Andrés. La señora marquesa ignoraba mi amor, y admiraba mi celo en servirla. Entre tanto yo queria á Andrés cada vez mas, á medida que pasaba el tiempo, que aumentaban los peligros y las desgracias de la causa vendeana.

Acúsome, pues, señor cura, de orgullo, porque Andrés se habia distinguido tanto, que no podia menos de lisonjearme. Se hablaba de él en todas partes. Decian que habia mostrado tanto acierto y valor que el marqués lo habia hecho su edecan, y yo creia no poder quererlo mas, pero me desengañé bien pronto.

Aun tengo que decir otra falta mas grave.

Andrés no era ya un simple paisano, era nada menos que un oficial; habia dado pruebas de valor, era buen mozo, y se habia hecho célebre. Una vez contaron en mi presencia que una señora rica le habia propuesto el casarse con él; entonces perdí el juicio y fui á buscar á una hechicera que conozco y que sabe decir la buena ventura.

Aquella muger me dijo, despues de haberme escuchado, que veia mi suerte futura, y que antes, ó despues de mi muerte me uniria algun dia á Andrés. Para esto, no es verdad, señor cura, que no era menester ser hechicera? Me aconsejó despues que asegurara mi union con Andrés, vivo ó muerto, por medio de un sortilegio que ella me enseñó y cuyo uso le prometí.

Por la noche cuando Andrés vino á despedirse porque se marchaba á campaña me manifesté tan cariñosa y tan recelosa al mismo tiempo de perder su amor, que Andrés no sabia cómo hacer para tranquilizarme: entonces yo le tomé de la mano y lo llevé á la fuente de Chenneguy.

Yo tenia una cruz de fresno colocada á la cabecera de mi cama, y habia dormido debajo de ella, como me habia dicho la hechicera. Al llegar á la fuente eché la cruz en el agua para santificarla; puse en ella mi mano derecha; y Andrés, despues de varias súplicas, consintió en darme la suya teniendo la cruz agarrada con nuestros dedos. En seguida repitió, despues que yo, esta fórmula precedida de un *Padre Nuestro* y *Ave María*: «Yo, Andrés, declaro: que en esta vida no tendré mas esposa que Margarita; y si uno de los dos llegase á faltar antes del matrimonio, el que sobreviva no tiene mas que llamar á la muerte el último dia de la Luna llena, llevando esta cruz en la mano derecha, y el difunto ó la difunta, con permiso de la Vírgen, se aparecerá inmediatamente, y unirá su mano derecha á la del vivo. Amen.» Andrés accedió con repugnancia á aquella ceremonia, y concluida que fue yo lo abracé por la primera vez en mi vida.

Tengo muy presente, que al separarse de mí, me dijo: «He hecho para tranquilizarte cuanto de mí has exigido, Margarita; pero la mayor seguridad para una jóven es su virtud y la palabra de un hombre honrado."

Ahora, señor cura, os pregunto si creeis que la hechicera me dijo la verdad, y si

puedo llamar á Andrés en la primera luna llena, yendo á la fuente del patio del castillo de Chenneguy? porque si no tengo una seguridad de que Andrés ha de venir á quererme, voy á unirme inmediatamente á él arrojándome al agua, de cuya resolucion nadie seria cápaz de disuadirme.

El anciano se conmovió al contemplar la desesperada exaltacion de la jóven, y la resolucion que se revelaba en sus centellantes miradas. Tomó pues el partido de no contrariarla abiertamente.

—La misericordia de Dios es grande, hija mia, y su poder infinito; puede permitir el milagro que esperas; debes esperarlo con paciencia durante algunas lunas, y entre tanto ven todas las semanas á hablar conmigo.

Despues de esta exhortacion hizo conducir á la jóven al sitio en donde se hallaba la marquesa.

Una vez solo el sacerdote, comparaba la sensibilidad de Margarita con la increible indiferencia de la señora de Chenneguy, y esta comparacion le hizo recordar la carta que le habian entregado: procedió á su lectura, y la sorpresa que su contenido le causara fue tan agradable como imprevista.

Hé aquí la carta dirigida á la marquesa:

«Querida mia: recibe al hombre encargado de poner esta en tus manos como á mi hermano y libertador. Debo la vida á su valor en primer lugar, y en segundo á su astucia. Solo me quedaban unos veinte hombres decididos á perecer conmigo; la columna republicana se reforzaba por momentos, y nos veiamos perdidos. Señor marques, me dijo Andrés, no tenemos retirada?—Asi es.—Nos falta la pólvora?—Cierto.—No nos dan cuartel?—Seguramente.—Pues entonces, si quereis, aun podemos salir de este apuro.—Y cómo?—Por medio de una estratagema.—Cuál?—Voy á desnudar á aquellos dos pobres paisanos que veis alli muertos; mirad, el uno tiene vuestra talla, le pongo vuestros vestidos y al otro los mios, tomamos los suyos que son bastos y groseros... el enemigo solo busca á los gefes... los paisanos sin armas ni bandas blancas escapan fácilmente, os creerán muerto, y llevarán en triunfo vuestro cadáver. Diciendo estas palabras acaba de desfigurar un pistoletazo la cara mi representante.

«Nuestra empresa ha tenido el mas feliz éxito; mas no bastaba salvar mi vida, era preciso no comprometer la tuya. Yo sabia que te hallabas á la inmediacion del sitio del combate, y la noticia de mi muerte habria puesto en peligro tu existencia. Andrés se ha encargado de llegar hasta tí con esta carta; disfrazado yo de paisano breton, pasaré esta noche y la inmediata por las granjas cercanas. Andrés te informará de mis ulteriores proyectos. Adios, tranquilízate, no manifiestes un dolor estremo, nada de imprecaciones ni amenazas, tal vez de ese modo conseguirás que te dejen nuestros bienes! y que una viuda rica pueda inspirar la especulacion de un casamiento á algun valiente republicano que por de contado protegerá mi castillo. Te deseo felicidades.

P. D. «Has salir inmediatamente á Andrés para París, á fin de que llegue á tiempo de que mi buena madre oiga riéndose la noticia de mi muerte cuando se dé en los papeles públicos.»

Esta carta esplicaba la jovialidad de la marquesa, consecuencia natural de la certidumbre que tenia de la salvacion de su esposo, su aparente tranquilidad, con la que preparaba de antemano su papel de viuda bastante contenta de serlo; la presencia de Andrés que la servia á la mesa, y la partida de aquel para París, segun las órdenes del marqués. Solo faltaba una cosa que desgraciadamente aun no habia podido hacerse, y era tranquilizar á Margarita. Andrés habia pensado en ello: un aldeano enviado por él, debia asegurarla acerca de su existencia, mas el mensagero fue sorprendido por las tropas republicanas, y muerto en el bosque: su misma sangre manchó el sombrero que llevaba, y que Margarita habia encontrado por acaso.

—Mañana, dijo el párroco entre sí, iré á curar el espíritu enfermo de aquella pobre niña. En vano habia formado aquel proyecto; los paisanos heridos que ocupaban las granjas inmediatas reclamaron todas sus atenciones; y ya no volvió á ver á la marquesa, quien por la mañana temprano partió para su castillo.

Al dia siguiente, el sacerdote, debilitado por la fatiga y afectado del frio de las noches, cayó enfermo, y permaneció en cama algunas semanas, por lo que la pobre Margarita no pudo saber la verdad que la hubiera consolado, ni aun de boca de su ama, que ignoraba las relaciones de aquella con Andrés.

Entretanto guiado por su buena estrella

el amante de Margarita habia llegado á Paris; púsose en relacion con los padres y amigos de las familias del marques y de su esposa, é intrigó eficazmente para obtener el perdon de Mr. de Chenneguy, que no habiéndose presentado en la época fijada por el decreto de amnistia debia ser fusilado en el momento que fuese encontrado. La marquesa puso el mayor estudio en su conducta. Su castillo ofrecia un espectáculo único á los ojos de los admirados habitantes, en tal manera que solo atribuian al diablo las inconcebibles alteraciones que notaban hacia poco tiempo. El viejo conserje vendeano fanático y furioso, habia adoptado la escarapela tricolor despues de una conversacion de cinco minutos con la señora del castillo; ademas habia solicitado y obtenido la plaza de *maire* del distrito. La marquesa, por su parte, habia cedido algunas piezas bajas del castillo para hospital provisional de las tropas republicanas; manifestábase solícita y atenta para con el ciudadano Le Rableur, teniente de caballeria y comandante del destacamento acantonado en el pais. Por último, para completar el aspecto estravagante que ofrecia el castillo, se veia en él una viuda enlutada que reia alegremente bajo sus lúgubres crespones, en tanto que á su lado, una jóven que parecia no debiera tener pena alguna, se presentaba vestida de blanco, ornada de flores su cabeza, pero llorando sin cesar y como agoviada por el dolor que deberia esperimentar su señora.

El teniente Le Rableur, buen mozo, *bien plantado* como él mismo decia un poco mas enérgicamente, era afortunado en los bodegones y otros lugares semejantes; ajustábanse á su pierna todos los botines del batallon, y habia servido de modelo al tiempo de la conscripcion: tenia en fin una idea sublime de su persona. Asi pues, observando las atenciones de la marquesa, concluyó por imaginar que la castellana no amaba á su marido, y que en manera alguna le sería difícil el reemplazarlo conyugalmente.

Vemos, pues, que la marquesa mandaba casi despóticamente á las autoridades civil y militar de aquel canton. Favorecida por esta circunstancia hizo que el marques de Chenneguy viniese á ocultarse á un pabellon del castillo que le ofrecia un asilo bastante seguro, gracias á las precauciones referidas.

Llegó pues la luna de abril, cuyos últimos dias eran los señalados por Margarita para su sortilegio nocturno, y se preparó á él solemnemente. Sus pálidas mejillas se animaban á medida que se acercaba el momento de la prueba. Cualquiera que hubiese sabido la fatal determinacion de la pobre jóven, de suicidarse si contra sus deseos no acudia á su llamada la sombra querida de su Andrés, se habria enternecido al contemplar la triste alegria con que Margarita hacia sus secretos preparativos.

Pero la víspera de la prueba un accidente imprevisto debia cambiar el aspecto de las cosas, y complicar trájicamente la posicion de todos los personages de esta historia.

El teniente Le Rableur, seducido á su pesar por las gracias de la marquesa, vagaba distraidamente, ya bien entrada la noche, debajo de las ventanas de la habitacion de aquella señora. Le Rableur no amaba á la de Chenneguy: la suponia demasiado coqueta para consagrarla su cariño; mas le fascinaba la idea de un casamiento ventajoso. Con el objeto de complacer á la marquesa, el teniente habia solicitado el perdon de un pariente de aquella, de quien ni aun el nombre le habia dicho, creyendo positivamente que este favor, una vez obtenido como esperaba, contribuiria poderosamente al buen éxito de su proyecto de enlace. Vemos, pues, que la marquesa se valia de todos los medios y que solo la faltaba un poco mas de prudencia, cualidad que la abandonaba á proporcion que se aproximaba el buen éxito, que tenia por infalible.

Aquella misma noche, sin preceder precaucion alguna, la marquesa habia conducido á su esposo á un bosquecillo de floridos almendros, y en tanto que uno y otro respiraban con placer el ambiente embalsamado, la marquesa hacia á su esposo una exacta relacion de los pormenores que hemos manifestado, tales como que el ciudadano Le Rableur consentia en humanizar su patriotismo... que habia escrito á un tio suyo, hombre de valimiento, y antiguo miembro de la Convencion, á fin de que alcanzase el perdon de un proscripto, que no es otro que tú, dijo la marquesa dando una carcajada y abrazando á su esposo.

A estas palabras el ciudadano Le Rableur embutió completamente los dientes de la mandíbula superior en el labio opuesto, mas tuvo la suficiente serenidad para guardar silencio, presenciar las caricias de los dos esposos, y esperar á que se marchasen para salir del jardin.

Reprimiendo su cólera no hizo la menor manifestacion al dia siguiente; habia escrito á Vannes, y por la noche á la misma hora que la escena del dia anterior, debia hallarse vengado de su tremenda burla. Persuadido no obstante de que los aldeanos saldrian á la defensa del marqués al primer grito de alarma de su esposa, hizo armar secretamente á todos los convalecientes del destacamento. Durante el resto del dia representó para con la castellana el papel de falso realista, del mismo modo que el viejo conserje afectaba para con él, el de falso republicano.

Sonaron las once en el reloj del antiguo castillo. Margarita salió de su cuarto y se dirigió hácia la fuente que corria detrás de la muralla; llevaba en la mano la crucesita de fresno, talisman favorable, segun creia, para obtener su última dicha en esta vida, ó el principio de otra eterna en el cielo con Andrés.

Precisamente en aquel instante salia de su pabellon de Chenneguy.

Admiróse de ver dirigirse hácia la capilla una figura blanca, y mucho mas aun de oir una voz que dirigia sus plegarias al Eterno, esclamando: «Dios mio! no permitas que me vea precisada á darme la muerte para unirme á él, pues ciertamente es gran pecado. Ay Señor! que él no se olvide de su palabra!

Esto dicho, metió la mano en la fuente y gritó con voz alterada, no obstante, por el terror: Andrés!... querido mio!.. Andrés! yo te llamo!...

No pudiendo el marqués comprender aquella escena, se aproximó apresuradamente. Margarita corrió á su encuentro, y prorrumpió: «¿por qué tan solo?...» Levantando á continuacion sus desconsolados ojos hácia el cielo «Dios mio! añadió, no me amaba ya al tiempo de morir! Andrés, tú me oyes!...» y la infeliz introducia el brazo en la taza de la fuente como para dar mas fuerza á su invocacion!

—Ah! esto es hecho! se ha decidido la suerte de mi alma! dijo con voz aterrada, y brilló en sus manos la afilada hoja de un cuchillo.

Ya habia levantado el brazo para herirse cuando de repente la dejó caer desmayada, al mismo tiempo que daba un penetrante grito de alegria... Un hombre cubierto de polvo acababa de arrojarse á sus pies. Margarita cayó desvanecida antes de poder pronunciar una sola palabra. Era Andrés.

Este vió á Chenneguy que le presentaba su mano... Andrés estrechando á Margarita contra su seno, hizo al marqués una ligera seña con la cabeza.

—Habeis conseguido vuestro indulto, señor marqués? Vuelve, vuelve en tí! Margarita!... Soy yo!... es Andrés!... y rociaba con el agua de la fuente el pálido rostro de la joven.

—No estoy indultado, contestó el marques.

—Dios mio! esclamó Andrés; qué! el correo no ha llegado! ocultaos, pues! ocultaos. Oh! Margarita! Margarita! está helada! Margarita, escúchame!...

En aquel momento se oyó un estrepitoso ruido en la puerta principal del castillo. El sonido del clarin se unia al de las cajas y al de una confusa gritería. Bien pronto fue invadido el patio, y cercado el edificio: al mismo tiempo se presentó un ginete á la cabeza de la tropa, aquel era Le Rableur. Habiendo tomado el teniente las precauciones oportunas, se dirijió al comisario de policía que le acompañaba, y denunció al maire como enemigo de la patria, acusándolo al mismo tiempo de haber aceptado sus funciones para hacer traicion á la república.

Inmediatamente, el anciano conserje Plouix, se puso á dar palmadas en señal de alegria, y volviéndose á los aldeanos que corrian en tropel al ruido de los tambores:

—Si, si, es cierto! esclamó, ya lo habeis oido, el mismo oficial lo confiesa; sí, hijos mios! el viejo Plouix ha permanecido siempre hombre de bien; he obedecido á mi señora, y me he puesto esto, dijo señalando á su banda y escarapela que se habia quitado; y Dios sabe bien que prefiero ser fusilado como parece que va á sucederme muy pronto, á verme despreciado y detestado por vosotros! Y ahora que ya sabeis que soy siempre el viejo Plouix, que ha perdido sus dos hijos en esta guerra, es preciso que me ayudeis, queridos mios, á arrojar á esta gente, escepto los enfermos, en los fosos del castillo.

Los paisanos no hicieron el menor movimiento; toda resistencia era imposible. Plouix arrojó un sordo gemido, y ocultó su rostro entre ambas manos. En este momento abrió los ojos Margarita. Calculemos pues las diferentes sensaciones que debió producir en ella el espectáculo que se ofrecia á su vista. Se necesitaba una conmocion de aquella na-

turaleza para devolver á la razon su curso ordinario y fijar convenientemente su atencion, para hacerla comprender la verdad del caso.

En efecto; apenas hubo oido al teniente detallar en alta voz los medios de que se habia valido Andrés para salvarse con el marqués, comprendió de un golpe todos los pormenores del suceso. Se la vió entregada á una profunda reflexion, con una mano fuertemente aplicada á la frente, y estendida la otra hácia adelante, como señalando un objeto invisible para todos, pero adivinado por ella por medio de una intuicion sobrenatural.

—No, no, dijo mirando á la marquesa, apoyada sobre el brazo de su esposo, teniendo este la mano de Andrés entre las suyas, no: Dios no ha permitido cuanto ha sucedido para que perezcamos de este modo. Vos mismo no lo creeis, dijo al oficial que la miraba con atencion. No, esa muger pálida como un cadáver, y yo que por la gracia del cielo acabo de resucitar en este momento, no moriremos, y el mismo cielo que nos protege sabrá impedir la muerte de los que ha enviado para impedir la nuestra.

—Buscad... registrad... tal vez hallareis algo que ignorais... pero que yo tengo por seguro... os anuncio que no podeis tomar ninguna medida violenta.

El teniente profundamente conmovido, habia hecho descansar sobre las armas á su tropa, y aparentando severidad para con el conserje, cuya firmeza admiraba, tomó el partido de hacerlo pasar por loco, opinando por la simple destitucion de su encargo como indigno de servir á la república.

—Tanto mejor! prorrumpió el viejo Plouix alejando de si las insignias de maire, y que el pícaro que me reemplace se encargue de leer por mi el despacho de vuestro directorio: lléveme el diablo, si me mezclo en este asunto; y arrojó un paquete á los pies del oficial.

Recojiólo el comisario de policia, hizo una esclamacion y un gesto singular, mirando á los circunstantes y transmitió el pliego al teniente cuyo semblante se habia animado visiblemente.

Dirigióse inmediatamente á la marquesa, llevando militarmente la mano á su sombrero.

—Ciudadana, la dijo galantemente, mi consigna ha cambiado, y el diablo me lleve si de ello no me alegro en el alma; y leyó en alta voz:

«En nombre de la República Francesa una é indivisible.»

«El ciudadano Plouix, maire de su distrito, y conocido por su civismo (Le Rableur no pudo contener la risa), queda encargado de promulgar el mas ámplio y completo indulto concedido al marqués de Chenneguy y á su edecan, involuntariamente olvidados en la última amnistía.» Dado el año 5 de la República, el 10 floreal.—*Siguen las firmas.* Y... Atencion; por cuatro á la derecha, al trote, marchen, y desaparecieron inmediatamente Le Rableur y sus soldados.

Podemos decir que Margarita fue como iluminada por el cielo... Ah! casi en sus últimos momentos se vió afectada por emociones tan violentas y dolorosas, que debieron relajarse los resortes de la vida en aquella interesante criatura, dotada por el cielo de todos sus dones. Vivió no obstante un mes, y murió esposa de Andrés, segun habia deseado. Pobre criatura! creyó hasta el momento de su muerte que Dios hacia milagros en favor del amor! Bendiga el Altísimo aquella su inocente preocupacion!

En 1815, el teniente Le Rableur, despues de haber tenido parte en todas las guerras de la república y del imperio, habia logrado llegar á quedarse en el mismo grado de teniente que obtuvo al principio de la revolucion. El hijo del marqués de Chenneguy le hizo dar un buen retiro y el grado de capitan.

J. I.

LA CASA DE CORREOS DE MADRID.

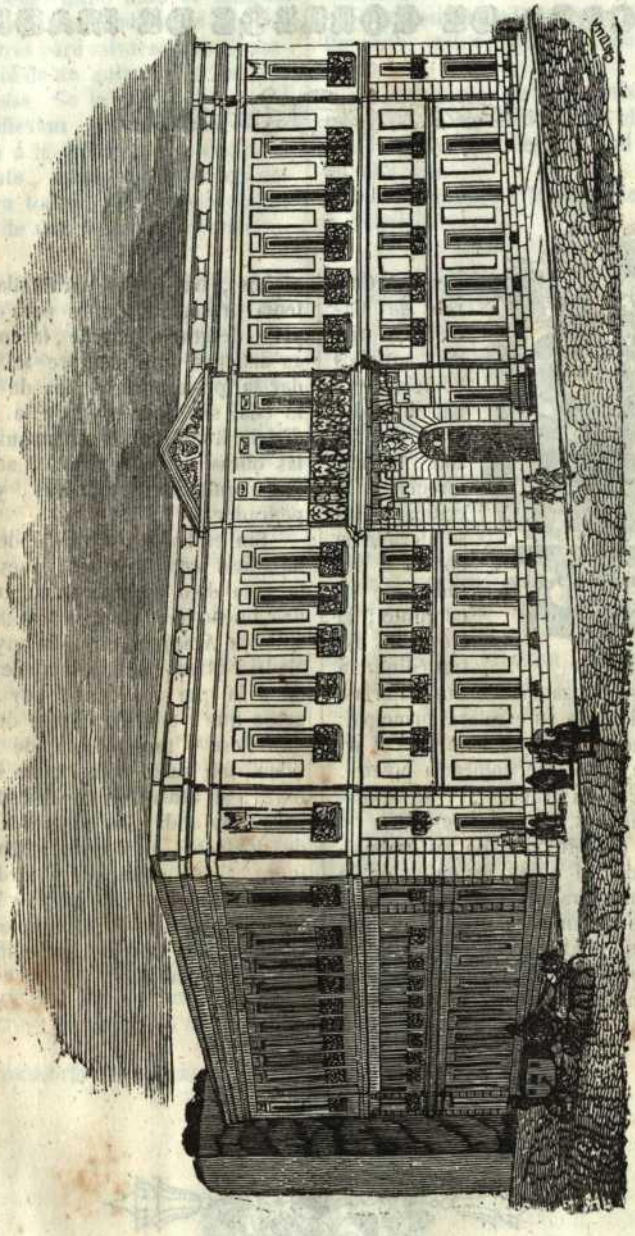


La casa de Correos de Madrid, es uno de aquellos edificios que han obtenido, y no sin razon, la preferencia de la crítica. Hase alegado en contra la pesadez de su conjunto; la elevacion estraordinaria del patio; la poca elegancia de sus galerías; la dudosa situacion de su escalera principal; hasta se ha dicho que esta se le olvidó al arquitecto, y que tuvo que colocarla postiza.

Este arquitecto era francés, y se llamaba D. Jayme Marquet. Trájole de París el Duque de Alba cuando vino de su embajada, y le trajo con el objeto de entender en el arreglo del empedrado de Madrid. Florecia por entonces en nuestra capital el mas aventajado de los modernos arquitectos españoles, el célebre D. Ventura Rodriguez, y parece que entre sus varios y magníficos planos, trabajados para toda clase de obras, tenia presentados unos para casa de Correos: pero desgraciadamente, la envidia ó la intriga artística que siempre le persiguió, hizo dar la preferencia á los de Marquet, por lo cual sin duda, y por la circunstancia de dirigir Rodriguez como arquitecto de la villa las obras del empedrado, se dijo entonces: «Al arquitecto las piedras, y la casa al empedrador.»

Sin embargo, no dejó de haber alguna injusticia con Marquet, pues no solo en esta casa dejó consignado su gusto mas ó menos bueno en arquitectura. Mucha parte del sitio de Aranjuez es obra suya, y dirigió en Madrid otras casas principales; mas volviendo á la que nos ocupa hoy, no puede negarse que, si bien carece de aquel carácter grandioso y monumental de un edificio público, tan vasto como debe ser el Correo general, si acaso en su distribucion interior no reune todas las comodidades que serian de apetecer, ofrece sin embargo en su conjunto cierta elegancia y órden, que unido á su considerable estension, y la situacion céntrica que ocupa en la famosa Puerta del Sol, le hacen ser uno de los edificios mas marcados de Madrid.

Del S. P.



Casa de Correos en Madrid.

NO HAY MUGERES EN PARIS!!

De una diligencia procedente de Bretaña saltó un dia al empedrado de Paris Sebastian Kerkabec, uno de los jóvenes mas interesantes del Morbihan.

Desde luego se notaba que una amarga melancolía lastimaba el alma del jóven provinciano: en sus consumidas facciones estaba grabado el sello de pesares violentos y roedores: en su frente pálida estaba escrito el dolor con sensibles caractéres. En la espresion de sus miradas, en los suspiros que se escapaban de su pecho, no era dificil adivinar que el amor era la causa de la afliccion y de los tormentos de aquel jóven, digno de mejor suerte. En efecto Sebastian Kerkabec tenia llagado el corazon, y venia á Paris para curarse de una pasion desgraciada.....

Al dia siguiente de su llegada, Sebastian, siempre doliente y triste, desplegó sobre una mesa las cartas de recomendacion de que venia pertrechado. Serian como una media docena, dirijidas á personas de distintas condiciones.

—Voy, pues, dijo entre sí, á entrar en campaña para conquistar la alegria, la salud y el olvido. Cada una de estas cartas me proporcionará un guia á través de ese mundo, en el que se me ha prometido que hallaria consuelos para mis penas, remedios para mis males. Concentremos pues todo nuestro valor para emprender y llevar á cabo esta curacion. Pero ya que de esto se trata, vamos ante todas cosas á ver al médico.

Sebastian alquiló un cabriolé para que le condugese á casa del doctor Saint Brice su compatriota. No fue pequeña su sorpresa al verse introducido en un delicioso gabinete, amueblado segun el gusto y moda del tiempo de Luis XV, con un lujo y una afectacion que hubieran hecho honor á la mas elegante esposa de un banquero millonario.

—Al momento será con vos el doctor, dijo un criado á Sebastian; está conferenciando con una clienta. En el ínterin, podeis ojear estos periódicos y albums.

Sebastian esperó una media hora antes de que Saint Brice saliese de su gabinete

—Tengo que pediros mil perdones, dijo el doctor cuando se presentó; estaba ocupado con Mlle.*** bailarina de la ópera, que no quiere bailar esta noche por razones diplomáticas, y tenia tanto interes en estar enferma, que no he podido rehusarle una consulta favorable á sus designios..... Pero á fe mia, continuó Saint Brice, que hubiera despachado mas pronto si hubiese sabido que érais vos quien me esperaba, Kerkabec. Un compatriota que viene recomendado por mi tio es para mí una fortuna, y me ofrezco enteramente á vuestro servicio. ¡Me dicen que se trata de una enfermedad de languidez! Perfectamente. ¡Una consuncion causada por los pesares! A las mil maravillas. Os trataré por el método homeopático, un sistema nuevo que he adoptado enteramente.

Pero esto no basta, la medicina, tal como nosotros la practicamos, no se limita á medicamentos simples y vulgares; la fisiologia desempeña un papel importante en nuestra doctrina, y sometemos á nuestros enfermos á un tratamiento moral. Vuestro mal es una especie de spleen, enfermedad escelente, muy fecunda en guineas para nosotros. Habeis hecho perfectísimamente en venir á Paris á quitárosla de encima. Paris abunda en recursos contra el fastidio, especialmente para un hombre de vuestra edad. Es preciso que os violenteis, que os divirtais, á pesar vuestro, es preciso frecuentar espectáculos y fiestas, gastar mucho dinero y usar y abu-

sar de todos los placeres. Vuestra salud ha de estar en alguna parte; con que, buscad! Verdad es que no es muy fácil, porque únicamente las gentes tranquilas y sin cuidados son accesibles á la alegria; asi pues, para guiaros por esta senda de curacion, es preciso que yo conozca la causa de vuestros pesares. Hablad sin miedo; un médico es un confesor, y vuestro secreto será fielmente guardado.

—Ah! contestó Sebastian; qué interés he de tener en ocultar mis penas? Un amor desgraciado me ha puesto en el estado en que me veis.

El doctor miró á Sebastian con compasion y le dijo: Diez años ha que ejerzo, y todavia no he encontrado un caso semejante. Sois un fenómeno en nuestro siglo. Sin embargo, estoy muy lejos de desesperar de vuestra curacion. El tratamiento será tan sencillo como si tuviésemos que habérnoslas con alguna leve pena.

La homeopatía cura con los semejantes. *Similia similibus*: tal es nuestro principio fundamental. Amad, pues, á otra muger y quedareis curado de vuestro primer amor.

—Amar á otra muger como amo á Berenice! esclamó Sebastian. Para eso seria preciso hallar una muger como ella; hermosa, de talento, encantadora, que poseyese todas las perfecciones, escepto la constancia; me seria preciso amar á esa muger y ser amado, y despues vendido, y entonces dos heridas semejantes se curarian recíprocamente en mi corazon. Tal es, si no he comprendido mal, el método homeopático. Será á la verdad harto dificil, pero probaremos.

De casa del doctor, se dirigió Sebastian á la de su primo Anatolio de Amberny que ocupaba un lugar distinguido entre los dandys de la capital.

—Que demudado estás en tres años que no te he visto! esclamó d' Amberny contemplando el lastimoso semblante de Sebastian..... Es natural; un jóven dotado de algun talento no puede prosperar en una provincia, y te doy la enhorabuena de ese menoscabo que prueba tu buen natural. Pero una vez que te has trasladado á tierra fértil, verás cómo renaces en poco tiempo, y cómo retoña en tí la alegría. ¿Necesitas disipacion y placeres? aqui tienes donde escoger. Y luego, que dirigiéndote á mí, has caido en las mejores manos: con solo que me sigas...

Sebastian se dejó guiar y acompanó á d'Amberny al círculo de los elegantes. Jóvenes de todas edades y de todos matices, desde los veinte y cinco años hasta los sesenta, desde el rubio subido hasta el negro de azabache y el gris claro, se hallaban reunidos en salones espléndidos de dorados artesones.

El jóven provinciano fue recibido en calidad de estrangero y de adepto, y se le concedieron todos los derechos y favores de una magnífica hospitalidad. Tan distraido como curioso, admiraba Sebastian y escuchaba en silencio; pero á pesar de sus buenos deseos y de sus esfuerzos de atencion, se le escapaba á cada instante el hilo de la plática, y no podia entender una palabra de los abigarrados discursos de los dandys.

—¿Qué idioma hablan estos señores? preguntó á su primo.

—El anglo-frances, contestó este sonriéndose. Es el lenguaje á la moda. ¿Y cómo habíamos de poder tratar de caballos hablando de otro modo? Para adquirir un barniz de elegancia, debes aprender y saber recitar el vocabulario del *gentleman* parisiense. Es sumamente fácil, porque los barbarismos se toleran, y luego que, para empezar, podrás salir del apuro con un *pocket dictionary*.

Sebastian redobló su atencion y oyó pronunciar el nombre de Betsy con los mas apasionados elogios.

—Sin duda la beldad á la moda, dijo para sí; ¿quién sabe? ¡tal vez será ella quien haya de librarme haciéndome olvidar á Berenice!

—¿En qué piensas? le dijo d'Amberny. Dí algo, hombre, porque estás pasando por tonto.

—Tú te olvidas de que no sé una palabra de inglés. Pero dime, ¿quién es esa Betsy de que hablan estos señores?

—Betsy, es una hija de Fox.

—¿Del famoso Fox?

—Sí, pertenece á Lord S..... que no quiso últimamente cedérsela por 40,000 francos al conde de C...

—¡Cederla! ¿Qué estás diciendo?

—Venderla, si asi te place.

—Tú te chanceas, d'Amberny; no hay duda que los dandys parisienses no son muy escrupulosos; pero no creo que lleven la impudencia hasta el estremo de sancionar semejantes tráficos. ¡Vender á una muger!

—Calle! El quidproquo es original y tendria para reir una semana si no fueras mi primo: Betsy, amigo mio, no es una muger,

sino una yegua de carrera. Fox su padre, que lleva el nombre de un célebre orador, es un caballo padre famoso por las victorias que ha reportado en los hipodromos ingleses. Betsy debe correr esta mañana en el campo de Marte, se apuesta por ella tres contra uno, y yo he apostado 500 luises contra 100.

—Trescientos luises! pues eres muy rico; yo no te echaba mas de 15,000 libras de renta, como yo; porque nuestro tio nos dejó su fortuna en dos porciones iguales, y al recibir esta herencia ni uno ni otro teniamos nada, pero sin duda en cuatro años has aumentado tu fortuna.

—Por el contrario.

—Y cómo puedes sostener ese tren con 15,000 francos de renta.

—Vaya, está visto que no conoces el mundo en que te encuentras! Acaso te figuras que esta brillante sociedad está compuesta de las mas pingües fortunas de Paris? Veo que todos esos dandys que despliegan un lujo deslumbrador, son para tí grandes propietarios ú opulentos capitalistas. Qué error! Con mis cien mil escudos soy uno de los mas ricos de la sociedad. Nuestro mundo está lleno de misterios. Tenemos algunas docenas de jóvenes que penetran en las sublimes esferas de la moda, sin contar con un escudo y que no salen de ellas sin haber gastado un millon. El como se conducen, solo lo saben Dios, los acreedores y las víctimas. Cuando por casualidad se lanza en medio de nosotros un gran patrimonio, no tarda mucho en desaparecer.

Los treinta *fashionables* que ves en este salon, todos tienen carruages y caballos; no perdonan ninguno de los goces del lujo, y acaso entre todos no podrian comprarte tu hacienda del Morbihan. Sin embargo, uno de estos señores, aquel que está sentado junto á la ventana, ha apostado mil luises por Relsy. El de mas allá posee una pingüe renta que le proporciona el juego; y ha sabido edificarse un fuerte castillo de cartas con magníficas dependencias. El juego es su dominio, el azar le obedece; las cartas se lo han dado todo, hasta el título de baron que lleva pomposamente, y tres condecoraciones que adornan su pecho; albur de cruces que ha ganado á diversos secretarios de embajada. Tenemos algunos otros como él que son en nuestros dias la moneda del conde de Cagliostro.

Te agradezco en el alma, le contestó Sebastian con frialdad, que me hayas introducido en una sociedad semejante.

—Si no estás afiliado en ella, ni obtendrás la menor consideracion en los palcos de la ópera, ni tendrás partido con las mugeres á la moda, que verás mañana en las corridas de caballos del campo de Marte.

—Enhorabuena! poco me importan juego ni caballos; pero háblame de mugeres, porque el amor solamente puede volverme la vida.

—¿El amor, dices? ¡idea de provincia! no pronuncies ese nombre en voz alta y con esa espresion sentimental y melancólica, si no quieres que se rian en tus barbas. El amor, querido, ya no está de moda; la pasion por los caballos reemplaza á todas las demas en el corazon de un verdadero dandy, y apenas descendemos de cuando en cuando á algunas intrigas oscuras y pasageras.

Sebastian no acertaba á comprender tan estraña indiferencia: las costumbres de la juventud fashionable le causaban profunda sorpresa. Al dia siguiente se dirigió al campo de Marte en el tilbury de su primo, el cual le dijo señalando á una tribuna llena de damas lujosamente ataviadas:

—Hé alli nuestras *leonas*. Asi llamamos á las elegantes de primera clase. Mira, las hay muy lindas; ¿pero acaso encuentras alguna comparable con Betsy, que tenga una cabeza tan graciosa, una estampa tan elegante?

El jóven provincial no tendió sus miradas por todas partes. Vió hermosas damas, de continente resuelto y atrevidos ademanes; apuestos caballeros les hablaban con el sombrero encasquetado y el cigarro en la boca, y ellas contestaban con voz áspera en estilo anglo-frances. Hombres y mugeres se saludaban apretándose la mano, y conversaban con una familiaridad que admiraba. Ni una sola palabra galante se pronunciaba en aquellas conversaciones. Las *leonas* sabian la genealogía de los caballos de carrera, llamaban á los jockeys por sus nombres, y departian con ellos en términos de cuadra: se conocia que habian estudiado la anatomía del caballo, porque todas desplegaban una erudicion asombrosa. Llevaban ademas en la mano un librito de memoria en el que inscribian sus apuestas; seguian las corridas con mirada ardiente y ávida, y alli tenian concentradas todas las sensaciones de su alma.

—¡Ay! dijo entre sí Sebastian; d'Amber-

ny tiene razon. Se reirian de mí, si yo hablase de amor en esta sociedad maravillosa. Estas damas son verdaderos hombres: aquí no hay mugeres, no hay mas que caballeros; no es entre esta gente en donde he de encontrar la que ha de borrarte de mi imaginacion, ¡oh Berenice! ¡inocente doncella, que jamas puso en un estribo su delicado pie!

Sin embargo, no se dejó desanimar Sebastian por el poco éxito de esta primera tentativa; aun no habia visto mas que un lado de la sociedad parisiense, y podia hallar en otro sitio lo que no habia encontrado en el campo de Marte.

Sebastian se decidió á echar mano de sus cartas de recomendacion. Tenia una para un banquero poderoso, otra para un periodista acreditado, la tercera para un noble del arrabal de S. German, y por último otra dirigida á un pintor jóven.

Dió principio por el banquero, quien le recibió con todas las atenciones que merecia el ilimitado crédito abierto al jóven breton.

—Necesitais distracciones? le dijo el financiero: haced negocios; os llevaré á la bolsa y vereis como todos los que frecuentan aquella casa estan robustos, alegres y colorados. La caza de millones es un ejercicio saludable que fortifica la salud. Compradme caminos de hierro, rentas, carbon de piedra, y en poco tiempo notareis la mejoría!

Sebastian compró cuanto quiso el banquero, que encantado de su afabilidad y felices disposiciones, le convidó á un baile que daba aquella noche.

Allí se encontró Sebastian en presencia de las señoras mas considerables de la alta banca, de los agentes de cambio y del gremio de corredores. Bailó con una rubita muy graciosa, que le dijo despues de la primera figura:

—Sabeis, caballero, lo que se ha hecho esta tarde sobre españoles en el café Tortoni?

Sebastian que no la comprendia, contestó.

—No señora.

—No teneis españoles?

—Ni uno siquiera.

—Sois dichoso! Yo he tomado portugueses, y me pesa; porque son tan variables!

—Oh! el breton es mas constante, dijo inocentemente Sebastian.

—Qué estais diciendo, caballero? replicó la linda rubia con sorpresa... Ah! entiendo! hablais del camino de hierro proyectado entre Paris y Nantes. Se han emitido ya las acciones de ese camino? mi agente no me ha avisado.

—Qué torpe soy! pensó Sebastian; yo creia que esta dama me estaba hablando de sus amantes, y solo trataba de comercio y de industria!

Educadas por las reglas de aritmética, mecidas entre números, habituadas desde su adolescencia á someter sus mas tiernas sensaciones á cálculos positivos, las mugeres financieras, el primer negocio que hacen es casarse, y su vida continúa con el mismo tema. Sus maridos, para ocuparlas, las interesan en sus especulaciones; tienen el tres ó cuatro por ciento de las ganancias para alfileres; de suerte que siguen los movimientos de la bolsa con la misma pasion que las *leonas* á los caballos de carrera.

—Buscaba una muger, dijo tristemente Sebastian, y no encuentro mas que negociantes con faldas! Vamos á otra parte, porque en este mundo ambicioso no hallaré seguramente á la muger que debe reemplazarte, oh Berenice! tú que apenas sabes hacer una suma, y que has despreciado mis 15,000 libras de renta por otro hombre.

El periodista dijo á Sebastian:

—Quereis para distraeros, que os lleve á la academia? Puedo ofreceros billetes para todas las diversiones. A no ser que prefirais acompañarme esta noche á una reunion literaria; pero no os insto, porque se fastidia uno mucho con los hombres de genio.

—Y no asisten mugeres á esas reuniones?

—Sí: por desgracia la flor de nuestras literatas.

—Entonces iré.

—Buen muchacho! dijo el periodista riendo. Vamos á comer, y os llevaré al café inglés, y de allí á nuestra tertulia. No necesitais componeros; la literatura no gasta etiqueta, y las literatas no se asustan de un hombre de levita.

La reunion literaria era numerosa y brillante. Poco deseoso de conocer á nuestros célebres escritores, Sebastian se dedicó solamente á examinar á las literatas, por otro nombre llamadas MEDIAS AZULES; porque no es comun que las lleven muy blancas. Le pareció que estas damas estaban vestidas sin

gusto: su tocado presentaba una singular mezcolanza de colores mal casados; llevaban turbantes amarillos con vestidos encarnados, cinturones azules sobre ropas verdes, sombreros de plumas, y zapatos sucios. No tienen tiempo de ser coquetas, dijo para sí Sebastian, y continuó su exámen. Estas damas hablaban mucho y aprisa: ó mas bien no hablaban, sino que peroraban ó discutian con una especie de acrimonia ó encarnizamiento singular. A duras penas se pudo conseguir un cuarto de hora de silencio para oir leer á una jóven una composicion sobre *la continencia de Scipion*. A Sebastian le pareció que ni los versos ni la lectora valian gran cosa.

Sin embargo, distinguió en la asamblea á una muger bastante bella, sencillamente adornada de un vestido blanco y una trenza de perlas. Acercóse á ella, al mismo tiempo que otra señora de unos treinta años, cuya nariz prodigiosamente larga estaba adornada de un par de anteojos de cristal de roca.

—Como va de salud, querida? preguntó la de los anteojos.

—Mal, contestó la otra bostezando. Estoy horriblemente fatigada; pero no me quejo; he ganado 80 francos esta noche.

—De veras?

—Si, mientras mi esposo dormia, he hecho un folletin para el diario de Paris.

—Yo me he estado en la redaccion hasta media noche corrijiendo pruebas. Maldito oficio! Estoy resuelta á no trabajar mas que para el teatro. Y tu drama, en que estado se halla?

—No me hables de él, replicó la de las perlas, esos actores son insoportables, unas cabezas de piedra que tardan seis semanas en aprenderse un papel. El barba no sabe una palabra, y el galan á lo mejor se queda parado: por mas que trabajo en los ensayos no hay fuerzas humanas que puedan aguantarlos.

Cómo habia de tener lugar en estas conferencias la galanteria y el amor? Las literatas no admiten cumplimientos mas que acerca de su talento, de su imaginacion y de su estilo. No son accesibles á otras dulzuras que á las de la crítica y tienen una escribania en el lugar del corazon.

—Estas mugeres no son mugeres, son literatos, dijo Sebastian al periodista. Cuan diferentes de Berenice, que no sabe ortografia!

—Tampoco las *medias azules* la saben, contestó el periodista. Pero, y qué seria si os hubiera conducido á casa de algunas de esas que se titulan mugeres libres! Estas gastan pantalones, fuman toda clase de tabacos, y beben ponche como militares. Solicitan la abolicion del matrimonio y la igualdad de derechos y destinos, reservados hasta ahora al sexo mas fuerte.

—Misericordia! esclamó Sebastian; pero vos que por vuestra profesion debeis saberlo todo, ya que escribis en los periódicos, decidme, caballero, donde podré encontrar mugeres dignas de este nombre, ¿acaso en el arrabal de S. German?

—No lo sé, respondió el periodista, pues me son desconocidos tanto los habitantes, como las costumbres de aquel pais, no he pasado los puentes desde la revolucion de Julio.

En el dicho arrabal halló Sebastian, entre los escombros de una sociedad ya derrotada, algunas jóvenes que miraban con ceño lo presente, y echaban menos lo pasado, como las viejas; que soñaban futuras quimeras, llamando á grito pelado un porvenir que no debe traerles mas arrugas y cabellos blancos. Estas tales hablaban de política, y solo de política se ocupaban.

Desde lo mas elevado de la escala social bajó Sebastian entonces á las sencillas costureras; pero en ellas no encontró sino el reflejo de las clases superiores. Si se les habla de pasion, se rien en las barbas del apasionado. Sus amores no pueden durar mas de una semana. Las que vió Sebastian tenian algo de todas las demas mugeres que habia visto en otras partes: leonas y caballeras para galopar en los borricos de Montmorency; financieras para pagar un sombrero; literatas para redactar su correspondencia amorosa, y mugeres libres para reclamar toda especie de derechos y fumar en la pipa de los estudiantes.

—Ya solo me resta, dijo Sebastian, el acudir á la última carta de recomendacion.

En consecuencia fue á ver al artista, al cual le habia dirigido el mas íntimo de sus camaradas de colegio. Era este un jóven de mucho talento y de carácter abierto y bullicioso. Llamábase Arístides Montbrun. Sebastian le contó sus cuitas y sus petardos.

—No debeis desesperar aun, respondió Arístides: la providencia no abandona jamas á los corazones enfermos, y para los que

desean muger fue cabalmente para los que dijo el Evangelio: busca y hallarás.

A pesar de tan buenas palabras, no pudo menos Arístides de hallar muy estravagantes las confidencias, el estado y la triste cara de Sebastian: su compasion, verdadera y sincera en el fondo, no le quitó tampoco la gana de hacer un poco de mofa del paciente. Los artistas de nuestros dias son asi; y por muy escelente índole que tengan, no pueden resistir al atractivo de una broma á costa agena, algunas veces divertida y casi siempre cruel.

Arístides ofreció á Sebastian ponerle en camino de hallar la incomparable muger, objeto de sus inútiles pesquisas.

—Ven conmigo, le dijo, al mundo de las artes: allí estan las gracias seductoras y los corazones amantes.

El mundo de las artes era un baile de máscara, donde Sebastian fue embromado por un dominó color de grana, muy apetitoso. A sus ardientes ruegos, cayó la mascarilla, descubriendo una fisonomía encantadora. Pero este favor fue el único que obtuvo, y el gracioso dominó, despues de haber mostrado su cara, se deslizó ligeramente y se confundió entre la muchedumbre.

La homeopatía tenia razon. Al salir Sebastian del baile de máscara, sentia en su alma un gran consuelo á los pesares de una pasion desgraciada. Esto no podia llamarse amor; pero era una distraccion.

A la mañana siguiente interrumpió muchas veces los suspiros de su pecho para recordar la intriga de la noche: al otro dia pensó mas en ella, y tuvo la dicha inesplicable de hallar en las Tullerías á su dominó grana con vestido azul. Se acercó á ella, le dirigió la palabra; pero ella no quiso escucharle, y se contentó con decirle:

—Os escribiré.

En efecto, recibió una carta amorosa con esta firma: *Jenny*. En ella se le permitia contestar por el correo. Entablóse una correspondencia, en la cual hizo Jenny brillar todas las gracias de un talento superior y de la tierna elevacion de un alma poco comun. Sebastian confesó á Arístides que creia haber hallado la muger y la pasion que le recetara Saint-Brice. En todas sus cartas reclamaba el favor de una entrevista, y este favor se le concedió al cabo.

—«Acudid mañana al estudio de vuestro amigo, el pintor Arístides Montbrun, le escribia Jenny: le he elegido para que haga mi retrato: alli me encontrareis á medio dia.»

Por nada en este mundo hubiera dejado Sebastian de acudir á la cita. A las doce en punto entraba en el estudio de Arístides.

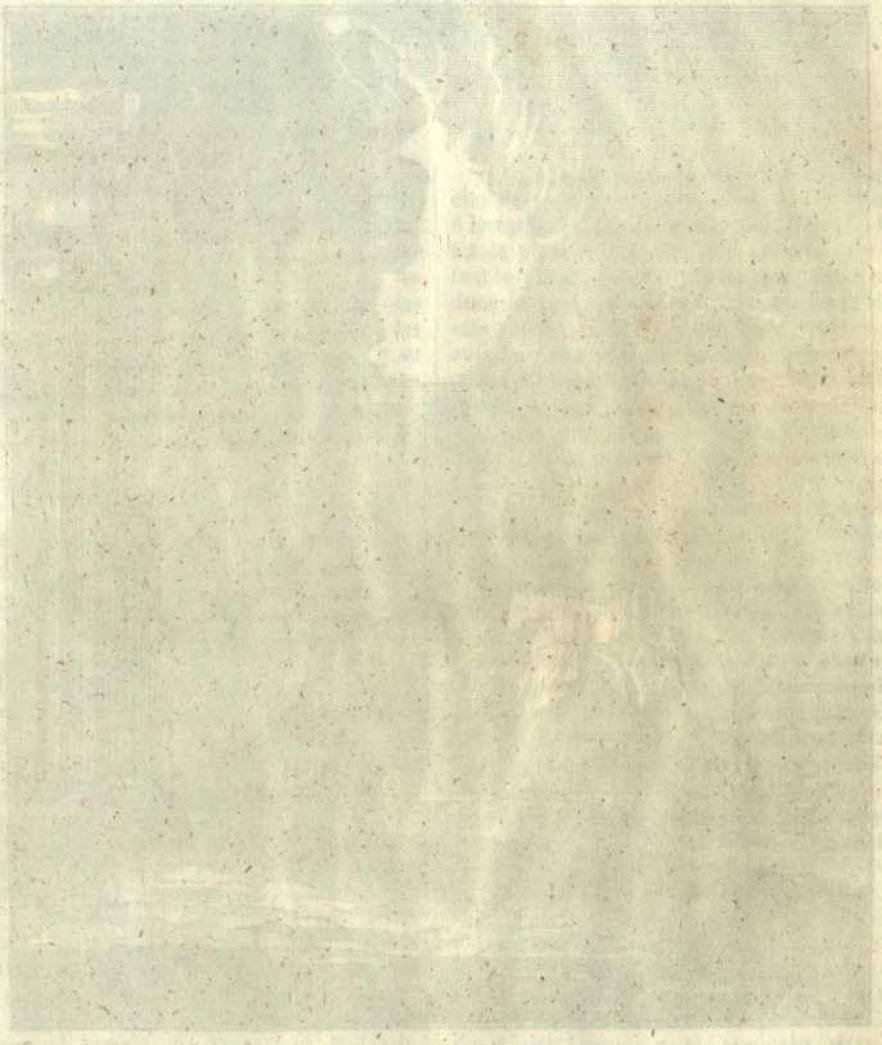
Se habia preparado un buen desayuno, y los convidados estaban reunidos. Al lado de la mesa habia un lienzo imprimado en que estaba bosquejada una escena del paraiso terrenal, y delante del lienzo estaba Jenny, posada en una alfombra con el trage que llevaba nuestra madre Eva cuando comió la fatal manzana.

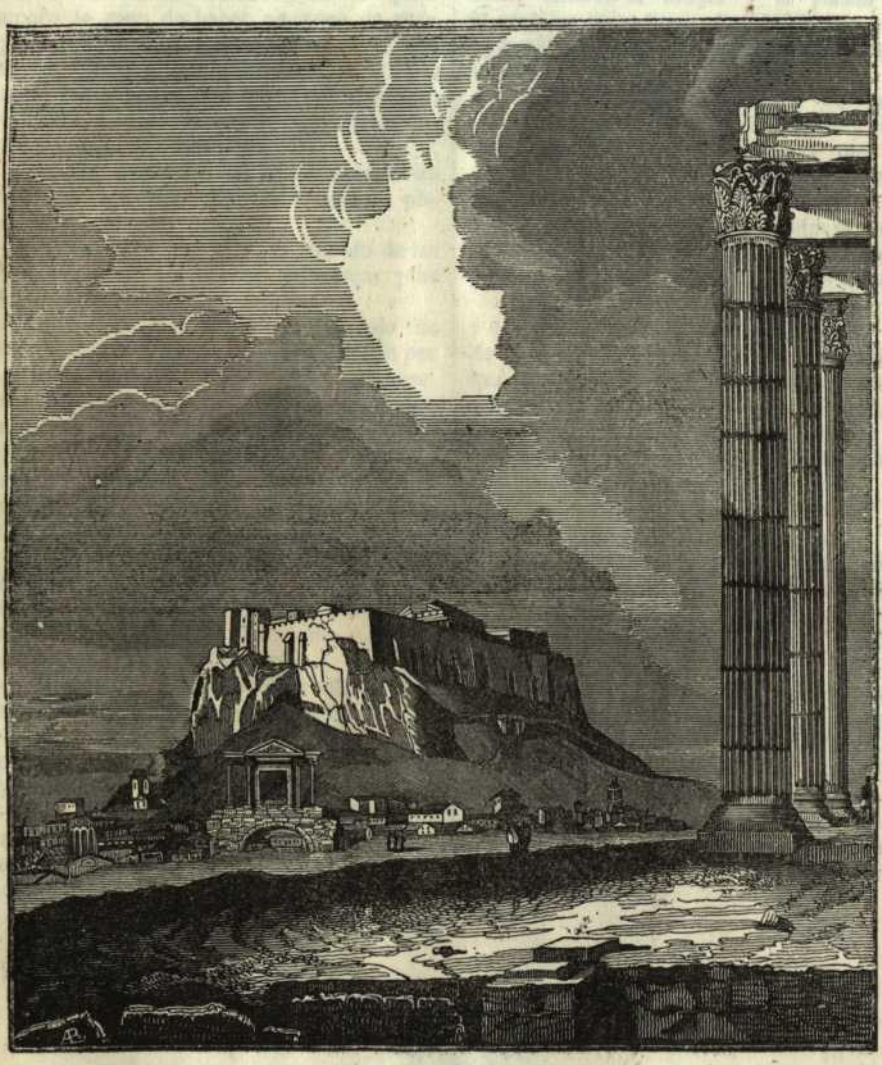
—No buscabas la muger modelo? dijo Arístides á Sebastian, ahi la tienes!

Este fue el último golpe. El ultrajado recuerdo de Berenice recobró todo su imperio en el corazon que le pertenecia. Sebastian fue á despedirse del doctor Saint-Brice, y le dijo:

—Vuélvome al Morbihan, donde voy á dejarme morir. He probado la homeopatía; pero es remedio impracticable para mí. En el mundo, por donde me he paseado en todos sentidos, no he podido colocar una gran pasion. No existe ya el amor en vuestra capital, y se ha hecho cosa imposible en el dia; pues *no hay mugeres en Paris!!*

F. M.





Acrópolis de Atenas.

ACRÓPOLIS DE ATENAS.



Por largos años ha sido la ciudad de Atenas la patria predilecta de las artes, de las letras y de las ciencias, y su nombre ocupa un lugar privilegiado en las páginas de la historia universal. Ilustráronla con su saber y ciencia los hombres mas famosos de la antigüedad, y el mundo recuerda aun á Solon, Temístocles, Perícles, Demóstenes, Fidias, Apeles, Milciades, Arístides, Socrates, Platon y otros muchos, cuyos nombres seguirán trasmitiéndose de generacion en generacion, y de pueblo en pueblo.

La ciudad de Atenas en la época de su mayor esplendor contenia 22 millas de circuito, y estaba dividida en cuarteles, siendo el mas considerable de ellos, entre otros, el Acrópolis ó ciudadela, que era la parte mas elevada y antigua de la ciudad. Las casas eran por lo comun muy sencillas, pero las plazas y la mayor parte de las calles estaban adornadas de hermosos pórticos. Estatuas é inscripciones diseminadas por todas partes, traian á la memoria las gloriosas hazañas de los atenienses. Muchos y hermosos edificios anunciaban la magnificencia de esta ciudad, sobresaliendo entre ellos el Odeon, el templo de Teseo, el Pritáneo, en donde estaban depositadas las leyes de Solon; el templo de Júpiter Olímpico; el Pecilo, el Parthenon, el Areópago y otros.

En la actualidad Atenas ha perdido mucho de su recinto; sus calles son estrechas é irregulares, y las casas mal construidas. En la plaza del mercado hay una copiosa fuente alimentada por un acueducto que conduce las aguas del monte Himeto: la miel de este monte tiene la misma fama que en los antiguos tiempos. El puerto de Pireo, tan concurrido en la antigüedad, se haya actualmente situado á una legua y cuarto de la poblacion, y formado por una pequeña bahía: llámase hoy dia Porto Leone ó Porto Draco.

Seguramente causa admiracion el que una ciudad como Atenas que ha esperimentado todas las vicisitudes que traen consigo los tiempos, presente todavia monumentos de su antiguo esplendor. Los turcos han fortificado el Acrópolis ó ciudadela, y la han circuido de una muralla construida con los fragmentos de la antigua. A la derecha del Propileo, que formaba la entrada, habia un templo dedicado á la Victoria, y á la izquierda un edificio de órden dórico, del que quedan todavia seis columnas de marmol blanco, en cuyos intercolunios se levantan hermosos pórticos. Tambien existen algunas columnas y pórticos del Parthenon ó templo de Minerva. Junto al Parthenon se ven los restos del Ereihtheis ó templo de Neptuno. Se admiran todavia las ruinas del templo de Júpiter Olímpico. El antiguo templo de Teseo existe entero, pero el techo es de construccion moderna: consérvause tambien parte del Estadio y del Liceo, y el Areópago sirve en la actualidad de cementerio á los turcos.

E. del D. U.

CUARENTA MIL REALES DE RENTA.



Una hermosa mañana del mes de Octubre de 1828, paseábase un jóven por uno de los arrabales esteriores que rodean á Paris A través de aquella lijera bruma que acompaña á los primeros dias de Otoño, empezara el sol lanzando sus oblícuos rayos á secar las amarillentas ojas que la noche habia cargado de rocío. El continente de aquel jóven era elegante, y su traje sencillo pero de buen gusto, tan distante de la negligencia ó penuria del estudiante como de la afectada exageracion del dandy. ¿Qué motivo tendria el jóven para haber escogido aquel paseo tan solitario? Seria tal vez alguna cita furtiva, alguna entrevista misteriosa? No, la casualidad únicamente habia dirigido sus pasos hácia aquel distrito tan distante del suyo. El desconocido continuaba su camino, y seguia adelante sin objeto, sin intencion y aun sin saber donde se encontraba. Era tal su distraccion, que á cierta distancia se le hubiera podido tomar por un hombre embriagado. Iba haciendo eses de árbol en árbol, y tropezando en las ramas y guijarros: á veces se paraba de pronto, levantaba la cabeza, gesticulaba, hablaba en alta voz y terminados sus monólogos, continuaba su paseo con los ojos clavados en tierra y absorto en sus ideas como poeta que no encontraba un consonante. Su nombre era Jorge Longino. Si hubiera sido millonario, á un dos por tres un discípulo de Hozier habria remontado su árbol genealógico hasta el mas ilustre de los Longinos, el autor del *Tratado de lo sublime*. Pero en honor de la verdad debo confesar, que en aquel momento maldita la nobleza que tenian las ideas que le ocupaban. Nacido de padres oscuros y sin fortuna, no tenia Jorge otra esperanza en el porvenir que su talento de abogado de pobres. El dia antes habia defendido de oficio su primera causa, y este primer paso no era muy á propósito para alentarle. Recordaba con amargura y confusion sus cortados ademanes, la pobreza y aridez de sus argumentos, su dificultad para esplicarse, y el profundo hastío que le inspiraba en el fondo de su alma su cliente, que para estimular su elocuencia, le habia confesado de antemano la realidad del robo de que se le acusaba. Sin embargo, era indispensable que pasase por esta prueba, mil veces repetida, antes de inspirar confianza suficiente á un litigante. En vano pretendia cobrar ánimo, disimularse su descalabro; por mas que hacia, por mas que decia, siempre iba á parar á esta terrible verdad:

—He sido la criatura mas estúpida, y si se acostumbrara silvar en el tribunal de assises, me hubieran aturdido á silvidos.

Monologueando y reprendiéndose á sí propio de esta suerte, habia llegado al arrabal del Hospital: el aspecto de la Salpétriére (*) aumentó mas todavia su tristeza y opresion. Asaltole un acceso de amarga melancolia, y estoy por decir que hubiera hecho un disparate, si cierto olorcillo de cocina no le hubiese distraido de sus lúgubres ideas. En resumidas cuentas, su situacion no era tan desesperada que le hiciera perder el apetito despues de un paseo de la friolera de dos leguas. Resolvió, pues, poner término á sus meditaciones con un buen desayuno, y se entró en una fonda que descubrió en frente de sus ojos.

Interin le servian, tomó un periódico que encontró á la mano. Era nada menos que la *Gaceta de los Tribunales*. Las primeras palabras que leyó fueron estas: TRIBUNAL DE ASSISES DEL SENA, y á pesar de la rapidez con que apartó la vista no pudo menos de

(*) *Un hospicio y casa de correccion de Paris.*

topar con algunos restos de su malhadada defensa del dia anterior.

—Muchacho, esclamó, vamos pronto.

—Al momento, caballero.

—Otro periódico.

—No tenemos otro.

Tiró Jorge la *Gaceta* sobre una mesa inmediata, y comió á proporcion de su enojo, es decir, mucho y muy aprisa. Luego que sació su hambre, volvió á anudar el hilo de sus meditaciones, sacó de los rincones de su cerebro principios de filosofía mas firmes, se avergonzó de su poquedad, y volvió á tomar el periódico. El artículo que de él hablaba habia sido redactado por una pluma indulgente. Se habia suprimido toda reflexion de crítica y de elogio, y únicamente se habia estampado esta frase ambigua: *Apesar de los esfuerzos de su jóven defensor*, &c.

Pasado el primer trago, siguió Jorge leyendo con rápidez.

—Calle! dijo, ha muerto Wilson; Wilson, aquel ingles millonario que habitaba en Paris, y tan célebre por sus rasgos de originalidad. Buena noticia para sus herederos! Aqui copian un pasage de su testamento: vaya, sin duda habrá querido dejar una prueba de su singular humor. Veamos lo que se le ha ocurrido al viejo Nabab.

Recorria rápidamente con la vista aquella acta de la última voluntad, cuando de repente se redobló su atencion. Leyó y releyó las líneas que al pronto no le habian sorprendido.

—Estoy soñando? esclamó; no, no, yo tengo derechos; este párrafo me concierne.

Qué palabras serian las que habian escitado su sorpresa?

Era que en el testamento habia encontrado escrito lo siguiente:

«Doy y lego á todas las personas nacidas el 20 de Febrero de 1804 en el segundo distrito de Paris, y que consten en el registro, una suma de 40,000 duros para que los repartan entre sí. Es indispensable que los aspirantes se presenten en el término de un mes. Pasada esta época quedan anulados todos sus derechos. Si la casualidad hace que haya un solo pretendiente para esta suma, y que sea soltero, le doy ademas mi quinta de Louveciennes, en donde jamas he puesto los pies. Esto supuesto, como seguramente este hombre debe de haber nacido bajo felices auspicios, pues se le aparece la fortuna sin buscarla, no puedo hacer mas que desearle felicidades y salud. Sin embargo, este legado se le ha de entregar con una condicion, pero que no será conocida del legatario hasta tres meses despues de que se haya presentado.»

Despues de haberse convencido de que ni estaba soñando ni era juguete de una ilusion, pidió Jorge la cuenta, y la echó, de generoso con el mozo, dejando en sus manos su último Napoleon en pago de un vaso y dos cacharros que habia roto por salir de prisa.

A pesar de su título de propietario y sus cuarenta mil reales de renta en perspectiva, Jorje precisado á caminar á pie corrió en primer lugar á casa del notario del difunto Wilson, y en seguida á los archivos para enterarse del número de sus concurrentes. Pronto tuvo el rejistro en su poder. Solo cuatro nacimientos se habian inscrito aquel dia; pero en veinte y cuatro años alguno habia de haber muerto. Pasáronse ocho dias, término indispensable para poner en órden los papeles que atestiguaban los derechos del jóven á aquella herencia inesperada. Todas las mañanas su primera ocupacion era ir á informarse de si se habia presentado algun otro pretendiente. Siempre eran favorables las respuestas, y esperaba con ansia el término prefijado para la presentacion de pretendientes. Cuanto mas se acercaba este instante, mas crecia su inquietud: temblaba por momentos que una revelacion súbita le arrancase una buena parte de aquella suma que ya contaba por suya. En el primer momento de sorpresa y alegria, por cinco mil duros hubiera transigido con cualquiera; despues ya no se hubiera conformado con menos de la mitad. Por último habia llegado ya de tal suerte á habituarse á la esperanza de ser rico, que se hubiera creido robado si se hubiera presentado otro pretendiente á disputarle aquella herencia llovida del cielo. Por último, el mes fatal espiró sin que apareciese ni una sola reclamacion. Ya era tiempo, porque el pobre Jorje, con la inquietud y zozobra se habia quedado tan flaco y macilento que era una compasion.

Pero al fin, ya le tenemos en posesion interina de la quinta, y provisto del primer trimestre de sus rentas. ¿Cuál seria la condicion secreta impuesta por el difunto Wilson para que la herencia le perteneciese definitivamente? Tres meses tenia que tardar en conocerla; pero cualquiera que fuese, Jorge no tendria mas remedio que aceptarla. Unicamente le escosía un poco si se tra-

taria una restitucion; pero esto no era posible. Interin llegaba el apetecido momento que descifrase aquel enigma, determinó nuestro jóven ir á visitar su casa de Louveciennes, y henchidos los bolsillos de dinero y el alma de orgullo, se puso en camino. Compró un caballo; pero como en su vida las habia visto mas gordas, se daba tan poca maña para montar como un estudiante que se despilfarra un dia á lucir un caballo de alquiler. Estaba el tiempo magnífico y sereno, y la campiña que se estendia á su vista, presentaba admirables puntos de perspectiva. ¡Cuantos deliciosos dias se proponia pasar en aquellas verdes colinas y floridos prados! Qué partidas de caza! qué paseos! y toda esta série de dichas no le habia costado mas que el *trabajo de nacer* el 20 de Febrero de 1804! Arrullado por estos deliciosos ensueños, y sin advertir que su poca práctica de montar á caballo le hacia ir dando unos saltos no muy naturales, llegó á Louveciennes cubierto de sudor y polvo. En los balcones de una bonita casa que estaba antes de llegar á su posesion, se hallaban asomados un caballero y una señora que le veian acercarse con inquietud por su falta evidente de aplomo. Al pasar por delante de ellos, advirtiendo que le miraban, se creyó Jorge obligado á saludar con gracia. Pero mientras se inclinaba, su caballo dió una huida hácia el otro estremo del camino, y cada uno se fue por su lado. La caida fue tan rápida y violenta, que ni aun oyó el grito que lanzó la señora del balcon. A decir verdad, el accidente era de los mas peligrosos. El malhadado caballero, lanzado á muchos pies de distancia, fue á chocar como una pelota contra la puerta de su heredad, y alli cayó mal trecho, contuso y sin sentido. Al ruido acudió el conserje, los vecinos, los jornaleros, todo el mundo; pero Jorge no daba la menor señal de vida. Por algunos papeles que llevaba consigo, pudieron averiguar su nombre y calidad, y en seguida fue conducido á la estancia que estaba ya dispuesta para recibirle; se le acostó, y se mandó llamar al médico. De esta suerte entró Jorge Lonjino en posesion de su fortuita herencia.

Sin embargo, tambien esta vez le habia sido propicia la casualidad; ninguna de sus heridas era peligrosa. Unicamente habia sacado el cuerpo lleno de contusiones, que con una sangría y unos cuantos dias de reposo desaparecieron, dejándole tan listo y animoso como antes. Tres semanas despues de su catástrofe y á pesar de que lo avanzado de la estacion no era muy á propósito para vivir en el campo, todavía habitaba Jorge en Louveciennes y no parecia muy dispuesto á regresar á París. Sin embargo no le detenia el amor á la propiedad recientemente despertado en él; tenia otras razones mas poderosas. En el número de las personas que habian acudido á su socorro, estaba la señora, causa principal de su desgracia. Antes de ser trasladado á su estancia habia abierto Jorge los ojos, y paseando sus miradas por todos los concurrentes se habia encontrado con las tiernas y compasivas facciones de Ernestina. Demasiado débil, demasiado aturdido todavía para poder hablar, la dió gracias en su interior y con toda su alma. En este mundo no hay mal que por bien no venga. Aquel peligroso salto ejecutado con tan poca gracia le hubiera puesto en ridículo á los ojos de cualquiera otra muger; pero en Ernestina escitó una sensacion de terror y piedad y Jorge le interesó como una víctima. Pronto trabaron conocimiento los nuevos vecinos. Despues de algunas visitas de una y otra parte, fueron estrechándose por momentos las relaciones, haciéndose cada vez mas frecuentes sus entrevistas y degenerando en diarias. Supo Jorge que M. Lamblin marido de Ernestina y que podia ser su padre, se habia visto precisado, á causa de su quebrantada salud, á abandonar un lucrativo y brillante empleo que tenia en París. Despues de esta disminucion de fortuna vivia retirado en una casita que poseia en Louveciennes, esperando que pluguiese al cielo enviar el último ataque de gota á un vetusto solteron tio de su muger, y de quien esta era la única heredera. Las primeras veces que oyó hablar Jorge de la poca vida que naturalmente debia restar al tio, no pudo menos de reflexionar que, en el estado en que se encontraba, mejor hubiera hecho su vecino en ocuparse de sus propios achaques que de los de los demas. Pero tantas y tantas veces se le ocurrió esta reflexion, que por último llegó á sospechar de sí mismo y á preguntarse si aquel interés provendria mas bien de una esperanza secreta que de un sentimiento casual. Cuando se dedicó formalmente á hacer su exámen de conciencia, conoció que en efecto le habia parecido Ernestina muy digna de compasion por estar enlazada con un viejo achacoso y de ridículas aprensiones; y se convenció ade-

mas de que si precisamente no deseaba la muerte de su prójimo, al menos en caso de que tal desgracia sucediese sentiria indudablemente mas placer que pena.

Pasáronse semanas y mas semanas en estrecha intimidad, y Jorge, engolfado en las nuevas emociones que despertara en su alma Ernestina, se habia olvidado hasta de informarse de la secreta cláusula del testamento. Amaba, y estaba seguro de ser correspondido, aunque todavia no se habia atrevido á declararla sus sentimientos. El amor mas activo y mas irresistible es tal vez el que habla menos. Dos corazones que en un principio latieron por un movimiento simpático y que se imponen silencio, tienen para preguntarse y contestarse un lenguage mudo que está fuera del alcance del marido mas celoso. Crúzanse sin cesar las ojeadas de una y otra parte, se comprenden, se dicen mil ternezas sin que el temor ni la vergüenza los estorben: se unen y se mantienen unidos por medio de átomos desconocidos y misteriosos, y ninguna distraccion les hace perder la mas ligera partícula de esta doble accion magnética. En este caso, á la primera palabra que se pronuncie cae la máscara y toda ficcion es inútil: porque, quien ha de enojarse, ni aun sorprenderse de que se haya adivinado lo que tan mal oculto estaba de una y otra parte? Una sola palabra en estos casos, es como la centella que cae sobre leña seca y que inmediatamente hace estallar el incendio. He aqui lo que sucedió á Ernestina y Jorge Longino. Se habian amado sin decirselo, y esta pasion silenciosa habia tenido, como cualquiera otra, sus alternativas de placer y de tristeza, sus querellas y sus reconciliaciones. Regañaban sin aparecer enfadados y hacian las paces sin convenir en que hubiesen estado desavenidos. Todas estas intrigas, estas marchas y contramarchas, estas escaramuzas y batallas protegidas por una discrecion igual, se desplegaban á los ojos del enfermo que no veia mas que las atenciones que con él se tenian. Finalmente llegó el momento de esplicarse, y este fue decisivo. Jorge que con tan mal pie habia entrado en el rango de propietario, se creyó completamente feliz y el mortal mas favorecido de la suerte que existia en la tierra. Esta felicidad se mantuvo en su apogeo por espacio de 15 minutos lo menos. En seguida empezó á declinar y sufrió un eclipse parcial. El deber tendió su helada y severa sombra sobre los risueños cuadros del porvenir. La razon y la virtud de Ernestina habian salido intactas de la lucha en que su corazon habia sucumbido. Estando libre, se hubiera entregado á su amor con toda la efusion de su corazon, siendo casada no osó quebrantar los vínculos sagrados que la unian á otro. La franqueza misma de sus esplicaciones no permitia poner en duda la firmeza de su resolucion, cuando conmovida, agitada le hizo comprender la necesidad de una separacion. Esta doble muestra de amor y de virtud halló eco en el alma de nuestro jóven, y Jorge se resignó á amar en silencio, y esperar con ansia el momento de rendir á aquella encantadora muger sus homenages á la faz del mundo.

De dia en dia habia ido Jorge retardando la época de su partida de Louveciennes. No podia permanecer allí, y tampoco se atrevia á partir; semejante á un hombre precisado á soltar una rama medio rota y que vacila en entregarse de nuevo á la corriente. Preciso es tambien decir, en honor de la verdad que Mr. Lamblin, cuyo mal humor y padecimientos seguian la marcha de la estacion, hacia todos sus esfuerzos para detener á su vecino. Una mañana, sin embargo, se armó de valor, se despidió y se volvió á su casa resuelto á partir aquel mismo dia.

Dos dias antes, ignorando todavia cuando se resolveria á ausentarse, habia escrito al notario de Wilson para que le comunicase (ya habia espirado el término de tres meses) la cláusula del testamento que habia quedado secreta. Cuando entró en su casa le entregó su conserje una carta de París, anunciándole al mismo tiempo la llegada de un desconocido que no habia permitido que fuesen á avisarle, y que mientras llegaba habia entretenido el tiempo en examinar la heredad. Abrió Jorge la carta que era del notario, y ya habia roto el sello y se disponia á leerla, cuando descubrió en el portal al desconocido que le buscaba. Era un hombre que frisaba en los cuarenta inviernos, bajito y regordete, de abotagadas facciones y rojizos cabellos; su trage contaba un siglo de antigüedad, y sus brazos ajitados sin cesar cuando andaba, parecian dos remos destinados á impeler hácia adelante su pesada masa. Este ente singular, al ver á Jorge Loujino, se contentó con una ligera inclinacion de cabeza, y sin dirigirle la palabra, continuó examinando la casa y meneando la cabeza de cuando en cuando, como si no le

conviniese la disposicion del edificio.

Mirábale Jorge sorprendido, no sabiendo qué pensar de aquella petulancia, hasta que por último el desconocido dijo:

— ¡Miserable arquitecto, era verdaderamente el que construyó esta casa! No tiene la menor proporcion, la mas pequeña regularidad: es una pura antigualla, y necesita una reforma completa.

—¿Es V. arquitecto? le preguntó Jorge.

—No; pero tengo bastantes conocimientos y gusto en esta materia.

—Os doy la mas sincera enhorabuena, señor mio: yo soy Jorge Lonjino; tened la bondad de decirme á qué debo el honor de vuestra visita.

—Con mucho gusto; pero será mejor que subamos; porque tengo un frio de todos los diablos y apenas siento los pies.

Pasaron al salon, y se sentaron cada uno á un lado de la chimenea.

Caballero, dijo el desconocido, permitidme que no me quite el sombrero, porque soy muy propenso á los constipados.

—Como gusteis, respondió Jorge. Dios mio! qué ente tan fastidioso! añadió para sí.

—Aqui donde me veis, vengo espresamente de San Petersburgo.

—Es posible?

—Yo soy sobrino del difunto Wilson.

—Ah!

—El único de sus sobrinos que no ha sido mencionado en el testamento. Vos os habeis enriquecido con la parte que me correspondia de mejor derecho que á vos. Mi tio tenia pasion por los caprichos, pero este ha sido el mas singular de todos. Por fortuna todo puede componerse. En los ocho dias que he residido en Paris he tomado informes de vos; ya se lo que os detiene aqui, y en consecuencia vengo á proponeros un convenio.

—Y cual, caballero?

—Me contento con la casa y 24,000 reales de renta.

—Cómo! esclamó Jorge levantándose; venís á burlaros de mí?

—De ningun modo. Por el contrario, mi proposicion me parece muy razonable.

—Pues á mí me parece muy absurda.

—Acaso no me habreis comprendido. Yo no pido mas que esta casa y una renta de 1200 duros; todo lo demas os lo cedo, y á fe que no es poco.

Encogióse de hombros Jorge con ademan impaciente, y el sobrino de Wilson continuó:

—Atended á razones: vos amais á vuestra vecina.....

—Amigo, no acostumbro á aguantar interpretaciones.....

—Oh! ya se ve, temeis comprometer á una muger casada; eso es muy natural. Pero repito que estais enamorado de vuestra vecina, y ahora con la fortuna que plugo al cielo enviaros, podeis serle fiel, y esperar la época de su viudez

—Señor mio, esclamó Jorge, os he escuchado con toda la paciencia de que soy capaz; pero os advierto que se me va acabando. Siento que vuestro tio haya tenido por conveniente desheredaros; pero la culpa no es mia: la suerte me ha proporcionado este tesoro, y no le abandonaré. En cuanto á ese amor de que hablais, sea ó no cierto, nadie tiene derecho para entrometerse en asuntos que no le incumben. Me casaré ó no me casaré, segun me acomode, porque en este punto soy enteramente libre.

—Poco á poco! en eso hay su mas y su menos, querido; estais ya enterado de la condicion que se os habia de comunicar pasado el término de tres meses?

—Qué quereis decir? preguntó Jorge ajitado por un presentimiento involuntario y abriendo la carta que acababa de recibir.

—So pena de anularse el legado, teneis que casaros en el término de seis meses contando desde el dia en que se abrió el testamento. Cinco semanas es el tiempo que os queda para cumplir esta cláusula.

La turbacion y ajitacion de Jorge confirmaban las palabras del sobrino de Wilson. Leia en efecto en la carta del notario esta última condicion impuesta por el capricho del testador, y un sudor frio circulaba por sus miembros. El otro continuó:

—Vos lo ignorabáis, y yo soy quien viene á anunciaroslo? pardiez que es cosa rara. Ja! ja! creiais que Wilson os haria un regalo como ese sin exigir que lo pagáseis? Ay, amiguito! vos no conoceis nuestra familia. Todos los Wilson han tenido siempre alguna manía. Mi tio era mas malicioso que un mico, y ha querido que se prolongase la farsa despues de corrido el telon. No os hace gracia eso del casamiento, no es verdad? pues bien. Permaneced soltero, dejar pasar el término fatal; y entonces vuelve á mi la

herencia, y nosotros podemos arreglarnos como os he dicho. Teneis papel y tintero? vamos á firmar.

—Yo no tengo nada que firmar, esclamó Jorge.

Volveos á S. Petersburgo, ó idos al infierno, poco me importa. Yo bien se lo que tengo que hacer, y para nada necesito vuestros consejos.

—Ya veo, replicó Wilson con una calma imperturbable, que yo soy mas político que vos. Quereis desde ahora aceptar el convite que os hago de venir á pasar conmigo la primavera próxima, á esta mi casa?

Jorge, que apenas podia contenerse contestó.

—Yo soy quien os convido.

—Poco cara puede costaros esa política.

—Basta de chanzas, señor mio; acabemos de una vez.

—Con que no aceptais? Pues si no os casais.....

—Me casaré.

—Lo dificulto, amigo mio.

—Aunque no fuera tal mi intencion, lo haria unicamente por perjudicaros.

—Eso son palabras.

—Y serán hechos.

—Lo veremos, y mientras tanto, hasta la vista, querido. Por si no volvemos á vernos, os repito la oferta de esta mi casa: podeis venir cuando se os antoje, y os aseguro que siempre sereis bien recibido. No os incomodeis; quietecito, que ya sé el camino. A Dios, hasta otro rato.

Dejóle Jorge salir. La presencia y discursos de aquel hombre le habian hecho salir de sus casillas, y luego que se vió solo contempló con espanto su triste situacion. Perder á Ernestina para siempre, levantar entre ella y él una barrera eterna, ó volver á su primitiva pobreza, era el terrible dilema en que se veia encerrado. El amor, que cuando posee es un sentimiento egoista y malo, hace alarde de generosidad y abnegacion cuando todavía no ha pasado de deseos. En un principio resolvió Jorge sacrificarse dejando á Ernestina ignorante de su sacrificio. Despues ya pensó que ella le agradeceria esta muestra de confianza y que seria una ingratitud no confiarle su apuro, y al dia siguienle ya no se atrevia á dar este paso temiendo un compromiso. Por último, se decidió á partir sin ver á Ernestina, y con el corazon oprimido y anegados de lágrimas sus ojos, se alejó de aquellas campiñas en que tan deliciosos momentos habia pasado.

Luego que llegó á París, escribió la siguiente carta á un íntimo amigo suyo:

«Sin comentarios, ni objeciones, tan luego como recibas esta, dedícate á buscarme á cualquier precio una muger, soltera ó viuda, lo mismo me da; lo principal es que tenga por lo menos setenta años, y si es posible ochenta. Dispónlo todo para que pueda estar casado el 6 del próximo mes antes de mediodia, este término es fijo. Hasta recibir tu respuesta, voy á estarme encerrado en mi casa y sin recibir á nadie. Me he hecho misantropo.»

Ocho dias despues recibió una carta concebida en estos términos:

«Estás servido. Una señorita, conocida mia, me ha indicado en donde podria hallar el tesoro que buscas. Tu futura ha cumplido setenta y siete abriles. Es devota, tiene dos perros y tres gatos, cuya existencia ha de asegurarse en el contrato. Toma tabaco á todas horas, y café por mañana y noche. Por lo demas, es una *solterita* de muy finos modales, y que á los ojos de todos los que no te conozcan, podrá pasar por tu abuela. A Dios.»

Tomado este partido, pidió Jorge dinero y pasó un mes en la disipacion y los placeres procurando distraerse y aprovecharse alegremente del poco tiempo de libertad que le quedaba. El término, fatal se iba acercando á pasos agigantados, y cada dia se despertaba con menos resolucion. La imagen de Ernestina estaba fija en su mente con mas fuerza que nunca; y en algunos momentos se hubiera decido por la pobreza á no ser por los consejos del amigo á quien habia encargado el negocio, y que no comprendia como habia persona que dudase entre conservar una pingüe renta ó perderla para siempre. Por fin, llegó la crisis. Presentóse Jorge Lonjino en la municipalidad, y la desgracia hizo que estuviese la sala llena de curiosos que le examinaba con mal comprimida sonrisa y mútuos cuchicheos. Ya habia entrado el *maire* y tomado posesion de su asiento, cuando un desconocido se acercó á Jorge y le entregó un billete. Rompió el aturdido novio el sello negro y apenas le hubo leido, se levantó y echó á correr como un loco, gritando: No, mil veces no! dejando á la concurrencia estupefacta con aquel acceso de locura. Un curioso recogió el papel

que Jorge habia tirado al suelo: era una esquela mortuoria convidándole al entierro de M. Lamblin, muerto en Louveciennes el 5 de aquel mes. Corrieron tras él; pero fue imposible hallar el menor rastro de sus huellas.

Habia tomado Jorge el primer coche de alquiler que se ofreció á su vista. ¿Qué le importaba ya la fortuna que perdia? Ernestina que le amaba, Ernestina era libre, y dentro de pocos meses podia ser suya. Llega, tira de la campanilla, y la persona que sale á abrirle es el mismo M. Lamblin! Petrificado Jorge ante aquella aparicion y fuera de sí esclama:

—Como ¡no habeis muerto! ah miserable Wilson! esto es obra tuya.

—¿Os habian anunciado mi muerte? dijo M. Lamblin. A Dios gracias ya se me pasaron aquellos ataques y estoy rejuvenecido. Pero pasad adelante: cuando volvemos á ser vecinos?

—No se; venia á despedirme de vuestra esposa, contestó Jorge con ademan sombrio.

—¿Vais á emprender algun viage?

—Sí.

—¿Y por mucho tiempo!

—Acaso para siempre.

—Cuanto sentirá Ernestina no haber podido veros: ha ido á pasar una temporada con su tio!

Resistiendo á todas las instancias de su antiguo vecino no consintió Jorge en detenerse un minuto mas, se despidió y dos horas despues estaba en casa de Wilson.

—Señor mio le dijo este, que sin la menor alteracion habia convenido desde luego en que él era el autor del billete, vos os tuvísteis la culpa en no aceptar mi proposicion. Con respecto á la que ahora me haceis vos, estoy seguro de que no os será mas ventajosa. Jamas he errado un tiro á treinta pasos, ni una estocada á tres. Os dejo la eleccion de armas.

Al dia siguiente, fue conducido Jorge á su casa con un brazo roto y á la misma hora tomaba Wilson posesion de su casa de Louveciennes.

¿Pero habia de ser siempre inexorable la suerte para el pobre Jorge? Un año despues de estos sucesos, estaba en los baños de Wisbaden para restablecerse de su herida, cuando recibió una carta de letra desconocida. La abrió y figúrese el lector su alegria al leer lo siguiente:

«Amigo mio: despues de vuestra partida he sabido todo lo ocurrido. Por mi causa habeis perdido una fortuna que os era necesaria. Volved: ahora soy libre, y puedo ofreceros la mia sin temor, porque no tenemos falta alguna de que acusarnos, y yo me envanezco de ser tan digna de estimacion á vuestros ojos como á los del mundo.

ERNESTINA.

LAS DOS ROSAS.

Qué hermosa, qué pura
Tú oscilas, oh flor.
Tu bella hermosura
Me llena de encanto, de dulce ventura,
De grande alborozo, de dicha y amor.
Qué pura, qué bella
Tú esparces fragrancia,
Tu copa destella
Con tanta belleza, con tanta arrogancia
Que al verte se mira la fúlgida estrella.
La reyna de flores
Serás, linda rosa,
Y emblemas de amores,
Los hombres te entregan á manos de hermosa,
Calmando sus penas, sus tristes dolores.
Permite, flor pura,
Te entregue á mi bella,
Que amor me asegura,
Que tantos hechizos su cara destella,
Que digo que es reyna de toda hermosura.
Su célico asento
Y su aliento goza,
Y al ver de dos flores tan bello portento,
Se dirá, es la rosa besando á la Rosa.

BENITO VILÁ.

UN VIAJE AL MONASTERIO DEL ESCORIAL.

Señores, las cuatro, gritó el mayoral de la diligencia que iba á marchar al Escorial, á todos los que reunidos en la administracion de carruages del Sr. Arpa, y respirando el fresco ambiente de la madrugada de un dia del mes de agosto último, aguardábamos con ansia que sonase aquella hora. «¡Al coche, señores!» repitió el mayoral, y cada uno fue á ocupar su respectivo asiento, haciéndolo yo en la berlina, acompañado de mi hermano y de un íntimo amigo. El chasquido del látigo y un movimiento de oscilacion que esperimentamos, nos hizo conocer que aquella máquina dejaba el estado inmóvil en que hasta entonces habia permanecido. Con efecto, caminaba hácia la Puerta del Sol, dejando atras las elegantes casas de la calle mas hermosa de la capital, y encontrando con la iglesia del Buen-Suceso, de cuya fachada un mes hacia habia desaparecido la piedra en que por tres años estuvo escrito el último nombre de la calle. Al notarlo, no pude menos de esclamar: «hé aquí la fortuna, el hombre en quien ayer se sonreia, hoy le abandona á merced de la indiferencia del olvido.

Engolfado en estos pensamientos atravesamos la capital, y el sencillo y elegante arco de la puerta de San Vicente, apercibiéndonos de ello la húmeda brisa del pobre Manzanares que refrescaba nuestra frente.....

Andando el tiempo, cruzamos el rio que lame el palacio de nuestros Reyes, y dejando los montes del Pardo á la derecha, tomamos el camino que al Escorial se dirije y pasa por Aravaca, ambas Rosas y Galapagar. ¡Qué consideracion no ofrece al pasar por esos miserables pueblos el recuerdo de la orgullosa corte! Recuérdase entonces el palacio y la choza; el hombre rico en medio de sus grandezas, y el pobre rodeado de sus harapos, que trabaja en beneficio de aquel que esplota su sudor y sus fuerzas. Así parece que la opulenta poblacion, no contenta con los capitales de sus banqueros y las libreas de sus señores, tiene puestas á los pies á todas esas pequeñas aldeas para que trabajen en obsequio suyo, y la ofrezcan las mies y el pámpano con que ha de existir, y aumentar sus goces! ¡Idea triste á la verdad, mitigada solamente considerando la inocencia de la vida del campo, y el tumulto y sinsabores de la corte.....

Pasamos Galapagar caminando por aquel terreno de transicion entre llano y sierra, hasta que nos hallamos en un sitio delicioso, poblado de abundantes arboledas y pequeños arroyuelos que forman la perspectiva mas bella y agradable. La alta y magestuosa colina del Guadarrama se nos presentaba á á lo lejos tocando el cielo con sus cimas. En la falda de esa sierra que separa las dos Castillas y hácia la parte del Mediodia y del antiguo reino de Toledo, junto el monte mas oscuro que los otros, distinguíamos un objeto blanco, mas no un objeto cualquiera. Era una cosa sublime, grandiosa, imponente; el alma de aquel cuadro vivo de la naturaleza; la obra del hombre compitiendo con la de la creacion, era por último el monasterio de San Lorenzo. Desde aquella distancia se asemeja á el cisne posando en un lago de aguas turbias. Avidos deseamos llegar á esa obra colosal, página inmensa del reinado del monárca de los dos mundos; sentíamos tener que pestañear porque en tan ina-

percibibles instantes dejásemos de contemplar aquella cúpula, aquellas torres, aquel conjunto de admiracion de propios y estranjeros. ¡Cuantos gratos pensamientos se aglomeraron en nosotros! la santidad del objeto, la religion del monarca, lo acabado del plan, la eleccion del sitio, las glorias de España, y otros mil y mil cautivaron nuestra imaginacion en aquellos momentos.

Hubo entonces un instante en que olvidamos las aberraciones de nuestro pais, y nos envanecimos con ser españoles, porque todo lo grande y lo sublime está allí contenido. Allí está Dios reverenciado, allí hay religion, allí está respetada la memoria del monarca, allí hay trono, allí está el recuerdo de San Quintin, allí hay patria y gloria. No mira el piloto con mas deseos aproximarse el puerto en medio de la ola, que nosotros mirábamos acercarse ese magestuoso edificio, belleza del pensamiento y maravilla del arte. En él estaba entonces contenida toda nuestra ilusion. Codiciábamos como el azor que se arroja sobre la presa, arrojarnos tambien en ese sitio de encanto, respirar el aire que le rodea, y saciar en él nuestro entusiasmo.

Al poco tiempo tocábamos en el pueblo del Escorial de abajo, y no á mucho por lo tanto paraba la diligencia en el de arriba ó sea San Lorenzo.

Nada hay mas cansado para el que viaja que el tiempo que media desde que llega al pueblo donde se dirijia hasta que vé el objeto que motivó su ida. Por eso el tiempo que tardé yo en ver el precioso monasterio no fue muy largo. Acompañado de una persona respetable, y á cuyo fino obsequio tributo este recuerdo, fuí á admirar la magestuosa fachada de aquella imponente mole cuya figura es la de un paralelógramo rectángulo de mas de 3000 pies de circunferencia. Su elevacion proporcionada, la piedra berroqueña ó de granito que forma su materia, sus cubiertos vestidos de piedra azul y en muchas partes de planchas de plomo, la severidad del estilo arquitectónico, en la mayor parte de órden dórico y por último el destino filosófico de este sepulcro de la grandeza humana, despiertan á la par que las inspiraciones del genio, las sensaciones mas profundas é indélebles; sensaciones que se aumentan en estremo al penetrar en su interior en el que se encuentra todo lo que el arte puede crear de mas acabado y perfecto.

El patio de oficios ó la campaña, es lo primero que vimos del interior del monasterio. En ese lugar era á donde la mayor parte de los hombres del pueblo se dedicaban á algun trabajo útil para el establecimiento y para ellos mismos, en tiempos en que estaba al cuidado de los monjes aquel edificio. Considerable número de brazos se dedicaban allí en penetrar el corazon de un tronco con la sierra, en dividir el vidrio con el diamante, y en configurar y pulir el hierro con la lima. Aquel patio era toda una poblacion; pero no una poblacion muelle y ociosa; era industriosa, artista, rica. Los monjes estaban á su frente, los monjes que cantaban á el Señor, enseñaban y sustentaban á su pueblo. Hoy han desaparecido, y aquel patio está solo, en silencio, sin vida; las puertas de los talleres cerradas y enmohecidas por la intemperie; los brazos que en ellos se agitaban parados; las familias que comian, sin alimento, y nosotros que poco antes hubimos dado tréguas al dolor que como buenos hijos de nuestra patria nos causan sus desgracias, sentimos vivamente que el espíritu trastornador de que en alguna ocasion ha sido agitada, hubiese destruido, en vez de reformado una institucion piadosa, cuya falta en aquel edificio echamos de ver á los primeros pasos, y que con sobrado fundamento presentíamos no seria la sola vez, ni la que mas imperiosamente nos la haría esperimentar.

Atravesados el patio y diferentes corredores, nos hallamos colocados al pie de la escalera principal. ¡Qué momento aquel! Una sensacion de sorpresa vino á apoderarse de nosotros; la frente se inclinaba bajo el peso abrumador de tanta grandeza, y el pie no se atrevia á hacer asiento sobre aquellos escalones de piedra de dimensiones colosales y formados de una sola pieza. ¡Qué conjunto tan sublime! ¡qué frescos aquellos en que el inmortal Jordan pintó á San Lorenzo, la batalla de San Quintin y á Felipe II, y los dos célebres arquitectos presentándole el plano de la obra! El colorido compite con el contorno, la verdad con la fantasía, el pensamiento con la ejecucion. ¡Qué propiedad y oportunidad en la eleccion de ellas! Aquellas pinturas estan vivas, hablan, dicen la historia toda de aquel magnífico monumento. San Lorenzo, manifiesta cual es el Santo titular, la batalla de San Quintin ganada por el Rey de España en 10 de Agosto de 1557, representa el voto que Felipe

II hizo si vencia, y Juan Bautista de Toledo y Juan de Herrera los afortunados arquitectos. Subimos por aquella espaciosa escalinata, arrojando la vista sobre tan preciosos objetos, y espandiendo el corazon en entusiasmos, cuando al ver un pedazo de la pintura de uno de los frescos descascarado, y una grande hendidura sobre un pendaño de los del tramo primero, una lijera arruga de tristeza se marcó en nuestra frente. ¡Qué lástima! prorumpimos, el tiempo, el tiempo, que no pasa impunemente sobre la cabeza de ningun hombre, ha llegado tambien hasta aquí, y ha clavado la segur sobre ese lienzo que debiera haber vivido mientras una sola piedra de todo el edificio se hubiese conservado. El amigo que de *ciceroni* nos servia, nos hizo conocer el error en que estábamos. Aquel deterioro que creíamos efecto del abandono y de los años, es la obra del talento del artista, es un capricho del artífice; pero un capricho tan perfecta, tan maravillosamente ejecutado, que es lo mas sorprendente y admirable en aquel sitio. Aquella que parece imperfeccion es la perfeccion mas grande, y el vuelo mas alto con que el talento del hombre puede recorrer la inmensidad de sus fuerzas y de sus deseos.

Despues de recorrer los anchurosos claustros y contemplar sus preciosas pinturas, la elegante biblioteca vino á absorver toda nuestra atencion, ofreciéndonos las bellezas y primores que encierra. La biblioteca es el justo homenage rendido al talento, y el tributo pagado á las letras. Encerrados en unos magníficos estantes, y encuadernados con oro y preciosas pieles existen en mas de 24,000 volúmenes los sublimes pensamientos, las brillantes concepciones, producto del ingenio y del estudio de los grandes hombres de todas las edades, de todas las naciones y de todas las carreras. El siglo de Platon y el siglo de Kranse. La Grecia y la Francia, la Arabia y la Alemania, las opinables teorías y los indestructibles axiomas, la doctrina evangélica y los errores cismáticos estan allí en una sola sala, bajo un mismo techo. El hombre que los examina llora sobre unos las desgracias que sus máximas han ocasionado; en otros se consuela al ver los destellos esplendorosos que sus verdades arrojan, pero en todos respeta el talento, se inclina ante la luz del entendimiento, y bendice á Dios, señor y autor de don tan apreciable.

Los frescos que coronan toda la estantería, en su mayor parte debidos al inolvidable Bartolomé de Carducho, no son de menor mérito ni de menos gusto, que los que nacidos del pincel de Jordan cautivan en la escalera.

La filosofía, madre y fuente de todos los conocimientos, está pintada en el lienzo de enfrente. En los laterales lo estan la agricultura, la astronomía, la aritmética, la medicina, la moral, la elocuencia y demas ciencias, cerrando á todas ellas la teología, ó sea el conocimiento de Dios, como indicándonos que todas las ciencias deben encaminarse á un solo fin, que es la alabanza, la veneracion del que es trono de la sabiduría y dispensador de los talentos.

Entre los diferentes libros que tuvimos el gusto de ver fue uno el Alcoran, preciosamente escrito y dibujado con oro, si bien sin hallarse en él una sola figura, porque la religion mahometana no lo permite; si hubiéramos entendido aquella cifra, aquella taquigrafía peculiar, en que estan escritos los fundamentos y máximas de la religion mahometana, ¡cuánto hubieramos conocido su falsedad al lado de la verdad y grandeza de nuestra fe evangélica! ¡Qué de diferencias no hubiéramos encontrado entre el espíritu de amor, de paz, de caridad, que se derrama por toda la doctrina del hombre justo, y la idea de esclusivismo, de vasallage y de intolerancia de que estan empapadas todas las máximas del profeta falso! ¡Qué distancia no habriamos hallado entre la religion nuestra, que ilustra la razon, perfecciona el entendimiento, y dota al hombre de libertad y le asemeja el ángel, y la religion de esos miserables creyentes que, cual pirámide que tiene por base la ignorancia, la estupidez por centro y la esclavitud por cúpula, hace del hombre un bruto, y de su conciencia un estravío! Mas no solo al ver este libro es la religion la única quien inflama al pecho, es tambien la llama de la patria la que arde, porque aquel ejemplar fue cogido por D. Juan de Austria al hacer presa la capitana turca en la gloriosa batalla de Lepanto. Por eso al ver ese ejemplar no solo aparece la cruz resplandeciente, brillante, flotando sobre los mares y tocando los cielos, y la media luna destrozada, errante, sumergida bajo las aguas y llegando á los abismos, sino que se presenta tambien el recuerdo de un imperio vencedor, fuerte, estenso, que no veia al sol

ocultarse en sus dominios. De este imperio, ¿qué nos queda hoy? Solo la memoria.

Igualmente tuvimos el gusto de tener en nuestras manos el breviario que frecuentemente estaba en las hermosas de la ilustre princesa, que quitó de ellas las sortijas y anillos que las adornaban para comprar una escuadra al inmortal genovés que á poco despues habia de ofrecer á la corona de España el mas bello floron, la joya mas preciosa con que se ha adornado. Abandonamos al cabo de un buen rato aquella mansion del saber y de la inteligencia humana con las emociones mas halagüeñas, y no sin haber antes arrojado una mirada hácia los magníficos retratos de Cárlos I y Felipe II, obras del celebre Cruz de Pantoja.

La hora avanzada y lo mucho que nos habiamos detenido en examinar cuanto vimos nos obligó á renunciar por aquel dia á mas objetos, paseando no obstante por el ancho y espacioso patio de los Evangelistas, admirando el gracioso y elegante templete de su centro y saliendo de aquel edificio con la imaginacion abrumada con separar y coordinar tanto como nos habian enseñado, la memoria atormentada con recordar tantas preciosidades, y el corazon abriéndose á la esperanza del dia de mañana, ávido de nuevas maravillas. Porque con efecto, y sin temor de pasar por exajerado, cada paso que se da en el monasterio del Escorial ofrece un nuevo objeto: este objeto crea una idea siempre sublime, despierta un pensamiento siempre grande, que hace bendecir á Dios, y envidiar al artista.

La tarde la pasamos disfrutando el fresco y puro ambiente que los jardines del monasterio y los alrededores del pueblo nos ofrecian, sitios hermosos en los que el alma siente y se impresiona de una natural y deliciosa poesía.

Al dia siguiente pasábamos por debajo de la gigante punta que corresponde á la fachada que mira al Poniente y es la principal, donde despues de un bello pórtico ó zaguan se halla el gran patio de los Reyes, llamado así por las seis estátuas colosales que se ven en el frontispicio del templo, representando á David, Salomon, Exequías, Josías, Josafat y Manasés, obra, así como el San Lorenzo de la fachada, del célebre escultor Juan Bautista Monegro. Este gran patio de 250 pies de largo por 159 de ancho, tiene tres puertas que dan entrada al templo. La de enmedio solo se abre dos veces, una para que entre el hombre que es Rey, otra para que entre el Rey que es hombre. ¡Qué consideracion tan profunda y melancólica no ofrecen estas palabras! ¡Qué pensamiento tan religioso no se fija en la mente cuando se considera que aquellos goznes giran en dos ocasiones solas, en una de ellas dando entrada al hombre que siendo Rey penetra poderoso, vivo; en otra haciendo paso al Rey que es hombre, y entra frio cadáver!

Cruzando por una de las puertas colaterales, el templo de los templos, el templo mundo, el templo de Dios apareció á nuestra vista. Nuestros deseos se habian cumplido, llenádose nuestra esperanza. Respirábamos bajo aquella magestuosa bóveda, si es que el mortal puede respirar bajo ella. El corazon salta del pecho en aquel sitio para latir entre la magestad y grandeza de aquel lugar que la imaginacion no se crea, ni los deseos miden, ni los sentidos palpan, pero el corazon si; el corazon elevado en las alas del misterio, embriagado con el perfume de santidad que á aquel templo rodea, no puede menos de esclamar: ¡Esta es la casa de Dios! ¡quien la hizo conocia á Dios! ¡quien la ve cree en Dios! Estas espresiones arrancadas en el fervor de la fe y en la exaltacion del entusiasmo, dicen mas que cuanto yo decir pudiera. El hombre hizo esa obra, pero el hombre no puede describirla. Es empresa superior á sus alcances: el que crea en Dios imagínese la casa que merece, y comprenderá cómo es el templo del monasterio del Escorial. Su largo es de 520 pies por 250 de ancho, incluyendo el bajo coro y sus dos capillas grandes laterales, las de las bandas Norte y Mediodia, y la mayor. El altar de esta es de nogal y bronce; la materia de todo el templo es de piedra berroqueña del mayor grano que se halló, su arquitectura dórica. El pavimento está solado de mármoles blancos y pardos. ¡Qué templo! ¡nada desdice en él! La magestad, la gravedad que encierra infunde en el alma la emocion mas religiosa; dobladas las rodillas sobre aquellas losas frias, y la frente abismada en aquel sitio, parece oirse en él la penetrante voz que llamaba á Moisés; retumbar el trueno del Sinaí, levantarse el leño grande de la cruz, obscurecerse el sol, abrirse los sepulcros y sonar la trompeta de Josafat. En este sitio es donde se comprende el bien del justo, porque es el re-

flejo de la gloria. Tambien el genio artístico, el genio de la antigüedad asalta allí. Recuérdanse las columnas de Corinto, las pirámides de Egipto, los sepulcros de la Siria, y los anfiteatros de Roma. Está uno á las puertas de Madrid, bajo las montañas del Guadarrama, y mojándose en el Manzanares, y cree uno hallarse á las orillas del Niéper ó del Tiber, sobre el Bósforo ó el Apenino, y respirando la brisa ardiente del Girgen ó del Cairo.

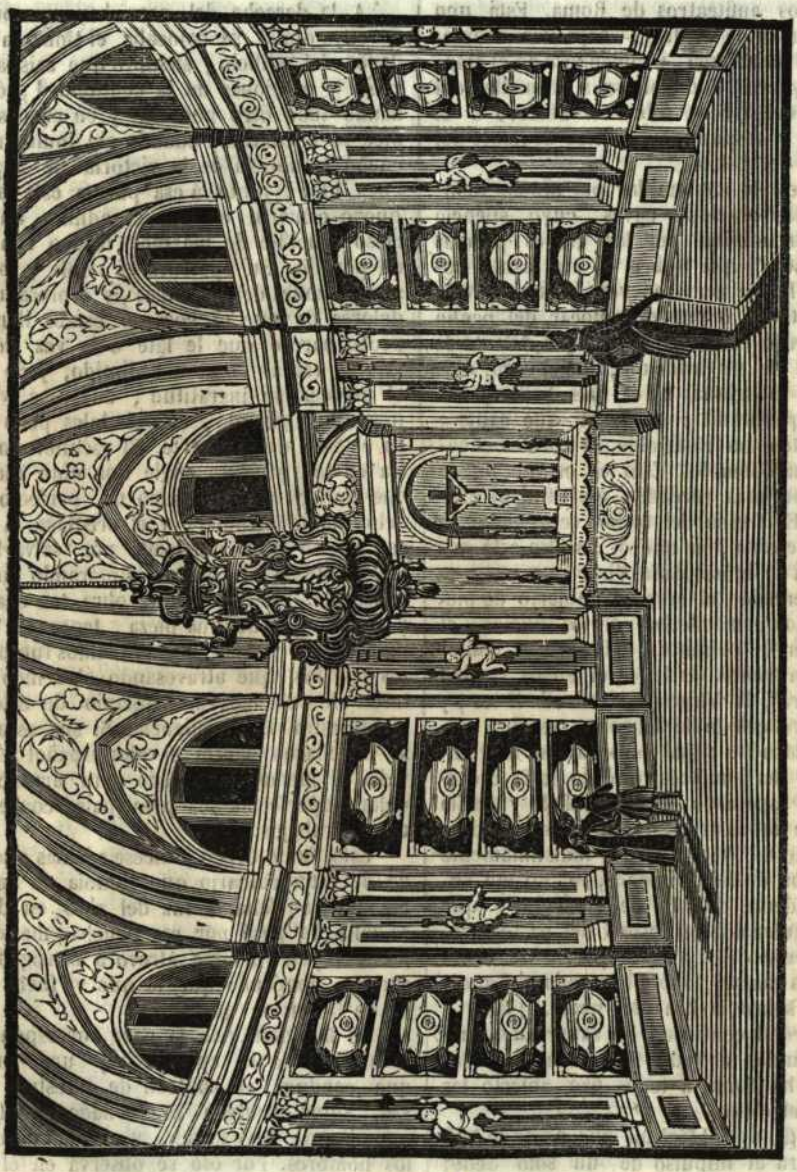
Despues de contemplar por mucho tiempo aquellas preciosas naves, cuyo silencio solo interrumpido por las graves pisadas del ministro, que sobre el ara santa coloca una hostia pura en vez de una oveja ensangrentada, ó por el golpear del pecho del fervoroso colocado de hinojos delante de la imágen de su devocion, fue el coro, desde el que la iglesia es el mas bello y encantador panorama, el lugar que cautivó nuestra atencion insaciable. El coro es el coro de aquel templo. Esto es cuanto puede decirse con mas verdad y esactitud al examinarle. El fresco del techo representando la gloria eterna, en que el Escelso está coronando á la inmaculada Virgen, y agrupados en derredor el eremita cubierto de pieles, el monje macilento por los silicios, el mártir con la palma del triunfo, el confesor con la venda de la fe, el Señor vestido de púrpura, la Vírgen rodeada de lirios, y el guerrero ceñido de laureles, es obra perfecta y acabada. ¡Qué pintura tan magnífica! todos los hombres, que en la fe creyeron, que esperaron en la bondad y en la caridad se inflamaron, estan en ella rodeados de nubes. Ven bajarse indistintamente los detellos de la divinidad, lo mismo sobre la diadema de oro del príncipe, que sobre la guirnalda de cesped del pastor, sobre la frente de la vírgen que sobre el regazo de la madre, sobre la espada del guerrero que sobre la lira del poeta. ¡Oh, y cuánta verdad contiene! La sangre del justo ha redimido á todos los hombres; las aguas del bautismo á todos han abierto las puertas del cielo.

Los órganos, el facistol que pesando 500 arrobas gira al impulso de un solo dedo; los libros religiosos escritos á pluma sobre las pieles de tantas terneras muertas, estraidas del vientre de la vaca degollada, cuántas son las hojas de que se componen, y la graciosa araña de cristal de roca que pesa mas de 16,000 libras, son todos objetos del mayor gusto y riqueza. Pero la sillería, compuesto cada sitial de siete clases de maderas distintas y de las mas estimadas, es sorprendente.

A la derecha del coro hay una puerta, en cuyo dintel se colocaba el Monarca fundador del edificio, siempre que asistia á los rezos y oraciones de la comunidad, desdeñando todo otro puesto, y en cuyo sitio se dice se encontraba cuando sin inmutarse escuchó la noticia de la victoria de Lepanto. Pues bien; junto á esa puerta está un pequeño camarin en que se admira un precioso crucifijo de mármol blanco con cruz de pórfido. Su apostura es noble y propia; sus facciones delicadísimas, y espresando los dolores de que el corazon estaba lleno; el pecho parece que le late á la vez de alegria al ver al hombre redimido, y de pena al preveer su ingratitud; sus ojos véselos irse amortiguando, cubriéndoles poco á poco el velo de la muerte. El escultor encuentra en tan preciosa efigie una obra maestra que imitar: el anatómico un perfecto modelo donde estudiar, y el cristiano la imágen de su Dios muriendo por salvarle, y arrebatándole el corazon implorando su misericordia. Lástima es que obra tan acabada y hecha solo de una pieza, tenga en la actualidad los brazos pegados. Ellos fueron rotos por los que atravesando el Prineo trataron de robarnos al principio de este siglo nuestra independencia. Si sus esfuerzos se estrellaron contra el valor español, la envidia al menos les quedó para arrancar y dejar imperfectas sus principales concepciones y trabajos.

Este Santo Cristo, dícese ademas que tiene de estraordinario que cambia de color á manera que falta la luz del sitio, en donde se halla. Yo pasé por esa prueba; mas como no la repetí, no me atrevo á consignar su certeza, temiendo que lo que ví fuera efecto de la ilusion que tenia.

En la iglesia y en la nave correspondiente al lado de la epístola hay una puerta que conduce al panteon de nuestros Reyes. Aquel panteon es verdaderamente la morada de los Reyes, y el sepulcro de los hombres. Por eso se observa en él á la par que la suntuosidad y riqueza debida á los augustos personajes que contiene, la tristeza y melancolía propias del estado en que se encuentran. Se respira en ese recinto el humo del fausto, y á la vez se siente el frio de la muerte. El panteon es una al-



Panteon del Escorial.

fombra recamada de oro, pero que está en su centro rota: es un cristal diáfano hermosísimo, pero que al través de la luz deja solo ver sombras: es el águila de los aires superando las rocas. pero herida en el corazon. Su forma es la de un ochavo de 36 pies de diámetro y 38 de altura, y todo él, lo mismo que la escalera por donde se baja, cubierta de jaspes y mármoles de gran pulimento, con adorno de bronce dorado, y arquitectura de órden compuesto. Su colocacion encierra un misterio; situado debajo del altar mayor parece indicar el cielo y la tierra; las grandezas de aquel, esplendorosas, eternas, y las de esta débiles, transitorias; el poder del hombre que una piedra encierra, y las esperanzas del hombre rompiendo esa piedra, saliendo de una tumba para elevarse al cielo, único objeto de su creacion y de su porvenir. En el octángulo que hace frente á la entrada se eleva el altar, que consiste en dos columnas estriadas de piedra verde con mezcla blanca y pilastras detras; leyéndose en la targeta del frontispicio esta inscripcion: RESURRECTIO NOSTRA. Sobre una gran losa de pórfido que ocupa el medio entre las columnas hay una gran cruz de mármol negro, y en ella un precioso Crucifijo de bronce dorado, que se cree obra del escultor Pedro Tasca. La araña de bronce que cuelga del floron del medio es de un admirable trabajo y estilo severo, ejecutada por Virgilio Tanelí.

A ambos lados del altar, colocados de cuatro en cuatro y separados por pilastras corintias, se hallan los supulcros que contienen los restos mortales de los Reyes de España, y de las Reynas que han muerto dejando sucesion. La izquierda la ocupan estas, empezando por la emperatriz Doña Isabel y concluyendo por Doña María Luisa de Borbon: la derecha la ocupan aquellos.

Carlos I el vencedor de Pavía y de Milan: el que deseoso de vencer, y no teniendo enemigos, se venció á sí mismo, dejando la púrpura por la cogulla de Yuste, ocupa el primer sarcófago. Felipe II, á cuya ambiciosa cabeza no bastaba la corona de dos mundos, ese príncipe de corazon duro á la par que de alma piadosa, tiene sus cenizas al lado de las del Emperador su padre. Los yertos despojos de los dos Felipes III y IV y los de Cárlos II, tambien estan allí. Cárlos III, ese padre de sus pueblos, ese príncipe justo, rodeado siempre de los consejeros mas sabios, tambien está en un sepulcro, calientes todavía sus restos con las lágrimas que al morirse sobre ellos vertieron las ciencias, las artes, los españoles. Su hijo, el en estremo bondadoso Cárlos IV, le sigue; y Fernando VII, ese Rey á cuyo nombre se levanta la España, ve por seis años ensangrentada la luna en su horizonte, desafiar al coloso de la Europa, arrancar los laureles de la imperial águila para enlazarlos en las crines del magestuoso leon, murió igualmente, y yace al lado de sus abuelos. Existe junto á la urna de este último monarca otra, que al verla sentimos el dolor que sufren los hijos cuando piensan en la muerte de sus padres. Es el sepulcro que un dia contendrá los restos de la preciosa, de la angelical Reyna Doña Isabel II. A pesar de su hermosura, de su edad temprana, aquel sepulcro está abierto, aquel sepulcro ha de encerrar las frias cenizas de la que es hoy esperanza de mil corazones, y gloria de otros tantos pueblos. Al pensar nosotros en esta idea, terrible, sí, pero verdadera y de fe, volvimos el rostro hácia el Crucifijo y esclamamos: «Señor, si en medio de este lugar, testimonio auténtico de la poquedad y miseria del hombre, pueden llegarte los votos del último mortal del universo, no detengas la carrera á ese naciente astro que camina á su cenit, llenando de resplandores el horizonte de España: no cortes el tallo á esa rosa fresca, abierta para embalsamar los aires de esta nacion que respira en la atmósfera mefítica de las pasiones y de los partidos: no pares el vuelo á esa paloma cándida, bajo cuyas alas se cobijan hoy todos los buenos españoles. Déjala que llegue al ocaso, que crezca hasta el invierno, que remonte su vuelo hasta la esfera, haciendo la ventura y la felicidad de los pueblos que rige, y pues que ha de morir, muera entonces, Señor, pero muera llevando á este sepulcro que le está destinado, la admiracion de la Europa, el llanto de sus vasallos, la veneracion de la posteridad, las alabanzas de la historia, y las misericordias del cielo.»

En vano por mi parte seria intentar describir las innumerables bellezas que encierra este real monasterio en todos sus sitios, y todos correspondientes á la magestad y gravedad de su destino. Despues de visto el templo, el coro, el panteon, la linda biblioteca, ¿que queda por ver? ¿qué por admirar? Mucho todavía; pero que la brevedad con que las examinamos y la estension

ya demasiada de este artículo nos hace renunciar á describirlas. Baste decir que la sacristía es hermosa, preciosos los ornamentos, y mas precioso aun el inimitable cuadro de las Santas Formas de Coello; la sala capitular y los espaciosos cláustros están cubiertos de excelentes pinturas, debidas á Ticiano, Tintoreto, Rivera ó el Españoleto, Rúbens, Alonso Cano, Pablo el Veronés y otros. El Relicario es rico, y abundante en esos objetos cuyo mérito los sentidos no comprenden, pero que el alma siente, derramándose por toda ella el bálsamo de fe que mitiga las ansias del corazon. El palacio, morada de nuestros Reyes en cierta estacion del año, es rico en preciosos tapices y en otros objetos de gusto y elegancia. Y ya que del palacio hablamos permítasenos recordar la pobre silla y la tosca mesa que sirvió de uso al Rey fundador del monasterio en los últimos años de su existencia. Nosotros nos sentamos sobre aquella misma silla en que tantas veces lo estuvo afligido de dolores el Monarca tan alabado por unos, tan rebajado por otros. En aquellos momentos apareció á nuestra imaginacion la sombra de un hombre grande y de un Monarca fuerte.

Salimos del Escorial con pena. Dejábamos aquel sitio que tantos momentos de fe, de veneracion y de entusiasmo nos habia producido: íbamos ya distantes del pueblo, veíamos alejarse de nosotros, aquel monasterio mundo, y los ojos se arrojaban á él para contemplarle un instante mas..... un momento despues las vueltas que dábamos para subir á Navacerrada nos hicieron perder de vista ese maravilloso edificio. La memoria vino entonces á apoderarse de su recuerdo, y la esperanza á alimentar la dulce ilusion de que jóvenes nuestras frentes todavía no seria la última vez que se prosternaran ante la vista del templo de San Lorenzo.—Setiembre de 1845.=M. M. SANCHEZ UGARTE.

(D. H.)

LA BATA DEL BARON HORACIO.

I.



Un hombre embozado en una ancha capa marchaba al través de los campos como si hubiese perdido el camino. Aproximábase la noche, cuando oyó los pasos de una persona que iba detrás de él, se ocultó el rostro y preguntó al recien llegado, que parecia un campesino:

—Camarada, ¿estoy muy lejos del pueblo de Hammard? El tiempo está sombrío y amenazador, y quisiera llegar allá cuanto antes.

—Podeis ir via recta como cosa de 10 minutos, inclinâos despues á la izquierda, y yendo despues siempre por la derecha, tomareis una veredita y llegareis al pueblo.

—Gracias. ¿Y cuánto tiempo tardaré en llegar, amigo mio?

—¡Amigo mio!... ¡amigo mio!... yo no os conozco, y por consiguiente no soy vuestro amigo. En cuanto al tiempo que podais tardar eso es segun andeis. Si vais despacio, llegareis mas tarde que si vais de prisa.

—¡Es imposible que haya nadie mas necio que este hombre!..... Esto tal vez me convenga para adquirir las noticias que desee, dijo para sí el embozado. Dirigiéndose despues á su interlocutor:

—Gracias, buen hombre, le dijo.

—Yo no me llamo buen hombre, y tened entendido que en mi tierra todos llevamos el nombre que nos pusieron en la

pila del bautismo. Yo me llamo Juan Bautista Francisco, palafrenero en casa de Mr. Thierry, en Caen.

—¿Thierry, el posadero de la Cabeza encarnada?

—Mi amo, para serviros.

—¿Con que tú eres aquel Francisquillo que yo conocí tan pequeñito como una perinola, á quien tiré tantas veces de las orejas?

—El mismo. Pero ¿quién sois vos? Ahora recuerdo tambien haberos visto.

—Pardiez, Francisquillo, vas á darme noticias de algunos amigos. ¿Qué se ha hecho del tio Dubois el arrendatario?

—Hace un año que se murió, y le enterraron.

—¿Y su muger?

—Tambien ha muerto.

—¿Y..... su hija?

—Tambien..... ¡Canario! haber muerto una niña tan preciosa..... ¡Pobre Teresita!..... Mirad, soy un pobre diablo; pero si cogiera á ese baron Horacio, como todos le llaman, le retorcia el pescuezo. Una jóven tan buena, tan afable, á quien amaba todo el mundo, viejos y jóvenes, pobres y ricos..... No se oia mas que Teresita por aquí, Teresita por allí. Llegó un dia ese chisgaravís, y la ve, la habla y la dice que la ama..... Entonces pierde la jóven su frescura, su alegría y su felicidad..... y la joya del pueblo reposa hoy en el cementerio junto á su padre y su madre, quienes, privados de su hija, murieron maldiciendo á su seductor. ¡Pero, estais llorando!.... ¿Quién sois? ¿Habré hecho algun disparate en decir lo que tal vez debiera haber callado?

—No, Francisco; me interesa como á tí todo lo que tiene relacion con la familia Dubois. Háblame de Teresita.

—No tengo nada mas que deciros sino que la pobre niña pagó con la vida su amor á tan elegante señor; y cuando aun la estamos llorando..... ¡se están haciendo preparativos en el castillo del baron para casarse!..... Sí, se va á casar, como sucede siempre en el gran mundo.

—¿Dices que se casa? Ah, llego á tiempo para vengarla.

—Pero á todo esto yo os he dicho mi nombre, y vos seguis callando el vuestro.

—Buen Francisco, puedes serme útil, y cuento contigo; pero te encargo el mas profundo secreto.

—¡Secretos hay! me alegro: asi como asi, es esta mi comidilla. Contad conmigo. Pero es preciso que sepa quien sois.

—Ya lo sabrás.

—¿Ahora?

—No, mañana por la noche. Está al anochecer en el camino de los cuatro límites.

—Bien. ¿Pero no sabeis lo que pasó en ese camino hace cinco años? Pues en aquel sitio es donde se encontró el cadáver de Julio Marcos, que amaba á Teresa Dubois, y era correspondido de ella antes que viniera ese maldito baron. Es decir, no se encontró precisamente su cadáver, sino sus vestidos llenos de sangre, arrojados en el foso. Lo cierto es que desde entonces nadie ha oido hablar de Julio Marcos, y que cuando paso yo por allí siempre me parece ver una sombra muy alta, porque habeis de saber que Julio Marcos era todo lo que se llama un buen mozo. Su padre era médico de mi pueblo, de donde salió poco despues de la muerte de su hijo. Con que, os lo repito, iré á vuestra cita al camino de los cuatro límites. Disponedlo todo, y hasta luego.

Escucha, Francisco; es preciso que nadie sepa que estoy aqui.

—¿A quién se lo he de decir cuando no sé quién sois?

—Dime, Francisco. ¿vive la tia Virgilia?

—¡Toma! si es mi abuela. ¡Y buena que está!

—Pues entonces ve á su casa esta noche, y allí iré yo á buscarte.

Apretando el paso el desconocido dejó á Francisco inmóvil en su puesto, sin saber qué hacer ni qué pensar.

—¿Iré ó no iré á casa de la tia Virgilia? se dijo por último. ¡Bah! ¿qué puedo arriesgar en ello? Nada; puedo ir; sí iré; ademas, si hay peligros, que los haya; alguna vez tengo que principiar á ser hombre.

II.

Algunos dias despues no se hablaba en los alrededores mas que de las magníficas fiestas qne se preparaban en el castillo de Mr. Dupuis para el casamiento de su hija con el baron Horacio.

Mr. Dupuis que, gracias á los considerables beneficios que habia conseguido en

las provisiones del ejército, se encontraba dueño de una inmensa fortuna; habia ambicionado siempre para su hija una boda que llevase a su familia los títulos de nobleza que la faltaban.

Veinte partidos se le habian presentado; pero no realizando ninguno, los sueños de Mr. Dupuis fueron enérgicamente rechazados. Tambien la señorita Athenais habia llegado á la mayor edad esperando novio, y cuando se presentó el baron Horacio sabia perfectamente lo que le convenia.

Era este un hombre muy ordinario en la parte física; pero muy fátuo y persuadido de su alto mérito, que hacia consistir en su blason. La alianza con la familia de Dupuis era para él una especulacion, porque de este modo iba á hacerse uno de los mas ricos señores del pais, con lo que, y por medio de sus amigos, pensaba llegar á ser diputado, objeto de todos sus deseos.

La familia del ex-proveedor estaba loca de contento.

—¡Dentro de ocho dias será mi hija toda una señora baronesa! decia la rechoncha Mad. Dupuis á todos los que encontraba. Está la pobre niña tan alegre que no hace mas que bailar y cantar.....

—Señora, decia Dupuis á su muger, cuidado con manifestar asi los sentimientos de nuestra hija hácia su futuro. Estas son cosas que deben callarse, porque el amor debe estar rodeado de un velo misterioso.

—¿Y para qué hemos de andar con misterios tratándose del casamiento de Athenais? ¿Es alguna moneda falsa? Jugamos limpio; con que me dá la gana de hablar.

—Esas espresiones y esos modales deben quedar proscriptos para siempre, y debeis tomar maneras análogas al nuevo rango que vais á ocupar. Tened presente que nuestro yerno el baron Horacio está unido á toda la nobleza, y que es preciso tomar ese aire de gran mundo que tan necesario es en estas circunstancias.

—Para eso sí que se pinta sola la niña. ¿Habeis observado con qué gracia mueve la cabeza de derecha á izquierda, y su nuevo modo de saludar? Vamos, estoy segura de que honrará á su nueva familia. ?Y á quién debe todos estos adelantos? A mí, que no la pierdo de vista un solo instante. Pero aqui viene..... Athenais, hija mia, anda derechita.

—¡Qué fastidio, mamá! Siempre me decis lo mismo. Sí seguis asi, cuando sea baronesa todo el mundo se va á reir de mí.

—Tiene razon la niña, si seguis hablando de esta manera, todo el mundo va á reirse. Ademas, no es ya tan niña; dentro de muy poco tiempo va á cumplir 25 años.

—¡Cómo que 25 años! Eso es un disparate.

—Sí, padre mio, es un disparate, dijo la soberbia Athenais.

Algunos dias despues caminaba hácia el castillo, ya bien entrada la noche, un moceton á quien ya conocemos.

—Vamos, Francisco, iba diciendo á sí mismo, me parece que estás metido en un buen berengenal. La comision no me parece de las mas claras; pero está bien pagada.—Muchacho, me dijo esta mañana el hombre de la capa, que me convidó á beber hace 15 dias en casa da la tia Virgilia, ¿quiéres ganarte 100 escudos?—¡Toma! le respondí, si yo tuviese esta suma, ya podia casarme con la hija de Juan el Gordo. Gabalmente es esa la cantidad que me falta para comprar un pedazo de tierra.—Pues entonces prepárate á casarte, me contestó, y me enseñó un monton de dinero.—Mira, me dijo, todo esto es para tí por una sola comision.—A fe de Francisco que estoy dispuesto á hacer no una, sino mil, con tal de ganar ese dinero, suponiendo que no sea contra mi probibad. Nada mas sencillo; repuso; no es mas que llevar este paquete al Sr. baron Horacio. Tú has trabajado en el arreglo de las habitaciones, sabes cuál es el gabinete del baron; pues bien, en tanto que todo el mundo esté en el baile, te deslizas sin decir nada, y pones este paquete en la chimenea. Pues no es dificil, le contesté; si fuera para coger algo era otra cosa; pero dejar..... estoy seguro de que nadie me dirá nada. Si por casualidad me ven, diré que es un regalo de boda, y negocio concluido. Vamos, Francisco, tuyos son los 100 escudos, y bien ganados. ¡Marchen!..... y dentro de pocos dias estarás en tu casita, serás propietario de una bonita tierra, y tendrás una mugercita que..... la, larará, larará.....

Y en su alegría no habia observado una maldecida piedra que le hizo tropezar tan de firme que se le cayó su envoltorio.

—Dios mio, dijo, ¿si habrá sido esto casual?

Recogiendo su paquete, prosiguió:

—Vamos, al fin no se ha estropeado..... ¿Si habrá sido esto un aviso del cielo?..... ¡Qué diantre! Sea lo que quiera, ya estoy cerca del castillo.—¡Caramba, cómo bailan y se divierten todos!..... Lo primero que voy á hacer será descansar en la habitacion del conserge; pero no, que es preciso que no me vean..... Voy á ver cómo me cuelo por sorpresa.

Concluida que fue su comision, se dió prisa para salir del castillo diciendo entre sí:

—Ni un gato he encontrado: ahora, que he cumplido exactamente con mi comision, voy á ver á mi Petrita para darle la buena noticia de que ya podemos casarnos.

III.

A media noche llevó Mad. Dupuis á su hija á la cámara nupcial. En el momento en que ya se creyó inútil, besó en la frente á Athenais diciéndola con énfasis:

—Hasta mañana, señora baronesa.

En seguida fue á acostarse, despertando á Mr. Dupuis que dormia profundamente para hablarle de su hija la baronesa.

Athenais por su parte se quedó dormida esperando á su ilustre esposo, quien tardaba mas de lo regular.

Unos golpecitos dados á la puerta de su habitacion la despertaron de repente, quedando asombrada al ver que era ya bien entrado el dia.

Abrió quedito la puerta la discreta Mad. Dupuis, y penetró de puntillas en la habitacion.

—¡Como! dijo con sorpresa, ¿ha salido tu marido el baron?

—¡Mi marido! ¡Si no le he visto!

—¿Desde cuando?

—Desde el baile, repuso Athenais haciendo una mueca. Tal vez se habrá quedado en su habitacion si salió algo cansado.

—Es imposible, hija mia.

—Pues no sé mas.

—Pues yo iré á averiguarlo, dijo Mad. Dupuis llena de cólera.

Poco despues oyó Athenais un ruido estraño, y al mismo tiempo le pareció oir gritos de espanto. Llamó á la campanilla para saber qué ocasionaba aquel estrépito; pero nadie se presentó. Alarmada con aquella novedad, quiso salir de la cama; pero reflexionando que no era conveniente que una baronesa se levantase sola, esperó á que fuese su camarera.

Todos los habitantes del castillo, escepto Athenais, acudieron á los reiterados gritos de Mad. Dupuis.

La causa de aquel tumulto era ni mas ni menos el haber encontrado al baron Horacio envuelto en una magnífica bata, adornada de pieles, muerto en un camapé.

La noticia de tan funesto acontecimiento llegó hasta la viuda, quien al principio se mostró muy afligida; pero como al casarse con el baron habia pensado mas en el título que en el individuo, su pesar fue de corta duracion, pensando que al fin siempre quedaba baronesa.

Las brillantes fiestas preparadas en el castillo se cambiaron en fúnebres ceremonias, en las que Mr. Dupuis desplegó un lujo y una magnificencia dignos de su fortuna, de su orgullo y de su yerno.

Los aldeanos no vieron en aquel acontecimiento mas que un castigo del cielo, y el efecto de la maldicion de Dubois y de su muger contra el seductor de su hija Teresa.

Mucho tiempo hacia que deseaba Athenais dejar la provincia para fijarse definitivamente en Paris, y en aquel acontecimiento encontró un pretesto para realizar sus mas ardientes deseos. Como que el castillo hacia parte de su dote, manifestó á sus parientes lo penoso que la seria pasar el tiempo de luto en aquella residencia.

Mr. y Mad. Dupuis creyeron acertadas las observaciones de su hija, y fueron á instalarse con ella en Paris.

Diez y ocho meses despues cambiaba la baronesa su nombre por otro mas vulgar, pero elegido por su corazon. Asi, pues, á pesar de su padre, y principalmente de su madre, que veia con pena que renunciase su hija el título de baronesa, dió su mano á Mr. Ressac.

La espléndida morada en que el primer matrimonio de Athenais habia tenido tan estraño resultado habia quedado confiada á un conserge. Aquel hombre que participaba de las ideas del vulgo sobre la muerte del baron Horacio, se habia apresurado á cerrar la habitacion del baron en seguida que sus amos partieron para París. A tanto habia llegado la supersticion, que habia quedado abandonada aquella parte del edificio, cuan-

do dos años despues se decidieron los nuevos esposos Mr. y Mad. Dupuis á pasar el buen tiempo en aquella residencia.

Mr. Ressac, que habia vivido mucho tiempo en las colonias, tenia un mono de la especie de los mayores. Fabio (este era su nombre) tenia el privilegio esclusivo de servir á su amo á la mesa. De pie, detrás de su silla, con la servilleta al brazo, ninguno mudaba los platos ni echaba de beber á Mr. Ressac mas que él, cumpliendo con su encargo con notable destreza. Si algun criado queria suplantarle en sus atribuciones, Fabio le enseñaba una fila de dientes que no le dejaban ganas de volver á entrometerse en negocios agenos.

Por supuesto el mono favorito no podia faltar en el viage. Como que siempre habia estado encerrado todo el tiempo que habia permanecido en París, esperimentó la satisfaccion de un prisionero á quien se devuelve la libertad. Asi pues, apenas llegó al castillo, cuando se puso á recorrer con alegría los jardines y bosquecillos. Tanto se entretuvo con sus saltos y sus monerías que se le olvidó completamente su servicio habitual. Las ocupaciones propias en un dia de llegada hicieron tambien que sus amos no se acordasen de él, de modo que llegó la noche sin que Fabio se hubiese decidido á volver á su puesto.

Pero si las frutas que se habia comido le hicieron olvidar la hora de la comida, no sucedió lo mismo con la de acostarse. Fabio sentia mucho el frio, y hacia mucho tiempo que habia perdido la costumbre de dormir en campo raso. Aproximóse pues al castillo con la idea de buscar un abrigo; pero la desgracia hizo que todas las puertas estuviesen cerradas. En vano fue que diese vueltas y mas vueltas, pues no encontró entrada ninguna. Cansado de mirar inútilmente las puertas, levantó la vista y vió una ventana abierta. Trepó á un árbol, y desde allí de un brinco se puso en la ventana, encontrándose en un corredor húmedo y deshabitado. Como que tenia la costumbre de dormir al abrigo en un tapiz ó una estera, no pudo resignarse á pasar alli la noche, y principió á andar á tientas por todas partes, hasta que encontró una puerta entornada. Empujóla, y se encontró en una habitacion cómoda, por cuya razon se decidió á acostarse alli.

IV.

A la mañana siguiente visitaban Mr. Ressac y su muger todas las habitaciones del castillo, precedidos del conserge, quien iba abriendo las puertas.

Cuando llegaron al gabinete en que el baron Horacio habia muerto de una manera tan repentina, vaciló un momento el servidor; pero haciendo un esfuerzo, abrió bruscamente la puerta, cayendo en el suelo cuan largo era, y exhalando un triste gemido. Mad. Dupuis que le seguia de cerca, dió tambien un agudo chillido, y perdió el conocimiento en brazos de su marido, quien, á pesar de sus antiguos servicios militares, vaciló, y por poco cae tambien sin sentido.

El baron Horacio, muerto dos años hacía, estaba en el mismo camape en que murió envuelto en su bata.

Sin embargo, Mr. Ressac, ya repuesto del primer sobresalto, y menos intimidado que los otros por no haber asistido á la primera parte del drama, se adelantó al canapé.

A la esclamacion que le arrancó la sorpresa, volvió á abrir los ojos Mad. Ressac, levantóse el conserge, y fueron á ver qué era. Fabio, el mono querido estaba arropado en la bata; pero estaba muerto como el baron Horacio.

Aquella estraña coincidencia con la muerte del baron sorprendió á Mr. Ressac, quien en seguida dió órden para que se abriese un gran hoyo, en el que fue sepultado el mono con su bata, rellenándole de cal viva.

Poco tiempo despues se puso en venta el castillo, presentándose á comprarle un desconocido, que dijo llamarse Mr. Marco.

Juan Bautista Francisco, casado dos años hacia con su Petrita, se encontró un dia agradablemente sorprendido con el destino de conserge del castillo que se le daba. Pero su sorpresa fue mucho mayor todavía al reconocer en su nuevo propietario al hombre de la capa, quien, gracias á su recompensa por una sencilla accion, era la causa de la felicidad que gozaba. Asi pues entró con gran placer á su servicio, satisfecho de saber por último el nombre que se le habia ocultado por tanto tiempo.

Mr. Marco, propietario de una rica posesion y muy jóven todavía, vivia muy re-

tirado. Por lo comun no recibia á nadie, mas que al cura, encargado por él de repartir sus limosnas á los pobres de la poblacion.

Asi pasaron 10 años sin que cambiasen en nada los hábitos de Mr. Marco, quien siempre parecia víctima de un violento pesar. Casi nadie se acordaba ya de los acontecimientos del castillo cuando su nuevo propietario murió. En su testamento dejaba todos sus bienes á los pobres, á escepcion de una bonita granja que con sus dependencias dió á Francisco en remuneracion de sus servicios.

En el inventario de sus papeles se descubrió uno que dió bastante luz sobre la estraordinaria muerte del baron Horacio, y por consiguiente de la del mono Fabio.

Vamos á trascribirlo testualmente:

«Iba á ser esposo feliz de Teresa Dubois cuando la fatalidad hizo que viniese á este pais el baron Horacio: no contento con haber destruido mi felicidad con su presencia, hizo lo posible por desembarazarse de mí, que le estorbaba en sus culpables proyectos, mandando que me asesinasen. Sin embargo, pude escapar milagrosamente del puñal de los asesinos; y sin tratar de perseguirlos, viéndome vendido y abandonado por Teresa, dejé que corriese la noticia de mi muerte, y me embarqué para Santo Domingo.

Por fin llegué, desesperado y con el corazon henchido de un violento deseo de venganza. Nada pudo calmarme, ni los cuidados de un tio fijado muchos años hacia en aquella colonia, ni la ternura de un padre, quien no tardó en reunirse conmigo.

Bien pronto sentí nuevos pesares: la muerte de mi padre y de mi tio, casi consecutivas, me dejaron solo y entregado á mí mismo.

Siempre perseguido por una idea fija, la venganza, busqué y logré encontrar, ayudado de uno de mis negros, la composicion de un veneno muy activo que pudiese obrar esteriormente. Despues de haberme asegurado de su eficacia en varios animales, preparé una bata de gran precio, y como bastaba el calor de una persona para que el veneno se introdujese por los poros, volví á Francia con la firme resolucion de hacer que llegase á las manos del baron Horacio.

¡Teresa no existia! y el baron iba á casarse.

Una carta sin firma anunciándole un regalo de boda de parte de un amigo, iba unida al paquete que encontré medio de introducir en su casa la noche misma de su boda.

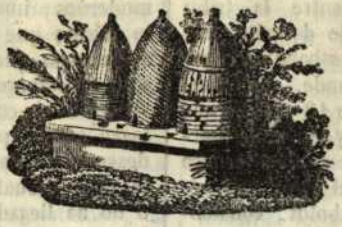
Cumplida mi venganza, creí encontrar la calma de que tanto tiempo hacía que estaba privado; pero todo fue en vano.

Desde aquella época me sentí acosado de remordimientos..... ni un instante tuve de reposo..... ¿Sería aquello un castigo anticipado?

Se dice que la venganza es el placer de los dioses; pero los dioses son inmortales, y no tienen que temer el momento terrible para un culpable..... ¡la muerte!»

Dios haya perdonado á Julio Marco.

A. S.



Estudios de historia natural.



EL CONDORO.

Cuando los viajeros exageran algun objeto de curiosidad, inducen á otros á seguir el estremo opuesto describiéndole como un objeto comun é indiferente. Esto ha sucedido con el Cóndoro. El Cóndoro, indudablemente la mayor familia en tamaño, entre la tribu alada, ha sido descrito por los primeros españoles como animal tan grande, que estendidas las alas tiene 18 pies de una punta á la otra; y de tanta fuerza que puede apresar una ternera y suspenderla en el aire; y el célebre viajero Humboldt, considerando exajerada aquella dimension, asegura que los Cóndoros que él vió en los Andes, no son mayores que los buitres del Europa. ¿Cual es pues la causa de esta discordancia? La preocupacion y desatencion de circunstancias. Los primeros viajeros admiraron la magnitud, y midieron la estension con la vara castellana, hallando 18 pies que hacen solo 12 1/2 pies en la antigua medida francesa, primera equivocacion en cuanto á la medida. Los primeros viajeros viendo la facilidad con que el Cóndoro apresa una oveja merina, que es pequeña, calcularon que podria apresar una ternera, que en el Perú no son muy grandes; y los viajeros modernos, imaginando que una ternera era lo mismo que un buey de catorce años, aseguraron que la fuerza del Cóndoro habia sido groseramente exagerada; segunda equivocacion en cuanto á la fuerza. Un viajero logró cojer, por casualidad, un Cóndoro descomunal en su especie, y otro viajero coje, por casualidad, otro que es pequeño, ó no ha llegado á su tamaño, siendo muy comun hallar gran diferencia de magnitud en los individuos de cada especie; tercera equivocacion, é incomodados con esta disparidad de circunstancias concluyen que el Cóndoro no es mayor que un buitre de Eu-

ropa. La verdad es que el Cóndoro es el mayor habitante en la region del aire, que tiene desde una á otra estremidad de las alas de trece á diez y seis pies castellanos; de tres cuartas á una vara de alto, el cañon de las plumas mas largas media pulgada de grueso; que apresa con facilidad una oveja, y quizás tambien una ternera de pocos dias; que no vuela con la presa, sino solo la levanta diez ó quince varas y la deja caer, lo que repite algunas veces hasta que el animal queda muerto con los golpes que al caer da sobre las piedras, y entonces lo devora quietamente hasta saciarse.

Las propiedades del Cóndoro son tambien estrañas, guardando proporcion con su magnitud. Su habitacion favorita son las cumbres mas elevadas donde no hay vegetacion; en una atmósfera tan rarificada que ningun otro animal puede vivir en ella; y con todo se remonta millares de pies sobre aquellas cimas nevadas. Su vista y olfato deben ser sumamente finos para descubrir la presa, ó dirijirse á la res muerta en valles muy distantes. No se sabe si hace nido ó no, no habiéndose jamas descubierto donde pone sus huevos, ni el proceso de su incubacion, por estar fuera del alcance del hombre; pero no hay duda en que el Cóndoro es peculiar á los Andes, y que en propias estaciones hace sus visitas por el Norte hasta el istmo de Panamá, y por el Sur hasta la jurisdiccion de Juijuí, y aun los campos de Santiago del Estero.

E. I.

NOTICIA DE ALGUNAS GRUTAS Y CAVERNAS CURIOSAS.



Pocos objetos se ven en la naturaleza que esciten mas la curiosidad ó sorprendan la imaginacion á primera vista, que las grutas ó cavernas que en varias partes del mundo se hallan en las entrañas de las rocas. La novedad que ocupa la mente del que va á entrar en estos subterráneos estraños, la parcial ó total oscuridad que la vista encuentra á la entrada, el silencio espantoso que reina en aquellos lúgubres senos de la tierra, la débil luz que la pálida llama de la hacha embreada, llevada por el conductor, refleja en la roca ó se pierde en la dilatada cavidad, la ignorancia de la estension del lugar y la insuperable idea de poderse uno engolfar en peligros desconocidos, todo conspira á producir en la mente del curioso viajero un sentimiento de temor reverencial mezclado con una sensacion sublime de placer inesplicable. La naturaleza de estas impresiones, por fuertes y grandiosas que se sientan en el alma, escede la espresion de la lengua y la descripcion de la pluma; sin embargo, las relaciones de los viajeros que han visitado las mas celebradas grutas y cavernas, no dejarán de ser interesantes á nuestros lectores, y para que estas noticias produzcan mas efecto, haremos de antemano algunas observaciones generales, con respecto á la formacion de estas escavaciones singulares, informacion que asistirá en mucho á su inteligencia.

Se hallan las grutas comunmente en las rocas compuestas de piedra calcárea, siendo esta sustancia mas facil de disolverse en agua, á cuya causa se atribuye la formacion de estas escavaciones naturales. Si se considera el largo curso de tiempo, en el que estas causas naturales van operando, aunque lentamente, no será dificil imaginar cómo un manantial, por pequeño que sea, pueda en el espacio de muchos siglos causar una escavacion espaciosa, fluyendo gota á gota por la imperceptible hendidura de un lecho calizo naturalmente blando.

La apariencia mas comun é interesante que presentan las grutas es la formacion de aquellas piedras trasparentes llamadas *estalactitas*, palabra griega que significa destilacion de gota en gota. Cuando el agua filtra por los intersticios de alguna piedra calcárea disuelve las partes mas sutiles del mineral, y llegando á alguna abertura en el hueco de la roca, forma una gota cuya humedad, evaporada pronto por el aire, queda formada como una cuenta de vidrio; á esta gota sucede otra, la que congelada por la misma causa, añade una capa á la antecedente, y asi va creciendo progresivamente, y formando figuras caprichosas segun la situacion; si por los lados, proyecta en conos mas ó menos regulares, si por el techo, va descendiendo perpendicularmente, del mismo modo exactamente que se forman los cerriones con las gotas de agua helada que van cayendo de las canales; con la sola diferencia de que, siendo estos formados de agua pura, no tienen mas consistencia que la del hielo, mientras que las estalactitas, siendo formadas por la solucion de las partes calcáreas mas finas, son verdaderas petrificaciones. Cuando esta solucion calcárea es muy débil por la mucha cantidad de agua, no pudiéndose congelar, cae al suelo de la caverna donde se va endureciendo y formando otras estalactitas creciendo hacia arriba, pero no tan regulares ni tan trasparentes como las que cuelgan del techo; á estas concreciones que se hallan en el suelo llaman los naturalistas *estalagmitas*. Sucede frecuentemente, que siguiendo este proceso sin interrupcion, las estalactitas que cuelgan de la bóveda, y las estalagmitas que se levantan del suelo llegan á juntarse, formando pilares naturales que al parecer sostienen el techo de la gruta, y las formas caprichosas que asumen las estalactitas, y las columnas naturales que llegan á formarse, son las circunstancias que mas llaman la atencion á los que ven por la primera vez alguna de estas grutas estalactíticas.

El color y apariencia de las incrustaciones que cubren el techo y paredes de estas grutas varian, por consiguiente, segun la naturaleza de la roca en que están situadas: cuando esta es *gipsosa*, ó de piedra espejuelo, las estalactitas tienen la apariencia de cristales mas brillantes que las formadas de la roca calcárea; pero estas circunstancias son de mayor interés para el viajero que para el lector, no pudiéndose formar idea exacta de estas curiosidades de la naturaleza por medio de descripciones; sin embargo la que hacemos de la gruta de Antiparos, aunque no tan estupenda como la de Guacharo en la Nueva Andalucia, Méjico, es mas adaptada para representar la apariencia de estos subterráneos brillantes.

Gruta de Antiparos.

La celebridad de Antiparos, pequeña isla del Archipiélago griego, es debida enteramente á la espaciosa y hermosa gruta que se halla en ella. Aunque el conocimiento de esta famosa escavacion ha sido sin duda muy antiguo, hallándose inscripciones de varias personas célebres en la historia griega, la noticia de su interior estuvo perdida por muchos siglos, hasta que Magni, viajero italiano, entró en ella á mediados del siglo diez y siete. Tournefort y otros la visitaron despues, y dieron noticias de su estructura, removiendo las exageraciones fabulosas de esplendor y magnificencia que se habian propagado desde el tiempo de su descubrimiento.

Se entra por un arco bajo, como de treinta pies de ancho, que se presenta al lado de un peñasco, donde atada una cuerda á uno de los pilares que estan á la entrada, sirve al curioso viajero para descender á la gruta, y salir de ella. Varios descensos de mayor ó menor declive ayudan á bajar hasta la mitad del camino, y el resto, estando muy resbaladizo por la humedad que trasuda la roca, requiere valerse de escaleras tendidas, ó irse descolgando lentamente. Al fondo de este pasaje hay una roca que parece cubrir la entrada, y dando una vuelta pequeña se entra en un vasto salon, cuya magnitud no se puede percibir por entre la débil luz de

las hachas que llevan los conductores, hecha mas opaca con las copiosas y húmedas exhalaciones que llenan aquel espacio. La bóveda y las paredes están cubiertas de inmensas incrustaciones de la materia calcárea que forma las suspendidas estalactitas, las levantadas estalagmitas, ó las muchas columnas formadas por la union de estas dos petrificaciones. Formadas estas concreciones de una materia lentamente depositada, han asumido formas tan caprichosas que parecen juguetes de la naturaleza, mientras que la blanca brillantez del relumbrante espato, causada por la luz de las hachas, parece justificar la exagerada descripcion de techo de diamantes, paredes de rubíes, y columnas de cristal puro. En algunos parages se ven estas concreciones colgando en figura de cortina, de gran trasparencia cuando median entre la luz y el espectador. La variedad de hendiduras en la roca, dando direccion á las formas de todas estas disposiciones que trasudan del mineral, las hacen corresponder en forma á aquellas; si la hendidura es redonda produce un cono; y si larga y angosta producirá un velo ó lámina delgada de cristal.

En medio del gran salon hay una estalagmita notablemente grande y hermosa, de mas de veinte pies en diámetro, y veinte y cuatro de alto, llamada el Altar, desde que el marqués de Nointel, embajador de Luis XIV en Turquia, hizo celebrar en esta gruta una misa solemne en 1673. Mas de quinientas personas asistieron á esta ceremonia, y durante toda la festividad, que duró tres dias, estuvo el lugar alumbrado con 100 hachones de cera, y 400 lámparas; evento estraordinario que aquel caballero hizo recordar en una inscripcion hecha en la basa del altar. Facil será á nuestros lectores imaginar, que la vista de un templo natural, y tan grandioso en la ocasion, escitaria en los circunstantes sentimientos muy sublimes de devocion al Autor de la naturaleza.

El largor de la gruta de Antíparos, desde la entrada hasta la parte mas remota visitada hasta ahora, es cerca de 400 varas castellanas; la anchura del salon es mas de 100 varas, y el suelo mas bajo de la gruta está como 90 varas de profundidad desde el terreno donde está la primera entrada. Toda la estension de este singular subterráneo no está averiguada, habiendo todavia muchos recesos por esplorar.

No siéndonos posible mencionar las grutas abundantes en estalactitas que se hallan en casi todos los paises del globo; la noticia, aunque superficial, que hemos dado de la de Antíparos servirá para entender la naturaleza de otras de la misma especie: y ahora mencionaremos una caverna ó cueva famosa de basalto que hay en Escocia, para la inteligencia de las otras de la misma especie.

Cueva de Fingal en Escocia.

En una de las pequeñas islas que hay al occidente de Escocia, llamada Staffa, está la cueva de Fingal, muy celebrada por su apariencia hermosa y singular. Las ásperas rocas de que está cubierta esta isla, se componen de una especie de mármol negro parecido al hierro, bien conocido en la geologia por el nombre de basalto. Esta roca de que hablamos, tendrá como 112 pies sobre el punto mas alto de la marca, y al lado meridional, donde está la cueva, las columnas de basalto tienen dos pies de diámetro. Estas columnas rara vez están derechas, y sin embargo, mirado el conjunto de ellas en masa, presentan á la vista una apariencia de regularidad arquitectónica, la cual, aunque exagerada en los diseños y grabados, sorprende estremadamente al espectador y confirma el cáracter peculiar que distingue á esta famosa curiosidad.

A la estremidad oriental de una roca de estas columnas descubre el viajero la entrada de la cueva, cuyos lados están compuestos de estos pilares basálticos, soportando un arco irregular, y estendiéndose bajo la superficie de la isla á la profundidad de 250 pies castellanos; el ancho á la entrada tiene 44 pies, y la altura de las colunas á la izquierda es de 57 pies, mientras que las otras á la derecha no son mas de á diez y nueve pies, á causa de una calzada formada de porciones de las columnas que por aquel lado corren adentro de la mar, lo que disminuye la altura de los pilares que sostienen el arco por aquel lado. La altura de la bóveda disminuye á proporcion que se va estendiendo al interior; á la boca tiene setenta y dos pies de alto desde la superficie del agua, y va disminuyendo hasta cuarenta y ocho. El efecto que presenta á la vista la bóveda es tan vario como singular: en unos parajes se compone de partes de columnas basálticas, semejante á un pavimento

de mármol negro, y en otras no se descubre mas de la superficie áspera de la roca desnuda, mientras que en otras partes hay estalactitas mezcladas con las columnas, añadiendo con sus colores al efecto pintoresco que causa la luz reflectada de la superficie del agua que llena la cueva hasta el fondo, en menos de diez pies á bajamar. En este estado se puede llegar en un bote hasta el fondo, si el tiempo está bonancible; pero en tiempo borrascoso, cuando agitadas las olas con la furia peculiar de las altas latitudes, entran en la cueva estrellándose contra las murallas basálticas, el rujido de las aguas embravecidas, aumentado por el horrendo eco de la bóveda, presentan á los sentidos una escena de grandeza tan terrible que no hay espresiones para describirla. El lado de las colunas mas cortas que forman la calzada mencionada antes, continua por la cueva formando una senda irregular, y á veces interrumpida, y por la que una persona intrépida puede caminar á pie hasta la estremidad; pero si en tiempo sereno y á bajamar es peligroso, en altamar ó tiempo tempestuoso es absolutamente imposible.

En los paises abundantes en volcanes se hallan algunas cavernas por cuyas hendeduras salen gases y vapores mortíferos. La mas celebrada de todas estas es la GRUTA DEL PERRO, junto á Pozzuoli, cuatro leguas de Nápoles. Esta cueva es pequeña, no teniendo mas de doce pies de largo, seis de ancho, y ocho de alto; se levanta constantemente del suelo una especie de aire mortífero, conocido entre los químicos por el nombre de gas ácido carbónico, estremadamente fatal para la vida. Siendo este gas mas pesado que el aire comun atmosférico, queda estendido sobre el suelo como una capa de humo trasparente de dos ó tres pies de grueso, por lo que un hombre ó animal que permanezca á cuatro ó cinco pies del suelo, no recibe daño alguno porque respira el aire comun que está sobre el gas deletéreo; pero cuando un perro ú otro animal pequeño entra alli, y aspira aquel fluido pernicioso, queda insensible, tanto que si no se saca fuera inmediatamente, morirá. Las agonias que padece el animal son grandes, toda su naturaleza se estremece, y si sacado en tiempo se recobra, queda en un estado de postracion que apenas puede mantenerse. Algunos que viven junto á esta gruta mantienen perros para hacer estos crueles esperimentos, á fin de alhagar la curiosidad de aquellos viajeros que tienen mas dinero que humanidad, ó que dotados de poco entendimiento, no pueden comprender sino lo que perciben por los sentidos materiales. De esta práctica de atormentar perros proviene el nombre que los italianos han dado á esta cueva «GROTTA DEL CANE.»

La GRUTA DE LAS SERPIENTES es otra cueva pequeña que se halla dos leguas distante de Braccano en Italia, cuya singularidad consiste en los fuertes silvidos que hace el aire que se escapa por una gran multitud de aberturas que hay en la roca; lo que en tiempos de grande ignorancia produjo el error grosero de que todos los intersticios de la gruta eran moradas de serpientes.

E. I.

LA MARQUESA DE GUADAIRA.



En medio de una de las espaciosas naves que forman la catedral de Sevilla, se elevaba en una tarde de otoño lluviosa y fria, un magnífico catafalco, que por la suntuosidad de los paños que lo cubrian, y la multitud de luces que lo rodeaban, daba muestras de estar destinado á recordar y honrar la memoria de alguno que en el mundo habia ocupado un lugar distinguido. Multitud de personas cumplian, al parecer, estos deberes religiosos de la última amistad, denotando bien todas ellas por sus trajes y modales, pertenecer á una clase elevada, así como por la tranquilidad de sus rostros y frecuentes conversaciones que entre sí tenian, por cierto muy agenas del recogimiento del dolor, que la persona á quien tributaban el obsequio de su asistencia en aquel funeral, si bien no les era desconocida, era para ellos de todo punto indiferente, casi puede decirse: murmuraba un viejecillo al oido de un apuesto mancebo, que era una fortuna para él el hallarse á las horas estas, si no hecho polvo debajo de tierra.

—El marquesado de Guadaira no podia en diez años cubrir con el importe total de sus rentas las deudas que tenia ya contraidas el que ya no nos escucha. Por otra parte, su hija le ha dado mil disgustos, que segun yo creo, no poco han contribuido á acelerar su muerte.

El marqués por una parte descuidó mucho su educacion, y por otra, como su madre no era de la clase mas distinguida, no es estraño que no inculcase bien á su hija los deberes que su nacimiento le imponia; así que se enamoró de un hidalguillo aventurero, y no poco tuvo que lidiar su padre para impedir un enlace tan desigual y poco conveniente.

—Es intolerable, contestó el otro, el orgullo y necias pretensiones de esos hidalguillos: con tener cuatro terrones de tierra, y saber manejar una espada, se olvidan de su orígen rastrero, y quieren hombrearse con los que contamos una série, no interrumpida por muchos siglos, de gloriosos ascendientes.

—Qué quereis! las guerras han hecho necesario el servicio de esos hombres; algunos se han distinguido en las batallas, y ya por eso se han creido colocados en el rango de unos grandes hombres.

—Pero volviendo al difunto marqués, si no me equivoco, en otra ocasion os oí decir que ese amante plebeyo de su hija, habia salido de Sevilla.

—Sí, pero ha vuelto de nuevo: vedle allí, y mucho me temo que no oculte pronto su nombre con el título de marqués de Guadaira.

—Es un arrogante mozo, ya lo veo, sin duda ha venido aquí para contemplar su triunfo en la muerte del marqués.

—No creo yo que pueda aun cantar ese triunfo que vos decís, que sin duda él pretende. La jóven marquesa tiene aun deudos muy inmediatos, y segun pienso por su edad, vivirá aun algunos años bajo la proteccion de un tutor, y es regular, que estos cuiden de que no imprima una mancha tal en su linaje.

Con efecto, durante esta conversacion, habia estado confundido entre el pueblo, que ávido en todos tiempos de espectáculos, no habia desperdiciado la ocasion de asistir á

unos tan suntuosos funerales, un mancebo de unos veinte y cinco años, de gallarda presencia, aunque sobre su ropilla ni sobre su pecho brillaba ninguna de las insignias que en aquella época distinguian á los caballeros pertenecientes á la alta nobleza. Despues de haber permanecido un largo rato en silencio é inmovil como cualquiera de las estátuas de mármol que adornaban los cuatro ángulos del catafalco, fijó por última vez sus ojos penetrantes sobre aquel aparato mortuorio donde vió brillar las armas de la casa de Guadaira, y santiguándose, hincó la rodilla ante el altar, y volvió sus espaldas dirigiendo sus pasos hácia el gran patio de cipreses y naranjos que sirve de vestíbulo á la magnífica catedral de Sevilla.

Allí permaneció largo rato, dando vueltas de un lado á otro con paso desigual y agitado, con ademan sombrío y con señales de estar ocupado en los asuntos mas graves é importantes de su vida, hasta que concluida la ceremonia y dispersada la gente que á ella habia concurrido, se encontró sin mas compañía que la de los vetustos cipreses, y la de las aves nocturnas que saliendo del inmediato alcázar venian, á favor de las sombras de la noche que ya comenzaban á estenderse sobre las torres de Sevilla, á revoletear al rededor de las lámparas que dia y noche arden en aquellos augustos y santos lugares. Entonces volvió en sí, y como recapacitando sobre el sitio en que se hallaba y la hora que era, abandonó el lugar sagrado donde habia pasado la tarde, y dirigiéndose por calles estrechas y tortuosas, fue á parar en las afueras de Sevilla, á parage desde el cual se descubre el rio, en el que se veian á merced de la luna los mástiles de muchas naves mercantes, y los gallardetes de una flotilla que á la sazon estaba anclada en él. El jóven fijó sus ojos en aquellas naves, las contempló por un momento, y despues siguió á paso lento su camino hasta que llegó delante de las tapias que circuian el jardin de una casa antigua y espaciosa que desde lejos se divisaba. No bien hubo llegado, cuando á una seña que hizo se abrió una puerta escusada, y fue introducido al jardin, y desde allí á una habitacion, casi régia, por el lujo que en ella se desplegaba, y por la suntuosidad y riqueza de los muebles que la componian.

Sobre un sillon de terciopelo estaba recostada una jóven vestida de negro, blanca como el alabastro, y pálida como la cera, en cuyas facciones estaba marcado un sello de profunda tristeza que daba á su semblante una espresion vaga y angelical.

—No podrás quejarte de mí, Hernando, dijo la jóven al recienvenido; hoy hace un mes de la muerte de mi padre, y ocho dias de tu vuelta á Sevilla, y ya he accedido á tus deseos, proporcionándote una entrevista, cuya necesidad no alcanzo yo ahora. Con todo, he querido verte, y tambien tenia necesidad de hablarte.....

—¿Con que no te has olvidado de mí?

—Olvidarme! y lo has podido tú creer, Hernando?

—No lo sé, Isabel; pero cuando considero la desigualdad de nuestras clases y la distancia inmensa que nos separa, he podido creerlo todo. Ademas ahora, si me quieres, ya eres libre, puedes hacerme feliz.

—Feliz! te olvidas de mi edad: ¿no sabes que á los diez y ocho años no soy dueña de mis acciones, y que un tutor ocupará ahora el lugar que mi padre ha ocupado hasta aqui?

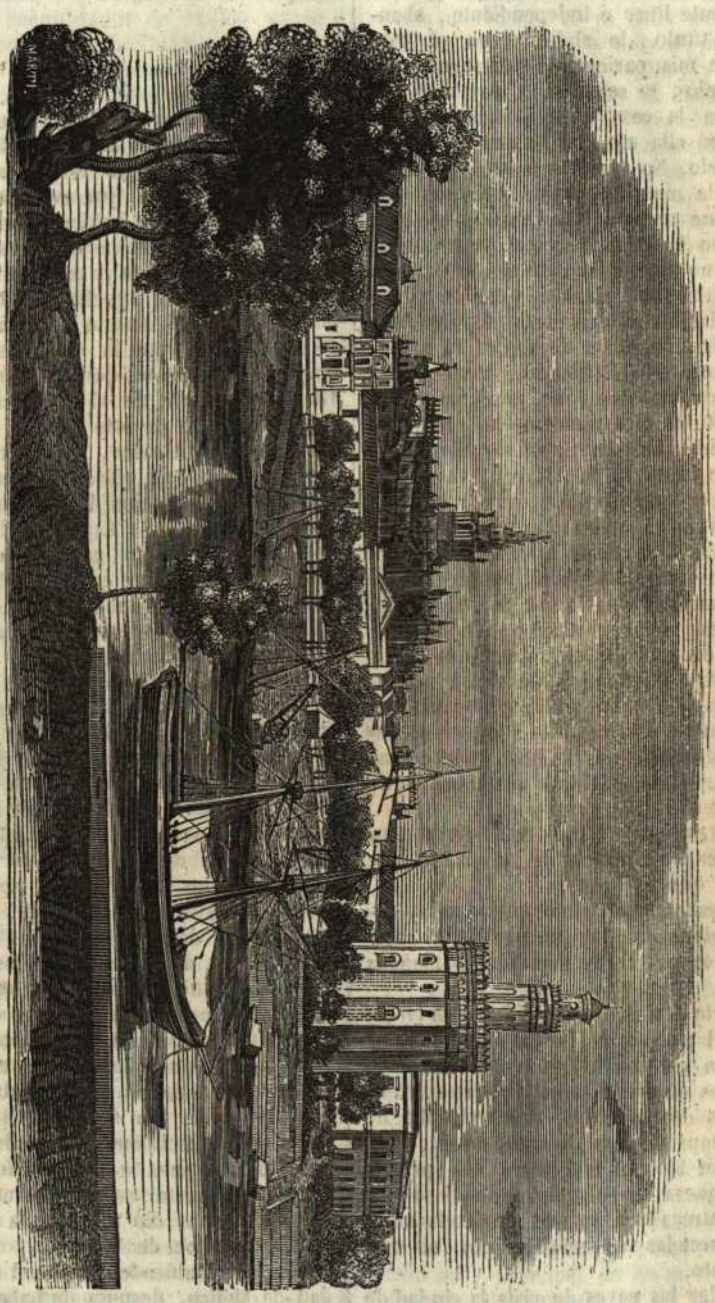
—Sí; pero por un tutor no tendrás las atenciones y respetos que por un padre justamente has tenido; puedes desobedecerlo.

Un tutor no podrá nunca violentar tu voluntad.

—Tratándose de mi enlace contigo, él y cualquiera de mis parientes puede invocar las leyes, acudir al mismo Rey, é impedir un matrimonio que ellos llaman desigual, y que para mí vale mas que el enlace mas ventajoso que ellos pudieran ofrecerme.

—Ah! tú no me amas! si me quisieras como yo te quiero, tu nueva posicion te habria infundido, cual á mí, las mas dulces esperanzas. Tú lo atropellarias todo: te sobrepondrias á todo, y únicamente pensarias en ser mia, en unirte para siempre á mí. Pero tú no has olvidado enteramente que eres marquesa de Guadaira, y la inmensa distancia que hay entre los dos.

—¿Por qué eres tan cruel, Hernando? ¿No estás persuadido de que te amo? ¿No te he dado bastantes pruebas de mi cariño? ¿Crees tú que hubiera introducido por una puerta oculta hasta lo interior de mi casa á uno á quien no amára tanto como á tí? ¡Ah! ¡Hernando! Yo sé bien que la muerte de mi pobre padre no ha allanado todos los obs-



Vista general de Sevilla.

táculos que se oponian á nuestra union. Con todo, si tú lo quieres, y no te es posible esperar á que llegue á una edad en que sea completamente libre é independiente, abandonaré mi título, lo abdicaré en el mas próximo de mis parientes, y te seguiré. Sí, Hernando mio, te seguiré, y por muy pobre que sea la casa que tú habites, seré muy feliz en ella con tal de que esté siempre á tu lado. No temas que esté triste, ni que eche de menos el fausto y las riquezas que aquí me rodean. Este palacio es para mí sin tí un horrible desierto, una tumba, porque yo no vivo donde tú no estás. ¿Lo quieres? Habla una palabra, y dejaré gustosa de ser la ilustre marquesa de Guadaira por adquirir el nombre de esposa tuya.

—No, no, dijo Hernando, cuyo pecho palpitaba con violencia; no perderás tú los honrosos títulos que ganaron tus mayores para descender hasta mí; yo soy el que debo elevarme hasta tí. Sí, Isabel, yo adquiriré gloria, y haré servicios tales á mi patria y á mi Rey, que mi nombre sea glorioso. Mañana á la tarde sale de este puerto una escuadra á descubrir nuevas tierras y nuevos mares. Yo parto con ella. Si consigo lo que deseo, si se realizan mis sueños, no lo dudes, cuando vuelva, el nombre de tu Hernando será un nombre de gloria, el pabellon de Castilla habrá ondeado por mis manos en mundos desconocidos, habré ensanchado los dominios de mi Rey, y este añadirá á mi nombre un título glorioso que no sea inferior al tuyo.

—¿Quiéres ausentarte? No, Hernando, no lo consentiré; dispon de mi mano, de mí. Has lo que quieras.

—No, Isabel, no quiero que te arrepientas, no quiero que por mí pierdas el aprecio de los tuyos. Estoy decidido, y mañana parto.

En efecto, al siguiente dia por la tarde, casi todo el pueblo de Sevilla estaba en el puerto para ver salir algunas cuantas naves que cargadas de aventureros dirigian su rumbo á mares desconocidos. Hernando iba de pie en la popa de una de estas naves, y sus ojos estaban fijos en una torre del palacio de la marquesa de Guadaira, donde se veia á Isabel entregada á la mas profunda aflicion, y surcadas sus megillas por el mas acerbo llanto.

Al perder las naves de vista la ciudad de Sevilla, Isabel cayó desmayada en los brazos de su doncella, y una gruesa lágrima rodó por las megillas de Hernando, que separándose de la cubierta, fue á ocultarla de sus compañeros de viage.

II.

Habian pasado ya algunos meses cuando Isabel recibió cartas de Hernando que hacia ya algun tiempo que estaba en América. Muchas habian sido sus desventuras y desgracias, mas al fin habiendo hecho conocer su mérito, sus talentos militares, y su valor á D. Diego Velazquez, gobernador de una de las Antillas en aquella época, habia obtenido de éste el mando de una escuadrilla de diez naves, con la que debia partir en busca de continentes desconocidos. «Mañana, 18 de noviembre de 1518, decia Hernando á Isabel, salgo de este puerto, y si mi corazon no me engaña, muy pronto habré descubierto nuevos reinos, que hagan inmensurables los dominios de la corona de Castilla. A mi vuelta á España recibiré sin duda el premio de tan grandes servicios; el Emperador me dará en título alguna de las tierras por mí descubiertas, y entonces nadie podrá ya oponerse á nuestro enlace ni á nuestra mútua felicidad.»

Isabel no participaba de las esperanzas de su Hernando. Como pasaron despues muchos meses sin que supiese de él, la melancolía de su espíritu influyó bien pronto sobre el físico. La palidez de la muerte sustituyó al rosado carmin que en tiempos mas felices habia esmaltado sus megillas: sus ojos se hundieron en el interior de sus órbitas, y encerrada en su palacio se negó absolutamente al trato de sus amigos, y aun al de sus mismos deudos. Pasaba los dias enteros en la azotea de su casa, con los ojos clavados en el Guadalquivir, contemplando su curso, y el parage donde habia desaparecido á su vista la carabela donde por última vez vió á su Hernando. Entre tanto este, siguiendo el rumbo de los que le habian precedido, llegó á la isla de Cozumel, donde halló á un español llamado Gerónimo de Aguilar, que despues le sirvió de intérprete durante la conquista; en seguida, navegando por el rio Grijalva, dió una batalla que le facilitó la posesion de Tabasco.

En fin, habiendo llegado al reyno y ciudad de Méjico, despues de haber tenido que calmar varias sediciones entre los suyos, trató y combatió contra el gran Emperador Mo-

tezuma, quedando al fin este dilatado y rico imperio, gracias á los esfuerzos de Hernando, tributario y súbdito de los Reyes de España. El conquistador de Méjico volvió á Sevilla despues de haber admirado al mundo con sus proezas; pero era ya tarde para lograr la felicidad que tan justamente merecia. Las penas habian agravado de dia en dia el estado de Isabel: cuando Hernando llegó á Sevilla, esta pudo certificarle su amor y su constancia; pero no pudo ser su esposa, porque la muerte la sobrecogió en lo mas brillante de su carrera, y una semana despues de la llegada de Hernando.

Este recibió del Emperador Cárlos V. de Alemania y I de España el título de marqués del valle de Oajaca, pero aunque no fue recompensado cual sus méritos y servicios merecian, él ya nada deseaba. Se retiró á Castilleja de la Cuesta, pueblo pequeño á media legua de Sevilla, y allí hizo una vida obscura é ignorada. El dia 2 de Diciembre de 1547 murió este grande hombre, y aun vive, y vivirá eternamente el nombre de Hernan Cortés. Se dice que antes de morir todos los dias festivos venia desde Castilleja á Sevilla para orar sobre el sepulcro de Isabel. Despues al declinar la tarde se volvia á su ignorado retiro.

(*D. H.*)

RITOS DE LOS TURCOS.



Fundada la Religion Cristiana sobre la antigua del pueblo de Dios, y siendo la Mahometana una mezcla de las dos, no es estraño que todas tres convengan en los preceptos del Decálogo, ó Mandamientos de la Ley de Dios como llamamos, porque á la verdad, no puede haber religion sin estos preceptos fundamentales. Hay, sin embargo, en las tres religiones mencionadas algunos ritos, que sin estar prescritos en aquellos mandamientos son igualmente observados por Cristianos, Judios y Mahometanos; por ejemplo, la Cuaresma y la Pascua.

Vamos á dar alguna idea sobre la Cuaresma de los Turcos llamada *Ramazan*.

La voz *Ramazan* es el nombre del octavo mes en el año de los Turcos; y principiando siempre su Cuaresma en el primer dia de este mes, ha tomado su nombre. En el calendario mahometano se llama «*Saum ur Ramazan*,» Ayunos de Ramazan; y es uno de los mas famosos ritos de su religion, de la mas escricta obligacion canónica, y uno de los cinco puntos fundamentales en que está fundado el *Islamismo* ó Creencia, siendo los otros el creer en un solo Dios y su profeta Mahoma; las oraciones diarias; el dar limosna; y el visitar, si fuere posible, el templo de Meca.

Los meses Turcos son lunares, y el primer dia del mes es por consiguiente el primer dia de la Luna. La astronomía entre los Turcos ha hecho tan poco adelantamiento, que no saben calcular todavía el punto en que la Luna está en conjuncion como dicen los astrónomos, ó en novilunio como llamamos nosotros, y solo la conocen por su primera aparicion. La importancia de fijar con precision el tiempo exacto en que ha de comenzar el Ramazan, hace necesario observar con el mayor cuidado la primera aparicion lunar, tomándose todas las precauciones posibles para descubrirla cuanto antes; atencion muy principal de los magistrados en las ciudades del imperio, y de los ministros de la religion en la capital. Los Muezines se colocan en los minaretes ó torrecillas de las

mas altas mezquitas, y pasan la noche espiando el primer momento de la aparicion de la Luna nueva. Si sucede que el tiempo está nublado y no se puede descubrir la Luna hasta dos dias despues, continuarán los dias de ayuno dos dias mas de la Luna siguiente. El ayuno continúa por treinta dias sin interrupcion, porque los Turcos no tienen Domingos ni dias de fiesta mas que los de la Pascua.

Se puede asegurar sin temor de contradiccion, que en ninguna religion conocida hay un ayuno mas rigoroso que el Ramazan de los Mahometanos; es á la verdad una cruel penitencia para los estómagos Turcos, pues que por todo un mes seguido, desde la salida del sol por el horizonte hasta su ocaso á la tarde, no es permitido á ningun Mahometano tomar la mas mínima partícula de alimento, ni una gota de agua, ni oler flores, ni, lo que es mas sensible á muchos, fumar tabaco. Los dispensados de esta obligacion son muy pocos, no permitiéndose sino á los niños, á las mugeres que crian, á los enfermos, á los muy ancianos, y á los viajeros en los dias de camino; mas todos estos, escepto los niños, estan obligados á hacer otras obras de conmutacion; y el Musulman que se ha descuidado de algunos ayunos hasta la hora de su muerte, no podrá salvar su alma sino por grandes donaciones de beneficencia para el público. El viajero no está dispensado de ayunar el primer dia de su camino, y si este no dura mas de un dia, no hay dispensa alguna. Para que un enfermo esté dispensado es menester que haya tenido tres calenturas antes, ó que la enfermedad sea tan peligrosa, que un médico, temeroso de Dios y de su Profeta, declare sobre su conciencia, que el ayuno puede producir fatales consecuencias.

En estas circunstancias tan apuradas de no poder comer, beber, ni fumar, no le queda al religioso Musulman otro remedio para entretener el hambre, sino echar mano al rosario. Nuestros lectores deberan saber, que muchos años antes que el rosario fuera introducido entre los Cristianos, todos los Turcos, escepto los pobres trabajadores, llevaban un rosario al cuello ó á la cintura, hecho comunmente de huesos de dátiles ó de palmichas de las palmas mas inmediatas á Meca; y no tenemos duda en que Santo Domingo tomó la idea de alguno traido á él por los misioneros de Jerusalen, donde cada Turco ha tenido siempre su rosario, compuesto de noventa y nueve cuentas, correspondientes á los noventa y nueve atributes que los doctores Mahometanos han asignado á la Divinidad. Es en efecto una letania por cuentas, principiando:—O Dios, único Señor, ten misericordia de nosotros. O Dios omnipotente, ten, &c. siguiendo asi hasta pasar las noventa y nueve cuentas; y si sucede que al decir el último atributo quedan dos ó mas cuentas, la letanía ha sido imperfecta, y es menester principiar otra vez. Los jóvenes, que en ningun pais son muy devotos, se estan perdiendo continuamente en su letanía pensando solo en que venga la noche; de cuando en cuando se asoman á mirar el sol, y muchos imaginan que el luminar, camina mas despacio para castigarlos; los mas famélicos aborrecen la luz del dia durante la Cuaresma, y para el Turco gloton no hay objeto mas desagradable que la presencia del sol durante el mes de Ramazan.

Si algun Turco hubiera leido al historiador Herodoto, y hubiera sabido que los Lidios entretuvieron el hambre por muchos años de penuria, comiendo un poco un dia, y jugando otro sin comer, es probable que los naipes ó el ajedrez les sirviese de mas consuelo que su rosario ó letanía; aunque es seguro, que si el juego les divertia durante el Ramazan, seria tambien su ruina durante y despues de su *Bairam* ó Pascua.

Otra circunstancia hay en el Ramazan que puede hacer el ayuno intolerable á los mortales, y esta es su mudanza en todas las estaciones del año. Como los meses de los Turcos son lunares, y hay trece lunas en cada año, es causa de que el Ramazan se vaya adelantando un mes en cada estacion. En los meses de invierno, aunque la penitencia sea desagradable, puede aliviarse pasando las noches largas de Diciembre y Enero en la cama, pero cuando cae en el verano, no parece sino que Mahoma instituyó el Ramazan para la destruccion de sus creyentes, porque no comer ni beber en los largos dias de Junio y Julio es superior á las fuerzas humanas. «En el verano es, dice un viajero, cuando si un Cristiano, despues de haber hecho una buena comida, tiene prudencia y amor por su vida, ha de evitar encontrarse con el Turco ayunador, cuyo estómago, no conteniendo mas que la bilis irritada, le pone de tan mal humor el ver un semblante alegre y satisfecho, que solo

el temor del castigo puede detenerle en matar á un *perro Cristiano* harto de carne y vino entre los hijos del profeta.» Todos los viajeros convienen en la situacion miserable á que reduce á los Turcos este ayuno de treinta dias; su semblante está tan caido que no parecen pertenecer á la clase de animales risibles; nada puede moverles á una sonrisa ni aun forzada, ni cosa alguna podrá arrancarles una mirada halagüeña. «El Turco, dice otro viajero, durante el Ramazan, está insensible á todo, escepto al voraz estímulo de su apetito; y la música, canto, danza y regocijo de los Griegos que le rodean, es para él una tentacion de desear verlos empalados, en castigo de la presuncion de estos miserables esclavos en estar contentos y ser felices, mientras sufren tanta privacion los escojidos *creyentes* de Dios, y fieles siervos del gran profeta.»

Se dice que los ricos y los grandes, para suavizar en parte los rigores de este importuno mandamiento, pasan toda la noche regalándose con la cena, el café y la pipa; y durmiendo luego la mayor parte del dia, concluyen el resto pasando las cuentas de sus rosarios. No hay duda, en que los ricos por todas partes buscan y aun hallan medios de evadir la ley de Dios y las del pais; mas, sin embargo, pasar muchas horas sentados de cuclillas, y contándose los dedos de las manos, es un estado que no se lo envidiamos, ni aun por todas las promesas de su profeta, de las cuales es una, el darle cien mugeres á cada fiel Turco en el otro mundo. Los pobres artesanos y trabajadores son ciertamente los peor librados, teniendo que trabajar todo el dia entero, espuestos al frio en el invierno, y sin poder tomar una taza de café caliente; ó espuestos al calor del verano, y sin poder beber un jarro de agua fria.

«Yo he visto á los marineros en Constantinopla, dice Mr. Turner, echarse sobre los remos en los botes casi desmayados con el sufrimiento, pero nunca vi, ni supe, ni pudo ninguno informarme, de haber oido un ejemplo de quebrantar un Turco el ayuno.» Sin embargo, por rigorosa que sea la penitencia de una abstinencia tan rigorosa y dilatada, todos convienen en que la sufren con alegría, tal es el efecto del celo religioso y entusiasta que anima á los fanáticos creyentes del Alcoran; el comercio, las fábricas, los oficios y los trabajos continuan durante el Ramazan, como en los demas meses del año, aunque es verdad que los Turcos no son muy activos en los trabajos de manos, ni en el estudio de las ciencias, y si no estan alegres, á lo menos parecen muy resignados. El verdadero Mahometano es mas escrupuloso en la observancia del Ramazan que en la de ninguno otro punto de sus prácticas religiosas; y es necesario que sea asi, pues cualquiera voluntaria transgresion de este ayuno, seria una marca indeleble de infidelidad, de apostasía, y digna de un suplicio. El testimonio de dos testigos fidedignos basta para condenarle sin esperanza de perdon; y cierto de verse anatematizado, ningun Turco despreciará este artículo fundamental de su religion.

Algunos viajeros, guiados por un espíritu sospechoso, nos dicen que los Turcos de clase superior, por grados militares, oficios de estado, ó por sus riquezas, miran el ayuno con alguna lijereza, y que á puerta cerrada toman algunos de aquellos remedios que curan ó alivian el hambre por algunas horas, esto es, que meriendan á hurtadillas; pero esto no es fácil que lo haga un rico sin ser visto ó sospechado por los criados. En todo caso, no es entre las clases altas donde se ha de buscar las observancias religiosas en pais alguno, sino en la clase media, y mas principalmente en las otras clases mas bajas. Pero sea cual fuere la rigorosidad ó laxitud del ayuno, no hay duda en que todos los Mahometanos tienen el mas vivo deseo de que pase cuanto antes la malvenida Luna de Ramazan.

Algunos de nuestros lectores sospecharán, que nosotros nos deleitamos en contemplar al pobre Turco ayunador en su afliccion estomacal, por lo que ya es tiempo que supongamos al sol ocultándose en el horizonte. Luego que el último dígito del disco ha desaparecido, y que este feliz y deseado instante ha sido anunciado por los *muezines*, hombres colocados en las torres de las mezquitas para servir de campanas con sus gritos, se muda la escena formando el mayor contraste de semblantes; la primera diligencia, por consiguiente, es el comer cada uno en su casa, ó en la fonda ó bodegon el que no la tiene. En las casas privadas hay dos comidas diarias durante el Ramazan; la una se llama *Imsak*, que nosotros llamaremos ante-ayuno, porque se toma media hora antes de salir el sol; la otra se llama *Iftar*, ó post-ayuno, que se toma luego que el sol se ha ausentado de Turquía; esta es la mas

abundante, y la que alegra mas: no solo á los habitantes, mas hasta los edificios parecen regocijarse. Un estrangero, ignorante de tal ayuno, que desembarcara en Constantinopla por la mañana, observase los desfallecidos rostros de los habitantes, y viese al anochecer la ciudad repentinamente alumbrada y corriendo todos de alegria, imaginaría con razon, que habia llegado á la capital la noticia de una gran victoria.

Siendo esta escena igual en todas las ciudades grandes, asi de Turquía como de Persia, la descripcion de una podrá aplicarse á las demas. Mr. Macfarlane, el que durante el Ramazan del año 1828 llegó á la antigua ciudad de Pérgamo, en el Asia Menor, describe la sorpresa que le causó la transicion del dia á la noche en las calles de aquella poblacion, del modo siguiente. «Las calles estaban muy tristes durante el dia; la mitad de las tiendas estaban cerradas; no se veia fuera de las casas sino algunos de los Turcos mas pobres, y si pasaba algun *efendi* señor, parecia melancólico é insociable. Sin embargo, apenas anunció un cañonazo que el sol se habia despedido, la escena se volvió alegre y animada. Los bazares ó mercados fueron al instante iluminados, y abiertas las fondas y los bodegones; los cafés se llenaron de gente, las pipas encendidas y humeando, y el buen humor estaba manifiesto en los semblantes. Los mozos salian de los *Kibabjis* ó figones, deleitándose con el vapor de la comida que llevaban á sus marchantes, mientras que de las casas mas decentes salian olores de cosas asadas ó fritas; por todas partes se veian claros indicios de que los Musulmanes se estaban lícitamente indemnizando del ayuno del dia con la fiesta de la noche.» Y por esto es que durante el Ramazan, se permiten abiertos toda la noche los cafés y toda casa donde se sirve de comer á los huéspedes. Como en todas partes hay verdaderos devotos y devotas, santurrones y santurronas, los Turcos mas religiosos pasan mucha parte de la noche en las mezquitas, que con este fin se mantienen abiertas é iluminadas desde la caida hasta la salida del sol.

Como el Alcoran solo prohibe comer y beber durante el dia, los mahometanos creen que pueden regalarse toda la noche sin ofender la ley. Por esto es que se dan los banquetes en le palacio durante esta Cuaresma; el Gran Visir da comidas á la mayor parte de los oficiales del estado, principiando siempre con los principales secretarios del gobierno, en la tercera noche del Ramazan.

Estas comidas se dan en un famoso salon llamado Ars-odassy, ó Sala de Audiencia, y los huéspedes se sientan con las piernas cruzadas á una mesa redonda y muy baja, en la que se muda una sucesion grande de platos, y á la que sirven gran multitud de criados. Los Turcos no usan cuchillos ni tenedores para comer; la carne y toda suerte de vianda viene de la cocina muy bien cortada, los huéspedes toman el pan con los dedos de la mano izquierda y los pedazos de carne con los dedos de la mano derecha, y cuando se muda un plato se limpian los dedos en una servilleta que ponen á cada uno á su lado. Al lado principal, estan el Gran Visir, el Reis Efendi ó Canciller, y los tres secretarios principales; y á la izquierda estan los tres subsecretarios, los que aunque inferiores en dignidad, participan de los honores dispensados á los ministros. El Gran Visir, en nombre del Gran Señor, hace en estas ocasiones presentes á sus huéspedes, como relojes, cajas de oro, pieles, y hasta joyas de mucho valor á los mas distinguidos por sus servicios. Estos convites duran veinte y dos noches, hasta el veinte y cinco dia de la luna, estando todo esto arreglado por usos antiguos, y observado con una escrupulosa etiqueta.

A este ayuno rigoroso, sigue la famosa fiesta del Bairam, que dura solo tres dias, durante los cuales cesa todo trabajo y comercio, viste la corte de gala, y se ve al pueblo regocijado.

Hay otra especie de Pascua llamada «Courban Bairam,» que se celebra setenta dias despues del Gran Bairam, algo semejante en esta circunstancia á nuestra pascua de Pentecostes; se llama la fiesta de los sacrificios, y dura cuatro dias; estos y los tres del Gran Bairam son los siete dias festivos que tienen los Turcos en todo el año. Tratemos primero del Gran Bairam.

Aunque la fiesta del Gran Bairam es de regocijo público mas que de ceremonia religiosa, hay, sin embargo, ciertas oraciones peculiares para el primer dia, como hay otra para los viernes, cuando algunos mas devotos asisten á la mezquita. La hora para hacer las oraciones en el primer dia del Bairam es desde una hora despues de salir el sol hasta que principia á declinar, á las doce y media por ejemplo. La costumbre, mas que precepto alguno religioso, ha hecho un

deber en los Musulmanes el ponerse un vestido nuevo, esto es, estrenarlo por la primera vez en este dia tan solemne. Luego que amanece el primer dia del Bairam se hace un saludo de cañonazos en todos los castillos y barcos de guerra en Constantinopla, los tambores suenan en todos los cuarteles, y la ciudad se llena de alegria. Los semblantes melancólicos por el tormento del ayuno en el Ramazan, se convierten entonces en caras de pascuas, y sin perder su gravedad general, andan los Turcos por las calles contentos, saludándose unos á otros, y rociándose mutuamente con agua de olor los amigos. Los magnates salen con gran tren á visitar á otros, y claro está que los ministros de estado son los mas visitados. En general se mandan regalos unos á otros, se convidan mutuamente para comer, ó á lo menos se da á beber el mejor café y á fumar el mas esquisito tabaco. «Parece, dice un viajero, que el vestido nuevo y el nuevo turbante muda el natural y disposicion del Turco en los dias del Bairam. Todo tráfico y negocio cesa en estos tres dias; los niños besan las manos á sus padres y parientes; los jóvenes saludan á los ancianos, y los inferiores muestran su respeto á sus superiores, besándoles la orilla del vestido.» Segun la descripcion de este viajero, parece que los Turcos no hablan unos con otros, sino en materia de negocios, y que ni aun los hijos ven á sus padres escepto en los dias del Bairam. Lo que no hemos podido averiguar ni por relaciones escritas, ni por conversacion con viajeros es, cómo celebran las Turcas las fiestas del Bairam; todos los escritores están mudos, porque están ignorantes, sobre la vida y trato social de la mejor mitad del género humano, y cierto la mas hermosa de la creacion. Oigamos la apariencia del Bairam como la describe Mr. Carne.

«¡Que alegria tan ruidosa, dice este viajero hablando de la noche precedente, hacian los creyentes divirtiéndose en un café no lejos del palacio del embajador ingles! Ellos bailaban como locos al sonido de la guitarra y del tamboril, se abrazaban unos á otros, hablando de la mudanza del ayuno á la fiesta, y aguardando que la apariencia de la luna nueva anunciase el término del Ramazan y el principio del Bairam. Llegó al fin la hora, que ocurrió á media noche, y al instante se vieron iluminadas las mezquitas. Entre ellas se distinguian Santa Sofia y la de Achmed Suleimanich. Luego que los Imanes, ó sacerdotes Turcos que observaban desde lo alto de los minaretes, gritaron «Bairam,» se esparció su voz por toda la ciudad, causando gritos de alegria. Era, á la verdad, un gusto el observar al dia siguiente la amistad fraternal con que todos se saludaban. El regocijo estaba pintado en cada semblante, contribuyendo no poco á la festiva alegria el vestido nuevo con que cada uno parecia haberse regalado aquel dia.»

Estos viajeros hablan sin duda por el contraste y no por el grado de diversion; un Turco desfallecido con tanto ayunar, y fastidiado en cuerpo y alma con el penoso Ramazan, parecerá muy contento cuando llega el Bairam y queda libre de ayuno por un año; pero la alegria tumultuosa no entra en la constitucion de un Turco. Su indolencia y apatía flemática es provervial. El rico se acomoda en un sofá, y se pasa alli solo toda una mañana ó una tarde sin hacer cosa alguna, ni aun pensar mas que en la renta que podrá recibir, y calcular si podrá comprar otra muger mas para su harem. Si se aburre de estar en casa va á un café, bebe una taza, fuma una pipa, anda de un estremo del salon al otro sin volver la cara á derecha ni izquierda, y luego se retira sin hablar una palabra, pagando lo que ha bebido. Sus corazones no conocen las sensaciones que arrebatan el alma; sin poder beber vino ni aguardientes, no sienten arrebatos de alegria; sin enamorarse ni cortejar no pueden ser solícitos en complacer, y sin ganar ni perder en su cansado juego de las damas ó del ajedrez, no pueden sentir las pasiones del alma; el que no tiene que temer por lo que ocurra será indiferente á lo que suceda; solo el que pierde, el que suspira, el que siente desden ó zelos, podrá conocer todo el mérito de la ganancia, la gracia del favor, y la fuerza del amor. Hasta los juegos públicos y toda suerte de teatro es desconocido en Turquia, ¿como podrá haber espectáculos donde velos de murallas tienen separados á los dos sexos; sin galantería no puede haber mutuas obligaciones, y sin estas no puede haber sociedad. Mas sean cuales fueren las disposiciones de los Turcos, aqui solo tratamos de su Bairam.

El primer dia del Bairam se celebra en la corte con mas ceremonias que en ninguna otra ocasion. Todas las clases del estado van

en procesion al Serrallo para tributar homenage al Sultan, é inmediatamente despues se dirige el gran Señor á los oficios que se hacen en la mezquita del Sultan Achmet, seguido por un tren mas brillante de lo que se usa en toda otra ocasion; todos los ministros, secretarios, generales, y oficiales principales del imperio, los magistrados y abogados mas distinguidos acompañan al Sultan en esta solemne procesion, tan famosa en el oriente, y en la opinion de todos los viajeros es ciertamente muy espléndida.

A cierta hora sale el Sultan de su palacio, al lado Europeo del Bósforo, en una linea de barcas de á treinta y seis remos cada una, doradas y ricamente adornadas, y va á desembarcar en el puerto ó desembarcadero de la Puerta Dorada del Serrallo.

Luego que ha entrado el Sultan en el Serrallo, estando ya todo preparado, marcha la brillante procesion hacia la celebrada entrada llamada la «Sublime Puerta,» en el órden siguiente. Primeramente caminan los empleados en el palacio imperial, suntuosamente vestidos y montados en hermosos caballos; á estos sigue el cuerpo que compone el divan, vestidos y montados como los primeros; luego marchan los oficiales de estado, y tras estos van quince ó veinte hermosisimos caballos tirados de las riendas por otros tantos caballerizos, formando una vista digna de ser representada en las cortes mas poderosas, ya sea por la hermosura de los animales, ya por los ricos caparazones con que van enjaezados con una elegancia sin igual. A estos siguen los pages del Sultan, primorosamente vestidos con casacas bordadas y abotonadas ajustadamente al cuerpo, con gorras adornadas con vistosos plumeros; todos estos pages marchan á pie. Inmediatamente despues va el Sultan, en el vestido mas sencillo de todo el acompañamiento, siendo esta la costumbre en el ceremonial de la corte; pero si va vestido con simplicidad, va montado en el mas hermoso caballo del imperio. Ultimamente va cerrando la procesion un séquito numeroso de dependientes del palacio. La procesion pasa por entre filas de soldados sobre las armas, las que presentan al instante que el comandante ve venir al Sultan, y la música toca la «Marcha del Sultan.» No es dificil concebir que debe ser una escena espléndida y animada.

De la sublime puerta del Serrallo camina la procesion á la soberbia mezquita de Achmet, y despues de hacer el Sultan sus oraciones vuelve la procesion por la misma linea y se embarca otra vez en la puerta Dorada.

Esta famosa procesion ha perdido mucho de su antiguo esplendor en un punto de vista militar, á lo menos para los estrangeros. Antes de la destruccion del famoso cuerpo de guardias, los genizaros, todo el servicio militar de este dia era hecho por aquella altiva tropa que con sus curiosos uniformes orientales, armas estrañas, y grandes gorras de piel, presentaba una vista que sorprendia á los viageros; pero ahora han sido reemplazados por soldados mas atentos al pueblo, mas disciplinados al estilo europeo, pero feamente vestidos, con casacas de algodon ó paño blanco. El pueblo de Constantinopla debe estar agradecido al Gran Señor por esta mudanza, porque en lugar de los golpes que los feroces Jenizaros daban en abundancia para mantener lo que llamaban órden, los soldados modernos parecen ciudadanos pacíficos, atentos, y prontos á facilitar á todos lugar para alhagar la vista.

Las dos partes de la procesion mas celebradas por los viageros son: 1. La linea de caballos de regalo del Sultan, marchando á cabriolas con tanta ufanía, como si estuviesen prendados de su hermosura, y conociesen la riqueza de las mantas con que van cubiertos. 2. Todavia parece mas atractiva, por ser sin duda mas curiosa, la otra linea de hermosos caballos de carga, llevando en pompa las antiguas armaduras preservadas en la iglesia de Santa Irene en el Serrallo, entre las cuales se hallan varios escudos y rodelas griegas, algunos que parecen de oro, y otros con piedras preciosas; trofeos de gloria Otomana que no es permitido al vulgo ojear sino en la gran fiesta del Bairam.

La otra pascua llamada Courban Bairam, se diferencia de esta en tener cuatro dias, y celebrarse sacrificios. Cada Musulman con residencia fija está obligado á ofrecer un carnero, ó un buey, ó un camello á proporcion de sus facultades. Carneros son las víctimas mas usuales, y los muy ricos suelen matar hasta veinte, distribuyendo despues la carne á los pobres. Cada padre de familia es el sacerdote, y el sacrificio se hace en su casa; siendo la peculiaridad de la religion mahometana, que los sacerdotes no pueden en manera alguna abusar de la fe de los creyentes.

E. Y.

EL STAFIDES.

RECUERDOS DE UN VIAGE.



Una noche del mes de Octubre de 1825, volviendo de un viage hecho para asuntos propios á Valaquia y á Moldavia, me detuve á algunas leguas de Hermandstadt, en una de las mas miserables aldeas de Transilvania. Veíame obligado á hacer un descanso de algunas horas, no por falta de caballos, sino por carecer de arneses; porque en aquel pais, harto poco civilizado, se emplean únicamente cuerdas para los tiros de los carruages; y desde la víspera habian sido embargadas todas las cuerdas de la comarca para ahorcar á una cuadrilla de malhechores que talaba las cercanias. Hízome recordar esta noticia, que efectivamente al atravesar el bosque de Hermandstadt habia creido divisar, al resplandor de la luna, sombras negruzcas que se proyectaban en el camino, y que oscilaban á un lado y otro de nuestros caballos que no dejaban de asombrarse. Este recuerdo me estremecia. La noche, la tristeza de la estacion y el silvestre aspecto del pais daban vuelo á mi imaginacion, y me hallaba singularmente dispuesto á escuchar aquellas historias de ladrones, ó leyendas de aparecidos que tanta voga tienen entre los rústicos, generalmente crédulos y supersticiosos. Abismado en una vaga meditacion, y paseándome precipitadamente para entretener el fastidio de esperar, me alejé de la posada y me acerqué, sin advertirlo, á una arruinada casuca, enteramente aislada. Estaba yo mirándola distraidamente, cuando pasó á corta distancia un habitante de la aldea, encasquetado un ancho sombrero redondo y cubiertos los hombros de una piel de cordero; se santiguó, murmuró entre dientes alguna oracion, y en seguida dirigiéndome la palabra con voz ahogada:

—Hola, señor viagero, dijo, os prevengo que pronto será media noche: no os detengais delante de esa casa.

—Y por qué? le pregunté sorprendido del consejo.

—Porque está encantada.

No pude menos de reirme al ver su asombrado y misterioso semblante; me acerqué á él; pero añadió en seguida:

—No os burleis en nombre del cielo! Si saliese de sus ruinas, si se nos apareciese de repente no dejaria de echarnos algun maleficio.

—Pero quién?

—El Stáfides! contestó, bajando todavia mas la voz, y mirando con terror á todos lados.

—El Stáfides? repuse; ¿y quién es ese señor?

—Silencio! replicó mi hombre, haciéndome señas para que me alejase de aquel parage.

Nos alejamos algunos pasos, y entonces supe que se denominaba Stáfides al demonio familiar del pais; y sea cual fuere la forma con que se aparecia, se creia que su primera mirada es fatal al hombre si se clava en sus ojos. A esto se llama la influencia del *mal ojo*: y para preservarse de ella los habitantes del pais procuran llevar siempre en la frente ó en el entrecejo alguna placa ó pieza de metal brillante que pueda á primera vista llamar la atencion del Stáfides; porque despues ya no es tan inminente el peligro.

Esta esplicacion acrecentó mi curiosidad, é insistí en que aquel hombre me contase la leyenda concerniente á la casa sospechosa.

—No es una leyenda, me contestó, es una historia maravillosa que yo he presenciado como todos los habitantes de este pais.

Impaciente por penetrar aquel misterio, puse al honrado labriego un florin en la mano, diciéndole que estaba pronto á escucharle. Hízome señal de que callase, y se alejó mas de un tiro de fusil. Le seguí: la noche estaba hermosa: envuelto en mi capa me senté en un repecho á su lado, y me preparé á escuchar la narracion del aldeano, quien empezó, santiguándose otra vez, y suplicándome hiciese otro tanto para alejar al espíritu maligno.

—Hace dos años, dijo, que habitaba sola en esa casita una jóven, que habia perdido á su madre en la niñez. Su padre, antiguo militar retirado, acababa de sucumbir tambien, de resultas de las heridas que habia recibido combatiendo contra Napoleon. Se decia que en otro tiempo era rico, pero que le habia arruinado una bancarrota. La huérfana no tenia ni hermano ni hermana, y los únicos parientes de que habia oido hablar, estaban establecidos en Hungria hacia muchos años; pero nunca le habian dado la menor muestra de interes ni aun noticias de su existencia. Veíase, pues, completamente aislada en el mundo, y sin otro asilo que aquella ruinosa casuca, única herencia de su padre. Margarita (tal era su nombre) rayaba apenas en las diez y seis primaveras: era hermosa como aquella Margarita que citan nuestras baladas, sencilla é inocente, de rasgados ojos azules llenos de dulzura, frente despejada y limpia, y largos cabellos rubios repartidos en dos trenzas que caian sobre su hermoso cuello.

Aun me parece estarla viendo con su saya de rayas anchas abierta por los costados, de manera que dejaba ver la bordadura azul de una fina camisa blanca. Este trage, tan vulgar entre nosotros, tenia en ella una gracia particular, y hasta esa especie de turbante ancho, ese pesado tocado de las mugeres de nuestro pais le daba un aspecto seductor. Y sin embargo, aunque tenia el don de agradar á todo el mundo, no era coqueta: su modestia la preservaba del peligro de la adulacion, y era proverbial su reserva; todos los jóvenes de la aldea se contentaban con una mirada, con un suspiro, con un ramillete de Margarita: hasta entonces la doncella habia sido indiferente á sus atenciones y lisonjas. Pero todavia la estaban reservadas pruebas mas crueles. La indigencia es el primer origen de las tentaciones, y la pobre niña no tenia otro recurso para subsistir que el trabajo de sus manos. Era tan poco lo que ganaba, que con frecuencia se veia obligada á velar una parte de la noche para asegurar la subsistencia del dia siguiente. Hubo dos hombres tan viles que intentaron abusar de esta miserable situacion; ambos viejos, asquerosos y perversos. Un judio á quien vendia el lino que hilaba, único mercader que ejercia en el pais este género de comercio, rehusó al cabo de algun tiempo pagarle el precio convenido si no daba oidos á sus melosas galanterias. Por otra parte, el burgo-maestre del distrito, viejo libertino, casado y padre de familia, se decidió un dia á hacerle una declaracion amorosa, y á la mitad de su estudiado discurso tuvo que detenerse, viendo á Margarita soltar la carcajada. Confundido y furioso juró tomar venganza de aquella falta de respeto. Con este fin, desenterró, no se sabe de donde, un crédito de veinte y cinco florines firmado por el difunto padre de la huérfana. Veinte y cinco florines! suma enorme para la pobre niña! ¿Dónde habia de hallarlos y mas entonces que carecia de trabajo? Por una parte el burgomaestre, por otra el judio, y ambos temibles y vengativos. Sin contar con un protector, abrumada de miseria, no tenia otros recursos que los que sugiere la desesperacion, es decir, la fuga ó la muerte! Qué situacion! motivo habia para darse al diablo! no es verdad, señor?

No pude menos de sonreirme y le contesté:

—¿Y sin duda fue eso lo que hizo?

—No me atrevo á asegurarlo, replicó mi hombre: pero lo que yo sé es, que llamado ó no, el diablo se presentó á Margarita.

—Ya estoy, le dije sonriéndome, á los ojos de una doncella jóven y bonita, el tentador aparece siempre bajo la forma de un gallardo jóven.

—Estais equivocado, repuso el aldeano, porque sucedió enteramente al reves.

—Un dia, al anochecer, volvíase la pobrecilla á su casa, pensativa, con su mezquina obra que no habia podido despachar, cuando se halló de improviso frente á frente con una criatura de dos pies y medio, contrahecha, fea y vieja.

—¡Una enana! esclamé.

—Era el Stáfides bajo la forma de una enana. Llevaba el traje mas singular. Un vestido de color de fuego que convenia con el rojo matiz de sus cabellos; un turbante, semejante á una enorme torta que hacia todavia mas baja su estatura, y le comunicaba, vista desde arriba, la apariencia de una gruesa seta; sus dos ojos pardos, brillantes como carbones encendidos, se clavaron en Margarita mientras que salia de su boca, tan torcida como su cuerpo, un sonido ronco é inarticulado. La jóven retrocedió aterrada, y quiso huir. Pero le faltaron las fuerzas; y mientras que agitada por un temblor convulsivo cerraba los ojos para no ver aquella horrible aparicion, oyó una voz dulce que en vez de amenazar, se quejaba; admirada, prestó atencion y percibió distintamente una humilde súplica; la de un ser miserable que en una cruda noche de invierno, y despues de las fatigas de un largo viage, pedia asilo hasta el dia siguiente. Entonces Margarita abrió los ojos; era la enana quien gemia á sus pies, acongojada y suplicante. La sensible Margarita olvidó la fealdad de aquella deforme criatura atendiendo solamente á su dolor, y á fe que hizo muy mal.

—Muy mal, y porqué? le preguntó.

—Porque el diablo que es maligno, temiendo no conseguir su objeto, si continuaba asustándola (por que ella ya se habia santiguado) tomó otro rumbo y dirigió sus ataques al buen corazon de la niña, y ya vereis lo que sucedió.

—Continuad, le dije con interes.

—Margarita que tan á fondo sabia lo que era padecer, se compadeció de aquel ser miserable y despreciado, que como ella, era sin duda sola en el mundo. Hízola pues señal de que la siguiese, y caminó rápidamente sin mirar atras. Luego que llegó á su casa vaciló un momento; pero compadecida de los gestos suplicantes de la viejecilla que se arrastraba jadeando, no tuvo valor de cerrarle la puerta. Entró, pues, en aquella solitaria morada, y desde el mismo dia empezaron á observarse sucesos sobrenaturales. En primer lugar, la mendiga que solamente habia pedido asilo para una noche, fascinó y hechizó de suerte á su huéspeda, que esta la recibió por compañera, sin saber ni quién era, ni de donde venia, como ella misma lo confesó muchas veces.

La primera dificultad que tenian que vencer era hallar sustento para ambas: Margarita no tenia ya despacho de su obra, y sin embargo la otra la animó á que continuase trabajando, diciendo que el cielo proveeria. No sé yo lo que ella entenderia por cielo; pero lo cierto es que el domingo siguiente, habiendo acabado Margarita su tarea, dejó tristemente en un cestillo el lino que acababa de hilar, y en seguida salió para ir á la iglesia, viniendo luego despues á buscar á la enana, que no atreviéndose á entrar en el templo del Señor, se estaba paseando por estos alrededores. Luego que se retiraron á su casa, y quiso Margarita proseguir su labor, vió que habia desaparecido el lino y en su lugar halló un florin. Haceos cargo de su sorpresa.

Al salir habia cerrado la puerta de la casa, y llevádose consigo la llave. Nadie habia podido entrar durante su ausencia, y sin embargo, ¿quién habia dejado aquel dinero? ¡Quién era el misterioso comprador del trabajo de la pobre huérfana! Margarita, no acertando á esplicar aquel fenómeno, dió gracias á la Providencia, y esto debió seguramente ser un sentimiento para el diablo; pero desde aquel dia todas las noches la bonita hilandera dejaba su labor en el cestillo, y todas las mañanas encontraba un florin.

Yo mismo he visto este dinero; seguramente no podia ser bueno; pero como tenia curso, yo no lo he rehusado. Margarita venia á comprar á mi casa manteca y huevos; y en cuanto á la enana, rara vez la veia, á Dios gracias, porque todo el dia se estaba encerrada en su casa y no se atrevia á salir hasta por la noche. ¿Temeria que le apedreasen? ¿Temeria los exorcismos? lo ignoro: en todo caso, si es que nos temia, nosotros tambien temblábamos con solo oir hablar de ella. Notóse ademas que despues

de su instalacion en casa de Margarita, otra casa que estaba próxima (aquella que veis á doscientos pasos de aqui) fue abandonada por sus propietarios sin que nadie osase en adelante habitarla. Sin embargo aunque estaba desierta y cerrada, se veia algunas veces luz durante la noche, y se escuchaba dentro un ruido sordo: nueva prueba de la presencia del Stáfides.

Al cabo de algun tiempo no fue solo dinero lo que se halló en el cestillo de la jóven, habia tambien objetos de lujo, algunas alhajas, flores frescas ó de mano, estampas y libros, y aun sucedió que un pequeño cercado inculto que pertenecia á la casa se metamorfoseó en un bonito jardin durante la noche y sin que se viese trabajar á nadie: el aposento de Margarita se iba adornando poco á poco y cada dia la veiamos con mas comodidades. Si formaba un deseo, en seguida era satisfecho; y aunque fingia admirarse de aquella singular mudanza de fortuna, se resignaba á ella con docilidad, prueba evidente de que habia entregado su alma al espíritu maligno ó que estaba dispuesta á hacerlo; ¡ay! todos aquellos dones, todas aquellas riquezas eran otros tantos lazos ó acaso el precio de su condenacion!

Pronto se conoció el poder sobrenatural de su protectora: el anciano mercader de que hablé antes fue la primera víctima; ya sea que ignorase los rumores que corrian acerca de la casa de Margarita, ya que en calidad de judío no temiese al diablo, se atrevió un dia á presentarse en aquella temida casa para declarar otra vez á la doncella su amor inmundo. No sé lo que sucedió en la casa, pero una hora despues á doscientos pasos de distancia, atravesaba yo la rambla con otro amigo, cuando hallamos tendido en tierra al judío desmayado: luego que volvió en sí, manifestó el mayor terror, y nos habló de dos apariciones terribles que le habian arrojado en tierra sacudiendo sobre sus espaldas buenos garrotazos, cuyas señales reconocimos. Por lo demas, estaba tan aterrado que no acertaba á esplicarse, y ocho dias despues desapareció del pais.

En tanto el burgomaestre que habitaba en la ciudad vecina y era algo incrédulo, trató al judío de cobarde, y calificó los rumores que corrian de fábulas ridículas; y en consecuencia resolvió visitar á la bella Margarita, tanto para exigir de ella el pago de su deuda, cuanto para renovar sus tentativas de seduccion. Aunque afectaba mucha incredulidad con respecto á los espíritus sobrenaturales, sin embargo no se olvidó de llevar consigo dos acompañantes, que por política dejó á la puerta. Todavia era muy de dia y el primer objeto que descubrió al entrar fue la ridícula figura de la enana que le hizo retroceder sorprendido; pero como su propio semblante no era mucho mejor que el de ella, se asustó menos que cualquier otro, porque el espejo le habia dicho muchas veces la verdad. Tranquilizóse, pues, y se sentó junto á Margarita á quien habia pedido una entrevista á solas. Despues de haber tosido, escupido, y mirado en torno, aventuró algunas frases inconexas, luego empezó á esplicarse poco á poco y á hablar de sus apasionados sentimientos, de su corazon, de su llama.

Una carcajada burlona le interrumpió como el dia de su primera declaracion y quedó cortado. Resonó otra carcajada, y era la enana que entreabria la puerta; el burgomaestre se levantó hecho una furia, entonces otra carcajada, la tercera, hizo coro con las otras dos: esta procedia de una pared vecina, y tenia un sonido sardónico é infernal: el burgomaestre perdió el color: Margarita tambien empezó á temblar, y solamente la enana continuaba dando muestras de su estrepitosa alegria con su invisible compañero. Turbado, fuera de sí, llamó el magistrado á sus corchetes, y todo quedó entonces en silencio con lo que pudo recobrar algun valor, y recordando el principal objeto de su visita, sacó del bolsillo el recibo de veinte y cinco florines, intimó á la huérfana su pago, amenazándola que en caso de negativa embargaria todos sus muebles.

Margarita no se hallaba en estado de satisfacer aquella suma, y asi el terrible burgomaestre quiso poner por obra lo que habia anunciado. Empezaba la noche á tender sus sombras: dió, pues, de beber á sus dos acólitos, él mismo bebió en abundancia para sostener su valor, y en seguida se sentó delante de una mesa, dispuesto á hacer el inventario; las mugeres habian salido, y una sola luz iluminaba la habitacion. Poco despues los dos corchetes cayeron en un profundo sopor; el mismo burgomaestre sentia vacilar su cabeza y temblar su mano: los objetos se le aparecian al través de una nube, cuando de repente se percibió un ligero ruido. El burgomaestre volvió la cabeza, y halló un cuarto personage en la estan-

cia. Sin embargo, la puerta estaba cerrada por dentro; ¿cómo habia podido entrar? Aquel ser misterioso estaba envuelto en un gran manto negro que le cubria el rostro, dejando solamente cubiertos dos ojos centelleantes como dos ascuas. Un ancho sombrero negro adornado de una pluma encarnada completaba aquel trage satánico. El burgomaestre lanzó un grito de terror; pero el estrangero le señaló á sus dos compañeros profundamente dormidos, y en seguida presentó en una mano una bolsa y en la otra un papel garrapateado con tinta encarnada; que era una carta de pago, y con un gesto imperioso mandó al magistrado que firmase aquel papel. Este no se hizo de rogar y luego que hubo obedecido cayó la bolsa sobre la mesa, desapareció el recibo y el desconocido, sin que se pudiese averiguar como habia sucedido esto.

Seguramente, señor, esta narracion debe sorprenderos, añadió el aldeano, pero la historia es auténtica, y he sabido todos estos pormenores de boca del mismo burgomaestre que se la ha contado á todo el mundo, esplicando el trabajo que le costó despertar de su milagroso letargo á los dos satélites y escaparse de aquella maldita casa. Pero lo cierto es que él cobró sus veinte y cinco florines, porque el diablo habia pagado puntualmente las deudas de su protegida. Ya sabeis dos casos verdaderamente terribles! Pero aun hay mas.—Escuchad.

En esto redoblé mi atencion.

El aldeano continuó de esta suerte su fantástica relacion:

—Despues del judío y el burgomaestre, restaba un tercer amante de que no os he hablado todavia; era este Ulrico; un jóven válaco de buena familia: tan buen mozo como corrompido, abrumado de deudas y conocido por su caracter inconstante. Presentó sus homenages á Margarita, quien no los desdeñó al principio, porque el pretendiente le parecia amable; y la pobre niña, confiada y crédula tomaba por calumnias las noticias que corrian acerca de él. Entre otras cosas ignoraba que una jóven gitana, seducida por Ulrico y abandonada despues, habia desaparecido; y se decia que se habia precipitado en las aguas del torrente. El, sin embargo, advirtiendo que habia hecho alguna impresion en la huérfana, menudeó sus visitas y sus obsequios con gran pena de la enana, que se hizo celosa: porque esta especie de espíritus, absolutos y tercos por naturaleza, quieren siempre poseer esclusivamente un alma, sin duda para perderla con mas seguridad. En vano agotó la enana todos sus esfuerzos para alejar al rival que le disputaba el corazon de la jóven; pero nada pudo conseguir, y tuvo que recurrir á la hechicería.

—Y ¿cómo? esclamé.

—Una noche que el jóven estaba aguardando á Margarita dando paseos por el jardin, oyó un sordo gemido que procedia de un bosquecillo cercano, se dirigió hácia aquel lado por el que se deslizaba mansamente un arroyo bastante profundo, cuya superficie argentaban los rayos de la luna; y al acercarse á la orilla, creyó distinguir Ulrico un objeto blanquecino que elevándose, como si saliese del agua, y descubriéndose enteramente, permaneció inmóvil. Ulrico, que no era tímido, siguió adelante y vió delinearse en las sombras el fantasma de una muger que tendia los brazos hácia él, invocando su auxilio. Detúvose aterrado: helósele la sangre: herizáronsele los cabellos; un sudor frio inundó su frente, porque habia reconocido en aquel semblante moreno, en aquellos collares y amuletos de oro, en aquel largo velo nupcial, á la gitana que habia muerto por su causa. Permaneció inmóvil algunos instantes ante la mano vengadora que le amenazaba, y cediendo involuntariamente á la impresion del miedo, perdió la cabeza y huyó despavorido.

—Y desde aquel dia cesaron sus importunaciones?

—Desde aquel dia no volvió á parecer: la última persona que le vió fue un negociante de Bucharest que pasando por Hermanstad, supo, no sé por que medio, que el jóven Ulrico, su deudor, habitaba en aquella solitaria aldea. Fue á verle, y le halló muy agitado. Esto es todo cuanto sé.

—¿Pero qué resultó al cabo? pregunté con sorpresa.

—¡Ah! señor, me contestó el aldeano moviendo la cabeza, el fin no podia menos de ser funesto; los rumores de sortilegio y de hechicería se propagaron de tal modo, y adquirieron tanta consistencia que la autoridad eclesiástica se alarmó, y dispuso arrojar al diablo de aquella maldita casa. Con este objeto, resolvió el Obispo católico del pais trasladarse á este sitio al amanecer, con una parte del clero, para exorcizar aquella infernal caverna, y el gobernador le protegió con un destacamento al que se incorpo-

raron los aldeanos de estos contornos. El burgomaestre todavia aterrado de su aventura, marchaba, no á la cabeza sino á retaguardia de toda la comitiva. Cuando llegaron, no hallaron mas que ruinas y ni un solo ser viviente. El demonio habia huido de la cruz, no sin dejar las huellas de su planta: el fuego habia devorado la habitacion, y se dice que el pie ahorquillado de Satanás se halló impreso en las cenizas, calientes todavia.

—Y la huérfana?

—Fue arrebatada por el Stáfides; y bien podia esperar esta suerte, habiéndole entregado su alma en cambio de la proteccion que le habia dispensado. Desde entonces, señor, añadió el aldeano levantándose y quitándose el sombrero, todas las noches se aparece el espíritu maligno en medio de esas ruinas, y como ya os dige, ¡desdichado el imprudente que se atreve á detenerse alli y arrostrar la influencia del *mal ojo!*

Habiendo cesado de hablar, me saludó y continuó su camino.

Quedéme pensativo, sin saber lo que deberia creer de aquella maravillosa relacion, apoyada en tantos datos. Durante este combate entre mi razon y mi fantasía, me dirigí maquinalmente hácia el teatro de tan estraños sucesos. Hallé en efecto los vestigios del incendio: busqué entre los escombros y las cenizas algun objeto que me aclarase aquel enigma; pero mientras yo me ocupaba en este exámen, oí pronunciar mi nombre en alta voz: mi silla de posta estaba ya en estado de partir, y me volví apresuradamente á la posada sin haber tenido el gusto de evocar, ni de ver al terrible Stáfides. Un cuarto de hora despues estaba ya caminando, todavia preocupada la imaginacion con aquella singular historia: me representaba alternativamente todos los personages que habian figurado en ella: la pobre Margarita, tan bella, tan inocente, sus amantes ridículos ó indignos de ella, despues la vieja enana con su semblante burlon, y finalmente aquella legion de diablillos que tenia bajo sus órdenes. Cuatro dias despues no lo habia olvidado todavia, y únicamente consiguió llamar mi atencion el imponente espectáculo que se ofreció á mi vista.

Pasaba sobre un puente de barcas que atravesaba el Danubio, el rio mas magestuoso de nuestra Europa: á mi espalda se elevaba la ciudad de Pesth y delante de mis ojos un magnífico anfiteatro de verdura y de casas, coronado por el castillo real de Buda. Este severo paisage sorprende á todos los viageros cuando se acercan á la capital de la Baja-Ungria.

Yo pensaba detenerme muchos dias en Buda, y habia anunciado de antemano mi visita á la señora condesa de Valberg, viuda de un oficial distinguido que habia caido prisionero durante las guerras del imperio, y recibido muchos favores de mi padre. Mi primera diligencia, asi que llegué, fue vestirme con esmero, y dirijirme á la morada de madama Valberg. Aunque no la habia visto nunca, estaba seguro de ser bien acogido. Cuando entré, noté que todos los habitantes de casa estaban en movimiento, disponiendo, al parecer, alguna fiesta. Pregunté por la señora condesa, y fueron á participarle mi llegada; pero despues de haber esperado algunos instantes, vinieron á decirme que estaba ocupada con su notario, porque aquella noche se celebraban los desposorios de su sobrina, y en aquel momento se estaba redactando el contrato. El criado que me dió esta noticia, me presentó al mismo tiempo una esquela de convite para la fiesta á la que prometí no faltar.

Llegada la noche, me presenté muy temprano en casa de la condesa porque queria ofrecerle mis respetos antes de que la concurrencia le privase de prestarme atencion. Introdujéronme en un saloncito, y poco despues anunciaron á Mdlle. Margarita de Valberg.

Este nombre de Margarita me hizo estremecer, me levanté y ví una encantadora jóven, de unos 18 años, y de semblante angelical, tal cual yo me habia figurado á la heroina de la fantástica leyenda: sus rasgados ojos azules y largos cabellos rubios completaban la semejanza. Quedé cortado y sin poder acabar el saludo que habia empezado: ella por su parte me hizo una graciosa cortesia, y antes de que yo hubiese podido proferir una palabra, me dijo: he aquí á mi tia la condesa de Valberg.

Nueva sorpresa! Al verla retrocedí admirado. La persona que acababa de entrar era una viejecilla de tres pies de altura, vestida de encarnado y adornada de un ancho turbante. Crei estar soñando: me froté los ojos para cerciorarme de que estaba despierto: el Stáfides se me aparecia!

Mi turbacion debió sin duda parecer muy descortés á la enana, pues me dijo con voz aguda ó irónica:

—Escusadme, caballero, si he entrado de improviso: acaso hubiera debido usar algunas precauciones para prepararos á este espectáculo.

No sé qué escusa le dí: pero era tan viva mi alteracion que no pude dominarla.

—Caballero, prosiguió, nunca habeis oido hablar de la condesa de Valberg?

—No señora, le contesté involuntariamente, no érais conocida bajo ese nombre en el pais que he atravesado últimamente.

—Ah! esclamó, la aldea de... junto á Hermandstad.

—Precisamente.

Entonces soltó la vieja una estrepitosa carcajada, y su compañera no pudo menos de imitarla: ambas se dejaron llevar de tal acceso de risa, que cayeron casi sin aliento sobre un divan, ocultándose Margarita el rostro entre las manos, y agitándose la enana convulsivamente; luego que acababan, involuntariamente volvian otra vez á reir con mas fuerza, mientras que yo hacia entre ellas el papel mas ridículo. En aquel momento recordé la cara que pondria el burgomaestre cuando oia resonar carcajadas por todas partes.

Por último se sosegaron; acercóse á mí la vieja, y me dijo levantando la cabeza:

—Amigo mio, con que me creeis el Stáfides?

No acerté á contestarle; pero conocí cuan ridícula era mi situacion. Conté á la enana ó mas bien á la jóven Margarita, porque á ella me dirigia con preferencia, lo que me habian referido acerca de los misterios de la casa encantada.

—Ya lo decia yo, repuso la vieja encogiéndose de hombros: eso es lo que deben pensar unos pobres aldeanos, necios y crédulos; pero vos, que segun me han dicho, teneis tanto talento como esmerada educacion, ¿podeis dar crédito á tan absurdas supersticiones? Escuchadme y juzgareis si habia caido Margarita en malas manos.

La doncella se acercó á su tia, y le dió un beso en la frente con ternura y respeto.

Entonces me atreví á clavar la vista en la enana, que me pareció mucho menos fea de lo que me habia figurado al principio. Su sonrisa era graciosa y finos sus modales. Continuó pues de esta manera:

—Yo soy la condesa de Valberg, y bien podeis conocer que solamente la razon de estado pudo decidir al conde á casarse conmigo: en aquella época, era él pobre, segundon de una ilustre familia, y no podia prometerse una suerte muy elevada; pero mis riquezas le abrieron una carrera á que nunca hubiera podido aspirar. Yo me consagré á satisfacer su ambicion y él á hacerme feliz, á hacerme olvidar á fuerza de cariño la triste línea de division que la naturaleza habia trazado entre mí y las demas criaturas. Bendito sea el cielo por su bondad. Enviudé, quedando aislada en medio de un mundo que me rechazaba con tedio, y á poco recibí una carta de mi cuñado, del padre de esta niña. En otro tiempo, hace quince años, me habia prohibido la entrada en su casa: me habia abrumado de imprecaciones y anatemas á causa de la diferencia de nuestras religiones (yo soy luterana) y el cielo le dió el castigo de su crueldad, porque le arruinó completamente la bancarrota de un comerciante, á quien tenia entregada la dote de su muger. El dia de su muerte me escribió, invocando mi perdon, y suplicándome protegiese á su hija. Quise conocer á esta niña, y saber si habia heredado la intolerancia y la dureza de su padre, y en vez de llamarla á mi lado preferí ir yo á buscarla para estudiar á la vez sus pensamientos y su corazon.

Asi pues, di principio á una serie de pruebas: en primer lugar, al presentarme á ella fingí miseria, fatiga, desesperacion, haciéndome todavia mas desagradable de lo que me ha hecho el cielo.

—¡Ah, ah! esclamé recordando el principio de la historia que me habian contado: esta señorita os recibió...

—Con la mayor generosidad, dijo la condesa; ella no tenia para sí mas que un miserable abrigo y un pedazo de pan, y los repartió conmigo; me admitió por compañera, por amiga; ella tan encantadora y yo tan...

—Tia mia; interrumpió Margarita abrazándola, continuad, continuad.

—Dos dias despues resolví participarle que mi religion diferia de lá suya, y ví con placer que su padre no le habia inspirado su odio á mi creencia.

Sin embargo, ella debió persuadirse de que yo estaba dotada de un poder sobrenatural; aunque la manifesté que nada temiese; pero á pesar de esto la sometí á algunas pruebas harto duras. Habia yo compra-

do una casa vecina de la nuestra, y hecho abrir durante la noche en sus vastas cuevas una comunicacion subterránea.

—¡Ah, ah! esclamé otra vez como un hombre que despierta de una pesadilla: por ese conducto iban los florines á parar al cestillo mientras ella habia salido.

—Por una parte secreta que caia á su habitacion.

—¿Y de allí salieron tambien los garrotazos dados al judío?

—Si; y los polvos soporíferos mezclados con el vino del magistrado.

—Y las carcajadas detras de la pared, y la bolsa y el recibo.

Precisamente. Lo habeis adivinado, me dijo la condesa con maliciosa sonrisa.

—Pero ¿quién era el diablillo misterioso que tan bien os ayudaba?

En este momento anunció un criado al baron Rodolfo de Erstein. Margarita se ruborizó, y la anciana levantándose:

—Tengo el honor de presentaros, me dijo, al futuro esposo de mi sobrina, y espíritu foleto de la cabaña.

Le saludé con un movimiento de cabeza, porque la admiracion me habia quitado el uso de la palabra.

—Vaya, añadió la condesa, ¿no teneis mas preguntas que hacerme?

—Perdonad le contesté, no puedo comprender qué motivo teniais para asustar á aquellas pobres gentes.

—Preguntádselo á Rodolfo, replicó, y vereis si no merecia su futura que invocase el auxilio del mismo infierno para desahuciar á tan indignos amantes.

Rodolfo miró á Margarita, y sus ojos confirmaron estas palabras.

—Desde entonces, añadió la condesa, habia yo proyectado este enlace, y reservaba á mi sobrina un dote de 100.000 florines.

—Hasta ahora todo se esplica perfectamente, repuse con obstinacion; pero aquella gitana que se apareció en el arroyo.....

—Una camarera bien ensayada..... un disfraz, un rostro pintado y..... los remordimientos de Ulrico completaron nuestro ardid. Ademas de que si ese Ulrico se espatrió, fue por huir de su acreedor, á quien yo habia avisado secretamente.

—Pero, y vuestra desaparicion tan repentina, tan estraordinaria!

—Rodolfo temió que descubriéndose la verdad, se nos acriminase del terror que habiamos infundido en el pais, y que llegase á ser un asunto sério. Y asi, para que no se nos persiguiese, finjimos un viage al infierno. Al menos así debia anunciarlo el incendio de nuestra habitacion.

—Al fin lo comprendo todo, esclamé sencillamente.

En este momento avisaron á la condesa de que sus convidados iban llegando: ofrecí la mano á la señorita de Valberg; pero se habia adelantado su futuro.

La condesa me miró sonriéndose.

—Vaya me dijo, me teneis todavia miedo?

Para probarle lo contrario le ofrecí mi brazo.

—No basta esto, replicó maliciosamente, es preciso que yo os haga pasar por una prueba mas fuerte. En mi vida he bailado, pero me comprometo á hacerlo el dia del desposorio de mi sobrina, ya que he encontrado una pareja tan galante.

—Oh! me tendria por dichoso, le contesté en seguida, por muy dichoso, si pudiese reparar la necedad de mi conducta.

Y como espiacion de ella..... rompí el baile con el Stáfides.

F. L.

Viajes.

UN DIA EN FRIBURGO.



Habia ido á Friburgo á ver el puente maravilloso que se comenzó á construir en 1832, por un ingeniero frances.

La ciudad de Friburgo está situada en la orilla izquierda del Sarina: este pequeño rio tiene ambas márgenes muy escarpadas, y de unos 200 pies de elevacion desde el alveo del rio. Los viageros que se dirigian de Berna á Friburgo, tenian pues que bajar de una colina de 200 pies de altura para llegar á un pequeño puente de madera que habia sobre el rio, y luego trepar por otra colina de igual elevacion para llegar al centro de la ciudad.

Todas estas dificultades y el retraso que era consiguiente, parecian una consecuencia irremediable de las localidades, cuando personas no menos osadas que inteligentes, pensaron que seria posible echar un puente colgante desde la una á la otra altura por entre las cuales corre el Sarina. El puente debia pasar por una gran parte de la ciudad. Este proyecto parecia una verdadera utopia; y sin embargo, algunos ciudadanos y autoridades celosas por el bien público, creyeron debian someterlo al exámen de los ingenieros de todos los paises. Entre los varios planos que se presentaron, el gobierno cantonal dió la preferencia al de M. Châlley, de Lyon, que quedó encargado de dirigir los trabajos.

Las puertas, de órden dórico, por las qu se entra sobre el puente, tienen 60 pies de altura total, y la bóveda 15 metros de elevacion. El puente tiene 817 y medio pies de largo. Está suspendido en cuatro cables de alambre que pasan sobre la parte superior de las dos puertas. Cada cable se compone de 1200 hilos de unos tres milímetros de diámetro, y 547 y medio metros de largo. Como era casi imposible el poder manejar tales masas, ni pasarlas de una á otra colina, se construyeron, puede decirse en el aire, por operarios que trabajaban suspendidos, y sin que sucediese ningun caso desgraciado. Se ha calculado que los cuatro cables reunidos podrian pesar muy cerca de 3 millones de kilógramos.

Los cuatro cables estan sujetos en el centro de las mismas colinas, pasando por unos pozos abiertos en ellas de bastante profundidad.

Esta obra duró dos años y algunos meses.

El solo puente que por sus dimensiones puede comparársele es el llamado de Menay ó de Vangor, que une la isla de Anglesey á las costas de Inglaterra, y por debajo del cual navegan á todas velas navíos de tres puentes. Pues bien; este puente no tiene mas que 516 pies de largo, 301 pies menos que el Friburgo.

Despues de haber admirado esta maravilla, volví á casa de mi huésped M. Bendemann, que hacia dos dias habia vuelto del tiro federal de Lausana.

Hé aquí lo que me refirió de aquella solemnidad.

—A falta de instituciones públicas, dijo,

que confirmen suficientemente la unidad suiza, varios patriotas han creado desde muy antiguo instituciones particulares, en torno de las cuales se han agrupado, lejos de las influencias y de las preocupaciones locales, los hombres bastante cuerdos á comprender cuanto gana en poderio una nacion que centraliza en un foco comun las luces y los esfuerzos de todos. Sociedades análogas existen en otros paises, en donde el mismo mal ha necesitado el mismo remedio: en Alemania, por ejemplo, y tambien en Inglaterra; pero en ninguna parte son tan populares como en Suiza. Al principio se encerraron modestamente en los límites de la ciencia ó de la caridad; pero despues, al ver los buenos resultados que producian, trataron de dirigir su vuelo ambicioso al terreno de la política. De todas estas sociedades, una, sobre todo, se ha hecho notable, por la estension de sus ramificaciones, el número de sus individuos, y el esplendor de sus reuniones. Esta sociedad es la de los *Tiradores de Lausana*, creada para la mejor defensa del territorio. Por lo demas, su carácter propio, es absolutamente el mismo que el de las demas sociedades unitarias de la Suiza, por cuanto tiende á fundir los diversos patriotismos cantonales, raquíticos, mezquinos y miserables, en un partido nacional, grande y progresivo. Hé aquí precisamente lo que da á las fiestas que celebra todos los años, esa verdadera grandeza y enérgica vitalidad.

Nada, sin embargo, mas sencillo que el lenguage oficial de su presidente. El 1.° de Junio dirigió á todos los individuos de la sociedad la circular siguiente:

«Queridos hermanos de armas y confede-«rados: es llegado el dia en que tengamos, «al fin, el placer de recibir á nuestros «conciudadanos de la Helvecia, en las orillas «del Léman. Un corazon suizo, una mano «fraternal, y la copa de la amistad, los aguar-«dan..... Venid, venid en gran número «de todas las partes de la Helvecia, á con-«fundir vuestros estandartes y vuestros sen-«timientos con los nuestros, bajo la bandera «federal, &c.»

Un mes despues, el Domingo 5 de Julio, el paseo de Montbenon á Lausana presentaba un espectáculo magnífico é interesante. Imposible es escoger un sitio mas en armonía con la idea que presidia á toda aquella fiesta. Montbenon se diseña graciosamente con sus alamedas de tilos y de plátanos, en la cumbre de una colina, cuya pendiente, cubierta toda de verdura, desciende hasta el nivel del lago de Ginebra. Desde lo alto se domina perfectamente en casi toda su estension una pequeña mar, que muestra su superficie azul por entre los viñedos del pais de Vaud, y los negros castaños de la Saboya. Desde el fondo se levanta con su diadema de yelos y de nieves, el Monte-Blanco, que se mira rodeado, como de otros tantos satélites, por cimas colosales, tan diversas en formas y tamaños, como los estraños celages que hácia la caida de la tarde se agrupan en el horizonte.

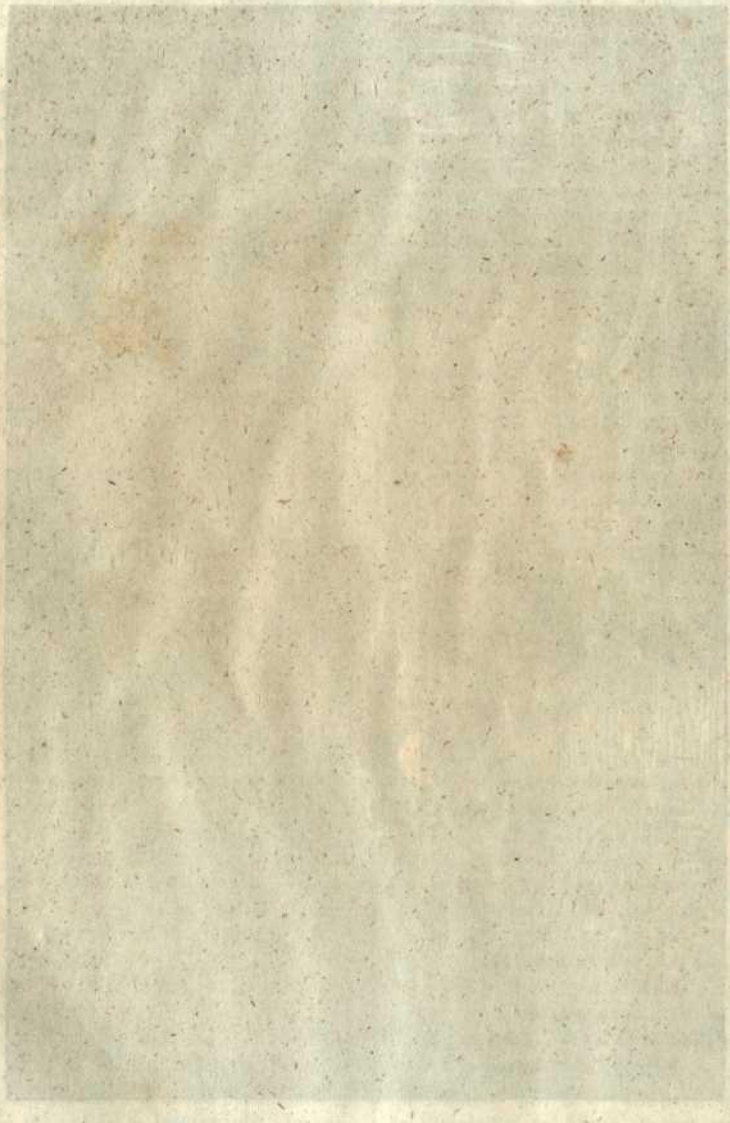
En presencia de este gigante de los Alpes, se reunieron las diputaciones llegadas de todas las partes de la Suiza. Sus banderas de brillantes y variados colores, al ceder á la brisa que venia de la parte del lago, parecian inclinarse para rendir homenage á aquella inmensa maravilla, símbolo imponente del vigor que caracteriza aquel pais de montañas. Todas las avenidas de la ciudad, se hallaban obstruidas por una multitud alegre, y los diputados eran recibidos por los habitantes, con arreglo al programa fijado de antemano. Por último la música dió la señal, y la multitud se puso en marcha, atravesando las calles de la ciudad, que asimismo estaban llenas de espectadores. Podia decirse que la Suiza entera se habia citado para aquel punto. Al llegar el cortejo á la plaza del tiro, se detuvo; y el burgomaestre M. Hess, de Zurich, que el año anterior habia precidido la reunion en su ciudad natal, puso la bandera federal en manos de su sucesor el consejero M. Drucy, presidente de la Sociedad de Lausana. A los discursos que pronunciaron estos dos personages, sucedieron otros que pronunciaron los presidentes de cada diputacion, al depositar en un pabellon de honor su bandera cantonal. En seguida todos se dirigieron á la sala del banquete.

De mas es decir que reinó en él la mayor alegría. Menudearon los brindis, las alocuciones patrioticas, los bravos; hasta que sonó un cañonazo, que era la señal para dar principio al tiro.

Al oirlo se levantaron todos los tiradores, en número de 5 ó 4000 á lo menos, y se dirigieron en busca de sus carabinas. Hablaban los unos el rudo *patois* del Oberland, otros el idioma mas armonioso de los valles del Tesino; estos el frances algo monotono de las gargantas del Jura, aquellos el antiguo *romand*, que se ha perpetuado en las



El lago de Constanza.



apartadas cimas de los grisones; mas á pesar de esta diversidad de lenguage y de los obstáculos que presentaba, todos estaban unidos bajo la influencia de una dulce y saludable fraternidad. Aguardaban á los tiradores treinta ó cuarenta blancos, en cada uno de los cuales, habia premios de mas ó menos valor, segun la mayor dificultad que presentaban al tiro. Estos premios debian pertenecer á los que lo ganasen.

El ejercicio del tiro no concluyó hasta la caida de la tarde. Preciso es convenir que dicho ejercicio se adapta mucho á un pueblo de montañeses como los suizos, que por todas partes se ven rodeados de naciones belicosas y conquistadoras. Asi aprenden á defender los desfiladeros por donde podrian llegar hasta ellos los ejércitos estrangeros, y en los cuales, en caso de invasion, vale mas un tirador que un batallon completo. La carabina es pues el arma helvética por excelencia. Desde el morador de las ciudades hasta el cazador de gamusas, cada uno sabe manejarla con una habilidad que jamas podran alcanzar los mejores soldados. Por lo dicho debe presumirse que muy pronto los cuarenta blancos se vieron acribillados á balazos.

Solo la noche interrumpió el fuego; y desde este momento se iluminaron, como por encanto, los paseos, cuya claridad permitió dirigir una última mirada sobre la vasta escena que se desplegaba á los pies del Montbenon. Las orillas sombrías de la Saboya estaban sumergidas en las tinieblas; pero el reflejo de las luces de la costa proyectaba sobre el lago bastante claridad, para que se pudiese seguir á lo lejos, aquí la columna de humo que despedia el vapor que hacia rumbo hácia Ginebra con su cargamento de viajeros cosmopolitas, allí, las blancas velas de algunas barcas que conducian á Evian ó á Thonon á algunos súbditos sardos, tan tristes en aquel instante, como estudiantes obligados á volver á su prision despues de un hermoso dia de asueto. Mas tarde se apagaron las luminarias, cesaron los cantos, la multitud se disipó, reputándose por felices aquellos que podian hallar un albergue, pues en aquella ciudad de 10,000 almas, se contaban á la sazon 40,000.

La fiesta ha durado siete dias, repitiéndose en cada uno de ellos, con poca diferencia, los mismos incidentes que quedan descriptos. Solamente, que el personal de los actores se renovaba de tiempo en tiempo, de tal modo que pudieron gozar sucesivamente de los placeres que se habian preparado, una poblacion triple de la que podia contener la ciudad. En medio de esta multitud, y de tanto delirio, no se ha notado el menor desórden, ni un grito, ni el menor acto digno de censura. Este es un fenómeno que merece ser citado; y que debe atribuirse, no solamente á la cordura de los habitantes, sino tambien á la prevision de los directores de la fiesta. En efecto, estos lo habian dispuesto todo con el mayor órden y gusto.

El sitio que habian elegido está situado á poca distancia de la ciudad, yéndose de ésta á aquel por una larga avenida. Sobre aquella vasta llanura se habian hecho algunas construcciones elegantes á propósito para la fiesta. Aqui se veia una gruta, con un busto de Guillelmo Tell rodeado de los escudos de los veinte y dos cantones; allí un pabellon, donde estaban de manifiesto los premios reservados á los tiradores; mas lejos estaba la *gran cantina*, especie de cobertizo cubierto, donde habia mas de cien mesas, aguardando á los convidados, y en una elevacion se habia dispuesto un *café*, desde el cual abrazaba la vista todo el conjunto de la fiesta.

En medio de esta profusion de grutas improvisadas, de imágenes y de otros objetos magestuosos, se paseaban miles de personas, cuya atencion distraida á cada paso por una nueva escena, ni aun tenia tiempo para fijarse en ninguna. Aqui retumba el cañon, anunciando la llegada ó partida de alguna diputacion, que recibe la bien venida ó algun adios afectuoso: allí resuena la voz de los oradores, los brindis patrióticos y los vivas; mas acá son los sonidos marciales de la música, los incesantes tiros ó el toque de los tambores: á lo lejos se cruzan y se mezclan veinte y dos escarapelas; los suizos se reconocen y se abrazan; los confederados armados se contemplan, y adquieren confianza en su fuerza y su union. Por todas partes circulan los individuos de las comisiones, encargados de vigilar por el órden, y numerosos soldados, reunidos mas bien para embellecer la fiesta que para protegerla; por todas partes se nota una multitud innumerable, trages elegantes y vistosos, la sencillez campestre unida á augustas imágenes, y el ruido de la guerra á rostros alegres y risueños.

El Sábado 9 de Julio á las cinco de la tarde, un cañonazo anunció que el tiro estaba terminado; y al dia siguiente se repar-

tieron solemnemente los premios, cuyo valor ascendia á 200,000 francos. En seguida se verificó un último banquete, concluido el cual, se formó una procesion que recorrió toda la ciudad y fue á detenerse al frente del Casino. Allí, el presidente M. Druey pronunció un discurso de despedida. Bebiose despues el vino de honor, y una brillante iluminacion puso fin á todas estas fiestas.

Al volver á la noche á casa de nuestro huésped, encontramos sentado á la candela á un jóven que acababa de llegar.

—Mi querido sobrino! esclamó el digno ciudadano, mi querido Fritz! vienes de Constanza?

—Acabo de llegar para asistir á nuestras fiestas, pero veo que han concluido; esto mismo me ha sucedido en la India, y en todas partes. Mi carruage tiene la gracia de quebrarse siempre á tiempo de impedirme ver los grandes espectáculos que deseo presenciar.

—Desgracia es, por cierto, la vuestra.

Y aprovechando la oportunidad le pedí algunas noticias de Constanza, su patria.

—Constanza, dijo el viagero, ha perdido bastante de su primitivo esplendor. Esta ciudad, que era una de las mas opulentas de la Suiza, depende en la actualidad del gran ducado de Báden, provincia que hace parte de los Estados de Alemania, y á la cual fue agregada la ciudad de Constanza por el tratado de Presburgo, celebrado en 1805 entre la Francia y el Austria. Constanza es la capital del círculo de Seekreis, que es tambien conocido con el nombre de *Círculo del Lago*. La ciudad está situada á orillas del lago de su nombre. Fue fundada por Constancio-Cloro padre del Emperador Constantino, que la edificó por el año de 297, dándola el nombre de *Constancia*, en el mismo sitio que ocupaban las ruinas de Valeria, fortaleza que los romanos habian construido en tiempo de Augusto, al sud de la Suabia, para observar á los pueblos de la Germania, que iban haciéndose cada vez mas temibles. Constanza, como todas las ciudades célebres de la antigüedad, ha tenido una época de grandeza y otra de decadencia. Las observaciones de la historia prueban que las mismas causas que han precipitado en el abismo á Roma, Cartago, Capua y otras grandes poblaciones, han perjudicado asimismo á Constanza. La época del mayor esplendor de esta ciudad data de fines del décimo cuarto siglo, y principios del décimo quinto, época en que la iglesia de Occidente era presa del cisma destructor. El Emperador Sigismundo, cuya política no menos cuerda que elevada, no podia llevar á bien aquellas disensiones que turbaban la paz y la felicidad de sus pueblos, resolvió ponerlas término; y al efecto reunió en Constanza, en Abril de 1414, un Concilio, cuya principal mision era el juzgar las locas pretensiones de los tres anti-papas Juan XIII, Gregorio XII y Benedicto XIII, que se decian llamados á estinguir aquel cisma; pero que despues, á imitacion de todas las asambleas que llegan á adquirir demasiado poder, se lanzó en la senda de la arbitrariedad y oposicion á las leyes.

Hállase Constanza rodeada de anchos fosos, y de estensas murallas que presentan paseos agradables. Tiene tres puertas y tres barrios, que dan vista á otros tantos caminos; el uno es el de Báden que pasa por Stein, donde se enlaza con el de Schaffouse; el otro el de Zurich, que pasa por Saint-Gall, y el tercero el de Bregente que pasa por Arbon y Rheineck costeando la orilla del lago superior. El viagero que atraviesa algunos de estos caminos halla á cada paso nuevos objetos de curiosidad, ya por los muchos castillos de todas formas que hay en ellos, como por las lindas casas de campo, y los magníficos paisages que se presentan sin cesar. El interior de Constanza tiene el aspecto y movimiento de nuestros pequeños puertos de pesca. La parte baja de la ciudad está habitada por pescadores, marineros, y obreros que trabajan en las velas y jarcias para las barcas, y en las redes para la pesca: la aristocracia y demas familias acomodadas habitan la parte alta. Aunque el comercio de Constanza es casi nulo, no faltan en ella grandes almacenes de lienzos, de vinos, aguardientes, granos y frutos de toda especie, todo produccion del pais.

El lago de Constanza, limítrofe de la Suiza y del gran ducado de Baden, está situado al sud de esta última provincia. Antiguamente dependia de la Suabia, cuyo nombre llevaba (*mare Savicum*). Divídesele hoy en tres partes: en la parte superior por donde el Rhin desemboca (en aleman *Bodensee*); la parte del centro (*Bodmersee*) que es un brazo que avanza hacia el oeste en la Suabia, y la parte inferior (*Zellersee ó Untersee*) que es en donde la ciudad de Constanza está edificada. Toma estos diferentes nombres de algunos castillos ó

ciudades situados á sus márgenes, y de los cuales existen todavia algunos Los romanos conocian este lago con el nombre de lago del Rhin (*lacus Rheni*) ó lago de Bregenza (*lacus Brigantinus*) á causa de la ciudad de Bregentz, que se halla en una de sus estremidades, y á la cual llamaban *Bregantia*. El viagero que recorre la Suiza, experimenta al pronto la mayor sorpresa á la vista de un fenómeno que no se halla en ningun otro pais, cual es esa multitud de lagos que se ofrecen á sus miradas, y que embellecen enriqueciéndolo este hermoso territorio. Y este fenómeno es tanto mas digno de llamar la atencion, cuanto que la Suiza es la region mas elevada de la Europa sobre el nivel del mar: su altura media es de unos 1100 pies. Cuéntanse en Suiza cuatro lagos principales: el de Constanza, el de Ginebra, el lago Mayor y el de Lucerna, que tienen de 12 á 20 leguas de largo, y de 3 á 5 de ancho; cuatro medianos, que son los de Neufchatel, de Como, de Lugano y de Zurich, que tienen de 9 á 10 leguas de largo y de una á dos de ancho; cuatro aun mas pequeños que son los de Thun, Zug, Wallenstardt y Brientz, que tienen de tres á cinco leguas de largo y unos tres cuartos de legua de ancho; y finalmente, otra multitud de lagos mas pequeños que apenas tienen de una á dos leguas de superficie.

Las cercanías de estos lagos presentan las vistas mas pintorescas y agradables. Aquí aparece la naturaleza risueña y ricos vergeles, buenos pastos, montes en los que el sol fertiliza excelentes viñedos, jardines diseñados de mil modos, en los que la vista se recrea con los colores variados de mil clases de flores; plantaciones magníficas de pinos, alerces y plátanos; arroyos y riachuelos que serpentean por medio de un cesped delicioso esmaltado de flores de todos colores, y rodeado de estensos olivares é higueras; allí, al contrario, la naturaleza se muestra grande, imponente y terrible; todos son cascadas, caidas de agua, valles inmensos en los que se precipitan con furor y estrépito torrentes y rios; horrorosos ventisqueros tan antiguos como el mundo, picos cubiertos de nieve á los que nadie ha podido subir, y que se ocultan en las nubes, bosques enormes de encinas, cuya verdura sombría contrasta con la blancura brillante de las nieves que los cubren, y que sirven de guarida á animales feroces; y por último, espantosos precipicios, cuya profundidad no alcanza á la vista.

Cada uno de estos lagos tiene tambien una temperatura que le es propia, y hasta podria decirse que una atmósfera particular: esta diferencia proviene, sin duda, de los accidentes del terreno que los rodea: refléjase en los unos, como en un espejo, el hermoso azul del cielo, los rayos dorados del sol, y los objetos que adornan sus orillas; respírase en sus cercanías un aire puro, dulce y agradable; los otros, al contrario, estan continuamente cargados de nieblas ó de vapores espesos y frios que son malsanos y producen diferentes enfermedades. Nótase tambien que algunos de estos lagos no se yelen sino en inviernos rigorosísimos, mientras que otros al menor frio se cubren de yelo y de nieve. Asimismo son diferentes los peces, aves y plantas de estos lagos. La mayor parte de ellos se alimentan de sus propios manantiales y vuelven á arrojar de sí las aguas que reciben de los rios.

El lago de Constanza, del que debemos ocuparnos mas detenidamente en este artículo, es el mayor que se conoce en Europa, y asimismo el que presenta un aspecto mas bello y pintoresco despues del de Ginebra. Este lago tiene veinte leguas de oriente á poniente, y unas seis de norte á mediodia: su profundidad media es de unas 350 toesas. Sus orillas, antiguamente cubiertas de bosques, se consideran en la actualidad como el granero de los pueblos de la Suiza. En efecto cultívanse en ellas toda clases de granos, légumbres y frutas: producen excelentes linos y cáñamos y los mejores vinos de la Suiza. El aire es puro y salubre, y su cielo tan bello como el de los paises rodeados por el Mediterráneo. Las familias principales de la Suiza y del gran ducado de Baden, tienen en las inmediaciones del lago de Constanza casas de recreo para pasar la temporada de verano. Ademas de estas casas deliciosas, las orillas del lago se ven pobladas de un gran número de pueblos ricos y lindas ciudades, entre las cuales son de notar la parte de Alemania Bregentz, Lindau, Wasserburg, Buchorn, Langenargen, Merspurg, Uberlingen, y por la de la Suiza, Zell, Stein, que recibe el Rhin al salir del lago, Steckburn, Constanza, Arbon, Roschach y Rheineck, cerca del cual tiene el Rhin su embocadero. La poblacion de estas ciudades se dedica al comercio, á la pesca, y á la navegacion de cabotage: en el lago de Constanza se ven barcas y buques pe-

queños que cargan hasta 5000 quintales. Una aduana, instituida á nombre de la Suiza y del gran ducado de Baden, vigila y proteje los cambios y transacciones, y hace cumplir los reglamentos relativos á la pesca. Cuéntanse en el lago de Constanza cuatro pequeñas islas, á saber: dos en la parte superior, las de Lindau y de Meineau que están á la entrada del golfo septentrional; y dos en la parte inferior las de Reichenau y de Schofflen. Todas estas islas se comunican con tierra por medio de largos y sólidos puentes de madera. La mas rica y poblada de estas islas es la de Lindau que tiene 4450 pasos de circunferencia. Desde ella descubre la vista toda la estension del lago, las imponentes montañas del Vorarlberg, de Appenzell y los montes Sentis y Kamor, que tienen de 7 á 8000 pies de elevacion y van á perderse en el gran valle del Rheintal. La isla de Reichenau es de doble estension que la de Lindau: tiene legua y cuarto de levante á poniente, y una media legua de norte á mediodia. Es célebre por la abadia de benedictinos que fundó en ella en 724, Priminius, Obispo de Meaux y contemporáneo de Cárlos Martel.

M. F.

EL DESDEN.

No me digas *no*,
Ni ostentes conmigo
Ese tu enemigo
Terrible desden.
Tan solo te pido
Que guardes ufana,
Tu talla galana,
Tu gracia, mi bien.

Tu amable donaire
Y tu gallardía,
Que no siendo mia,
Qué tendré que hacer?
Mas siento mi vida
Dilatarse ansiosa,
Si miras piadosa
Mi gran padecer.

Hermosa y feliz Señora,
Todo para tí sonrie,
Con tu gracia seductora,
Tu corazon mas se engrie.

Mas ay! por piedad te pido,
El que observes la belleza,
Del fresco clavel nacido
Cómo ostenta su pureza:

Cómo esparce su fragancia;
Y la brisa deliciosa,
Contemplando su arrogancia,
Lo acaricia silenciosa.

Mas despues que se ha mostrado
Tan ufano y tan radiante,
Luego se vé marchitado,
Y dura solo un instante.

Pues que el astro abrasador
No perdona su belleza,
Ni su aroma encantador,
Que lo agosta con presteza.

Y en él puedes apreciar
De tu esquivez el valor,
Para no menospreciar
Al que te brinde su amor.

Porque así como la flor
Su vida pierde inocente,
Por el astro abrasador
Con su furor inclemente:

Asi arrebata fugaz
De la muger la hermosura,
El tiempo en su marcha audaz,
Dejando en su alegre faz
Las huellas de la amargura.

BENITO VILÁ.

Historia Natural.

LOS HIDROFILOS.





Estos insectos *(Hidrófilus)* tienen el cuerpo ovalado ú oblongo, convexo y guarnecido: sus antenas son cortas, y estan terminadas por una masa globulosa, perfioladas, y cuatro palpas delgadas, larguísimas y filiformes.

Viven en el agua, á orillas de los rios. Sus pies de atras tienen los dedos planos, como remos, y les sirven para nadar; lo que ha motivado que durante mucho tiempo se les haya colocado en el género de los *dítiscos*, que son otros insectos acuáticos.

Las larvas de los *Hidrófilos* son gusanos acuáticos de seis patas; sus quijadas son largas y algo curvas: son muy carnívoras y perjudican hasta en los estanques, porque devoran los huevos de los peces. A los lados tienen unas borlas de pelos, las que sin duda les sirven para respirar: para pasar su metamorfosis se meten debajo de tierra. El insecto perfecto nada, se sumerge en el agua, y vuela bien, pero anda mal. A la caida de la tarde es cuando acostumbra emprender

su vuelo para buscar otra agua. Conócense los machos en que tienen los dedos de delante aplanados, como si fueran unas palas triangulares.

El *Hidrófilo grande*, que es uno de los mayores coleopteros, es todo bruno negro igual. Las elictras tienen algunas estrias poco notables. El torax por abajo parece la quilla de un navio, y termina en punta aguda. La hembra encierra sus huevos en un capullo de seda, que se mantiene flotando en la superficie del agua hasta que las pequeñas larvas salen, y estan ya en estado de precipitarse en ella.=*F. L.*

LA PIEDRA DE TOQUE.



Vamos, hija mia, es preciso ponerte bonita para el paseo de esta tarde.

—Al momento, madre mia, voy á ponerme mi peinador de muselina de color de rosa con flores blancas.

—¡Un peinador! Quita allá, es necesario que estrenes el vestido de raso azul que has recibido de París esta semana.

—¡Un vestido escotado para un paseo por mar! Qué estais diciendo, madre?

—Pues no hay mas. Esto gustará á mi hermano. Ya sabes que es apasionadísimo al color azul.

—Es verdad, pero...

—No hay pero que valga cuando se trata de agradar, hija mia. Y ponte tambien la manteleta guarnecida de encaje.

—La manteleta, ¡Dios mio!

—Tu tio está enamorado de ella, ¡querida! Y completarás tu tocador con el sombrero de paja de Italia.

—El sombrero de paja de Italia!

—Tambien por tu tio, que te le ha regalado. Cuando se trata de ser amable, es preciso no serlo á medias.

—Lo principal es que no falte nada, madre mia, y con algunas flores iria yo mucho mejor y mas sencilla.

—A propósito de flores, ponte estas bonitas rosas blancas por debajo del sombrero, y toma esta crucesita de turquesas para el cuello.

—Ah! mamá, esto es ya demasiado; no os comprendo. No direis que estas flores y esta alhaja son por mi tio, y no adivino qué misterio se encierra en tanto perifollo.

Y pronunciando estas palabras, se ruborizó la doncella, mientras que la madre disfrazaba su turbacion con una sonrisa afectuosa.

—Vaya, mamá, decidme de qué se trata, continuó con tono meloso; porque al fin y al cabo no soy ya una niña á quien se adorna solamente por capricho, y no creo que me hagais aderezarme de esta suerte para ir á mirarme en las aguas del océano.

—Yo habia prometido guardar secreto, contestó la madre; pero me es imposible negarte nada, y asi vas á saberlo todo..... Tu primo está en ese navio cuyo término de cuarentena ha espirado ayer, y tu tio ha dispuesto este viaje por mar para ir á buscarle á bordo.

—Ha vuelto mi primo! esclamó la jóven con infantil alegria y poniéndose en seguida encarnada como la escarlata.

La madre, que ya esperaba este resultado, continuó de esta suerte:

—Mi hermano queria proporcionaros la sorpresa de esta entrevista, pues trae entre manos un proyecto concerniente á uno y otro.

—Ah! sí, interrumpió la niña cada vez mas encendido el rostro.

—Ya ves que es necesario te pongas bonita, dijo su madre besándola en la frente, porque yo sé cuanto amas á Pablo, añadió en voz baja, y se trata de agradar, no á tu primo, sino al que va á ser tu esposo.

La doncella se arrojó en sus brazos, ya no le pareció exagerado su aderezo, y aun lo embelleció cuanto pudo.

Los interlocutores de esta pequeña escena, que pasaba en el Havre una hermosa mañana de Julio, eran Mad. y Madlle. Dartenay que habitaba en una de las casas mas elegantes del puerto, perteneciente á Mr. Martin Lanier. Era este un armador retirado del comercio, que habia tenido la habilidad de hacer su fortuna antes de cumplir 45 años, y que gozaba de la reputacion de hombre original, justificada por la mayor parte de las acciones de su vida. El sistema de educacion que habia adoptado para su hijo único era la prueba mas evidente de su originalidad. Convencido por la esperiencia de que todas las locuras de la juventud no tienen otro móvil que el amor, habia resuelto guarecer á Pablo de esta pasion á toda costa, hasta el dia en que pudiese presentarle la muger que habia de ser su esposa. En esto no habia nada de particular, y Mr. Lanier se asemejaba á todos los padres; pero donde manifestó la rara estravagancia de su imaginacion fue en la aplicacion de su sistema. Viendo que su hijo crecia por momentos y que anunciaba ser un gallardo jóven, se le ocurrió, para evitar los escollos y tener tiempo de buscarle una esposa, embarcarle en un navio que iba á dar la vuelta al mundo, confiando que á su regreso el corazon de su hijo, sediento de sensaciones, se decidiria por la primera muger bonita que se presentase á sus ojos.

Precisamente, Pablo tomó la iniciativa indicando á su padre la persona que podria convenir á ambos. Al embarcarse en Tolon, vió á Cecilia Dartenay, su prima, que residia entonces en aquella ciudad. Se lo escribió á su padre, haciéndole tales elogios de su primita que le dió en qué pensar. Acababa Cecilia de perder á su padre. á los 16 años, y no era muy rica, pero reunia tres cualidades que equivalen á una buena dote: talento, sensibilidad y hermosura. Mr. Martin Lanier la escribió invitándola á ella y á su madre á vivir en su compañia, y que él se encargaba de la suerte de una y otra. No tardó en convencerse de que en efecto su sobrina era un verdadero tesoro, diamante provincial, todavia sin pulir, pero que á favor de la educacion podia llegar á ser una maravilla.

Por desgracia, Mad. Dartenay no era muy apta para darla los conocimientos necesarios y M. Lanier cometió dos leves faltas de que no tardó en arrepentirse; la primera fue permanecer en el Havre en vez de ir á Paris: la segunda, dejar á Cecilia en manos de su madre.

Hacia pues diez y ocho meses que Mad. Dartenay se esforzaba en poner á su hija en estado de poder satisfacer el proyecto de su hermano, y Cecilia se prestaba con tanta mas docilidad á los esfuerzos maternales, cuanto que su primo habia dejado en su alma la mas grata impresion. Solamente su madre estaba iniciada en aquel amor secreto (porque efectivamente era amor, y de lo mas puro); pero M. Lanier sospechaba en sus adentros alguna cosa, y fundaba en esta sospecha las mas lisonjeras esperanzas. En la inopinada entrevista que preparaba á los dos jóvenes, esperaba uno de aquellos efectos simpáticos que deciden de la vida entera, y por positivas que fuesen sus ideas, el bueno del armador creaba en su cabeza una deliciosa novela; no sospechando ni remotamente la novela de otra especie con que iba á sorprenderle su idolatrado hijo, objeto de tantos desvelos.

El efecto simpático falló completamente á la verdad, cuando Pablo y Cecilia se hallaron cara á cara en el puerto de Havre, y como tantos otros proyectos de diversion minuciosamente dispuestos de antemano, donde se disfruta tanto menos cuanto mas se habia esperado, el paseo en lancha no tuvo por ningun concepto el efecto magnífico que se habia pronosticado.

En vano se apareció la primita al jóven viagero como una personificacion de la felicidad que salia á recibirle. En vano M. Lanier y Mad. Dartenay agotaron todos los medios capaces de penetrarle de aquella seductora idea; en vano tartamudeó Cecilia con voz argentina cuánto gozaba volviendo á verle..... El ingrato no hizo mas caso de ella

que si hubiera sido una desconocida, y luego que penetró el complot matrimonial de sus padres, se tornó todavia mas reservado, considerándolo como la mayor desgracia que podia sucederle. M. Lanier estaba ya aburrido y sin saber qué hacer, cuando su hijo le proporcionó el desahogo de enfurecerse con el inaudito secreto que le reveló.

Llamándole aparte en el momento en que iban á retirarse á los penates paternos le suplicó le escuchase dos palabras en un camarote, y retirados que fueron, le habló poco mas ó menos en estos términos:

—Me he hecho cargo de vuestro proyecto con respecto á mí, padre mio, y por vuestra diligencia en traerme aqui á mi prima considero la importancia que le dais. Os agradezco en el alma el que no me hayais olvidado en mi ausencia, y hago justicia, tanto al acierto de vuestra eleccion como á la ternura de vuestras intenciones. Cecilia seguramente es una jóven encantadora, y si me la hubiérais presentado como hoy antes de mi partida no hubiera vacilado un momento en entregarla mi corazon. Pero vos lo habeis dicho muchas veces, los viajes modifican á los hombres, y el que yo acabo de hacer por órden vuestra, padre mio, ha fijado para siempre mi suerte.

M. Lanier se estremeció aterrado, como presintiendo un cruel desengaño, pero procurando ahogar sus temores esclamó mirando á Pablo con vista inquieta:

—Acaso has traido, hijo mio, de tu dilatado viaje la funesta resolucion de consagrar tu exitencia al celibato?

—Al contrario, contestó el jóven con una firmeza que dejó helado al armador: vuelvo con la resolucion formal de pediros vuestro consentimiento para mi matrimonio...

—Con otra muger que Cecilia? esclamó M. Lanier furioso.

—Con otra muger que Cecilia, padre mio.....

—Con una muger á quien no conozco! cómo se entiende, señorito.....

—En efecto, no la conoceis.

—¿Y quién es, desdichado? esclamó el acongojado padre levantándose de pronto.

Ya empezaba á pesarle su novelesca idea del viaje alrededor del mundo como una angustiosa pesadilla, y ardia en deseos de saber hasta qué punto se habia burlado á sí mismo.

—Vais á saberlo todo, padre mio, repuso Pablo con humildad. Y antes sabed, que no os hubiera revelado tan de improviso una aventura que á primera vista no dejará de sorprenderos, á no ser por la falsa posicion en que me he encontrado con respecto á mi prima.

—Una aventura! esclamó el armador. Con que tenemos aventura de por medio?

—Sí, padre mio..... nuestro destino puede cumplirse en todos los puntos del globo.

—Mr. Lanier suspiró, viendo descorrerse por momentos el velo de sus ilusiones.

—Sabed, pues, prosiguió el jóven, que nuestro capitan antes de salir del Mediterráneo tenia que desembarcar algunos pasageros en Grecia, y una tempestad nos obligó á tocar en Parga.

—Diantre! dijo para sí M. Lanier, me habia yo olvidado de este inconveniente de las tempestades.

—Parga es una pequeña ciudad de la costa de Albania, notable por la ferocidad de los musulmanes que la habitan. La mayor parte de ellos se ocupan en el comercio de mugeres y esclavas de serrallo, y su vecino el bajá de Janina les proporciona mas ganancia que diez bajaes juntos.

—Qué ejemplo para un jóven! dijo para sus adentros el armador con toda su posible moralidad.

—Un dia que me hallaba solo en la costa con el bote del capitan ví dirigirse hácia mí por entre las rocas una persona corriendo con todas sus fuerzas...

—Una muger... sin duda.

—Al contrario, un muchacho con el trage de grumete de la marina mercante.

M. Lanier respiró, y Pablo continuó su relacion animándose poco á poco.

El desdichado, que al parecer era perseguido, se precipitó á mis pies desde el pico de una roca, y abrazando mis rodillas con ademan desesperado, me suplicó le libertase de la muerte, embarcándole en mi bote. Al menos, esto es lo que comprendí en sus gestos, mas bien que en sus palabras, porque se espresaba en un idioma que yo no entendia, aunque conocí que era griego, consultando ciertos recuerdos del colegio.

—Ah! era un jóven griego?

—Poned el nombre en femenino, padre mio, porque era una jóven!

—Una jóven! esclamó el armador confundido. Vamos, ¿y qué hiciste de ella?

—Lo que vos hubiérais hecho en mi lugar, conociendo su inocencia y su desgra-

cia, porque para apreciar una y otra bastaba reconocer su sexo y su edad. Era una desgraciada robada por piratas y destinada á enriquecer un harem berberisco. Una compasiva esclava se habia apiadado de ella y la habia proporcionado sin duda aquel disfraz para evadirse. Ah! quién no la hubiera amparado y salvado! estaba tan trémula, tan hermosa!

—Tan hermosa?..... pues; su hermosura fue la que te hizo compasivo.

—Es verdad, lo confieso, su belleza me deslumbró y sus lágrimas me conmovieron profundamente: la oculté en mi bote, jurando salvarla á toda costa.

—Vamos, y la salvaste; eso es claro, interrumpió con impaciencia Mr. Lanier, la libertaste de la esclavitud y de los bajáes: y hasta hiciste la necedad de amarla, y luego despues la abandonaste haciéndola repetidas promesas que ella no comprendió. Todo eso es muy absurdo y muy novelesco, señorito: y no comprendo el motivo de estarme impacientando con esa historia, á no ser que quieras volver á Parga á buscar á tu interesante grumete.

—No hableis, padre mio, con tanta ligereza, porque estoy seguro que mudareis de opinion cuando le conozcais.

—Como! cuando le conozca! pues que, ¿piensas ir por ella á la costa de Turquía?

—No habrá que ir tan lejos: Selmé está á bordo de este buque y á dos pasos de nosotros.

—Está aquí! esclamó el armador con voz ahogada por la cólera, y paseando en derredor de la estancia, sus ojos encarnizados como si fuera á aparecérsele la griega.

—Pero, vaya, esto será un cuento ó un sueño, repuso despues de algunos instantes de silencio, pues no te creo tan loco que hayas traido contigo á esa muger; ademas, es imposible que el capitan lo haya permitido.

—El capitan no supo mi proyecto hasta que ya no tenia poder para impedirle. Esperé á la noche para embarcar á Selmé: levamos anclas antes de amanecer, y asi no fue descubierta hasta el dia siguiente, á cincuenta leguas de distancia de la costa de Turquía. Entonces no tuvo otro remedio que poseer otro grumete á bordo, ademas de que yo me comprometi á pagar su pasaje.

—Su pasaje, dijo con vehemencia M. Lanier: y no tiemblas de haberte burlado de mí de esa manera?

—Estoy persuadido de que no merezco vuestras reconvenciones, y os juro que hablo formalmente. Al dar principio á la educacion de Selmé durante las últimas semanas de mi viaje, he descubierto que tiene tanta nobleza, tanta sensibilidad como hermosura: y el respeto se ha unido á mi cariño, al paso que su reconocimiento se convertia en amor; y recordando lo que tantas veces me habeis inculcado de que mi fortuna me permite casarme con una muger que tenga virtudes aunque carezca de bienes, he conocido que habia encontrado lo que deseaba, y he jurado unir mi suerte á la de Selmé.

—Jamas! esclamó el armador con acento terrible.

—Estoy seguro de que os retractareis de esa palabra, padre mio, continuó Pablo abriendo una puertecilla.

E indignado conforme estaba M. Lanier no pudo menos de lanzar un grito de sorpresa, al presenciar la aparicion que se ofreció á sus miradas.

Estaba de pie la jóven griega en la estancia próxima, vestida con una túnica de cachemira y un turbante de muselina de color de fuego. Seguramente, hubiera sido difícil imaginar un objeto mas seductor á primera vista. La gracia, la finura y la inocencia le prestaban sus encantos, todo esto realzado mas todavia con aquel aspecto estrangero que tanto agrada, y cuyo efecto era aun mas poderoso en Selmé por el pintoresco traje que vestia! Si este golpe teatral, en que fundaba Pablo sus esperanzas, no tuvo todo el éxito que aguardaba, al menos la cólera paternal se templó ante la sonrisa suplicante de la estrangera; y las sentidas palabras que pronunció hubieran al cabo conmovido á M. Lanier, si no hubiese procurado evitar la tentacion subiendo sobre cubierta con su hijo.

Allí, como todavia no se podia tomar ningun partido y era menester obrar con prudencia, se convino ante todas cosas en evitar el escándalo: que Pablo permaneceria á bordo, bajo cualquier pretesto, hasta el dia siguiente, y que Selmé volveria á vestirse de grumete para desembarcar en secreto y alojarse en alguna posada del Havre.

Convencido de que su padre condescenderia con sus ruegos, el jóven no se opuso á estas medidas, y el triste armador se vol-

vió á tierra con su hermana y su sobrina, no menos tristes que él, reflexionando con amargura en los inconvenientes de los viajes al rededor del mundo, y maquinando los medios de atraer á su hijo á la historia y á su prima, alejándole de la novela y de la linda Selmé.

Por espacio de una semana todo permaneció en el mismo estado. Cecilia y su madre sin acertar á esplicar la ceremoniosa frialdad de Pablo; este vigilando en secreto á su grumete, y amenazando á cada instante presentarle; y M. Lanier rompiéndose los cascos para inventar razones con qué convencer á su hijo de su errado proceder.

Un dia, por último, contemplando á la hermosa griega desde cerca, el armador tuvo una inspiracion felicísima, é hizo el trato siguiente:

En atencion á que Pablo no podia casarse con Selmé en el estado algo oriental en que se encontraba, difiriria su matrimonio diez y ocho meses, y M. Lanier se obligaba á hacer los gastos de la civilizacion de la jóven griega. Con este objeto la pondria en el mejor colegio de la capital, en donde recibiria los beneficios de la mas brillante educacion parisiense, y para no padecer entretanto el tormento de Tántalo á la vista de los manjares prohibidos, haria Pablo en compañía de su padre un viaje á Suiza é Italia, que completase su instruccion segun el sistema de M. Lanier.

—La tentativa me costará algo cara, dijo para sí el armador; pero lo que es ahora, si mi esperiencia no me engaña, tengo dos grandes probabilidades de pagar á mi hijo el desengaño que me ha dado.

De estas dos probabilidades, la una podia nacer de la inconstancia del corazon humano; la otra dependia de una observacion mas delicada y que honraba en sumo grado, como despues veremos, la perspicacia del armador.

Pablo habia escuchado siempre con disgusto las amonestaciones de su padre, haciéndole ver la conveniencia del enlace con su prima; el dia de la entrevista, por ejemplo, habia hallado en su tocado un esmero y una exageracion enteramente provincial; luego su inocencia le habia parecido grosería, sus modales faltos de sencillez y desembarazo, y finalmente orgullosos y presumidos su lenguage y ademanes. M. Lanier habia tenido que convenir indirectamente en estas observaciones, y entonces fue cuando se desengañó de la insuficiencia de Mad. Dartenay y de la residencia en el Havre para el completo desarrollo de los encantos de Cecilia. Por consecuencia la envió á Paris con su madre, y la puso bajo la tutela de una señora distinguida y de mundo, la cual se encargó de despojar aquel oro precioso de toda escoria, haciéndole pasar habilmente por el crisol de la sociedad.

Tomadas todas estas precauciones se pusieron en camino padre é hijo.

Diez y siete meses despues un hombre de cabellos grises y un apuesto caballero se hallaban una noche en un palco de la Academia real de música. Aquel hombre era M. Martin Lanier acompañado de su hijo. Habian llegado de Marsella el mismo dia, y aquella reunion improvisada en la ópera, era un nuevo complot del armador. Inquieto al ver que Pablo volvia despues de tan larga ausencia con la imaginacion llena de los atractivos de su hermosa griega, M. Lanier no habia querido que se viesen en seguida y habia imaginado un encuentro imprevisto en la ópera para proporcionarse el placer de la sorpresa.

Media hora haria que estaba levantado el telon y Pablo ponia mas atencion en la concurrencia que en el espectáculo, cuando su padre indicándole un palco frontero al suyo le preguntó con indiferencia qué le parecia de las personas que le ocupaban.

Eran estas dos damas de edad provecta, sentadas en el fondo y de las que no hizo caso Pablo, porque habia delante dos jóvenes muy compuestas que reasumieron toda su atencion.

—He alli una morenita, dijo el jóven contemplando rápidamente á la primera, que no deja de tener alguna gracia y coqueteria al mismo tiempo; pero es lástima que estén tan encontrados su tocado y su persona. En una palabra, es lo peor que hay aqui; parece una criada disfrazada de señora.

—Soy de tu misma opinion, contestó sonriéndose el armador con los ojos centelleantes de placer.

—Vamos, ¿y qué te parece la segunda?

—¡Cáspita! dijo Pablo estremeciéndose, me parece superior á todo elogio. Es una combinacion de todas aquellas inapreciables cualidades y de todos aquellos encantos sin número que constituyen á la parisiense por escelencia, ademas del *no sé qué*, esa otra cualidad no menos esquisita que es para la

muger linda lo que el perfume para la rosa.

—Tambien soy de tu opinion, dijo M. Lanier, eso es lo que se llama hablar como inteligente!

—Mirad, padre mio, continuó el jóven sin separar su anteojo del mismo punto; la impresion que me hace la belleza de esa muger me recuerda la primera que produjeron en mi alma las perfecciones de Selmé.

—De veras? esclamó el armador pudiendo apenas contener la risa: seguramente no has fijado bien la atencion en esa muger, ó la imágen de Selmé se ha borrado enteramente de tu memoria.

—Borarse de mi memoria! esclamó Pablo, jamas, padre mio, jamas: me atreveria á reconocer aquel angel entre mil mugeres. Pero, Dios mio! añadió en seguida, estoy soñando, aquella preciosa jóven.....

—Qué?

—Es Cecilia Dartenay mi prima, no hay duda, es ella! porque veo allí á su madre. Qué mudanza, justo cielo! Qué progresos!

—En efecto, qué progresos! dijo el armador, pero no adviertes otra mudanza en sentido inverso.

—La morenita que esta junto á Cecilia, *aquella mozuela disfrazada de señora...*

—Qué quereis decir?...

—Es la linda Selmé, hijo mio, es *aquel ángel que te atreverias á reconocer entre mil mugeres.*

—Dios mio! qué blasfemia! esclamó Pablo separando el anteojo con mano trémula; os engañais, no es ella!... es imposible!

—Es positivo, le dijo M. Lanier satisfecho, y puedes asegurarte en un momento pasande á su palco.

Dos minutos despues ya estaba el jóven convencido y desengañado.

En vano se esforzó por algunos dias en despertar sus antiguas ilusiones y volver á descubrir en la jóven griega los pristinos encantos... Todo se habia borrado, perdido y desvanecido con el idioma, el trage y la originalidad oriental, tanto que el juicio que habia formado de ella antes de reconocerla era la espresion exacta de su mudanza en 18 meses, asi como en los entusiastas elogios de Cecilia no habia exajerado nada, porque efectivamente habia adquirido todas las gracias que la otra habia perdido!

—Ah! esclamó Pablo confesando á su padre la mudanza de sus inclinaciones, de cuanto sirve la educacion!

—Es la *piedra de toque* que da á cada cosa su precio, contestó el armador, y que pone á cada uno en su lugar: ó en otros términos, ella prueba que una esclava griega debe ser esclava griega so pena de pasar al estado de mozuela civilizada, al paso que una provinciana bonita y despejada puede llegar á ser una parisiense completa. Ya veo que mi tentativa ha tenido un feliz éxito, y me doy el parabien. Unicamente te pido que cuando tengas hijos, elimines de tu sistema de educacion los viages al rededor del mundo.

Inútil es decir que Pablo se casó con Cecilia: que la griega Selmé tuvo que contentarse con un dependiente de la casa del armador, y que se acabó la historia.

F. M.

Monumentos Históricos.

SEPULCRO DEL CARDENAL CISNEROS.

El viagero que pasa por Alcalá de Henares, donde tantos monumentos se encierran de la munificencia del Cardenal Cisneros, y de la ilustrada proteccion que daba á las ciencias y á las artes, no deja de visitar su sepulcro, colocado en el colegio mayor de San Ildefonso, en la capilla mayor, formada por la division que hace una reja de bronce de la gran nave de la Iglesia. Toda la obra de este grandioso monumento es seguramente magnífica, si bien los inteligentes hallan defectos de arte y mal gusto en algunas de sus partes. El grabado que aquí damos hará formar una idea que aclararemos con su susinta explicacion.

La cama sepulcral, sus adornos y la efigie del Cardenal vestido de Pontifical es obra prolijamente ejecutada en bellisímo mármol por Miser Domenico Florentino, y aun se afirma que vino hecha de Florencia. Levanta del suelo esta cama como dos varas; en la basa hay adornos, grotescos, y follages de buen gusto. La urna tiene doce nichos; cuatro en cada una de las fachadas de los lados, dos en la de los pies, y otros dos en la de la cabecera. En medio de cada lado hay una medalla, y asi en estas como en los nichos se ven figuras de ángeles, de santos, &c. Gran parte de ellas están destrozadas, y aunque lo atribuyen á la humedad, mas parece obra de la mano destructora de la ignorancia. En cada ángulo de la urna hay un grifo ó quimera con las alas estendidas, y encima, en el plano del colchon en que está echado el Cardenal se ven sentados los cuatro doctores de la Iglesia, representados en figuras pequeñas. Toda la urna al rededor está adornada de niños, festones y otras cosas, ejecutadas con prolijidad y atencion. Costó esta obra de mármol 2,100 ducados de oro.

A los pies de la cama hay una tabla de mármol que tienen levantada dos angelitos, con la inscripcion siguiente, que dicen fue hecha por el doctor Juan de Vergara en su mocedad:

Condiderata Musis Franciscus grande liceum condor in exiguo nunc ego sarcofago.

Praetextam junxi sacco, galcamgue galero frater dux praesul Cardineusgue pater.

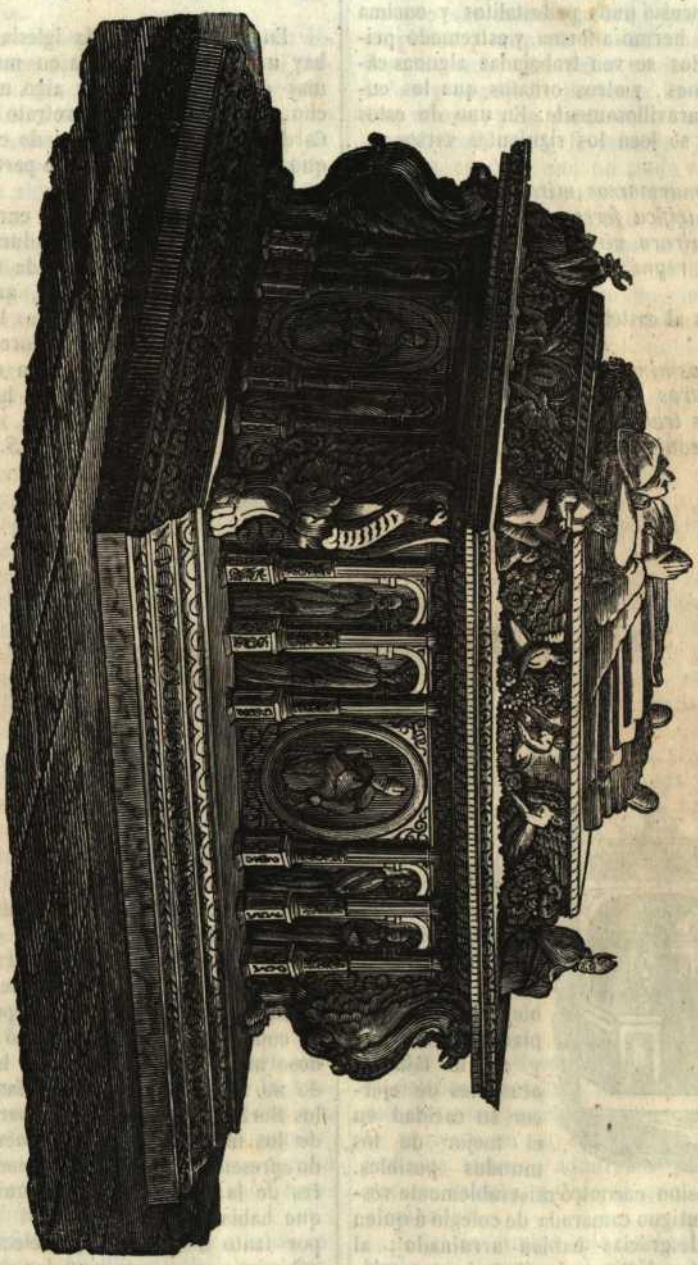
Quin virtute mea junctum est diadema cucullo cum mihi regnanti parint Hesperia. Obiit Roac VI id. novemb.

M. D. XVII.

Que traducida al castellano quiere decir:

« *Yo Francisco que hice levantar un magnífico liceo en honor de las musas, soy el que yace en este reducido sarcófago. Vestí la púrpura sobre el sayal, y usé igualmente del casco y del sombrero. Fraile, caudillo, ministro y cardenal llevé á un tiempo sin pretenderlo la diadema y la cogulla cuando España me obedeció como á Rey. Murió en Roa á 8 de Noviembre de 1517.*"

La obra de la reja ó balaustre que hay al rededor del sepulcro es trabajo escelente, ejecutado por Nicolás de Vergara, escultor vecino de Toledo, que despues de su muerte



Sepulcro del Cardenal Cisneros.

concluyó su hijo del mismo nombre. Las verjas están adornadas de bellisímos follages y mascaronsillos. En los ángulos de la reja hay sobre su cornisa unos pedestalitos, y encima jarrones de hermosa forma y estremado primor, en ellos se ven trabajadas algunas cabecitas, cisnes, y otros ornatos que los enriquecen maravillosamente. En uno de estos pedestalitos se leen los siguientes versos:

Advena marmoreos mirari desine vultus,
factaque mirifica ferrea claustra mano
virtutem mirare viri, quem laude perenni
duplicis et regni culmine digna fuit.

Vertidos al castellano tienen este sentido:

«*Cesa caminante de admirar las marmóreas figuras y la verja de hierro por hábiles manos trabajada; guarda la admiracion para contemplar las eminentes prendas de este varon, que le hicieron merecedor de eterna alabanza y dos veces le elevaron á la cumbre del poder.*»

En la sacristía de la iglesia del colegio hay una medalla ovalada en mármol, poco mas de tercia de alto y algo menos de ancho, y es un bellísimo retrato de perfil del Cardenal. Hasta cierto viso de color de carne que del mármol tiene á la parte de la cara le hace parecer mejor.

Muéstrase tambien á los curiosos las llaves de Oran, algunas armaduras antiguas, y una impropiamente llamada flauta, como recuerdo del gran Cisneros, que mas bien son testigos de la incuria de las modernas generaciones, mudos acusadores de nuestra ignorancia, y del desden con que en España se mira la memoria de los hombres grandes.

S. el E.

MAGDALENA.



Lovel era en tiempo del Directorio uno de los banqueros mas íntegros de la Chaussée d' Antin; amaba el bien solo por el placer de hacerle, y no le faltaban ocasiones de ejercer su caridad en el mejor de los mundos posibles. En una ocasion encontró miserablemente vestido á un antiguo camarada de colegio á quien repetidas desgracias habian arruinado; al principio tuvo lástima de él y le socorrió, despues se hizo su amigo. Le dió consejos, y lo que vale mucho mas, le prestó dinero; posteriormente le asoció á sus mejores empresas, poniéndole de este modo en camino de hacer fortuna.

Galisart, que asi se llamaba el protegido, descendia de una familia de Turena de antigua nobleza, pero este era un recurso muy débil, cuando á penas se veia libre el Consulado de las ligaduras republicanas. Asi lo conoció Galisart y continuó enriqueciéndose hasta 1815, pero tuvo buen cuidado de no hacer alarde de sus blasones. Cuando los Borbones volvieron á ocupar el trono, uno de los mejores títulos que nuestro héroe pudo presentar á la consideracion y los favores de la corte, fue el insignificante papel que habia hecho durante el Imperio; fue por tanto uno de los predilectos del nuevo gobierno, y para consolidar su favor supo hacer brillar su oro á los ojos de los cortesanos, y ostentar sus armas á los de los hombres de negocios; doble seduccion que

le valió millones y títulos. Era hombre de talento, llegó á estar de moda, y por espacio de quince dias no se habló mas que de él en Paris.

En medio de todas sus grandezas no dejó sin embargo Galisart de profesar á Covel la mas sincera amistad: su mayor placer era recibir á su amigo en el magnífico palacio que habia comprado en la calle de Grenelle, y repetirle mostrándole con el dedo todas sus riquezas: «Amigo mio, V. fue el que puso en otro tiempo la primera piedra.» Y Covel que habia hecho con su misma generosidad muchos ingratos, se consolaba estrechando la mano de Galisart.

Pocas horas antes de saberse la noticia oficial de la victoria de Navarino, entraba un dia Galisart en casa de su amigo, y le encontró dispuesto á jugar á la baja. Galizart salia del despacho de un ministro; y Covel que tenia muy poca confianza en la marina francesa, se fiaba como todos los jugadores en presentimientos. Una idea infernal ocupó entonces la cabeza de Galisart; busca á un corredor que propone al banquero una gran jugada á plazo, y este, arrastrado por su fanatismo bursátil, y no poco tambien por los consejos de su amigo, se compromete en ella su fortuna.

Aquella misma tarde se supo que se habia ganado la batalla, y Covel quedó arruinado; su crédito tampoco resistió á este golpe.

El sensible corazon de Galisart no hubiera podido soportar la vista de tantas desgracias, pero se violentó y negó á su viejo amigo la entrada en su casa. Entonces comenzó el banquero á sospechar... y cargado con una familia numerosa, con su muger moribunda, y enfermo él tambien, se retiró á una pequeña posesion que le quedaba en la Auvernia, y que producia mil quinientos francos de renta. Galisart fue nombrado á poco consejero de Estado.

Diez años despues de esta aventura llegó á Paris Julian Covel, cuarto hijo del banquero, con cien escudos en el bolsillo y la pasion de Rafael en el corazon; me engaño, ademas de la pasion tenia un odio, porque su padre al separarse de él le habia revelado el nombre de Galisart.

¡Yo tambien soy pintor! pensó Julian como tantos otros que llegan á Paris para darse á conocer, y cuyo talento queda para siempre olvidado ó desconocido. Alquiló en el último piso de una casa de la calle de San German un cuartito claro y alegre, lo mas cerca de las nubes que era posible; compró lienzos, colores y pinceles, gastando en esto sus escudos; pero ¡qué importa!... es pintor y empieza á trabajar... Ah! no dararà mucho tan dulce sueño; todas estas bellas y engañosas ilusiones le irán dejando una á una, y no tardarán en ocupar su lugar el desaliento y la miseria. Julian pintó algunos cuadros que no pudo vender, otros que ni siquiera expuso al público, y otros que dejó á medio concluir. Le rodeaba la pobreza, y el vasto horizonte que habia creido descubrir al principio, se iba estrechando á su alrededor como un círculo de fuego. Una noche se acostó pintor, poeta, discípulo de Rafael, y se levantó por la mañana con un carbon en la mano, enseñando á los muchachos á pintarrajar orejas y narices.....

Julian tenia el mismo carácter orgulloso y melancólico que su padre, y muy pocos amigos, porque orgulloso en su desgracia pasaba los dias en su pobre rincon, resignado pero solitario.

Uno de sus condiscípulos vino no obstante un dia á visitarle á su boardilla, examinó, alabó, y criticó uno por uno todos los trabajos de Julian, y mirando por el tragaluz vió las paredes de un suntuoso palacio contiguo á la casa que ocupaba el jóven pintor.

—Pardiez, esclamó, que vives al lado de uno de nuestros mas generosos Mecenas. Sin duda alguna será una dicha para ti tener tal vecino: no podrias hacer conocimiento mas útil que el del conde de Galizart.

—Galizart!

—Mas quedito, no; es necesario pronunciar este nombre como el de un traidor de comedia.

—Es que ignoraba... un antiguo negociante, creo.....

—El mismo, y ahora par de Francia. Es un noble caballero en toda la estension de la palabra. Proteje á los artistas, y yo mismo soy una prueba de ello. ¿Quieres que te presente en su casa? verás á su hija, la divina Atenais, admirable por su belleza, por su talento. ¿Quieres que te lleve allá el sábado?

—Gracias amigo mio; sabes que no tengo genio, ni tiempo, ni dinero bastante para hacer papel en el mundo. Esperemos otra época mejor.....

—Es una necedad ser tímido é hipocon-

driaco... ¿Ignoras acaso que es preciso que te des á conocer y que no te han de venir á buscar á tu sesto piso?... Vamos, convenido; yo te presentaré en casa del conde.....

—Nunca, respondió Julian con un arrebato cuya ridiculez conoció en seguida: amigo, añadió en tono mas dulce, ten la bondad de no hablarme nunca del conde de Galisart.

Como quieras; pero de todos modos es incomprensible tu conducta, dijo el amigo cogiendo su sombrero.

Poco tiempo tardó sin embargo, el pobre profesor de dibujo en verse dominado por otro amor superior al que tenia á la soledad. Al otro estremo del corredor en que estaba la puerta del cuarto de Julian, habia otra habitacion enteramente semejante á la suya. El inquilino era una jóven que vivia sola, que nunca tenia visitas; salia todas las noches á la misma hora, y volvia muy tarde; algunas veces no volvia. Ya hacia algunos meses que vivia alli Julian, cuando vió por primera vez á la jóven. Era hermosa como un ángel; esto fue al menos lo que se repitió cien veces el pintor al dia siguiente de haberla encontrado por primera vez. Pero le desagradaba mucho el extraño género de vida de su vecinita: interrogó al portero, y no supo decirle quién era, adónde iba, ni en qué se ocupa. Julian hubiera sospechado de la conducta de Magdalena, si la castidad que brillaba en su frente no le hubiese inspirado respeto á pesar de sus dudas.

Al cabo de ocho dias estaba perdidamente enamorado, loco. Al cabo de quince, ya habia encontrado ocasion de hablar á Magdalena, de entrar en su cuarto, de sentarse á su lado.

Al cabo de un mes, la habia contado su historia, la de su padre, la muerte de su madre, y las desgracias de su familia: no tenia ya secretos para ella, ni en su corazon. Pero Magdalena continuaba incomprehensible: le habia enseñado ropas ordinarias que cortaba y cosia: diciéndole que trabajaba para las señoras de la Junta de Caridad. Por lo demas tenia una voz deliciosa, y hablaba de pintura con talento y con entusiasmo. Julian la devoraba con la vista, y no podia adivinar de qué rincon del cielo habia caido aquel ángel.

Pero este ángel, cuando daban las siete en el relox de Santo Tomás, se levantaba, apretaba la mano á Julian, y haciendo un pequeño lio de lo que habia cosido aquel dia, saludaba con una sonrisa al pintor, y se marchaba diciendo: Hasta otro dia.

¿A dónde iba? Todos los dias la hacia Julian esta pregunta, y Magdalena respondia siempre con la mayor candidez que iba á llevar su trabajo á las señoras de la Caridad.—Pues esas señoras, observaba Julian, os detienen hasta muy tarde, y algunas veces.....

El rostro de la jóven tomaba entonces una expresion de dignidad ofendida, que al pobre amante hacia bajar los ojos é implorar su perdon.

Una noche que velaba en vano expiando los lijeros pasos de Magdalena, creyó oir en el cuarto mismo de la jóven un ruido inusitado. Escucha atentamente y percibe voces confusas mezcladas con algunas carcajadas. Julian se levanta sin poder apenas respirar. Magdalena no habia vuelto, porque no la habia sentido pasar, y sin embargo se oye distintamente ruido de pasos y de palabras; risas bien claras... besos! Julian no puede dominar mas su emocion; se levanta, sale de su cuarto y va á llamar á oscuras á la habitacion de Magdalena. Pero antes de llegar á ella se cierra una puerta con violencia y cesa todo el ruido. Llama, escucha, y no le responden. Julian comienza á delirar; su imaginacion se pierde en mil extravagancias; se apoya contra la pared, sin saber á dónde está, sin poder darse cuenta de lo que busca, ni de la causa que hace latir tan fuerte su corazon: tiembla de miedo, un sudor frio humedece su frente, y cree oir de nuevo voces burlonas, quejas y suspiros. ¿Está despierto? sueña? está loco?... Una fuerte ráfaga de viento penetra entonces por el techo del corredor y le hace volver en sí.

La tempestad! exclama... Me habré engañado hasta este punto?... Porque en efecto los canalones de los tejados metian mucho ruido, las veletas rechinaban, los postigos de las ventanas giraban sobre sus goznes, y los cañones de las chimeneas sonaban en un triste diapason como otros tantos cañones de órgano... Llovia y hacia un fuerte viento.

Julian se acostó avergonzado de su equivocacion; pero al dia siguiente se apresuró á ir á saludar á Magdalena en cuanto la sintió volver, y miró escrupulosamente su cuarto, sus muebles y á ella misma. Todo estaba en órden...; no obstante, oprimia el co-

razon de Julian un peso indefinible. Esta noche he tenido un sueño muy raro, dijo á Magdalena, creia oiros reir y hablar con un hombre...

—Qué no conoceis? Pues vuestro sueño ha sido verdad, le respondió con voz dulce y apasible; porque he pasado parte de la noche con mi padre.

—¿Vuestro padre? Es sin embargo la primera vez que me hablais de él.

—Y no será tal vez la última.

—¿Tal vez? ¿Qué quereis decir?

—Amigo mio, cuando me convenga hablar no esperaré vuestras preguntas, cuando no, tendrán el doble inconveniente de disgustarme y de no obtener respuesta.

Magdalena tenia palabras y miradas á que era imposible dejar de someterse.

Entre todos los dolores de este mundo, solo hay uno que no puede pintar la pluma de los mejores escritores ni poetas: este dolor es el hambre. El hambre no se canta, se sufre en silencio; es una enfermedad vergonzosa que mata, pero que se oculta siempre. El hambre, lo mismo que aquellos horribles calabozos, cuyo techo iba bajando poco á poco sobre la víctima hasta oprimirla completamente, liga á la criatura, la encorva, la agobia, la aminora, la deshace; alma y cuerpo, fuerza, inteligencia, á nada perdona; deseca, envilece, hace desatinar; no hace á nadie poeta, pero vuelve loco á cualquiera.

Hacia ya ocho dias que Julian no entraba en el cuarto de Magdalena; no era ya pintor, ni estaba enamorado; tenia hambre. Era tiempo de vacaciones; sus discípulos le habian dejado, y con ellos habia desaparecido su última moneda. Desde entonces vivia como un naufrago de la *Medusa*, saliendo furtivamente por las noches para ir á devorar á un callejon estraviado una corta porcion de patatas fritas. Todo lo habia vendido, á escepcion de su paleta y sus colores que guardaba sin saber por qué, como un naufrago que se agarra en el agua á un yerbajo cualquiera y que muere sin soltarle. Contaba sus recursos por monedas de cinco céntimos, pero llegó una mañana en que no le quedaba ya nada: aquel dia lo pasó Julian con los codos apoyados sobre la ventana en una perfecta atonía, hasta que pasó el cielo de la luz á las tinieblas, pero sin que él hiciese ningun movimiento. Se hubiera creido que despreciaba la vida hasta el punto de olvidarla antes que la muerte le privase de ella.

En aquel momento se abrió la puerta de su habitacion y entró Magdalena. Se acercó á él de puntillas, y le vió adormecido, pálido y risueño sobre el alfeizar de la ventana: le miró fijamente y derramó una lágrima; luego cerró suavemente la ventana para que el aire de la noche no acabase de helar su frente, y se retiró por donde habia venido. Julian habia visto todo esto, como si fuese una aparicion.

A media noche se despertó, presa de una horrorosa calentura: se arrastró con trabajo hasta su lecho, y se durmió, aunque turbaban su sueño las mil fantasmas del delirio.

Un hombre que le tocaba en el hombro le despertó súbitamente por la mañana. Abrió los ojos y vió delante de sí un viejecillo de mas de sesenta años que le miraba con aire de compasion.

—Amigo, le dijo el viejo, soy un usurero; sé que os hallais en grande apuro, y vengo á ofreceros trescientos francos; pero en prenda dadme una letra de cambio para de aqui á tres meses.

Julian creyó al pronto que el delirio de la calentura turbaba todavia su razon; pero el usurero le puso en la mano quince hermosas monedas de oro que brillaban como el sol, y no pudo dudar ya de la realidad de su ventura, si bien manifestó á aquel hombre su sorpresa, diciéndole que no era aquella la idea que él se habia formado de los usureros.

—No os habeis engañado, mi buen amigo, le respondió el viejo sonriendo; pero yo amo á los artistas y los protejo. Aquí está la letra, ponedla á mi órden, me llamó Wisbec.

—¿Pero sabeis, le dijo Julian, que dentro de tres meses no estaré tal vez en estado de volveros vuestro dinero?

—Pues yo estoy seguro de que si; teneis dinero para comenzar, y esto atraerá á vuestro estudio el talento y la inspiracion. Hacedme un cuadro histórico, y yo os garantizo su venta en 400 francos: ¿estais contento?

Julian cogió el dinero del usurero sin poder contener sus lágrimas; este le presentó la pluma con mano trémula, y el jóven pintor firmó. M. Wisbec le saludó en seguida, y desapareció.

Pero esta inesperada fortuna llegaba muy tarde. Aquella misma noche Julian estaba á

las puertas de la muerte. Durante quince dias que estendió el tifus sobre él su empozoñado aliento, permaneció extraño á todo lo que pasaba en el mundo de los vivos. Muchas veces sin embargo, creia ver inclinarse sobre su frente una figura divina, al mismo tiempo que su delirio le hacia entrever al otro lado de la cabecera de su cama al ángel terrible de la muerte; y le parecia que estos dos seres invisibles luchaban encarnizadamente, y creia sentir alternativamente el rechazo de sus armas, el frio mortal de la espada del uno, los benéficos rayos de la mirada del otro.

Una noche regresó de repente Julian de aquellas regiones desconocidas, y se sintió casi curado.

A la débil luz de una lamparilla, vió sentada á la cabecera y mirándole cariñosamente, la celestial figura que habia combatido por él en sueños.

Magdalena! exclamó procurando sentarse sobre la cama.

La jóven habia puesto su linda y blanca mano sobre la boca del enfermo; pero Julian se apoderó de ella, y atrayéndola á su lado:

—Angel hermoso, la dijo, tus bellos ojos son los que han retenido en los mios durante mi delirio, el último destello de una vida pronta á extinguirse. Esta vida te pertenece ya para siempre...

Magdalena se retiró confusa al otro extremo del cuarto.

La convalecencia de Julian fue muy larga, y tuvo tiempo suficiente para estudiar á aquella extraordinaria jóven que no se habia detenido ante ninguna de nuestras miserables consideraciones, y que confiaba tan noblemente en el honor de su amigo. Todos los dias venia una muger á arreglar el cuarto y la cama del enfermo, y Magdalena aprovechaba los cortos instantes que duraba esta operacion para salir; pero volvia al comenzar la noche, y la pasaba toda sentada en un sillon á la cabecera del lecho de Julian. Cuando el sueño cerraba sus párpados, dejaba caer su linda cabeza sobre la punta de la almohada, y el suave aliento que salia de sus lábios llegaba hasta los de Julian que se levantaba con cuidado, y apoyado sobre un brazo se complacia en velar á su vez con los ojos fijos en ella.

Julian vió con sorpresa que no le habia faltado nada durante su enfermedad: preguntó en secreto á la muger que venia á ayudar á Magdalena, pero no sabia nada. Creyó que los quince doblones no debian haber bastado para satisfacer todos los gastos que habia hecho Magdalena, y le ocurrió una idea singular.

Cuando se quedó solo, se levantó á registrar su baul, y encontró intacto el dinero; entonces volvió á dudar de ella, porque habia visto de cerca su pobreza; y que ocultaba misteriosamente una parte de su existencia.

—Magdalena, la dijo con frialdad cuando su bonita enfermera volvió, os he causado muchos gastos; pero allí en aquel cofre tengo trescientos francos que os pertenecen. Es justo que sea vuestro todo lo que yo tengo.

Magdalena se estremeció al oir estas palabras, y comenzó á llorar.

—Dios mio! dijo Julian que sentia ya haber manifestado sus sospechas; ¿te he ofendido? ¿Pero por qué persistes en rodearte de un misterio que me atormenta? ¿Cómo quieres que me explique unos recursos de que te he visto carecer?...

—¿Me amas tan de veras como dices, amigo mio?

—¡Si te amo!... bien lo sabes.

—Pues donde deja de haber confianza, no hay amor, Julian. He pasado veinte noches á la cabecera de tu cama, confiada en tu honor: ¿no es justo que confies á tu vez en el mio?

—Es verdad..... Perdóname, Magdalena, soy un insensato en querer huir de tí.

—Pues bien, amigo mio, respondió Magdalena sonriéndose, acuérdate de que los caminos de la Providencia son secretos, y que debemos limitarnos á adorarla.

Asi desaparecian siempre las ligeras nubes que turbaban el cariño de Julian y Magdalena. Despues de estas explicaciones, que el pintor tenia siempre por muy satisfactorias, le pesaba haberlas provocado, y amaba todavia mas á su amable protectora.

Todo volvió á entrar luego en el órden acostumbrado. El jóven artista, que habia recobrado la salud y no carecia de nada, trabajaba con placer en el cuadro que le habian encargado.

El dia antes del vencimiento de la letra de los trescientos francos, se presentó M. Wisbec en casa de Julian. Examinó largo tiempo con complacencia la obra del jóven, y le dijo tendiéndole la mano: Muy bien: sereis un gran pintor.

El corazon del pintor latia con violencia: las palabras que acababa de oir le protegian contra la duda y el desaliento. M. Wisbec continuó:

—Necesito otro cuadro que haga juego con este, asi como vos necesitais con que continuar viviendo. Tomad dos billetes de banco de á 500 francos; es decir, 400 francos que os pago por este cuadro y 600 que os presto sobre otro que os dejo encargado. Dadme simplemente un recibo.

—No tengo derecho á tanta generosidad, esclamó Julian sorprendido.

—Bien lo sé, pero no soy tan generoso como creeis. Venderé este cuadro en 500 francos, y en mil lo menos el que me vais á pintar: echad la cuenta y vereis que saco un 50 por 100 de ganancia. Es nuestra costumbre.

—¿Y no me presentais la letra que os firmé hace tres meses?

—No, porque sé que sois hombre de bien, y no he tenido reparo en negociarla. Mañana vendrán á cobrarla.

La poca experiencia que Julian tenia del mundo y de los negocios, le impidió conocer la extraña é inverosímil que era la conducta de M. Wisbec: creyó que aquella transaccion era muy razonable, y convino con la mejor fe del mundo en que Paris era para los artistas la tierra de promision.

El usurero dejó á Julian sumamente contento; pasó todo el dia haciendo castillos en el aire, y espiando el instante en que viniese Magdalena para correr á contarla su felicidad. Pero la encontró muy triste y con la cabeza oculta entre las manos; la refirió su buena suerte sin poder arrancarla mas que una melancólica sonrisa, y cuando la habló de los planes que formaba para el porvenir, Magdalena meneó la cabeza sin responder una palabra. Sorprendido de un silencio tan poco natural, dirigió algunas miradas inquietas á su alrededor, como si buscase entre los objetos que le rodeaban, la causa de la tristeza de su amiga, y vió una carta abierta sobre la mesa.

Sin pensar en la indiscrecion que iba á cometer cogió la carta y la leyó rápidamente: el movimiento que Magdalena hizo para impedirlo, no fué tan pronto que no la hubiese ya leido toda, porque solo contenia estas palabras: *Necesito mil francos para mañana por la mañana, ó estoy perdido.* No estaba firmada.

—Perdido! dijo Julian despues de un instante de silencio, durante el cual Magdalena encendida y avergonzada habia bajado los ojos; ¡perdido!..... ¿quién?

Magdalena no respondió.

—Tu silencio me entristecia antes, Magdalena, ahora me mata. ¿Qué significa esta carta?

Magdalena suspiró sin levantar la cabeza.

—Habla, yo te lo mando, prosiguió Julian levantando la voz, en ello consiste nuestra felicidad. El misterio que te rodea es un suplicio intolerable para mí; es necesario que concluya. Habla, yo te lo suplico; ¿quién es ese hombre que tan descaradamente se atreve á manifestarte sus necesidades?

—Mi padre, dijo Magdalena con voz tranquila.

—Qué padre tan raro, que no se acuerda de su hija mas que cuando necesita dinero. ¿Por qué no viene nunca á verte?

—Porque voy yo á su casa.

—Y crees sin duda que soy indigno de conocerle?

—Al contrario, él no es digno todavia de recibirte á tí.

—Quiéres decir que tu padre es un hombre malo?

—No puedo hablar.

—Magdalena! ¿hasta cuando me estarás desgarrando el corazon?

—Paciencia, amigo mio, acaso no está lejos el dia en que curaré sus heridas.

Magdalena acompañó estas palabras con una mirada encantadora. Nunca habia estado tan hermosa, y la emocion qne agitaba su pecho añadia tanto fuego á sus miradas que su amante fascinado cayó de rodillas á sus pies:

—Te amo! exalamó, no puedo, aunque quiera, disputarte mi corazon; es tuyo, con mi vida, con toda la felicidad de que pueda disponer sobre la tierra; pero júrame por tus bellos ojos que detrás del amor que me inspiras, no se oculta la infamia; júramelo, y no te preguntaré mas, y me abandono todo á tí.

La única respuesta de Magdalena fué rodear con sus brazos el cuello de su amante. y poner sus lábios sobre la frente de Julian.

—Este beso, murmuró, ¿no vale mas que un juramento?

Julian se abrasaba de amor.

—Pues bien, dijo; no te aflijas, Magdalena; ya sabes que tengo los mil francos que te piden.

Domingo 21 de Mayo.

Magdalena se retiró sorprendida y confusa.

—Qué! ¿te repugna recibir este dinero de mí?

—Confieso, respondió Magdalena, que se me resiste la idea de aceptar.....

—Y cuando yo estaba moribundo, pobre y abandonado, cuando tú me has salvado con tus cuidados y has agotado por mí los recursos que te podrian hoy salvar, responde, ¿no me impusiste una obligacion sagrada, no soy tu deudor?

—Pero..... es muy diferente..... Las mugeres.....

—Cómo! ¿podrias creer?

—Solo creo una cosa, repitió con voz firme, y es que en este punto hay menos distancia de mí á tí que de tí á mí; y que faltaria á mi dignidad si aceptase tus ofertas.

—¿Y si con una palabra igualase yo nuestra posicion, ó te suplicase aquí, á tus pies, que aceptases lo que pertenece desde ahora á la que ha de ser mi muger, si te digese: Magdalena, quieres mi mano?

—Es posible, Julian? Tu no sabes quién soy.

—Qué quieres decir? ¿No conozco tu alma? no sé que eres la única muger que puede hacerme feliz? ¿Qué mas necesito? El misterio que hace poco te echaba en cara... le amo tambien. Sí, Magdalena, sí, has hecho bien en presentarte sola á mis ojos, porque me basta conocerte y amarte á tí sola. ¡Qué me importa el mundo! ¡Qué me importan tus amigos, ni tu familia si la tienes! Te amo, por tí, por tu belleza, por tu corazon: no veo mas que á tí, no quiero mas que á tí, no existe para mí en el mundo mas que un solo ser, que eres tú!

Magdalena no trató de ocultar la emocion que la hacia llorar.

—Aceptas? le preguntó Julian embriagado de amor.

—Acepto..... Desde hoy soy tu muger delante de Dios, mientras que lo pueda ser delante de los hombres.

—Lo serás, Magdalena, antes de ocho dias.

—Ocho dias..... bien, consiento en ello.

Y Julian entregó aquella misma noche á Magdalena los mil francos que habia recibido por la mañana, ocultándola y olvidando él mismo en el exceso de su pasion que tenia que pagar una letra al dia siguiente. La jóven los recibió examinando con cuidado el rostro de su amante, y le vió tan radiante de amor, que asomó á sus labios una sonrisa de triunfo.

Julian, que recobró la memoria luego que dejó de fascinarle la presencia de su amada, se acostaba algunos momentos despues, contando las horas de libertad que le quedaban. Doce, pocos mas ó menos, decia sonriéndose; porque seguramente será mi acreedor la primera persona que me salude mañana. ¡Y pensaba en casarme con Magdalena dentro de ocho dias! Vamos, procuraré dormirme pronto, y continuar tan bello sueño.

En efecto, apenas se habia levantado Julian al dia siguiente cuando se presentó en su habitacion un hombre de aspecto elegante, cuyos cabellos cenicientos adornaban una frente noble y bien parecida: llevaba en el pecho la cinta de oficial de la legion de honor, y todo anunciaba en sus modales un hombre de mundo. Saludó á Julian con benévola familiaridad, y se acercó sonriendo al jóven, que le devolvió silenciosamente su saludo.

—¿Os habeis desayunado, amigo? preguntó el desconocido con mucha sangre fria.

—La pregunta es...

—Muy natural, porque tengo el cabriolé á la puerta, y si V. quiere almorzaremos juntos.

—Pero necesito saber.....

—¿Mi nombre? no es necesario que lo sepais. Soy portador de una letra de 400 francos firmada por V.; sé que V. recibió esta cantidad de un usurero, y que es V. pintor, doble razon para no tener un sueldo el dia del vencimiento; y como en virtud de todo esto, las apariencias me hacen creer que tendré que poneros á pension en la cárcel, quiero conoceros primero, y asegurarme despues de que no os escapareis.

—Qué, no me conduce V. á la cárcel ahora mismo.

—Vuestra ignorancia me agrada; pensad que la protesta, la demanda, el juicio, la notificacion, todo esto durará algunos dias, y son trámites precisos de la ley. Sin embargo, en buena conciencia me perteneceis desde hoy, y os encierro provisionalmente en mi tilbury: vamos á almorzar al campo á las inmediaciones de Sceaux, donde tengo una lindísima quinta recientemente construida

en el fondo de un delicioso valle; la vereis y me direis lo que os parece: volveremos despues de comer, y si aceptais mi hospitalidad, haré que mañana os despierte mi groom y emprenderemos otra espedicion á cualquiera de mis palacios.

—Creo, caballero que no querreis abusar de mi posicion, con chanzas por lo menos fuera de tiempo.

—El caballero le alargó la mano con tanta bondad, que seducido Julian por la naturaleza de las ofertas, y esperando pasar dos dias alegres á cuenta de los muchos que le faltaban de prision, aceptó riéndose de todo corazon.

Algunos segundos despues corria por el camino de Sceaux un elegante carruaje. La franqueza y buen humor del desconocido iban ganando cada vez mas el corazon de su compañero.

—Soy conde, le dijo; llamadme por mi título: no quiero que mi nombre vaya siempre unido á la idea repugnante que podriais formaros de un acreedor que trata de poner en la cárcel á su deudor. Ademas, dejemos los negocios para mas tarde, y hablemos de vos, jóven, ó de vuestro arte; que viene á ser lo mismo, ó de vuestra familia á quien sin duda amareis. ¿Como está vuestra señora madre.

—No tengo madre, respondió Julian con gravedad.

—Pobre jóven! ¿Hace mucho tiempo que murió?

—Nueve años.

—Mi padre acababa entonces de ser engañado por uno de sus amigos de colegio, y el dolor y la miseria mataron á mi madre.

El conde castigó al caballo sin responder; llegaron á la quinta sin renovar la conversacion.

Julian pasó un dia delicioso recorriendo las posesiones del conde, que consultaba á cada paso su gusto y su opinion, mostrándole todas las bellezas del parque y de los jardines. Luego condujo á Julian á las habitaciones, convino con él en algunas faltas que se notaban en los muebles ó en los adornos, y por último abrió las puertas de una galería de cuadros, á cuya vista quedó Julian estupefacto.

—Nada temais, le dijo; soy mas artista que especulador, y hablo de mis cuadros sin hacer mencion de su valor.

—Haceis mal; yo querria saber la colosal suma que os ha costado todo eso.

El conde abrió otra puerta, y condujo á Julian al estudio de pintura mas elegante que se puede imaginar; nada faltaba en él; las paredes estaban cubiertas con dibujos de los artistas mas célebres. El pobre artista estaba tan admirado, que ni aun se le ocurrió la idea de desear permanecer en aquella encantadora mansion, persuadido de que semejante felicidad estaba muy lejos de la esfera en que pasaba la vida, y se contentó con decir al conde:

—Me creia capaz de formar sueños magníficos, pero ahora veo que la realidad sabe mucho mas que yo.

—Vamos á comer, respondió el conde riendo.

Julian no era amigo de discurrir mucho sobre los sucesos de su vida, y luego como no tenia experiencia del mundo, admitia la posibilidad de todo lo que veia. Un usurero filántropo, una griseta virtuosa, un acreedor que á todo se conformaba, un millonario artista, todas estas monstruosidades no lo eran para él. Julian habia sufrido mucho, es verdad, pero aquellas miserias materiales que no enseñan nada, y que no habian podido hacer desaparecer la sencillez que sacó de sus montañas.

A la conclusion de la comida, juró Julian al Conde, seducido por sus modales, con el último vaso de champagne en la mano, que consentiria de buena gana en ser toda la vida prisionero suyo por deudas.

Cuando el cabriolé que conducia á los dos nuevos amigos á París se iba aproximando á la ciudad, el conde tocó en el hombro á Julian que iba contemplando las estrellas, acordándole las cosas de la tierra con esta extraordinaria reflexion:

—¿Decís que os agrada la prision?

—¿La prision? Entendámonos, señor conde, yo no he querido hablar de la que me preparais.

—¿Sino de la que habeis sufrido hoy, no es verdad? Bien; ¿qué diriais, amiguito mio, si os cogiese la palabra?

—A fe que os dejaria obrar.

—Y si añadiese: el palacio que acabamos de visitar es vuestro; ese hermoso parque, esos jardines, esos setos, esas fuentes de marmol, esos cuadros os pertenecen. En ese magnífico taller podeis en adelante pintar vuestros cuadros: si os dijese, Julian, que desde esta tarde sois rico y gran señor, que tendreis carruages, caballos, un ejército

de lacayos, una suntuosa casa en la Chaussée-d'Antin, palco en todos los teatros, entrada en la corte, y que sereis el mas hermoso, el mas elegante y el mas amable de nuestros cortesanos; en fin, que sereis mi hijo, el heredero de mi dignidad de Par y de mis tres millones de francos, decid, Julian, me cogeriais la palabra á vuestra vez?

—Teneis, señor conde, una fecundísima imaginacion; y si no viese delante de mí la calle Grenelle, creeria que estaba al lado del sultan Schariar, al lado de su parlera sultana.

—¿Y si os diese aqui mismo mi palabra de conde de que son formales mis proposiciones, que no falta mas que vuestro consentimiento á todo lo que quiero hacer en vuestro favor, y que dentro de ocho dias, si quereis, podeis ser yerno del conde de Galisart?

—Galisart!

—El carruage del señor conde, gritó un lacayo, á cuya voz se abrieron las dos hojas de la puerta de la calle para dejar paso al ligero carruage.

Julian reconoció en efecto el magnífico palacio que habia al lado de su casa, y antes que pudiese explicarse la singular aventura que le conducia á aquel sitio, de donde por un justo resentimiento habia huido hasta entonces, le cogió el conde del brazo y le llevó atravesando muchas elegantes habitaciones á un gabinete ricamente decorado.

—Respóndeme, Julian, dijo M. de Galisart con emocion, no permitirás que el pérfido amigo de tu padre te ofrezca una brillante reparacion?... Habrás oido hablar de mi hija, la heredera mas rica y mas hermosa del noble faubourg; di una palabra, y Atenais te pertenece, y empieza para ti una vida de felicidades.

—Nunca!! exclamó Julian, entre colérico y temeroso; nunca seré hijo del hombre que ha matado á mi madre.

El conde palideció y se levantó bruscamente del sillon en donde se habia sentado al entrar.

—Jóven, dijo con gravedad, Dios sabe cuántos remordimientos me ha costado el momento de error que me atrae vuestro odio, pero conozco la sinceridad de mi arrepentimiento, y la dicha que me causaria poder borrar los vestigios de una falta que el cielo me ha perdonado ya. ¿Serás tú mas cruel que la justicia de Dios?...

Julian conoció la sinceridad de estas palabras: bajó los ojos sin responder, y un instante despues dijo alargando la mano al conde:

—Olvido lo pasado, y os doy gracias por los beneficios con que quereis reparar vuestra falta. Pero, os repito que no puedo aceptar de toda la felicidad que me ofreceis, mas que vuestra amistad. Tomad la mia en cambio.

—No puedo comprender, Julian, qué invencible obstáculo se ha de oponer á la felicidad de que os quiero colmar.

—Creedme, señor conde, hay un obstáculo que no puedo decir, pero que respetaré siempre.

—¿Tu padre, acaso? dijo el conde, cuya fisonomia comenzaba á brillar de alegria; ¿temes herir el resentimiento de tu padre? Tranquilízate, Julian; para implorar tu perdon he esperado á estar provisto de todo lo necesario. He escrito á M. Covel mis proyectos, suplicándole que recordase nuestra antigua amistad: tambien le ha escrito otro, que participa de remordimientos, el usurero que conoces, el mismo de quien me serví en otro tiempo para..... Pero mira, aquí está la respuesta de tu padre, lee, y verás que bendice anticipadamente tu union con Atenais..... Pero te pones pálido..... Julian... ¿estás malo?..... voy á llamar.

—No, no: es una debilidad pasagera..... Hay esfuerzos de voluntad muy costosos..... Escuchad, señor conde: la voluntad de que os hablo es inmutable; la felicidad que me ofreceis llega muy tarde; el amor y el reconocimiento han encadenado mi corazon, y si escribis á mi padre, decidle que Julian es hijo de un hombre que no ha faltado nunca á sus compromisos, y que tampoco el faltará nunca á su palabra. Adios..... os he ofrecido mi amistad, y vendré algunas veces á recordárosla.

Julian se dirigia á la puerta; pero el conde le cogió de la mano y estrechándosela con efusion le dijo:

—¿Estais enamorado Julian?

—De un ángel que me ha salvado la vida, cuando pobre, sin amigos, sin tener que comer, sin porvenir, yacía moribundo en una pobre cama.

—Una palabra mas, Julian: ¿has pensado bien todo lo que rehusas, haces á sangre fria el sacrificio de semejante fortuna, de una carrera brillante y tal vez gloriosa;

piensas que rehusando tu felicidad, destruyes acaso la de tu familia, la de tu padre?

—Basta..... sed generoso hasta el fin, señor conde, y no añadais tormentos á los esfuerzos que me cuesta resistir á vuestras tentaciones.....

Mi padre tiene un corazon que comprenderá el mio..... adios.

Y sin escuchar las observaciones que todavia le hacia el conde salió Julian del gabinete, atravesó de un salto la calle, subió cuatro á cuatro gradas los cinco pisos de su casa, y se precipitó como un loco en la habitacion de Magdalena, á cuyos pies cayó de rodillas.

La jóven dió un grito de sorpresa, y echando los brazos al cuello de Julian:

—¿Qué te sucede, amigo mio, le preguntó con emocion, parece que vienes á refugiarte á mi lado?

—Sí, Magdalena, sí, sálvame, y dime cien veces que no amarás nunca á nadie mas que á mí. Mírame, no sueltes mi mano, y no dejes de estrecharme entre tus brazos... estoy loco..... Oh! si supieses cuanto he sufrido, y todo lo que me ha sucedido..... Me parece que veo todavia delante de mi palacios, tesoros, jardines, el conde..... ¿Conoces tú al conde..... ¿Conoces tú á la hermosa Atenais?..... No, no me escuches, estoy delirando..... te amo, está segura de mi amor como yo lo estoy del tuyo, porque somos uno del otro..... ¿no es verdad? ¿Quieres que nos casemos mañana?

—Esta misma noche, amigo mio, esta misma noche firmaremos el contrato, dijo Magdalena abrazando á Julian con enagenamiento; ven, sígueme, voy por fin á presentarte á mi padre, porque ya ha llegado el dia que esperaba hace tanto tiempo.

Julian miró á Magdalena con grande admiracion. La jóven abrió una alcoba, cogió á su amante de la mano, y le hizo entrar por una puerta que apareció en el fondo como por encanto. Siguieron una escalera oscura y estrecha hasta que de repente se abrió una puerta con estrépito; desaparecen las tinieblas, y Magdalena hace atravesar á Julian sumamente sorprendido un elegante salon, y penetrar por último en un gabinete que ya conoce.

Está en el cuarto de M. de Galisart, el conde le recibe con los brazos abiertos, y Magdalena cae casi desmayada en los de su amante.

—Y ahora, dijo el conde, consientes en ser mi hijo?

—Despertadme, murmuró Julian, que apenas se podia contener; si no me despertais, me muero.

Pero Magdalena le hizo ver con una mirada que todo era realidad, y le dijo:

—Julian, deseo por el contrario que no cese nunca este sueño. Yo queria ser amada por mi misma; soy feliz, y bajo el nombre de Atenais, se encarga en adelante la pobre Magdalena de indemnizarte de toda la felicidad que habias rehusado por ella.

T. M.

RUBENS.



Vivian en Amberes por los años de 1577, una familia noble, aunque no muy rica. Era el gefe y cabeza de ella Juan Rubens, hombre de bastantes estudios y talento, que habia desempeñado altos puestos debidos á la confianza de sus conciudadanos. Llamábase su esposa Maria Pypeling; y ambos consortes vivian en la mayor paz y tranquilidad, queridos y respetados de todos, dedicando sus cuidados á la educacion de seis hijos que les habia dado el cielo; y esperando por instantes la venida al mundo de otro, en la época á que nos referimos.

El nacimiento de este nuevo niño se hizo notable por la circunstancia de hallarse de huésped en la casa de Rubens, el desgraciado Torcuato Tasso. Juan Rubens, luego que nació el niño, se lo presentó al célebre poeta, rogándole al mismo tiempo fuese su padrino en union con su hermana Cor-



Juan Rubens y su hijo.

nelia que lo acompañaba. El Tasso no pudo acceder á este deseo, pues siéndole imposible resistir por mas tiempo al que él tenia de volver á Italia; se puso en camino antes del dia fijado para la ceremonia. Entonces el príncipe de Chimay se ofreció á

tener el niño en las fuentes bautismales, sirviendo de madrina la esclarecida señora condesa de Lalain.

Púsosele al niño los nombres de Pedro Pablo.

Desde su mas tierna edad dió á conocer lo que habia de ser con el tiempo. A los diez años sabia el latin, y pocos despues estaba familiarizado con el griego, italiano, francés, flamenco, inglés y español. Al ver tan brillantes adelantos en un niño, la condesa de Lalain, no descansó un momento hasta lograr de la madre de Rubens el permiso de llevarse á su hijo de page, como asi se verificó.

Mas este género de vida era poco análogo á las inclinaciones del jóven Rubens, que por último, se dejó llevar de su pasion por la pintura, no obstante los medios que se emplearon para hacerle desistir de este propósito; pues su familia queria que siguiese la carrera de las leyes. En su consecuencia estudió en Amberes los principios de dibujo con Adan Van Ort, y despues con Octavio Van Véen, que conociendo todo el genio de su jóven discípulo, no omitió nada de cuanto podia contribuir á que se desarrollase. En efecto, viendo que nada podia enseñarle, pues no temia publicar que el discípulo aventajaba en mucho al maestro, le mandó á Italia á la edad de 23 años, con el fin de que se perfeccionase. El archiduque Alberto que lo habia tomado bajo su proteccion, le dió cartas de recomendacion para Venecia, donde el arte de la pintura desde el tiempo de Ticiano brillaba mas que en ninguna otra parte. En esta ciudad contrajo Rubens amistad con el célebre Miguel de Montaigne; con el cual pasó á Mantua. Desde esta ciudad pasó á Ferrara, y desde aquí volvió á Mantua para pasar á España á presentar á Felipe III de parte del duque Vicente de Gonzaga, una magnífica carroza con seis soberbios caballos.

Precedido de su brillante fama de pintor, Rubens recibió en la corte de España la acogida mas lisonjera y honrosa. Su franqueza, su lealtad, su finura, la habilidad con que se condujo, unido á su juventud le ganaron todos los corazones; y como habia previsto el duque de Mantua salió adelante con su intento. El duque de Lerma particularmente, le cobró grande aficion.

Dice un historiador que «introducido »Rubens á la audiencia del Rey de España »se mostró estremadamente gracioso con S. M. »Felipe III, y este soberano tuvo gran pla»cer en conferenciar con el jóven enviado »acerca del objeto de su mision, de sus via»ges en Italia, y particularmente de las tur»bulencias que agitaban todavia los Paises»Bajos.»

De vuelta á Mantua Rubens fue recibido por el duque como si hubiese sido su hijo, y permaneció en su palacio durante un año, pasado el cual solicitó de nuevo permiso para recorrer otras ciudades de Italia, á fin de estudiar lo que aun le quedaba por conocer de las obras de los maestros célebres de otros tiempos. Vicente Gonzaga accedió, y al despedirse le echó al cuello una gruesa cadena de oro; «aunque Rubens, dice Scar»pone, habia recibido tantas en España, »que ya no tenia sitio para llevarlas, lle»vando sobre sí alhajas por mas de veinte »mil escudos de oro.»

En este viage visitó á Roma, en donde asistió al triunfo y muerte del Tasso, á quien en vida habia amado y favorecido todo lo posible, trabajando no poco para restablecer su alterada salud.

Con motivo de la funesta noticia de la enfermedad de su madre volvió apresuradamente á Amberes, aunque no tuvo el sensible consuelo de recibir el último suspiro de la que le habia dado el ser. La muerte de su piadosa madre le afectó de tal suerte, que por espacio de cuatro meses estuvo sin salir de la abadia de San Miguel, en cuya iglesia fue aquella enterrada. Al fin, cediendo á las instancias de sus amigos, volvió á su vida de artista, fijándose definitivamente en Amberes, donde se construyó un palacio, en el que recibia con frecuencia las visitas no solo de los extrangeros de distincion, sino tambien de los gobernadores de los Paises-Bajos que le trataban familiarmente, y de todos los príncipes de Europa que atravesaban por Flandes.

Poco tiempo despues de su regreso á Flandes, María de Médicis informada de su raro mérito, le llamó á París para valerse de sus conocimientos en el adorno del famoso palacio de Luxemburgo. Rubens quedó encargado de varios cuadros para el adorno de sus galerías, y volvió á su casa de Amberes para ejecutarlos; pues lograba alli mas quietud que en París, á donde regresó para colocarlos. Encargóse entonces de la galería que tenia ideada Maria de Médicis, que debia representar la historia de su esposo Enrique IV. Ya tenia principiados varios de

ellos cuando la desgraciada caida de la Reyna viuda vino á suspender aquella obra grandiosa. Vino á España en la comitiva del príncipe de Gales, cuando su malogrado proyecto de casamiento con la infanta Doña Maria; y escogió al príncipe muchos de los cuadros que estrajo para su pais.

Aqui termina por de pronto la vida artística de Rubens para presentarse bajo otro aspecto, harto diferente y aun inconexo con el anterior: tales son las negociaciones diplomáticas de Rubens. Sus frecuentes viages artísticos, su probidad bien conocida, y la celebridad de su nombre, le hacian accesible á las personas de mas alta gerarquía, y muy á propósito para el desempeño de negociaciones secretas entre los gabinetes, que se valian de él mucho mejor por la misma razon de no tener ningun carácter diplomático, y poder encubrir sus viages con el pretesto de las artes.

Deseoso el duque de Bukinghan de entrar en relaciones amistosas con la España, echó mano de Rubens para que sondease el ánimo de la infanta Doña Isabel, viuda del Archiduque Alberto, gobernador de los Paises-Bajos, y si lo creia oportuno le indicase sus intenciones pacíficas. Rubens que gozaba del aprecio de aquella princesa, manejó el asunto con tal acierto que mereció que le enviase á España á tratar directamente sobre aquel negocio, y recibir las instrucciones de la corte. Felipe IV, apasionado de los artistas, no pudo menos de admirar la discrecion y los vastos conocimientos del pintor flamenco, le condecoró con la cruz de Santiago, confiriéndole al mismo tiempo el cargo de secretario de su consejo privado. Partió en seguida para Bruselas á dar cuenta á la infanta del éxito de su comision, y en seguida marchó á Inglaterra para terminar el tratado de paz entablado ya por su mediacion entre ambas potencias. Verificóse este á satisfaccion de ambas partes, y el Rey de Inglaterra Cárlos I para demostrarle su agrado por el feliz éxito de sus negociaciones, le entregó á presencia del parlamento la espada que llevaba ceñida: ademas le hizo caballero de la órden del Baño, aumentó al escudo de armas de su familia un cuartel con un leon, y le regaló un precioso diamante que llevaba en su anillo, y un cintillo guarnecido igualmente de diamantes. No fueron menores las distinciones que recibió á su regreso á España, habiendo sido agraciado con la llave de oro como gentil-hombre de cámara.

Colmado de favores y riquezas regresó Rubens á su patria, deseoso de poner fin á sus escursiones tanto científicas como diplomáticas, para entregarse de lleno á su pasion por la pintura, á la cual le convidaba su genio, amante de la tranquilidad y de la vida sedentaria.

Entonces casó en segundas nupcias con Helana Forment, una de las jóvenes mas hermosas de Amberes, de cuyo matrimonio tuvo varios hijos, entre los que sobresalió Alberto, célebre por su honradez y sus vastos conocimientos.

Tambien alcanzó del Rey el que su hijo Francisco le sucediese en el cargo de secretario del consejo de Estado de los Paises-Bajos, con que le habia honrado tambien Felipe IV.

Corria pacíficamente la vida de Rubens respetado de sus conciudadanos, admirado de los sabios é inteligentes, y rodeado de una pequeña corte: de resultas de la vida sedentaria á que se habia entregado en el último tercio de su vida, le atacó la gota, que le redujó á no poder salir de casa: á pesar de eso no abandonó su ocupacion favorita de la pintura mientras tuvo espeditas las manos, y ya que no podia dedicarse á los grandes cuadros y estudiadas composiciones, trabajaba otros menores, y retocaba sus dibujos. Algunos de ellos fueron reproducidos por los mejores grabadores de aquel tiempo, al paso que la prensa daba á luz sus principales manuscritos, entre los que llamaban mas la atencion el tratado sobre la pintura, y otro sobre la arquitectura italiana.

Llegó por fin una época en que paralizado casi enteramente tuvo que postrarse en una cama, esperando la muerte con resignacion. Acababa de recibir los Sacramentos, y su familia llorosa y afligida rodeaba el lecho fúnebre.

Rubens yacia sumergido en un letargo, ó aquella especie de sopor que constituye el medio entre la vida y la muerte: toda la familia permanecia en un profundo silencio, sin que se oyesen mas que algunos mal reprimidos sollozos: oyóse á poco rato en la sala inmediata el ruido de alguna persona que se aproximaba cautelosamente; el ruido de los pasos se apagaba en la alfombra, pero con todo dejaba oir el de las espuelas; todos volvieron la vista hácia el indiscreto que venia en aquel momento solemne á turbar el dolor de una familia. Era Van-Dik..... el

discípulo predilecto, el amigo de Rubens, que venia turbado y presuroso á recoger el último suspiro de su maestro Rubens: abrió sus párpados casi cerrados, y estrechó la mano de su discípulo: poco despues falleció el dia 30 de mayo de 1640, á la edad de 73 años.

La ciudad de Amberes dió las señales mas positivas de dolor en la muerte de Rubens: las autoridades, la nobleza, el clero, todos acudieron á porfia para acompañar el féretro, y el dia del funeral se colocó sobre el túmulo, segun refiere cierto autor contemporáneo, un almohadon de terciopelo sobre el que se puso una corona dorada. Las autoridades acordaron erigir un monumento á su gloria, y costear su sepulcro que fue colocado en una de las capillas del trascoro de la iglesia parroquial de S. Juan, en donde permanece, siendo un objeto de veneracion para los naturales, y de curiosidad para los extranjeros que no dejan de acudir á visitarlo.

Del S. P.

LA JUVENTUD DE MIRABEAU.



El marqués de Marignane, que estaba separado de su muger, y tenia una vida muy disipada, habia confiado su única hija, Emilia de Marignane, á su abuela la marquesa de Maliverni. Esta era una vieja muy cicatera, y llena de manías, y á cuyo lado pasaba la jóven heredera unos dias muy fastidiosos, por lo que deseaba con todas veras salir de una clase de vida que se parecia demasiado al encierro de los claustros. Emilia se regocijaba al saber que infinitas propuestas de casamiento se la hacian continuamente por conducto de su abuela, y tenia esperanzas de que entre sus pretendientes, todos sugetos de la nobleza mas distinguida, no dejaria alguno de obtener el consentimiento de su familia, y darle por consiguiente en el mundo un alto rango y brillante posicion, en armonia con su propia fortuna, sus inclinaciones y su carácter. Esta jóven rayaba á la sazon en los diez y ocho años; su fisonomia, aunque bastante ordinaria, pues que su tez era tan morena como la de las hijas de Africa, no dejaba de tener algun atractivo, á causa de la viva espresion de sus ojos negros, su hermosa cabellera, y la picante sonrisa de su boca que disimulaba una dentadura, no de las mejores. El conjunto de su rostro nada tenia de seductor, é interesaba sin embargo por una espresion de buen humor, que anunciaba un carácter feliz. La estatura de Emilia era pequeña; pero sus formas estaban bien contorneadas, aunque la costumbre de sentarse siempre de un lado, le hacia inclinarse algun tanto hácia aquel. Como puede deducirse de este bosquejo, no pasaba de ser una jóven de mérito comun, y la educacion mal dirigida á que habia estado sujeta habia impreso en su alma una irregularidad mas señalada que en su esterior. Sin ninguna instruccion, ni estudio sério que desarrollase sus facultades intelectuales, tenia cierta viveza de imaginacion que se ejercitaba con gracejo en pequeñeces, pero carecia de vigor y de grandeza para elevarse hasta las cosas de mayor su-

posicion: su espíritu era vivo, centelleante y bastante felizmente dotado para brillar en las conversaciones frívolas: pero sin verdadera inclinacion, y sin tomar nada por lo sério, ni aun sus mismas obligaciones. Tenia aquella dulzura calmosa y aquella benevolencia pasiva á que se da el nombre de buen genio, mas sin conocer nunca aquella sensibilidad valerosa y activa, cuya fuente se encuentra en el corazon, y que alimenta los afectos profundos. Indecisa, egoista y vana, perezosa por naturaleza y sin pasiones que la impeliesen al bien ni al mal, habia nacido para no sentir, ni inspirar mas que sentimientos superficiales. Pero el ligero mundo, en medio del cual estaba destinada á vivir, la juzgaba de distinta manera. Ella habia aprendido con facilidad aquella parte de música que se enseñaba entonces á las jóvenes de las familias principales: sabia acompañarse en el clave unos cuantos romances que cantaba con voz naturalmente hermosa, y esta habilidad, unida á las frivolidades de su genial, le habia grangeado la reputacion de una señorita muy agradable. No olvidemos tampoco que tenia probabilidades de llegar á ser una heredara millonaria.

Madama de Linage, conociendo los deseos que Emilia tenia de casarse cuanto antes, habia hallado los medios, como hábil negociadora, de hablarle á solas con respecto á Mirabeau, y se lo habia descrito como el hombre que mas le convenia para darle una posicion brillante en el mundo. Por otra parte, la reputacion de Mirabeau, como hombre de talento y aun de genio, lisonjeaba singularmente la vanidad de la jóven heredera, la que juzgaba que el rer escogida por un hombre semejante, equivalia á que se la reconociese por una muger superior, y esta ilusion del amor propio le hacia olvidar otra mas verdadera y tierna, la de sus primeros amores. La señorita de Marignane habia amado hasta el punto que su naturaleza se lo permitia. Entre el número de sugetos que visitaba la casa de su abuela, el caballero Gassand, uno de sus primos, habia hecho en su pecho cierta impresion; era tierno, bien parecido, de bastante talento para ella, sumiso á sus mas leves antojos, y la amaba con el entusiasmo de los primeros amores, cual se ama á los diez y ocho años cuando uno tiene sensibilidad. Por otra parte, como este jóven veia en el casamiento una salvaguardia contra ciertos compromisos, en que trataban de envolverle en Malta, se esforzaba en complacer á Emilia, y tenia alguna esperanza de conseguir su mano: ella habia escuchado y aun correspondido á sus declaraciones, y durante muchos meses sostuvieron entrambos una correspondencia muy apasionada. El caballero de Gassand, empero, se vió obligado á partir á Malta, y el amor de Emilia no pudo mantenerse firme durante su ausencia; y asi como le habia faltado vigor para resistir á la impresion primera, asi le faltó la suficiente energía para guardarle fidelidad. Pero este efímero compromiso era ignorado de todo el mundo, escepto de una anciana criada que se llamaba Mignon, y que habia sido confidenta y á veces la mensagera de los amores de Emilia.

La señorila de Marignane habia aquella noche perdido todo recuerdo de su amable primo, y enteramente preocupada con la entrevista que iba á tener con Mirabeau, daba á su tocador cuidados mas prolijos que nunca, y que animaban su semblante y brillaba con un lustre poco acostumbrado; en fin parecia casi hermosa. La vieja Mignon se hacia cruces al ver el anhelo de parecer bien que en Emilia notaba por primera vez despues de la partida del caballero Gassand.

—¿Qué hay esta tarde, la dijo, que se compone V. tanto, señorita? ¿Va á volver? ¿ha tenido V. algunas noticias de Malta?

—No, Mignon. Tú sabes muy bien que mi padre no quiere que se lo mienten, y de todas partes me están apurando para que me case. Esta tarde deben presentarme unos cuantos de mis pretendientes, y por órden de mi abuela me estoy adornando para bajar al estrado.

—Y esta órden, no me parece disgusta á V. mucho. ¡Pobre caballero! ¡olvidado tan pronto! corazon jóven, corazon mudable.

Emilia hizo como que no habia oido estas palabras; echó la última mirada al espejo, tomó el abanico y bajó al salon.

La marquesa de Maliverny habia consentido poco tiempo hacia en admitir las visitas de los que solitaban la mano de su nieta; se deleitaba tambien en verse rodeada de tan brillantes personages y ser el objeto de su esmerada y obsequiosa atencion; pues aun cuando adivinaba el motivo de sus agasajos, esto solo le proporcionaba la ocasion

de dar suelta á la malicia chacotera, que la servia de distraccion en su edad avanzada. Los mas asiduos iban por la noche á hacerle la partida al revecino, llevaban terrones de azúcar á su faldero, y escuchaban con inalterable paciencia sus viejas historias que la agradaba contar acerca de sus años juveniles. Allá en su salon, con sus góticas colgaduras, y carcomidos muebles, á que ademas alumbraba un solitario velon, y calentaba en invierno una mezquina lumbre, parecia una soberana bruja que atormentaba á su placer aquellos ávidos pretendientes á casorio, sin desalentarlos, empero, para no devolverles la libertad.

Mirabeau habia advertido en la abuela de Emilia el cerbero que era indispensable amar antes de conseguir acercarse á la jóven; asi cuando entró en el salon, la primera sonrisa, el primer saludo fueron tributados á la vieja marquesa sin notar mas que de paso á Emilia, la cual se hallaba en el clave ensayando un romance nuevo. A poco rato se levantó esta para hacer una pregunta á la condesa de Linaje, mientras que Mirabeau despues de haberla mirado con disimulada atencion, informó por señas á su anciana parienta que no le habia parecido mal la novia. Su conversacion, lejos de descubrir sus proyectos de matrimonio, ni revelar sus designios directamente, tomó un giro en estremo separado del que su visita parecia prometer. Habló largo y tendido de sus viajes y desgracias: su relacion interesante y viva encantó á la vieja marquesa, á quien adulaba diestramente, doblegándose á todas sus opiniones, al mismo tiempo que afectaba una franqueza seductora, y la mas atrevida independencia en sus ideas. Llegaron sus rivales poco despues, ¿mas qué papel habian de representar al lado de aquel genio irresistible, que no conocia pareja? Asi es que ni aun se atrevieron á entrar en competencia con él, y observando que el nuevo visitante absorvia toda la atencion de la marquesa, se fueron á rodear á Emilia, y á fastidiarla con sus insulsos requiebros. Pero aunque esta se sintió algun tanto lastimada con la indiferencia del condesito de Mirabeau, no quiso admitir en compensacion el evaporado incienso de sus rivales, y se sentó junto á su abuela para oir mejor una conversacion tan animada, y tomar parte en ella.

Entónces Mirabeau se hizo para Emilia un ser irresistible: la habló de música, y la propuso que cantase con él un duo de la ópera nueva llamada la *Bella Arsenia*: accedió la señorita de Marignane, y su dulce voz se mezcló con la voz melodiosa del jóven conde. ¡Quién hubiera podido descubrir entonces en aquellos acentos blandos y derretidos los terribles ecos del futuro orador de la asamblea constituyente!

Cuando se despidió, ya quedaron conquistadas la abuela y la nieta. «Ahí vá una buena cabeza» decia la vieja; «ese hombre digan lo que digeren, no jugará al pelado con la fortuna, ya hará por ponerla á buen recaudo.»

—Vaya un talento previlegiado, añadió la jóven, sin saber quizá lo que se decia; ya se que empleos tan bobos alcanzará: dichosa la que llegue á ser su muger y participe de un porvenir tan brillante!

—¿Con que tú quieres ser condesa de Mirabeau? ¡eh! picaruela, contestó riéndose la anciana. Vamos, no te pongas colorada; pues que la idea no me disgusta; ya hablaré con tu padre acerca de esto. Emilia abrazó á la marquesa, y se retiró á su cuarto bailando de gozo. Su sueño fue poco sosegado; mas lo que la agitaba no eran las ilusiones del amor, sino las del orgullo.

Ocho dias despues era condesa de Mirabeau: las fiestas de sus bodas fueron magníficas; toda su familia, toda su casa, casi todo el pueblo se entregó al regocijo. Solo la pobre sirviente, la anciana Mignon, no participaba de la comun alegria, pues que notaba en la jóven á quien amaba como su hija, tanta ingratitud y olvido hácia el desgraciado Gassand, que tan tiernamente la habia querido, que no auguraba nada favorable de una felicidad comprada con el vil precio de una traicion.

Para concluir este brillante casamiento, habia tenido que superar Mirabeau no pocas dificultades. Costábale haber desarmado muchos ódios, vencido muchos disgustos; pero los obstáculos servian de estímulo á su espíritu: ademas, la condesa de Linaje reanimaba su valor prestándole su poderoso auxilio, mientras en esta séria circunstancia de su vida, como en todas las demas, encontró Mirabeau en su propio padre un vigoroso adversario que no solamente le hacia guerra abierta, sino le desafiaba todavia á salir adelante con su empeño.

Luego que se decidió su casamiento con la señorita de Marignane, asignó á su hijo por toda asistencia una sustitucion estéril,

y una pension de 6,000 francos: se negó á pagar sus deudas acrecentándosele á Mirabeau de resultas las cargas de lo pasado. El marqués de Marignane, hombre entregado á los placeres, se reservó, como buen egoista, las rentas de su inmensa fortuna, y señaló á su hijá la mezquina pension de 5,000 francos; en tanto que los recien casados, que amaban el lujo, las diversiones y el boato arruinador, se entregaban inmoderadamente, y con tan escasos recursos, á los gastos mas estravagantes.

El sábio bailio de Mirabeau, que se hallaba á la sazon ausente de la Provenza, no podia ayudar á su sobrino ni con sus consejos, ni con su bolsa: le habian destinado á Versalles, pero antes de su partida, le habia dado las pruebas mas tiernas de cariño, haciendo venir de Paris muchos y ricos regalos para su futura sobrina: en todas sus cartas aconsejaba al nuevo matrimonio fuese á establecerse en Mirabeau, donde hallarian mayor tranquilidad, mas verdadera seguridad y dicha que en aquella villa de Aix, la que á veces apodaba el buen bailío en su enfado, una impura Sodoma. Mas el placer era el elemento de la jóven, y Mirabeau se entregaba á él con toda la precipitacion consiguiente á su edad.

Solo cuando se vió apurado de sus acreedores por todas partes, conoció que le era preciso abrazar otro género de vida, pues se hallaba con el cordel á la garganta, á causa de la magnificencia con que habia querido sostener á su esposa. Su suegro conoció pronto la causa de su mala posicion, y como era un hombre de un carácter bastante bueno, se ofreció á prestarle la cantidad de 60,000 francos para reparar los descalabros de su fortuna: mas para aceptar esta suma no podia prescindir Mirabeau del consentimiento de su propio padre, pues que la ley era inflexible sobre este punto. Tan claro como ella se mostró el marqués, quien negó á su hijo una autorizacion de la cual dependia la salvacion de su porvenir, y el afianzamiento de una vida tranquila y decorosa. Vanas fueron todas sus solicitudes, y ni aun las súplicas del de Marignane, en apoyo de su yerno, pudieron ablandar aquella voluntad inexorable, hasta que perdida toda esperanza de buen éxito, se vió precisado Mirabeau, para huir de sus acreedores, á encerrarse con su muger en el castillo de sus antepasados.

Bastante fuerte y acostumbrada al infortunio para que este nuevo contratiempo pudiese abatirla, se conformó el alma de Mirabeau con su destino; mas el espíritu débil y frio de Emilia padecia estraordinariamente. Notólo el cariñoso marido, y ansiando embellecer los dias de su esposa en cuanto le fuese dable, procuró que ni aun en medio de aquellos campos, le faltasen los requisitos del lujo para el adorno de su persona y casa, como objetos esenciales de felicidad para un alma tan superficial y vana. Emilia iba á ser madre; y la esperanza de tener una prenda tan dulce de su propia sangre, acrecentaba el cariño que Mirabeau la tenia, y que por otra parte iba á ser el único objeto de afecto, el solo vínculo de familia que le quedaba. Bien conocia que aquella muger no seria capaz de comprenderle nunca, ni de apreciar debidamente lo que tenia su alma de generoso y de grande; mas no por eso dejaba de amarla como una compañera amable y dulce hasta cierto punto, y cuya presencia disipaba de su imaginacion en la soledad las fantasías borrascosas en que su porvenir se fermentaba.

Para ella se habia engalanado el castillo de Mirabeau; para ella y por amor suyo se habia amueblado con lujo suntuoso una elegante cámara, cuyos ricos adornos traian á la memoria las ostentosas alcobas de las Delfinas de Francia. Allí fue donde la marquesa dió á luz un hijo, que fué recibido por su padre con los transportes mas vivos, pues que era una compensacion de todas sus pasadas desgracias. Este niño que debió haber sido prenda de paz en la familia, pareció por lo contrario reanimar las persecuciones siempre vigilantes del marqués. Su nacimiento obligó á Mirabeau á contraer nuevas deudas, y su padre so pretesto de que dilapidaba las rentas de sus haciendas, obtuvo contra él una sentencia de interdiccion, por la cual se le obligó á pasar á Manosque, lugar de la Provenza, y del cual no podria salir, segun los términos del mandato judicial, *sin ser arrestado y puesto en prision.*

Seguramente que un destierro semejante no hubo de parecer muy agradable á aquella jóven, que apegada á las cosas del mundo solo habia visto en el matrimonio una vida de placer y de independencia. Sin embargo, consultando á Mirabeau, con aquel miedo con que la debilidad ataca las disposiciones de la fuerza, se sometió á seguirle por mera obediencia, no impulsada por los tiernos sentimientos de resignacion que hacen á

una muger tan amable. Si madama de Mirabeau hubiera amado á su marido, sus dias de desgracias habrian tenido sus dulzores, y nodriza de su propio hijo hubiera hallado en los goces de la maternidad una compensacion de los placeres mundanos á que le era preciso renunciar por algun tiempo. Mirabeau le daba el ejemplo de una enérgica resignacion; sus horas de destierro transcurrian con serenidad; y se entregaba á los grandes trabajos del espíritu que fueron mas tarde las severas distracciones de sus dilatados arrestos. Fue en Manosque donde escribió su *ensayo sobre el despotismo*, y cuando despues de haber redactado algunas de aquellas páginas elocuentes, se consideraba dichoso al lado de su hijo y de su muger, estaba muy distante de sospechar que á esta le fuese tan insoportable el destierro que estaba sufriendo. Mas devorando el tedio el corazon de Emilia, la urgia salir á cualquier precio de una soledad que le mataba.

Una noche, que despues de haber dado el pecho á su hijo, y dormídolo en los brazos, estaba hablando con su vieja camarera, aquella fiel Mignon que ya hemos mencionado, de las escenas de sus primeros años, aconteció que inadvertidamente hicieron memoria del caballero Gassand, con quien Emilia habia tenido sus primeros amores, y como necesitase esta algun respiro en sus actuales padecimientos, no pudo menos de repetir su nombre con viva emocion.

—¡Qué hermoso era, qué bueno, y qué sumiso! no se le habria pasado por alto á aquel lo mucho que me fastidia la vida que estoy llevando; verdad es que no tenia ese talento brillante, esas palabras imponentes, que deslumbran, arrastran y... amedrentan; ¿pero qué es todo eso para una pobre muger, que no puede resistir á una esclavitud sin amor?... ¡Ah! Mignon, bien castigada me hallo por haber abandonado al pobre caballero.

Y se echó á llorar.

—¿Y es tiempo ya de pensar en él? preguntó Mignon con severidad. ¿Qué, señorita, despues de haber desechado aquellos amores, tiene V. ahora derecho de recordarlos con pesadumbre?

—No me falta la debilidad de hacerlo; padezco, y necesito buscar algun recurso de consuelo.»

Apenas pronunció estas palabras la condesa de Mirabeau, cuando entró un criado y puso en sus manos una esquela que acababan de traer y que venia dirigida á su nombre.

Mientras la leia, se animaron sus mejillas con la emocion mas brillante, y esclamando con el mas vivo trasporte: Aquí está, dijo, y ruega le permita que me vea; no parece sino que ha adivinado que le necesitaba: ¡ah Mignon! Dios mismo es quien me lo envia!»

—¿Qué quiere V. decir, señora?

—Te digo, que está aquí, Mignon, que voy á verle otra vez.

—¿A quién, al caballero de Gassand?... Señorita no piense V. en eso. ¡No puede ser, ni debe ser tampoco!

—¿Y quién habrá de impedirlo? dijo la condesa con un tono irritado.

—Yo, Señora; yo, que en otro tiempo hablé á V. á favor suyo, y que no permitiré que su presencia introduzca hoy la desazon en esta casa. Piense V. en su niño; ¡qué, no tiene V. á nada ser madre!

—No basta eso: no. Mis dias se hallan vacios, agenos de placer. Gassand los llenará de nuevo con las memorias de lo pasado.

—Repito á V., señorita, que no sucederá semejante cosa; es mi obligacion impedirlo para salvaros; aunque por lograrlo me viera precisada á dar cuenta al señor conde."

En este instante se abre la puerta, y se presenta Mirabeau.

—¿Y de qué queriais darme cuenta, buena Mignon? dijo él, medio sonriéndose, medio sorprendido.

Solo una mirada enteró á Emilia con sagacidad verdaderamente femenil, que su marido no estaba á cabo de nada, y tomando valor con tal certeza le dijo en un tono muy natural.

—Mira, querido mio, acaba de llegar á Manosque el caballero Gassand, mi primo, y como tiene que detenerse en el lugar algunos dias, me ha rogado le permita venga á verme. Lee su billete, y juzga si yo hacia mal en asegurar á la buena Mignon que tu no te opondrias á admitir sus visitas.

—No, sin duda, replicó el conde despues de haber leido el muy atento papel en que solicitaba el caballero la venia competente para ofrecer sus homenages á Mad. de Mirabeau.

—Conozco muy bien, mi pobre amiga, que estás pasando aquí una vida muy fastidiosa; y me alegro en el alma cuando vie-

ne alguna visita agradable que pueda interrumpir su monotonía.

—Lo veis, dijo Mad. de Mirabeau volviéndose á Mignon con un gesto descocado; sois una dueña demasiado rígida, hasta á los mismos ojos de mi marido.

—¡Ah!... interjectó Mignon asombrada del descaro de la jóven, y de la inesperada condescendencia del conde de Mirabeau.

Al dia siguiente se presentó el caballero Gassand en casa de la condesa, quien le recibió en presencia de su marido. Repetia sus visitas diariamente, y Mirabeau, que le juzgaba poco temible, le dejaba muchas veces á solas con su muger. El caballero habia hecho á Emilia tiernas reconvenciones á las que habia contestado esta con espresiones de pesar emitidas con el mas sencillo abandono; quejábase á él de sus dilatados fastidios, de su vida triste y monotona, á la cual su vuelta daba un poco de alegria, y en vez de esforzarse para vencer sus recuerdos y seguir la línea de sus obligaciones, aquellas dos naturalezas débiles se enervaban todavia mas con las conversaciones que evocaban la imagen de lo pasado, y la hacian revivir tan hechiceramente.

Las severas reconvenciones de Mignon poco ó ningun imperio ejercian sobre el espíritu de la jóven; y aun algunas veces llegaban á irritarla á tal grado, que la fiel camarera se convirtió á sus ojos en un objeto abominable. En varias ocasiones se le habia ocurrido la idea de despedirle, y solo el temor de sus revelaciones habia impedido que lo verificase. Un dia que la honrada sirviente estaba redoblando sus ruegos para que su señora dejase de admitir las visitas del caballero, añadia con enternecimiento:

—Es menester que él ó yo seamos despedidos: elegid, señorita, en nombre de vuestro hijo, en el de vuestro honor.

—Bien, sal tú, respondió con dureza la jóven, y la antigua criada, como si un rayo le hubiese herido, se retiró sin decir una palabra; aquella misma noche se salió del castillo derramando lágrimas, porque la daba el corazon que alguna desventura iba á tener lugar en aquella casa. Su despedida causó suma desazon á Mirabeau, quien no acababa de comprender el motivo por qué habia su muger con tanta ligereza é indiferencia despedido á aquella anciana, en cuyas manos habia nacido, y que prodigaba á su hijo tan tiernos cuidados, y tan gratuita dureza le hizo entrar en cavilacion y sospechar que encerraba algun misterio; acordóse de las palabras de Mignon que él mismo habia entreoido, y que su muger habia interpretado con tan oportuna habilidad. Creyó de repente haber penetrado el enigma, y dió cabida en su corazon á la sospecha, al paso que afectó la mas tranquila serenidad. Por la noche cuando se presentó en su casa el caballero de Gassand, le hizo la acogida mas benévola, y le dejó á solas con su muger.

Apenas se hallaron sin testigos, comenzaron recíprocamente á espresar su cariño con las palabras mas tiernas, confiados en su soñada seguridad: siguieron á estas los proyectos mas halagüeños para lo futuro, cual si ambos estuviesen libres, cual si aquella jóven que hablaba de amores no estuviese al lado de la cuna donde un hijo dormitaba, á pocos pasos de un marido que pudiera enterarse de su conversacion.

Habia confiado al caballero Gassand la inquietud que le causaba la ausencia de Mignon.

—Si habla soy perdida, esclamó Emilia temblando.

—No temais, respondió su primo, yo velaré sobre vos, y no os abandonaré jamás. Bien lo sabeis, adorada Emilia, yo daré mi vida por vos, y en el esceso de su apasionado entusiasmo, se atrevió á juntar sus lábios con los de la jóven.

Abrióse en aquel instante la puerta del salon con espantoso estrépito, y se presentó Mirabeau.

Sus cabellos estaban herizados sobre su anchurosa frente, sus ojos lanzaban llamas, su gesto era imponente y amenazador. Asi debió haber aparecido quince años despues en la asamblea nacional cuando pronunció aquellas célebres palabras: «Id á decir á vuestro amo que nos hallamos aquí reunidos por el poder del pueblo; y que de aqui solo podrá arrancarnos el poder de las bayonetas.» Al ver á su esposo se precipitó la condesa sobre la cuna de su hijo como para acogerse á aquel sagrado. Mirabeau se la acerca y ella descubre que trae armas.

—¡Oh! no me mates, esclamó retrocediendo con espanto.

—No, no temas, dijo él con estremecimiento terrible. Yo te echaré de mi lado... Pero entre V. y yo, caballero, es un negocio muy distinto: precisa terminarle cuanto antes. Vamos, defiéndase V.; y ofrece un arma al de Gassand, quien se adelanta á

recibirla.

—No sucederá tal, esclamó la condesa; no aqui en mi presencia, no en presencia de este inocente niño que os pide gracia; y tomando en los brazos á su hijo que se despertó llorando se lo puso delante á su marido.

Mirabeau dió algunos pasos hácia atrás, dejó caer la cabeza sobre el pecho, y permaneció algunos instantes absorto en reflexiones.

—Decís bien, señora, dijo en fin con calma y dignidad; la vista de ese inocente me recuerda un deber, y este es, el no deshonrar públicamente á su madre: nuestros criados pudieran enterarse de todo; pero..... añadió volviéndose al caballero de Gassand, nosotros nos volveremos á ver: mañana al amanecer estareis en la puerta de Manosque; allá iré yo; por ahora tened la bondad de retiraros.

Obedeció este, y apenas se hubo ido dejó Mirabeau el salon sin dirigir una sola palabra á su muger, que se habia desmayado.

Encerróse en su gabinete, donde se entregó á las sombrias meditaciones que su desesperacion evocaba, y sus infinitos sinsabores se agolparon á su fantasía con todas sus dolorosas particularidades. Se le figuraba hallarse condenado para siempre á la desgracia, á la vergüenza, á la esclavitud, y abrumado con este pensamiento, sintió que el color se le iba, que le flaqueaban las piernas, que un espeso velo sofocaba sus ideas, y permaneció por muchas horas sumido en una especie de anonadamiento. A eso de la media noche fue despertado de su congojoso letargo por la voz de un sirviente que llamaba á la puerta de su habitacion, para entregarle una carta. Recibióla Mirabeau; la letra le era desconocida, y su contenido muy estenso. Su lectura que repitió varias veces, le causó una emocion muy notable.

—Cederé, dijo á media voz; pasaré á ver á este padre afligido; si puede justificar, si realmente *ella* no es criminal, la perdonaré por el amor del hijo que me ha dado.

Una hora despues estaba Mirabeau en una silla de posta que se dirijia al castillo de la Torreta. Llegó siendo todavia de noche, y fué introducido por un anciano, criado en la habitacion de un viejo moribundo, que estaba postrado en cama hacía algunos años. Este enfermo era el conde de Gassand, padre del caballero, que habia sabido por un sirviente el desafio que se proyectaba: habia adivinado los motivos, y escrito á Mirabeau para que le escuchase antes de llevar á cabo su determinacion.

Viéndole entrar, se incorporó en su lecho el anciano con harta dificultad, y le dijo: V. ha sido generoso, señor conde, y no en valde me atrevo á apelar á su corazon.

—Comprendo la angustia de V. como padre, le interrumpió Mirabeau, pero creo no se ha hecho V. cargo de la mia como marido.

—Y es para dar á V. la satisfaccion correspondiente, continuó el anciano, para lo que le he suplicado viniese á verme. Lea V. estas cartas: y le puso en las manos la correspondencia de Emilia con el caballero. Sin duda son culpables, pero no hallará V. en esas cartas la prueba de un crimen que habrá de espiar la sangre de mi hijo. No ha sido mas que imprudente; él la habia amado en otros tiempos; compadézcale V. por lo mucho que ha sufrido. No tengo mas que ese hijo, señor conde de Mirabeau; es el sosten de mi edad caduca: no lo arranqueis á mis dias postreros. Pensad tambien en la madre de vuestro hijo, que será deshonrada por esta venganza. Pero no os detengais, sea la justicia nuestro juez, y no la compasion: solo os ruego con todas las veras de mi alma, añadió con ahinco, que no dejeis el castillo sin que yo sepa vuestra resolucion.

Mirabeau se avino á perdonarlos: su esposa no era verdaderamente criminal, pero daba á conocer que tenia un alma débil, sin apego, sin conocimiento de sus deberes, y en la cual no podia confiar su esposo. Este volvió á su casa apesadumbrado y abatido: su conducta fué moderada y suave, pero siempre señalada con la mas profunda tristeza. Pasáronse algunos dias, y la condesa de Mirabeau, aunque ya no recelaba su venganza, alimentaba el proyecto de separarse de él y de recobrar con su libertad, aquellas distracciones del mundo de que carecia su vida encadenada como estaba á la triste suerte de un proscripto.

Una noche habia salido Mirabeau, y ella estaba cantando al clave un romance nuevo, cuando entraron en la sala varios de sus criados sobrecogidos de espanto, para decirla que se acababa de arrestar al conde de Mirabeau para conducirle á un encierro. Esta noticia causó en ella una sensacion tan estraña, que apenas podia definirse: por una parte sus cadenas quedaban rotas, segun le

parecia; mas por la contraria, no dejaba de entrever en aquella libertad misma su deshonra. A pocos momentos se presentó Mirabeau acompañado del gobernador de Manosque, que venia á darle la esplicacion de la nueva desgracia que acababa de oprimirle.

—Bien sabeis, señora, dijo á la condesa, cuáles fueron los motivos que me forzaron á dejar por una sola noche el recinto de estas murallas, que se me habia señalado como punto de residencia: este motivo, como vos podeis garantizarme, era acreedor á una recompensa, no á un castigo. Pero qué les importa á los agentes de mi padre, si he quebrantado mi palabra de honor: ellos me vigilaban, y solo carecian de un pretesto para arrojarme en una prision: van á conducirme á ella. A Dios, Emilia, añadió casi con ternura, y acercándosele, ¡á Dios! Toma á nuestro hijo, vé con él en busca de mi padre; procura ablandar su eterna venganza, que parece tan inexorable como la fatalidad. Mas si no puedes conseguirlo, acuérdate, Emilia, que es tu obligacion volver á mi lado para participar de mis adversos dias y devolverme este niño que es mi propia sangre, ¡Adios!

—Haré lo que me ordenais dijo á la condesa y le abrazó; pero lo hizo con tanta frialdad que le dió á entender no contase con ella; mientras que para llevarse un recuerdo menos sombrío que el de este helado adios, permaneció un rato el infeliz conde inclinado sobre la cuna de su hijo, é imprimió mil besos en aquellos lábios puros, que con inocente sonrisa los recibian, arrancándose despues á tan dolorosas emociones para ser conducido á su nuevo encierro. Este fue un eterno adios, pues que no volvió á ver ya mas ni á su esposa ni á su hijo (*). Encerrado en este castillo de S. F., sombría ciudadela en la cima de un árido peñasco sito en medio del mar cerca de Marsella, vejetó allí muchos meses, implorando en vano la gracia de su padre, y haciendo presente á la condesa de Mirabeau lo que el deber la imponía para con su esposo. Desde aquel punto se le trasladó al fuerte Sóux en medio de las heladas montañas del Jura. Volvió á suplicar á su muger fuese á buscarle, y le llevase á su hijo, mas sus ruegos no hallaron acogida, ni sus cartas contestacion. Desesperado entonces, cedió su corazon á aquellos amores de que tanto se ha hablado, y que no haremos mas que tocar ligeramente. Pasó á Suiza con Mad. de Monniers, y todo el mundo sabe que fueron detenidos en Holanda y enviado Mirabeau á Vincennes donde permaneció en prision hasta el año de 1781. Durante su largo cautiverio hizo cuantas tentativas estuvieron á su alcance para conmover el corazon de su padre y el de su esposa: todo fue inútil y solo el bailío se atrevió á interceder por él, pero su intercesion fué desairada.

En cuanto á la condesa de Mirabeau, considerándose dichosa en haber recuperado su libertad, en virtud de esta especie de viudedad, siguió viviendo en Aix, en medio de los placeres y de la disipacion. Sostenia una asamblea brillante, daba comedias y otros festejos, y admitia aquellos que la obsequiaban; en fin, olvidando cuanto pudiera distraerla de aquella vida de perpetuas diversiones, y solo acordándose de Mirabeau para desear no volver á verle.

Asi fué para ella un dia de sobresalto aquel en que llegó á su noticia hallarse su marido en libertad; ¿qué hacer entonces? ¿cómo evitar su venganza, á que ella conocia era tan justamente acreedora? Los que la rodeaban, y tenian interes en que no se juntase jamás con su marido, la aconsejaron que entablase demanda de separacion; la que obtuvo, á pesar de toda la elocuencia de Mirabeau que con tanta maestria se desenvolvió en aquel proceso. Fue á la vez vencido y vencedor, y el poderío de su elocuencia le hizo famoso en toda la Francia. Comprendió entonces Mirabeau que pues la vida doméstica le estaba para siempre vedada, solo podia calmar las tempestades de su alma entre las grandes agitaciones de la vida pública. Las persecuciones que habia sufrido por tan largo tiempo no le precipitaron á buscar venganzas parciales, y sí al trastorno entero del órden social que le habia oprimido: asi fué que las desgracias de su juventud abortaron una revolucion.

J. G.

(*) *El niño murió dos años despues, mientras que su padre permaneciera arrestado en Vincennes.*

Estudios históricos.

CONQUISTA DE GRANADA.



Gran dia de júbilo fue para toda la cristiandad, aquel en que la media luna se eclipsó totalmente en los dominios de España, ante la cruz del Crucificado!

Gran dia de gloria para las armas castellanas fue aquel en que los pendones de Leon y de Castilla, tremolaron al aire en las altas torres de la soberbia Granada, sepultura del poder sarraceno!

Dia de entusiasmo para los vates y trobadores que hallaron en este acontecimiento, un manantial fecundo de inspiraciones sublimes!

Ocho siglos de opresion y de dominio estraño se han sepultado en la profunda é insondable sima del tiempo. En su caida han arrastrado generaciones, dinastias! Los Reyes de Córdoba, de Málaga, de Sevilla, de Toledo, de Valencia, de Zaragoza, de Granada, y tantos otros, han pasado para mas no volver. Sus harenes y siervos, han sido arrastrados por el mismo torrente destructor que ha arrollado sus ejércitos guerreros.

Pero esos siete siglos que han asistido á la ruina, á la muerte paulatina de un gran pueblo, han presenciado asimismo el nacimiento y el lento desarrollo de otro pueblo mas grande, que llega ya á la edad viril, y que con ella toma el arrojo suficiente para concluir la obra de su libertad, y de su emancipacion.

Aparece este pueblo en las montañas de Asturias, como punto imperceptible en el horizonte de España; crece como la nube de la tormenta, y poco á poco se estiende hasta cubrir todo el espacio: todo el suelo antes sarraceno está ocupado, y solo queda en él un pequeño espacio libre del poderio castellano; y figúranse los muslimes que ha de quedar siempre asi; que no ha de alcanzar la tempestad á aquel último puerto de su esperanza; que aquella última tabla de salvacion flotará siempre á pesar de las revueltas ondas que han destrozado y sumergido una á una todas las que formaban el hermoso bajel del poderio agareno.

Esperanza vana! Sueños postreros de un pueblo degenerado y débil, que va á entrar en ese periodo de delirio, que precede al aniquilamiento y á la muerte!

Primero dos, y luego hasta tres reyes se disputan la soberania del último pedazo que queda del imperio de los muslimes en España. Ellos y sus guerreros y sus pueblos son ya presa del demonio de la desunion, y la discordia. Y esos reyes no son estraños entre sí, sino padre é hijo, hermano y hermano, tio y sobrino. Albuhacen, ve codiciado su trono, y atacado por las armas de su hijo Boabdil, quien á su vez tiene que compartir su parte de trono con Abdalah el Zagal.

Y crece por puntos la discordia, y cada dia aparecen nuevas parcialidades, y se enciende la tea de la guerra civil, que lo quema todo por donde pasa; y se tiñe de sangre el murado recinto de la altiva Granada, sin que en su locura conozca que le ha de hacer falta para su propia defensa, cuando llegue á verse atacada por el enemigo comun, que ansia conquistarla.

En vano han logrado librarse del contagio algunos pocos, para quienes todo es menos que la patria; y que no llegan á concebir cómo hallándose esta en peligro pueden sus hijos pensar en otra cosa mas que

en su salvacion. En vano exhortan á la union á los opuestos bandos; en vano les conjuran á que vuelvan las armas contra los que pugnan por enseñorearse de ellos; en vano prodigan su vida y derraman su sangre en los combates: su ejemplo es desatendido; sus palabras desoidas. Cuando los pueblos llegan á tal estremo, no les queda otro recurso que sucumbir. Ven el abismo, mas lejos de evitarle, cierran los ojos y se precipitan en él, como si los empujara una mano invisible. Asi ha sucedido siempre, y sin embargo, es un ejemplo que siempre ha quedado perdido: se reproduce á cada paso, mas luego se olvida. La historia, la esperiencia de los siglos enseña que las guerras civiles son, á la corta ó á la larga, la ruina de las nacionalidades; y no obstante, sucesivamente los siglos han visto desaparecer naciones á efecto de aquellas causas; y confundirse unos pueblos con otros.

Mientras que los últimos defensores del islamismo volvian contra sí sus fratricidas armas, impulsados á ello por el odio de partido, y por las sugestiones estrañas, ávidas siempre de fomentar discordias cuando esperan de ellas sacar partido y que redunden en su beneficio, las huestes cristianas de los Reyes Fernando é Isabel ganaban con su union y esfuerzo cuanto perdian los moros con la discordia que los debilitaba. La política astuta de Fernando, el católico celo de Isabel, caminaban de consuno en la obra de la destruccion completa del poder de los árabes en España; y este era el preludio de los grandes y heróicos acontecimientos que habian de tener lugar en el mundo; la resplandeciente aurora de aquel brillantísimo reynado, cuya perspectiva, dice un célebre historiador, engrandece, ameniza y hermosea el campo de la historia.

Determinados los reyes católicos á arrojar á los sarracenos de su última guarida, empezaron la guerra tomando la ciudad de Alhama en el año de 1482, en la que entran los cristianos, despues de un reñido combate. Ponen despues cerco á Loja; aunque con contraria fortuna, pues son desbaratadas las fuerzas de Castilla. Peor salen libradas en otro encuentro que tienen junto á Málaga las tropas que acaudillaba el gran maestre de Santiago, el marqués de Cádiz, y el conde de Cifuentes, que quedó hecho prisionero: en esta jornada perecieron muchos esforzados guerreros cristianos.

Pero en breve se rehacen los castellanos; y no se tarda la ocasion de tomar venganza. Boabdil, á quien acusan de cobardia, marcha sobre Lucena, que estaba defendida por don Diego de Córdoba, quien noticioso de la empresa de los moros habia dado aviso á sus fronteros don Alonso de Aguilar y al alcaide de los Donceles. Preséntase Boabdil ante Lucena: don Diego de Córdoba lo entretiene con negociaciones fingidas, y da lugar á que lleguen socorros. En efecto llegan estos, y acometen á las huestes moriscas: hace al mismo tiempo una salida don Diego de Córdoba, y desbaratan y ponen en dispersion á los enemigos, matándoles mucha gente y haciéndoles infinitos prisioneros, en cuyo número se cuenta el mismo Boabdil.

Vuela á Granada tan infausta nueva; alégrase el viejo Albuhacen, que ve en este suceso la ocasion de reconquistar por completo su soberania, como lo verifica; pero la sultana, madre de Boabdil, envia mensageros al Rey Fernando para tratar del rescate de su hijo. Niégase el Rey al pronto; pero mejor aconsejado, sigue el que debe redundar en mayor perjuicio de los muslimes. Da la libertad á Boabdil, quien promete perpétua sumision y vasallaje, y vuelve á Granada á introducir de nuevo la discordia, momentáneamente estinguida con su prision.

En los años de 1484 y siguientes talaron los cristianos la vega de Málaga, causando grandes destrozos; y fueron sucesivamente apoderándose de Alora, Ronda, Velez-Málaga, Málaga, Baza, Guadix, Almeria, Loja, y finalmente de todos los pueblos y ciudades de la costa y del interior del Reyno de Granada, hasta dejar aislada y sola la capital, que mal podia hacer frente á los enemigos de fuera, cuando no tenia momentos de sosiego ni de paz dentro de sus murallas.

Llega la primavera de 1491, y el ejército de los Reyes Católicos, entra en la vega de Granada, y asienta su campo á dos leguas de la capital. Venian en este ejército los mas esforzados campeones de Castilla, muchos de los cuales llenaron el mundo con su fama. Allí estaban los Garcilasos, los Gonzalos, los Laras, los Aguilar, los Navarros y tantos ilustres varones gloria del suelo que los vió nacer, que tanto contribuyeron á la rendicion de Granada.

Oigamos en parte la narracion que de tal acontecimiento hacen los mismos historiadores árabes, segun se halla en Conde.

«Llenó de espanto á los moradores esta

nueva, y hasta los mas esforzados caudillos, aunque tan avezados y aguerridos, temblaron en esta ocasion con desusado miedo. El Rey Abdalah (Boadil) tuvo su consejo en el alcázar de la Alambra, y acordaron allí sus alcaides y jeques lo que mas convenia á la defensa. El wasir de la ciudad presentó el estado de las provisiones: tambien presentó matrículas y nóminas de los varones en estado de tomar las armas. «La gente es mucha, pero la muchedumbre de los ciudadanos, decia el wasir ¿qué nos puede prestar sino cuidados? bravean y amenazan en la paz, pero tiemblan y se esconden en las ocasiones de la guerra.» El esforzado caudillo Muza dijo: «no hay que desconfiar en nuestras fuerzas si se dirigen con valor y acierto, ademas de la gente de armas asi de á pie como de á caballo, que es la flor de Andalucia, muy endurecida y acostumbrada á la guerra, tenemos veinte mil mancebos en el fuego de la juventud, que en la presente guerra, en defensa de su patria harán tanto como los soldados veteranos y de mas experiencia en las armas.» El Rey dijo á sus caudillos y jeques: «Vosotros sois el amparo del reyno, y los que con ayuda de Alá vengarán las injurias hechas á nuestra religion, las muertes de nuestros amigos y parientes, y los ultrajes hechos á nuestras mugeres: disponed lo que convenga en esta guerra que en vuestras manos y valor está la salud comun, la seguridad de la patria y la libertad de todos.» Luego repartieron sus órdenes, el wasir (gobernador) se encargó de las provisiones y harinas, y de alistar las gentes; el caudillo Muza de la defensa y salidas de la ciudad contra los cristianos con la caballeria. Naim Reduam y Muhamad Aben Zaide, eran sus ayudantes. Abdel Kerim Zegri y otros arrayaces guardaban las murallas: y los alcaides de la Alcazaba y Torres Bermejas cuidaban de sus fortalezas. Los primeros meses de este año no se cerraron las puertas principales de la ciudad, y todos estaban seguros por el valor y prudencia de Muza. Cada dia salian tres mil caballos á escaramuzar con los campeones cristianos, y á defender las recuas de provision que de la Serrania venian á Granada; y para solo esto se destinó á Muhamad Zahirben Atar, que con 500 caballos andaba en los montes, y hacia mucho mal y daño en los cristianos que talaban y corrian aquella tierra. Cerca de Padul tuvo una reñida refriega en que murieron muchos valientes muslimes, y muchos mas de los enemigos.. Muchas aldeas fueron saqueadas y quemadas por los cristianos, para impedir la provision que de ellas se sacaba. El esforzado caudillo Muza, con sus valientes caballeros daba continuos rebatos al campo de los cristianos, y se trababan muy reñidas escaramuzas, que dejaban el campo bañado en sangre y cubierto de cadáveres: acometia el valeroso Muza con tanta intrepidez y denuedo, que tenia espantados á los cristianos. Asimismo los otros caudillos y caballeros de Granada hacian muy señaladas proezas. Las continuas escaramuzas y arremetidas de los caballeros que salian de la ciudad eran tantas y tales, que los cristianos para defenderse cercaron sus reales de fosos y de valladares, como buenas murallas. Como viese Muza aquella obra dijo al Rey que queria cercar á los cristianos en sus reales, y cierto dia á la hora del alba salió con toda la caballeria y peonage de la ciudad, y con gran estruendo de tambores y trompetas llegaron al campo. Los cristianos no rehusaron salir al encuentro como otras veces, y se trabó una recia batalla en que la caballeria hizo maravillas de valor; pero la infanteria no sufrió el acometimiento de los cristianos y huyó desordenada á la ciudad, y los cristianos se apoderaron de la artilleria, y llegaron persiguiendo á los muslimes hasta cerca de las murallas de la ciudad. El ínclito caudillo Muza, desesperado y lleno de rabia volvió, bramando como un toro agarrochado ó herido hácia la ciudad, y juró de no salir mas al campo con la infanteria. En esta ocasion se apoderaron los cristianos de las torres de las atalayas y pusieron en ellas arcabuceros y guarnicion.

«Mandó Muza cerrar las puertas de la vega, desconfiando de la defensa de los peones y ballesteros que las guardaban. Las talas de los cristianos habian cerrado el paso á las provisiones que de las sierras solian entrar en la ciudad; asi fue que se principió á notar falta de mantenimientos. La inmensa muchedumbre de gente no acostumbrada á comer poco, puso en sumo cuidado al Rey y al wasir Abul Cazim: hubieron su consejo, y los jeques y principales ciudadanos que asistieron, manifestaron que ya no podian llevar los incesantes trabajos de la guerra, que ya se veia el propósito de los cristianos que no pensaban apartarse de allí hasta rendirlos: ¿qué remedio, de-

cian, nos queda, sino una muerte cierta? El Rey se afligió con esto, y no pudo responder nada. Todos los del consejo se inclinaron á tratar de avenencia con el Rey de Castilla. Solo el valiente Muza decia que todavia era temprano, que no estaban apurados todos los recursos, ni habia hecho el pueblo ningun esfuerzo, ni habia tomado las armas de la desesperacion, que en ocasiones valen las victorias y mas cumplidas venganzas. Sin embargo, se acordó que el wasir Abul Cazin saliese á proponer avenencia con los cristianos.»

Cuéntase como fue recibido por los Reyes católicos, y el tratado que hicieron, y continua:

«Cuando el wasir presentó las capitulaciones en el consejo no pudieron contenerse las lágrimas de los presentes, solo el intrépido Muza, les dijo: «Dejad ese inútil llanto á los niños y á las delicadas hembras: seamos hombres y tengamos todavia corazon, no para derramar tiernas lágrimas, sino hasta la última gota de nuestra sangre: hagamos un esfuerzo de desesperacion, y peleando contra nuestros enemigos, ofrezcamos nuestros pechos á las contrapuestas lanzas: yo estoy pronto á acaudillaros para arrostrar con denuedo y corazon valiente la hermosa muerte en el campo de batalla. Mas quiero que nos cuente la posteridad en el número de los que murieron por defender la patria, que no en el de los que presenciaron su entrega. Y si este valor nos falta, oigamos con paciencia y serenidad estas mezquinas condiciones, y bajemos el cuello al duro y perpetuo yugo de envilecida esclavitud: veo tan caidos los ánimos del pueblo, que no es posible evitar la pérdida del reyno; solo queda un recurso á los nobles pechos, que es la muerte, y yo prefiero el morir libre, á los males que nos aguardan. Ademas, la muerte es cierta, y de todos modos muy cercana ¿pues por qué no empleamos el breve plazo que nos resta donde no quedemos sin venganza? Vamos á morir defendiendo la libertad; la madre tierra recibirá lo que produjo, y al que faltare sepultura que le esconda, no le faltará cielo que le cubra. No quiera Dios que se diga que los granadíes nobles no osaron morir por su patria.»

Calló Muza, y callaron todos los que allí estaban, y él viendo el abatimiento y silencio de los jeques y alfaquíes que estaban presentes, se salió de la sala muy airado; y dicen que habiendo tomado armas y caballo, se partió de la ciudad por la puerta de Elvira y nunca mas pareció. Despues de largo y triste silencio, el Rey dijo que en la ciudad y en todo el reyno habia faltado á un tiempo el ánimo y las fuerzas para resistir á tan poderosos enemigos. Que no estrañaba que los que á duras penas habian salvado la vida en las ocasiones de batalla, no se ofreciesen gustosos á nuevos peligros, perdida la esperanza de mejor ventura: que todos los recursos faltaban, y los habian llevado tras sí la avenida y tempestad de su mala fortuna. El wasir y los principales jeques temiendo que el pueblo se amotinase en los dias que restaban hasta el plazo señalado, con los acalorados discursos de Muza y de otros valientes caballeros, aconsejaron al Rey que escribiese al de Castilla, que para evitar alborotos y novedades queria entregarle la ciudad sin dilacion; que no hallaba otro remedio para atajar revoluciones y desgracias, y que pues tal era la voluntad de Dios, queria entregarle las fortalezas y la ciudad al dia siguiente. Con esta carta salió Aben Tomixa, su wasir, con un presente de caballos castizos, con ricos jaeces y alfanges. Recibiolo el Rey de Castilla con mucha honra, y holgó de su aviso, y respondió al Rey que asi se haria todo bien al dia siguiente, como el Rey de Granada decia, al cual aseguró de nuevo sus promesas de seguridad y amistad, y demas que habian pactado de antemano. Todo esto se concertó el dia 4 de rabié primera del año 897 (1.° de Enero de 1492). Ordenó el triste Rey que al dia siguiente á la hora del alba partiese su familia la via de la Alpujarra con todas las riquezas y tesoros mas preciosos del alcázar, y encargó la entrega de las fortalezas al wasir Aben Tomixa. Venido el fatal dia se oyó el estruendo de clarines y tambores del ejército cristiano que en órden de batalla venia á la ciudad. El Rey con cincuenta caballeros principales y sus wasiris salió á recibir á los cristianos: y el Rey de Castilla se adelantó acompañado de sus caudillos y de mucha caballeria. Boabdil al llegar á su presencia hizo ademan de quererse apear, como lo hicieron sus caballeros, mas el Rey de Castilla no se lo permitió, y acercándose ambos á caballo, Boabdil le besó el brazo derecho, y bajando sus ojos con profunda tristeza le dijo: «Tuyos somos, Rey poderoso y ensalzado; esta ciudad y reyno te entregamos, que así

lo quiere Alá, y confiamos que usarás de tu triunfo con clemencia y generosidad. En seguida el wasir entregó las llaves al Rey de Castilla, quien abrazó á Boabdil, y le consoló diciéndole, que en su amistad ganaba lo que la adversidad y suerte de la guerra le habia quitado, y que viviese seguro de su proteccion y amor. El Rey Boabdil no quiso volver á la ciudad, y tomó el camino de las sierras para alcanzar á su familia. Los caudillos cristianos acompañados de los wasiris entraron en la ciudad y se apoderaron de las fortalezas, primero de Torres Bermejas, luego de la Alcazaba y Albaicin. Entraba la caballeria de los cristianos sin que pareciese nadie en las calles de la populosa ciudad, que todos los vecinos gemian encerrados en sus casas.»

Apoderadas ya las fuerzas cristianas de la ciudad de Granada y de sus fuertes, y despues de tremolar los pendones de Castilla sobre las altas torres, hicieron su entrada solemne los Reyes Católicos, acompañados de todos los grandes señores capitanes y prelados del reyno que le acompañaban, y de la restante fuerza del ejército. Su primera accion fue dar gracias al Todopoderoso por la merced que les hacia, y en seguida se ocuparon de todo lo concerniente á la tranquilidad y mejor gobierno de la ciudad conquistada.



Asi acabó el imperio de los muslines en España el dia 2 de Enero del año de 1492. Las mismas causas que se lo dieron se lo arrebataron: la molicie, las divisiones intestinas, la ambicion de los unos, la debilidad de los otros.

Desde este punto la monarquia española fue creciendo en gloria y poderio, hasta un grado que pocas naciones han alcanzado. Luego se debilitó.... perdió de su grandeza... mas sus hijos conservan la dulce esperanza de que vuelva á recobrar toda la importancia y nombradia que tuviera en mejores tiempos.

S. C.

EL DIABLO-ENANO.

Crónica del siglo XIV.

Por cierto que el diablo debe de ser ya un viejezuelo, y en los chascos que de él se cuentan se han puesto en su boca tan desmesurados desatinos, que casi le da á uno vergüenza añadir esta verídica historia á las mil y una paparruchas en que representa el papel principal. De todos modos, tengan presente mis lectores que yo la transmito como la he oido y que maldita la gana que tengo de cargarme con la responsabilidad. Si el diablo se resiente del papel que en ella le cabe, le suplico me disimule, en recompensa de los tormentos á que me condenó el dia que me sopló la incurable manía de escribir á diestro y siniestro.

A mediados del siglo XIV, época de ferviente devocion, y en que el diablo se colaba por todas partes, (y si nó, ahí están nuestras antiguas leyendas que no me dejarán mentir) vivia en Génova un caballero llamado Guido Arena. Habíase enriquecido su padre con el comercio, y dejádole al morir un capital considerable en buques, palacios y tierras, una de las cuales habia erigido en marquesado. Pero como es inherente á nuestra flaca naturaleza que el que de la nada se levanta tome humos de lo que no es, nuestro jóven empezó á echarla de caballero, título que á la verdad no sentaba mal con su elegante apostura y la nobleza de sus modales. Sin embargo, la naturaleza al adornarle con mano franca de las gracias de cuerpo y alma, le dotó de un carácter ardiente, indomable, y sobre todo de una pasion desenfrenada por el lujo y todas las disipaciones de su edad. Con pocos años tuvo tiempo suficiente para devorar el fruto de medio siglo de trabajo. No se hablaba en la ciudad de otra cosa que de sus brillantes cabalgatas, y jamás se apagaban en su palacio los cantos de la orgía ni el rumor de los festines. Todo anunciaba á los menos perspicaces su próxima caida; pero él seguia impertérrito su carrera, y satisfecho con lo presente se adormecia en medio de la orgía soñando en los placeres del dia siguiente.

En medio de aquella vida de desórdenes, en el borde del abismo, alimentaba Guido un sentimiento que hubiera debido salvarle, y disfrutaba una felicidad que infinitos sábios le envidiarian: amaba, y tenia un amigo. Este amigo era el conde Torello á quien su padre habia hecho eminentes servicios durante las turbulencias de una guerra civil. La mano de su hija Julieta, la mas hermosa al par que la mas rica heredera de Génova, debia pagar la deuda. De la voluntad de Guido únicamente dependia formar este lazo que le brindaba con la felicidad de su vida; pero arrastrado por el ímpetu de su pasion, no tenia valor para retroceder, y su orgullo le retraia de confesar faltas que con una palabra podia reparar. Esta palabra era lo único que esperaba Julieta para perdonarle. Educada desde su infancia con la conviccion de que Guido debia ser su esposo, cifraba en él todo su porvenir. Le amaba como á un amante, pero indulgente en su amor, lloraba sus estravios como los de un hermano. El dolor, en aquella alma tierna y pura, habia ahogado los zelos.

Entretanto Guido vendia sus heredades, sus palacios, distribuia á los acredores el último ducado, y perdia su último amigo. Entonces empezó á reflexionar. Despertóse su amor á Julieta, mas ardiente é irresistible

que nunca, porque en su alma no podia estinguirse una pasion sin abrir camino á otra; ademas de que en medio de sus mayores desórdenes jamas se habia borrado de su mente el recuerdo de su primer amor. Si habia cesado de ver á Julieta, si habia manifestado olvidarla, no era por falta de amor, sino porque temia profanar aquella cándida imágen, mezclándola con los impúdicos pensamientos que le dominaban. Su recuerdo era un tesoro que escondia en lo mas recóndito de su corazon, para dias mas tranquilos.

Estos dias eran llegados; pero ¿cómo presentarse á sus ojos cuando tantos años de olvido habrian llenado la medida de su indulgencia? ¿No creería su padre que la necesidad únicamente le impelia, y que cedia no á su amor, sino al deseo de restablecer fortuna? No le arredraba á Guido su pobreza; pero confesarla, aparecer sórdidamente interesado despues de haber sido locamente pródigo, era un paso á que se resistia su orgullo. Por ardiente que fuera su amor, no podia llegar hasta el punto de hacerle sacrificar el honor, que era la única cosa que le quedaba, y la que estaba resuelto á no perder jamas. Abrumado por estas ideas, resolvió espatriarse, y no volver á presentarse á Julieta si no conseguia por cualesquiera medios recobrar las riquezas que habia perdido.

Pocos dias despues salió furtivamente de Génova sin llevar consigo mas que su espada, una bolsa vacia y sus tristes pensamientos, Sin saber á dónde dirigir sus pasos, vagaba á orillas del mar, atormentado por el martirio de un amor desgraciado y del orgullo abatido.

—¿Qué he de hacer? esclamaba desesperado, ¿cómo alcanzar esas riquezas que loco disipé? me entregaré á mi valor? el valor puede conducir á la gloria; pero con sobrada frecuencia media entre él y la fortuna un abismo inmenso.

En este momento, el diablo, que no le perdia de vista desde que le viera un tanto propenso á escaparse de sus garras, le inspiró un pensamiento que le hizo poner mas encarnado que un tomate. Una tropa de bandidos asolaba el pais, despojando del dinero á los viageros, y á las viageras del dinero y algo mas. Con la gallarda presencia y el valor que Dios le habia dado, bien podia Guido calzarse con el mando de aquella gente, y por este medio buscarse lo que le hacia falta. Esta perspectiva no se avenia mal con las inclinaciones aventureras y tumultuosas pasiones que hervian en su alma; sin embargo, las riquezas que apetecia eran para merecer á Julieta, y ¿cómo acudir á un recurso tan infame? Esta reflexion desvaneció su culpable pensamiento: empero no estaba aun terminado el combate entre el bien y el mal, y el jóven continuaba su camino aceleradamente sin echar de ver la terrible tempestad que se estaba armando. De repente estalló un espantoso trueno, y cruzó ante sus ojos deslumbrados un rayo que fué á caer en un buque que se descubria luchando contra las enfurecidas olas. En vano se esforzaban los marineros para ganar el golfo: las olas arrastraban el buque con un impulso irresistible hácia las rocas de la playa, en las cuales por fin se hizo pedazos.

Aterrado Guido se hincó de rodillas, orando fervorosamente por el alma de las infelices víctimas de una muerte tan terrible, y cuando mas engolfado estaba en sus devociones, descubrió á corta distancia un hombre, el único tal vez que se habia salvado del naufragio. Estaba sentado sobre un corpulento cofre y contemplaba con indiferencia el horrendo espectáculo de las encrespadas olas. Pero ¿era aquel ser un hombre? He aquí una pregunta que no es muy fácil de contestar.

Su estatura no pasaba de tres pies; parecia su cuerpecito un pegote de su monstruosa cabeza, sus facciones no desdecian del resto de su persona, y anunciaban la astucia y la maldad. Examinábale Guido sobrecogido de un terror que no acertaba á definir, y á los pocos momentos le vió incorporarse no sin trabajo, y esclamar con un sonido de voz indefinible.

—Por Belcebú! esto va á las mil maravillas. Delicioso espectáculo!

Y divisando á Guido que continuaba de rodillas:

—Amiguito, añadió, ¿á qué santo del cielo dirigis las oraciones? Sin duda no te sientes muy limpio de conciencia, no es verdad? Pero, hombre ¿de donde vienes? porque no te he visto yo en ese buque. No me contestas? vaya, sin duda te traba la lengua la tempestad. Qué estrépito hace la maldita? ya me voy cansando. — Vaya, vaya, basta. A ver, que callen esos vientos, que se larguen esas nubes y que vuelva el sol.

¡Cuál seria el espanto del pobre Guido al ver apaciguarse de repente la tempestad, y

convertirse los fieros huracanes en una ligera brisa que apenas risaba la inmensa sábana de agua! Mudo de sorpresa y de terror, apartaba los ojos de aquel sortilegio, queria huir, pero una fuerza invisible le arrastraba hácia aquel hombre y fascinado y medio loco se aproximó al enano.

—Acércate, le dijo este, no temas. Yo soy un pobre diablo cuando se me pilla de buen humor. Ademas de que se me ha puesto en la cabeza que hemos de ser pronto amigos. Tú parece que no estás muy contento con tu suerte, y yo soy un pobre náufrago; con que á ver si nos podemos auxiliar uno á otro. Dame acá esos cinco.

Tendió su descarnada mano á Guido; pero este retiró vivamente la suya.

—Calle! esas tenemos? pero poco importa; tú mudarás de opinion cuando me conozcas Por ahora, dime quien eres y lo que vienes á hacer en estas playas con el tiempo que hace, ó por mejor decir que hacía, porque ya he puesto yo á esa canalla en órden.

Era su voz ronca y chillona, sus facciones asquerosas. Sin embargo, estaba Guido tan fascinado por aquel ser sobrenatural que no pudo menos de contarle su historia con todos sus pelos y señales.

—Perfectamente, dijo el enano luego que la oyó. Te sucede lo que á mi primo Lucifer. El orgullo te ha arruinado, y antes has querido perder muger y dote que humillarte. Me has gustado, y voy á servirte. Pero, dime, ¿piensas ir á recorrer tierras y pasar trabajos, mientras que tu amada se consuela de tu ausencia con algun afortunado rival? Francamente, tu orgullo tiene cierto viso de simpleza..... Si yo estuviera en tu lugar no me andaria por las ramas, iria derechito al padre, le pediria su hija y no me faltarian medios de hacer que me la diese sin necesidad de desollarme las rodillas con las piedras.

—Si tuviera oro, contestó Guido; pero ¿qué he de emprender en el estado precario en que me encuentro? No es muy frecuente que la fortuna vuelva á la casa que una vez ha desalquilado.

El enano se bajó de su cofre. Tocó un resorte secreto, se alzó la tapa y apareció henchida el arca de una cantidad incalculable de diamantes y piedras preciosas.

—Ya me hago cargo, dijo Guido lanzando ávidas miradas, de que para un ser tan poderoso no hay nada imposible.

—Ah! no soy tan poderoso como piensas! Con gusto daria yo todos esos tesoros por una pequeña parte de lo que tú posees.

—Oh! contestó Guido sonriéndose, si no es mas que eso, hablad. Mi pobreza, mis pesares, mi destierro, todo cuanto poseo está á vuestras órdenes. Os los cedo con toda mi alma.

—Mil gracias. Otra cosa quisiera yo...

—Pues no adivino...

—Tienes un semblante noble y agraciado; tu cuerpo es tan bien proporcionado como deforme el mio...

—Cáspita! esclamó Guido entre dientes estremeciéndose de pies á cabeza con aquella singular observacion. No acababa de comprender la idea del hombrecillo; pero entreveia algun pacto infernal.

El enano continuó:

—No es un don lo que yo te pido, es un préstamo no mas.

—Un préstamo? y de qué?

—Préstame tu cuerpo por tres dias. A este precio te cedo todos mis tesoros.

—Que os preste mi cuerpo? y dónde me he de meter en ese tiempo?

—En el mio. Convengo en que no estarás tan bien alojado; pero ya ves que harto poco son tres dias.

Con razon se dice que nadie debe esponerse á prestar oidos al diablo. Por singular, por increible que parezca esta proposicion, el enano habia adquirido un ascendiente tal sobre el conturbado ánimo de aquel á quien acababa de verle dar órdenes á los elementos, que olvidó por un momento su horrible fealdad y el crímen que cometia pactando con el diablo, ó al menos con un mágico. No vió mas que el maravilloso cofre, y no esperimentó otro deseo que el de poseer aquellas riquezas; su único temor era que le engañasen. El sabia que hay juramentos que los demonios, á pesar de todo su poder, no se atreverian á infringir; pero la dificultad estaba en atinar con la fórmula mas terrible. Meditó largo rato, y ensayó las mas tremendas imprecaciones que se le ocurrieron. El diablo lo juraba todo, levantando las dos manos á un tiempo, y por la facilidad con que le obedecia juzgaba Guido que sus conjuros no eran muy temibles. Ocurriósele entonces un pensamiento, inspirado sin duda por su ángel tutelar. Se llevó la mano á la frente y la bajó en seguida como para santiguarse. Esta amenaza le hizo dar un respingo al diablo, y Guido, arrastrado por un poder sobrenatural, se detuvo, y dijo que

hiciese lo que quisiese.

—Es una cosa muy sencilla. Con mezclar mi sangre con la tuya.....

En efecto asi se hizo, y cayó Guido en un profundo desmayo.

Al dia siguiente despertó al rayar la aurora, y se estremeció de su espantosa metamorfosis. Sin embargo, todos los duelos con pan son menos; tenia á su lado el cofre; le abrió, y el espectáculo de las riquezas por cuya posesion habia vendido su carne y su sangre, calmó su dolor algun tanto; ademas de que se consolaba con lo breve de este término de tres dias. El enano lo habia previsto todo. Encontró abundantes manjares en una gruta vecina á donde pudo arrastrarse con trabajo. Alli, solo, entregado á las mas amargas reflexiones, se arrepintió. Quiso alzar la voz, para invocar el perdon de Dios, y su voz era la del diablo! Helado de terror calló, y cerrando los ojos para no ver ni siquiera su sombra, contó con ansiedad las horas, los minutos. Si volvería el enano! Si en castigo de su impío tráfico, no abandonaria ya mas aquel cuerpo asqueroso! Esta idea que en vano intentaba desechar le consumia lentamente. Con estas angustias se pasaron dos dias y dos noches.

Apareció por fin el tercer sol, recorrió mas pausadamente que nunca su carrera, y al cabo transmontó el horizonte. Llegó la hora fijada y el enano no parecia; debilitado Guido con aquellos tres dias de martirio, estaba tendido á la puerta de la gruta, jadeando y anegado en sudor. Sus ojos delirantes vagaban por todas partes sin fijarse en ninguna: escuchaba con ansia, pero nada se veia, nada se oia... el enano no vino!

¡Oh! quién me diera palabras con que pintar su estupor, su desesperacion! En los primeros momentos no queria creer en su desgracia; cuanto habia pasado le parecia una pesadilla de una imaginacion enferma. Sin embargo; una mirada le bastó para convencerse de la horrible verdad. Entonces su dolor se convirtió en rabia; blasfemó del cielo, lanzando sonidos inarticulados, arrastrándose por la arena, y desgarrando con las uñas aquel cuerpo odioso que hubiera deseado aniquilar. Mientras que sus miembros pudieron moverse, mientras que pudo percibirse su voz y brotar el pensamiento de su delirante cerebro, luchó de esta suerte con su desesperacion.

Por fin, un sueño de muerte tendió sobre él las negras alas; empero el infierno no salió de su pecho. Soñó que se hallaba á los pies de Julieta, ella se sonreia, le daba los nombres mas tiernos: pero aquel galan caballero no era él, era el enano, que habia tomado su figura, que le hablaba con su voz, y la encantaba con sus miradas. Queria Guido advertirla de esta metamorfosis, y su lengua estaba pegada al paladar; queria arrancarla de junto al mónstruo, y sentia clavados sus pies en tierra. Despertóse sobresaltado, y no halló en su derredor otra cosa que arena y agua que reflejaba los últimos rayos del sol.

Sin duda, dijo para sí, este sueño es una advertencia del cielo que se ha apiadado de mí. Me anuncia la desgracia que me amenaza y lo que debo hacer. Iré á Génova; romperé el maleficio que fascina los ojos de Julieta, ó moriré á sus pies.

No es sorprendais, carísimos lectores y lectoras, de que os cuente con tanto candor esta maravillosa historia. Yo no la he inventado, no he hecho mas que trasladarla al papel segun la oí, pero respondo de su autenticidad. Si, como yo, hubierais visto la venerable crónica de donde la he estractado, si pudierais ojear sus páginas enmohecidas por el tiempo, respirar aquel perfume de cadáver de biblioteca que exhala por todos sus costados, naceria en vosotros la confianza y el religioso respeto por la palabra de los muertos. Prosigamos nuestro cuento.

Guido, mas sereno y lleno de esperanza, tomó al amanecer el camino de Génova. Pocas horas se necesitaban para este viaje, pero era patizambo, y estaba tan poco acostumbrado á servirse de aquellas piernas, que apenas podia dar cuatro pasos sin tomar aliento. Tenia tambien que evitar los parajes frecuentados, porque ademas de que no le era muy grato dar al público su fealdad, no las tenia todas consigo acerca del modo con que le acogerian los transeuntes. El mas pequeño lance que podia sucederle, era verse perseguido y acaso apedreado. Asi pues, llegó ya de noche á Génova, ó mas bien á la quinta que el padre de Julieta habitaba fuera de la ciudad. Estuvo á pique de caerse redondo en el suelo, cuando a vió brillantemente iluminada; á medida que se acercaba, percibia el rumor de una multitud bulliciosa, y los alegres sonidos de diversos instrumentos. Todo anunciaba un festin, primera confirmacion de su sueño. Al

otro dia iba á casarse Julieta con su amado Guido, que arrepentido habia invocado su perdon.

Esta terrible noticia despertó todas las angustias de Guido. Ya no podia dudar de su desgracia: si hubiese obrado como el maldito que le habia robado su cuerpo, si se hubiese presentado al padre de Julieta, diciéndole: «He sido delincuente; perdonadme, soy indigno de vuestra hija; pero permitidme que trabaje para merecerla. Voy á combatir contra los infieles; mi valor y buen porte repararán mis faltas y entónces vendré á invocar el título de hijo vuestro que me habiais prometido.» Estas palabras le hubieran conmovido seguramente, y aquellas antorchas arderian para el verdadero himeneo. Pero ahora, cuál será su suerte y la de Julieta? Cómo acercarse á ella? Se dará crédito á las palabras de un miserable, objeto de hastío y de desprecio? Si al menos encontrase á su enemigo para obligarle á cumplir su palabra! Pero cómo habia de introducirse en medio del brillante festin? Y sin embargo, no tenia otro recurso so pena de dejar á Julieta casarse con el diablo.

Mientras que Guido se afligia con estas tristes reflexiones oculto tras de un arbusto á pocos pasos del castillo, empezaron á desaparecer las luces', cesó la música, y todo fue quedando en silencio. Guido se acercó entonces hácia la estancia de Julieta, alumbrada todavia por un débil resplandor, y poco despues se abrió una ventana, y apareció la jóven cubierta de un ligero velo para respirar la brisa de la noche. Tenia la mejilla apoyada en la mano, y levantaba de cuando en cuando los ojos al cielo como dándole gracias por la inefable dicha que le esperaba. Guido, enagenado, iba á descubrirse, cuando oyó pasos. Era un caballero ricamente ataviado y de gallardo continente, al menos segun pudo juzgar en medio de la oscuridad. Volvió á ocultarse, y el desconocido se detuvo debajo las ventanas de Julieta. Esta le vió, y aparentó reconocerle porque le dirigió algunas palabras en voz baja. La distancia á que se hallaba Guido le impidió comprenderlas; sin embargo reconoció la voz del galan que hablaba á Julieta. Aquella voz era la que él tuviera un tiempo: Julieta creia hablar con él. Entonces, no pudiendo contenerse por mas tiempo, se acercó pausadamente y oyó que el caballero decia:

—No, no partiré! jamas abandonaré este lugar en donde mi amor ha alcanzado tu perdon: aqui esperaré el momento en que debemos unirnos para no separarnos nunca. Pero retírate, querida mia; el frio de la noche palidecerá tus mejillas. Permíteme que estampe mis lábios en tu blanca mano, y será mas dulce mi sueño.

Y hablando asi, hizo un movimiento para encaramarse á la ventana; pero Guido se precipitó sobre él y le arrastró á algunos pasos de allí mientras Julieta lanzaba gritos de terror.

—Infame! le dijo levantando un puñal; el cielo me ha conducido aqui para castigar tu perfidia. Vuélveme mi cuerpo, ó este acero te sepultará en el infierno de donde saliste.

—Bien, dijo el otro con una sonrisa burlona que acrecentó el furor de Guido, este cuerpo es el tuyo, hiere, destrúyele; te quedarás con el mio, y buen provecho. Mas vale que nos arreglemos amistosamente. Yo soy mas hombre de bien de lo que tú crees; pero ya se ve; se me ha pasado el tiempo; concédeme otras veinte y cuatro horas, me contento con la noche de boda, y en seguida te cedo el puesto. Quiero yo tambien probar esas delicias que tanto encareceis los mortales; es para un estudio fisiológico que traigo entre manos. Ya ves, por esta miseria te hago el hombre mas rico del universo.

Guido no le contestó, porque le habia dado que pensar la reflexion del diablo. En efecto, si le mataba tenia que quedarse encerrado para siempre en aquel asqueroso esterior. Por otra parte, si le dejaba vivir perdia á Julieta. Estraña perplejidad! Singular desafio de un hombre contra sí mismo! El diablo se reia de la incertidumbre de Guido, que con el puñal levantado permanecia inmóvil y petrificado. En este momento se escucharon los pasos de muchas personas que acudian con antorchas, alarmadas por los gritos de Julieta. Temió Guido que los separasen, y no dando oidos mas que á su furor, se arrojó sobre su adversario con el único pensamiento de vengarse y morir en en seguida. El diablo que estaba desprevenido no tuvo tiempo de parar el golpe, recibió en el corazon una puñalada que le dió Guido, atravesándose el vientre al mismo tiempo con la espada que el otro habia sacado por precaucion. Ambos cayeron á la vez, mezclóse la sangre que brotaba de sus heridas, y se deshizo el encanto.

Una hora despues se encontró Guido acostado en un escelente lecho, rodeado de Julieta y de su padre que le prodigaban sus cuidados. La herida que recibiera con la espada del diablo no era mortal: en pocos dias estuvo restablecido y recibió la mano de su adorada Julieta, que disfrutó de la milagrosa fortuna de su amante, sin sospechar cuán cara le habia costado. En cuanto al diablo, no nos dice el cronista lo que se hizo. Unicamente acaba su leyenda con esta reflexion: que durante su metamorfosis, ni siquiera se le ocurrió á Guido el pensamiento de poder conmover el corazon de Julieta, aunque al perder su belleza, hubiera conservado su amor y los atractivos del entendimiento. De aqui saca la impertinente conclusion de que para agradar á las damas de aquel tiempo las gracias del cuerpo eran el primero y principal de todos los méritos. Vaya una aprehension!

F. M.

REAL MUSEO DE PINTURA Y ESCULTURA DE MADRID.



Este suntuoso edificio fue trazado y dirigido en 1785 por el arquitecto D. Juan de Villanueva, de órden del Sr. D. Cárlos III, y con el designio de formar en él una Academia de ciencias esactas y un gabinete de historia natural. Mas luego el Sr. Don Fernando VII lo eligió para Museo de pinturas, supliendo de su bolsillo los inmensos gastos que necesitaba la reparacion de esta fábrica, que se hallaba casi enteramente arruinada por la ocupacion y espíritu destructor de las tropas estrangeras; y cuyo presupuesto ascendió á siete millones de reales.

La planta de este edificio es de figura rectilínea, compuesta en su centro de un paralelógramo de 578 pies de largo por 74 de ancho: termina en sus estremos con otros dos cuerpos de planta cuadrada de 151 pies de lado, y sus centros hacen línea con el del paralelógramo principal, componiendo un todo de 680 pies su línea principal y la opuesta: del medio de esta, formando ángulo recto, parte un salon paralelógramo que termina semicircularmente, de 66 pies de ancho por 86 de largo. Este edificio consta de dos cuerpos, bajo y principal. En su gran fachada, que es la que está situada al poniente, se eleva un cuerpo arquitectónico con una galeria de catorce arcos de medio punto y cuatro adintelados. Constituye la entrada principal de esta fachada un magestuoso cuerpo arquitectónico, saliente 24 pies de ella y 64 de frente, compuesto de cinco grandiosos intercolumnios de 40 pies de alto, con sus correspondientes pilastras de piedra berroqueña de Colmenar. Sobre la cornisa se eleva un ático con su frontis, y en su centro sobre

un cuerpo resaltado de 41 pies de línea, se ha colocado últimamente un bajo relieve que representa varias figuras alegóricas á las bellas artes, y Minerva protectora de ellas repartiendo coronas al mérito. Decoran ademas esta fachada y las otras dos del edificio, varias estátuas, y bustos de relieve que representan los principales artistas españoles.

La distribucion interior del edificio es la siguiente: su entrada principal por el pórtico de la fachada que mira al camino que va á San Gerónimo, da un ingreso ó vestíbulo circular de ocho columnas, cubierto de una cúpula, encasetonado y circundado por una galeria que sirve de comunicacion general. A los lados hay dos grandes salones de 141 pies de largo por 38 de ancho. Al frente una pieza cuadrada, y siguiendo al frente de ésta, un grandioso arco de entrada á un suntuosísimo salon abovedado de figura paralelógrama de 578 pies de largo y 36 de ancho, por 38 de alto, embellecido de casetones y ornatos del gusto mas selecto, con un cuerpo de 44 pies de altura en medio, cubierto de una cúpula encasetonada, abierta por una claraboya circular que ilumina todo el salon. El intercolumnio izquierdo da entrada á otro salon terminado en semicírculo de 88 pies de largo por 30 de ancho. Por el frente del grande se pasa á una pieza circular, cuyas cuatro puertas dan paso á una galeria que rodea un patio, y sirve de comunicacion á dos salones de iguales dimensiones que los del lado opuesto del edificio, terminándose este con una pieza cuadrada.

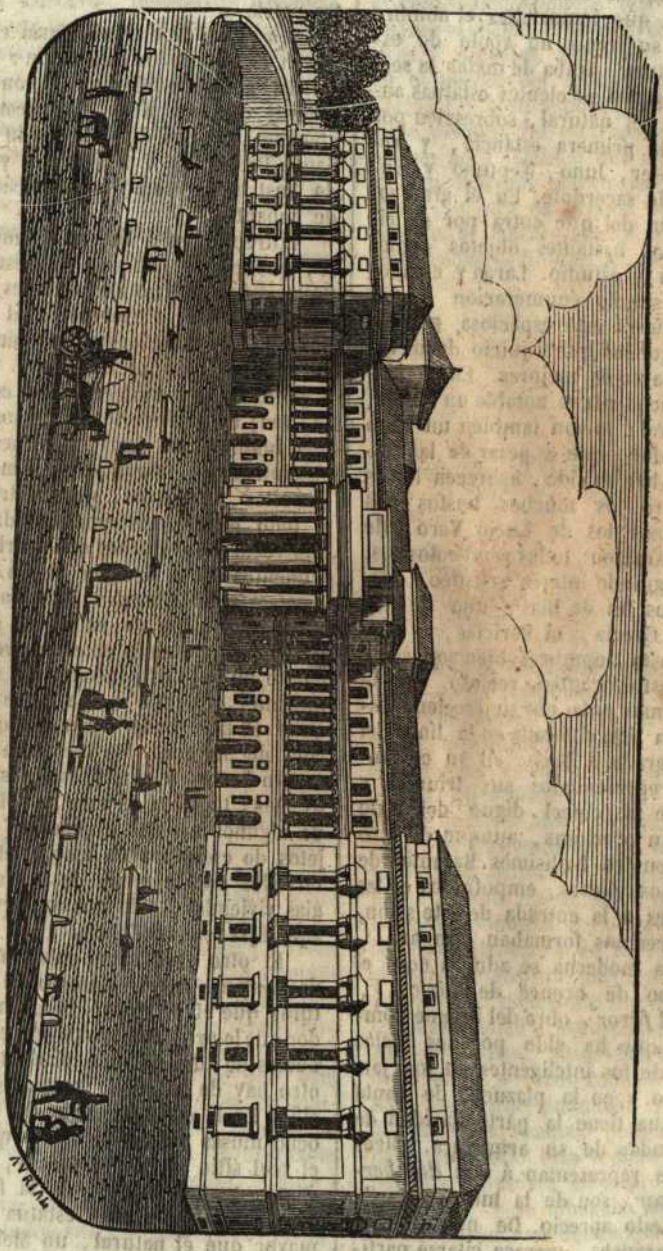
Galeria de pinturas. La riquísima galeria de pinturas de este real Museo, puede sin temeridad calificarse de la primera del mundo, atendida la rara conservacion de sus cuadros y el prodigioso número de obras de los mas célebres maestros que en él se encierran. No parecerá sobrenatural aquel resultado, al que considere que á la inspiracion y generosidad de los monarcas españoles, estuvieron especialmente dedicados, no tan solo los grandes artistas que formaron las tres escuelas nacionales de Sevilla, Madrid y Valencia; no solamente los Murillos, Zurbaranes y Canos, Velazquez, Juanes y Riberas, sino tambien los que produgeran los diversos reynos sujetos á la dominacion española en las mas bellas épocas del arte; y que los Rubens, Vandiks y Teniers, los Ticianos, Vincis y Jordanes trabajaban á porfia para ofrecer los mas bellos frutos de sus talentos á los Cárlos y Felipes de la dinastia austriaca, sentados en el trono español; al paso que las victorias de las armas españolas en tan diversos paises, las relaciones y tratados con los soberanos, brindaban á los nuestros con la mas primorosas obras del arte antiguo, con las cuales pudieron decorar sus palacios y templos reales.

El número de cuadros espuestos hoy al público en este Real Museo es el de 1949, y para formarse una idea aproximada de su preciosidad, baste decir que entre ellos se cuentan 10 de los mas clásicos de Rafael de Urbino; 4 del Corregio; 1 de Miguel Angel; 43 del Ticiano; 2 del Dominiquino; 2 de Albano; 7 de Andres del Sarto; 14 de Vasano; 16 de Guido Reni; 8 del Boscho; 8 del Parmegiano; 3 de Leonardo de Vinci; 2 de Sasso Ferrato; 27 del Tintoreto; 2 de Salvator Rosa; 12 de Vacaro; 24 de Pablo el Veronés; 3 de Sebastian de Piombo; 2 de Carachi, y otros muchísimos de los primeros autores de las diversas escuelas italianas; asi como tambien 62 de Rubens; 32 de Terniers; 1 de Rembrat; 22 de Vandik; 12 de Mengs; 10 de Claudio Lorenés; 9 de Alberto Durero; 21 del Prusino, y otros muchos de las escuelas flamenca y holandesa, alemana y francesa; y por último lo mas escogido de las escuelas españolas, entre cuyo prodigioso número sobresalen 46 de Murillo; 62 de Velazquez; 8 de Alonso Cano; 33 de Ribera; 18 de Juan de Juanes; 14 de Zurbaran; 7 de Rivalta; 6 del divino Morales; y otros muchos que seria prolijo enumerar.

En el salon de ingreso á la gran galeria central están colocados varios cuadros de pintores españoles modernos: Goya, Maella, Bayeu, Madrazo, Lopez, Aparicio, Tejeo y otros.

Galeria de escultura. Ocupa el piso bajo en casi toda la longitud del Real Museo, y una estension de 452 pies, dividida por una gran rotunda que forma un magnífico golpe de vista. Las agradables tintas de que estan pintadas sus paredes, imitando á los mármoles, están en perfecta correspondencia con el pavimento de mármol blanco y aplomado, y todo en armonía con los preciosos objetos que contiene.

Entrando por el gran pórtico de la fachada principal, encuéntrase la rotonda que forma el centro de todo el Museo. En medio de ella campea magestuosamente el sublime y colosal *Grupo de Zaragoza*, ejecutado en



Vista del Real Museo de Pinturas en Madrid.

Roma, por el célebre escultor español don José Alvarez, que representa un hijo defendiendo á su padre herido por los soldados franceses: una de las mas bellas obras del arte moderno, y que inmortaliza el nombre de su autor. A su frente un Apolo de estraordinaria estatura, acaba de matar la serpiente Phiton. Cuatro escelentes estátuas antiguas, mayores del natural, sobresalen por su mérito en esta primera estancia, y representan á Júpiter, Juno, Neptuno y Augusto en trage de sacerdote. En el gran salon de la derecha del que entra por el citado pórtico, hay bastantes objetos dignos de consideracion y estudio. Larga y enfadosa seria aun la simple enumeracion de todos los que encierra esta espaciosa galeria, así citaremos aquellos que á juicio de los inteligentes han parecido mejores. En la circunferencia de dicha sala es notable un Fauno, mayor del natural: lo son tambien un Baco y un Jóven orador, que á pesar de las restauraciones que han sufrido, aparecen llenas de bellezas. Entre los muchos bustos nos parecen magníficos los de Lucio Vero, de Adriano, y de Antinoo, todos semi-colosales. Hay hermas de grande interés artístico é histórico: citaremos las de Bias, uno de los siete sábios de Grecia, el Pericles, y una cabeza de Augusto, nombres bien sonoros y venerables en este encantado recinto. Uno de los objetos de mas nota por su escelente escultura, es una ara colocada en la línea del centro y consagrada á Baco: en su circunferencia están representados sus triunfos y sus fiestas, con un cincel digno del siglo de Augusto. Tan preciosas, aunque de otro carácter, son cuatro bellísimas Bacantes de otros tantos bajos relieves, empotrados en las paredes laterales á la entrada de este salon, que tambien creemos formaban otra ara.

De escultura moderna se admira aqui el celebrado grupo de bronce de *Cárlos V, encadenando al furor*, obra del insigne Pompeyo Leoni, y que ha sido por dos siglos la admiracion de los inteligentes en los jardines del Retiro y en la plazuela de santa Ana: esta estátua tiene la particularidad de podérsela desnudar de su armadura. Otros dos bustos que representan á *las dos hermanas del César*, son de la misma escuela y dignos de todo aprecio. De nuestros artistas contemporáneos, merece citarse particularísimamente el escelente grupo en mármol de los inmortales *Daoiz y Velarde*, á quienes Solá parece ha querido reanimar con tanta energia y espresion. Un amorcito, de don José Alvarez, hijo, nos hace sentir profundamente la temprana muerte de un jóven que tanto honor hubiera dado á nuestra patria.

Seis mesas de estraordinaria riqueza completan el adorno de este salon: dos de ellas incrustadas maravillosamente con infinidad de piedras duras y finas, merecen particular atencion, á mas de haber sido regalo del Santo Padre Pio V á Felipe II y á don Juan de Austria, en memoria de la célebre batalla de Lepanto.

Entremos en la última rotunda ó gabinete, que puede llamarse un resumen de infinitas é instructivas curiosidades, entre otros objetos de muy trivial interes al parecer. En dos alacenas practicadas ingeniosamente en los ángulos que intercepta el semicírculo, y en toda la circunferencia de este gabinete, se ven colocados varios vasos, asi como una infinidad de tazas, jarrones de pórfido elegantísimos, tabernáculos, mosaicos, columnitas, obeliscos, y arcos triunfales, casi todo de hermosísimas piedras duras y que recuerdan muchos de los principales monumentos de la antigua Roma. La célebre *Apoteosis de Claudio*, admirada por tantos años en el salon de columnas del Real Palacio, está colocada en el centro, y un fracmento de la parte inferior de un dorso femenino, próximo á una de las puertas, es quizá el mas bello trozo de toda la coleccion de antiguos. De escultura moderna hay cuatro bustos y varias estátuas ecuestres pequeñas, todo en bronce, de Bonchardon y de algunos artistas españoles, con otros objetos de escultura en marfil, etc., que desterrados por la moda de las suntuosas y regias viviendas, solo por conservarse merecen aqui fijar su residencia.

El otro gran salon colateral de la izquierda contiene mayor número de buenas esculturas que el primero. En el ándito ó corredor que le precede hay dos escelentes y grandes bustos de Adriano, uno de ellos es de bronce, otro hay de Antinoo, y otro busto desconocido. En la circunferencia del salon están las ocho musas tan conocidas, que adornaron el real sitio de san Ildefonso, y fueron, asi como otras esculturas, de la famosa Cristina Reyna de Suecia. Una estátua de Augusto, mayor que el natural, un Meleagro, y una Vénus de estraordinaria semejanza á la célebre del Capitolio, copia de la famosa del Guido, debida al cincel de Praxiteles son

las mas sobresalientes en el paraje citado. La línea del centro presenta aislados al espectador, el bellísimo grupo griego de Castor y Pólux, que estuvo en san Ildefonso: el Fauno del cordero, modelo de elegancia y sencillez: un lindísimo Mercurio sin brazos: y la magestuosa Ariadna ó Cleopatra, de la buena época del arte romano. Muchos bustos y cabezas de divinidades, Emperadores y filósofos adornan este recinto: pero solo citaremos como obras de mas importancia entre otros el de Lucio Vero, de Sabina, de Germánico, y el de un Baco indiano, las hermas ó cabezas del divino Platon, de Homero, de Demóstenes, de Eurípides, de Sófocles é Hipócrates, y una máscara de Neptuno: las dos hermas bicipites de Tales con Biante y otra compañera de bellísimo y griego cincel. Incrustadas en las hornacinas al centro del salon se ven entre otros dos pequeños bajos relieves preciosísimos con Sátiros y Bacantes. Del siglo XVI hay otros dos en el testero del salon, que representan á Cárlos I y á su esposa, labrados con indecible primor. De esta misma princesa se observan aqui tambien dos magníficas estátuas, una de mármol blanco lastimosamente mutilada, y otra en bronce de igual escelencia, debidas al cincel sabio y magistral de Pompeyo Leoni.—*E. del M. de M.*

UNA HORA EN LA VIDA.

En un salon de un castillo del Delfinado, se hallaba el marqués de C..... sentado al lado de su esposa. Su semblante revelaba la estraña emocion que sentia, y al restregar entre sus dedos una carta, dejaba aquel traslucir una mezcla singular de orgullo ofendido y de irónico desprecio.

—En verdad, decia, parece esto increible!..... Ese Natalis me pide la mano de mi hija con tan poca ceremonia como si solicitase que le diese permiso para cazar en mis tierras!..... Y me dice que está seguro del consentimiento de su familia..... ya lo creo..... No dejaria de resignarse á este sacrificio!..... Un estudiante de 22 años, sin título ni fortuna!..... que á lo mas tendrá 40,000 francos cuando haya enterrado á todos sus parientes! Pero, ignora, acaso, que nosotros tenemos 200,000 libras de renta, y que yo no quiero dar mi hija sino á un par de Francia?

Inútil es decir que el marques hablaba asi antes de la revolucion de Julio.

—Sin duda, habreis leido mal, amigo mio, le dijo la marquesa.

—Pedeis convenceros por vos misma.

—Efectivamente, es así.

Si nuestros dos interlocutores hubieran sido mas observadores no hubieran manifestado tanto asombro. ¡Era todavia Natalis tan niño! ¡Habia en su rubia cabeza y bajo su ingénua fisonomia un olvido tan marcado de las conveniencias y de la etiqueta de la sociedad! Natalis era un jóven sin fortuna, lo que le hacia esclavo de un destino, poco exigente en verdad, pero cuyas funciones, aunque casi nulas, absorvian toda su capacidad de trabajo. A veces rodaban por su cabeza idea vagas que pugnaban por salir á luz, gérmenes del drama, poesia sin forma; pero para que todo esto tomase una substancia palpable, hubiera sido preciso un trabajo laborioso, y le alhagaba mas dejarse mecer de su sueño, en donde todo le parecia infinito, porque todo era confuso, que crearse con esfuerzo una realidad defectuosa. Ademas, cuando le incomodaba la superabun-

dancia de aquellas ideas acumuladas, su pereza le suministraba un pretexto en las ocupaciones de su destino, para no poner aquellas por obra. Por último, al salir de su sombrío y empolvado bufete, no pensaba sino en pedir *una siesta*, á los antiguos cojines de su gran sillon de familia.

Distraido por sus preocupaciones, torpe por su timidez, tímido por su cortedad, atravesaba por el mundo sin tomar en él nada de esa individualidad reservada y pensativa; y cuando, finalmente, lució el amor en aquella alma como un rayo de sol, sobre un tapiz de verdura, fue sin inflamarle, y sin deslumbrarle siquiera. Al amar á la jóven Desirée, ni se fijó mucho en que era la heredera de un marques, ni lo olvidó tampoco, pues en ello no vió ninguna razon para animarse ni para caer en el desaliento. La jóven sentia alguna amistad hácia él, pero no hallaba en la sencillez de Natalis aquella elegante seduccion, aquel trato de sociedad que dan tanto poder á las pretensiones de un hombre hecho, hábil y experimentado en la vida del mundo. Otras fatales razones impedian que el tímido amor de Natalis fuese correspondido. Mas éste, no cabiendo en su idea levantar el velo de un pudor virginal, se habia dirigido francamente al padre, y le habia pedido á su hija bajo el frívolo pretexto que la amaba, y que bajo este título secundario podia hacerla feliz.

Para un hombre como el marques, Natalis no debia ser sino *un buen muchacho*, de medios bastante limitados, algo atolondrado, y tal cual perezoso. Asi, pues, es fácil concebir el efecto que produciria en él aquella peticion inesperada. Su primer movimiento, fue escribir al momento, á guisa de respuesta, una carta burlona, pero á poco, como que en el fondo apreciaba algo al jóven pretendiente, desgarró su epístola para no causarle demasiado sentimiento, reservándose para el siguiente dia, divertirse con él y bromearle sobre su locura, de modo que Natalis comprendiese toda su extension. Por último se retiró á acostarse no sin hacer fuertes esclamaciones, sobre la *temeridad* de los jóvenes de la época, y aquel completo olvido de toda clase de miramientos que habia invadido la sociedad.

No obstante, al dia siguiente se accedió á la peticion de Natalis.

Mientras el marques desechaba con tanto desprecio la peticion de Natalis, ocurrian cosas muy extrañas. Hallábase á la sazon en su castillo un jóven pariente suyo, oficial ausente de su cuerpo, el cual se habia criado con su hija Desirée. El alma de Leoncio, naturalmente predispuesta á la corrupcion, habia hallado un alimento funesto en su permanencia en Paris, en esa atmósfera ardiente donde tan pronto se inflaman todas las malas pasiones. Desde que su estancia en el campo, le habia hecho dar treguas á los hábitos de soldado, se hallaba fastidiado, y para matar el fastidio, y ocuparse en algo, se habia dedicado á hacer la corte á su prima, cuya beldad mas fresca tadavia que expresiva, habia reanimado sus pasiones ya gastadas. Por lo demas se hallaba cargado de deudas, y todo su patrimonio se veia comprometido; y para huir de los acreedores habia aceptado secretamente un destino militar en las colonias, y debia partir cuanto antes á ocuparlo.

Por desgracia, es demasiado cierto, que el primer hombre que se ocupa con ardor de una jóven, con tal que su figura, sus modales y sus discursos no den un mentís demasiado grosero á la personificacion que su víctima busca siempre en él de aquel ideal que ha soñado, ese primer hombre tiene muchas probabilidades de buen éxito en sus pretensiones, cuando sabe aprovecharse de sus ventajas sin remordimientos.

Los privilegios de pariente habian favorecido singularmente las relaciones familiares de Leoncio y Desirée, y sin que ésta amase al otro con pasion, el recuerdo de la larga intimidad de su infancia, un vago instinto, del cual no podia darse cuenta, su juventud, y hasta su sencilla inocencia la entregaban sin defensa á los ataques de su pariente. Por otra parte, la educacion superficial que habia recibido, no le habia dado á conocer demasiado sus deberes para que los respetase. Su madre, cuyo talento era muy limitado, cuya vanidad ocupaba todo su corazon, y que mas bien procuraba darse á conocer á su hija como superiora que como amiga, inspiraba á esta poca ó ninguna confianza. Por lo que toca á su padre le daba todas las noches solemnemente su bendicion y todas las mañanas le besaba la frente con gravedad, pero casi no volvia á verla durante el dia. Los principios que le habian inculcado metódicamente, eran para ella mas bien el objeto de una observancia maquinal é irreflexiva, que de un culto, producto de la razon.

Entretanto, tiernas miradas y declaraciones

furtivas, detenidas por esa vigilancia material, de la cual es siempre objeto una jóven, era lo único que hasta entonces se habia permitido Leoncio. La víspera de su partida habia llegado, y era precisamente la tarde en que el marques habia recibido la peticion de Natalis.

Presa de esa agitacion febril é implacable que nace del vago presentimiento que se tiene de salir adelante con una empresa si se intenta con osadia, abrió Leoncio la ventana de su aposento. Reynaba en el castillo un silencio profundo, y en todo él no se divisaba otra luz que la que salia de la habitacion de su prima, cuyas ventanas tambien se hallaban abiertas. Esta luz que del otro lado del jardin brillaba como un faro por entre los árboles le atraia de un modo invencible. Leoncio apagó la bujía que ardia en el suyo, y suspendiéndose con las manos al balcon de su cuarto situado en el piso bajo se dejó caer al suelo sin accidente ni ruido, y dirigiéndose al lado opuesto se subió en un árbol y á poco se halló á la altura de la ventana del aposento de su prima.

Apenas habria transcurrido una hora desde que Leoncio penetrára en el cuarto de Desirée, cuando el marques llamó con violencia á la puerta.

Bien fuera que el marques hubiese deseado hacer algunas recomendaciones á Leoncio antes de su partida, ó bien impulsado por uno de esos vagos presentimientos que el cielo nos envia, el marques salió de su aposento para dirigirse al de Leoncio. No habiendo hallado á éste, y viendo luz en el cuarto de Desirée, tomaron cuerpo sus sospechas, y se aproximó en silencio á la puerta, desde la cual oyó dentro dos voces. Entonces, furioso, pegó un golpe tan fuerte en la puerta, que mas se pareció á una tentativa para romperla que á una intimacion para que la abriesen.

En el cuarto de Desirée habia otra puerta por la que salió Leoncio al jardin, pero habiendo visto en su habitacion la luz que el marques habia dejado, conoció que estaba descubierto, y saltando por las verjas del jardin desapareció en la campiña.

Desirée estaba aturdida; y no obstante, llamando en su auxilio al disimulo, reunió algunas fuerzas y abrió la puerta. Pero un sin número de pruebas la acusaban: su turbacion, las dos voces que el marques habia oido, y sobre todo la gorra militar que el oficial habia dejado olvidada en una silla.

La escena que se siguió fue terrible y desoladora. No era una escena de familia, donde una tierna afeccion suaviza los cargos y censuras, y abre al dolor compromido en el corazon la salida de las lágrimas del arrepentimiento, ni una escena imponente como la *maldicion* de Greuzer, en la que el terror impide que la frente criminal se ruborize, y en la que el peligro de la culpable reanima el alma de la pecadora..... No!..... Desirée estaba avergonzada, pero no sentia remordimientos; sus padres estaban coléricos, pero no sentian indignacion. Su despecho se exhalaba en graves quejas contra una falta que heria su vanidad, y que entregaba imprudentemente el porvenir de su hija á la discrecion de un calavera licencioso, que podia publicar su debilidad, y no era capaz de legitimarla. Desirée los escuchaba con el corazon lleno de amargura, avergonzada y aterrada.

Ni podia excusar su falta con el amor; porque la pasagera pasion que habia sentido por Leoncio, se habia desvanecido al primer peligro, como una luz al soplo del viento, y aquella pasion que habia sido bastante poderosa para perderla, se negaba á presentarse en sus labios como un motivo de justificacion. De rodillas, silenciosa é inmóvil, hubiera querido morir, no por la desesperacion de los remordimientos, sino por salir del ignominioso apuro en que se veia por su falta.

—Pero qué nos haremos ahora? dijo el marques, despues de haberse apaciguado su cólera, y al volver con su esposa á su aposento. ¿Cómo hemos de savarla ahora que ha puesto su honor y su porvenir en manos de Leoncio, que puede cifrar su diversion en perderla?

—Es preciso que se case con ella, contestó la marquesa.

—Quién? Leoncio! ese niño envejecido por la corrupcion; lleno de deudas, y que quizas se encuentre á estas horas de camino para Trinidad, á fin de huir de sus acreedores? Su dote solo serviria para aumentarlos, y ya ves que para dar nuestra hija á alguno de nuestro rango y particularmente de nuestra sangre, seria necesario constituirle un dote regular. Y ella no merece la pena que nos despojemos de nuestros bienes en beneficio suyo..... Pero, me ocurre una idea.....

—Cual?

—Démosla á ese Natalis que la quiere y la solicita: con 60,000 francos de dote quedará tan contento, y podremos dejar una parte de lo que queriamos dar á ella para sus hermanos menores que se lo merecen mas. Natalis es un hombre sin talento, sin nombre, sin fortuna y sin posicion; y en verdad, que no se sabe cual de los dos deberá tenerse por feliz al unirse al otro. De cualquier modo es menester librarnos cuanto antes de esa desgraciada criatura. ¿Qué dices tú?

—Jamas hubiera creido, contestó la marquesa con un suspiro, que mi hija se viese obligada á contraer tal matrimonio; pero ella se lo tiene merecido. Haced, pues, lo que querais.

Al dia siguiente se invitó solemnemente á Desirée á que pasase al aposento de sus padres, y habiéndolo verificado, tomó el marques la palabra, despues de haber cerrado bien todas las puertas.

—Señorita, le dijo; M. Natalis la ha pedido á V. por esposa, y es preciso que se case V. con él.

Nada contestó Desirée: su posicion respecto á sus padres habia llegado á ser tan intolerable, que solo aspiraba á salir de ella á cualquier precio. Este sentimiento tan fuerte en ella en aquel momento, y lo inferior que reputaba á Natalis, bajo todos conceptos, comparativamente á ella, le hicieron aceptar tácitamente, sin que le causase mucho rubor, el papel que se le imponia y que la condenaba á engañar á un ser bueno y digno de aprecio. Pero el aprecio que puede inspirar un hombre honrado sin talento ó que al menos asi se cree, es bastardo y poco exigente.

No se volvió á oir hablar de Leoncio. El marqués no ignoraba que debia partir para las colonias, y no se asombró que hubiese suprimido el adios de despedida. Libre de él por algun tiempo apresuró el matrimonio, que fue el castigo impuesto á su hija. Bajo el antiguo régimen, el marqués hubiera castigado á su hija metiéndola en un convento, pero en el siglo XIX la castigaba haciéndola descender á la clase media del pueblo.

El castillo se hallaba aislado, y ningun huésped estaba en él cuando sucedió el acontecimiento que hemos referido; así es que nada se supo fuera. Natalis no sospechó nada, y recibió la mano de Desirée con reconocimiento.

La noticia de este matrimonio causó en todo el público un asombro universal. Todos se hacian lenguas para admirar la tolerante bondad del marques, que sacrificaba sus preocupaciones de nobleza á la felicidad de dos jóvenes, y que no habia temido dar su hija, heredera de una hermosa fortuna, á un jóven oscuro, pobre y sin cualidades notables, porque la excesiva timidez de Natalis paralizaba en el mundo el vuelo de sus ideas. Extasiáronse, pues, ante el desinteres que suponia aquel complaciente olvido de su posicion, y algunos hasta miraron al marqués como un buen padre.

El matrimonio se habia verificado, y todavia no se atrevia Natalis á creer en su felicidad. Manifestaba su asombro y alegria mas bien por medio de cuidados, idólatras, pero tímidos y respetuosos en presencia de su esposa, que por impetuosos arrebatos y violentas caricias. Por lo que hace á Desirée estaba contenta por verse libre de una vigilancia que le era odiosa porque no sentia amor, y despreciable porque habia sido inútil. Solo un temor turbaba aquel estado de tranquila satisfaccion que estaba tan lejos de la dicha como del sufrimiento, solo una nubecilla oscurecia aquella pálida luna de miel que seguia tranquilamente su carrera: temia que volviese Leoncio, cuya presencia le hubiera recordado una falta sin excusa, y una afeccion sin encantos, todo sin contar con el peligro de su indiscrecion.

La muerte del marques acaecida un año despues de su matrimonio, vino á mejorar de improviso la posicion de Natalis. Enriquecido con un adelanto á cuenta de la herencia que debia recibir en su dia, hizo dimision del destino que le obligaba á horas fijas de salida y de trabajo. En breve, la ociosidad en que se vió le hizo sentir la necesidad de una actividad intelectual, y los gérmenes de poesia que encerraba su cabeza, pidieron imperiosamente salir á luz. Despues de un largo combate consigo mismo, se resolvió en fin á ensayar el drama en verso, esa obra maestra del entendimiento humano, ese género de poema que representa por la accion la vida material, que reproduce por el estilo el alma en todos sus matices, y participa tambien de la música por la forma de la ejecucion. Desde que Natalis se impuso este trabajo, que una vez comenzado le electrizó, y se hizo dueño de él, se transformó en otro; desaparecieron su pereza y timidez, su lengua pareció desatarse, y vivió y amó con viveza y entusiasmo.

Desirée que hasta entónces habia aceptado con un reconocimiento superficial y sin darse cuenta de ello, el afecto de su marido, se sintió vagamente turbada por el nuevo impulso de aquella pasion creciente, como si hubiese sido criminal: al mismo tiempo procuraba ahogar la impulsion simultánea del sentimiento que se despertaba en su corazon, porque el amor que habia creido tener á su primo no le habia traido mas que deshonra y desgracia, y creia le habia de suceder lo mismo con cualquier otro afecto que traspasara los límites de la amistad.

En breve, los cuidados de dar á la escena sus producciones ocuparon á Natalis. Esos prolongados é interminables pormenores, bastantes por sí solos para entibiar el deseo de gloria, le robaron algun tiempo de su felicidad doméstica; últimamente habia adquirido la esperanza de ser padre, y este era un porvenir de dulces regocijos que Natalis sabia sentir mejor que ningun otro.

El dia de la primera representacion llegó, y el triunfo de Natalis fue grande y magnífico.

Habia cesado el estrépito de los aplausos, y se habia retirado la multitud de amigos que obstruian el salon de Natalis. Ya se tenia, al fin, el secreto de aquel carácter frio, distraido y reservado: conocíase el género de aquella imbecilidad que hasta entonces habia causado tanta ilusion: era el talento.

Natalis cayó fatigado y palpitante sobre un camapé al lado de Desirée, que de pronto se sentia tímida y avergonzada de hallarse en su presencia. Para destruir aquel sentimiento de inferioridad que despertaba siempre en ella su marido, y que le agradaba conservar como una excusa, se necesitaba nada menos que el fallo de la multitud proclamado ruidosamente, ese oráculo siempre escuchado, cuyos aplausos se asemejan al trueno. Una muger menos vulgar que lo era Desirée antes de este dia, ó al menos una muger que hubiera amado con nobleza y sentimiento (porque la educacion de las mugeres se forma por el corazon) hubiera adivinado en su lugar lo que valia Natalis. Pero ella habia querido permanecer hasta entónces sumida en la ceguedad mas completa, cual lo es la de la insensibilidad.

—¡Cómo me fatiga todo esto! decia Natalis estrechando la mano de Desirée: ¡todo este ruido impide que se viva! la felicidad que aturde no es felicidad. Pero tú, á quien he debido los solos puros goces de mi vida, estás contenta? ¿Merece mi obra tu aprobacion?... Qué me importa que los demas la admiren! lo único que deseo es que sea de tu agrado. Si mi triunfo es capaz de darme algun mérito, espero tenerlo particularmente á tus ojos; espero que servirá á colmar la distancia que tú misma quisiste acortar en mi favor, cuando rica, hermosa y heredera de un título, te entregaste voluntaria y libremente al pobre Natalis. Yo te quité un nombre; ¿no es justo que te devuelva otro? Mi triunfo de hoy, no ha sido pagar una deuda? Pero todavia tengo que satisfacer otra mucho mas sagrada; tú me has hecho feliz, y necesito saber si yo puedo tambien hacerte dichosa.

Desirée lo miraba sin responderle: al principió sintió algunos momentos de alegria celestial: era un corazon agriado que se abria á las afecciones dulces, era una reconciliacion completa de su alma con la vida! era una viva sensibilidad ahogada hasta entónces por las circunstancias y la educacion, que estallaba grande y formada, y que pedia indemnizarse de una restriccion tan ruda y prolongada!... Desirée reclinó su cabeza sobre el hombro de Natalis, y derramó lágrimas de felicidad. Pero en seguida, de pronto se estremeció é hizo un movimiento hácia atrás: un recuerdo helado, agudo, habia atravesado su corazon como si fuese la hoja de una espada, su corazon muerto hasta entónces, que se despertaba á la vez para amar y sufrir. Una hora, una hora fatal se habia fijado en su pensamiento, la hora de una falta, cuya enormidad le revelaba el amor, hora que debia ser tan larga en su memoria.

Sin embargo, el primer efecto de aquella dolorosa sensacion no pareció detener el ímpetu de la felicidad de Desirée, y sí, por el contrario, avivar su impulsion; procuró aturdirse respecto aquella inútil recriminacion de su conciencia; pero su alma, agotada con tantas emociones sentia con mas fuerza, el peso doloroso que la quemaba siempre. Ella no podia perdonarse á sí misma, no. Y era porque Natalis estaba muy lejos de sospechar la vergonzosa causa á la que debia el objeto de tan pura afeccion! porque se mostraba reconocido por aquel matrimonio que solo habia sido por otra parte el medio de salir de un mal paso! porque su alma cándida y leal estaba muy lejos de imaginar una mentira en el fondo del corazon de Desirée; y finalmente, porque ésta

estaba convencida de que si Natalis lo hubiera sabido todo la habria perdonado con nobleza!

Ademas, aquel cómplice de una falta ignorada podia aparecer! Desirée no se atrevia á pronunciar su nombre ni aun para preguntar si estaba muy lejos; en sus horribles pesadillas le veia sin cesar, hablando con otros jóvenes desalmados y licenciosos, y lo que era mas horrible aun, le veia señalando á Natalis y riéndose con un aire sardónico.

Natalis estaba inquieto al ver la febril agitacion de Desirée, y al notar cómo sus promesas de ternura, eran de pronto interrumpidas por tristezas inexplicables, y á veces por ímpetus de mal humor, en los que Desirée, injusta á fuerza de sufrir, echaba la culpa de su desgracia al mismo que la consolaba. Natalis atribuia todas estas estravagancias á los efectos de un penoso embarazo.

Al fin llegó la hora en que Desirée dió á luz un hijo, que la puso á las puertas del sepulcro. Pero lo mas extraño fue que en medio de aquellos tormentos brillaba en sus ojos por intervalos una alegria insensata, como si hubiese visto en su dolor una expiacion. Por último, á consecuencia de un grave accidente, cayó en un estado de debilidad y casi de letargo que le duró dos meses, durante el cual no pronunció una palabra ni al parecer pudo formar una sola idea.

Al cabo de aquel término, una mañana pareció recobrar el conocimiento y despertarse; pero, ¡cosa extraña y sin embargo, positiva! toda una parte de su vida habia desaparecido de sus recuerdos! cabalmente desde la fecha de su matrimonio. En aquella lucha terrible con el dolor, su vida habia quedado sana y salva, pero habia perdido una parte de su memoria.

—La esposa no se acuerda de nada, pensó Natalis, pero la madre no puede haber perdido la memoria, y la una la devolverá á la otra.—Traedle su hijo, dijo á la nodriza.

Cuando se lo presentaron, Desirée lo consideró con atencion.

—Es muy lindo! dijo á Natalis: ¿quién es su madre?

—Ya no queda ninguna esperanza! exclamó Natalis.

Algun tiempo despues, cuando su estado le permitió levantarse, Desirée consintió en recibir á Natalis, pero solo á título de amigo. Ella no podia explicarse como se hallaba sola con él en Paris; pero preferia mejor creer todos los acontecimientos mas improbables que un matrimonio, del cual no conservaba su memoria ningun recuerdo. No pudiendo vencer Natalis su error, tomó el partido de prestarse á cuanto deseaba Desirée, mientras llegaba la marquesa á quien habia escrito que acudiese á su socorro. En seguida se puso á hacer la corte á Desirée, como si su conocimiento con ella datase solo desde aquella fecha. A fuerza de prestarse complacientemente á la conviccion de su muger, concluia á veces por ceder á la misma ilusion, hasta el punto que le hubiera sido imposible en aquellos momentos jugar otro papel que al que se habia resignado.

Desirée sintió desarrollarse en su alma una afeccion tan tierna por su esposo, y con tal rapidez que debió probarle que aquello no era mas que un recuerdo; pero habia tanta novedad en aquella ternura, exenta por la primera vez de segunda idea! habia tanta frescura y lozanía en aquella planta que florecia en un terreno mas propicio, que Desirée no podia unir á su pasada vida tan deliciosas sensaciones. Muchas veces creyó encontrar en las miradas de Natalis, en el acento de su voz y la expresion de su amor, impresiones ya experimentadas; pero aquellas reminiscencias fugitivas desaparecian al punto como las notas confusas de un canto que no se ha oido bastante para retenerlas.

Ella idolatraba á su hija y no la reconocia; volvió á ver el drama de Natalis, lloró en las mismas escenas y no se acordó de nada. Sin embargo, era muy feliz.

Cuando llegada la marquesa confirmó á Desirée la realidad de su matrimonio, solo quedó convencida de que todo aquello era una ilusion, un sueño, pero un sueño de encantos, que temia se desvaneciera.

Nadie sabia lo que habia sido de Leoncio; la marquesa no hablaba nunca de él delante de Desirée, mas bien por un sentimiento de vergüenza personal que por contemplar la sensibilidad de su hija. Sin embargo, cuando ésta veia un uniforme del regimiento en que habia servido su primo, se detenia como herida de una idea confusa, se estremecia involuntariamente, pero en vano interrogaba su memoria, y en breve no pensaba mas en ello. Vagaba en la vida al lado de un abismo sin conocerlo, co-

mo un sonámbulo, pero tambien como éste no estaba en peligro de caer en él, sino al despertar.

Una mañana entró la marquesa misteriosamente en el aposento de su hija y le preguntó si su marido estaba fuera.

—Sí, madre mia, contestó Desirée.

—¿No puede oirnos nadie?

—Nadie, respondió Desirée asombrada.

—Pues bien, hija mia! tengo que darte una noticia muy satisfactoria, una noticia inesperada que debe tranquilizarte completamente acerca de las consecuencias de una antigua falta: no he querido perder un momento en hacerte tan afortunada revelacion.

—¿Pero de qué falta quereis hablar?

—Vas á comprenderlo. Algunos trabajadores que explotaban últimamente una cantera abandonada en los alrededores de mi castillo del Delfinado, han encontrado en el fondo el cadáver de un hombre que se habia caido en ella: era el de Leoncio.

—Ah! sí, Leoncio, ya me acuerdo; uno de mis primos.

—Pero lo que hay de mas feliz en este suceso es que el estado del cadáver y los papeles encontrados en su cartera, han probado que hace mas de un año que se halla allí.

—Pero ¿qué puede interesarme á mí la muerte de ese pobre jóven?

—Pues qué, ¿no comprendes que de todo esto puede sacarse por conclusion que pereció la misma noche de su evasion del castillo, que cayó en la cantera al huir en medio de las tinieblas, y que por lo tanto no ha podido contar á nadie los acontecimientes que le obligaron á fugarse?

—¿Qué acontecimientos?

La marquesa miró á su hija con aire asombrado, pues nunca habia creido formalmente que hubiese perdido la memoria.

—Como! dijo; finges no acordarte que tu padre y yo le hallamos una noche en tu habitacion? A no haber sido por eso no hubiéramos llevado jamas el olvido de nuestros deberes de padres hasta el punto de darte en matrimonio á M. Natalis, con quien, segun parece te va tan bien!

En aquel mismo momento daba una hora! Desirée prorumpió en un grito terrible, y cayó al suelo sin conocimiento. Apresuráronse á darla socorros, pero todo fue inútil: la imprudente revelacion de la marquesa le habia hecho una herida que no tenia remedio.

En medio de la tranquila dicha que gozaba, y en la cual el olvido de lo pasado parecia debia ser eterno, el recuerdo que acababan de despertar en ella de improviso, habia hecho su explosion, como un fuego casi apagado en la apariencia, pero que oculto fermenta sordamente y se enciende con violencia al menor soplo. Aquel recuerdo habia sido uno de esos dolores que la fuerza humana no puede soportar mas que una vez, una de esas heridas, que la mano que las abre hace que siempre sean mortales.

P. F.



Estudios de Historia Natural.

EL CIERVO.





El ciervo es uno de esos animales inocentes, apacibles y tranquilos, que solo parece haber nacido para hermosear y dar vida á la soledad de las selvas, y ocupar lejos de nosotros los pacíficos asilos de esos jardines de la naturaleza. Su forma airosa y ligera, su cuerpo gentil, sus bellas proporciones, sus miembros flexibles y nerviosos, su cabeza adornada mas bien que armada de un bosque viviente que se renueva todos los años, á manera de la cima de los árboles, su tamaño, su ligereza y su fuerza le distinguen bastante de los demas habitadores de los bosques; y asi como es el mas noble de ellos, asi tambien sirve para el recreo de los hombres mas distinguidos, y ha ocupado ya desde las edades mas remotas los momentos de descanso de los héroes.

La caza del ciervo exige conocimientos que no pueden adquirirse sino con la esperiencia, pues el montero debe juzgar de la edad y sexo, y conocer con exactitud si el ciervo es *estaquero*, (llámanse asi los de un año cumplido) *enodio* ó nuevo (de cuatro ó cinco años) de *diez candiles* nuevo (de seis años) de *diez candiles* (de siete años) ó *ciervo viejo* (de ocho ó mas años.) Los principales indicios para conocer esto son la huella y el estiercol. El pie del ciervo es mas bien hecho que el de la cierva; su pierna es mas recia y está mas cercana del talon; sus pasos son mas arreglados, mayor la distancia entre ellos, y pone el pie en el sitio en que habia puesto la mano. Desde que el ciervo ha entrado en los cuatro años presenta indicios seguros de su edad en términos de que no puede caber equivocacion. Conforme los ciervos van creciendo en edad,

el pie delantero se le pone mucho mas grueso que el trasero, y cuantos mas viejos son, tanto mas recios y gastados estan por los lados.

No todas las estaciones son buenas para la caza del ciervo: en la primavera, en el otoño y en el invierno, no se cojen en ella tantos frutos. En el invierno salen los ciervos de los bosques en busca de pasto, y vienen á parages mas descubiertos, á los bosquecillos nuevos y aun á las tierras sembradas asi que andan reunidos en manadas desde el mes de Diciembre; y en lo mas rigido de los frios procuran buscar el suave temple de las costas, ó mantenerse en parages abrigados, apretándose unos contra otros, y calentándose mutuamente con su aliento, hasta que á fines de la estacion salen á orillas de las selvas y van á los sembrados.

En la primavera sueltan las cuernas que se desprenden por sí mismas, ó mediante un ligero esfuerzo que hace el animal, enganchándolas en alguna rama; pero es raro que ambas se caigan á un mismo tiempo, y antes bien suelen pasar uno ó dos dias desde la caida de la una hasta la de la otra. Los Ciervos viejos son los primeros que desmogan, ó mudan las cuernas, á fines de Febrero ó primeros de Marzo; los Ciervos de diez candiles no desmogan hasta Marzo, los de diez candiles nuevos en Abril, y los enodios y estaqueros á principios y fines de Mayo; si bien en todo esto suele haber bastante variedad.

Luego que los Ciervos han soltado las cuernas, se separan unos de otros, por manera que solo quedan reunidos los jóvenes: desde entónces no permanecen ya en los bosques, sino que buscan los mejores sitios, los matorrales, los sotos nuevos y claros, donde permanecen todo el verano para recobrar allí sus cuernas; y durante esta estacion andan siempre con la cabeza baja para no tropezar en las ramas con las nuevas astas, que son muy delicadas hasta que toman todo su incremento. Las cuernas de los ciervos viejos no han llegado todavia á tener mas que una mitad de su tamaño total hácia mediados de Mayo, ni están del todo endurecidas hasta fines de Julio, las de los ciervos jóvenes tardan mas en caer, y por lo mismo son igualmente mas tardías en brotar y rehacerse; pero luego que adquieren toda su magnitud y solidez, tanto unos como otros las estregan contra los árboles procurando despojarlas de la piel de que están revestidas.

Los ciervos empiezan á sentir los impulsos del amor poco tiempo despues de haber bruñido sus cuernos, y los viejos son los que mas se adelantan en la brama; por manera que salen de los sotos desde fines de Agosto y principios de Setiembre; vuelven á los bosques y empiezan á buscar las ciervas, bramando con voz muy fuerte, y corriendo como furiosos. Cuando se encuentran dos ciervos cerca de una hembra, si son de fuerza igual se amenazan, escarban la tierra, braman con voz terrible, y acometiéndose recíprocamente, riñen á todo trance, y se dan tan impetuosos golpes con los candiles y las dagas, que á veces se hieren mortalmente. El combate se termina solamente con la muerte ó la fuga de uno ú otro de los dos; y entonces el vencedor no pierde un instante en gozar de los frutos de la victoria, á menos que sobrevenga nuevo competidor, en cuyo caso se renueva la lucha. Los ciervos viejos quedan siempre vencedores; y á estos les dan tambien las ciervas la preferencia.

El furor amoroso de los ciervos dura solo tres semanas, en cuyo tiempo apenas comen ni reposan: dia y noche están de pie y no hacen mas que andar, correr, combatir y gozar.

El cervato conserva este nombre hasta los seis meses de nacido: entonces empiezan á manifestarse los pitones, y toman el nombre de enodio hasta que alargados á mogotes, le hacen dar el nombre de estaqueros. Durante los primeros meses no deja nunca á la madre, aunque su incremento es harto rápido, y la sigue todo el verano.

A los diez y ocho meses se halla ya el ciervo en estado de engendrar, puesto que ha echado los mogotes, que es la señal mas segura. Las cuernas del ciervo echan sus renuevos, crecen y se forman como los árboles, y su sustancia es quizas menos huesosa que leñosa; de suerte que, por decirlo asi, es un vegetal ingerto en un animal, que participa de la naturaleza de ambos Desde el segundo hasta el octavo año de la vida del ciervo sus cuernas van siendo siempre mayores en grueso y en altura, manteniéndose hermosas y casi siempre de la misma suerte durante el vigor de la edad hasta que llegado á viejo el animal, empiezan aquellas á declinar con él. Respecto á su tamaño, como al del cuerpo de estos animales hay mu-

cha variedad, segun los paises en que habitan. Los ciervos de las llanuras, de los valles ó de las colinas abundantes en granos tienen el cuerpo mucho mayor, y las piernas mas altas que los ciervos de las montañas secas, áridas y escabrosas: estos tienen el cuerpo bajo, corto y rehecho, y no pueden correr con tanta velocidad, pero aguantan mas en la carrera que los primeros y son mas malignos: su carne es de mejor gusto que la de los ciervos de las llanuras ó de los valles. El ciervo de Córcega, de pelo pardo, de cuerpo rehecho y piernas cortas, parece que es el mas pequeño de todos los ciervos monteses, pues casi no tiene mas que la mitad de la altura de los ordinarios.

El color mas comun del pelo en los ciervos es el leonado, pero no dejan de verse con todos muchos ciervos pardos y otros rojos: los blancos son muy raros: el color de las cuernas como el del pelo, parece que depende en particular de la edad y de la naturaleza del animal, y en general de la impresion del aire.

La vista de este animal parece buena, y segun algunos, su pupila se dilata en la oscuridad, como se ve en otros animales. Tiene un olfato esquisito y su oido es excelente. Cuando quiere escuchar, levanta la cabeza, endereza las orejas, y entonces oye de muy lejos. Su índole es bastante sencilla, y sin embargo, es curioso y astuto: cuando le silban ó le llaman de lejos se detiene al instante mirando fijamente y con cierta especie de admiracion los carruages, el ganado y los hombres, y si estos no llevan armas ni perros, continuan andando tranquilamente con orgullo y sin huir. Por lo general teme mucho menos al hombre que á los perros, y no es desconfiado ni se vale de astucias, sino á medida que lo inquieten. Come con lentitud eligiendo su alimento; y luego que ha pacido, procura echarse descansadamente á fin de rumiar despacio; operacion que ejecuta con mas dificultad que el buey, acaso por tener el cuello largo y arqueado.

Mientras mas viejo es el ciervo, tanto mas fuerte es su voz, mas llena y temblona: la cierva la tiene mas delgada y débil y no brama de amor sino de miedo.

Este animal apenas bebe en invierno y mucho menos en primavera, porque le basta la yerba tierna y cargada de rocío; pero en los calores y sequedad del estío va á beber en los arroyos, en los charcos y en las fuentes, y está tan ardoroso en la época de la brama que busca agua por todas partes, no solo para apagar su sed abrasadora, sino tambien para bañarse y refrescarse el cuerpo. Nada perfectamente, y con mas ligereza entonces que en cualquier otro tiempo, á causa de la mucha gordura, cuyo volúmen es menos pesado que otro volúmen igual de agua: se les ha visto atravesar grandes rios, y aun se quiere suponer que llevados del olor de las ciervas, se arrojan al mar en el tiempo de la brama y pasan de una isla á otra, aunque haya una distancia intermedia de muchas leguas. Todavia saltan con mas ligereza que andan, por cuanto siendo perseguidos salvan con facilidad una valla ó una empalizada de siete pies de alto.

Su alimento es diverso segun las distintas estaciones: en otoño, despues de la brama, buscan los renuevos de los arbustos verdes, las flores de la jara, las hojas de las zarzas &c.; en invierno cuando nieva, pelan los árboles y se sustentan de cortezas, de musgo &c., y cuando el tiempo es benigno, van á pacer en los trigos: en el verano prefieren el centeno á todos los demas granos, y el álamo negro á todas las demas maderas.

La carne del cervato, es buena de comer; la de la cierva, así como la de los estaqueros, no es del todo mala; pero la de los ciervos tiene siempre un gusto fuerte y desagradable: lo mas útil de este animal son las cuernas, y la piel que se adoba y se hace de ella un cuero flexible y muy durable: las cuernas tienen su uso entre los cuchilleros; espaderos &c.; y por medio de operaciones químicas se sacan de ellos espíritus alcalino-volátiles, de uso muy frecuente en la medicina.

E. de B.

LA MARGRAVE.

I.



En 1794 me hallaba en Baden, y paseaba con frecuencia en el parque de la *Favorita*, en el que me encontraba casi todos los dias á una anciana de muy buen porte y de modales nobles, en una palabra con todas las apariencias de una señora de alta clase, por lo cual me sentia ya muy prevenido en su favor. Nos hablábamos alguna que otra vez. La condesa de Hauenzern, que asi se llamaba, conocia perfectamente la Alemania; todo lo sabia; era el verdadero almanaque de Gotha.

Una mañana que estábamos sentados entre el palacio y la hermita, mirándolos alternativamente me dijo:

—Apostaria cualquier cosa á que no sabeis quién hizo este jardin, ni por qué se halla esta capilla en una posesion ó sitio de recreo?

Yo la confesé que lo ignoraba.

—Pues bien, voy á contároslo, me respondió. Ninguno de los que hoy viven lo sabe tal vez: yo lo sé por haberlo oido á mi familia; y ya que teneis curiosidad y gusto en saber cosas de esta especie, conservad en vuestra memoria la que os voy á referir.

Y entonces me contó la fundacion de aquel hermoso palacio en los mismos términos que voy á repetir.

Se trata de la Margrave Sibila, viuda y regente de Baden que vivia á principios del siglo XVIII.

La Margrave Sibila era verdaderamente una princesa singular. En toda Europa se hacian grandes elogios de sus gracias, de su hermosura y de su talento. Protegia las artes, y aun por sí misma las cultivaba mas que ninguna otra de las mugeres de su tiempo. Se la censuraba, no obstante, su decidida inclinacion á la galanteria, su deseo inestinguible de placeres, un afan sin límites de recibir homenage de cuantos la rodeaban, y un carácter vengativo, duro, orgulloso, lo mismo absolutamente que el de Satanás en el *Paraiso perdido*. Todas estas cualidades, unidas á una refinada coqueteria, la hacian el tormento de los corazones de sus súbditos. Todos los dias se enamoraban de ella á centenares: algunos murieron, pero otros pudieron resistir y salvaron la vida.

En medio de sus triunfos la Margrave se consumia de fastidio: cada dia le parecia igual al anterior; recorria sus palacios, y todo lo variaba á cada momento, desde las cuevas hasta los tejados, esperando siempre, pero sin conseguirlo, encontrar algo que la distrajera por su novedad. Entonces se resolvió á emprender una grande obra, que fué la de construir otro nuevo palacio; y escogido el sitio, se emprendieron inmediatamente los trabajos. Cuando la Margrave Sibila queria una cosa, la queria con firme y decidida voluntad; y por consiguiente el castillo se levantó bien pronto como por magia.

Luego que se puso la última piedra de este hermoso palacio, y habiendo ya concluido con los albañiles, S. A. empezó con

los tapiceros; y emprendió la obra de Penélope para amueblar las nuevas habitaciones. Bordó las colgaduras, llenándolas de flores de su capricho, flores muy singulares, que probaban la estraordinaria perseverancia y habilidad de la princesa. Las han conservado y han hecho muy bien. Despues de las colgaduras, pensó en los sillones, en las alfombras, en las arañas. Adornó su palacio preferido cuanto le fue posible; pero esto tambien tuvo su término, como lo demas, y entonces el tedio volvió á apoderarse de ella.

Un cortesano, felizmente inspirado, la sugirió cierto dia un pensamiento admirable: la habló de lo que ahora se llama *baile de trages*: adoptó la idea al instante, y dispuso los disfraces y vestidos mas magníficos. En esto se pasó todo un invierno, durante el cual la corte se arruinó por seguir sus caprichosas estravagancias. Pero por desgracia concluyó el invierno, y volvió á caer en su habitual tedio.

Una noche en que se habia reunido la corte y se jugaba mucho dinero, la Margrave perdió quinientos ó seiscientos luises, y esto no la dió ningun cuidado. Entonces reparó en un conde que estaba en un ángulo del salon, jóven, hermoso como un ángel, como una miniatura, con rasgados ojos azules, bonita mano, una sonrisa infantil. Estaba mirando á la Margrave con un aire tan respetuoso, tan tierno; su fisonomia era tan candorosa y tan noble al mismo tiempo, que aquella no pudo menos de fijar su vista en él.

En el otro estremo de la sala una de sus damas de honor, bella, graciosa, tambien miraba al conde como él á la Margrave, y esta comprendió al instante todo el partido que podia sacar de semejante descubrimiento.

—Vaya, dijo para sí misma; esto podrá ser tal vez muy divertido!

Y llamando á uno de sus chambelanes, mandó que se la presentase el conde de Hauenzern.

Porque es preciso saber que despues de seis meses que se hallaba este en la corte, suspirando por la hermosa Sibila, no habia conseguido que la noble señora fijase en él su atencion, y esto le tenia muerto de pena. Estaba concertada su boda con la señorita de Freyberg, la dama de honor de que he hablado; las dos familias deseaban igualmente el enlace que estaba para efectuarse, cuando tuvieron el desgraciado pensamiento de enviarle á la corte para que viese á su prometida. Desde el momento que vió á la Margrave, ya solo pensó en ella y se olvidó de todo lo demas.

El conde se acercó temblando á su soberana; habria doblado la rodilla si hubiera tenido fuerza para ello, pero no pudo, y se quedó inmóvil sin articular ni una palabra. La señorita de Freyberg se puso pálida, y toda la corte reparó lo que sucedia.

—Señor conde, dijo la Margrave en voz bastante alta para que todos pudieran oirla, esta mañana he nombrado al baron de Falkenstein para que desempeñe el cargo de teniente de ayo del Margrave Luis; deja vacante una plaza de chambelan de mi persona, y os nombro para que la sirvais. Podeis participarlo asi á vuestro padre, para que vea que yo no me olvido de sus servicios.

El jóven, fuera de sí, hizo una profunda reverencia á la Margrave, y quiso retirarse; pero la princesa le hizo seña de que se quedase, y obedeció.

—No jugais, conde?

—Señora, yo no habia pensado hasta ahora en.....

—La primera vez siempre se gana; jugad por mí, que hoy he estado muy desgraciada. Sentaos aquí.

Miráronse unos á otros todos los cortesanos, porque aquel era un favor muy distinguido. Se oyó un pequeño ruido al estremo de la galeria; lo causaba la señorita de Freyberg que se habia puesto repentinamente mala.

—Las damas de honor deberian aprender á curarse de estos desmayos: esta moda insoportable de los vapores, nos viene de Francia. No conozco cosa mas *fastidiosa*, añadió la princesa; y ademas causa fatiga el verlo!

Mientras tanto el conde jugaba y ganaba como un novicio. Su alteza le felicitó por su triunfo, y admitió su mano para retirarse á su habitacion.

A la mañana siguiente, Sibila dispuso dar un gran paseo, y tuvo el capricho de ir á visitar las ruinas de un castillo antiguo. Se hablaba mucho de un ermitaño, cuya santidad era el objeto de la conversacion en aquella comarca; pasaba por un profeta, por una especie de San Antonio. Durante el camino, que le anduvieron á caballo, hizo ir siempre á su lado al conde de Hauenzern, y no omitió nada para hacer que este se de-

clarase. Ultimamente, el conde quiso hablar, mas solo pudo articular estas palabras, en voz tan baja que apenas podia oírsele:

—Oh! Señora! dijo, sois admirable, aceptad mi sangre y mi vida.

En fin, ya habia hablado!

Es de saber que la señorita de Freyberg se encontraba en aquel sitio por órden de la Margrave. Al instante conoció lo que pasaba; pero no por eso volvió á ponerse mala, porque esto no sucede siempre que se sufre. Ocultó su dolor, conociendo que la estaban observando, y apesar de su inocencia, el instinto de muger la dió fuerzas para no realzar con sus lágrimas el triunfo de su rival.

Así que llegaron al pie de las ruinas la princesa se apeó del caballo.

—Señoras, quién puede conducirnos hasta la habitacion del reverendo ermitaño? Está en la sala de los caballeros, ó se ha construido alguna cabaña en el patio?

—La señorita de Freyberg es su favorita, respondió el gran mariscal; ella podrá guiar á V. A.

—Es verdad, señorita, que conoceis á ese buen padre?

—Señora, él me recibe con benevolencia.....

—Pues anunciadle mi visita.

Aquella jóven, cortada y sin saber qué decir, se metió por entre las ruinas. La princesa Sibila se sentó sobre unas piedras, y permitió que los demas hicieran lo mismo. El conde de Hauenzern, abismado en su propia felicidad, estaba de pie al lado de su señora, sin reparar en los muchos espectadores que le rodeaban con la mayor curiosidad.

—Ella me ama, decia para sí, ella me ama!

Y estrechaba contra su pecho el guante bordado de oro, que aquella le habia dejado tomar.

Al cabo de un cuarto de hora de estar esperando, se presentó la dama de honor.

—Y bien! Ya empezábamos á creer que no volveriais, señorita, y bien, ¿qué noticias nos traeis?

—Verdaderamente, señora, no me atrevo á repetirlas.

Vamos, vuestro mensage es poco cortés segun parece. No importa, yo puedo oirlo todo; no suelo asustarme ni aun de los oráculos. Hablad.

—Pues bien, señora, hé aqui las mismas palabras del solitario:

«Decid á Sibila que hoy no quiero recibirla, porque no podria responder á sus preguntas; pero que dentro de un mes, tal dia como hoy y á la misma hora, que vuelva; entonces la diré cuanto desea saber. Hasta entonces no cesaré de rogar por ella.»

Turbóse un poco la princesa al oir esta respuesta; pero reflexionando un momento, volvió sus ojos como involuntariamente hácia el conde de Hauenzern. Todos la miraban en silencio; nunca se habia presentado tan deseosa de agradar.

—Dentro de un mes! repitió en voz baja y muy despacio; dentro de un mes? oh! yo volveré.

II.

Habia pasado un mes despues de la visita de la Margrave á aquel castillo arruinado, y volvemos á encontrar al conde de Hauenzern al lado de la Sibila y en el mismo sitio; pero ya le vemos triste, ya no está tímido y encogido, ya no es aquel amante apasionado: siente un frio glacial. Habia visto realizarse todas sus esperanzas, y habia llegado tambien á conocer que sus esperanzas no eran mas que quimeras.

Pero esto no sucedia á la Margrave, que para cautivarle redoblaba todos sus alhagos, se valia de todos sus atractivos, y de tal manera eran seductoras sus conjeturas, que al cabo el jóven conde concluyó por ceder otra vez, olvidándose de lo que se habia olvidado tantas veces, de que el carácter de Sibila ofrecia muy poca seguridad é indulgencia. Asi, pues, cuando dió la mano á la Margrave para que se apeara del caballo, se encontró su esclavo el mismo que habia jurado tantas veces ser su dueño.

—Señorita de Freyberg, pues que sois vos la que debe servirnos de medianera, os ruego que veais si ese piadoso anacoreta está hoy en ánimo de concedernos una audiencia.

La señorita de Freyberg apenas habia entrado en el castillo cuando encontró al hermitaño que la salia al encuentro. Se presentó á la puerta, é hizo una seña á la princesa para que le siguiera. Esta obedeció casi maquinalmente, y volviéndose hácia los demas:

—No puedo decidirme á entrar sola en esta caverna, dijo sonriéndose. Acompañadme, conde de Hauenzern; creo que se me permitirá esta pequeña distincion.

El conde no dió lugar á que se lo dije-

ran dos veces, y se fue con ellos. El buen padre caminaba delante, y les servia de guia por entre aquellos escombros que conocia perfectamente. Entraron en una habitacion algo mejor conservada que las demas. Una estera, un banquillo de madera y un crucifijo eran todos sus muebles.

Aunque este es el menage ordinario de los cenobitas, llamó la atencion de la princesa una singularidad que presentaba la habitacion; en frente de la ventana habia un gran cuadro tapado; solo se veia el marco, que era de una riqueza poco comun.

El ermitaño sin romper el silencio ofreció el banquillo á la princesa: ella se sentó ligeramente conmovida, y acaso por la primera vez de su vida esperimentó una vivísima curiosidad.

—Señora, vos deseabais hablarme; que es lo que queriais?

—Me figuraba, padre mio, que debiais saberlo, porque vos lo sabeis todo.

—Como puede ser eso, cuando vos misma no lo sabeis?

La princesa se sonrió.

—Conozco toda vuestra vida, señora; la conozco tan bien como vos; y si yo quisiera hablar, os veriais obligada á convenir en ello. Pero esto seria largo, y ademas no os diria nada nuevo. Vos habeis venido para que os diga vuestro porvenir, y procuraré satisfaceros. La vida que llevais solo tiene dos salidas, la penitencia ó la desesperacion: todavia teneis tiempo para elegir. Si buscais á Dios le encontrareis, porque es grande, bueno y misericordioso; todo lo olvida y lo hace olvidar: pero si os separais de él, os abandonará á vuestra conciencia, y entonces, señora, solo os aguardan dias de agitacion y noches sin descanso. Espectros engañosos os presentan sin cesar la imagen de los placeres que han huido de vos; mil bocas embusteras os repiten al oido palabras de amor que ya no debiais escuchar; veis escritos al rededor vuestro los nombres de todos cuantos os han amado, de los que habeis hecho padecer, de los que habeis perdido. Lo que antes parecia una falta ligera, es al presente un crímen; cada recuerdo un pesar; cada pesar un remordimiento. Ya no encontrareis lágrimas que verter, solo gritos de rabia y de desesperacion. Es preciso deciros una espantosa verdad, que es el infierno para las coquetas: ya sois vieja. No hablo de la envidia que os devora, de los temores que os asaltan; el que era para vos un tormento, en la actualidad es un suplicio atroz. Debo repetiroslo, señora, solo Dios puede llenar ese vacio que deja en vuestro corazon la ausencia de vuestros hermosos años: pensad solo en él.

La Margrave se echó á reir.

—Padre mio! no estoy todavia en ese caso.

—Ya lo sé, señora, vos teneis solo treinta años, pero deben contarse como si fueran sesenta: tal es la prisa con que los habeis recorrido.

—No he hecho cosa alguna que no sepa todo el mundo, replicó la princesa con inquietud y mirando al conde.

—Puede ser, señora. Pero no recordais lo que pasó hace siete años en este mismo dia?

—No.

—Muy poca memoria teneis, señora.

Y agarrándola de la mano la llevó hasta la ventana.

—No veis allá bajo el castillo de Rastadt? no os acordareis de haber estado en él la tarde del 10 de Agosto?

—Lo mismo que otra cualquiera; yo por entonces acostumbraba á residir en él.

—Habeis olvidado á una muger jóven?...

—Oh! callad! callad!

—Horrible cosa para quien no detiene su vista sino en las flores! Pues bien! ¿se os figura que no pensareis en ella luego que se marchiten esas flores?

—Cómo sabeis tal cosa? vos sois entonces un verdadero adivino.

La capucha del ermitaño tapaba su frente, su larga barba ya canosa encubria la boca; pero sin embargo una amarga sonrisa asomó á sus labios al responder á la Margrave:

—Pues todavia sé otra cosa, señora: sé y conozco vuestro orgullo y vuestra barbarie; sé que os burlais del reposo de los demas; sé que encontrais un placer atroz en destrozar el corazon y la tranquila existencia de otros: deberiais sin embargo no olvidar el castillo de Rastadt y el dia 10 de Agosto.

—Basta ya, padre mio! no abuseis de vuestro santo hábito, y no os metais en la vida de los demas.

El ermitaño la hizo una reverencia.

—Señora, ya volvereis á buscarme: espero veros otra vez antes de mucho. Todo tiene fin.

Durante esta escena el conde permaneció sin hablar ni una sola palabra; escuchaba

con ánsia las predicciones del solitario, y á su pesar penetraron hasta su corazon: volvieron á renacer sus sospechas y su desconfianza. Miró á la princesa, y aquel hermoso rostro le pareció desfigurado por una expresion tan fuerte de odio y de rencor, que le heló el corazon. Todos sus nobles sentimientos se revelaron contra aquel amor, que no habia sido en él mas que un capricho, segun la prontitud con que habia desaparecido. Acercóse á la ventana para ver tambien el castillo de Rastadt, cuyo recuerdo habia afectado tan cruelmente á la Margrave, y sus miradas se fijaron en una jóven que paseaba sola al pie de aquellas ruinas. Esta jóven era la señorita de Freyberg. Nunca le habia parecido tan hermosa, nunca el carácter angelical de su belleza le habia hecho tanta impresion. La pobre jóven no le veia, no sospechaba siquiera que la estuviera mirando, porque hacia mucho tiempo que él no procuraba verla y ella lo sabia.

La Margrave le llamó, y el conde no la oyó.

—Estais muy distraido, señor de Hauenzern, le dijo con una sonrisa fingida. En qué estais pensando? No quereis seguirme! es preciso no abusar de los momentos de este santo varon.

—Señora, todos están á vuestra disposicion; ya os he dicho que volvereis á buscarme, y siempre me encontrareis dispuesto á recibiros.

La princesa volvió á montar á caballo y con su comitiva tomó el camino de Baden. El conde iba á su lado guardando un profundo silencio.

—Este loco nos ha puesto tristes, mi querido conde; esta tarde vamos á bailar en la Favorita; quiero improvisar un baile. Os parece bien?

—¿Podriais señora adivinar lo que hay detras de aquella cortina en la habitacion del ermitaño?

—Qué sé yo? alguna querida que habrá engañado tal vez. Habrá muerto de cualquier enfermedad y ese imbécil se figurará que ha sido el amor la causa de su muerte. Sois todos tan presuntuosos! Pero qué nos importa? Hablemos del baile: será con disfraces? Solo nos hemos puesto una vez nuestros trages romanos, y podremos muy bien volverlos á llevar.

El conde no interrumpia su silencio.

—No os gusta eso? pues bien; ¿qué direis de una fiesta veneciana, con góndolas en el gran estanque y en el rio? y de noche, con antorchas estará muy lindo.

—Como gusteis, señora.

—O si quereis será otra corrida de caballos como la última, en que os llevasteis todas las coronas de premio. Yo soy tan dichosa cuando adorno con ellas vuestra frente! y os sienta tambien la modestia!

—Mas valdrá que vayamos al castillo de Rastadt.

—Con que habeis tomado con seriedad las estravagancias de ese hombre? Yo he querido permitirle hacer su papel de inspirado como le ha parecido; pero no ha dicho ni una palabra de verdad.

—Sin embargo, señora, os quedásteis muy pálida.

—Es porque tenia frio en aquellos sitios tan antiguos y deshabitados. Pero, señor visionario, preciso es dejar á un lado esas quimeras y buscar una diversion para esta tarde. La corte es ya cosa muy monotona, siempre se hace lo mismo.

A pesar de todos los esfuerzos de Sibila, el conde continuó pensativo. Al llegar á la Favorita se retiró á su cuarto, y se escusó de presentarse en la concurrencia de aquella tarde, diciendo que estaba enfermo.

A la mañana siguiente muy temprano, pidió los caballos para dar un paseo, esperando que el ejercicio y el aire libre le probasen bien. No habia dormido nada durante aquella noche. Presentábanse á su espíritu todas las dificultades de su posicion. Era preciso reconocer que no amaba á la princesa, ó por mejor decir, que no la habia realmente amado. Conocia que su poderoso atractivo le habia arrastrado por algun tiempo, pero que su corazon no habia dejado de pertenecer á la compañera de su infancia. Y sin embargo le era imposible volver á su primer amor sin esponerse á la venganza de una muger tan orgullosa, que no podria perdonar á su rival. Hasta entonces la Margrave, por su misma inconstancia, no habia sufrido la humillacion de verse abandonada de sus amantes. Una sola pasion, segun se decia, habia conocido su corazon, y el objeto de su amor habia desaparecido despues de un acontecimiento funesto. Hablábase en secreto y con la mayor reserva de esta historia, y el conde no sabia sus pormenores; pero el conocimiento que tenia del carácter de la Sibila, le hacia suponer posibles las desgracias mas inauditas.

Si llegase á tener celos, decia para sí, seria capaz de todo; y ¿qué seria de mi pobre corderilla si cayese en las garras de esta tigre?



Andaba sin direccion y á merced de su caballo, entregado enteramente á sus meditaciones, y sin hacer caso del hermoso paisage que tenia á la vista, ni mirar siquiera á los aldeanos que se encontraba, cuando le sacó de ellas una voz bastante conocida. Era la de un pariente de la señorita de Freyberg.

—A donde bueno, señor conde? le preguntó:

Miróle el conde y al alzar la vista se encontró al mismo tiempo cerca de Eberstein.

He salido á dar un paseo le contestó, sin direccion fija, pero puesto que me hallo cerca de estas ruinas voy á visitarlas. Y vos, qué haceis en estos sitios?

—He venido acompañando á la señorita de Freyberg.

—Pues donde se halla?

—En las ruinas.

El conde no aguardó á mas, y espoleando su caballo llegó en breve á las ruinas. Echó pie á tierra, se metió entre ellas, y continuó hasta el gran patio; quedando sorprendido y echando á temblar al reparar que delante de él se encontraba la señorita de Freyberg cogiendo un ramito de flores silvestres. Ella no le habia visto, y se detuvo el conde dudando si se retiraria; pero no tuvo valor para hacerlo.

—Habeis salido muy temprano, Baronesa.

La jóven al oirle se estremeció y dejó caer las flores de la mano.

—Y vos, señor, me parece que habeis hecho lo mismo: no estábais ayer enfermo?

—No me acuerdo. Los males del dia presente nos hacen olvidar los del anterior. Pero para quien recogíais esas flores?

—Para la Virgen, señor conde, para la capilla de *Klingen*. Y á ella voy todos los dias á rezar, porque es la protectora de todos los afligidos.

—Y podria yo acompañaros hoy, Wilhelmina?

—Si quereis ir tambien, la Virgen acoge á todo el mundo.

Salieron del castillo; el conde agarró la

brida de su caballo con la mano izquierda y ofreció el otro brazo á la jóven, que lo tomó temblando.

—Teneis mucha devocion á esa capilla? dijo M. de Hauenzern despues de unos momentos de silencio, mientras que bajaban por el camino que conduce á la *Mourq.*

—Si señor, la tengo porque la Virgen tiene un semblante tan compasivo, y yo desahogo con ella mis penas.

—Vos teneis penas, Wilhelmina?

La pobre jóven calló, y bajó los ojos.

—No teneis ya confianza en mí? os habeis olvidado de nuestra infancia?

—No he olvidado nada, no señor; y por eso sufro y lloro.

—Ni yo tampoco, Wilhelmina.

A la baronesa se le encendió el rostro de alegria. Llegaban entonces á la capilla, el conde ató su caballo á un tronco, por haber dejado en Eberstein el lacayo, y tomando el ramo de las manos de su prometida, entró el primero en el oratorio, donde no habia persona alguna. Un rayo de sol penetraba hasta el altar é iluminaba la imágen como si fuera una corona. El corazon del jóven conde latia entonces con violencia: pareciale que recobraba todo su valor para hacerse dueño de su porvenir, y que iba á encontrar pronto su verdadera felicidad.

—Wilhelmina, la dijo con voz baja y temblando, ¿quereis perdonarme y recibir aqui mi juramento de consagraros toda mi existencia?

—Si lo quiero! la Virgen sabe que en estos últimos seis meses no la he pedido otra cosa.

En aquel momento, el viento movió las hojas de los árboles, y el rayo de sol que penetraba por los vidrios azules y encarnados de la ventana é iluminaba la imágen, se movia tambien, y parecia que el niño Jesus alargaba sus brazos.

—Veis, veis, exclamó la jóven, nos ha dado su bendicion.

—Al decir estas mismas palabras se abrió la puerta, y se presentó en ella la Margrave.

III.

Hemos dejado á M. de Hauenzern y á la señorita de Freyberg en una situacion bien crítica. Acababan de ser sorprendidos por la Margrave: el temor que sobrecogió á la doncella solo podia compararse á la altivez é ironía de la princesa.

—Verdaderamente es este un cuadro admirable, y me es muy sensible, señor conde, haber interrumpido vuestras diversiones campestres é inocentes; tuve tambien el capricho, como vos y como esta señorita, de correr por los campos como una aventurera, y la casualidad me ha sido menos favorable; me he estraviado.

El conde recobró algun tanto su serenidad.

—Si vos quereis, señora, respondió Hauenzern, enviaré á la Favorita á Baden en busca de una carroza, y tendré el honor de acompañaros.

—Os lo agradezco mucho, señor conde; eso seria tomaros ya mucha molestia. Mis criados, como los vuestros, se han quedado allá arriba, y yo voy tambien á rezar mis devociones.

La baronesa no se habia atrevido á levantar los ojos del suelo; y viendo que Sibila manifestaba deseo de quedarse todavia en aquel sitio por algunos instantes, la hizo una reverencia, y se retiró.

—Un momento, señorita de Freyberg ¿creeis que la camarera mayor debe ignorar vuestros paseos de la mañana, y los encuentros que os proporciona la *casualidad?* La dignidad de mi casa exige que yo la haga las prevenciones que corresponden, para que en lo sucesivo vigile la conducta de mis damas de honor.

El conde, tomando entonces la palabra con toda la calma y sangre fria de un hombre que tiene ya tomada una resolucion irrevocable, la contestó.

—Perdonad, señora; pero la camarera mayor no tiene nada que hacer en este asunto. Yo os juro por mi honor que la baronesa de Freyberg está pura é inocente. Segun vos misma acabais de decir, la casualidad sola nos ha reunido.

—Ya conozco yo, señor conde, estas casualidades, y las doy todo el valor que merecen.

—Si S. A. pone en duda la palabra de un hombre de honor, la palabra del futuro de la baronesa, nada me resta que hacer sino retirarme de aqui, y rogaros que admitais mi dimision.

—Sois muy ligero, señor conde, para manifestar tan pronto vuestras quejas; por fortuna vuestros amigos no lo son tanto para escucharlas. Ya hablaremos de esto en

otra ocasion, y mientras tanto, dadme la mano para subir á Eberstein: ya me contareis este proyectado y dichoso enlace que ignoraba, y al que no falta, segun parece, otra cosa que mi firma.

Y sin mirar siquiera á Wilhelmina, la princesa salió de la capilla, apoyada en el brazo de su chambelan. Cuando hubieron andado algunos pasos, la Margrave haciendo un esfuerzo para ocultar su emocion, preguntó á Hauenzern si hablaba con seriedad respecto de aquel casamiento.

—Si señora, muy sériamente, y me proponia hoy mismo pedir á V. A. el permiso para verificarlo.

—Cómo!

—Si señora; es preciso que me oigais, y esta ocasion es mas favorable que ninguna otra. Voy á hablaros francamente. Señora, habia desconocido mi corazon, pero ahora no puedo dudar del sentimiento que le ha dominado. He vivido engañado seis meses, creyendo que os amaba, pero hoy.....

—Vamos, acabad.

—Hoy, señora, la bella y pura imágen de mi primer amor se presenta delante de mis ojos.

—Oh! esa revelacion trasciende á terneza desde cien leguas: os agradezco infinito vuestra confianza.

—En efecto, señora, la confianza es la que me mueve á hablaros asi, mi sentimiento el que me impele á confesaros mis yerros por muy grandes que sean. Mas quiero que me acuseis de ceguedad que de ser infiel. Vuestra alma es muy elevada y generosa, y sabreis perdonarme un error: acaso no seriais tan indulgente para disimular una traicion.

—Señor conde, no me conoceis, no sabeis aun cuales son mis pasiones. Tal vez os habeis figurado que yo no os amaba. Dios mio! Como os podiais engañar de esta manera?

Hauenzern sorprendido con semejante contestacion enmudeció. Clavó en él sus ojos la princesa, y soltándose de su brazo con aire resuelto y enojado, esclamó:

—Ah! esto es humillarme demasiado. Volved á palacio, y esperad en él mis órdenes.

Luego que la Margrave volvió á palacio se dieron todas las órdenes para un gran baile, y nunca la corte se reunió con tanta presteza: tampoco se habia manifestado jamas la princesa tan deseosa de divertirse. No llamó ni una sola vez al conde, pero le hizo saber sus órdenes, mandándole que se encontrase en la funcion, previniendo igualmente á la camarera mayor que condugese al baile á la señorita de Freyberg.

Los dos amantes no se atrevieron á buscarse por el temor de ser vistos; pero cuando se encontraron en el salon antes de la llegada de la Margrave, no estando de servicio ni uno ni otro en aquel dia, no pudieron menos de decirse algunas palabras sobre la inquietud y embarazo de su situacion.

La Margrave llegó tarde. Se habia engalanado de un modo que deslumbraba, apareciendo mas bella y magestuosa que nunca. Pero un fondo de tristeza se descubria en sus facciones animadas casi siempre por la alegria. Buscó con la vista á M. Hauenzern, y al verle no pudo menos de encendérsele el rostro.

El maestro de ceremonias vino á recibir sus órdenes para empezar el baile: la Margrave titubeó un instante, pero al fin designó al conde para bailar con él. Tomó aquel respetuosamente su mano, ocuparon ambos su lugar y dieron principio al baile. Luego que concluyeron, en vez de volver respectivamente á su sitio, la Margrave llevó á M. Hauenzern hácia un balcon abierto. Nadie los siguió: ella se apoyó en el brazo de él, y en voz muy baja que apenas se la oia le dijo:

—Gustavo, he reunido esta noche á toda la corte para ejecutar lo que os anuncié por la mañana, para echar ignominiosamente de mi palacio y vilipendiar delante de todos á aquella que preferís á mí, en una palabra para vengarme. Pero no he tenido bastante resolucion: es para mi muy cruel aflijiros de este modo; sin embargo, su suerte está todavia en mis manos. Renunciad á ella, juradmelo, y la colmaré de favores y de distinciones.

—Señora, vos sabeis muy bien, que yo nada prometo que no pueda cumplir.

—Pero esto es atroz! es horrible! con que no me amais ya! Amais á esa jóven, que no os ama mas que yo; si, os lo repito conde, yo os amo. Vuestra conducta os debe hacer temblar; yo no he tenido mas que otro amor antes del vuestro, y su fin ha sido terrible. Mirad bien lo que haceis! sí, miradlo bien!

Al decir esto la princesa arrancaba maquinalmente, una despues de otra, todas

las ramas de un rosal, y sin sentirlo, las espinas ensangrentaban sus dedos. Apenas podia reprimir la profunda y violenta emocion que sufria, y era necesario un corazon de piedra para presenciar esta horrenda lucha sin conmoverse.

El conde tomó una de sus manos y la besó. La Margrave levantó los ojos y la miró sin poder hablar.

—Calmaos, Sibila, yo os lo suplico, no dudeis de mi cariño, de mi rendimiento, de mi respeto; me despedazais el corazon al veros de ese modo.

—Renunciareis á ella? le dijo Sibila con voz apagada y medio muerta.

Y su agitacion iba en aumento, tanto que la camarera, advirtiendo sobre esto algunos cuchicheos en el salon, se resolvió á aproximarse al balcon, y haciendo una seña al conde, le suplicó que preguntase á la Margrave si se despediria la corte. Oyó Sibila la pregunta, y enjugando prontamente las lágrimas que bañaban su rostro, se adelantó hasta la puerta, y ocultándose detras de las colgaduras, con voz firme é inteligible dijo:

—Condesa, me siento indispuesta, y me retiro á mi habitacion. Sin embargo de esto el baile puede continuar: volveré si me sintiese mejor.

Y sin añadir mas palabra, ni mirar al conde, se dirigió á su dormitorio. En seguida concluyó el baile. El conde pasó toda la noche en la antecámara en compañia de la camarera; pero acabó aquella sin que S. A. les comunicase órden ninguna.

Al hacerse de dia, una de las criadas del cuarto se presentó á anunciarles que la Margrave habia pedido un coche particular, lacayos sin librea, y que iba á salir sola sin que la acompañase ni aun la dama de honor. La camarera levantó los ojos al cielo al oir semejante capricho tan contrario á la etiqueta; y el conde inquieto con este nuevo misterio, se resolvió montar á caballo, y si le era posible seguir los pasos de Sibila. Bien pronto oyó el ruido del carruage. Salió detrás y le alcanzó, conservándose siempre á una distancia suficiente para no perderla de vista, ni poder ser descubierto. La Margrave se dirigió al antiguo castillo; y como el camino no permitia llegar hasta las ruinas sino á pie ó á caballo, se bajó del coche y continuó á pie aquella subida escarpada, sola, sin ayuda de nadie, sin poderse apenas sostener y vacilando á cada paso. Dudó el conde si se adelantaria á ofrecerla su mano, pero el temor de desagradarla y aun de provocar su furor, le hizo quedar atrás.

El sol iluminaba las cimas de todas las montañas cuando Sibila llamaba á la puerta del ermitaño. Al verle no pudo menos de estremecerse.

—Bien conocia yo, señora, que os volveria á ver. Entrad y tened confianza. Dios es bueno!

La princesa se dejó caer sobre el banquillo, despedazada el alma y casi sin aliento.

—Teneis razon, padre mio, aqui estoy ya. Vengo á vuestro lado, porque me temo á mí misma. Socorredme, sostenedme por Dios. Vos que sabeis bien todo lo pasado, añadió estendiendo sus brazos hácia el castillo de Rastadt, libradme de otra desgracia semejante, porque es muy fuerte la tentacion, y yo sucumbiria sin remedio.

—Dios mio! esclamó el ermitaño, estais en ese caso? Con que amais á otro hombre como amábais algun dia al baron de Spilz? teneis tambien otra rival que llevar al sepulcro? Vuestra alma es capaz por dos veces de una pasion semejante?

—Si, padre mio, si; yo amo á un hombre como amé algun dia al baron de Spilz; yo le amo mil veces mas, porque mis pasiones son todavia mas violentas. Yo le amo con ese segundo amor que solo se esperimenta en la fuerza y vigor de nuestra edad, y que comparado con el primero es lo mismo que el fruto respecto de la flor; le amo con toda la efusion, con todo el encanto de mis sentidos, no como una niña que conoce por primera vez la felicidad. Oh! no, esta es una pasion terrible, es la alegria de contar unas sensaciones que creia perdidas; es el reconocimiento hácia la persona de quien se recibe la felicidad; es la vida; es el cielo! Y bien! este hombre lo mismo que el baron de Spilz me presenta una rival. Y ya veis, padre mio, cuanto mas amo yo á este Hauenzern que al baron de Spilz. Ayer he reunido toda mi corte para deshonrar á esa muger á la vista de todo el mundo, para echarla ignominiosamente de mi palacio; no he tenido bastante resolucion para hacerlo; he temido afligirle, si señor, no lo he hecho temiendo su odio.

El hermitaño la miraba en el mas profundo silencio.

—He aqui lo que es el amor, dijo en voz baja y solo para sí. ¡Olvidado!

Domingo 2 de Julio.

—Lo que no he hecho ayer, os lo debo decir, padre mio; lo que no he hecho ayer, ofuscada y en el arrebato de los celos, lo podria hacer mañana. Yo no puedo ser siempre dueña de mí misma; y vengo á pediros un consejo, una salva-guardia.

—Solo hay una para vos; Dios y el arrepentimiento. Escuchad, Sibila, ó por mejor decir, miradme. Me conoceis?

Se levantó la capucha y manifestó á la princesa un rostro ya marchito, y los restos de una hermosa fisonomia. Sus cabellos enteramente blancos, su frente calva, parecian mas bien el resultado del dolor que la consecuencia natural de los años.

—Dios mio! esclamó Sibila, Enrique Spilz!!

—Si, Enrique Spilz! el que habeis olvidado tan completamente como si nunca hubiera existido; Enrique que tanto os amaba: Enrique, á quien habeis conducido á la penitencia por el camino del crímen; ese mismo soy.

—Oh! Providencia! Y es á vos á quien lo he confesado todo, á vos á quien he pedido auxilio y proteccion!!.

—Y Dios lo ha querido asi para castigarnos á los dos. Difícil es la mision que me encarga, pero yo la cumpliré. Sirva mi ejemplo, señora, para iluminaros. Ya os acordais de la noche del 10 de Agosto, en que vinísteis á buscarme al castillo de Rastadt, de que me habiais nombrado gobernador; ya os acordais de como mi muger, mi pobre Wilhelmina, llegó á saber el misterio que con tanto cuidado habia yo procurado ocultar: no habreis olvidado tampoco que su desesperacion la condujo al suicidio, y sin duda estareis viendo todavia como yo, aquel hermoso cadáver, tendido delante de la puerta cuando salisteis para subir á vuestra litera: esos son recuerdos que no se borran jamás. Entonces, huí espantado de aquel crímen, y atormentado cruelmente por los remordimientos. Me separé de vos, pero sin dejar de adoraros, y vos tambien me amábais. Me oculté de todas vuestras pesquisas, me uní al primer ejército que encontré: busqué la muerte, pero la muerte no me queria. Recorrí toda la Europa, sin que el espectro me dejase de perseguir por todas partes, hasta que un dia, muerto de fatiga y desesperacion, caí al pie de una cruz que hallé en un camino: creí morir allí. Rogué á Dios, y recibí consuelo. Desde entonces no he dejado de rogarle, y he encontrado fuerzas para resistir, hasta en la presencia de esta santa víctima, delante de la cual imploro arrodillado mi perdon.

Al pronunciar estas palabras descorrió la cortina que cubria el retrato. Hé aqui, señora, continuó lo que debeis hacer, si no quereis ser insensata ó criminal. Os lo repito, señora, la misericordia de Dios es infinita.

La Margrave que al parecer no le escuchaba, miraba el retrato y decia en voz baja.

—Es verdad; tambien se llamaba Wilhelmina!

En aquel momento volvió maquinalmente la vista hácia el bosque, y descubrió al conde que se escondia detrás de los árboles.

—Oh! Dios mio! ha seguido mis pasos! seria posible que aun me amase?

Y se precipitó hácia la puerta. Pero el ermitaño la asió fuertemente por la mano, y con voz tremenda la dijo:

—Sibila, de aqui no saldreis, sin haberme oido cuanto debo deciros.

La Margrave cedió á la voluntad firme del ermitaño; se sentó otra vez en el banquillo, temblando y resignada: aquella no era ya la soberbia Sibila. El baron de Spilz cerró la ventana, para que nadie pudiera verlos ni escucharlos.

IV.

Aquel dia se habló mucho en la corte sobre lo ocurrido, porque nadie podia esplicar el misterio que encerraba la conducta de la princesa. Habia salido sola, al amanecer; sus criados la habian esperado al pie de la montaña del castillo antiguo, y no habia salido de aquellas ruinas hasta las cinco de la tarde. Añadiase tambien que el conde de Hauenzern se habia quedado fuera, paseando por el bosque, sin que la princesa se hubiera dignado fijar en él su atencion; esto anunciaba claramente su desgracia, aunque las conjeturas mas fundadas no podian explicar el motivo ni adivinar quién llegaria á reemplazarle. La Margrave, despues de regresar á palacio, se habia encerrado en su habitacion, quejándose de estar enferma, y sin querer recibir absolutamente á nadie. Se dieron las órdenes mas severas para que ninguno de los que se hallaban de servicio pudiese entrar, escepto la doncella favorita.

A la mañana siguiente la Margrave mandó llamar al intendente del palacio á quien esplicó el plan de un edificio muy singular, cuyo uso ocultó, que habia de construirse en frente del palacio, al fin de la pradera.

Entonces cambió enteramente la escena; el asombro, la confusion de los cortesanos no tenian límites. No podeis imaginar actualmente, y sobre todo en Francia donde no se tiene idea de lo que es un Rey, no podeis imaginaros lo que es una corte que ha perdido la huella de la voluntad de su soberano. Sobre todo en Alemania, en este pais compuesto de una multitud de pequeños estados que tienen todos las pretensiones de ser reynos, que tienen celos unos de otros, y que disputan sobre cumplir mejor una formalidad de etiqueta, aquel suceso era bastante motivo para volver locos á todos los señores. La Margrave por la vez primera de su vida guardaba tan misteriosa reserva. Autorizó plenamente á su primer ministro, hombre concienzudo y honrado, para el despacho de los negocios, manifestándole que hallándose muy enferma y no pudiéndose ocupar desde entonces de los cuidados de la regencia, le confiaba su direccion hasta la mayor edad de su hijo, que solo debia tardar algunos meses. Desde entonces ya no se volvió á hablar ni de fiestas, ni de amantes, ni de lujo. Como no hizo llamar á ningun sacerdote, esto daba á entender que la causa de tan estraña conducta no podia ser la devocion. El conde de Hauenzern conservaba su plaza; por consiguiente tampoco podia haber en ella objeto de venganza. La imposibilidad de penetrar este misterio picaba mas la curiosidad de todos. S. A. salió solo tres veces y de madrugada para examinar por sí misma los trabajos de la obra, pero sin proferir ni una sola palabra. Todos observaron únicamente que estaba pálida, y que apenas podia sostenerse en pie.

El conde intentó verla, lo solicitó por escrito, pero todo fue inútil. Con este motivo se impuso tambien la obligacion de no ver á la señorita de Freyberg mientras que durase la reclusion de la princesa; y ya por delicadeza, ya por temor á las consecuencias guardó fielmente su propósito. Su posicion era cada dia mas falsa, sin saber la conducta que debia observar. ¿Estaba verdaderamente en desgracia ó aquello era no mas que un capricho? La Margrave le miraba aun como á su amante? Nadie podia decirlo, y esto hacia imposible tomar una resolucion acertada. Los cortesanos mas diestros sellaron sus lábios y algunos se dieron por enfermos y se retiraron del palacio.

La señorita de Freyberg por su parte se retiró á vivir con su familia. La pobre niña, tan pura é inocente, y que sin embargo tanto habia sufrido, padecia cuanto no es decible en el estado de incertidumbre en que se hallaba. Conocia la lamentable historia del



baron Spiltz, que él mismo le habia entregado manuscrita, tan luego como supo los nuevos amores de la Margrave con el conde de Huenzern; y Wilhelmina, en la soledad de su lujoso aposento, del que apenas salia, devoraba aquellas páginas: el conocimiento que

en ellas tomaba del carácter de la Margrave le causa crueles temores. A cada momento se le figuraba ver llegar algun mensagero con la funesta noticia de la muerte de su prometido. Veia á este espuesto á mil peligros por su amor; y hasta ella misma no se conceptuaba segura de no ser víctima de los terribles celos de Sibila.

Acercábase entretanto la mayor edad del príncipe, y se acabó de construir el misterioso edificio; pero sus puertas continuaban cerradas; no se veia llevar ningun mueble, y por fin nada se podia traslucir acerca de su objeto. Entonces, cuando menos se esperaba, cuando se empezaba ya á desconfiar de ver restablecida la corte de Baden, se comunicaron de repente las órdenes para una gran funcion.

—Por fin ya despierta la leona, esclamó la camera mayor, va otra vez á ocupar su trono y empuñar el cetro. S. A. la Margrave quiere que esta funcion sobrepuje á todas las demas; manda que los trages sean mil veces mas brillantes que nunca. Me ha comunicado sus órdenes para organizar las cuadrillas de comparsa, para llamar á la corte á las damas de honor que están ausentes, y particularmente á la señorita de Freyberg, y he sabido que ha mandado hacerse un vestido de sultana, en el cual han de ponerse todos sus brillantes. Esto será magnífico.

—Y habeis visto á la princesa? preguntó el conde de Hauenzern, que se hallaba presente al referir aquel programa.

—Oh! no señor. La Margrave me ha enviado sus órdenes por escrito; yo no he tenido el honor de ser admitido á su presencia. En fin, esto va á concluir muy luego: por lo demas el baile debe verificarse el dia del cumpleaños del príncipe, en celebridad de haber llegado á su mayor edad.

Desde aquel momento no hubo en todo el margraviato ni un solo viviente que no se pusiera en movimiento; los preparativos de aquella solemne funcion, el objeto que tenia el pabellon del parque, el retiro en que vivia Sibila, la desgracia del conde, todo sirvió de motivo á la conversacion de la Alemania desde el nacimiento del Rhin hasta su desembocadura; todos los príncipes dirigieron sus miradas hácia Baden, los Margraves y los palatinos solicitaron el convite; hasta en Versalles se habló algo de aquel suceso.

Pero volvamos á la Margrave y á lo que pasaba en Baden, donde ni se comia, ni se dormia, ni se sosegaba, y mucho mas cuando la víspera del baile casi todas las personas de la corte recibieron de parte de S. A. un trage completo, perfectamente escogido, y acomodado al carácter, á la fisonomía y á los hábitos de cada uno. A la señorita de Freyberg la dieron un largo velo y la ropa talar de una señora de un castillo aleman del siglo XV; y al conde un trage de caballero teutónico, de la época de las guerras de las cruzadas. Apenas se hubieron abierto los salones, cuando se llenaron enteramente por la concurrencia. Mirábanse unos á otros, se hacian mil cumplimientos, y sobre todo, se dirigian mil preguntas, por que hacia ya cerca de tres meses que la última funcion, bruscamente interrumpida, habia dispersado aquella pequeña corte. Desde entonces apenas se habia vuelto á ver y tenian mucho que saber y adivinar.

El trage de M. de Hauenzern realzaba notablemente su hermosura, cosa que fue notada; porque los cortesanos de todo sacan consecuencias.

—Hé aqui al conde de Hauenzern vestido de cruzado, decian, y como S. A. la Margrave lo está de sultana, ciertamente no son del mismo partido. De otro modo le hubiera difrazado de Soliman, puesto que ella se viste de Rojana.

El conde muy inquieto por las consecuencias de todo esto, y sin acertar á penetrar los designios de Sibila, saludó únicamente de lejos á la señorita de Freyberg, y esperó con impaciencia la llegada de la soberana. Por fin presentóse esta, tan bella que deslumbraba, rodeada de una numerosa comitiva, y tan cargada de pedreria, que ofuscaba la vista. Al aspecto del conde se turbó; sin embargo, le hizo con la cabeza un saludo con afabilidad, en cambio de una profunda reverencia que él la habia dirigido.

—Señoras, dijo la Margrave, desde hoy en adelante ya no bailaré mas: corresponde abrir el baile al Margrave, soberano ya sin tutela desde hace algunas horas. Elegirá la pareja que mas le agrade. Esta funcion es una especie de territorio neutral entre las dos edades de su vida; puede dispensarse de la etiqueta, mandándola hoy para obedecerla mañana.

El jóven príncipe dejó su asiento, y con mucha gracia dió una vuelta á todo el círculo de señoras que estaban sentadas y en número limitado: nada es mas severo que la

nobleza alemana respecto de sus preeminencias. Las damas se pusieron de pie, y esperaron, como todos los demas, la fineza y distincion de aquel jóven príncipe. Manifestose perplejo y embarazado en la representacion de su papel y en la eleccion de su pareja. Por fin, alargando su mano á la señorita de Freyberg la llevó hasta la mitad de la sala, y dió principio al baile.

El conde no creia lo que estaban viendo sus ojos. No porque no le pareciese Wilhelmina muy digna por su hermosura de merecer el honor que se la habia dispensado, sino porque el odio de la Margrave le hacia temer, que bajo semejante distincion se ocultase algun lazo y designio grave y trascendental.

Aquel dia se mostró la Margrave mas amable que nunca, mas afectuosa que lo habia estado en toda su vida. No quiso bailar, pero animaba á hacerlo á todos los demas, elogiaba á todo el mundo, y distribuia por todas partes la sonrisa y el agrado: en una palabra, era la muger mas seductora de todas las presentes y la mas adorable princesa. Volvia sus ojos frecuentemente hácia el relox, y cuando este dió las once y media se levantó, llamó al conde de Hauenzern, que estaba hablando con una dama de honor á pocos pasos de ella, y apoyando su brazo sobre el de aquel, lo llevó hácia el balcon, testigo de su última entrevista.

—Conde de Hauenzern, esta noche van á suceder cosas que estais muy lejos de esperar. Deseaba hablaros por la última vez: estad tranquilo, añadió con amarga sonrisa, estad tranquilo, porque esta será la última vez. Sois el único hombre de este mundo á quien quisiera dejar un recuerdo, el único que verdaderamente me ha conocido, el único á quien yo he amado realmente. Este amor ha hecho pedazos toda mi existencia, ha destruido todo mi porvenir. Si no hubiérais cambiado, es decir, *si no os hubierais engañado*, este amor era bastante grande para decidirme á todos los sacrificios, hasta el de mi rango. Desde hoy le renuncio con mi abdicacion, desde hoy pasaré á las manos de mi hijo la herencia de su padre, y esta noche voy á declararlo asi en presencia de toda la corte. Cuando el relox señale la hora de las doce, sereis conducido al edificio que he hecho construir, y en él se fijarán vuestra suerte y la mia de un modo irrevocable. Cualquier cosa que suceda, no olvideis jamas, que os he querido bien. Conservadme siquiera en vuestra memoria; he sufrido mucho y me he hecho una gran violencia! Dios lo sabe y mi corazon. Entrad, ya no nos volveremos á ver sino delante de nuestro juez: allí se encontrarán una joven y un esposo, y todos dirigiremos al cielo nuestros ruegos! no me respondais, obedeced las órdenes que recibais, y tened confianza en mí.

Entonces agarró con la mayor viveza la cabeza del jóven con ambas manos, la acercó á sus labios é imprimió en ella un beso: al retirarse el conde sintió una lágrima que le corria por la mejilla. Esta lágrima era la primera que habia derramado la altiva Sibila.

Al dar las doce, el maestro de ceremonias se acercó al jóven Margrave, y le dijo en voz alta:

—Señor, S. A. la Margrave Sibila, vuestra augusta madre, me ha ordenado venir á buscaros y conduciros con toda la corte á un lugar que me ha designado. Si V. A. lo quiere, estoy pronto á ejecutar las órdenes que he recibido.

Y entonces, inclinándose profundamente, esperó la respuesta del príncipe, quien persuadido de que se trataba de alguna nueva diversion, consintió alegremente en lo que su madre le prescribia. Bajaron todos la escalera, y bien pronto se encontraron en el parque. Brillaba la luna como si hubiera sido convidada á la funcion. Se oian por todos lados las risas mal comprimidas por el respeto. Aquel tropel vestido de tantos y tan variados colores, ó iluminado de un modo estraño y singular por las hachas que llevaban los lacayos, y los faroles suspendidos de las ramas, ofrecia un espectáculo inesperado y caprichoso. Asi se dirigieron hácia el pabellon: la curiosidad iba á quedar satisfecha. Las personas que seguian mas de cerca al príncipe, quedaron sorprendidas al ver que el maestro de ceremonias se detenia y llamaba á la puerta, despues de haber dicho algunas palabras á S. A.

Abrióse, por fin, aquella puerta, y un torrente de luz inundó los jardines. Aquel monumento era una capilla; oyéronse cánticos de piedad; los sacerdotes se hallaban en el altar; á los pies del crucifijo una muger en trage de penitente lloraba y dirigía al cielo sus ruegos: todos reconocieron en ella á la Margrave. Al entrar en el santuario el jóven príncipe, cesaron los cánticos,

y la corte entera apiñándose en aquel pequeño espacio, se colocó guardando un profundo silencio. Sibila tomando á su hijo de la mano, se acercó á la balaustrada que la separaba de la concurrencia, y con voz segura y sin la mas ligera emocion les dijo:

—Sabed todos que la Margrave Sibila de Báden, traslada á las manos de su hijo el poder que en su nombre ha ejercido como tutora y regente: sabed que desde hoy en adelante él será vuestro soberano, y que yo ya no soy nada en el mundo. Quiero daros una pública satisfaccion de todos mis errores, quiero pediros perdon del escándalo que os he dado por tantos años, y haceros testigos de la expiacion que me he propuesto. Desde hoy mas este será mi asilo; desde hoy no saldré jamás de este retiro. Desde aquí podré ver el palacio que he construido en mis dias de locura y no volveré á entrar en él. No me creo digna de entrar en ninguna de las comunidades religiosas, porque no me atreveria jamas á mezclarme con las esposas del Señor: yo viviré sola. Las puertas de este oratorio permanecerán siempre abiertas; los habitantes del pais podrán ser testigos de la penitencia que se ha impuesto la que por tanto tiempo los admiraba con su fausto y sus demasias. Pero antes de separarme enteramente del mundo, quiero cumplir un acto de justicia. Yo os ruego, señor, que mandeis al conde de Hauenzern y á la baronesa de Freyberg, que se aproximen al altar. Aprobad, señor, yo os lo suplico, qne reciban en presencia nuestra la bendicion nupcial; yo he sido quien ha retardado esta union, y me toca concluirla.

Al acabar estas palabras, aquella extraordinaria muger volvió á arrodillarse. Despues del desposorio de los dos amantes se hizo cortar el pelo, pronunció sus votos, no iguales á los de las religiosas, y levantándose magestuosamente, como si estuviese sobre las gradas de su trono ducal, despidió á toda la corte con una inclinacion de cabeza. Solamente detuvo un poco al conde para decirle en voz baja:

—He cumplido mi palabra, vais á ser dichosos. Solo tengo una cosa que pediros. Enviadme todos los dias á vuestra esposa por que quiero verla. En cuanto á vos, Gustavo, recibid aquí mi último adios: sobre la tierra todo ha concluido entre nosotros para siempre; no nos volveremos á ver mas que en el cielo. Mientras tanto no olvideis jamás cuanto os he amado!

Sibila cumplió su palabra. Se encerró en esa especie de sepulcro que conoceis, donde todavia se enseña la disciplina y el cilicio de qué usaba: una y otra cosa se conservan manchadas con su propia sangre. Su cama era una tabla, no comia mas que raices, no tenia mas asiento que un taburete de madera. A pesar de esto el suplicio mas cruel en mi concepto debió ser la vista de su rival todos los dias, el hacerla referir todos los permenores de su dicha, el ahondar cada vez mas de esta manera la herida sangrienta de su alma. Otro suplicio igualmente cruel fue para ella el no volver á ver, ni aun á lo lejos, á aquel hombre á quien habia amado hasta el estremo de sacrificarle hasta sus mismos celos; y lo fue, por último, tener incesantemente delante de sus ojos aquellos mismos lugares donde habia vivido tan dichosa, y encontrarse sola tan cerca y tan lejos de cuanto habia amado en el mundo. Los padecimientos morales son mucho mas dolorosos que los del cuerpo. El pesar del alma es un tormento mucho mas cruel que el del verdugo.

Sibila vivió asi muchos años y murió. El baron de Spilz la visitaba con frecuencia para que nada faltase á su espiacion. Wilhelmina era su recuerdo; el baron su remordimiento!

Hé aqui la historia del palacio y de la capilla que teneis á la vista.—*J. S.*



ANIVERSARIO DEL DESCUBRIMIENTO DE LA CONSPIRACION

DE MARINO FALIERO.



El año de gracia de 1354, Venecia entera lloraba á su Dux Andres Dandolo, cuya muerte habia causado un sentimiento universal. Este príncipe no habia sido solamente uno de los hombres mas sabios de su siglo, sino tambien el primero y mejor historiador de su patria, y uno de los amigos mas estimados del inmortal Petrarca; sus cualidades personales le merecieron aun la confianza y la veneracion de sus súbditos, á los cuales habia gobernado sabiamente: sus luces y su ciencia profunda lo habian popularizado hasta en el estrangero.

El consejo de electores habia notado que la sabia administracion del difunto príncipe habia sido mas bien efecto de su prudencia y de la penetracion de su talento que de sus virtudes guerreras; las cuales son algunas veces mas perjudiciales que provechosas á un estado. Buscó pues uno que fuese digno en todos conceptos de reemplazar á Dandolo, y Marino Faliero, no obstante de tener ochenta años de edad, fue elegido por unanimidad. Sus talentos ejercitados largo tiempo en los principales cargos de la república, la actividad de que habia dado pruebas en las embajadas y en el gobierno de las provincias, su atractiva elocuencia y su saber profundo justificaban ampliamente semejante eleccion.

Marino Faliero en el momento de ser elegido se hallaba en Aviñon cerca del Papa Inocencio VI, donde estaba ocupado en concluir un tratado de paz con los embajadores de Génova y los aliados de esta ciudad. Enviole pues el consejo de electores una diputacion de doce patricios, para anunciarle su nombramiento, y servirle de séquito durante su viaje.

Faliero partió al punto, y habiendo llegado á la isla de San Clemente encontró al *Bucentauro* y un gran número de barcas que iban á su encuentro para conducirle á Venecia como en triunfo: su llegada á esta fue el 5 de Octubre del citado año 1354 El dia siguiente fue puesto en posesion de la suprema dignidad en la iglesia de San Marcos, siendo despues coronado en el palacio con aplauso de la muchedumbre.

Los principios de su reynado fueron dichosos. Llegó á restablecer en Venecia la paz esterior, y sus primeras victorias fueron consideradas como un feliz presagio; mas la tempestad debia bien pronto turbar la calma y serenidad de este horizonte.

Con motivo de la fiesta del Carnaval se daba en el palacio ducal un baile á toda la nobleza. Llegada la época de esta fiesta, el nuevo Dux no omitió cosa alguna para celebrarla con suntuosidad. La esposa de este era jóven, hermosa y de talento, é hizo tambien los honores con una esquisita cortesania. Entre los nobles convidados se hallaba un jóven llamado Miguel Steno. Este jóven patricio se permitió con una señorita que amaba apasionadamente, y la que se hallaba tambien en el baile del Dux, ciertas libertades que desagradaron á este último. Considerando Faliero estos desbarros como un ultraje á su persona y á la dignidad del lugar, hizo sacar á Steno del palacio. Se dijo que los escuderos ejecutaron esta ór-

den muy brutalmente, pero sea lo que fuese de esto, Steno, herido en lo vivo á causa de la afrenta pública que acababa de recibir, pasó de la sala del baile á la del trono, y con mano trémula de furor escribió estas sangrientas palabras sobre el asiento mismo del Dux:

La hermosa muger que tienes,
Otra la goza y tú la mantienes.

Estos dos versos no fueron vistos hasta la mañana siguiente, y habiéndolos leido el Dux, se puso lívido de cólera, y ordenó á los *abogadori del comun* buscasen el culpable, y se le castigase severamente.

Miguel Steno fue preso, confesó sin vacilar que estimulado por el deseo de la venganza viéndose ignominiosamente expulsado del festin ducal y á los ojos mismos de la que amaba, habia querido pagar ultraje por ultraje. Lo condenaron pues á dos meses de prision y á un año de destierro.

Considerando la juventud y la inesperiencia de Steno, la fogosidad y el ardor de su pasion se encontrará este castigo muy rigoroso; mas el Dux no pensaba asi, pues queria para el culpable una pena mas severa, y se consideraba como no menos ofendido por la indulgencia de los jueces, que por la infame diatriba de Steno. Desde entonces este anciano, modelo de prudencia y de sabiduria, desplegó un carácter totalmente opuesto; la cólera hizo hervir su sangre y volverle toda la impetuosidad de un jóven; sin embargo, su indignacion no hubiera estallado tan terriblemente sin un nuevo incidente que vino á darle un fuerte impulso.

Un gentil-hombre de la casa de *Barbaro* fue un dia al arsenal para pedir no se sabe qué favor á *Bernucio Isarelo* que era el almirante: habiéndoselo negado este, el patricio, hombre de un caracter violento é irascible, se arrebató hasta el punto de abofetearle. Isarelo se dirigió al Dux para reclamarle justicia de este ultraje; mas este todavia irritado por la débil satisfaccion que habia obtenido, le respondió que no podia hacer nada por un hombre del pueblo, puesto que él siendo Dux no habia podido obtener justicia para sí mismo. Es de creer que Marino quisiese con esta respuesta irritar al almirante contra el gobierno, valiéndose asi del poder de otro para satisfacer su venganza. En efecto, nada era mas apropósito á exitar la rebelion que el ver que los reglamentos y las leyes no tenian ningun valor en las manos de los magistrados. Las palabras de Faliero produjeron todo el efecto que él aguardaba. Ofendido el almirante trató de poner término á la arrogancia de la nobleza, con tal que el Dux quisiese secundarle en sus designios. Lejos de rechazar esta proposicion, le colmó de elogios; preguntó á Isarelo sobre los medios de que podria disponer para la ejecucion, y escuchó con un vivo interes todas sus respuestas. Despidiose en seguida sin tomar determinacion, dejando el proyecto para una ocasion mas favorable.

Animado por la acogida del Dux, Isarelo que por otra parte ardia en deseos de vengar su ofensa, resolvió lavar su afrenta en la sangre de quien lo habia insultado; pero su proyecto no pudo quedar tan oculto que Barbaro no lo llegase á entender. El patricio se retiró á lo mas oculto de su palacio, y escribió al Dux para informarle del riesgo que corria su vida. «Semejante atentado, añadió, si no era contenido, seria un ejemplo funesto para la seguridad de toda la nobleza.

El Dux no podia sin hacerse traicion cerrar los ojos en este asunto; por tanto mandó llamar al almirante, y antes á su cólega, y en presencia de todos los magistrados amonestó severamente á Isarelo, añadiendo que si estaba agraviado contra alguno, debia tener recursos en las sendas ordinarias de la justicia, abiertas á todos. Concluyó por obligarlo á abstenerse de toda violencia culpable, puesto que la república de Venecia no la dejaria ciertamente impune. Isarelo prometió obedecer; mas el Dux conocia bien que esto no era su idea, y que su rencor era mas profundo que nunca. La noche siguiente hizo introducir á Isarelo en su habitacion, donde solo con él se justificó de la severidad que le habia mostrado en el tribunal. En seguida sacó la conversacion sobre el proyecto de sublevacion, é Isarelo desenvolvió su plan con suma elocuencia. Segun él, debian elegirse diez y siete gefes que se colocarian en los diferentes cuarteles, acompañados cada uno de cuarenta hombres ignorantes de lo que iban á hacer hasta el momento decisivo. El dia fijado se tocarian las campanas de S. Márcos, lo cual no se podia hacer sin una órden del Dux. A este sonido inesperado, acudirian hácia la plaza los principales ciudadanos deseosos de saber el motivo, y una vez reunidos los gentiles-hombres en la

plaza los gefes de la rebelion debian asesinarlos y pasarlos á cuchillo. Hecha la narracion de este plan, Isarelo nombró las personas con las cuales creia poder contar con preferencia; estos eran en su mayor parte los hombres que gozaban de una grande influencia entre el pueblo. Entre otros pronunció un nombre que fue bastante á decidir al Dux á tomar parte en la conjuracion, y de la cual aguardaba un feliz éxito desde el momento en que *Felipe Calendario* entraba en ella. Era este á la vez arquitecto y escultor, y tenia bajo sus órdenes un ejército completo de operarios hábiles y robustos. Ademas del mucho trabajo que tenia emprendido por cuenta de particulares, habia sido encargado por el gobierno de la construccion del nuevo palacio ducal, pues este hombre era de un talento distinguido y gozaba de una reputacion bien merecida. En efecto, qué ingenio no se necesitaba para sentar sobre un suelo tan frágil como el de Venecia los cimientos de un edificio tan vasto! ¡Qué valentia de imaginacion para levantar el coloso sobre columnas esbeltas! Su lealtad le habia hecho estimar de sus conciudadanos, su justicia le hacia amar de sus operarios, y el Dux tenia razon en contar con semejante auxiliar. En fin, Isarelo no tardó en demostrar al Dux que el efecto de su plan era seguro, y se hizo cargo de llevarlo á cabo. La conferencia se prolongó hasta la mañana siguiente, y separándose el Dux é Isarelo se juraron mutuamente discrecion y fidelidad.

Durante las noches siguientes reuníanse con otros conjurados, y sin embargo que el número de estos iba aumentándose cada dia, nada llegó á traslucirse, y nadie pudo sospechar el objeto de estas reuniones. En fin, cuando todo esto estaba dispuesto conforme al proyecto de Isarelo, señalose para su ejecucion la mañana del 15 de Abril.

Antes de empezar el relato de esta conjuracion es indispensable hacer conocer al lector una particularidad propia de las costumbres venecianas, que hizo un gran papel en esta circunstancia.

Desde tiempo inmemorial cada patricio tenia en Venecia uno ó dos ciudadanos de quienes se titulaba protector. Estábanle estos consagrados en cuerpo y alma, y se gloriaban de ser llamados sus *creature ó amorevoli* (sus hechuras ó apasionados). De ambas partes se prodigaban todos los socorros de que podian disponer. Esto era un cambio recíproco de buenos servicios entre el Señor y sus *amorevoli*. La historia antigua nos da á la verdad algunos ejemplos de estas uniones, pero siendo estos mas limitados estan muy lejos de tener la sencillez de la costumbre veneciana. Los *amantes* de la Grecia eran jóvenes de igual condicion, y sus deberes no se extendian mas allá de su falange. Ademas estas clases de intimidades no tardaron en degenerar y ser marcadas de un modo vergonzoso por la historia. Rómulo en su constitucion quiso que cada patricio se hiciese el *protector* de un hombre del pueblo. Este legislador de una ciudad de bandidos, habia comprendido admirablemente que el patriciado dejaria de existir si no cuidaba de establecer una especie de alianza ó de liga defensiva entre él y el pueblo, quien bajo el título de *cliente* se haria su deudo, y serviria de instrumento al poder del Señor.

Bajo el régimen feudal el débil creyó encontrar un apoyo consagrándose voluntariamente á aquel á quien temia. Buscaba este un refugio al lado de su tirano, á fin de retardar tanto cuanto le fuese posible el momento de su ruina, y no se creia seguro sino dedicando su brazo y su persona á todos los crímenes ordenados por su protector. El interes encadenaba los instintos feroces de este, y el sentimiento de la propiedad le unia á la conservacion de los séres que dependian de él.

De este modo se ve que en todas partes, escepto en Venecia, los nombres de protector y cliente no representaban mas que la idea del poder; de un lado el abuso, y de otro una vergonzosa y degradante esclavitud, con exclusion de todo pensamiento noble y generoso. En Venecia, al contrario, esta institucion no era impuesta por ninguna ley, no llevaba consigo ninguna idea de superioridad, de feudalidad ó de vasallage. La humanidad, la beneficencia y un sentimiento bien entendido del interes comun habian inspirado este pensamiento. Mucho antes que los guerreros en medio del entusiasmo caballeresco hubiesen creado entre ellos los lazos de amistad y de proteccion mútua, dándose el título de hermanos de armas, los habitantes de Venecia habian organizado una fraternidad mas digna de la naturaleza y de la sociedad. Las obligaciones que se imponian no implicaban el sacrificio de la vida, ni ninguno otro reprobado por la justicia y la razon. Contraian este lazo bauti-

zando un niño, lo cual les hacia conferir el título de *compare de san Juane* (compadre de san Juan.) Este parentesco espiritual era el objeto de un respeto religioso, y se hacian una tal ley de las obligaciones que llevaba consigo, que no se negaban á ningun ofrecimiento, ningun sacrificio, cuando se trataba del *compare de san Juane*. Se podrá afirmar sin temor de ser desmentido, que no hubo jamas ejemplo en Venecia de un individuo que hubiese quebrantado un juramento basado sobre esta alianza. Es, pues, permitido admirar una institucion, que ademas de los buenos efectos que podia producir establecia una especie de fraternidad religiosa uniendo la plebe á la nobleza, y dando de este modo á la república una nueva prenda de concordia y de unidad. Lo que aconteció en tiempo de la conjuracion de Faliero, lo probará por otra parte suficientemente; y á esta costumbre debió Venecia en esta circunstancia, no ver las aguas de sus lagunas teñidas con la sangre de sus hijos, y derribado para siempre el gobierno que hacia su gloria.

Sucedió, pues, que uno de los gefes de los conjurados era *compare* de un patricio nombrado Nicolás Lioni. Este hombre del pueblo que se llamaba *Bertrando Bergamaso*, queriendo librar á su protector de la muerte que estaba reservada á todos los nobles, se presentó en su casa la noche del 14 de Abril, y solicitó hablarle de un asunto de suma importancia. Despues de haberle hecho jurar el secreto, Bertrando le rogó no saliese de su casa el dia siguiente, previniéndole que correria graves peligros si pasaba del umbral de la puerta. Lioni atónito de semejante confianza, le preguntó el motivo de esta precaucion. Bergamaso, rehusó por largo tiempo confiárselo, pero en fin, estrechado de cerca, y viendo que su protector estaba resuelto á no seguir su consejo si no conocia la causa, cedió á sus ruegos y le reveló todo el complot. Nicolas se lo agradeció mucho, y continuó preguntándole sobre todos los puntos á fin de adquirir un conocimiento mas perfecto del hecho. Luego que le hubo satisfecho á todas sus preguntas, Bergamaso quiso retirarse, pero Lioni no se lo permitió, y mandó á sus criados le custodiasen con el mayor cuidado. En tal conflicto, y no sabiendo como prevenir el mal, puesto que no podia contar con el Dux, no encontró mejor medio, que pasar á ver á uno de los principales senadores que era Giovanni Gradeingo, cuyo patriotismo y capacidad conocia. Hízolo así, y avistándose antes con el venerable magistrado Marco Corner, se dirigieron á casa de Giovanni. Informado éste, interrogó de nuevo á Bergamaso; y tan luego como supieron los nombres de los principales conjurados se trasladaron al convento de San Salvatore, y desde allí mandaron buscar los abogados, los consejeros, todos los miembros del Consejo de los Diez, y por último las principales autoridades, á fin de deliberar sobre las medidas que se habian de tomar en un peligro tan inminente. Al cabo de algun tiempo se hallaron reunidos todos los que habian sido convocados, y se determinó por unanimidad que entenderia en la causa el Consejo de los Diez, acompañado de veinte nobles, escogidos entre los mas opulentos senadores. Transmitiose en seguida órden á los diferentes cuerpos de esbirros, los que fueron encargados del arresto en su domicilio de cada uno de los cómplices.

Dispuesto ya todo, la noble asamblea se separó y abandonó el convento de *San Salvador*, para dirigirse hacia el palacio ducal, cuyas avenidas todas hicieron guardar, prohibiendo bajo las mas severas penas el tocar las campanas de San Marcos.

El cumplimiento de estas disposiciones ocupó gran parte de la noche, y no pudo terminarse sin que los conspiradores concibiesen alguna alarma. Muchos de ellos instruidos de lo que pasaba frustraron con la huida la órden de su arresto, de tal suerte que no se pudieron prender desde luego nada mas que diez y seis de ellos. En el número de estos últimos se encontraban Isarelo y el arquitecto Calendario, al cual no le valieron entonces sus méritos y sus talentos, puesto que la república, quiso mejor perder un gran artista que dejar impune un crímen de alta tracion. No bien llegaron estos al palacio, fueron sometidos al tormento, y ahorcados inmediatamente despues de la confesion de su crímen, delante de la misma ventana desde la cual el Dux habia poco antes asistido á las fiestas del carnaval. Otros ocho ó nueve conjurados que el gobernador de Chioggia habia hecho arrestar y conducir á Venecia, sufrieron la suerte del ilustre artista y el almirante.

Quedaba todavia que proceder al juicio del gefe del complot. Todas las deposiciones estaban contra él. El crímen era bien patente: no quedaba mas que una determi-

nacion que tomar sobre su autor. Si su dignidad exigia el respeto, su crímen no admitia ninguna consideracion. Despues de una larga y madura consulta, decidiose que sin embargo de ser el Dux el gefe del Estado, en el hecho no era sino el primer ciudadano de la república, y como tal, sometido á todo el rigor de las leyes, en que habia incurrido, haciéndose reo de alta traicion para con su patria. No obstante todo esto, semejante juicio exigia tanta prudencia como formalidades. Se quiso, pues, meditarlo con tal detenimiento que la posteridad no encontrase nada que reprender, y por consecuencia no fuese calificado de rigoroso ó de parcial. Los debates duraron todo el dia 15 de Abril. La noche de este se hizo conducir al preso que hasta entonces se habia custodiado en su palacio. Presentose Faliero ante sus jueces revestido de la toga ducal, y respondió con firmeza al interrogatorio; pero agoviado por el número de las acusaciones, confundido por gravísimas pruebas, no pudo persistir por mas tiempo en la negativa: confesó pues su crímen, y fue llevado otra vez á su aposento. Defiriose la deliberacion al dia siguiente.

La mañana del 16 se procedió al juicio y todos votaron por la muerte.

El 17 de madrugada se cerraron todas las puertas del palacio. El consejo de los Diez pasó al departamento del Dux é hizo despojar á Faliero de todas las insignias del poder. Despues de esta degradacion se le condujo á un balcon público del palacio, donde el verdugo le cortó la cabeza, que fue á regar con su sangre la escalera por la cual habia visto tantas veces pasar triunfantes á los gefes de la república.

Momentos despues de la ejecucion, uno de los miembros del consejo de los Diez, se presentó en una de las ventanas que daba vista á la plaza de San Márcos, y allí enseñó al pueblo la espada ensangrentada que acababa de cortar la cabeza al Dux.

Abriéronse en seguida las puertas del palacio, y el pueblo pudo contemplar el cadáver del Dux, que aun yacia en el lugar del suplicio. Llegada la noche, sus restos mortales fueron colocados en una góndola, la cual los trasportó furtivamente á su última morada, en la que se escribió el siguiente epitafio:

Aqui yace el gefe de los venecianos, que intentando perder á su patria, ha perdido su cetro, su honor, su fortuna y su cabeza.

En la sala de la Biblioteca, donde se hallan los retratos de todos los Dux, se encuentra en lugar del de Faliero un cuadro con un velo de gaza negro, sobre el cual se lee:

Este es el sitio que debia ocupar Marino Faliero, decapitado por sus crímenes.

De este modo la prudencia de los gobernantes hizo abortar esta conjuracion mucho antes que la ciudad tuviese conocimiento de ella. Sin embargo, atribuyendo los venecianos este feliz éxito á la intervencion de la divina Providencia, ordenaron, á fin de perpetuar la memoria de tal beneficio, que todos los años el dia de San Isidoro, se añadiera á las ceremonias religiosas una solemne procesion de todas las hermandades, á la cual asistirian los *comendadori*, llevando cada uno un cirio vuelto hácia abajo, para simbolizar de alguna manera los funerales del Dux Marino Faliero.

Esto era á la vez una leccion para el Dux reinante, y una singular instruccion para todos los ciudadanos. Al uno le decia: «Tú no eres el dueño de Venecia, porque Venecia puede disponer de tu vida;" y á los otros: «Resistid á los deseos de la venganza, que condujeron á su ruina al gefe mismo de la república serenísima."

S. P.

EL ALCAZAR DE SEVILLA.

Entre los monumentos que conserva Sevilla pertenecientes á la arquitectura árabe, el que llama mas la atencion es el Alcázar; pues presenta una rica muestra de los adelantos de aquella arte entre los sectarios del islamismo, y por esta razon es una de las bellezas que con mas avidez desean gozar cuantos viajeros, aficionados é inteligentes llegan á esta ciudad, símbolo de encantos y de atractivos.

En el mes de noviembre del año de 1248, se entregaron por el moro Axataf, que era el caudillo mayor de Sevilla, al santo Rey D. Fernando, el palacio de los Reyes moros, conociendo con el nombre del Alcázar, y todos los castillos y sitios fuertes de la ciudad. El palacio fue construido por el Rey Abdalaxis, hijo de Muza, cuando este partió al Africa llamado por el Miramamolin, y dejó entonces á Abdalaxis por señor de España. Desde que el Alcázar vino al poder de los castellanos empezó á sufrir alteraciones y mejoras, segun las necesidades ó el lujo de sus habitadores, hasta que en el año de 1353 el Rey D. Pedro, llamado *el Cruel* empezó á reparar considerablemente el palacio antiguo, y construyó nuevos y hermosos departamentos; pues lo elijió por su morada, y fue en donde habitó casi todos los años de su turbulento reynado. La obra duró mucho tiempo, trabajándose en ella lentamente, y no estaba concluida del todo hasta el año de 1364 (era de 1402) segun el letrero que en caracteres góticos se lee encima de los balcones de la fachada principal, y dice así:

> EL MUY ALTO, E MUY NOBLE, E MUY PODEROSO, E MUY CONQUISTADOR DON PEDRO, POR LA GRACIA DE DIOS, REY DE CASTILLA E DE LEON, MANDO FACER ESTOS ALCAZARES, E ESTOS PALACIOS, E ESTAS PORTADAS, QUE FUE FECHO EN LA ERA DE MIL E CUATROCIENTOS E DOS.

De este palacio refundido, digámoslo así, es del que hablan todos los autores, y el que existe en la actualidad; pues del antigüo primitivo seria dificilísimo, si no imposible, hallar noticias.

El Alcázar de Sevilla se encuentra rodeado de un elevado y elegante muro con sus torres correspondientes, las que lucirian su gallarda figura, si se hallasen desnudas de tantas casillas, arcos y oficinas como sucesivamente les han agregado. Esta muralla por la parte de los jardines corria y se iba por ella hasta la misma torre del Oro; pero por los años de 1821 se demolieron los arcos contigüos á la torre, con lo cual quedó interrumpida la comunicacion, y últimamente con el objeto de fortificar la poblacion ha sufrido la muralla varios cortes.

La entrada al Alcázar está por la puerta llamada de la *Montería*, porque en este sitio se reunian los monteros y demas acompañamiento cuando el Rey salia de caza; de aquí se pasa por medio de un arco á un patio espacioso, en donde se presenta de frente la rica y suntuosa portada del palacio, obra admirable en su género. Su altura que es de 55 pies se halla repartida en

su primer espacio la puerta, que ciertamente es mezquina, y creemos haya sufrido variacion; á sus lados hay arcos embutidos acompañados de singulares labores y adornos arabescos de cuyo gusto es toda la fachada; siguen los adornos hasta los tres balcones que median la obra, y los forman columnitas de raros mármoles que sostienen arcos de herradura muy laboreados: sobre ellos, y rodeando una caprichosa greca, está la leyenda que queda hecha mencion; siguen los adornos hasta tocar el final de la portada que la cubre á modo de dosel, un macizo artesonado de alerce de un trabajo esquisito y admirable: á los dos lados de los balcones corren galerias con sus arcos, columnas y adornos. Esta portada que mira al norte ha perdido todos los colores y dorados con que estaba enriquecida, y parecia un *ascua de oro*, segun la espresion de Rodrigo Caro.

Al pasar la puerta se entra en un tránsito ó apeadero en donde se halla en la esquina de la derecha un ingreso ó callejon, embutido de adornos, que sale al patio de las *Muñecas:* en el lado izquierdo hay otro ingreso, con su portada, y mas espacioso que el otro, por cuya razon le tenemos, á no dudarlo, por la entrada principal del palacio: su salida es al patio. En el dia, con motivo de las variaciones que sufrió el edificio con la venida de Felipe V á principios del siglo XVIII, se pasa desde la puerta al patio grande, para lo cual cortaron el salon que habia paralelo al apeadero. Conservándose los dos tránsitos antigüos dignos de observarse.

El patio principal que tiene de largo 70 pies y de ancho 54 lo forman veinte y cuatro arcos, los cuatro de los centros de mayor altura que los otros; estos arcos que estan calados prodijiosamente, y en donde luce todo el primor de la arquitectura árabe, los sostienen dos columnas á cada lado de mármol blanco con capiteles laboreados, y tres en las esquinas, que forman el número de cincuenta y dos. El pavimento es de losas de mármol tambien blanco, y en medio hay una pila sencilla. Encima del corredor bajo descansa el alto compuesto de una balaustrada de mármol, con columnas de lo mismo que sustentan arcos sencillos, cuya vista hace mal contraste con el piso bajo. Dan á este patio guardando una perfecta simetría las puertas de las principales habitaciones, otras pequeñas, y varias graciosas ventanas con su columnita enmedio de rarísimos jaspes, y dos arcos á los lados. Las habitaciones estan engalanadas de injeniosos y delicados dibujos, que forman labores hechas de pedacitos de azulejos de colores, que cubren todas las paredes desde el pavimento hasta vara y media de alto; en seguida corre una faja de adornos de estuco que da vuelta á la pieza, rodeando caprichosamente las puertas ó ventanas; el mismo adorno se observa al concluir los artesonados. Estos son de alerce, asi como todas las puertas y ventanas del palacio; están construidas de pedacitos de maderas tallados y despues embutidos, y dado de colores formando labores y adornos de mucho gusto; cada artesonado merece una sola descripcion: algunas puertas se conservan en buen estado, particularmente las de las ventanas. Casi todas las piezas del piso bajo suelen estar obstruidas por tabiques que las dividen en dos ó tres partes con el objeto de formar pequeñas habitaciones, por lo que se ven desfigurados aquellos admirables salones; así como los graciosísimos arcos de las ventanas y puertas, por tener colocados bastidores cuadrados para cristales.

Los adornos de las piezas suelen ser mas ó menos ricos, mas ó menos variados y raros; pero la obra que existe en el Alcázar digna de la mayor atencion, es el salon que llaman de los *Embajadores:* allí hizo un esfuerzo la arquitectura árabe de todo cuanto ella puede presentar mas grande y caprichoso. Su planta es cuadrada de 35 pies, y su altura de 66. La cubre una media naranja de casetones dorados: y desde ella hasta el pavimento están las paredes cubiertas y matizadas de azulejos lindísimos y variados, adornos y labores de estuco mas delicados que la mas bella filigrana, caladas claraboyas, todo lleno de colores y perfiles negros y dorados: cuatro balcones dan á esta pieza que están al andar del piso alto en cada lado uno, y desde ellos se recrea la vista de un modo maravilloso. A la altura de los balcones corre un friso con encasamentos góticos en que están pintados reyes de Castilla y Leon; habiéndose concluido esta línea de retratos, que son 56, han empezado á llenar las claraboyas bajas, lo que produce mal efecto: á los tres lados del salon hay en cada uno dos columnas de bellísimos jaspes, que sostienen tres arcos y dan comunicacion á las habitaciones contigüas. La entrada principal es por una soberbia puerta al corre-

dor: en cuyas hojas por la parte esterior se lee con caracteres arábigos:

JALUBI FUE EL ARQUITECTO DE MI OBRA, Y MAESTRO MAYOR. FUE VENIDO DE TOLEDO CON LOS DEMAS MAESTROS TOLEDANOS Á MI PALACIO Y MAESTRANZA DE SEVILLA. YO EL REY NAZAR POR LA GRACIA DE DIOS.

Allí está citado el año de la ejira, que segun el que señala corresponde al 1181 de la era vulgar. Hizo esta traduccion Sidi Achmet Elegacel, embajador del Rey de Marruecos á Carlos III. Esto prueba que estas hojas son del tiempo del antiguo palacio, y que sin duda fueron renovadas por la parte interior, pues la leyenda que tienen está en carácteres góticos, y hemos leido trozos de salmos, y en los postigos con iguales letras, pero mas pequeñas, el comienzo del Evanjelio de S. Juan: *In principio erat Verbum, etc.* Los demas letreros del Alcázar están en árabe, con cuyos caracteres airosos, y enlazados con gallardia, que regularmente dicen alabanzas á Dios y á Mahoma, formaban guardillas caprichosas y singulares.

La pieza que corre contigua á la de Embajadores frente de la puerta, se tiene por el lugar en que acometieron los maceros por órden de don Pedro al infante D. Fadrique; hay una reja al jardin, que tal vez seria la entrada al corral en el cual acabó de espirar el desgraciado Maestre.

Segun Zurita parece que todas las columnas que existen en el edificio, que ciertamente son de rarísimos jaspes, las mandó desde Valencia el Rey D. Pedro cuando despojó en esta ciudad el palacio que tenia allí el Rey de Aragon, despues de haberlo derrotado en encuentro que tuvo con él.

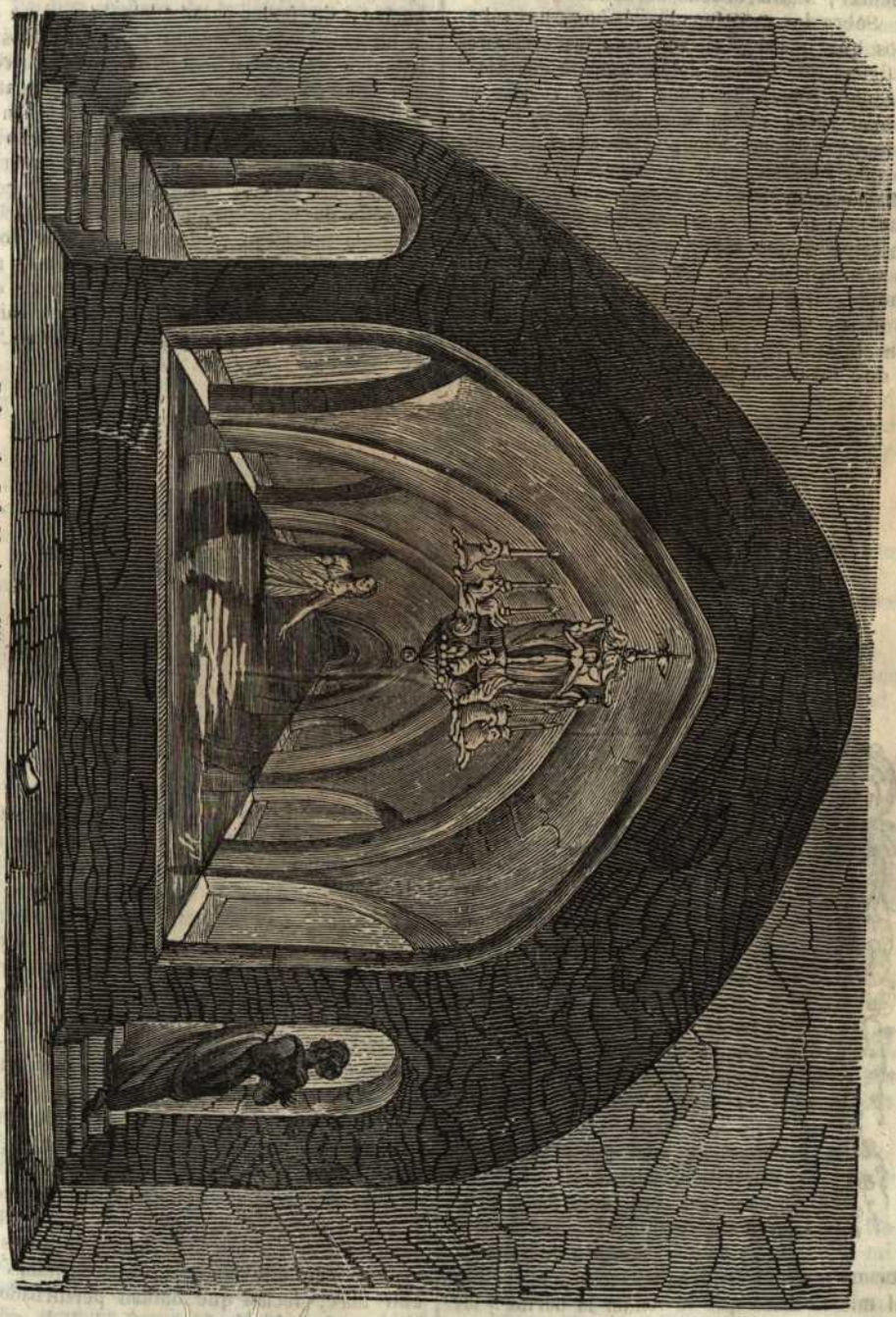
El departamento que llaman de las *Muñecas*, está reducido á un patio pequeño de 21 pies de largo y 17 de ancho, formado de diez arcos con sus correspondientes columnitas con capiteles árabes, y arcos calados. Todo él está renovado completamente, como dos salones inmediatos, obra ejecutada desde el año de 1855 al de 55, sirviendo de modelo el trabajo y las labores de lo antiguo; asi como el de los artesonados, operacion ejecutada con inteligencia y gusto; y que se debe al celoso Administrador de aquella época. En la restauracion de los salones nos disgustan algunos adornos de los artesonados, impropios de aquel género, asi como algunas franjas de oro demasiado anchas.

Pasemos el piso alto que casi todo él es moderno del tiempo de Cárlos V, como todas las habitaciones: en las del lado del jardin lo único que existen son los artesonados, y una pieza árabe toda llena de labores. La que da á los balcones de la portada tambien está sumamente enriquecida con columnas de jaspe y adornos arabescos, siendo la mas bella despues del salon de Embajadores: el artesonado lo ha perdido. Esto es cuanto debe examinarse en aquella parte del palacio.

Se cree con bastante razon; que D. Pedro para llevar á cabo su plan en la reedificacion del Alcázar se valió de arquitectos y operarios árabes; y asi puede asegurarse, atendido el género y la índole de la arquitectura que se observa en la total renovacion que le hizo.

Los jardines son amenos y pintorescos, y su verdor eterno, como jardin de Andalucia: pero en ellos no hay objeto alguno que llame la curiosidad de los artistas.

Indicarémos ahora, aunque de paso, las variaciones que ha sufrido el Alcázar despues de las ejecutadas por D. Pedro.—Con motivo del casamiento que celebró en Sevilla en Marzo de 1526, el Emperador Cárlos V con Doña Isabel de Portugal, se ordenó reparar el edificio y hacer nuevas habitaciones; y entonces levantó el arquitecto *Luis de Vega*, el corredor del piso alto, de que queda hecha mencion. Se rasparon en los arcos del patio algunos adornos para colocar el *Non plus ultra*, como se advierte al momento; y en los artesonados y sitios renovados aparece el escudo de armas. Todo el piso alto es construccion de la espresada época.—Felipe II nombró arquitectos con sueldos correspondientes, y se llamaban maestros mayores, para que cuidasen espresamente del edificio, haciéndole cuantos reparos y obras fuesen necesarias para su conservacion. Fue uno de los nombrados el arquitecto *Juan de Minjares*, discípulo del célebre *Juan de Herrera*; y antes de este *Gaspar de la Vega*, sobrino de *Luis*.—En el reynado de Felipe III se construyó por los años de 1607, lo que llaman apeadero, con columnas pareadas formando tres galerias; y el salon de encima se destinó para armeria. A causa de la ruina que sufrieron, en el terremoto del año de 1755, los restos del antiguo palacio conservados sobre lo que llaman los baños de Doña Maria Padilla



Baños de D.ª María Padilla, en el Alcázar de Sevilla.

se edificaron unos espaciosos salones para oficinas, segun ordenó Fernando VI.

Sobre los mencionados baños, no sabemos qué juzgar, al ver que los escritores antigüos que hablan detenidamente del Alcázar nada dicen de estos baños, y que no debian pasar en silencio, al menos por la persona de quien toman el nombre. Lo único que refieren, que se conservan restos del palacio primitivo, bastantes subterráneos y que mas parecen calabozos que habitaciones; descripcion que ajusta exactamente á lo que se nos muestra por los baños de D.ª Maria Padilla. Hemos examinado escrupulosamente la obra, que es de fortísimos arcos y bóvedas de ladrillo, y al concluir sus cincuenta y dos varas de largo hay en el frente un risco y á sus costados dos galerias con arcos redondos que en bastante número se prolongan, sin poder pasar adelante á causa de la humedad. Antes de entrar en los baños se hallan á derecha é izquierda otras galerias con igual construccion de arcos, son cuatro á cada lado; y cada una, en direccion á los baños, tiene un arco que daba paso y están tabicados: esto, unido á las galerias de bóvedas que se examinan desde el jardin llamado de la *gruta*, siguiendo la direccion indicada muestran evidentemente que todo el palacio estaba, y está sobre fuertes y robustos arcos. No sabemos el destino de estos sótanos; lo que es el llamado los baños se conoce servia para depósito de aguas.

J. C. y C.

EL MARIDO MISTERIOSO.

I.

La señora viuda de Genincourt vivia en una pequeña y lóbrega casa de una estrecha calle de Paris. Pasaba la mayor parte del tiempo entre las paredes de esta, pues solo salia los Domingos; de modo que los olvidados goznes de la puerta de su habitacion causaban un sonido sordo y penetrante á la entrada de una visita, como si se resintieran de que perturbasen su acostumbrado silencio.

Cosa rara era una visita para la señora Genincourt. Entraba y salia el año, y siempre reinaba la misma quietud bajo aquel techo, pues aun el mismo mozo que le vendia la harina y las tortas habia aprendido á enmudecer luego que pisaba el umbral de la puerta.

Los vecinos de la señora de Genincourt la llamaban *La Misteriosa*, y mas de una sospecha y de un infundado rumor se habian circulado por la pequeña vecindad de aquella, sin que hubiese persona alguna que esplicase el motivo de su reclusion, continuando siempre tan silenciosa como al principio, y dejando mas que nunca inclinada la imaginacion de los curiosos bajo el peso de la incertidumbre.

Algunos la creian viuda de algun empleado, y que vivia con la pequeña pension que le pasaba el gobierno, y otros se adelantaban hasta decir que poseia varias casas, y entre ellas, la que habitaba. Por las noches, cuando el sueño cerraba todos los párpados y estaban las calles silenciosas y desiertas, se figuraban ver estrañas figuras al través de las cortinas que ocultaban sus ventanas; y aun mas, decian que habian perturbado el silencio de la noche una infinidad de gritos que solo podian provenir de la casa en cuestion.

Pero el dia en que debia esplicarse el misterio se acercaba rápidamente.

En una mañana de la primavera se abrió la pequeña puerta de la casa y salió un ataud cargado por cuatro hombres, y seguido por un jóven cubierto de luto. Al siguiente dia se leian estas palabras en un cartel que habia en la puerta:

«A consecuencia de la muerte de la señora viuda de Genincourt, se alquila esta casa.

Dentro informarán.»

Aun no se habia secado la tinta con que fue escrito este anuncio, cuando fue visitada la casa por una multitud de personas, que solo movidas por la curiosidad, se decidian á entrar.

Para mayor asombro de estas fueron recibidas por el jóven que habia acompañado el ataud, quien les informó que ya no pensaban alquilar la casa, y les despidió cortesmente.

De nuevo se formaron conjeturas y rumores.

Habian podido saber que la persona que con sus costumbres solitarias habia vivido siempre retirada era una viuda. Esta sola causa la disculpó de su insociabilidad, y ya no se ocupaban de nada, ni aun de descubrir quiénes eran las personas que la habian ocultado en aquella soledad, y que guardaban mayor reclusion, si cabe, que ella misma.

Dejemos á estas personas con sus congeturas, y mientras tanto nos introduciremos en la pequeña posesion para tomar un conocimiento de sus habitantes y de sus cuidados.

II.

En la tarde del dia en que fue conducido á la última mansion el cadáver de la viuda, estaban sentadas dos personas cerca de la vieja chimenea que daba calor al aposento principal. Estas eran una jóven y el estranjero arriba mencionado.

Despues de una larga pausa el jóven habló:

—Emilia, ya partió nuestra única amiga, y vos quedais sola en medio de un océano de cuidados y disgustos. Vos, Emilia, sois jóven, tambien hermosa, y para una jóven cuyo rostro es su única fortuna, es muy grande el peligro.

—Todo cuanto me decís lo sé, Francisco, contestó: todo lo sé, pero hay un Dios, y en los momentos de peligro miraré hácia él, pidiéndole proteccion.

—Pero, Emilia, vos necesitais un ausilio que os defienda cuando yo esté ausente, porque los malvados espiarán el momento en que puedan llevar á cabo sus miras, pues las lágrimas y las súplicas muchas veces han sido inútiles.

—Qué quereis decir, Francisco?

—Emilia, no me comprendeis? os pregunto quién es vuestro amante.

—Preguntareis en vano, Francisco: muchas veces os he dicho que mis afectos estaban fijados en otra parte.

—Es cierto que me lo habeis dicho, Emilia, pero no me habeis manifestado en quien. Dadme á conocer esto solo, y quizás cesaré de persuadiros.

—Quizás, Francisco?

—Qué digo! cesaré.

—No me atrevo á haceros mi confidente, Francisco: no, no.

—Y por qué no, Emilia? no os he tratado siempre con cariño?

—Oh, sí, Francisco.

—No he velado por vos como por una hermana, y en las horas de enfermedad, no he asistido á vuestro lado?

—Sí, y nunca lo olvidaré. Con todo, Francisco, hay secretos que ni aun á nuestros mejores amigos se les pueden confiar.

—Emilia, esclamó el jóven, por muchos años he abandonado la sociedad de mis compañeros por vuestra causa. He sido un anacoreta en mi retiro, y mi único pensamiento ha sido consagrado á vuestro porvenir. Estoy pronto á entrar en escenas peligrosas: quizás pasarán algunos años sin que os vuelva á ver. Quizás, Emilia, en ese intervalo moriré..... Y vos?..... Qué será de vos?..... Sin medio alguno de subsistencia, sin un solo amigo que penetre la eterna sombra que caeria sobre vuestro existir, qué hariais vos?

—Morir! Francisco, porque cuando hubiérais muerto, se acabaria para mí todo deseo de vivir.

—No hableis tan tristemente; Emilia. No anticiparé ese golpe. Vos vereis antes de mi partida al joven que os he propuesto, y os casareis con él poniéndoos bajo su proteccion.

—Un hombre á quien nunca he visto!..... jamás!

—Pero yo lo he visto, y puedo hablar con certeza de sus méritos. En una palabra, es un jóven de un rango elevado, y no puede menos de haceros feliz.

—Francisco, puesto que me ofreceis un enlace que ninguna muger rehusaria, os diré por qué razon no puedo aceptar vuestro amigo. Aunque no he salido hace muchos años de esta solitaria casa, he aprendido á amar. Pero no espero qne mi amor sea correspondido.

Apareció en el rostro del jóven una singular espresion cuando dijo:

—Estais segura, Emilia, de no ser correspondida?

—Ay! en estremo segura.

—Una palabra mas, Emilia, quién es esa persona?

—Me prometeis no incomodaros, Francisco, si os lo digo?

—Incomodarme de vos, Emilia? eso no está al alcance de mi poder.

—Pues bien, Francisco, lo haré: vos sois la única persona á quien he dado mi corazon.

—Yo, Emilia?

—Sí, Francisco; creeis vos que vuestra ternura hácia mí, no ha sido recibida con unos sentimientos recíprocos en mi corazon? Hasta hoy me he acostumbrado á mirar estos sentimientos como amistad..... el amor de una hermana por un hermano querido. Pero he examinado mi corazon, Francisco, y en lugar de amistad encontré allí amor.

Seria inútil acompañar por mas tiempo á esta jóven pareja en su diálogo. Con el fin de conocerla mas á fondo, Francisco le escribió diferentes cartas con firmas supuestas, ofreciéndole á Emilia riquezas y rangos elevados en recompensa de su mano. Como era de esperarse, fueron todas rehusadas, y viendo Francisco que á despecho de todos sus planes permanecia fiel, hizo á Emilia la confesion de que jamás habia dudado de su amor. El resultado de todo fue que se señaló el dia para su matrimonio.

III.

Poco tiempo despues de la conversacion arriba descrita, los admirados y aturdidos vecinos de la difunta Mad. Genincourt vieron iluminada la casa como para un baile. Su asombro se aumentó cuando una porcion de carros se detuvieron cada uno á su turno en la puerta, dejando su carga y desapareciendo tan misteriosamente como llegaban. Pero su admiracion llegó hasta el colmo, cuando supieron que aquel baile se daba para celebrar el casamiento de la jóven sobrina de la viuda con Francisco Belcour, capitan de guardias de la Real persona.

Por algunos meses la jóven pareja vivió feliz, y no parecia arrepentirse del cambio de sus respectivas circunstancias.

Solo habia un obstáculo para la felicidad de la jóven: todos los dias, á cierta hora, se retiraba su esposo á un cuarto apartado en la parte superior de la casa, donde permanecia por algunas horas, bajando en seguida con el semblante pensativo; tomaba una silla y sentándose al lado de su esposa parecia perderse en profunda meditacion.

Esto afligia á Emilia: asi es que un dia, cuando se acercó á ella con el semblante mas triste que de costumbre, le echó los brazos al cuello y le dijo:

—Francisco, un dia me juraste que me amabas.....

—Y lo dudas, Emilia?

—No, de lo contrario no me hubiera casado contigo, creí y aun creo que me amas. Pero nunca he pensado en las...

—En las pruebas, Emilia?

—Ay! por qué pones asi tu semblante, Francisco? Es acaso una indicacion de tu amor?

—Perdóname, queridísima Emilia: dime lo que quieras, y te escucharé.

—En ese caso, empezaré por pedirte la esplicacion de un secreto. He observado, que desde que nos casamos, te retiras todas las tardes á un cuarto que está en el piso alto, y que siempre que bajas de él, vuelves pensativo y abatido. Ahora *pruébame* que me amas, diciéndome la causa de tus penas.

—No, no Emilia, no puedo!

—No puedes? Deduciré entonces de las palabras que usas, que tu secreto, es de vida ó de muerte?

—Sí que lo es, Emilia. No te sonrias..... estoy serio. Ese cuarto contiene un secreto que descubierto, podria costarme la vida y á tí tu reputacion.

Y concluidas estas palabras, Belcour tomó su sombrero, y salió del aposento.

IV.

Se ha dicho y con sobrada verosimilitud,

que la curiosidad es una pasion innata en el pecho de las mugeres: y sin duda que la abrigaba el de la señora Belcour. Asi, pues, sin intimidarse por la estraña conducta de su esposo, y empezando á sospechar de que se maquinaba alguna villanía, trató de buscar los medios de descubrir el secreto.

Habiendo salido su esposo un dia, segun le habia dicho, á dar una vuelta por los boulevares, Emilia se echó el velo, púsose el sombrerillo y salió precipitadamente con objeto de consultarse de su amiga y consejera Mad. Brujer.

Diremos por via de introduccion que esta muger era una hilandera, una perfecta M. Montagne en su estado; por lo cual se verá que Emilia no podia haber escogido mejor confidenta.

—Mi querida Mad. Brujer, esclamó Emilia, introduciéndose en la habitacion de su amiga casi falta de aliento; tengo que pediros mil perdones por mi entrada tan brusca, pero la importancia de mi asunto.....

—No gasteis cumplidos, mi jóven amiga, dijo Mad. Brujer, casi adivinando el asunto. No gasteis cumplimientos, sentaos y decidme en qué podré seros útil.

Emilia entonces le refirió los detalles del incidente de la diaria reclusion de su marido en el cuarto privado; de su conducta despues que salia él, etc.

—Y quereis saber la causa de todo esto? preguntó Mad. Brujer.

—Ese era el objeto de mi visita, contestó Emilia.

—Hicisteis muy bien en dirigiros á mí, dijo Mad. Brujer.

—Esta tarde, continuó ésta, se aclarará el misterio. Vuestro esposo os ha dicho que es militar, no es cierto?

—Sí, contestó Emilia.

—Y vos lo creeis?

—Ciertamente.

—Jóven inocente! vuestro esposo es militar como vos y como yo, Emilia. Y si lo es, cómo no gasta uniforme?

—Nunca he pensado en eso, dijo Emilia.

—Y ademas, podria un capitan de guardias de la persona del Rey, estar siempre con la libertad con que él está? Hay otra circunstancia misteriosa. Tengo entendido, que nunca sale sino á cierta hora del dia, y que siempre pasan dos horas antes de su vuelta.

—Pero, esas son las que él escoge para su paseo por los boulevares.

—Por los boulevares? ¡qué absurdo! Con bastante frecuencia estoy en ellos y nunca le he encontrado. Creedme, Emilia, hay en esto algo mas de lo que puede descubrirse con la vista.

Y asi lo creyó sinceramente la pobre Emilia, porque las conjeturas de Mad. Brujer le habian confundido de tal modo su cerebro, que en aquel momento se encontraba en medio de la mas profunda oscuridad.

—Pero, cómo lo descubriré? preguntó Emilia.

—Os lo diré, Emilia; quedaos conmigo hasta que por esta ventana veais entrar á vuestro marido. Entonces le seguiremos con precaucion, y cuando esté fuera de defensa, le sorprenderemos.

Esto le pareció á Emilia una sujestion capital, y al punto determinó ponerla en planta. No pasó mucho tiempo sin que viese que su esposo se acercaba. Apareció en estremo ajitado: y miró con precaucion al rededor antes de entrar en su habitacion.

Al momento que se cerró la puerta tras él, Mad. Brujer tomó á Emilia por la mano y se acercó á el *cuarto privado*.

Emilia palideció de temor, cuando oyó la voz de su esposo que esclamaba de un modo oprimido:

—Que no vea ella mis negros y terribles deseos.

—Cielos! esclamó Emilia en voz baja, qué accion tan terrible irá á perpetrar? Yo se lo impediré.

Se acercó á la puerta, momento feliz!... estaba entornada. Miró por ella, y con la débil luz de la tarde pudo descubrir el cuerpo de su marido. Estaba ejecutando las acciones de un cabalista, caminando con precaucion sobre el pavimento y llevando en la mano un agudo puñal.

Emilia no pudo contenerse mas..... los horrorosos pensamientos de un asesinato y del cadalso se apoderaron de su cerebro; se lanzó al cuarto y.....

Qué vió! A Francisco Belcour con el vestido de Macbeth, y en una actitud que Talma le hubiera envidiado, recitando á la imprevista aparicion de su esposa la escena mortal.

Belcour arrojó su puñal, y retrocedió con una actitud de verdadero asombro. Emilia comprendió el hecho, y haciendo uso de la sentencia que recordaba haber leido en la

misma trajedia, esclamó:

Qué tal, milord, porque te apartas, haciendo de tus compañeros ideas etéreas?

V.

Belcour era un actor y no un soldado. Temeroso de que Emilia, si descubria su profesion nunca consintiese en ser su esposa, habia ocultado su verdadera ocupacion tomando la de oficial, esperando libertarse así de la censura de sus vecinos. Aquel cuarto estaba destinado para practicar en secreto sus ensayos y estudios. Por el amor que profesaba á su muger habia determinado, (habiendo reunido ya una suma considerable de sus sueldos) abandonar las tablas, y estaba en aquel momento repasando su papel de Macbeth, última salida á la escena. Esta esplicacion satisfizo á su muger, y por muchos años no se conoció en la vecindad de Notre Dame una pareja mas feliz, que la de Francisco Belcour y su esposa.

L. D.

BIOGRAFIA

DE

ANTONIO PEREZ.



La vida de este personage está llena de aventuras tan peregrinas, que á no estar comprobadas por documentos irrecusables se creerian pura invencion. Tanto abunda en ella lo novelesco, que parece imposible que en la corta existencia de un hombre quepan tantos y tan variados sucesos, adversos los mas, prósperos los menos, y de los cuales uno solo bastaria á llenar y destruir la vida de un hombre comun.

Verse en la cúspide de la privanza, y caer de ella es ya un golpe terrible; pero si á la caida siguen persecuciones y venganzas, privaciones de todo género, entonces el golpe es mortal, y pocas son las almas varoniles que no sucumben al rigor del destino. ¿Qué no debia haber sucedido á Antonio Perez, cuya vida se vió por espacio de 32 años, continuamente amenazada, y expuesta al furor y venganza del monarca mas poderoso de su tiempo, del inexorable Felipe II y de tribunales como el de la inquisicion? Y sin embargo, Antonio Perez supo librarse de todos los lazos que se le tendian, burlar las persecuciones, y salvar en fin su atribulada vida de los puñales de los asesinos, de la cuchilla del verdugo, de las hogueras de la inquisicion; alcanzando hasta la edad de setenta y dos años.

Preciso es convenir que su naturaleza era de acero, y que su alma tenia el temple del diamante. Le vemos abatido, sí, humillarse



Antonio Perez.

y hasta degradarse, si se quiere, pero no á impulso de los tormentos físicos y morales que debia sufrir, sino á impulsos del orgullo, de la ambicion y de otras pasiones impetuosas. Muéstrase fuerte en las prisiones, no le abandona su energía en los peligros; mas cuando cree va á tener que luchar con la miseria, se anonada, y por los manejos que pone en juego para figurar, para volver á ser lo que fuera, compromete hasta su desgracia.

Segun las noticias que tenemos de este personage, fué hijo natural de Gonzalo Perez, secretario de Cárlos V y de Felipe II. El Emperador legitimó su nacimiento por un diploma, y desde muy jóven fue llamado á tomar parte en los negocios. Era discreto, amable, de grande autoridad y saber. Dotado de una inteligencia perspicaz, de un carácter insinuante, lleno de espedientes ingeniosos, elegante y enérgico en sus escritos, llegó á grangearse la estimacion de Felipe II, que poco á poco habia ido depositando en él toda su confianza. Antonio Perez era Secretario de estado encargado del despacho universal. Felipe II le comunicaba sus pensamientos mas secretos, le iniciaba en sus particulares designios; y tan grande favor llegó á desvanecerle y á acarrearle la animosidad de altos personages, gente poderosa, que no podia desperdiciar ninguna ocasion que se les presentase para provocar la caida del privado. Precipitóla el mismo Antonio Perez, sirviendo demasiado bien las pasio-

nes suspicaces de Felipe II, y aun excitándolas particularmente contra don Juan de Austria y su secretario Escobedo.

No cabe ningun género de duda que el asesinato que cometió Antonio Perez en la persona de Escobedo, fue con conocimiento, y si se quiere por órden de Felipe II, pero tambien hubo de contribuir á ello, y no poco, el temor que abrigaba Perez de que Escobedo no llegase á descubrir á Felipe II las íntimas relaciones que seguia con la princesa de Eboli, dama que habia sido del Rey. De cualquier modo es lo cierto que la muerte de Escobedo fue el principio de las desgracias de Antonio Perez.

A pesar de las precauciones de que éste se habia rodeado, la familia de Escobedo no se equivocó en sus sospechas sobre quien era el verdadero culpable, y la viuda é hijos de la víctima, acusaron á Perez, y pidieron justicia al Rey. Felipe II concedió una audiencia á Pedro Escobedo, escuchó con apariencia de interes sus quejas contra los asesinos de su padre, recibió de su mano los memoriales y pedimentos en que la familia de los Escobedos los denunciaba, y prometió entregarlos á los tribunales si habia lugar á ello. No desagradaba á Felipe II el que las sospechas recayesen en otro, pero sin embargo, temia el ruido y escándalo de un procedimiento en que podia verse envuelto. Encontrábase, pues, muy apurado entre las reclamaciones de los Escobedos y el peligro de Perez, entre sus deberes como Rey y sus intereses como cómplice, tanto mas cuanto que la familia de Escobedo halló protectores poderosos entre las personas que lo rodeaban, particularmente en Mateo Vazquez uno de los secretarios de su gabinete, y enemigo encubierto de Perez.

Por largo tiempo estuvo vacilando Felipe II sobre el partido que debia tomar; hizo diligencias para que los Escobedos desistiesen de su acusacion, pero no alcanzó nada; finalmente, habiendo llegado á entender los rumores que corrian sobre las relaciones íntimas de la princesa de Eboli y de Perez, pudo en él mas que nada el deseo de vengarse de su rival. Al efecto pensó en buscar un hombre capaz de reemplazar en su confianza y en la direccion de los negocios asi á Perez como al marques de los Velez, que acababa de morir, y poniendo sus miras en el cardenal de Granvelle, que á la sazon se hallaba en Roma, le mandó llamar; y el dia de su llegada que fue el 28 de Julio de 1579, Felipe II tomando por pretesto la negativa que habia manifestado Perez á toda reconciliacion, mandó al alcalde de corte Alvaro Garcia de Toledo que prendiese á Perez y lo tuviese bajo su custodia, lo cual se ejecutó á las once de la noche. A la misma hora hizo prender y conducir á la fortaleza de Pinto á la princesa de Eboli; cuyo arresto, dícese, que presenció desde el pórtico de la iglesia de Santa Maria situada frente de la casa de la princesa.

Cuatro meses permaneció Antonio Perez bajo la custodia del alcalde de corte, sin que Felipe II determinase nada; antes al contrario lo trataba con blandura, y prometiéndole siempre, asi como á su esposa doña Juana de Coello, que en breve seria puesto en libertad, pues la causa momentanea de su detencion no era otra que la querella que tenia con Vazquez. Pero el monarca no pensaba hacer lo que decia, por cuanto que nada adelantó el asunto de la libertad de Perez, á pesar de haber éste prometido olvidar todo rencor contra Vazquez.

Por este tiempo, pasó Felipe II á Portugal para tomar posesion de este reyno; durante su ausencia, Perez siguió importunándole con sus quejas, y al mismo tiempo, en la semi-libertad de que gozaba hacia una vida disipada, y gastos excesivos; de todo lo cual se valieron sus enemigos para alcanzar del Rey que se mandase hacer una informacion judicial acerca de su fidelidad é integridad como ministro. De ella resultó patente la venalidad de Perez, la estravagancia de su lujo y su estrecha intimidad con la princesa de Eboli. Sin embargo, esta informacion no tuvo por entonces consecuencia alguna. Pero al año siguiente, no descansando los contrarios de Perez, y habiendo logrado adquirir algunos datos acerca de la muerte de Escobedo, removieron este negocio. Felipe no permitió aun, que se empezase á formar causa por este suceso, pero obró contra Perez con mas rigor; bajo el pretesto de lo que arrojaban las averiguaciones hechas por delito de corrupcion.

No quedó todo aquí, pues habiendo recogido el Rey dos baules que contenian los papeles de Perez, y creido que ya no podria hacer constar que en la muerte de Escobedo habia obrado por órden suya, unido á las deposiciones de algunos testigos y á la de uno de los cómplices en el asesinato, se procedió á formar causa sobre este crimen. Perez negó, como siempre, sin que

pudiesen hacerle variar de su propósito las astucias que se emplearon; pero como quiera que en su odio recurriesen los enemigos del caido privado, hasta el tormento, Perez, despues de haber sufrido el de la cuerda, confesó ser el autor de la muerte de Escobedo, y espuso las razones de estado que tuvo para ello.

Despues de esta escena dolorosa, muy convencido Perez de que tras el tormento le esperaba la muerte, solo pensó en los medios de fugarse. Mas como lo habia de lograr? El tormento le habia inutilizado los dos brazos, estaba enfermo, solo y estrechamente custodiado. A pesar de todo, habiendo alcanzado su esposa le permitiesen asistirle con sus hijos en la prision, Antonio Perez pudo fugarse de ella disfrazado con un trage de su muger, en la noche del Miércoles santo del mes de marzo de 1590. Afuera le esperaba un amigo suyo, y mas lejos el alferez Gil de Mesa, con quien logró reunirse; y montando en un caballo que le tenian preparado, corrió en posta el espacio de treinta leguas sin detenerse hasta poner el pie en Aragon.

Luego que llegó á este pais cambió todo de aspecto; pues aunque Felipe II quiso que su víctima no se le escapase, y la reclamó al efecto, presentando tambien querella contra Perez, por la muerte de Escobedo, la justicia de Aragon no la estimó conveniente; antes al contrario habiendo recibido el famoso *Memorial del hecho de su causa* que escribió Perez para justificarse, y en el cual referia todo lo acontecido en la muerte de Escobedo, apoyando su defensa en los billetes originales del Rey y cartas del confesor, que produjo ante aquella, y que habia logrado sustraer, cuando se apoderaron de sus papeles, el justicia mayor manifestó á Felipe II que Perez quedaria absuelto de todos los cargos que se le hacian.

Alarmado el Rey con la publicacion de aquel documento, dió de repente su desistimiento de la acusacion intentada en su nombre contra Perez. Antes de esto, enojado Felipe II de las amenazas de Perez, que le habia mandado á decir que viese lo que hacia, que él tenia con que poder justificarse, hizo publicar contra él una sentencia de muerte, y pérdida de todos sus bienes. Débese tambien advertir que tanto la esposa de Perez como sus hijos, fueron reducidos á prision al dia siguiente de la fuga de aquel. No debe dejarse al silencio que Perez no presentó su justificacion, sino despues de haber perdido toda esperanza, y de tener noticia de la sentencia que lo condenaba.

Perez fue, pues, absuelto por el tribunal del Justicia mayor de Aragon, mas no por esto quedó tranquilo; pues Felipe II no le dejó un momento de reposo. Frustrados varios proyectos de acusaciones que despues de su desistimiento de la causa de la muerte de Escobedo habia intentado contra Perez, el Rey, en su enojo, recurrió á la inquisicion; y tomando por pretesto algunas palabras inconsideradas que habia pronunciado Perez, llevado de la amargura de sus pesares, el inquisidor Molina de Medrano, despues de oir á varios testigos, formó una sumaria, para probar su heregia. Terminada ésta, el tribunal del santo oficio de Zaragoza la envió al supremo de igual clase de Madrid, quien la remitió aprobada. Determinose, pues, que Antonio Perez con otro compañero fuesen trasladados á las cárceles secretas de la inquisicion, para que se instruyesen allí sus procesos en forma; pero sus órdenes se estrellaron por el pronto contra las leyes de Aragon; pues hallándose Perez en la cárcel de los Manifestados, se negaron á entregarles los presos, alegando las disposiciones formales de los fueros. Sin embargo, poco despues lograron los inquisidores su intento, y Perez fue traslado á la Aljaferia, á las cárceles de la inquisicion.

Pero Perez tenia amigos entre el pueblo y los nobles: cundió la noticia, y juzgando la traslacion de Perez cosa contraria á los fueros y libertades de Aragon, se promovió un motin espantoso, del que fueron víctimas algunos grandes. A pesar de esto, los inquisidores se negaban á entregar á Perez, y fue preciso que el peligro para ellos acreciese con la amenaza que le hicieron los sublevados de prender fuego á la Aljaferia, para que se decidiesen á soltar á su prisionero. Pusiéronlo, en efecto, en manos del pueblo, que condujo á Perez, casi en triunfo, á la cárcel de los Manifestados.

Semejante derrota no podian llevarla á bien ni la inquisicion ni Felipe II; de suerte que trabajaron cuanto no es decible para apoderarse de Perez. Lograron al fin que se diese una falsa interpretacion á los fueros, y en su consecuencia que Perez pasase al poder del santo tribunal. Luego que este supo tan funesta resolucion, no descansó un momento para frustar aquella injusticia, á pesar de hallarse enfermo de resultas de las

emociones violentas que sufria, y hasta escribió é hizo imprimir y circular, multitud de folletos para sostener en el pueblo la agitacion, y disponerle á una nueva revuelta, que tuvo, en efecto, lugar el 24 de Setiembre, y aun antes de que Perez saliese de la cárcel de los Manifestados. Amotinado el pueblo hizo huir á las tropas que se habian apoderado de la plaza, persiguieron á muchos señores, entre ellos al virey, y últimamente rompieron las puertas de la cárcel y pusieron á Perez en libertad.

Nada es capaz de pintar la ira que se apoderó de Felipe II al saber estos sucesos. Mandó formar un ejército castellano en la frontera de Aragon, y dando órden á su general don Alonso de Vargas de no parar hasta Zaragoza, se apoderó en efecto de esta capital, donde prendió é hizo ejecutar al mayor don Juan de la Nuza, y á otros muchos caballeros y grandes; quedando destruidas desde aquel momento las antiguas libertades del reyno aragones. Por su parte, el tribunal del santo oficio pronunció sentencia de muerte contra Perez y sesenta y nueve acusados. Estos infelices fueron conducidos al lugar de su suplicio el 2 de Octubre: la efigie de Antonio Perez figuraba en el lugar que á este le hubiera correspondido, y llevaba el gorro de los criminales y el *Sambenito* con sus correspondientes llamas, y una inscripcion que decia: *Antonio Perez, secretario que fue del Rey Ntro. Sr., natural de Ariza y residente en Zaragoza, por herege convencido, fugitivo y relapso.* Esta efigie fue la última que se entregó al fuego en ese auto de fe que empezó á las ocho de la mañana y se acabó con achas á las nueve de la noche.

Entretanto, Antonio Perez, que habia permanecido por algun tiempo oculto en Zaragoza, habia ganado la frontera de Francia, y hallado un refugio en Pau al lado de la princesa Catalina de Borbon, hermana de Enrique IV; mas allí debia seguirle la implacable venganza de Felipe II, lo mismo que á do quiera se refugiase. Afortunadamente Perez pudo librarse de los puñales de los asesinos; pero conociendo, al fin, que no estaba muy seguro en el Bearn, y que ademas no podia permanecer por mas tiempo ocioso, ofreció sus servicios al Rey Enrique IV. Este príncipe que no ignoraba que Perez podia serle de mucha utilidad, determinó enviarle á Inglaterra junto á Isabel, como lo hizo en efecto, dándole cartas para la misma Reyna.

Perez pasó á Inglaterra en el verano de 1593, y como era natural, se puso en relaciones con el partido que aparecia mas favorable á los intereses del príncipe que lo enviaba, y era el que reconocia por gefe, digámoslo asi al conde de Essex. Pero posteriormente observó una conducta ambigua, que lo desacreditó en ambas cortes, y concluyeron por mirarlo con desconfianza.

En vano fueron los manejos de que se valió para obtener su rehabilitacion y poder volver al suelo de su patria; manejos reprobados algunos, como son todos los que puso en juego para impedir la conclusion de los tratados de paz entre España y Francia, y posteriormente entre España é Inglaterra: en vano recurrió sucesivamente á unos y otros monarcas para que se interesasen por su suerte: nada logró, teniendo por último el sentimiento de morir en el destierro.

Tampoco pudo Perez alcanzar en vida que se le rovocase la sentencia que le condenaba como herege. Pero su desventurada esposa é hijas, á quienes alcanzó la real clemencia, y que habian sido puestas en libertad poco despues de la muerte de Felipe II, alcanzaron aquella gracia no sin gran trabajo. El acto definitivo de reparacion no fue firmado hasta el 6 de Junio de 1615, y hasta entonces los hijos de Perez, que habian pasado su juventud en la cárcel, no fueron restablecidos en su rango y en sus derechos de nobles españoles.

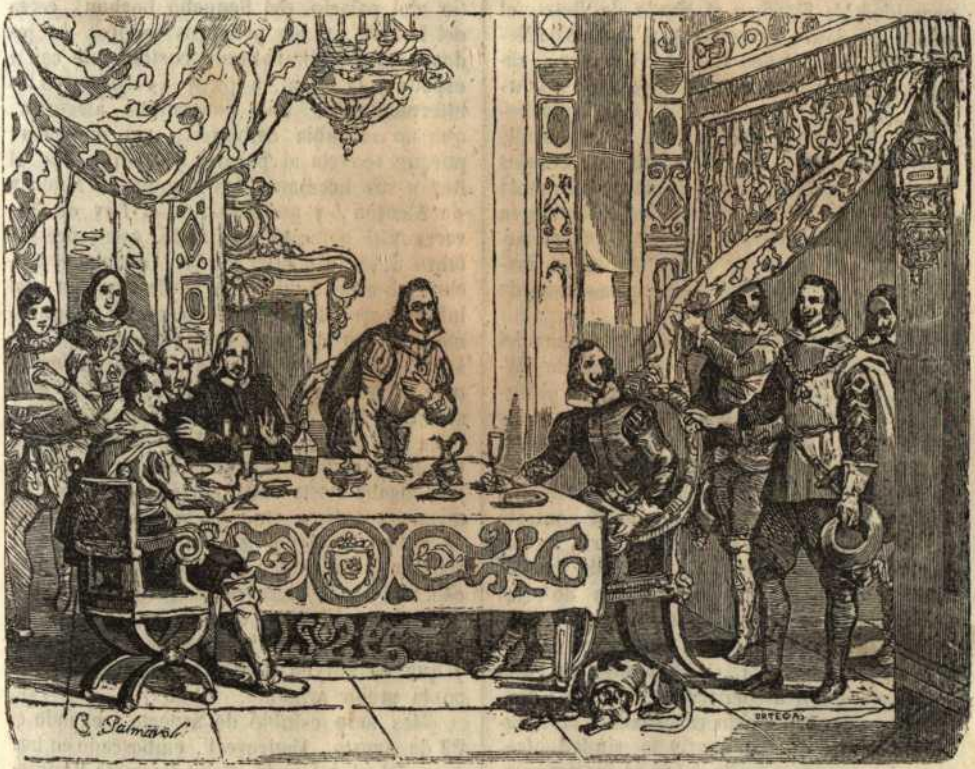
Antonio Perez es autor de algunas obras. Hallándose en Londres en el verano de 1593, publicó la relacion de sus aventuras bajo el seudónimo de Rafael Peregrino, que escritas con mucho arte, contribuyeron á aumentar el odio que le profesaba Felipe II. Despues compuso para el duque de Lerma su libro sobre la ciencia del Gobierno. Sus memorias y cartas no tienen número, y todas son de grande interes.

C.

Leyenda Histórica.

LA NOCHE DE S. BARTOLOMÉ EN FRANCIA.

1572.



I.

LA CENA.



La noche del Sábado 23 de Agosto de 1572, víspera del dia de S. Bartolomé, el Sr. de Losse, capitan de arcabuceros del Rey tenia convidados á cenar á unos veinte caballeros y capitanes católicos; esta reunion no presentaba ningun carácter extraordinario: se cenaba y nada mas: despues de la cena los convidados debian jugar un rato.

Sin embargo, los últimos acontecimientos, y los que nuevamente se preparaban daban á aquella cena una fisonomia particular, y contribuian á que se mezclasen en la conversacion algunas de las cuestiones políticas que se agitaban en aquella misma hora en el consejo secreto de Catalina de Médicis y de Cárlos IX. Hacía algunos meses que previen-

do la Reyna madre que los protestantes trataban de hacer algun nuevo movimiento, y queriendo evitar al reynado de su hijo los estragos de una cuarta guerra civil, habia formado el atroz proyecto de envolver en una matanza general á los principales gefes del protestantismo: su hijo segundo el duque de Anjou, que despues fue Rey de Francia, y que á la sazon era lugarteniente del reyno, fue el primer iniciado en este proyecto de matanza que los Guisas habian fomentado á la sordina, sin atreverse á reclamarlo como una necesidad de Estado: el conde de Retz, el conde de Saulx-Tavannes y el duque de Nevers, confidentes los tres de Catalina, recibieron las pérfidas inspiraciones de los duques de Guisa y de Aumale, é hicieron llegar hasta la corte de Roma la responsabilidad de aquella sanguinaria traicion. Cárlos IX cuyo carácter débil y vacilante no sabia ni disimular, ni perseverar largo tiempo en un proyecto, ignoraba la trama que se urdia en torno suyo, y servia de ciego instrumento á las misteriosas maquinaciones de su madre y de los Guisas.

El matrimonio de Margarita, hermana del Rey, con Enrique de Borbon, Rey de Navarra, matrimonio que era al parecer el signo de reconciliacion de los católicos y de los protestantes, fue el medio de que se valieron para poner una venda sobre los ojos de las víctimas, que no se hubieran atrevido á herir frente á frente: aunque el contrato se habia firmado en el mes de Abril, las bodas no se verificaron hasta el 18 de Agosto, á causa de la muerte de la Reyna de Navarra Juana de Albret, que falleció repentinamente con vehementes sospechas de haber sido envenenada. Celebráronse en Paris estas bodas con asistencia de la nobleza protestante que habia sido convidada á las magníficas fiestas que el Rey y la ciudad ofrecian de comun acuerdo á los régios esposos. Cada gentil-hombre de la religion reformada tenia á honor el presentarse en la corte en una circunstancia tan gloriosa para el partido protestante, y que tanto bueno auguraba para el porvenir, porque la union de una princesa real de la casa de Valois con un príncipe calvinista de la de Borbon, era como una imágen triunfante de la union de dos religiones, que habian sido hasta entonces enemigas implacables no obstante los edictos de pacificacion. Asi, pues, todas las provincias de Francia se veian representadas por su mejor nobleza, que habia sido convocada por las órdenes del Rey y las cartas oficiosas de los gefes *de la religion*; el Rey de Navarra, el príncipe de Condé y el almirante de Coligny: mas de cuatro mil protestantes los mas adictos á la causa y que la habian sostenido con las armas en la mamo, se hallaban á la sazon en Paris: el número de los católicos era mucho mayor.

Los tres dias que siguieron á la ceremonia nupcial mixta de protestante y católica, lo fueron de fiestas, festines, torneos y bailes suntuosos: las lizas tuvieron lugar en el patio del palacio del Pequeño Borbon, cerca del Louvre, y los primeros señores de los dos partidos combatieron cortesmente con la espada y la lanza, á pie y á caballo, en los intermedios de una pantomima alegórica, que no se habia compuesto sin intencion; porque se veia al paraiso defendido por el Rey y sus hermanos los duques de Anjou y de Alenzon, y asaltado por el Rey de Navarra y el príncipe de Condé, que representaban á los espíritus de las tinieblas, concluia el espectáculo con la destruccion del infierno, que desaparecia en medio de las llamas. Mucho dió esto que pensar á las personas reflexivas y desconfiadas; pero los demas no pararon mientes en ello, y solo pensaron en divertirse. Llegada la noche retumbaba el Louvre con el sonido de los instrumentos y el alegre rumor del baile, que se prolongaba hasta muy entrada la noche. Lo mismo acontecia en toda la ciudad, donde se daban al olvido las antiguas disputas de religion para comer y beber juntos, y para concluir en la mesa un pacto de confianza y de amistad: á vista de esto se podia creer que se habia consolidado la paz en Francia, y que de allí en adelante todos iban á vivir en la mejor armonia.

Mas todo cambió de aspecto, cuando el 22 de Agosto, Maurevert, emboscado en una casa del claustro de Saint-Germain-l'Auxerrois, disparó desde la ventana un arcabuz contra el almirante de Coligny hiriéndole en un brazo y en una mano. Los protestantes lanzaron un grito de indignacion, y en nada estuvo que no apelasen á las armas para vengar la herida de su gefe: los católicos, por su parte, se removieron apresándose á la resistencia; y unos y otros se observaron y se pusieron en guardia. Mientras tanto Cárlos IX parecia decidido á asociarse á las justas quejas de los amigos del almirante que acusaban á los Guisas como forjadores del atentado; juró que castigaria al asesino y á

sus cómplices, y hasta mandó á los Guisas que saliesen de la corte. Esta fue una satisfaccion dada á los gefes protestantes, quienes acusándose por su desconfianza, descansaron de nuevo en la buena fe del Rey. El célebre Ambrosio Paré, fue el que asistió al almirante por órden del Rey; y este, acompañado de su madre, hermanos y otros grandes señores, fue á visitar á Coligny, á su casa calle de Bethisy, dándole repetidas pruebas del pesar que sentia por aquel odioso atentado. Este paso del Monarca, y sus palabras afectuosas que circularon de boca en boca, acabaron de cegar á los calvinistas, y de disipar sus sospechas.

A pesar de esto, Paris habia quedado desde aquel momento sombrío y como á la expectativa: los protestantes evitaban el trato de los católicos, y estos miraban á aquellos con saña é inquietud: la mayor parte de las tiendas permanecian cerradas; la milicia local se disponia á empuñar las armas al primer aviso de los comisarios de cuarteles; el Louvre se llenaba de soldados, y en las calles mas desiertas se veian grupos de gente del pueblo hablando en voz baja. Los calvinistas que habitaban en diferentes barrios habian recibido un aviso secreto para que se trasladasen al barrio del Louvre, en el que vivian sus gefes. Posteriormente se acusó á Catalina de Médicis, de haber transmitido este aviso á las víctimas, que en cierto modo queria tener á mano para cuando sonase la hora de la matanza. Catalina fue, pues, el alma de tan ínicua y horrible trama, que no se reveló al Rey hasta la víspera de la ejecucion.

Cárlos IX se incomodó al pronto, negándose enérgicamente no solo á tomar parte en él, sino tambien á autorizarlo; pero su madre conocia el arte de someterlo á las opiniones que le imponia; y valiéndose de algunas insinuaciones pérfidas, de algunas mentiras, metamorfosearon las ideas del Rey hasta el punto de hacerle adoptar, como útil y necesario el plan de exterminacion de los hereges que sostenian la guerra civil en Francia. Al punto se organizó todo en silencio para las nuevas Vísperas Sicilianas, que debian tomar el nombre de las *madrugadas francesas*, y que se fijaron para el Domingo 24 de Agosto, dia de S. Bartolomé. El fatal secreto permaneció fielmente guardado entre seis ú ocho personas hasta la víspera del Santo, en cuya tarde se llamó al Louvre al preboste de los mercaderes, é introducido en el consejo del Rey, se le dieron las instrucciones mas precisas para secundar el armamento de los católicos, alegando para ello que los calvinistas tramaban una conspiracion contra la vida del Rey. En su consecuencia se citaron á todos los comisarios y ciudadanos mas notables, para que acudiesen á las casas de Ayuntamiento á las doce de la noche.

Los gefes y gentiles-hombres católicos ignoran lo que se trama; pero saben que el consejo del Rey y de la Reyna madre ha estado reunido en el Louvre y en las Tullerias largas horas. Vagos rumores de revuelta, de asesinato y de guerra circulan por todas partes, tomando cada vez mas cuerpo; Cárlos IX ha enviado al capitan de su guardia Cosseins con cincuenta hombres á la casa del almirante como para custodiarlo y defenderlo: el Rey de Navarra y el príncipe de Condé, que habitan en el Louvre, han sido invitados á llamar en torno suyo á los oficiales de su casa, á sus capitanes y amigos, á fin de poder hacer frente al peligro si el pueblo llega á amotinarse contra ellos. La ciudad permanece tranquila en la apariencia, y no se ve por las calles á alma viviente: vése luz á traves de todas las ventanas de las casas, que parece asegurar el sueño de los ciudadanos contra las emboscadas de sus enemigos; solo el Louvre está sumergido en la oscuridad.....

.....

Alegre por demas y animada habia sido la cena que daba el señor de Losse en casa de un canónigo, pariente suyo, á la entrada del claustro de Saint-Germain-l'Auxerrois. Los convidados se habian sentado á la mesa como si hubiesen querido no tomar ninguna parte en los graves acontecimientos de la noche: tanto habian honrado el vino de su huésped, y sobre todo el hipocras, vino cocido con azúcar y canela, que apenas estaban en estado de poder jugar á las cartas y á los dados. Para esto no se levantaron de la mesa, á fin de continuar bebiendo y jugando, contentándose con mandar se retirasen los criados, despues de haber quitado los manteles, dejando solo en la mesa las botellas llenas y los vasos. En seguida empezó el juego con grande animacion.

—Muchachos! esclamó el capitan de Losse vaciando su vaso; deshonra y maldicion caiga sobre aquel que se levante de la mesa antes del alba!

—Muy bien dicho, capitan! repuso un

jóven que se hallaba á la derecha del señor de Losse, y que se hacia notar por su lindo rostro casi imberbe, y por sus modales modestos, elegantes y graciosos, que daban á conocer era un hijo de familia, novicio aun en el género de vida de sus compañeros de mesa y juego. Jugaré hasta perder el último sueldo.

—Bueno! y aun despues de perdido todo, debemos seguir jugando! replicó Santiago de Savereux que era uno de los bebedores y jugadores mas fuertes de la reunion, atuzándose los bigotes.

—Asi me gusta! esclamó el señor de Losse, sacudiendo en la mesa y en señal de aprobacion tan tremendo puñetazo, que las botellas y los vasos cayeron con estrépito. La señora Fortuna no gusta asociarse á los perezosos que se cansan de perseguirla; sucédela lo que á los venados en la caza; quiere que la rindan y obliguen los perros de dados ó los perros de cartas.

—Caballeros, dijo un convidado de barba cenicienta que bebia, mas no jugaba; estamos seguros de poder consagrar toda esta noche á las botellas y á los dados?

—Por la misa! repuso Santiago de Savereux, cuya opinion en materia de placeres era de grande autoridad: por ventura hay aquí monges ó novicios que deban acudir al coro cuando toquen á maitines en San-Germain-l'Auxerrois?

—Señor de Savereux, respondió el de la barba gris, creo que de todos los presentes sois el mas atrevido y afortunado.....

—Y qué?..... le interrumpió bruscamente aquel á quien se dirigia este elogio.

—Y qué?..... que apesar de eso no hay cartas, ni dados, ni vino, que puedan deteneros cuando se toca á botasilla, que para los monges de vuestra especie, vale lo mismo que la campana de maitines.

—Qué quiere decir eso, capitan Salaboz? dijo el dueño de la casa algo amostazado.

—Quiere decir, camarada, que en las actuales circunstancias, debemos estar prontos á montar á caballo, y á cumplir con nuestro deber. Esos bandidos de hugonotes, no trataron ayer de asaltar á S. M. en el mismo Louvre?

—Oh! quién os ha contado ese disparate, dijo el señor de Losse, mirando á hurtadillas al jóven que tenia á la derecha, el cual habia mudado varias veces de color, y miraba á Salaboz con desdeñosa cólera. Los hugonotes no me han nombrado su abogado, pero los creo demasiado prudentes, y buenos guardadores de sus intereses, para comprometerse en una empresa tan ridícula como la de atacar al Louvre.

—Decid mas bien que los conceptuais súbditos demasiado leales del Rey, é incapaces de hacerle traicion! repuso con calor el jóven, ofendido de una calumnia que parecia dirigida contra todo el partido protestante, pero que iba dirigida á él particularmente. Capitan Salaboz, hablad con mas comedimiento.....

—Paz, señores! esclamó imperiosamente el capitan de Losse levantándose con una botella en la mano. Salaboz, tomad el vaso, y vos el vuestro, señor de Curson? Brindemos por todos los súbditos leales del Rey, cualquiera que sea su religion! Brindemos á la terminacion de las turbulencias, y á la prosperidad de la Francia!

Este brindis puso fin á toda explicacion, y la disputa que iba á empeñarse entre Salaboz y M. de Curson, fue ahogada con el choque de los vasos. El capitan Salaboz se puso á beber de nuevo, mirando de vez en cuando con aire provocador á su antagonista, á quien las emociones del juego distraian enteramente. Cada jugador habia puesto sobre la mesa delante de sí el dinero que tenia: el Sr. de Curson era por sí solo mas rico que los demas, y seguia el juego con bastante desgracia, pero sin que al perecer le causasen demasiada impresion las pérdidas que experimentaba. Por solo su trage se venia en conocimiento que habia de ser persona acaudalada, pues llevada encima alhajas de gran valor.

Santiago de Savereux, que se hallaba á su lado, era el afortunado de los jugadores, y el que se atraia mas parte de los fondos del Sr. de Curson. Mas bien que por su trage que estaba bastante traido, se distinguia por su apostura y gallardia.

—A fe mia, que estais de desgracia! amigo mio, dijo á Ives de Curson. Vaya, echemos un trago, á ver si cambia vuestra suerte: brindemos por vuestros amores, si gustais.

—No los tengo! repuso con frialdad pero politicamente el señor de Curson.

—En verdad que parece que acabais de salir de manos de la nodriza, ó mas bien que tratais de ser ministro de la religion que llaman reformada.....

—Savereux! gritó el Sr. de Losse; pardiez, que estas desconocido! M. de Curson es tan hugonote como tú y como yo, puesto

que es mi huésped ; y haces mal en armar disputa por ello.

—Que estoy pronto á sostener si se me provoca , contestó el Sr. de Curson , requiriendo su espada con la vista.

—Nadie es capaz de poner en duda tu valor , hijo mio , dijo el Sr. de Losse , llenando los vasos , como medio de conciliacion que siempre habia ensayado con buen éxito.

—Es verdad , es verdad , dijo Savereux tomando la mano de Curson y estrechandosela amistosamente. Y en prueba de ello, caballero , os digo que podeis contar conmigo en cualquier lance de honor.

—Gracias ; no lo echaré en olvido , contestó el Sr. de Curson siguiendo su juego.

—Pardiez ! dijo uno de los jugadores , alzando de la mesa el dinero que habia ganado ; el oro de los hugonotes me parece buen católico.

—De buena gana iria á sus sermones, si el diablo ó el ministro repartiese escudos de oro.

—Fuego y sangre ! gritó un tercero ; voy á volverme hugonote , puesto que tienen la bolsa tan provista.

—Yo os impediré que blasfemeis doblando la puesta , dijo el Sr. de Curson , cada vez mas exaltado por el demonio del juego á pesar de lo que perdia.

—Por qué no la triplicais ? replicó el mas ébrio de la reunion.

—Mejor es cuadruplicarla , dijo Santiago de Savereux que se abandonaba sin reparo á su pasion favorita.

—Bueno ! contestó Ives de Curson , sacando un puñado de escudos de oro. Cinco y dos!

—Tres y cuatro!

—Doble as!

—Diez!

—Yo gano ! esclamó Savereux antes de echar los dados que romovia en el cubilete. Doble seis!

—He perdido trescientos escudos de oro! murmuró Ives de Curson , contando con aire distraido las monedas que tenia delante. Juego el resto , por revancha!

—Sea, dijo Savereux , tambaleándose en la silla , con los ojos medio cerrados , y llevándose á la boca en vez del vaso el cubilete de los dados. Beberé y jugaré hasta el dia del juicio.

—Que llaman á la puerta ! silencio , señores ! interrumpió el capitan de Losse , aunque sin lograr hacerse oir.

—Amigo mio , decia Savereux ; os aconsejo que encomendeis vuestros dados á S. Calvino.

—Quien es ? quién llama ? preguntó el señor de Losse abriendo la ventana , para reconocer á los que llamaban.

—Capitan , dijo una voz infantil ; tened á bien de salir y dirigios al Louvre.

—Al Louvre ? repuso el señor de Losse: es M. de Nançay el que está de servicio.....

—El Rey es el que os llama , interrumpió la voz. Y ahora decidme , donde encontraré al capitan Salaboz.

—Helo aquí dijo Salaboz asomándose á la ventana con la botella y el vaso en la mano.

—Capitan , estais haciendo falta en el hotel de Béthisy ; M. de Cosseins os dirá lo que debeis hacer.

—M. de Losse , ya veis que no me he equivocado ! dijo Salaboz en voz baja : va á comenzar la danza de esos paganos.....

—Quién eres tú , que me traes una órden del Rey ? preguntó el Sr. de Losse con desconfianza : qué gente te acompaña?

—Yo soy page de Mad. Catalina , y me acompañan seis arcabuceros de la guardia.

—Bien , Dios te guarde , hijo mio , adios!

El Sr. de Losse cerró la ventana , y se dispuso á salir para obedecer las órdenes del Rey.

—Amigos mios , dijo á sus convidados; disimuladme el que os deje antes del alba, segun habiamos convenido; el Rey me llama, pero volveré pronto : mientras tanto no dejeis de beber.

—Capitan , gritó Savereux que acababa de ganar á Ives su último escudo ; decid á S. M. que la señora Fortuna prefiere los católicos á los hugonotes , y que acabo de vencer á golpes de dados al hombre mas galante y gentil de la religion reformada.

—La noche será caliente , dijo Salaboz separándose del capitan de Losse que volvia al Louvre ; nunca he sentido tanta sed de sangre hugonota ! Monseñor el duque de Guisa dice , que las sangrias son buenas en Agosto!

II.

Enemigos y hermanos de armas.

La salida de los capitanes de Losse y Salaboz , no impidió que el juego continuase con mas calor , aunque la mayor parte de las bolsas habian sido vaciadas por Santiago

de Savereux, cuya fortuna iba cada vez mas en aumento. Jamas se habia visto tan favorecido de aquella deidad inconstante, y ya empezaba á fastidiarse de ella, porque el placer de un jugador consiste sobretodo en esas alternativas de pérdidas y de ganancia que tienen continuamente alarmado su espíritu, y que le hacen experimentar emociones siempre nuevas. Si un jugador estuviese condenado á ganar infaliblemente, pronto se cansaria del juego. Savereux, cada vez mas alegre y hablador á medida que vaciaba las botellas, hubiera dejado de buena gana el juego, si no hubiese tenido en su poder el dinero de sus amigos, y particularmente el de Ives de Curson, que estaba decidido, como los demas, á jugar y á perder por su palabra.

—Compañeros! somos unos jugadores de tomo y lomo! dijo Savereux con los ojos medios cerrados, y sin apenas poder levantar la cabeza; si, somos los jugadores mas valientes y galanes de toda la cristiandad!

—Disparate! Jugamos como niños! contestó el señor de Curson irritado contra la suerte, y cada vez mas dominado por el ardor del juego, que no queria ahogar en vino. Cuatrocientos escudos de oro no valen la pena!

—Como! repuso Savereux, hace diez años dia por dia que estoy jugando, y hasta ahora nunca habia poseido tal cantidad.

—Pues entonces, quereis decirme, qué es lo que os rinden vuestras posesiones de Savereux.

—Mis posesiones! esclamó Santiago de Savereux soltando la carcajada: yo soy noble porque lo era mi difunto padre, que ennobleció á mi madre en el mero hecho de casarse con ella; pero no tengo otro patrimonio que mi espada, á la que debo lo que soy, á saber, abanderado del regimiento del caballero de Angulema. No aguardo heredar nada, y me contento con lo que me produce mi paga y el juego, con tal que el vino sea fresco y abundante

—Siendo asi, me avergonzaria de quitaros el pan de la boca; acabé, pues, de jugar con vos.

—Ola! parece que os burlais, querido mio! Pero pardiez! no echeis en olvido que en este momento soy yo el mas rico, y por cierto que no juego bajo la garantia de mi palabra.

—Habeis oido, acaso, decir que mi palabra vale menos que el metálico? repuso Ives de Curson picado y confuso de aquella alusion al estado de su bolsa. Tomad, añadió quitándose del cuello la cadena de oro y arrojándola sobre el tapete, he aquí en prenda esta alhaja.

—Caballero! replicó con altivez Savereux, me creeis acaso un judio que hace préstamos sobre prendas.

—No por cierto; pero me conviene jugar contra vos esta joya que vale tres mil libras.

—Jugaré todo lo que querrais; pero bajo vuestra palabra, y siempre y cuando vuelva esa cadena á vuestro cuello.

—Juguemos pues 500 escudos á cuenta.

—Sea por no disgustaros; pero antes bebamos á fin de tomar aliento.

—Bebed lo que gusteis, y juguemos, juguemos..... No debe ser tarde todavia.

—Serán las diez y media, respondió uno de los concurrentes que estaba medio dormido. Pero ¿quién llama á la puerta?

—Mia es la cadena! dijo Savereux sin mirar los dados que habia echado fuera del cubilete.

—No, la cadena no, sino los trescientos escudos qne se han jugado, y para cuyo pago sirve la cadena de prenda, dijo tranquilamente Ives de Curson. Todo eso es una bagatela. Juguemos si os parece quinientos escudos de oro á cada puesta.

—Quinientos escudos de oro! Caballero, amigo mio, se me figura que habeis bebido mas que yo, y por lo tanto que estais menos cuerdo!

—No puedo obligaros á jugar vuestra ganancia! dijo amargamente el jóven.

—Mi ganancia! Me la echais en cara? Pardiez! la jugaré hasta la última moneda.

—Quinientos escudos de oro, en cada suerte! Vosotros que no jugais, entreteneos en ir anotando las cantidades que pierda.

—No cesan de llamar á la puerta, observó uno que se habia levantado con ánimo de bajar á abrirla, y que con trabajo pudo llegar á la ventana..... Capitan?... sois vos?... No, no es él. Es una muger!

—Una muger! esclamó Savereux levantándose y dirigiéndose á la ventana dando traspies.

—A donde vais, señor de Savereux, dijo Curson con impaciencia. Bueno está el pretesto para dejar de jugar!

—Llévese el diablo la noche, que me impide ver lo que deseo! decia Savereux sacando medio cuerpo fuera de la ventana, con

tanto descuido que hubiera caido si no lo sostuviesen por detras. Es una muger á caballo y un criado que la sirve de escolta.

—Carguen todos los diablos católicos con todas las mugeres! dijo entre dientes Ives de Curson descargando un puñetazo sobre la mesa.

—Señora, qué teneis que mandarnos? dijo Savereux alzando la voz y saludando á la dama que miraba.

—Caballero, desearia saber si se halla en vuestra compañia un gentil-hombre de Bretaña llamado Ives de Curson, respondió la desconocida con voz temblona.

No bien hubo oido esta respuesta, Santiago de Savereux se lanzó á la escalera, para ver desde mas cerca á aquella dama cuyo acento desconocia. Mas como estaba algo ébrio la bajó rodando: largo tiempo estuvo antes de encontrar la cerradura, mas al fin abrió la puerta, y sosteniéndose contra la pared dijo con lengua estropajosa.

—Se..... señora; cuan afortunado... es..... es el que honrais con vuestra amistad!

—No penseis que ha de quedar asi el juego! gritaba Ives de Curson, el cual figurándose que Savereux buscaba un pretexto para retirarse con su ganancia, se habia lanzado á la persecucion de este caballero, y le habia cogido el brazo con tanta fuerza, que le sostuvo cuando sus piernas vacilantes se negaban á hacer su oficio.

—Ah! sois vos, Ives! dijo la dama reconociendo en la voz al señor de Curson.

Oh! qué hermosa y encantadora sois! gritó Savereux, procurando zafarse de las manos del jóven. No sois una mortal, sino alguna ninfa, alguna náyade del Sena, algun ángel del cielo bajado á la tierra!

—Pardiez! Aua, qué venis á hacer aqui? le dijo Ives de Curson aproximándose á ella para no ser oido.

—Vengo á saber si os ha sucedido algo, respondió la jóven tímidamente, y por qué no habeis vuelto á casa.

—Qué quereis que me haya sucedido? repuso Curson de mal humor.

—Vamos, no os incomodeis, y decidme si M. de Pardaillan os acompaña.

—Pardaillan! se ha quedado esta noche en el Louvre; no os ha avisado?

—Sí, por medio de una carta, respondió ella ruborizándose; me decia en ella que se quedaba en el Louvre acompañando al Rey de Navarra.

—Entónces, por qué me preguntais donde se halla?

—Por qué..... á la verdad, porque dudaba que fuese cierto..... y temia que no estuviese con vos jugando.

—Yo no juego! repuso el señor de Curson, ocultando su turbacion bajo la máscara de una irritacion aparente. Cargue el diablo con todas las curiosas y con las novias. Y ahora adonde vais?

—Pero..... no es ya hora de que volvais á casa, sobre todo cuando desde aqui á ella hay una buena media legua?

—Y siendo asi, porqué habeis venido? Está loca vuestra madre que asi os deja correr por las calles?

—Está durmiendo y no sospecha nada. Mucho me habia alegrado la noticia de la venida de M. de Pardaillan, y lo he estado esperando, hasta que su carta me quitó toda esperanza. Si al menos hubieseis llegado vos no habria estado tan inquieta! Estaba tan disgustada, que de seguro no hubiera podido dormir..... Ademas, por el barrio se dice que el pueblo está conmovido..... y como desde lejos parece que la ciudad está ardiendo, á causa de las muchas luces que hay esta noche en las casas..... monté á caballo, y.....

—Ya veo que teneis mas valor, siendo soltera, que el que podria tener la muger de un viejo capitan de *raitres*.....

—Ahora vengo de casa de nuestro pobre almirante; y allí he sabido que cenábais aquí con algunos católicos.

—Qué importa! lo cierto es que me parece algo atrevido que os mezcleis asi en mis asuntos.

—Como ya han dado las diez!

—Lo mismo me da que sean las diez que las doce; no he de recogerme hasta el dia.

—Como! no me acompañais?..... Vaya, montad á caballo, y vámonos.

—No haré tal! os volvereis como habeis venido; y mañana se os dirá lo que hace al caso.

—Ives, amigo mio; sin duda estais loco. ¿Como quereis que vuelva sola?

—Pedro, estás bien armado? preguntó Ives al criado que tenia la brida del caballo.

—Tengo una daga, una espada, y dos pistolas, Monseño., respondió el criado que habia servido en el ejército hugonote.

—Y sabes muy bien hacer uso de ellas. Ea, arrea ese caballo, y otra vez no te

prestes con tanta facilidad á los caprichos de una loca!

Al pronunciar estas palabras volvió la espalda á la jóven, entró en la casa y cerró la puerta. La desconocida permaneció un instante indecisa y asombrada de la dureza con que el Sr. de Curson la habia tratado: miraba la puerta, creyendo que se abriria de nuevo, y mientras tanto procuraba ahogar algunos sollozos. Unos tres minutos despues, viendo que la puerta no se abria, se arrepintió de haber esperado tanto, levantó la cabeza, enjugó sus lágrimas, se echó á la cara el velo que llevaba prendido del sombrero, y tiró con tanta violencia la brida de su caballo, que por poco este derriba al criado al tomar el galope. Cuando Ives de Curson lo oyó experimentó cierto remordimiento, y se arrepintió de haber sido cruel, ingrato y egoista: quiso detener á la jóven cuya única falta consistia en haber interrumpido su juego, y ya se preponia seguirla, alcanzarla y acompañarla, cuando fue detenido por una agresion imprevista.

Provenia ésta de parte de Savereux que pugnaba por sostenerse en la oscuridad, gruñendo á mas y mejor, y que hallando la pierna del Sr. de Curson, no la soltó, por mas esfuerzos que aquel hizo para librarse de aquella opresion. Cada vez se oian menos los pasos del caballo, cuando M. de Curson comprendió que estaba su honor interesado en no partir. Savereux le hacia cargos y lo provocaba, y aunque conocia que obraba á impulsos del vino, sin embargo no podia dejar de contestarle á causa de los demas oficiales que eran testigos de aquella escena.

—Muerte y pasion! gritaba Savereux, en quien la embriaguez daba al traste con su buen natural; tanto peor para vos si no teneis caprichos, señor hugonote; pero quién sois vos para prohibir á los demas que los tengan?

—Qué fiesta hay esta noche en el Louvre? dijo uno de los gentiles-hombres que se habia quedado en la ventana del comedor. ¿No veis á lo largo de los fosos aquellos arqueros y arcabuceros de la guardia del Rey, y aquellos hombres con antorchas? Si no fuera porque no se oye ni siquiera una paja, creeria que se estaban batiendo.

—Señor de Savereux, dijo con amabilidad Ives de Curson, procurando calmar el infundado resentimiento de aquel bebedor: mañana y los demas dias, y cuando querais volveremos á nuestro juego, pero ahora permitidme que me retire.....

—Partireis despues de haberme matado, si os parece, por vida de todos los diablos!

—Dios me guarde! Estais loco? Vamos, señor de Savereux, dormid un poco para que se os despeje la cabeza.

—Yo seré quien os mate, así lo espero, para castigaros por haberme impedido que vea á mi dama.....

—A vuestra dama? replicó con altivez el señor de Curson, tomando ya el asunto por lo serio.

—Sí, á mi dama, que es la mas hermosa, la mas complaciente, la mas adorada!.....

—Os burlais, caballero. Ni aun siquiera conoceis á la que llamais vuestra dama.

—La conozco mejor que vos!

—No está mala la broma, y puede costar cara á su autor. Si Pardaillan os oyese!

—Y quién es ese Pardaillan? el hijo natural de Gondrin, el capitan del regimiento bearnés del Rey de Navarra?

—Estais ébrio, señor de Savereux; de lo contrario diria que erais un hombre sin honor.

—Sangre y sangre! ayudadme á subir, y ya os enseñaré lo que soy.

Al rumor de esta discusion que degeneraba en injurias y en amenazas, se habian asomado á la meceta de la escalera dos de los convidados con luces. Ives de Curson, pálido de cólera, daba el brazo á Santiago de Savereux, que no menos incómodo, pero con el rostro encendido y caidos los párpados, tropezaba en cada escalon, y caia á plomo sobre el pecho de su adversario.

—Mil diablos! mil muertes! balbuceaba Savereux.

—Compañeros! gritó desde la ventana un gentil-hombre, dirigiéndose á una partida de arqueros que pasaba á poca distancia; estamos acaso en la víspera de S. Juan y se encienden candeladas en la plaza de Greve?

—No; estamos en la víspera de S. Bartolomé, contestó el gefe de los arqueros; dícese que el Rey va á hacer una caza á la luz de los hachas, y nosotros somos enviados para contener á los curiosos que puedan incomodar.

—En verdad, dijo otro gentil-hombre, que esta es la primera caza que se ha hecho contra las ratas y los gatos de Paris.

—Camaradas, cerrad las ventanas! dijo con voz atronadora Santiago de Savereux,

que ya habia llegado á la sala, gracias á los esfuerzos del señor de Curson.

—Tienes miedo de que se vuelen las botellas? esclamó uno de los presentes; mas bien lo harian los dados y los escudos!

—Vosotros sereis testigos y jueces del campo, caballeros; desafio á M. de Curson.

Al pronunciar estas palabras, Savereux que apenas podia tenerse en pie, sacó su espada que un testigo oficioso le presentó, y se puso en guardia. Curson, en quien el vino no habia podido turbar la razon ni alterar su sangre fria, se negaba á empuñar la espada contra el agresor, á quien la embriaguez no dejaba libres sus movimientos: cruzose pues de brazos y se quedó sin movimiento, frente á frente del acero que Savereux le presentaba. Los convidados murmuraron de lo que creian una cobardia; porque estaban poco dispuestos en favor de Curson, sabiendo que era hugonote.

—Pardiez! ya veo que no sois caballero! gritó Savereux furioso.

—Mañana al ser de dia os probaré que soy mejor caballero que vos! esclamó el señor de Curson, que cada vez se arrepentia mas de no haberse ido con la jóven.

Al mismo tiempo se dirigió hácia la puerta.

Alto ahí! compañero, le dijo uno de los presentes cortándole el paso: antes de marcharos dareis una satisfaccion al que habeis ofendido. Ea, en guardia!

—En guardia, hugonote! gritó otro.

—Ánimo, Savereux! añadió un tercero: Sangra! sangra á ese herege! es una obra de misericordia!

—Por todos los cuernos del diablo! señor hugonote, decia un cuarto; vais á tener que habérosla con una buena hoja.

—No estais en vuestro cabal sentido, M. de Savereux, dijo afablemente Ives de Curson, que no hallaba ninguna razon para aquel duelo, y que por otro lado no queria batirse con un hombre ébrio. Buenas noches, y hasta mañana.

—Nada! nada! no habeis de salir de aquí, dijeron los testigos, interin no zanjeis esa cuestion.

—Yo no tengo ninguna con M. de Savereux, dijo el jóven impaciente, pero si os empeñais!...

—Cómo! negais la injuria que me habeis hecho? esclamó Savereux. Yo creia que los señores hugonotes no sabian mentir.

—Mentir! gritó Curson pálido de rabia, y tomando la espada que le alargaban.

—En guardia, valientes! gritaron confusamente los testigos llenando los vasos, y brindando por el triunfo del campeon católico. Savereux, sácale la mala sangre! abre unos cuantos ojales en su piel!

No necesitaba Savereux que lo excitasen, pues la embriaguez y el calor que sentia lo habian puesto en un estado de exaltacion dificil de describir. Por su parte el señor de Curson habia llegado á incomodarse; mas, sin embargo, viendo los esfuerzos que hacia su contrario por tenerse de pie, no se determinó á herirle.

—Señores, dijo en el momento de cruzarse las espadas; cuidad de que no se lastime al caer.

Este sarcasmo provocó murmullos entre los testigos, y aumentó, si era posible, la rabia de Savereux, quien se arrojó sobre su enemigo con tanto vigor que por poco lo pasa de parte á parte, atravesándose él mismo con la espada de aquel: afortunadamente el señor de Curson tuvo tiempo de levantar la espada que venia recta á su pecho, y el golpe no le alcanzó mas que en el brazo en el que le hizo una leve herida. Brotó la sangre, y á su vista Savereux, horrorizado de lo que habia hecho, soltó la espada, y se arrojó en los brazos de sus amigos. Ninguno de estos se llegó á socorrer al señor de Curson, que se atajaba la sangre con la mano, y que seguramente estaba menos conmovido que el autor de su herida.

—Ah! señor de Curson! esclamó Savereux, cuyos remordimientos se habian despertado vagamente en medio de su embriaguez.

—Seguro está que se muera ese pagano de hugonote! dijo entredientes uno de los instigadores de aquel combate.

—Os dais por satisfecho y contento, M. de Savereux? preguntó otro menos encarnizado contra los protestantes.

—Perdonadme, señor de Curson! dijo Savereux reuniendo sus fuerzas para levantarse y aproximarse al herido.

—No tengais sentimiento de lo hecho, caballero, respondió el gentil-hombre sin rencor. Puede que algun dia os pague esta deuda, y no por eso dejaremos de ser buenos amigos.

—Os estais desangrando, pobre señor de Curson!..... Voy á buscar á un cirujano.....

—Mejor será que yo vaya. Justamente voy á casa del señor almirante, y allí me encontraré á Ambrosio Paré que debe pasar la

noche á su lado: me vendará este arañazo, y es seguro que no por eso dormiré menos.

—Yo mismo voy á vendar vuestra herida dijo Savereux sacando su pañuelo, y atándolo al brazo de Ives para comprimir la hemorragia. Pardiez! yo quisiera tener esa herida en el vientre! ¿No me perdonais?

—Os perdono de todo corazon; pero ¿es verdad que la señora, causa, al parecer, de nuestra disputa, sea vuestra dama?

—Qué disparate! pero sí me presumo que será la vuestra. Si esa jóven me perteneciera, os aseguro que no miraria el vino ni el juego.

—Vos teneis la culpa de que háyamos interrumpido el nuestro.

—Decid mas bien que es vuestra, por haber atraido aquí á esa hermosa dama, causa de todo lo que ha pasado.

—Lo bueno que tiene que la cosa no vale la pena: la herida no me incomoda lo mas mínimo; y para probároslo estoy pronto á jugar.

—Jugar! ah! no puede ser; es menester que os lleve á casa de Ambrosio Paré.

—Sí, pero no corre prisa; y todavia podemos echar algunas suertes de dado.

—Sea como gusteis, y Dios os dé mejor fortuna.

—Bueno, pero juguemos fuerte.

—Juego á un solo golpe todo lo que he ganado esta noche. Doce!

—Cuatro! A vos toca echarlos; veamos lo que os debo, y doblemos la cantidad.

—Acabais de perder mil escudos de oro; contadlo vos mismo.

—Eso no es nada; esta vez jugaremos tres mil escudos.

—Tres mil escudos! yo no los tengo, y si llegase á perderlos.....

—Y qué? no teneis vuestra palabra como yo la tengo? tres mil escudos á este golpe. Once!

—Y yo doce! En verdad que estoy avergonzado de tanto ganar, y no quiero vuestro dinero.

—Muy pobre jugador seria, si me desanimase ya: cinco mil escudos esta vez!

—Cinco mil escudos, amigo mio! Quereis que los robe al diablo. ¿Y vuestra herida?

—No me cuido de ella: me la habeis vendado muy bien; y vuestro pañuelo vale, á no dudarlo, todo un aparato... Vayan los cinco mil escudos... No os durmais, Sr. de Savereux.

—No, quien piensa en eso! pero permitidme que beba lo que queda en esta botella..... Diablo! y vuestros cinco mil escudos?.....

—Me los habeis ganado como los otros. Preciso es confesar que tengo la mano algo desgraciada!

Notando los convidados la buena armonía que reynaba entre los dos campeones, por uno de los cuales habian tomado abiertamente partido, se retiraron á otra habitacion, y allí, medio ébrios determinaron provocar al hugonote á fin de bajarle algo los humos, segun decian. El capitan de Losse no estaba allí para obligarlos á que respetasen á su huesped. Así, pues, resolvieron echar de la casa ignominiosamente á Ives de Curson, y hasta maltratarlo si pensaba resistirse. Adoptado este plan, volvieron todos á la sala de juego. Ives habia perdido entretanto sesenta mil escudos bajo su palabra.

—Como apesta el hugonote! dijo uno de los mas ébrios y fanáticos.

—Señor hugonote, añadió el gefe del complot; se os suplica que al punto levanteis vuestros reales, y os váyais á otra parte.

—En la inteligencia, dijo un tercero, que si no salis pronto por la puerta, correis el riesgo de salir por la ventana.

—Recordad, que de la casa del lado partió la bala que M. de Maurevet, ese digno y honrado gentil-hombre, ha disparado á ese condenado almirante.

—Qué quiere decir esto? esclamó Ives levantándose y empuñando su espada.

—Qué infamia es esta? gritó Savereux poniéndose al lado del calvinista, y desenvainando asimismo la suya.

—Caballeros, si alguno de entre vosotros tiene algun asunto que tratar personalmente conmigo, lo aguardaré mañana en los fosos del Pré-aux-Clercs.

—Y si hay alguno que quiera servir de segundo, que lo diga, pues yo lo soy del señor de Curson.

—Como, Saverex! asi estais dispuesto á apostatar y haceros calvinista? dijo uno.

—Nosotros somos diez y seis católicos, añadió otro; buscad, pues, otros tantos hugonotes.

—Pardiez! os aseguro que me vereis entre ellos, respondió Savereux, cuya noble y generosa indignacion fue bastante á disipar su sueño y su embriaguez. Vámonos, señor de Curson; no permanezcamos mas tiempo

en esta caverna de bestias feroces.

—Os debo sesenta mil escudos, le dijo Ives, á quien esta pérdida habia causado una tristeza profunda. Mañana los tendreis, y en seguida seremos hermanos de armas, como lo soy ya de Pardaillac.

—Id en paz, bellos soldados de Ginebra! gritó el mas insolente de los caballeros católicos.

—Al primero que se atreva á insultar al huesped del capitan de Losse, replicó Savereaux con voz amenazadora, lo atravesaré con mi espada!

—Hasta mañana, señores! añadió Ives: nos volveremos á ver á las doce en el Pré-aux-Clercs, y el Señor ayudará á los buenos contra los malos.

El señor de Curson dió á Savereux el oro que habia recogido de la mesa, le puso al cuello su cadena de oro, y dándole el brazo para ayudarle á bajar, salieron de la casa sin que nadie los siguiese ni incomodase.

—Hermanos de armas! esclamaron abrazándose luego que se vieron en la calle, y despues de haber envainado sus espadas. Sí, hermanos de armas, hasta la muerte!

—Nó os váyais asi con la cabeza al aire, queridos hermanos de armas! les gritaron desde la ventana: podriais coger un costipado ó una pulmonia, á pesar de que la noche será caliente!

Al decirles esto les tiraron los sombreros que habian dejado olvidados en la precipitacion de su salida: recogiéronlos dirigiendo algunas amenazas á los autores de tan insolente despedida; y se alejaron sin haber notado el cambio involuntario que habian hecho de sus sombreros: el de M. de Curson con su lazo de perlas y de oro estaba en la cabeza de Santiago de Savereux, y el de fieltro de éste en el cual habia puesto la cruz blanca, señal convenida entre los católicos, estaba en la cabeza del gentil-hombre hugonote.

III.

LA SEÑAL.

—A donde vamos? preguntó Savereux, en quien en vano el fresco de la noche combatia la embriaguez y el sueño: donde estamos? añadió, vacilando en la direccion que debia tomar.

—Pienso que á acostarnos, contestó Ives, que hacia los mayores esfuerzos para impedir que su compañero cayese al suelo dormido. Estamos cerca del Louvre, aunque no sé como se llaman estas calles.

—Pues si vamos á acostarnos, camarada, lo mejor será tendernos aquí, y esos pasos nos ahorramos.

—Aquí! en medio de la calle? este colchon está menos bullido que el de un hospital; ademas que solo los rateros, y malas vidas duermen en la calle.

—A fe mia, que sois muy delicado, contestó Savereux dejándose caer; yo encuentro esta cama muy cómoda.

—Vamos, M. de Savereux, levantaos; os lo pido por vuestro honor; si alguien os viese!.....

—Eso quisiera yo, que el Rey me viese! respondió el gentil-hombre insistiendo en quedarse allí tendido.

—Pero no conoceis que puede pasar un caballo ó un carro y aplastaros.

—Pardiez! mucho me alegraria que algun rústico ginete, ó algun carrero me rompiese una pierna ó la cabeza; con eso descargaria sobre sus costillas toda la cólera que han provocado en mí aquellos borrachos que os han injuriado y amenazado.

—A bien que mañana los encontraremos en el Pre-aux-Clercs; pero para estar en estado de hacerles frente es menester dormir bien en nuestras camas.

—Pues, señor, hasta mañana en el Pre-aux-Clerco! dijo Savereux, que ya apenas veia.

—Pardiez! yo no puedo dejaros asi en medio de la calle.

—Acostaos entonces á mi lado: la cama es bastante ancha para los dos.

—Tened presente, M. de Savereux, que vos no podeis, sin faltar á vuestros deberes de caballero, dejarme solo y perdido en esta ciudad que no conozco.

—Por qué no lo habeis dicho desde un principio? contestó Savereux, haciendo un prodigioso esfuerzo para levantarse; ea, andando!

—Pero, adonde vais? no conoceis que os dirigis al mismo sitio de donde venimos?... Vaya, sepamos antes de movernos adonde se dirige cada uno de nosotros.

—Yo voy á acompañaros á vuestra casa, y despues buenas noches hasta mañana.

—Pues si no lo tomais á mal voy á casa del almirante, y mañana en cuanto amanezca pasaré al barrio de S. German, donde habita mi madre, para pedirla los 60,000 escudos que me habeis ganado.

—Sesenta mil escudos? gritó Savereux; es cuanto podia ambicionar!

—Pues los tendreis, respondió suspirando M. de Curson; esa cantidad es sobre poco mas ó menos la dote de mi hermana.

—Pardiez! es linda vuestra hermana? me casaré con ella.

—Por desgracia os ha tomado la delantera, y mañana se casa con uno de los mas valientes gentiles-hombres de la religion.

—Mucho lo siento M. de Curson! pero qué diablos? paciencia!

En seguida emprendieron su marcha; Savereux pegando tumbos, y Curson pensativo, y sin mirar siquiera por donde iban. Media hora despues, Curson alzó la cabeza, y se encontró de nuevo frente del Louvre.

—Otra vez el Louvre! esclamó.

—El Louvre? repitió Savereux; pues si hace mas de una hora que le volvimos la espalda?

—Y sin embargo ahí le teneis.

—Lo que vos tomais por el Louvre, amigo, es el palacio de Bethisy donde vive el almirante.

—Como! acaso no reconoceis el Louvre?... Y sabreis decirme si corre algun rio por la calle de Bethisy?

—Ta, ta, alguno de los dos ha bebido demasiado, M. de Curson, contestó Savereux, soltando el brazo de su compañero y dirigiéndose hácia el Louvre. Ahora mismo voy á preguntar al Rey, si en efecto es el Louvre lo que tengo á la vista.

—A mí me toca guiarlo, pensó Ives, que en vano procuraba saber donde se hallaba: el pobre ha dejado su razon en el fondo de la botella.

—Ah! tunante! ah traidor! gritó Savereux, que en su marcha oblicua habia tropezado contra una casa; yo te enseñaré á detener á un hombre en su camino.....

—Savereux, amigo mio, le dijo Curson, deteniéndolo; aguardadme aquí, mientras me procuro alguna persona que quiera guiarnos.

—Hermano de armas, abrázame! balbuceó Savereux, que no bien hubo perdido el equilibrio cayó al suelo, preparándose á dormir hasta el dia siguiente. Dame de beber, de beber, de beber.....

—Mala peste coja á los borrachos! será menester llevarlo á su cama..... Yo no puedo quedarme aqui de centinela, toda la noche..... Si se presentara alguien..... Pero qué! todo el mundo está ya durmiendo..... á excepcion de los ladrones y de la ronda.... Oigo pasos..... El capitan de Losse que debia acompañarme á casa del almirante no ha cumplido su palabra.

En seguida se alejó. Largo rato anduvo estraviado por las calles sin encontrar á nadie. Mas de una vez se le figuró ver pasar á lo lejos alguna sombra: llamaba, pero nadie le respondia: todas las puertas estaban cerradas; y en tal cual casa que veia luz, la apagaban al momento, y todo quedaba en silencio tan luego como él llamaba. Viendo, en fin que no adelantaba nada, determinó volver al punto de partida, lo que logró despues de no poco trabajo. Reconoció, los sitios mas no halló á Savereux: en el lugar en que habia dejado á éste halló su cadena de oro, lo que hizo presumir que Savereux habria procurado levantarse y entrar en el Louvre, perdiendo la cadena, merced al estado en que se hallaba. Entonces determinó volverse al barrio de San German á casa de su madre.

Dirigióse en su consecuencia hácia dicho barrio, orientándose como mejor podia. Al llegar cerca del gran Chatelet, frente del puente, se encontró enmedio de una partida de hombres armados que salian del Hotel-de-Ville, y andaban con mucha cautela. El aspecto de estos hombres no era por cierto muy marcial, trasluciéndose á leguas, que no iban muy á su gusto: hasta las armas que llevaban tenian algo de cómico: el uno llevaba en la cabeza un morrion de acero; el otro un sombrero, este un gorro, aquel un casco enmohecido: tal sucumbia bajo el peso de una espiocha; cual empuñaba una espada que no podia manejar; el otro llevaba un arcabuz sin mecha, pero todos iban provistos de cuchillos y de puñales: el gefe de esta partida, sin ser mas guerrero que sus soldados, se distinguia al menos de ellos, por un trage mas militar.

—Dios os guarde, compadre! dijo el gefe señalando el pañuelo blanco atado al brazo de M. de Curson, y la cruz blanca que llevaba en el sombrero: vos sois uno de los nuestros!

Hasta entonces no reparó Ives en el cambio verificado, y notando que los individuos de la partida, tenian todos pañuelos al brazo, y cruces blancas en el sombrero, supuso que aquello seria una señal convenida para un uso que ignoraba, y pensó que obraria con prudencia no dándose á conocer.

—Parece que perteneceis á la corte! con-

tinuó el gefe examinando á Ives; os envian al Hotel-de-Ville?

—No, voy al barrio de Saint-German, respondió M. de Curson, que todavia no comprendia el peligro de su posicion.

—No han variado en nada las órdenes del Rey? Hemos visto al duque de Guisa que se dirigia al Louvre.

—M. de Guisa no está en Paris, repuso vivamente M. de Curson; se marchó de Paris despues del crímen cometido por su criado Maurevert.....

—Hablais como un hugonote, dijo uno de la partida; si el almirante hubiera muerto no estariamos aquí.....

—Silencio! interrumpió el capitan. Puesto que venis del Louvre, caballero, os pregunto, si el relox de Paris tardará mucho en dar la señal de la matanza: ya estamos cansados de aguardarla. La cosa debia ser á media noche, luego se dejó para la una, despues para las dos, y ahora.....

—Ahora, repuso uno que debia ser abogado, se ha dejado para dentro de ocho dias, á fin de examinar la causa, y oir los descargos y demas.

—Entónces qué necesidad habia de privarnos de dormir, y de sembrar la alarma en nuestras familias?

—Ya veo yo que se burlan, añadió un tercero, de nuestra fe y credulidad.

—Bueno está! retardar la matanza, para que esos hugonotes tengan tiempo de reanimar la guerra civil!

—Y esos infames hugonotes harán entonces con los católicos, lo que los católicos querian hacer con ellos!

—Buenas noches, señores, dijo M. de Curson, violentándose para no declararse protestante, y á fin de no manifestar en voz alta su indignacion. Suceda lo que suceda, os deseo que tengais en mas vuestro honor que la vida.

—Caballero, os ruego que refirais al Rey lo que habeis visto, dijo el capitan siguiéndole algun trecho para hablarle en particular; yo soy el librero Koerver, que vive en el puente de Nuestra Señora: he reunido á los mejores católicos del barrio, y les he hecho jurar que no perdonen á ningun hugonote, ya sea este su padre ó su hermano.

—Solo al Dios de Israel pertenece el juzgaros y castigaros! contestóle M. de Curson, volviéndole la espalda para no verse en la necesidad de recurrir á su espada: ¡El Señor haga que mis hermanos se despierten!

Y apretando el paso se metió por la primera calle que se presentó á su vista. Queria ir á avisar al almirante del complot que habian tramado los católicos; y del cual si bien no conocia toda la estension, habia oido lo bastante para persuadirse de que la muerte amenazaba á todos sus correligionarios. Imposible es describir los tormentos que sufrió Ives al correr, perdido por las calles, temiendo que de un momento á otro sonase la hora fatal del degüello..... corria en busca de la casa del almirante Coligny, pero en vano procuraba llegar..... Fatigado, angustiado, ya no sabia qué partido tomar, cuando de pronto cree encontrarse en las cercanías de la calle de Bethisy: las casas, las muestras de las tiendas, un pozo, una imagen de Nuestra Señora en un nicho abierto en una esquina, evocan vagas reminiscencias en su memoria, y hacen brillar un rayo de esperanza que lo saca de su abatimiento..... ya cree tocar el objeto deseado..... recobra sus fuerzas..... da algunos pasos mas..... pero al volver de una calle se encuentra delante de la Bastilla.

—Señor Dios mio! balbuceó cayendo de rodillas, y juntando las manos; tú no quieres que salve á tus fieles!

En aquel momento dan las dos en los relojes de las iglesias y de los conventos: esquilones de sonidos claros y argentinos, parecen responderse alegremente unos á otros formando un concierto inmenso, en medio del cual la campana de Saint-Germain-l'Auxerrois se mueve y da la señal de la matanza.

IV.

La matanza.

No habia dormido mucho tiempo Santiago de Savereux en el sitio donde habia caido, pues no bien se hubo alejado Ives de Curson, cuando en medio de su sueño, le llamó la atencion el profundo silencio que reynaba en torno suyo: esto se esplica con decir que en el estado de soñolencia en que se hallaba, su oido habia quedado abierto á la voz del gentil-hombre que lo llamaba. Asi, pues, cuando dejó de oir esta voz, abrió los ojos, y se asombró no poco de verse solo.

—M. de Curson! gritó varias veces seguidas con voz bastante borrosa..... Pardiez! Se habrá ido á jugar y á beber sin mí..... eso

es una felonia !..... Eh !..... señor hermano de armas ! asi me habeis abandonado ? Echa de beber, chiquillo !.... Doble seis !..... Bueno !.... ya vuelve! ah !..... ya.... ya voy, M. de Curson, aguardad un poquito !..... Es ya hora de ir al Pres-aux-Clercs ?.....

Todos sus esfuerzos para levantarse eran inútiles, mas al fin logró ponerse en pie, y haciendo eses se dirigió al Louvre siempre preocupado con la idea de buscar á M. de Curson. Asi llegó, tras de no pocos esfuerzos junto á la puerta del Louvre que daba vista á la torre de Nesle; mas de allí no pasó, porque hallando un obstáculo en su camino, cayó en medio de la calle: habia tropezado contra los cuerpos de cuatro soldados calvinistas, que habian sido muertos por las guardias de las puertas al aproximarse al Louvre para expiar lo que pasaba en él. Santiago de Savereux no estaba en estado de conocer la naturaleza de aquel obstáculo; y creyendo tener que habérselas con algunos que le cerraban el paso, empezó á luchar con aquellos cadáveres, injuriándolos y golpeándolos de paso, sin notar que no respondian ni á sus gritos ni á sus golpes.

—Ahora vereis !..... ahora vereis! gritaba moviéndose como un endemoniado..... Pícaros, canallas, infames, animales, cobardes, ahora lo vereis !..... Caiga sobre vosotros peste, tiña, tercianas, tabardillos !..... Ya, ya os cortaré las orejas, tunantes !..... Ola! venid á mí, M. de Curson !..... ahí, dadles de firme, amigo mio !..... Bien ! duro! acribilladlos !..... Mas, mas !..... Oh ! eso es lo que se llama trabajar en regla.

En aquel momento estaba creido que Ives de Curson acudia á su socorro, mientras que sus enemigos despues de haberle atado las manos, se disponian á robarlo; porque el sonido de algunas monedas que se le salieron de los bolsillos, le recordó la gran cantidad de oro que llevaba encima. Púsose al punto en estado de defenderla contra los ladrones imaginarios, pero en vez de recurrir á su espada, se metió los brazos hasta el codo en los bolsillos, para sujetar el oro que habia ganado en el juego. Creia que tenia agarrotadas las manos; la embriaguez y la emocion paralizaban todas las fuerzas de su cuerpo, y no tardó en figurarse que le ataban tambien las piernas, y que le tapaban la boca. La cabeza era la única parte de su cuerpo que conservaba movimiento; y haciendo con ellas esfuerzos desesperados, y agitándose horrorosamente, logró confundirse mas entre los cadáveres, y hasta echarse encima algunos de estos. Entonces medio ahogado y medio muerto acabó por perder los sentidos.

En este momento se abrió el balcon principal del aposento del Rey en el Louvre, y dos pages con hachas precedieron en él á varios personages que se asomaron para ver el aspecto que presentaba Paris. Eran estos Carlos IX, la Reyna madre, el duque de Anjou, y los consejeros íntimos del Rey, el duque de Nevers, Tavannes, y el conde de Retz. El Rey contemplaba silencioso la ciudad, que parecia iluminada como para una fiesta, y en la que se oian rumores indistintos; de repente sonó la campana grande de Saint-Germain-l'Auxerrois.

—Qué es eso ? preguntó Cárlos, como si se hubiese despertado sobresaltado al sonido de aquella campana. Madre mia, me parece que yo no he dado la órden?

—La he dado yo, contestó Catalina de Médicis. Al dar vos la órden de purgar el Louvre de los gentiles-hombres hugonotes que habitan en él, he mandado tocar la campana de los funerales del almirante. Señor, os aseguro que sereis régiamente vengado, y ya debeis ir conociendo que sois un verdadero Rey.

—Gracias, señora, por las buenas intenciones que manifestais hácia mí; pero Dios es testigo que lavo mis manos en este asunto !..... Se ha tenido cuidado, sobre todo, de prevenir que el Louvre no se manche de sangre ?.....

—Segun lo habeis mandado, Señor, dijo el conde de Retz, se ha impuesto pena de la vida á cualquiera que manche vuestra casa con un asesinato.

Reynaba entretanto en el interior del Louvre un tumulto al principio sordo y vago, pero que en breve tomó cuerpo: clamores lementables y gritos amenazadores sonaban de todas partes, unido al choque de las armas y de las armaduras: las ventanas se abrieron, se iluminaron y se llenaron de espectadores, particularmente de mugeres, que esperaban asistir á un espectáculo; en los corredores, en las galerias, en los patios, corrian los soldados con la espada en una mano y una antorcha en la otra; algunos tiros daban á conocer la resistencia de las víctimas, que hasta allí solo eran perseguidas, pero no asesinadas. Por fin se abrió la gran puerta del Louvre que dió paso á las

víctimas y á sus verdugos. Eran estos los suizos de la guardia del Rey y los del duque de Anjou, que habian recibido la mision de apoderarse de todos los gentiles-hombres del Rey de Navarra y del príncipe de Condé: y á estos eran á los que llevaban fuera del Louvre para asesinarlos.

No bien hubieron pasado la puerta, cuando los suizos se precipitaron sobre aquellos infelices, gritando: *Mueran, mueran.* Sea por casualidad, ó por determinado intento, ello es que los empujaban con la punta de sus espadas hasta donde yacian los cuatro cadáveres y Santiago de Savereux, y allí los asesinaban á estocadas, á puñaladas, á lanzasos y á pistoletazos. El Rey asistia impasible á este espectáculo horrible que de exprofeso habian puesto á su vista; pero su madre, sus hermanos, y sus favoritos, animaban á los asesinos con sus palabras y acciones.

—Matad! matad! gritaba el duque de Anjou aplaudiendo de paso; esos son unos viles traidores, unos descreidos que conspiraban contra el Rey nuestro Señor!

—Se habian alojado en el Louvre, decia Catalina en voz alta, para apoderarse de la persona del Rey, y reynar en su lugar!

—Asi se destruye la conspiracion! añadia el duque de Nevers; querian esterminar los católicos esta misma noche!

Escitados los suizos con estas palabras, y con el vino y dinero que se les habia distribuido, mataban sin piedad, diciéndose los unos á los otros:

—Estos son los que han querido obligarnos á matar á nuestro Rey, á nuestro querido señor!..... Mueran, mueran todos!

Los caballeros que asi morian habian sido arrancados de sus lechos; algunos de los brazos de sus esposas: por lo tanto no tenian medio de defensa, y caian acribillados de heridas, y de las cuales la menor bastaba á dar la muerte: asi á lo menos no tenian tiempo para sufrir, pues ya estaban muertos cuando los mutilaban de un modo horrible. Algunos antes de morir, encomendaban al cielo el cuidado de vengarlos. Los señores de Bourses, de San-Martin, y de Beauvais, fueron llevados juntos y medio desnudos al lugar del suplicio, y murieron abrazados.

—Hé ahí el capitan de Piles! esclamó Cárlos IX, señalando á un caballero que llevaba un rico trage, y cuya mirada altiva y desdeñosa infundia respeto á los asesinos.

—Ya veo que no hay mas remedio que morir, dijo el capitan de Piles, quitándose su capilla bordada de oro, y arrojandósela á un soldado que estaba de centinela debajo del balcon del Rey: toma, compañero, continuó, toma esto para que te acuerdes del capitan hugonote, que tan bien ha festejado á los católicos delante de Saint-Jean-d'Angely!

No bien pronunció estas palabras, cuando un soldado lo atravesó con su alabarda. Detras del capitan de Piles se presentó otro gallardo mancebo que saludó al Rey con la mayor serenidad, como si no le interesase nada de lo que acontecia. Cárlos IX le reconoció, y le hizo una señal para que se aproximase; pero el jóven, cuyo semblante espresaba el dolor y la indignacion, señaló con una mano la pila de cadáveres, que iba á aumentar con el suyo, y levantó el brazo al cielo como tomándolo por testigo de aquellos asesinatos: en seguida besó una banda de seda azul bordada de oro que llevaba al pecho. Los suizos habian retrocedido al ver la señal que habia hecho el Rey.

—Gondrin, amigo mio! le gritó Carlos IX, te suplico que abjures por amor á mí, y te hagas católico, como tu señor el Rey de Navarra.

—Señor; respondió el bastardo de Gondrin, baron de Pardaillan, que era el jóven á quien el Rey se dirigia; yo abjuraria por daros gusto, pero mi amada que pertenece á mi religion, no se casaria conmigo si yo fuese católico.

—Malvado! respondió el Rey con despecho, prefieres tu dama á tu Rey? tan hermosa es esa Ana de Curson?

—Ah! señor, la amo tanto!..... Pero en nombre de la justicia, por qué son estos abominables asesinatos?

—Los hugonotes habian tramado una conspiracion para quitarme la vida..... Pero tú no estabas en ella..... Vamos, Gondrin, hijo mio, abjura..... hazte católico!

—No, señor; seria en mí una cobardía insigne; esos infelices eran inocentes, y vos los habeis asesinado..... Soy calvinista hasta el cadalso..... matadme, pues!

Al oir estas palabras los verdugos le dispararon unos pistoletazos, y Gondrin cayó. Carlos IX al verlo confundido con los demas muertos y sin dar señales de vida, se tapó el rostro con las manos y quedó sumido en penosas reflexiones.

Mas de ochenta caballeros habian sido

asesinados, y yacian en una pila cuya altura era casi igual á la del balcon. Cada vez crecia mas el rumor que se notaba en la poblacion, las campanas que tocaban á rebato, los tiros y el ruido de las armas, todo lo cual unido á la violenta luz que despedian



Muerte de Gondrin.

de sí millares de antorchas, daban á la ciudad un aspecto infernal. De pronto un cohete despedido desde la torre de Saint-Germain-l'Auxerrois, que describiendo en el aire una curba luminosa, vino á estinguirse en el Sena, frente del Louvre, anunció á los habitantes de esta regia morada que el almirante Coligny habia dejado de existir.

—Señor, esclamó Catalina de Médicis: dad gracias á Dios y al duque de Guisa, de haberos librado de vuestro mas terrible enemigo.

Al mismo tiempo la campana mayor del palacio fue echada á vuelo, y sus alegres ecos se mezclaron á las solemnes vibraciones de la de Saint-Germain-l'Auxerrois, que seguia tocando á rebato. El clamoreo de la poblacion aumentó estendiéndose por toda ella. Cada calle, cada casa tenia sus asesinos y sus víctimas, que mas bien procuraban fugarse que defenderse. Degollábase á sangre fria á ancianos, niños y mugeres, porque mugeres, niños y ancianos se hallaban tambien en el número de los asesinos.

—No existe ya ningun hugonote en el Louvre? preguntó el Rey al capitan de Losse, que habia sido llamado para que asistiese á estos preliminares del degüello general.

—Uno solo, el señor de Lerac, que ha sido salvado por Mad. Margarita, bajo la promesa de hacerse católico. Tambien existen el Rey de Navarra y el príncipe de Condé.....

—Señor, vamos adentro interrumpió la Reyna madre; veo que nos traen la cabeza del almirante Coligny.

—Ah! vamos á recibirla! esclamó Cárlos IX con una alegria feroz; pero es un presente que no me pertenece, y por lo tanto la remitiré á Ntro. Ssmo. Padre el Papa.

En seguida dejó el balcon y acompañado de su comitiva, pasó á recibir el sangriento trofeo que le llevaba Besme de parte del duque de Guisa. El señor de Losse hizo entrar en el Louvre á los suizos de la guardia, y cerró las puertas, quedando el palacio como si no hubiese tomado ninguna parte en la matanza organizada en toda la ciudad; pero el monton de cadáveres que habia á algunos pasos de distancia, atestiguaba lo contrario.

Entre este monton de muertos, habia, sin embargo, dos vivos; el baron de Pardaillan que aun respiraba, á pesar de sus

mortales heridas, y Santiago de Savereux que no habia vuelto de su desmayo, aunque estaba medio ahogado por el peso de los cadáveres con los cuales lo habian confundido. La falta de aire, sin embargo, le hizo volver poco á poco en sí, haciendo de paso esfuerzos prodigiosos á fin de apartar el peso que tanto le oprimia: al fin pudo sacar la cabeza, y respirar con alguna mas libertad. Su embriaguez se habia disminuido á efecto de esa especie de letargo que se habia apoderado de todos sus sentidos y de todas sus facultades; abrió los ojos y los volvió á cerrar espantado de no ver en torno suyo mas que semblantes contraidos, desfigurados y ensangrentados, que tomó por otras tantas de esas estrañas visiones que crea el sueño; mas volviéndolos á abrir, y fijándolos tenazmente sobre los objetos que le rodeaban, y alargando la mano para tocarlos, se convenció que estaba despierto. De repente se disiparon los restos de su embriaguez: sin embargo no podia darse cuenta de las circunstancias que lo habian puesto en el número de los muertos; ni tampoco esplicarse como todos aquellos muertos habian sido apilados á dos pasos del Louvre; supuso alguna riña, algun duelo, y se preguntó si no se habia batido como segundo del señor de Curson con los convidados del capitan de Losse; tampoco pudo satisfacerle esta idea, porque notó que tenia la espada en la vaina, y recordó al mismo tiempo que el encuentro convenido debia verificarse al dia siguiente en el Pré-aux-Clercs.

Pasado el primer momento de vacilacion, durante el cual apenas pudieron sus ideas seguir un curso regular, pensó seriamente en salir de aquel mar de sangre en que estaba tendido, y tanto trabajó con pies y manos que logró abrirse un paso á traves de los cadáveres. Iba ya á verse enteramente libre, cuando fue detenido por un brazo, que seguramente no podia pertenecer sino á un vivo; al mismo tiempo un suspiro y algunas palabras entrecortadas, le convencieron que no todo estaba muerto en aquel monton de cuerpos inanimados.

—Hola! dijo en alta voz, quién se mueve por aquí? Hay todavia algun vivo que se halle en estado de venirse conmigo?

—Callaos, por Dios! le respondieron en voz baja; si os oyen, volverán, y entonces sí que podemos contarnos con los muertos.

—Y podeis decirme, quienes son esos que tan mal os quieren? preguntó Savereux bajando mucho la voz.

—Los que nos han dejado por muertos! dijo la voz que parecia estinguirse por falta de respiracion.

—Ladrones?..... reïtres?..... Os juro que no se lo que ha pasado..... Y sin embargo, me parece que no estoy muerto ni dormido?

—No estais herido de gravedad como yo?

—No lo noto, y herido ó no, me siento con ánimos para manejar la espada, mas y mejor. Pero, por qué es esta matanza?

—Muy enfermo debeis estar, sino recordais estos horrores! Hemos sido asesinados por los suizos de la guardia del Rey, á la vista de S. M. y de la Reyna madre!

—A la vista del Rey! esclamó Savereux, levantando la cabeza al oir el toque de rebato, los gritos y los tiros que se confundian en el aire. ¿Ha sido entregada la ciudad al saqueo?

—Esta matanza no ha comenzado para detenerse á lo mejor; y me sirve de consuelo el morir, puesto que así no presenciaré los asesinatos de esta noche fatal.

—Se baten por las calles! repuso Savereux, queriendo levantarse.

—No os movais, amigo mio! sino sois muerto sin remedio. Pero, en verdad, no estais herido?.....

—Ahora creo que no..... Y lléveme el diablo si comprendo cómo me encuentro aquí... ¿No habeis asistido á la cena del capitan de Losse? ¿No habeis visto á M. de Curson?

—M. de Curson? interrumpió la voz; ¿donde está? Ha podido librarse de la carniceria? Dios lo quiera!

—Ignoro qué le habrá sucedido desde que yo lo dejé: comimos, bebimos y jugamos juntos, tan bien, que me he hecho su hermano de armas.

—Vos! respondió la voz cada vez mas desfallecida, mientras que del centro de los cadáveres se levantaba una cabeza cubierta de sangre. ¿Cómo os llamais?

—Santiago de Savereux, gentil-hombre perigordin, famoso jugador de cartas y de dados, y bebedor cual no se presenta otro en la corte. Y vos?

—Bastardo de Gondrin, baron de Pardaillan, gentil-hombre de cámara del Rey de Navarra?

—Pardiez! imposible era que os reconociese en un estado tan lastimoso! vos, el

glorioso baron de Pardaillan, favorito de Monseñor Enrique de Borbon!

La voz habia enmudecido, y Savereux aguardó en vano una contestacion. Aquella cabeza desfigurada que se habia levantado ante él, acababa de caer de nuevo entre los muertos; pero él la distinguió entre todas en la máscara de sangre que la cubria y en una horrible herida que le habia hendido el cráneo hasta las cejas. Yacia el baron de Pardaillan sin movimiento, pero conservaba algun pulso y calor en las manos. Savereux no vaciló en socorrerlo; lo levantó con gran cuidado de aquel lecho de cadáveres y lo llevó hasta la orilla del rio. Lavóle el rostro, y desgarró su camisa para detenerle la sangre que manaba de todas sus heridas. En seguida buscó en su imaginacion el medio de completar su buena accion, proporcionando al herido los cuidados necesarios: no veia mas que el Louvre donde pudiese hallar esos cuidados que la humanidad concede á todos los que los reclaman, pero Pardaillan le habia dicho bastante para que desconfiase de la acogida que recibiria en el Louvre aquella noche: no es decir esto que diese fe á las estrañas declaraciones de Pardaillan que acusaba al Rey y á los católicos como culpables de traicion y de asesinato; sin embargo, no dejaba de asombrarle el estado en que se hallaba Paris: aquellos gritos no eran gritos de regocijo ni las campanas tocaban á fiesta. ¿Qué era, pues, lo que ocurria tan estraordinario y terrible? Por todo esto temia Savereux una gran catástrofe.

Pardaillan no habia vuelto en sí; Savereux le interrogaba en vano á fin de obtener pormenores mas explícitos, cuando vió bajar del claustro de Saint-Germain l'Auxerrois en direccion al Sena, una turba de hombres armados, que venian gritando. Savereux no vacila en salirles al encuentro con la espada en la mano; y á poco se halla ante una partida desordenada de soldados, que arrastraban por los pies un cuerpo sin cabeza, lleno de fango y de sangre: un odioso cortejo de miserables cubiertos de harapos, se agitaba en torno de aquellos restos que cada uno queria contemplar y ultrajar á su vez.

—A la horca el almirante! gritaban aquellos forzados.

—Vamos á colgarlo á Montfaucon!

—Mejor festejado será en la picota de Halles!

—Oh! qué pagano tan malvado!

—Mueran los hugonotes!

—No haya tregua! mueran sin remision!

—Mueran! mueran!

—Muerta la bestia, muerto el veneno!

—Y era ese el grande enemigo de la misa!

—Quememos ese saco de heregias!

—Salaboz, habeis mandado vos tan brillante espedicion? preguntó Savereux al ver á este capitan que trabajaba á mas y mejor para impedir que la turba se apoderase del cadáver. ¿El almirante está bien muerto?

—Qué os parece? contestó Salaboz, volviéndose con aire amenazador al desconocido que le habia interpelado por su nombre.

—Hola! ¿quién eres tú? dijo á Savereux uno de los mas furiosos de la banda presentándole la punta de una daga. Grita: *Viva la misa*! ó te mando al infierno con tu patron el diablo!

—Ah! sois vos M. de Savereux! esclamó Salaboz, corriendo á él y sacándolo de las manos de sus adversarios.

—Si comprendo nada lo que pasa, dijo, quiero verme condenado á no beber mas que agua, ni á tocar jamas una carta ó un dado!

—No obstante habeis cumplido bien vuestro deber, le dijo Salaboz al verle cubierto de sangre: ¿cuantos habeis matado?

—Ya haré un dia la cuenta, para deciroslo..... Pero en resumidas cuentas á quienes se deben matar?

—A todos los que son hugonotes públicos ó encubiertos, á todos los que odian al Papa, al Rey, al duque de Guisa, en fin, á todos aquellos que os parezca deben morir.

—Pardiez! no está eso malo, capitan Salaboz, pero yo no me precio de ser tan ferviente católico, y os dejo la mejor parte de esta carniceria!

Savereux indignado y afligido de lo que habia visto y oido, volvió al sitio donde habia dejado al baron de Pardaillan, resuelto á salvarlo, aunque solo lo conocia de vista. Hallolo todavia al parecer sin conocimiento, pero respiraba, y la sangre no corria ya de sus heridas.

—Eh! Mr. de Pardaillan! le gritó al oido; no es este el lugar mas á propósito para vos..... ¿No podriais andar apoyado en mi brazo?

—Sois católico? contestóle Pardaillan con

acento de dolorosa resignacion; si es así, matadme y no me lleveis á otra parte; os lo ruego!

—Que os mate? Y por qué os he de matar? Mas bien impediré que nadie os toque.

—Luego no sois católico? pues no estábais hace poco hablando con los asesinos?

—Ni puedo ni quiero ser católico ni hugonote; soy un caballero, y por lo tanto es mi deber protegeros.

—Eso es hablar con nobleza, dijo Pardaillan alargándole la mano: os ruego que me reputeis como hermano y amigo.

—Sea asi! replicó Savereux tomando la mano que se le ofrecia. Ahora se trata de llevaros de aquí, y de poneros en lugar seguro.

—Si al menos pudiera, antes de morir, llegar al arrabal de Saint-Germain.

—No morireis, si como decis quereis ser mi hermano y mi amigo! Tendriais fuerza para sosteneros sobre mis espaldas mientras yo pase el rio á nado?

—Eso seria ahogarnos los dos! Escuchad: mas vale que me dejeis aquí, hasta que podais trasladarme á una lancha muerto ó vivo..... Pero ya que manifestais tan buenos deseos de servirme, podeis hacer mas que salvarme la vida..... Pasad el rio á nado; llegad al arrabal de San-German, palacio de Genouillac, cerca de la puerta Bussy.....

—Haceos cargo que ya estoy allí; qué debo decir?..... Pardiez! mirad cuantos infelices se salvan á nado por todas partes?

—Tomad esta banda, para acreditar que vais en mi nombre; asi que la háyais puesto en manos de la señorita Ana de Curson.....

—Ana de Curson! esclamó Savereux con indefinible emocion: es parienta del jóven señor de Curson?

—Sí, es su hermana; y á no haber sido por esta desgraciada noche, mañana me hubiera casado con ella.

Santiago de Savereux, no quiso oir mas, y sin comunicar su proyecto al baron de Pardaillan, se arrojó al rio vestido, nadó vigorosamente hasta la orilla opuesta y á pesar de los gritos del dueño de una barca que habia amarrada á una estaca, la desató, y volvió con ella á donde estaba el baron. En seguida tomó á este en sus brazos, y trasladándolo á la barca, se puso á remar con el mayor ardor.

—Ah! cuan noble sois! murmuró Pardaillan; y yo que os acusaba de haberme abandonado!

—Abandonaros! repuso Savereux con asombro; ¿no os he dicho que yo era el hermano de armas de vuestro cuñado futuro Ives de Curson?

El rio estaba cubierto de cuerpos muertos que flotaban entre dos aguas, y de heridos que huian á nado; algunos intentaron asirse á la lancha, pero Savereux los rechazaba con el remo, temiendo que hiciesen zozobrar su frágil embarcacion. En aquel momento se presentó el Rey de nuevo en el balcon del Louvre, para contemplar el Sena tinto en sangre. Varios tiros de arcabuz partieron de aquel balcon, dirigidos contra los fugitivos que pasaban el rio: una bala silvó á los oidos de Savereux, quien alzando la vista conoció al Rey y á sus favoritos en los tiradores.

—Bien! esclamó; el cristianísimo Rey de Francia tirando al blanco sobre sus pobres súbditos!

Al mismo tiempo tocó la lancha la orilla: Santiago de Savereux se hallaba fuera del alcance de las balas, pero cuando se disponia á desembarcar al herido, se vió en la necesidad de desenvainar su espada para mantener en respeto al dueño de la barca que lo amenazaba.

—Hola! compadre le dijo Savereux con tono de autoridad; vamos á ver qué prefieres de estas dos cosas que te ofrezco: sepultarte mi espada en el vientre, ó meter en tu bolsa quinientos escudos de oro.

—Toma, los quinientos escudos! respondió el pasador; ¿qué debo hacer?

—Ayudarme á llevar á este caballero al palacio de Genouillac, cerca de la puerta de Bussy. Y para que no tengas desconfianza, he aquí que te pago adelantado.

—Oh! hermano mio! amigo mio! murmuró Pardaillan lleno de reconocimiento. ¡Con que voy á ver á Ana antes de morir!

V.

LA DEUDA DEL JUEGO.

Cerca de la puerta de Bussy que separaba la calle de S. Andres de los Arcos del arrabal de Saint-Germain-des-Pres, habia una casa antigua que se llamaba el palacio de Bussy, porque Simon de Bussy, consejero

del Rey en el siglo décimocuarto lo habia habitado; sus herederos habian vendido este palacio á la noble familia de Genouillac, que le dió su nombre. En dicha época cada familia noble tenia en Paris un palacio que por lo regular no habitaba, pero en el que esculpian su nombre y sus armas. Ademas estos palacios eran sitios dispuestos siempre á recibir á sus propietarios ó á sus parientes y amigos cuando pasaban á la capital, para no verse en la necesidad de hospedarse en una fonda como un viajero de mediana condicion. El señor de Genouillac habia, pues, ofrecido las llaves de su casa á la baronesa de Curson, que habia venido de Bretaña para casar á su hija con el baron de Pardaillan.

A la hora en que tenian lugar las horribles escenas que acabamos de referir, la señora de Curson se hallaba en la habitacion principal de su casa, oyendo la voz solemne de un ministro protestante que le leia la Biblia. Ya hacia rato, que la anciana señora se mostraba inquieta por la tardanza de sus hijos Ives y Ana, pero cuando llegó á sus oidos, aunque de un modo confuso, el rumor que habia en la capital, su inquietud creció hasta el punto de convertirse en una verdadera ansiedad, que no le permitia prestar atencion á la lectura del ministro. Así pasó una y otra hora, cada vez mas angustiada y afligida, porque cada vez llegaba hasta ella mas distinto el toque de rebato, los tiros y los gritos de los verdugos y de las víctimas, cuando creyó oir pasos de caballos; y su instinto maternal le dijo que se aproximaban las prendas de su corazon.

—Es él! es ella! son ellos! esclamó con una alegria indecible! oh Dios mio! bendito sea tu nombre!

Y se precipita hácia la escalera, la baja, llega á la puerta, descorre los cerrojos, y se halla en la calle; pero allí un obstáculo imprevisto, y contra el cual nada pueden sus esfuerzos, lo separa todavia de sus hijos. La puerta de Bussy que se cierra al toque de ánimas, no vuelve á abrirse hasta las cinco de la mañana: las llaves de la cerradura por el lado de la ciudad se hallan en poder del comisario, y las de la cerradura que hay por la parte del arrabal, estan en poder del prevoste de la abadia de Saint-Germain-des-Pres. El tener estas dobles cerraduras es con el objeto de evitar que otro Perinet-Leclerc franquease la entrada de la ciudad al enemigo: las puertas son tan recias que no pueden ceder sino al impulso de la artilleria. ¿Cómo, pues, se habia de reunir Mad. de Curson á sus hijos? ¿Cómo habian éstos de entrar en su casa? La pobre señora en tal estado llora, grita, se desespera.

—Silencio, señora! silencio, por Dios! grita Ives que venia acompañando á su hermana. Ved como se hace para que nos abran la puerta!

—Faltan las llaves, dijo con tristeza Daniel el anciano criado que acompañaba á Ana: debiamos haber salido de la ciudad por la puerta de S. Miguel, que siempre está abierta, y entrar en el barrio por la puerta abacial.

—Sí, eso hubiera sido lo mejor á no haber estado ya la calle de Harpe toda en conmocion?

—Pero, qué es lo que sucede? preguntó la señora de Curson ¿Estan saqueando la ciudad? ¿quienes son los enemigos? ¿porqué es ese tumulto?

—No hallais ningun medio de abrir la puerta? interrumpió Ives de Curson; si la cosa es posible, no tardeis; si no lo es, volveos á casa, despertad á todos nuestros criados, cerrad las puertas y ventanas y poneos en defensa hasta que yo vuelva por otro camino!

—Madre mia, dijo Ana con trémula voz; M. de Pardaillan no está ahí para defenderos?

—M. de Pardaillan! No lo he visto, ni lo aguardo hasta la hora de los esponsales.

—Ah! me habeis engañado, Ives, al asegurarme que M. de Pardaillan estaba aquí; esclamó Ana de Curson; mejor hubiera sido que no os hubiese encontrado, para haber ido á donde mi corazon me llevaba.

—Y á donde hubierais ido? Os parece que hubierais corrido pocos peligros, cuando conmigo nos hemos escapado por milagro?

—Es verdad, Ives, y os estaria agradecida si M. de Pardaillan estuviese aquí, ó supiese yo que estaba seguro.

—Mas seguro está que nosotros, Ana, puesto que habita en el Louvre en el mismo aposento del Rey de Navarra.

—Dios nos ayude! esclamó el criado; he ahi que de la calle de San Andres de los Arcos desemboca una partida de caballeria...

—Infelices de nosotros! esclamó al mismo tiempo la señorita de Curson; de la Aba-

dia sale otro peloton de gente con armas y antorchas!

—Madre mia! volved corriendo á casa, dijo el jóven con un tono de autoridad motivado por las circunstancias; os prometo que con la ayuda de Dios nos tendreis pronto á vuestro lado. Y tú, hermana mia, no pronuncies una palabra, y déjame obrar del modo conveniente á nuestra salvacion.

—Oh! hijos mios! ya llegan! balbuceó la pobre madre colgándose de la puerta como si quisiese abrirla.

—Señora! señora! mirad que nos perdeis, si no entrais corriendo en casa! dijo Ives á media voz. Por Dios, hermana! no te lamentes asi.

El señor de Curson aguardó la llegada de los ginetes sin bajarse del caballo: habia desenvainado su espada y cubria con su cuerpo el de su hermana que iba sentada á la grupa. Daniel estaba tambien pronto á usar de sus armas. Mas no era aquel el momento de pensar en una resistencia loca: aquella era la caballeria que el duque de Guisa, enviaba á las órdenes de Maugiron, para obrar contra los hugonotes del arrabal de Saint-Germain-des-Pres; y la guardia abacial venia á unírsele, á fin de secundarla en su tarea. Estos traian al comisario que debia abrirles la puerta; aquellos acompañaban al preboste de la abadia.

—Quién vive! gritaron al ver á un hombre á caballo que al parecer guardaba la puerta de Bussy; hugonote ó católico?

—Católico! respondió Ives de Curson al señor de Maugiron que se habia adelantado á reconocerlo.

—Ya veo, le dijo, que teneis la cruz blanca en el sombrero y el pañuelo al brazo, dijo Maugiron, reconociendo al jóven, con el cual habia cenado y jugado aquella misma noche en casa del capitan de Losse. Paréceme que habrá poco que os habeis hecho católico?

—Desde que nos vimos en el juego, contestó Ives con la mayor presencia de ánimo; desde que me ganásteis veinte y cinco mil escudos de oro, que todavia os debo.

—Veinte y cinco mil escudos de oro? repuso el señor de Maugiron, que comprendió se los ofrecian como por via de rescate, y que creyó prudente no despreciar. En verdad, me acuerdo de vuestra deuda y me alegro de que no lo háyais olvidado. Sin embargo, me parece que eran cincuenta mil escudos?

—Vuestra memoria es, sin duda, mejor que la mia, caballero, y me atengo á vuestra opinion; quiere decir que os debo cincuenta mil escudos de oro.

—Muy bien! Sois un excelente jugador! Y cuando pensais pagarme esa cantidad?

—Os la entregaré tan pronto como nos despidamos y vaya yo de camino para Bretaña con todos mis parientes y criados.

—Donde vivis? preguntó en voz baja M. de Maugiron á Ives alargándole la mano. Voy á escoltaros hasta vuestra casa; mandaré que guarden la puerta, y en cuanto yo en persona pueda sacaros de Paris pasaré á que concluyamos este trato.

Maugiron volvió hácia donde estaba su gente que se habia parado, y anunció en voz alta que aquel caballero acababa de transmitirle órdenes del Rey. En seguida se abrió la puerta de Bussy; y Maugiron despues de haber distribuido las guardias y dado sus instrucciones, dejó el mando al teniente, y volvió al lado del jóven hugonote. En breve resonaron gritos de muerte por todas las calles del barrio donde se habian repartido tumultuosamente la caballeria de Maugiron y los arqueros de la guardia abacial.

—Ya os he preguntado donde vivis? dijo Maugiron á Ives.

—El rescate comprende á todos los individuos de mi familia sin excepcion, es asi?

—Y á M. de Pardaillan, que va á ser mi esposo, añadió Ana acometida de un triste presentimiento que la hizo estremecer.

—Ah! Pardaillan! repitió Maugiron haciendo con la cabeza una señal de mal agüero: mucho me alegraria que estuviese con vosotros, pero por desgracia está en el Louvre con el Rey de Navarra.

—Yo no hablo mas que de las personas que viven en el palacio de Genouillac, replicó Ives; os comprometeis á llevarlas en seguridad fuera de Paris?.....

—Sí, pero ahora mismo, antes que la matanza se hagá mas general. Haced que todos los de vuestra casa monten á caballo ó en litera, y yo mismo os acompañaré, seguro de que nadie os toque ni á un cabello.

—Bien! he aquí la casa de mi madre: pasad adelante para que saldemos nuestras cuentas.

Aquí os aguardo, dijo Maugiron; pero os repito que no tardeis, si quereis salvaros.

—Eh! Mr. de Curson? sois vos? gritó

Santiago de Savereux desde el balcon del primer piso; subid pronto, pues haceis mucha falta.

Ana por su parte creyó oir una voz moribunda que la llamaba por su nombre, y antes que su hermano pensase en detenerla, se habia arrojado del caballo á el suelo y entrado en la casa; cuando Ives pudo llegar hasta ella, la halló de rodillas al lado de su novio moribundo. Pardaillan, próximo á exhalar el último suspiro, halló al verla bastantes fuerzas para estrecharla entre sus brazos y dirigirle el último adios.

—Ana, querida Ana, dijo á traves del estertor de la agonia; yo no quiero morir sin ser vuestro esposo; y espero que vistais de luto en recuerdo mio.

—Ah! no morireis! dijo Ana sollozando, yo os curaré, os cuidaré! me parece que aunque estuvieseis muerto, mi amor os resucitaria!

—No, querida Ana; el arte no puede hacer un milagro en mi favor; mis heridas son mortales, y apenas me queda una hora de vida. Sin embargo, basta este tiempo para desposarnos.....

—No me opongo, si tal es vuestro deseo; pero antes quiero que venga un cirujano, que os venden vuestras heridas, que.....

—Ay! cuantas dilaciones, amada mia?..... No os he dicho ya que me muero?.... que estoy medio muerto?..... Por Dios! no retardeis proporcionarme el consuelo que os pido. He aquí la banda que conservaba como prenda de vuestro amor; he aquí el anillo que tenia como prenda de vuestra mano!

—Sea, pues, como quereis, y confio en que Dios que va á consagrar nuestra union, no querrá romperla tan pronto con la muerte!

—Mr. de Curson, gritaba entretanto Maugiron, si no acabais pronto os esponeis á no partir jamas!

Ninguno de los presentes á la triste escena que tenia lugar se cuidó de aquella llamada, asi como no prestaba atencion á los espantosos gritos que salian de las casas inmediatas, donde comenzaban á asesinar hugonotes y á tirarlos por las ventanas. El ministro protestante lo habia dispuesto para consagrar el matrimonio del baron de Pardaillan y de Ana de Curson, con la misma calma y solemnidad que si la ceremonia tuviese lugar en un templo bajo la garantía de



Ana de Curson.

los edictos de pacificacion. La señora de Curson y su hijo estaban arrodillados cerca del moribundo, cuyo rostro ensangrentado se negaba á espresar la triste y dulce alegria que sentia en sí mismo durante la celebracion de aquel fúnebre himeneo. Santiago de Savereux, en pie en un rincon de la sala, acompañaba mentalmente las oraciones del ministro, y se adheria mas y mas al destino de aquella familia, en medio de la cual lo habia introducido la casualidad: no se cansaba de contemplar la hermosa cabeza de Ana, que con la frente apoyada en una de sus manos, mientras que con la otra contaba los latidos del corazon de su esposo, habia concentrado toda su alma en su mirada fija y desesperada.

—Señor de Gondrin, baron de Pardaillan dijo el ministro con voz firme é imponente, jurais conceder leal y honrosa proteccion á la señorita Ana de Curson, á la que tomais, delante de Dios como buena muger y legítima esposa?

—Lo juro! respondió Pardaillan, encontrando su voz natural para pronunciar este juramento.

—Y vos, señorita Ana de Curson, jurais amar, servir y contentar en todo al señor de Gondrin, baron de Pardaillan, al que tendreis delante de Dios por vuestro bueno y fiel marido?

—Si lo juro! respondió la jóven entre sollozos.

—Pardiez! gritó Maugiron impaciente. Bajad pronto, ó sino os envio á todos los diablos!

—Eres tú, Maugiron dijo Savereux presentándose en el balcon. Qué diablos haces ahí?

—Eres tú, Savereux, contestó Maugiron asombrado de aquel encuentro, que al pronto le hizo creer habian tratado de burlarse á sus espensas. Y tú qué haces ahí arriba?

—Yo! estoy arreglando mis cuentas con mi amigo Curson, tras de lo cual iremos á encontraros en el Pré-aux-Cleres con diez ó doce buenas espadas hugonotas.

—Estas durmiendo ó estas loco? Se me figura que algo de eso ha de ser cuando ignoras que se está cazando á los hugonotes, y que al ser de dia no habrá uno en todo Paris. Asi, pues, aconseja á tu amigo Curson que venga á arreglar conmigo sus cuentas.

Santiago de Savereux volvió á la sala en que se habia pronunciado su nombre, y vió al baron de Pardaillan que se habia incorporado sobre un brazo, y prestaba atento oido al rumor de la calle, mientras que su muger y su cuñado, se esforzaban en detenerlo sobre la alfombra en que estaba acostado: agitábase convulsivamente, golpeábase la frente con sus manos, y se arrancaba sus cabellos como si hubiese recobrado su energia para comprender el inminente peligro que amenazaba á los objetos de su afeccion; al ver á Savereux pareció calmarse, y cayó aniquilado, sin voz y casi sin vista: en seguida le hizo una señal para que se acercara.

—M. de Savereux, le dijo haciendo un esfuerzo, os habeis portado conmigo tan generosamente, esponiendo vuestra vida por salvar la mia, que estoy seguro hareis lo mismo si se ofreciera, en favor de otra persona que amo mas que á mí mismo: cuando yo haya muerto, cuidad de mi viuda, defendedla y amparadla como yo lo hubiera hecho, como si fuese vuestra propia muger, y vos fueseis mi hermano de alianza.

—Mr. de Savereux, repuso Ives de Curson; vos érais ya mi hermano de armas; sedlo tambien de alianza!

—Sí, hermano de armas! hermano de alianza! hermano en Jesucristo! gritó Savereux con exaltacion.

—Madre mia, la dote de Ana no es de sesenta mil escudos?

—Sí, que se hallan en aquel cofre, dijo la señora de Curson: os pertenece M. de Pardaillan.

—Y yo los doy y lego á mi querida viuda, respondió Pardaillan, para que haga de ellos el uso que mas le convenga.

—Yo los necesito hoy, hermana, interrumpió Ives: los tomo prestados y te los devolveré de mi patrimonio; porque me importa pagar una deuda de sesenta mil escudos de oro que he contraido con M. de Savereux, aquí presente.....

—Y qué quereis, que haga yo con ellos? dijo Savereux rechazando la caja que el jóven le presentaba.

—Me los prestareis á vuestra vez, querido hermano de armas, para pagar el rescate de mi madre, de mi hermana y de todos nosotros, mediante la suma de cincuenta mil escudos de oro que Maugiron aguarda en la puerta.

—M. de Curson, gritó de nuevo Maugiron; si tardais algo mas, no respondo de nada, y retiro mi promesa de salvo-conducto.

Ana sollozaba inclinada sobre el cuerpo

de su esposo moribundo, que ya no la veia, pero que la hablaba aun para animarla: en aquel momento la desdichada jóven se mostraba insensible á todo, y parecia no notar el inminente peligro que la rodeaba: los frenéticos clamores de la soldadesca y del populacho no llegaban á sus oidos; creiase sola en el mundo con el ser querido que pensaba disputar á la muerte. No sucedia asi á Pardaillan, que conociendo lo crítico de la situacion, estaba impaciente por morir para no ser un obstáculo á la salvacion de los demas.

—Ana, dijo el moribundo con acento de autoridad; os mando que sigais al que os he elegido por guardian, tutor y defensor! Savereux, tomad en recompensa de vuestros generosos servicios, mi banda, y este anillo, que espero que mi viuda no os quitará.

—Vamos, madre mia, dijo el señor de Curson que habia ido á preparar una litera y caballos; venid, hermana, no hay que perder un minuto. M. de Maugiron nos escoltará hasta un lugar seguro.

—Adios, Ana! adios, señora de Pardaillan! esclamó el moribundo: adios, hermano de alianza! adios Ives! á Dios todos, á quienes confio á la piedad y misericordia de Dios!

Al pronunciar estas palabras, se arrancó violentamente las vendas que cerraban sus heridas, provocando una hemorragia que lo ahogó al punto.

Ana perdió el sentido: Santiago de Savereux la tomó en sus brazos, y la llevó hasta la litera donde ya la aguardaba su madre. Todos se pusieron en marcha bajo los auspicios del señor de Maugiron, que trabajó no poco para salir del barrio sin que les sucediese ninguna desgracia, á pesar de que Ives habia mandado á todos los suyos, incluso el ministro protestante, que se pusiesen la cruz blanca en el sombrero, y el pañuelo al brazo; pero los asesinos estaban tan ávidos de sangre y de matanza, que por todas partes buscaban víctimas, y conceptuaban hugonotes á todos aquellos que no veian cubiertos de sangre. Afortunadamente, Santiago Savereux ofrecia á este respecto tantas garantias cuantas aquellos verdugos podian desear.

—Lo que es este, decian al verlo, ha trabajado á mas y mejor! Que me vuelva hugonote si no ha ganado ciento veinte años de perdon!

Luego que los fugitivos se hallaron en el camino de Saint-Cloud, á cubierto de los ataques y persecuciones del partido católico, Ives mandó á su gente se quitasen las cruces y pañuelos, que si hasta allí les habian servido de algo, podian perjudicarles en adelante, atendido que todo el camino estaba sembrado de hugonotes que habian podido escaparse de la matanza. En seguida, dirigiéndose á Mr. de Maugiron le dió gracias por su proteccion, y le ofreció la cajita que contenia mas de la cantidad convenida entre ambos á título de rescate.

—Aqui está toda la cantidad le dijo, no tenemos tiempo de contarla. Sin embargo, algo nos debemos, y Dios mediante espero que yo y mis compañeros podamos vengarnos de los cobardes asesinos de la noche de S. Bartolomé.

Maugiron tomó la cajita, la abrió para ver lo que contenia, y poniéndola sobre su caballo delante de sí partió al galope en direccion de Paris. Pero Santiago de Savereux le gritó que se detuviese, y alcanzándole á unos cincuenta pasos de distancia cogió la brida del caballo, y poniéndole al cuello la punta de la espada, le dijo:

—Tu eres mi prisionero, Maugiron, mas te dejaré en libertad mediante la suma de ochenta mil escudos de oro.

—Qué gracioso eres Savereaux! repuso Maugiron; pero perdona que no me detenga, pues bien sabes queda todavia que hacer. ¿No vienes á ganar conmigo el Paraiso?

—Has de saber, Maugiron, que no me chanceo; y te suplico me des esa cajita donde hay 60,000 escudos de oro: me quedarás á deber 20,000: esto es si no prefieres ir á la Rochela con las manos atadas.

—Con qué no es un juego! Como, traidor! pretendes despojarme de mi bien?...

Tú que pones á precio la vida de las personas, justo es que pases por la misma pena. No me acuses de traicion, puesto que soy hugonote, y tengo que vengar la sangre de mi hermano de alianza el baron de Pardaillan. Ya me soñarán los asesinos como tú!

Santiago de Savereux abjuró, en efecto el catolicismo, se casó con la viuda de Pardaillan, y fue uno de los mas afamados capitanes del ejército calvinista, aunque en el fondo de su corazon conservó una especie de reconocimiento á la jornada de S. Bartolomé, á la cual debia su fortuna, su muger y su felicidad. No volvió á jugar á los dados ni á las cartas.

(T. por S. C.)

EL AYUNTAMIENTO DE SEVILLA.



Tres siglos habia que dominaba la arquitectura llamada *gótica*, cuando algunos célebres maestros á principios del XVI empezaron á mostrar sus felices ensayos en la *greco-romana*, que lleva el sello de la majestad y de la sencillez, al mismo tiempo que es moderada en sus accesorios. Pero apenas habia nacido empezaron á recargarla en adornos en todos los basamentos, en las columnas, capiteles y frisos, dejando correr libremente á la imaginacion en licenciosos ornatos. Por haberla usado generalmente los plateros para las obras de iglesia, se le llamó con el nombre de *arquitectura plateresca*. A este género pertenecen las casas Consistoriales ó del Ayuntamiento de Sevilla.

Siendo asistente don Juan de Silva y Ribera, marques de Montemayor, se acordó por los veinte y cuatros y demas señores la edificacion de unas casas Consistoriales que por su magnificencia fuesen correspondientes á la línea que ocupaba el *regimiento* de una poblacion tan notable en la península. Este acuerdo fue por los años de 1527, y para llevar á cabo el proyecto se señaló en la plaza de san Francisco el sitio llamado de la *Pescaderia*, trasladada desde 1493 á una de las naves de las Atarazanas. Y en agosto del año de 1535 se compraron unas casas á los hermanos Juan y Constanza Hernandez, que lindaban con el convento, y eran necesarias para proseguir la obra que se estaba haciendo. La traza, direccion y costo de la edificacion, son datos que se ignoran absolutamente, y estarán en tan lamentable olvido mientras el archivo de Contaduria de la Corporacion no reciba el órden y el arreglo que reclama.

Algunos autores atribuyen estas casas á *Alonso Berruguete*, otros á *Pedro de Valdelvira*, igual en mérito á aquel célebre escultor y arquitecto, pero ninguno de estos profesores estuvo en Sevilla; y no puede decirse que por aquellos tiempos faltaban maestros capaces para esta empresa, habiendo estado en aquella ciudad, y á principios del siglo XVI, los insignes *Diego de Siloe, Martin de Gainza y Diego de Riaño*, y todos los aventajados escultores que trabajaron en la sacristia mayor de la santa Iglesia, y capilla real. Nosotros, sin que pase de una conjetura, damos por autor de la traza del Ayuntamiento al maestro *Riaño*, ó á *Martin de Gainza*, que en el año de 1534 hizo un modelo conforme al que presentó el primero en 1530 para la espresada capilla. Hallamos ademas muy conforme esta obra con la de las casas del cabildo, pues aunque en ellas se note una profusion extraordinaria de adornos, es necesario tener presente el objeto á que se dedicaba cada uno de los edificios. Lo único que puede asegurarse es, que en el año de 1545, dirijia la fábrica el maestro mayor de la ciudad *Juan Sanchez*; que en el de 1556 ya se celebraban cabildos, y por tanto la obra estaba concluida. Antes eran las sesiones en un salon alto del corral de los Olmos, hacia el sitio donde está la capilla real: pertenecia al Ayuntamiento, pues por provision del Consejo en 3 de Setiembre de 1569, se aprobó la escritura de permuta entre los dos cabildos por casas junto á la cárcel, que dió el eclesiástico al secular por el corral de los olmos, junto á la santa Iglesia.

Presenta este edificio, que es todo de piedra y de mediana altura, una fachada á la plaza con una puerta enmedio, y ventanas

á los lados; otra á la calle de Génova, con solo una puerta que es la principal; unido á esta parte y formando una rinconada corre otro lienzo del edificio, en donde está la entrada del juzgado de los *fieles egecutores* y un arco que conduce al contiguo convento de san Francisco; el lienzo da vuelta con otro arco, cuya parte está por concluir. Cada frente lo componen dos cuerpos de arquitectura del gusto romano, con pilastras llenas de labores, sembrado todo de medallones, festones con angelitos, escudos de armas y figuras caprichosas; ofrecen estas casas toda la fisonomía de la arquitectura plateresca siendo de las obras que en este género presenta la ciudad la mas profusamente enriquecida. El cuerpo alto es singularísimo, notable el adorno de sus cinco ventanas: todo aparece allí envuelto como por encanto, con pedestales, columnas y capiteles arbitrarios, los frisos embutidos de figuras, niños y mascarones. La fachada principal se encuentra adornada de un pesado balcon de hierro que la afea algun tanto y oculta muchas de sus bellezas: en su remate tiene las armas de la ciudad. Si en la parte de exactitud y proporcion arquitectónica puede tachársele á estas fachadas, así como por el aglomeramiento exhorbitante y pródigo de sus adornos, lo que enjendra confusion, y las hacen falta de elegancia y gallardia; por otro lado se agotan las palabras para alabar la singular y asombrosa ejecucion de todas sus partes, pues admira y sorprende ver aquellas delicadísimas y prolijas labores, hechas en la dura piedra, cuya ejecucion traeria gastos muy crecidos. El mérito de este edificio está en la escultura, y en los adornos que lo componen. Debe notarse el soberbio y esacto dibujo de las figuras, y sobre todas las de los niños colocados sobre las cornisas de las puertas y ventanas. Las fachadas no se hallan concluidas en sus remates.

En tiempo de Felipe II, se construyó por el lado de la plaza y arrimado al cabildo una galeria alta y baja que la forman siete arcos de piedra sobre columnas de mármol, obra que se concluyó en 1564, segun la inscripcion que se halla embutida en lo alto de la pilastra con que termina la galeria.

REINANDO EN CASTILLA EL MUY ALTO, Y MUY CATÓLICO, Y MUY PODEROSO REY DON FELIPE II, MANDARON HACER ESTA OBRA LOS MUY ILUSTRES SEÑORES DE SEVILLA, SIENDO ASISTENTE DE ELLA EL MUY ILUSTRE SEÑOR DON FRANCISCO CHACON, SEÑOR DE LA VILLA DE CASA-RUBIOS Y ARROYO MOLINOS Y ALCAIDE DE LOS ALCAZARES, Y CIMBORIO DE AVILA. ACABOSE Á 22 DIAS DEL MES DE AGOSTO DE 1564 AÑOS.

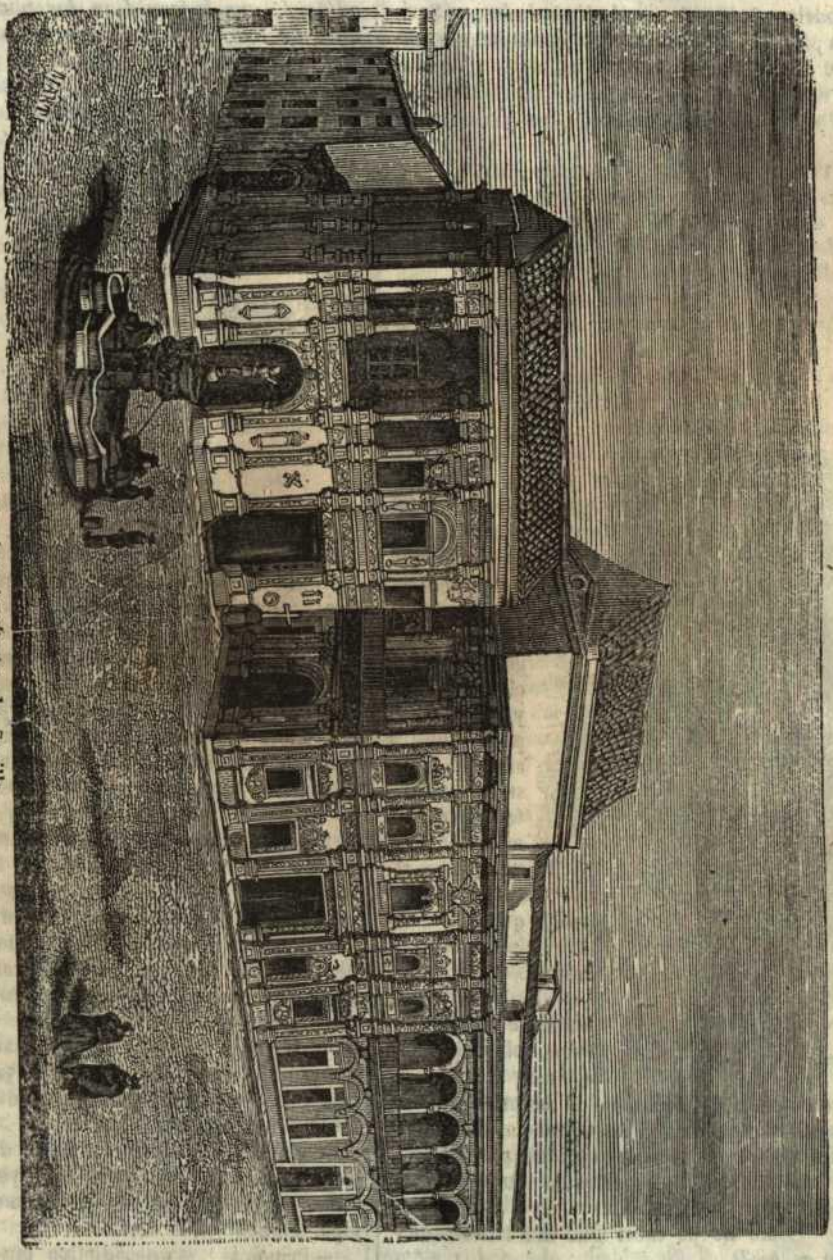
La galeria baja se tabicó en el año de 1816 destinándola á oficinas y cuerpo de guardia.

Las puertas del Ayuntamiento dan á un vestíbulo, y en una de las esquinas está la del ante-cabildo, pieza oscura, formada debajo del hueco de la escalera; de ella se pasa á la sala capitular, que es de 40 pies de largo y 35 de ancho, luce su bóveda enriquecida con treinta y cinco cuadros, dentro de los cuales aparece un Rey de Castilla de cuerpo entero; todo de piedra. La inteligencia con que están ejecutadas aquellas figuras, la esactitud de sus contornos, nos hace presumir que saldrian de las manos de excelentes artistas; las mismas bellezas se observan, y lo creemos de grandísimo mérito, en el friso que corre al rededor del muro unido á la bóveda: tiene el defecto esta sala de poca luz.

Junto á la puerta del ante-cabildo está la escalera que es cómoda y se haya adornada, así como su bóveda; observamos que los adornos en la parte interior estan mas descargados que en la fachada, pero todos de igual valor en la ejecucion. A la derecha concluyendo la escalera se pasa al ante-cabildo alto; de él á la sala, que tiene un buen artesonado, y friso de escultura; mas elevacion y mas luz que la baja. Todos los arcos que forman las puertas y las jambas de las ventanas son elegantísimos, de diferentes formas, suelen estar adornados de esto que llaman *grotescos*, en que se ven envueltos figurillas y animalillos con invenciones felices y oportunas.

Las puertas son de madera curiosamente labradas con escudos de armas, figuras y adornos; todas las interiores se conservan en buen estado y deben mirarse con atencion.

Este edificio que por su arquitectura y bellezas artísticas es uno de los primeros de la ciudad, cuando se decretó la demolicion del convento de san Francisco, se pensó el derribarlo juntamente para formar una estendida plaza: voces que corrieron de boca en boca, y con dolor eran oidas por los amantes de estas preciosidades. Cualquiera



Casa Ayuntamiento de Sevilla.

que tratara de mover una sola piedra del Ayuntamiento no conseguiria otra cosa mas que llevar sobre sí un odioso borron. El docto Rodrigo Caro en sus *Antigüedades*, (Sevilla, 1634) que escribia en época en que nadie vociferaba de amor á las artes y de decantada ilustracion, pero se respetaban y protejian, se espresa de este modo cuando habla del Cabildo: *Y es tal el todo de este edificio, que lo envidian las naciones que aqui de todo el mundo concurren.*

J. C. y C.

EL PRIMO DEL MARQUES.

I.



Qué te parece, d'Arcourt?

—Y á tí, qué te parece?

—Sabes que para ser amigos es posicion delicada y que temo por nuestra amistad de resultas de este descubrimiento? Con que somos rivales! cierto que es singular la conformidad.

—No encuentro nada de particular. Pero, al grano. No es muy justo que presentemos los derechos de la amistad, cediendo alguna cosa á las exigencias del amor? Pues no hay cosa mas sencilla, y me estraña que tú con tu esperiencia no te hayas anticipado.....

—Cómo he de saber qué maravilloso medio es ese?

—Jugar la condesa á primera sangre.

—Desatino! Mi proyecto es cien veces mejor. Yo me encargo de hacer á la condesa tu declaracion, encárgate tú de la mia.

—Cómo! que defienda una vida que quisiera que perdieses á costa de la mia?

—Convengo en que á primera vista tiene un cierto sabor de antigüedad; pero en el fondo no es otra cosa que un egoismo inteligente, cuya principal ventaja, á mi ver, es evitar entre nosotros los disgustos de la rivalidad. Mi raciocinio es muy sencillo. La condesa de Montmery es aun muy jóven; pero es viuda, lo cual supone una esperiencia que no se dejará arrastrar por arranques de pasion. La muerte de su esposo el conde la ha dejado bienes considerables, si se quiere, pero no muy en armonía con los hábitos de lujo y de grandeza que tiene contraidos; asi, pues, es de suponer que la condesa se guie mas de la razon que del amor para un establecimiento nuevo. Hasta ahora no es desesperada la situacion de ninguno de nosotros, porque entrambos somos ricos y bien nacidos, y podemos ofrecer á la condesa un partido muy regular. Ademas, porqué no hemos de confesar, ya que de confianzas estamos, que Mad. de Montmery pertenece á una familia poderosa, muy bien quista en la corte, y muy capaz de ascender á un caballero jóven como tú ó yo? Nuestra llama comun no desdeña sin duda como principal alimento...

—Principal!... que adjetivo tan necio..

—Niegas tu padre? Enhorabuena. No por eso desisto de decir que la condesa nos conviene por mil estilos, y que lo mas derecho es dejarnos de flores de ternura y tratar de

convencer á la condesa de nuestro valor personal mas bien que de la disputable poesía de nuestra pasion.

—Quita de ahi, Arcourt, eso si que no haré yo jamas.

—Pues yo no tengo inconveniente en suplir tu puesto.

—Como! consentirás.....

—Consentiré en tratar este negocio como si fuera director de una ajencia matrimonial, y ya sabes que te aprecio lo bastante para no echar en olvido ninguna de tus cualidades. Tú harás lo mismo respecto á mí; con que, está hecho el trato?

—Al fin y al cabo, dijo d'Harvilly sonriendose, si tu proyecto no tiene el mérito de disfrutar de sentido comun, tiene hasta cierto punto el de la originalidad.

—Que es algo seguramente. Esta noche recibe la condesa: la reunion será numerosa, y podremos poner manos á la obra. Habla, persuade, sé urgente, apasionado: por mi parte te prometo hacer milagros. Ea, adios.

Sin mas el marqués de Harvilly alargó la mano á d'Arcourt, que la estrechó cordialmente y desapareció tarareando una arieta de la *Semirámide*. Pero el marqués no tuvo mucho tiempo para reflexionar, porque apenas hacia diez minutos que estaba solo cuando un criado anunció á M. Próspero de Verval.

—Próspero de Verval? repitió el marqués haciendo memoria, no conozco ese nombre... en fin, que éntre.

A poco apareció un jóven de figura bastante insignificante, y cuyo trage anunciaba que su propietario no estaba muy al corriente de todas las revoluciones de la moda. Traia una levita de corte atrasado, guantes de algodon y un pantalon blanco flotante sobre un desmesurado par de botas. No obstante su falta de mundo, se le advertia cierta nobleza, y la bondadosa sonrisa que animaba sus lábios prevenia en su favor aun á las personas mas escrupulosas en punto á decencia y buen tono. Ora fuese efecto de esta última circunstancia, ó que le hubiera parecido al marqués reconocer algunos rasgos borrados hasta entonces de su memoria, ello es que al verle se levantó con algo mas de cortesanía que era de esperar. Dió algunos pasos hácia el jóven, que estaba plantado en el umbral de la puerta con la mano tendida y en la actitud de un hombre que espera la mas amistosa acogida. Pero apercibiéndose de que tendria que esperar demasiado, recobró su mano la posicion natural y se aproximó al marqués:

—Qué es esto, primo, le dijo por fin con buen humor, será posible que no me conozcas?

Hizo el marqués un ademan de sorpresa y miró con mas detencion al que asi le hablaba.

—Sí, sí, continuó el otro; yo soy, Próspero, aquel Próspero que conocia en otro tiempo todos los nidos de pájaros desde el rio de Meran, hasta las yerbas de S. Claudio, todo para mayor regocijo de un primo d'Harvilly que hoy encuentro convertido en un elegante caballero, si bien no de muy sólida memoria.

—Calle! con que tú eres Próspero? Y cómo diántres te apellidas de Verval?

—Mira, primo, ante todo permíteme abrazarte... es una de las cosas porque me he tragado cincuenta leguas.

No podia el marqués negar una solicitud apoyada en semejante consideracion, y se prestó de buena gana á las afectuosas caricias de su primo. Ofrecióle en seguida un asiento junto á su poltrona, en la cual se arrellanó, mientras el jóven Próspero con su perpetua risita, se sentó, dejó el sombrero en el suelo, y golpeando amistosamente la rodilla del marqués:

—Te admira que lleve el apellido de Verval? como si ignoraras lo que me ha sucedido.

—El diablo me lleve si sé una sola palabra.

—Bah! no te acuerdas del conde de Verval, aquel viejo tan guapo, tio mio por parte de madre, que acaba de morir dejando una viudita de veinte y dos años, bonita como los amores, y rica aun por si, aunque la pérdida de su vetusto marido la haya costado al pie de treinta mil libras de renta que han venido á caer en mis uñas!

—De Verval! repitió el marqués recordando: te aseguro, primo, que maldito si me acuerdo.

—No es posible! De Verval de Montmery! Si dicen que eres uno de los mas imperterritos adoradores de la condesa.

—Montmery! esclamó el marqués ligeramente ruborizado; hablas de la condesa de Montmery?

—Precisamente. Yo me he quedado con el nombre de Verval condescendiendo con el deseo del muerto, y por llamarse asi la

hacienda principal que me ha correspondido en la herencia.

—Pobre Próspero! Con que ya eres mas rico de lo que podias esperar. Y tu madre? háblame de aquella enérgica señora que tanto ha padecido: ahora será dichosa.

—Dios no ha permitido, respondió Próspero con acento melancólico, que aguardase mi madre mucho tiempo el dia de los consuelos. Hace un año que está en el cielo, donde goza sin duda merecidas dichas. Tenga Dios su alma en descanso!

El jóven se llevó una mano á los ojos y alargó la otra á d'Harvilly que la estrechó entre las suyas, y creyó deber dejar desahogar el dolor de su primo. Despues de una pausa bastante larga, d'Harvilly fue el primero que hizo uso de la palabra.

—Te felicito por el papel que puedes hacer, por la altura á que te ha elevado la suerte. Habrás venido á Paris sin duda para darte al mundo?

El jóven y elegante d'Harvilly no pudo menos en esto de echar una rápida ojeada al traje demasiado sencillo de su camarada, que advirtió este exámen, y contestó sonriéndose con bondad:

—Te parece singular este atalage para pasear mis treinta mil libras por uno de vuestros aristocráticos salones! Búrlate, primo, búrlate sin piedad, porque empiezo á dudar de mis ridiculeces que espero perder con el tiempo y tus consejos. Sí, lo espero, y lo quiero!

—Hola, repuso d'Harvilly riéndose del convencimiento con que Próspero pronunciara estas palabras, la atmósfera de la capital ha herido ya con su influencia á mi respetable primo.

—Sí, demasiado que he sentido esa influencia. Cuando pienso cómo estos tres dias han trastornado todas mis ideas! Sabes, primo, que temo estar perdidamente enamorado?

—Calle! Y vienes á pedirme consejos? Cuando el amor te domina? podré saber.....

—Sí, sí lo sabrás todo. Porqué habia de ocultarte lo que en mi corazon sucede ¿No eres mi compañero de infancia? No hemos aprendido juntos á pensar y á sentir? Mi corazon es el mismo, primo, y nunca he echado en olvido los deleitosos dias de mi niñez.

Esta sencillez, y el tono de sincero cariño con que Próspero pronunció estas palabras, hicieron efecto en el marqués, cuyas miradas se fijaron con cierta sensacion en el semblante noble y franco de su primo. Este que lo echó de ver, replicó con alguna vivacidad:

—Me comprendes, Leon? Tanto mejor: porque esperimentaba un acceso de timidez al venir aqui. Temia hallar en vez de un amigo, uno de esos señoritos vanos y lijeros, cuyo corazon, como diria mi madre, se asemeja á las ruinas espuestas á todos vientos. Escuso añadir cuan dolorosa me hubiera sido mi estancia en Paris, privado de los socorros de tu amistad. Por mi esterior, por mis modales ves cuanto necesito adelantar para parecer regularmente: los exiguos recursos de mi pobre madre, no la permitieron, como sabes, educarme para la vida de mundo y cuanto pudo enseñarme fue la ciencia del corazon. Sé amar y nada mas: en cuanto á agradar, no entiendo mucho. Mis nuevas riquezas me embarazan, porque mis hábitos son tranquilos y sencillos, y el diablo me lleve si sé qué hacer con un corazon tan sensible como el que mas, bajo una cubierta que no se asemeja á nada!

—A propósito, dijo el marqués interrumpiendo á su primo, que al parecer tenia tela cortada para rato; no me has esplicado en qué consiste que M. de Verval haya desheredado á su muger por tí. Esa accion no está muy acorde con el afecto que el viejo aparentaba á Mad. de Montmery, quien por su parte lo merecia bien.

—M. de Verval me ha dejado sus bienes y su nombre con la condicion de que me casase pronto para perpetuar la familia. Ha muerto su hijo, y la condesa su esposa tenia una fortuna particular mucho mas considerable que la de mi tio. De cualquier modo, para determinarme á hacer el viaje á París, he llevado la mira de presentarme á la condesa, y borrar si es posible de su ánimo, la impresion desfavorable que ha debido dejarla contra mí el testamento de mi tio. Ay! mejor hubiera hecho en quedarme en mis montañas!

—Por qué? interrumpió el marqués con cierta vivacidad que reprimió en seguida, has visto ya á Mad. de Montmery? tienes alguna queja de ella?

—Queja? qué locura! qué queja se ha de tener contra un ángel, como no sea del esceso de gracias y perfecciones que tan superior á los demas la hace?

De esta hecha fue positiva la inquietud

del marqués: cruzó las piernas con una rapidez que no se le escapó al primo.

—Te fastidia mi historia? preguntó este.

—Que ocurrencia! respondió el marqués soltando el trapo á reir, cómo quieres que me fastidie tu historia cuando no la has empezado: porque supongo que se trata de tus amores!

—Mis amores! esa palabra no existe en mi diccionario, primo; y cuanto mas reflexiono lo rancio que soy, mas me persuado de que no los tendré nunca. Amores! eso significa un sentimiento correspondido, ó próximo á serlo..... Quién diantres habia de pensar en mí?

—Quién sabe, observó Leon impacientado con tantas dilaciones, lo que la suerte te reserva, y mas si yo te ausilio con los consejos de mi esperiencia? Pero siempre convendria que yo supiese qué muger es la que anda en danza.

—Pues vas á juzgar de lo que pende el destino de un hombre. Me puse en camino ocho dias ha, acompañado por supuesto de las bendiciones de mis paisanos, que son buenos si los hay. Una silla de posta me alejaba de ellos velozmente, y héteme tragando polvo camino de París. Anteyer, bajando una cuesta muy escarpada, desemboca otra silla de posta por una senda que cortaba la nuestra. Los caballos iban á escape, y por mas que gritan los postillones, encuéntranse ambos carruages, tropiezan con violencia y el resultado es que voy á volcar á algunos pasos de allí, y que mi silla se hace pedazos. Cátate que me encuentro plantado en el camino, á diez leguas lo menos de toda comunicacion y cerca de anochecer. El otro carruage solamente conducia una señora y sus criados. La señora, recobrada del susto, me obliga á aceptar un asiento en su silla hasta la aldea vecina. Acepto sin ceremonia, é iba á ocupar el asiento tan cortesmente ofrecido, cuando oigo nombrar... á quien dirás, hombre, á quién?

—A la condesa de Montmery saltó el marqués de pronto exasperado.

—Bravo, primo! lo has adivinado. Hazte cargo de mi sorpresa, de mi terror. Hallarme espontáneamente en presencia de una de vuestras mas elegantes damas y que ademas, debia haber concebido contra mí, sin conocerme, la mayor prevencion desfavorable! Yo bien me acordaba de haber visto con delicia quince años antes un diablillo, lleno de gracia y candor en el castillo de Verval. Pero quien hubiera dicho que aquella preciosa criatura se hubiera convertido en la severa y magestuosa beldad que tenia delante! Porque es muy hermosa, Leon, muy hermosa! Pues bien, has de saber que despues de hacer un viage á su lado, de cenar con ella, de pasar á solas dia y medio, no he podido resolverme á confesarla mi nombre... Yo, un rústico, habia de haberme paboneado en su presencia con el nombre de su difunto esposo! La dije lisa y llanamente que me llamaba Próspero, y al menos tengo la satisfaccion de pensar que no he sido mas necio que mi nombre.

Te parezco loco, no es verdad? te parezco necio, estúpido, incapaz! Amar á la condesa de Montmery! la muger de moda, la belleza mas festejada, la diosa de vuestros salones! Yo, un rústico, me he atrevido á admirarla un solo instante con todo el asombro de mis ojos, á codiciarla con toda la enerjia de mi alma! Pues quiero, Leon, que ya lo sepas todo. El amor que me ha inspirado la condesa es el primero que se ha abierto en mi corazon, y conozco que será el último. No te rias, primo..... es cosa grave, porque para nosotros los hijos de las montañas es asunto muy formal. Cuando descubrí mi estado, la primera intencion ha sido volverme desde luego é ir á refugiarme con mi loca pasion á la añeja torre de Ceverolles: toda la noche última me han atormentado mil proyectos insensatos; maldecia la herencia de mi tio, causa principal de mi amor, pensaba formalmente en abandonar la granja de Verval, dar mis rentas á los cartujos y entrar fraile..... Lo singular es que ni una sola vez se me ha ocurrido la idea de declararme á la condesa, lo cual hubiera sido el mas fantástico de todos mis planes, y sin embargo, con la calma y el fresco de la mañana me he atrevido á concebir este osado pensamiento.....

—Qué dices? esclamó el marqués volviendo de repente á las primeras inquietudes.

—Que preveo dificultades y pleitos sobre algunos puntos de la sucesion de mi tio, y que á mi ver el medio mas sencillo de evitarlos es casarme con la condesa y abandonarla toda mi fortuna.

Leon d'Harvilly se sonrió con sarcasmo.

—Qué hay de imposible? soy noble, y si el interior de mi persona no corresponde á lo interior, qué importa? No tengo la espada de Ceverolles para castigar á los que se burlen?

El marqués hizo un movimiento, pero Próspero le alargó en seguida la mano sonriéndose.

—Perdona, primo, estoy diciendo locuras. Sabes que te quiero, y no soy capaz de enfadarme con el único amigo que he tenido. Sin embargo, por mas que te rias se me ha metido en la cabeza declarar mi pasion á la condesa. Lo difícil está en pedirla la mano. Tengo un miedo horrible de que me vuelva la espalda á la primera palabra de mi peticion. Quieres encargarte de esta incumbencia?

—Yo? Este es otro, esclamó el marqués recordando de repente su compromiso con d'Arcourt, y no pudiendo menos de reirse de este acrecentamiento de embajadas, soy procurador nato de todos los corazones enamorados?

—Consientes, eh? repuso Próspero sin adivinar la esclamacion de su primo, pero creyendo descubrir en sus facciones un aire de buen humor que trató de aprovechar: consientes en apoyar mis pretensiones cerca de la condesa?

—A fe mia, replicó Leon, que dudo que las diez mil páginas de las novelas de Senderi, añadiendo todas las tonterias de Lafeyett y Riccoboni, contengan nada igual á lo que á mí me pasa. Pues sí, seré tu emisario de amor, y si esto no se llama ser caballero, venga Dios y véalo.

Diciendo esto, se levantó el marqués.

—Consientes en hablar por mí á la condesa? dijo Próspero estrechando las manos de su primo: gracias, Leon, gracias: escucha, se me ha ocurrido una cosa, la condesa recibe esta noche.....

—Y quieres que la presente á su desconocido del camino real? Bien, accedo á todo. Te enviaré mi coche..... Vive el cielo, añadió por lo bajo despidiendo á su primo, que se vá á representar una comedia en los salones de la condesa!

II.

Reclinada estaba la condesa de Montmery en su gran poltrona de raso color de cereza en lo mas escondido de su retiro, delicioso aposento, muellemente tapizado de grandes colgaduras de finísima lana blanca con cabos de seda encarnada. La condesa, cuya faz iluminaban discretamente algunos pálidos rayos de una lámpara de alabastro colgada del techo, parecia atormentada de melancólicas meditaciones. Habia abandonado su hermosa cabellera negra á las entendidas manos de su doncella Catalina, que permanecia de pie detras de la condesa, y manejaba á su placer las ricas trenzas de jaspe. La condesa, durante esta operacion, volvia y revolvia en todos sentidos un medalloncito adornado de dos filas de perlas algo estropeadas por el tiempo, y engastadas en un marco de oro antiguo. Pendia la alhaja de una modesta cinta negra, y podia advertirse por el modo con que se habia roto cerca del nudo que el poseedor de este objeto lo debia á la pérdida de un accidente casual. En cuanto lo permitian las manecitas de la condesa que tenian el medallon, divisábanse dos retratos ó por mejor decir un gracioso grupo de dos figuras de no muy buen dibujo ni perfecto colorido: pero estos defectos se disculpaban con el encanto indisputable de aquellas dos cabezas juntas, y cuyo contraste suavizado no obstante por un tono de benevolencia y de candor comun á uno y á otro, ostentaba á la vista irresistible atractivo. Una de las figuras representaba á una señora anciana, mas por la desgracia que por los años, y conservando restos magníficos de la pasada belleza. La otra representaba á un niño cuya frente y hombros cubrian una abundante profusion de cabellos rubios. La mirada franca, risueña y clara, la boca graciosa y rosada, el óvalo puro de aquella cabeza infantil recordaban vagamente en el conjunto las facciones de la dama, síntoma evidente de parentesco, y que esplicaba la reunion de entrambas figuras en el mismo cuadro.

Ya hemos dicho que la condesa tenia este medallon y lo examinaba con una impaciencia que indicaba su deseo de poder fijar nombre y fecha á estos retratos que no le eran del todo desconocidos. Dando por fin un desguince repentino, volvióse la condesa á la criada y la dijo con un metal de voz casi ahogado por la conmocion:

—Catalina, ya no lo dudo, soy la mas desdichada de las mugeres.

—Es posible! pero, señora condesa, estais segura de que sean fieles vuestros recuerdos?

—Demasiado segura! Por mi parentesco, aunque remoto, con el conde de Verval que despues fue mi esposo, estuve algunas veces en mi infancia en su quinta de Auvernia, que confinaba con las haciendas de mi

padre. Allí tuve ocasion de conocer á la nobleza de la provincia y aunque mi estremada juventud no me permitió prestar mucha atencion, algunas no obstante se me han quedado impresas en la memoria. Del número de ellas es Mad. de Ceverolles, de ilustre casa, pero completamente arruinada por la inauguracion. Su hijo, último vástago de la familia de Verbal, acaba de heredar á mi esposo el conde que era su tio. Estos son, Catalina, madre é hijo! conozco perfectamente estas hermosas facciones gastadas por el dolor, y aun me parece estarla viendo entrar lenta y solemnemente en el salon de la sociedad, conduciendo de la mano á este niño que ves, hijo suyo; era, si mal no me acuerdo, un niño amable y complaciente que se prestaba á todos los caprichos de su primo d'Harvilly y le amaba con pasion. Dios mio! á cada recuerdo que se me ocurre, temo adivinar con exactitud! Y si no, juzga tú misma, Catalina. Este medallon encontrado en mi silla de posta de vuelta del viage que por urbanidad tuve que concluir con aquel jóven desconocido, esta medalla, repito, con la cinta rota, no puede proceder sino de mi compañero de viaje. No me dijo que venia de Auvernia? no adiviné por su turbacion, por sus reticencias que me ocultaba su verdadero nombre? Es posible que un jóven que viaja en silla de posta con tres criados de librea se llame lisa y llanamente Próspero? Ya no cabe duda, Catalina, no puede caberla, el hijo de Mad. de Ceverolles se llamaba Próspero, el niño de este medallon y el jóven á quien ofrecí un asiento en mi carruaje son una misma persona, es M. Próspero de Ceverolle, hoy conde de Verval!

—Y qué, señora? dijo Catalina, me parece que no debe disgustaros el saber qué persona es la que se dignó admitir en su carruaje, viendo que esta persona era digna por su clase de tan insigne favor.

—Ya! ya! replicó la condesa despechada de no haber sido comprendida con media palabra: no conoces lo difícil de mi situacion actual respecto de M. Verval? Puedo recibir en justicia al heredero de mi esposo bajo el pie de familiaridad que estos dos dias de viaje habian establecido entre nosotros?

—En verdad que es apurarse demasiado por la cosa mas trivial, mas insignificante del mundo.

—Me harás morir con tu obstinacion, Catalina. Tendrá una que deletrear todo lo que quiere decir?

—Perdonad, señora, mi poca inteligencia, replicó la doncella con maligna sonrisa; pero no imaginaba que volvierais á acordaros de ese provincial, sin modales, ni la menor idea de mundo.

—No lo imaginabas!..... ni yo tampoco, Catalina, dijo la condesa suspirando ligeramente; pero si deseas complacerme, haz por imaginarlo.

—Me guardaré muy bien de desobedeceros, señora condesa: no obstante, como existiera en mi opinion anterior, diria que aun suponiendo lo que quereis suponer, no hay motivo justo para inquietarse.

—Eso dices, loca? y qué hablaria el mundo si advirtiera alguna intimidad entre el nuevo conde de Verval y la viuda del difunto?

—Paréceme que dirian que la encantadora viuda dejó su corazon entre los tesoros que componian la herencia del difunto, replicó Catalina con la osadía de criada confidenta.

—Necia! saltó la condesa mas encarnada que la grana, pues eso es precisamente lo que yo no querria que se dijera!

—Entonces ayúdenos la Vírgen, porque yo no comprendo una palabra.

—No es estraño que no comprendais estas cosas, dijo Mad. de Montmery levantándose y despidiendo con un gesto desdeñoso á la confusa criada: sabed que hay ciertos sentimientos creados esclusivamente para ciertos corazones, y que otras personas no conciben nunca. La viuda del conde de Verval, sean cuales fueren sus secretas afecciones, no consentirá nunca en un enlace que el mundo no dejaria de suponer interesado, pues el resultado era conservar una fortuna de que la privaba la muerte de su esposo. Suceda lo que suceda, impondré silencio al mundo, lo impondré á mi corazon, porque el conde Próspero de Verval no pondrá jamás los pies en mi casa. Marcha!

Esto no quitó que la hermosa condesa, asi que Catalina se hubo retirado, volviera á dejarse caer en su poltrona, y permaneciese allí largo rato, completamente ensimismada y distraida.

Pasaba esta escena el dia mismo de la entrevista del marqués d'Harvilly con su primo Próspero, entrevista que fue precedida de una interesante conferencia entre el marqués y uno de sus elegantes amigos el caballero d'Arcourt. Igualmente recordará el

lector que este habia citado al marqués en casa de la condesa para ponerla en el apuro de elegir entre su amigo y él. La reunion, que era la primera de aquel invierno, debia ser numerosa, y muchas personas se adelantaron á la hora ordinaria, impacientes por apreciar exactamente el grado de tristeza que adoptaria la viudita, problema tanto mas interesante cuanto que era la primera vez que la condesa se daba al placer despues de la muerte de su esposo. El objeto principal de los cuchicheos, era la importante cuestion de saber el tiempo esacto que duraria la viudez de Mad. de Montmery, y la suma de probabilidades que reuniria en su favor cada uno de los aspirantes de que iba á verse rodeada la condesa; citábanse por lo bajo los mejores nombres, y todos estaban acordes en decir que los méritos y la belleza de la condesa, unidos á las sesenta mil libras de renta que poseia, consideracion que recalcaban mas particularmente las mugeres, no dejarian de atraerla una multitud de adoradores. No se olvidaba entre estos al caballero d'Arcourt, pero su nombre se pronunciaba acreciendo el misterio, porque estaba delante observando con ojo atento todas las miradas, todas las sonrisas, y procurando interpretar las que al parecer le atañian mas de cerca. Cada vez que por una de estas señales mas ó menos inteligentes se figuraba adivinar que era él la causa, se ponia el caballero ó fruncía el seño con ademan impaciente, y mudaba bruscamente de postura, como sucede á todas las personas cortadas.

Llegó al fin la hora en que la condesa se presentó.

La graciosa sencillez que presidia al tocado de la condesa halló gracia aun para los ánimos mas rigoristas, algo escandalizados, digámoslo de paso, que la viudita se diera tanta prisa á abrir sus salones, y que suponian malignamente que la condesa habia medido su dolor por las disposiciones testamentarias del difunto. El gran número de personas que ya henchian el salon no permitió á Mad. de Montmery dirigir una señal afectuosa á cada uno en particular; pero tan bien se condujo, que cada cual pudo creerse objeto de la amable seductora sonrisa con que acompañó su reverencia. El caballero d'Arcourt, entre otros, se condujo de tal suerte que al inclinarse delante de la condesa, sus lábios tropezaron con la mas bonita mano del mundo que la dama le abandonó sin demasiada dificultad: lo cual á los que se jactaban de perspicaces pareció de feliz agüero para las manifiestas pretensiones del caballero.

En este momento fueron anunciados el marqués d'Harvilly y M. Próspero de Ceverolles.

La entrada de estos dos personages produjo general sensacion. El marqués era uno de los primeros de la lista de pretendientes: no se ignoraba que su ternura tenia antiquísima fecha y la alta idea que de su fortuna habia formado, le daba grandes probabilidades. El otro personage, cuyo nombre sonaba por la vez primera en la reunion de la condesa picaba mas la curiosidad que el mismo marqués porque se sabia que el sobrino enriquecido á espensas de la esposa de M. de Verval llevaba el nombre de Ceverolles. En consecuencia, todas las miradas se clavaron en los recien llegados.

Cuando M. d'Harville llegó cerca del sitial donde estaba sentada la condesa, se inclinó profundamente, y despues de dirigir una mirada maligna á su amigo d'Arcourt, que miraba con sorpresa al singular compañero del marqués, este señalando á Próspero, á quien no soltára de la mano, dijo á la condesa:

—Señora, tengo el honor de presentaros el último vástago de la ilustre casa de los condes de Verval.

Agitaba en este momento á Mad. de Montmery una conmocion asaz viva, y que pareció bastantemente justificada por la presencia de este *último vástago* de que hablaba el marqués. Las palabras de este, sin embargo, hicieron levantar la cabeza á la condesa, quien dijo, poniéndose muy encarnada y evitando la mirada llena de ansiedad que Próspero clavaba en ella:

—Ruego al señor conde que reciba los homenages que yo he rendido y rendiré siempre á la familia á que tiene el honor de pertenecer. Estos sitios están demasiado acostumbrados á respetar el nombre de Verval, y me sorprende que el señor conde al entrar en mi casa no se haya dignado anunciarse con el nombre que le pertenece.

Encarnado como escarlata se puso Próspero: tuvo no obstante suficiente presencia de ánimo para saludar, y contestar con voz apenas distinta:

—No queria hacer uso de ese título, señora, antes de tomar la iniciativa de vuestra afectuosa sonrisa.

—No va mal, murmuró el marqués soltando la mano de su primo.

La condesa, vencida por el tono de tristeza y reconvencion con que Próspero pronunciara estas palabras, alargó la mano al jóven, y este la acercó rápidamente á sus lábios. Como en este instante estaba muy próximo á la condesa, oyó estas palabras, que cruzaron como un cefirillo ligero por sus oidos:

—Procurad hablarme esta noche en particular.....

Una nube cubrió sus ojos, y á no ser por el auxilio del marqués que se iba impacientando del giro de la conversacion, el pobre Próspero hubiera caido seguramente á los pies de la condesa, arrastrado por una causa que no era la de un esceso de audacia.

Entretanto se levantó Mad. de Montmery comenzando á recorrer los grupos que á cada instante se apiñaban mas numerosos. A los pocos instantes, esparcióse el gentío por las otras piezas y creció tanto que fue preciso suministrar á la circulacion las habitaciones mas retiradas. Asi fue como Próspero, á quien el marqués abandonara á la primera ocasion con el objeto de presumir, se halló arrastrado mal de su grado al intrincado laberinto de los aposentos, pensando siempre en la órden singular que le diera la condesa y sin atreverse á creer, á pesar de su esplícito sentido, que la seductora viuda desease realmente verle y hablarle sin testigo. Tan inesperado accidente le habia causado una turbacion tan parecida á fiebre, que el brillo de las luces y el calor sofocante que reynaban en los salones sacaron á danzar delante de sus ojos un torbellino de llamas y de objetos incoherentes, que no hubiera podido resistir mucho tiempo el pobre Próspero, si no le hubiera conducido la casualidad al tocador de la condesa.

Asi que Próspero hubo abierto la puerta que daba al santuario, y conoció á qué parage le habian conducido sus indiscretos pasos, su primera intencion fue huir; pero la silenciosa frescura de aquel retiro medio á oscuras, le causó una impresion de placer que no supo cómo resistir. Dió algunos pasos por el tocador, cobrando aliento y paseando sus miradas á lo largo de los espesos cortinages que ahogaban los rumores de la fiesta. Sus ojos, acostumbrados poco á poco á la dulce oscuridad del tocador, acababan de distinguir, reclinada en un sitial, una forma blanca é indecisa que se levantó á su presencia.

—No es este ciertamente sitio para una entrevista, dijo la condesa, porque era ella, pero el gentío que inunda mis salones, y la necesidad que tengo de hablaros, creo que me justificarán á vuestros ojos.

—Os juro, señora, que involuntariamente... me he atrevido á penetrar.....

—En ese caso doy gracias á la casualidad, y la aprovecharé para pediros..... una prueba de esa bondad que se me ha figurado adivinar en vos...

—Una prueba de bondad! interrumpió Próspero, sorprendido de la voz algo trémula de la condesa: direis una prueba de la viva estimacion que hácia vos he concebido... y aun del afecto... Hablad, señora; me juzgaria muy dichoso de serviros en cualquier cosa.

—Pues bien, señor conde, ya que os dignais hacer gala de ese afecto, quisiera en nombre de ese sentimiento gratuito, injustificado...

—¿Qué decis, señora? Perdonad que os interrumpa... ¿pero puedo dejar pasar que se diga que no está justificada la dulce inclinacion de mi alma? ¿Tan pronto puedo olvidar los dos dias que tuve la dicha de pasar á vuestro lado, aquellas encantadoras conversaciones en que supísteis vencer, á fuerza de paciencia y gracia, la timidez que me ahogaba en un principio? Si os hablo en este instante, si tengo la audacia de correr el velo de mi alma ¿á quien debo esta dicha, sino á vos, señora, y á esa amable sonrisa que me alienta á mi pesar? Oh! por piedad no me digais que no debia amaros.....

Paróse Próspero. Esta palabra *amar* que involuntariamente se le habia venido á los labios, sonó de una manera tan estraña á sus oidos que creyó haber proferido el mas grosero insulto. Calló, bajó los ojos, y se mantuvo de pie delante de la condesa como un culpable que espera su castigo. La voz de Próspero tenia un encanto que el cándido mancebo no sospechaba y la semi-oscuridad que reynaba en el tocador de la condesa permitió por fortuna á esta señora ocultar la conmocion que las sencillas palabras de Próspero escitaran en ella.

—Cuando os llamaban lisa y llanamente Próspero, señor conde, dijo la condesa con bastante firmeza, me parecisteis un jóven sin consecuencia, realzado por el candor y

sensibilidad natural.... Hice mal sin duda, en dejaros descubrir demasiado la simpatía que vuestro carácter me inspiraba, y de seguro no la hubiera espresado tan francamente sabiendo que ocultábais vuestro verdadero nombre.

—Ah! señora, ahora veo qué bien hice en ocultarle.

Esta respuesta que caracterizaba el candor original de Próspero, hizo sonreir á la viudita, quien prosiguió con la misma formalidad:

—Cuando conozcais mejor el mundo, M. de Verval, y lo que hay que arriesgar para no dar pie á las hablillas, perdonareis mi severidad. Hasta tanto, lo repito, apelo á vuestra amistad...

—Amistad!

—Dejadme continuar, dijo la condesa con viveza: sí, á vuestra amistad: en nombre de este sentimiento que solo de sacrificios se alimenta, os ruego..... os suplico que no me honreis con vuestras visitas en lo sucesivo.

—No veros mas? es esto lo que quereis decir? Me echais?.....

La condesa, temerosa de sus fuerzas, no contestó en un principio, y Próspero, á quien le flaqueaban las piernas, cayó sobre una silla y se ocultó el rostro con las manos. Entretanto, Mad. de Montmery tomó un legajo de papeles, y presentándolos á Próspero, prosiguió, despues de una larga pausa:

—El objeto de vuestro viage á Paris, señor conde, era sin duda arreglar conmigo algunos puntos embrollados de la herencia de vuestro tio. Podeis estar seguro de que yo no hubiera opuesto dificultad alguna á este particular. Los contratos de arriendo y los títulos de propiedad que aqui estan, componen una suma de setecientos cincuenta mil francos, que unidos al dominio de Verval, componen la totalidad de la herencia. Recibid, pues, de mi mano esa fortuna que con tan noble objeto recae en vos, pues sirve de perpetuar en vuestra persona una de las familias mas respetables de Francia, y podeis creer que me causa verdadero regocijo pensar que el dueño actual de esta fortuna es una de las personas que mas estimo.

A los ojos de cualquier amante menos conmovido ó mas esperimentado que Próspero, la sensacion que la condesa no pudo reprimir al pronunciar estas postreras palabras, hubiera dado márgen para una escena mas peligrosamente apasionada que la otra: pero Próspero solo supo recibir en silencio los papeles que le alargaba la viudita, vió encaminarse á la puerta, abrirla y desaparecer sin hacer el menor esfuerzo por sacudir las pesadillas de que se creia objeto.

Luego que estuvo cerrada la puerta, cobró alguna serenidad, y se levantó con rapidez, cual si quisiera precipitarse en pos de la condesa: mas qué habia de decirla en medio del gentio que inundaba las habitaciones? Sentose otra vez desalentado, y sus ojos se fijaron naturalmente en los papeles que la condesa le entregara. Esta vista cambió el curso de sus ideas. Creyó que su desgracia con la viudita dependia de la fatal felicidad de haber heredado á su tio, y en la despedida de le condesa no vió mas que la espresion de un secreto despecho, de un encono oculto de una avaricia burlada. Dió á todos los demonios las riquezas y su maligna estrella: reflexionó que la conducta de la condesa procedia de un sentimiento despreciable, y pasando del esceso del dolor al esceso de la cólera, se exaltó contra el mundo, contra las mugeres y contra sí propio, y juró en nombre de su madre, que habia de volverse á un rincon de su Auvernia, á su casita de Ceverolles, sin mas relaciones que los buhos y murciélagos, que desde la mas remota antigüedad gozaban de una hospitalidad sin límites en las aberturas de la vetusta morada.

Despues de tan magnífica tirada metióse Próspero en el bolsillo sus treinta mil libras de renta y se encaminó á la puerta, resuelto á buscar á su primo Leon y decirle que ya no aspiraba á la mano de la condesa. Iba á salir cuando se le figuró oir hablar con algun calor detras de una de las tapicerías que decoraban el tocador. Prestó atencion, pero llegaban las palabras demasiado confusas para poder comprenderlas, no obstante antojósele distinguir la voz de la condesa. Esta circunstancia despertó su curiosidad, y levantando la tapiceria halló detras una puertecita por entre la cual pudo divisar en efecto otra habitacion mas iluminada que el tocador, pero privada al público. Estaba la condesa en muy animada conversacion con un elegante jóven, desconocido para Próspero, pero no para el lector.

—Tranquilizaos por Dios, señora, decia el caballero d'Arcourt reprimiendo con su

urbano movimiento la intencion que la condesa manifestaba de levantarse, aquí estoy solamente como embajador, y sea cual fuere la dulce inclinacion que me arrastra, hoy no os hablo por mí.

—Os chanceais, d'Arcourt?

—Por mi honor, que no tengo semejante idea. Vos juzgareis si es poco formal mi empresa, y si deja de ser sensible á la desesperacion de un amigo, cuando me espongo yo á ella á riesgo de ahogarme de virtud. Sois amada, señora, y como tantos que se mueren en silencio, hay quien os ama y calla. Pero he jurado venir á implorar vuestra compasion en nombre de un amigo, por quien estoy altamente interesado. En gracia de este deber, espero que perdoneis mi audacia.

—Qué significa ese laberinto?

—Significa que el esceso de mi virtud me hace tonto algunas veces: y convendré, señora en todo lo que querais.

—Pero de qué amigo hablais?

—Eso ignorais? Pues qué! en un siglo que há que d'Harvilly os adora á la faz de todo París, tan poca influencia ha conquistado, que aun ni siquiera sospechais su ardor?

Retembló la puerta secreta.

—Es posible esa ignorancia? continuó d'Arcourt acercándose á la condesa: ah! seré tan dichoso... digo, no, me engaño, seré tan desgraciado, no, voto al... ! perdonad, señora, no sé lo que me digo!

—Dos somos los que lo ignoramos, caballero, respondió la condesa que comenzaba á descifrar el enigma: sin embargo, si pretendeis hacer otro esfuerzo, os prometo por mi parte procurar ponerme á la altura de vuestras esplicaciones. Ea, valor.

—Valor! esa palabra me hace sospechar que habeis comprendido mejor de lo que parece. Pues bien, sí, he tenido valor para prometer á d'Harvilly defender noblemente su causa cerca de vos. He debido hablar, asi lo he hecho, y espero la respuesta.

—D'Harvilly me ama, y vos me lo declarais?

—Es... reconvencion?

—Es admiracion.

—Luego sabeis?... Mas no, que he jurado callar; no hablemos sino del marqués. Qué he de decirle, señora?

—Calle! tambien estais encargado de llevar la respuesta?

—Me haceis estremecer... Será esa respuesta... favorable?

—Y si asi lo fuese?

—Entonces no me quedaria otro partido que el del heroismo. Ya os escucho.

—Mirad, dijo la condesa divertida por esta escena, quiero consultaros... pediros vuestra opinion acerca del marqués.

—Mil gracias, señora, pero temo que pierda algo...

—Pues, ¿y esa amistad que encareciais...

—Cierto... pero hay casos... Por Dios, señora, no me insteis; acabo de hacer una confesion, y no quisiera propasarme á la segunda.

—De veras? replicó la condesa sin darse por entendida; me ocultais alguna cosa que pueda perjudicar á M. d'Harvilly? Hay algo oculto? Pues todos le conceden mil cualidades amables. Le suponen noble, generoso, modesto, dechado de honor, apreciable por todos conceptos. Por mi parte estoy convencida de que el marqués es un caballero completo, y que haria dichosa á cualquiera muger.

Esta vez, hizo la portezuela mas que retemblar, suspiró. Sin embargo, por grande que fuese su interés en la conservacion, ahogóse el rumor del suspiro con el del caballero, que tuvo por conveniente añadir una lamentable esclamacion.

—En verdad, repuso la condesa, que no os comprendo.

Os comprometeis á defender la causa del marques, y yo soy quien lo hace.

—Os conducis demasiado bien para que yo lo sienta, dijo el caballero secamente.

—Me he escedido en mis elogios? Teneis alguna cosa que echar en cara al marqués?

—Una falta grave, si señora, contestó el caballero clavando en la condesa los ojos con amora espresion, la de amaros, y si es forzoso interpretar el calor con que acabais de tomar su defensa; mucho temo tener contra él dos quejas en lugar de una.

—Sois loco, caballero, replicó la condesa no creyendo deber ahondar mas la esplicacion; y sea cual fuere el partido que tomeis en este negocio, el vuestro ó el del marqués, me obligareis á que reprima vuestro ardor. Por lo demas, añadió con formalidad, las honduras en que hemos entrado me obligan á comunicaros un secreto horrible.....

—Cielos! me helais de espanto?

La condesa cuidó de ocultar su sonrisa, y

continuó con voz cada vez mas sombría:

—Habeis oido hablar de la desastrosa quiebra de M. de Mahon, ese banquero que se ha fugado, dejando mas de quince millones de déficit? Ya comienza á correr la noticia por mis salones.

—Y qué? objetó d'Arcourt sintiendo correr por su frente un sudor helado. Ya sabeis que todo mi caudal consiste en metálico. Resolví, pues, trasformar mis capitales, y encargué esta comision á M. Mahon.

—Acabad, señora; será posible! esclamó el caballero sumamente pálido.

—Pues sí, estoy arruinada. En lo sucesivo, apenas me queda con que vivir decentemente. Juzgad ahora si puedo aspirar á contraer lazos nuevos! Decidlo vos, caballero, quien ha de querer á una viuda pobre?

La puertecilla que se habia entreabierto sin que lo sospechasen los interlocutores, cerróse de repente, y la condesa hubiera podido oir abrirse y cerrarse volozmente la puerta del tocador, si el caballero no hubiese cubierto este ruido con el ardor de su réplica.

—Señora, esclamó tomando una resolucion oportuna; podeis imaginar siquiera que d'Harvilly, cuyo órgano soy aqui, haya podido dejarse guiar por viles consideraciones? Por mi honor protesto que haceis mal en creer que haya podido consentir en favorecer tan mezquinos intereses; pero desengañaos, condesa, respondo de d'Harvilly como de mí propio: respondo de su corazon, de su lealtad, de su amor. A vos es á quien ama, y solo ama vuestros méritos y vuestra gracia. Estoy seguro de qué esta noticia le va á colmar de alegria, pues le proporcionará ocasion de ofrecer su fortuna á vuestros pies. Un corazon como el suyo tiene celos de toda dicha qne no proceda de él solo, porque es un corazon noble, lo juro! Cuánta será su felicidad al pensar que él solo os hace dichosa? Siento, señora, siento que tan mal nos háyais juzgado. Corro á buscar á d'Harvilly, le cuento nuestra entrevista, le digo que es amado.... y en todo esto una sola gracia espero, y es que me permitais en adelante ocultaros mis lágrimas y mi desesperacion.

Concluida esta peroracion, se acercó el caballero la mano á la frente con ademan despechado, y salió precipitadamente de la habitacion. Apenas hubo cerrado la puerta, cayó la condesa sobre un divan, donde dió suelta á la mas estrepitosa carcajada.

III.

Entretanto comenzaba la fiesta á perder algo de su animacion. Habia circulado en efecto la noticia fatal de la fuga del banquero Mahon, y como la clientela de este financiero comprendia las mejores casas del arrabal de San German, juzgue cualquiera si fue un rayo para la noble sociedad que se reunia en casa de la condesa. Aclaráronse los grupos, y en pocos minutos la larga fila de coches fue disminuyendo como por encanto. Las mesas de juego estaban desiertas, y veianse circular figuras trastornadas donde un momento antes se codeaban risueñas muchachas en traje de baile. Uno solo de los cuatro grandes salones abiertos á la concurrencia bastó demas para contener los pocos convidados que quedaban, y las demas piezas se quedaron vacias y abandonadas.

En una de estas se hallaba un hombre pálido y trastornado, apoyándose en una de las mesas de mármol que decoraba el salon. Era el marqués de Harvilly. Sus facciones desencajadas, los movimientos febriles que conmovian su cuerpo, sus manos que se llevaba rápido á la frente como si quisiera ahogar un pensamiento importuno, indicaba harto bien que pasaba en su alma alguna cosa estraña y funesta. La dolorosa abstraccion del marqués era tan grave que ni siquiera oyó abrirse la puerta del salon, y el caballero d'Arcourt, que entró precipitadamente, pudo acercarse y sacudirle en el hombro sin que él levantase la cabeza.

—Qué es eso, marqués? Qué haces pegado á la pared como un cuadro viejo, cuando acaba de sonar para tí la hora de la victoria? Despertad, señor mio, despertad, el amor se aviene mal con el sueño.

Clavó el marqués en el importuno una mirada vaga, distraida. Sin embargo, el caballero satisfecho de esta muestra de atencion por incierta que fuese, se apresuró á continuar:

—Sí, afortunado d'Harvilly, me debes mas votos que un contrabandista á su patrono! La condesa es tuya. He visto iluminarse su hermosa frente con el rubor de belleza vencida: hoy luce la aurora de tu ventura, marqués! Por mi parte está consumado el sacrificio: ahogaré mi llama con las cenizas de mi corazon. La virtud, mi honor, la amistad, todo esto me anima, me atur-de, me emborracha. Consuélate, amigo mio,

soy mas vencedor que vencido, porque he triunfado de un amor.

—Yo no ambiciono dicha alguna, contestó el marqués con voz lenta y abatida, como quiera que la condesa haya acogido mis sentimientos, no me está bien seguir en ellos.

—Que escucho!

—Estoy arruinado.

—Arruinado! Y va de dos! Por ventura tienes parte en la quiebra de Mr. Mahon?

—El miserable me lleva ochocientos mil francos.

—Para el tonto que confia á un banquero semejante suma. Pobre amigo! Pero quien sabe si será prematura la noticia. Quieres que vaya á informarme?

—Es inútil.

—No por cierto. Las malas nuevas corren y se esparcen pronto. Valor: yo creo que hay algo de exageracion en la noticia, y voy á reventar mis caballos por enterarme.

Leon, le dijo conmovido y apretándole la mano, respeto demasiado tu desgracia para no recurrir á cuanto pueda minorarla. No hay mas que hablar de las apuestas y convenios de esta mañana: he podido ser tu rival antes de que te fuese enemiga la fortuna: pero en adelante solamente seré tu amigo. Amas á la condesa, buen provecho! aun puedes ser dichoso, y no seré yo quien contribuya á tu ruina.

Acabadas estas palabras, que acompañó de un enérgico apreton de manos, se dirigió á la puerta el caballero, y como iba muy aprisa, sin duda para ocultar al marqués su conmocion, tropezó con Próspero que entraba con no menor rapidez. Tambien traia Próspero manifiestas señales de profunda sensacion, y el afan con que se aproximó al marqués, asi que le columbró, hizo suponer al caballero que mediaba entre el marqués y este personaje á quien no conocia, alguna comunidad de infortunio. Aceleró por lo tanto el paso para contener la sensibilidad de su corazon, y bajó á toda prisa al patio á llamar á su lacayo.

—El pícaro del comerciante, pensó empuñando las riendas de su tilbury, tiene la culpa de que yo me encuentre sin tener con quien casarme. Por su gracia van á escasear las viudas ricas horriblemente. Y véase que diablo de casualidad, cuando pensaba yo pedir mañana á d'Harvilly un ciento de luises..... D'Harvilly es escelente muchacho; pero temo que los reveses le agrien el carácter, y amigo y todo como es, Dios sabe si lo olvidará algun dia, para recordar que es mi acreedor. No, procuraremos tomar la delantera.

Entretanto se habia acercado Próspero al marqués tendiéndole los brazos. Rodaban gruesas lágrimas por sus mejillas, y sin cuidarse de si su primo se prestaba ó no á las muestras de sus simpatias, le abrazó repetidas veces, y asiole en seguida de la mano, mirándole con humedecidos ojos.

—Lo sé todo, Leon, dijo por fin, y hace un rato que estoy corriendo toda la casa para dar contigo. Mr. Mahon era tu banquero, es verdad?

—Quién te ha dicho.....

—Tú mismo. No te acuerdas que hablamos del particular al venir aqui, y que manifestabas recelos que desgraciadamente se han realizado? Por qué no me lo dijiste todo?

—No alcanzo...

—Fuera rodeos, primo, no es este parage ni hora de perder el tiempo condoliéndose. No has tenido confianza conmigo, Leon: haces mal; pero te perdono.

—Por mi palabra, que no sé de qué me hablas.

—Dale! te hablo de la condesa. Me entiendes ahora?

—Y qué deduces de ahí, M. de Verval?

—Qué deduzco, Leon? Que no me quieres, que no me has querido nunca, y que ha sido en vano haberte recordado nuestros primeros años, nuestros juegos, nuestros placeres infantiles. Ah! es posible que tal cosa me suceda! cuando tantas veces hemos dormido en la misma cama, cuando nuestras madres eran hermanas!

—Serénate, Prospero, contestó d'Harvilly, que no pudo menos de contagiarse con la emocion de su primo, serénate por Dios, porque ni pienso en la condesa, ni me casaré con ella nunca.

—Asi piensas serenarme? Grande esfuerzo por cierto! Cuando os acuso de que no me quieres, contestarme; no me casaré con la condesa! que vale tanto como decir que veré desgraciados para siempre dos seres que tanto aprecio, y que yo seré la causa. Y á eso llamas serenarme? Anda ingrato.

—En verdad, amigo mio, murmuró Leon sin comprender el sentido casi sublime de las palabras que acababa de oir, confundes todas mis ideas. Vamos á cuentas: no me digiste que amabas á la condesa?

—Y tanto como la amo.

—Ahora bien: si yo renuncio á ella, qué mas pretendes?

—Te figuras que yo consentiré que renuncies? Cuando acabo de oir hace un instante por mis propios oidos que la condesa te ama?

Dígote, grandísimo loco, que yo tambien la amo... y que quiero que sea dichosa esa muger. Me parece que esto es portarse!

—Como no se estila, dijo el marqués sonriéndose y fijando en Próspero miradas que reflejaban su sorpresa y conmocion. Perdóname, primo, que te haya comprendido tan mal. Se hace uno tan necio en París! Repito, sin embargo, aunque hayas de desterrarme para siempre de tu noble corazon, donde me envanezco de ocupar un puesto, que no me casaré con la condesa, no porque pretendo ser mas generoso que tú, sino porque el nuevo estado de mi fortuna haria que cualquier paso dado para obtener la mano de esa rica viuda fuese una bajeza que no entra en mis ideas.

—No es mas que eso! En tal caso, Leon, pronto nos entendemos. Eres amado y la condesa es rica, perfectamente. No quieres deberla tu bien estar, y haces muy bien. Pero supone que esteis entrambos arruinados, qué podrás objetarme?

—Qué dices? Dios mio!...

—No me interrumpas. Sé la objecion que pondrás! Que cero y cero suman cero, y cuando un marqués se casa con una condesa, es bastante tonto andarse con el señor cero. Pero si yo te probase que en lugar de dos novios pobres, solo hay uno en este caso, y este no eres tú, y que en lugar de comer el pan de tu muger, ella será la que coma el tuyo?

—Próspero, no me atrevo á comprenderte....

—Pues yo bien claro me voy esplicando.

—La condesa.....

—Está arruinada lo mismo que tú. De modo que he echado mis cálculos y he encontrado un medio de volveros á hacer á los dos ricos. Supuesto que la condesa te ama, debes ser á sus ojos el mas precioso tesoro, de donde he deducido que serás de la condesa. Para tí, pobre primo, traigo el regalo de boda. Ahí tienes.

Diciendo estas palabras, sacó Próspero del bosillo el legajo de papeles que le entregára la condesa, y que puso en manos de d'Harvilly.

—Qué es esto? preguntó el marqués, sorprendido del singular aspecto del regalo.

—Son treinta mil libras de renta. Me quedo no mas que con el castillo de Verval, con objeto de recibiros en alguna parte cuando váyais á verme tu esposa y tú.

—Jamas! esclamó el marqués: jamas consentiré en tal cosa. Insistir fuera ofenderme.

—Y la condesa? No sabes lo que es amar? No sabes lo que puede sobrevenir? Morirá: se me ha metido en la cabeza que le costará la vida... Cuidado con los amantes de París! Se atreven á decir que aman y por el objeto de su amor no son capaces de nada, ni aun del mas ligero sacrificio, el del necio orgullo!

—Próspero, estás loco, esclamó de nuevo el marqués, en la ajitacion, estás loco, delirando, la pasion te estravia! Aquí solo hay un sér que se muere de amor, y ese eres tú.

Estremeciose Próspero, y quedó pálido.

—Quien se atreve á inquirir mi corazon? dijo despues de una pausa. Querrás tú, Leon, penetrar donde yo mismo no penetro?

En este mundo cada uno se conduce á su manera. Quiso mi tio que yo tomase su nombre, y le he tomado; ha exigido ademas que le diese sobrinitos, obedeceré. Tomaré la primera muger que se me presente, y adelante. Pero lo que mi tio no tenia derecho para mandarme era que yo me ataviase con su herencia á manera de trage ridículo que no está hecho para mí; esa herencia me pesa, me estorba, me asedia. El castaño que echa raices sobre la tierra avara de nuestras rocas pereceria en el pingüe terreno de la vega; como él nací yo en tierra avara y he crecido en la pobreza. Tengo yo por ventura vuestras necesidades y vuestros deseos? Tengo vuestras pasiones, vuestros gustos y placeres? Qué habia de hacer con mi oro? ¿Me dará la elegancia de que carezco, el talento que me falta? Locura, locura! Quiero volverme á mi retiro, á mis montañas, en medio de las buenas gentes que me vieron pobre como ellos. A qué he de volver con ricos trages y engalanados lacayos? Dudo que me quieran mas, y yo quiero ser amado, lo entiendo!

—Quién os dice que no lo sois ya?

La condesa que habia entrado sin que los jóvenes lo advirtiesen, habia pronunciado

de repente estas palabras presentándose á Próspero y asiéndole la mano.

—La condesa! esclamó d'Harvilly saludando.

Próspero, asida la mano de Mad. de Montmery, mudaba de color á cada instante y tendia en torno suyo los ojos asombrados.

—Nos escuchábais? dijo por fin.

—Lo he oido todo, señores, dijo la condesa con alguna confusion, sí, lo sé todo, y mucho me temo que M. Próspero esté un poco equivocado.

—Tambien yo temo, dijo el marqués saludando de nuevo, tener muy pronto que participar de vuestros temores.

—Veo, pues, continuó la condesa con encantadora sonrisa y mirando á Próspero, que me esplico mas claro que ese pobre castaño de Auvernia. Ahora bien, señor marqués, decidme con franqueza, á vuestro parecer, cual de vosotros dos me ama de veras?

—Señora, quereis que yo pronuncie mi propia sentencia?

—Qué es esto, Leon? quieres callar? esclamó de repente Próspero metiéndose entre su primo y la condesa. El que aqui os ama, señora, es Leon!

—Quién lo ha dicho.

—Toma... es la verdad, dijo Próspero á media voz, él no ha confesado nada y ahora recibe el castigo. A tí si que no puedo decir que te he acechado.

—Señora, dijo entonces el marqués conociendo cuán quiméricas eran sus esperanzas, tened alguna compasion del apurado lance en que me ha metido la oficiosidad de caballero d'Arcourt. No temo no obstante que desconozcais el verdadero motivo de mi sentimiento. Como yo, habeis juzgado, ya que oísteis nuestra conversacion, qué noble corazon late en ese pecho (señalando á su primo), y si he hecho mal en herirle tan indignamente como lo he hecho. Ahora contestaré á vuestra cuestion y diré sin reparo, que de nosotros quien os ama mas aqui es Próspero, á quien el amor ha inspirado, con objeto de haceros venturosa, un sacrificio que yo no habria hecho jamas.

—Calla, primo, saltó Próspero, hablas de sacrificios y no sospechas el verdadero móvil de todo. Yo no te sacrificaba nada, y la señora condesa puede decirte ya que..... sabe..... como yo, que yo no debia esperar nada, antes por el contrario!...

Debilitóse notablemente la voz de Próspero para pronunciar estas palabras.

—Qué niño eres! esclamó el marqués empujando á su primo hácia la condesa: no lees en sus bellos ojos que puedes esperarlo todo?

—Ah! señora, qué es lo que se atreve á decir? murmuró Próspero, asiendo la mano que por segunda vez le alargó la condesa, y cayendo á sus pies.

—Lo que yo no me atrevia á confesar antes de haber conseguido del señor marqués una gracia esencial para la felicidad de los tres.

—Hablad, señora, tengo yo tantas que pediros por la conducta indigna.....

—Que os quedeis con el regalo de boda que os hizo Próspero, porque tambien pienso casaros.

—Señora, que exijis? es imposible.....

—Peor que peor, porque solo á este precio conseguirá Próspero mi mano.

—Que diantre, primo, dijo Próspero, sin levantarse, y volviéndose á d'Harvilly, tan difícil es guardar esos papelotes en el bolsillo? volvemos á las ingratitudes? cuando te daria mas que la vida?

—Pero, señora, objetó el marqués, reducido al último estremo, olvidais que es el caudal de Próspero, y que vos misma, si no he comprendido mal á mi primo...

—No te he dicho, Leon, que me quedaba con el castillo de Verval? contestó Próspero algo asustado.

—Tranquilizaos entrambos, dijo la condesa, el banquero Mahon no ha envuelto mi fortuna en su quiebra, y si recurrí á esta mentirilla, fue por zafarme del caballero d'Arcourt. Estaba muy segura de conseguir mi objeto por este medio.

—Ea, esclamó alegremente Próspero levantándose, está escrito que yo he de ser millonario!

—Y que perdereis la amistad de esas pobres gentes que deciais! No es esto?

—Lo que es, señora, que tengo un miedo horrible de estar soñando.

—Pues no le despertemos, *primita*..... dijo el marqués besando la mano de Mad. de Montmery.

—Aceptais, d'Harvilly?

—Sí, condesa, porque me parece adivinar el sentimiento de esquisita delicadeza que os impulsa á no casaros sino con Próspero pobre, en la persona del heredero del difunto conde de Verval.

—Qué... qué? preguntó Próspero.

—Ya os lo esplicaremos otro dia, dijo la condesa sonriéndose, y espero que me perdonareis entonces la escena de esta noche en mi gabinete.

Es de presumir, en efecto, que le parecieron plausibles á Próspero las esplicaciones de la condesa, porque al mes Mad. de Montmery partió con él á la hacienda de Verval, donde se desposaron. El matrimonio se celebró espirado el luto de la condesa.

El mismo año casó Leon d'Harvilly con una poderosa heredera, que tuvo el talento de robar el caballero. Se añade, ademas, que no juzgó oportuno utilizar la amistad de nadie para evitar el fastidio de una declaracion, y que de ello se dió el parabien mas cumplido.

D. P.

En el Album

de la Señorita Doña S. L. de Z.

SONETO.

Gentil adorno del vergel florido
Abre su seno la naciente rosa,
Rica en aroma su corola hermosa
Que roba el aura en beso repetido:
Pero gime el ramaje sacudido
Del Austro bramador en la frondosa
Selva, y las galas de la flor preciosa,
Juguete son del huracan temido.
Tambien tú, asi como la rosa bella,
La vírgen alma y hermosura ostentas
En la alegre mañana de la vida;
Ay! quiera el cielo nunca como ella
El huracan de los dolores sientas,
Ni tu esencia de amor llores perdida.

J. Martinez de Aguilar.

Estudios de Historia Natural.



EL BUEY.



Entre los muchos animales domésticos criados para el regalo, descanso y sustento del hombre, ninguno le es de mayor utilidad que el Buey, pues restituye á la tierra todo lo que de ella saca, y aun mejora el terreno en que vive, engordando su pasto. A no ser por el Buey tanto los pobres como los ricos vivirian con harto trabajo; la tierra quedaria inculta, y los campos y hasta los jardines serian áridos y estériles: sobre él recaen todas las labores del campo; el es el criado mas útil del cortijo, y él que sostiene la economía rústica; y en él estriba todo el peso de la agricultura.

El Buey no es muy apropósito para llevar cargas, segun lo demuestra la figura de su lomo; pero lo recio de su cuello y lo ancho de sus espaldas, indican bastantemente que es acomodado para tirar y llevar el yugo; parece haberse hecho espresamente para el arado: la mole de su cuerpo, la lentitud de sus movimientos, lo bajo de sus piernas, todo, hasta su grande sosiego, y su paciencia en el trabajo, parece concurrir á hacerle apropósito para el cultivo de los campos, y mas capaz que otro ninguno de vencer la resistencia constante y siempre nueva que la tierra opone á sus esfuerzos.

En aquellos animales de cuyas especies ha formado el hombre rebaños, y en que el objeto principal es la multiplicacion, la hembra es siempre mas necesaria y mas útil que el macho. El producto de la vaca es un bien que crece y se renueva á cada instante: la carne de la ternera es un alimento tan abundante como sano y delicado; la leche, el

sustento de los niños; la manteca, el condimento de la mayor parte de nuestros manjares; y el queso, la comida mas frecuente de los habitantes del campo. La vaca puede aplicarse tambien al arado.

El toro sirve principalmente para la propagacion de la especie; y aunque tambien se le puede someter al trabajo, no hay tanta seguridad en su obediencia, y es necesario precaverse del uso que puede hacer de su fuerza. La naturaleza hizo á este animal indócil y fiero, en términos que al tiempo del celo es indomable, y á veces está furioso; pero la castracion destruye el orígen de sus movimientos impetuosos, sin quitarle nada de su fuerza, haciéndole mas grueso, mas macizo, pesado y apropósito para el trabajo que se le destina, y con ella viene á ser mas tratable, paciente y dócil, y menos incómodo para los demas. La castracion debe verificarse á la edad de diez y ocho meses ó dos años, pues casi todos los que se castran antes de esta época perecen.

Las vacas entran comunmente en calor por la primavera; y la gestacion dura nueve meses, y paren á principios del décimo; de suerte que hay muchas terneras desde 15 de Enero hasta 15 de Abril, no menos que en todo el verano, mientras que el tiempo de la mayor escasez es en otoño. Las señales del calor de la vaca no son nada equívocas pues muge frecuentemente, y con mayor violencia que en los demas tiempos. Están bastante espuestas á abortar si no se mira por ellas, ó se las pone al arado, al carro, &c.; y por esto es necesario cuidarlas mucho mas cuando están llenas que en otro tiempo, procurando que no salten vallados, fosos, &c., y tenerlas asimismo en los pastos mas jugosos, y en terreno que, sin ser demasiadamente húmedo y pantanoso, abunde, sin embargo, en yerba.

Los ternerillos deben quedar con la madre durante los cinco ó seis primeros dias, para que estén abrigados y mamen cuanto quieran; pero en este tiempo crecen y se fortifican bastante para separarlos de ella por horas. A los dos, tres ó cuatro meses se destetarán los que se hayan de guardar, y antes de quitarles absolutamente la leche se les dará un poco de buena yerba ó de heno fino, para que empiezen á acostumbrarse á este nuevo alimento. En el primer invierno es cuando mas peligra la vida de estos animales, y por lo mismo se necesita en esta época de mucho cuidado con ellos, por cuanto en el verano siguiente se fortifican ya lo bastante para poder resistir el frio del segundo invierno sin que les haga daño.

La vaca se halla en completa pubertad á los diez y ocho meses, y el toro á los dos años; pero aun cuando en esta edad pueden ya engendrar, será muy acertado esperar hasta los tres años para permitir que se junten. Estos animales se hallan en su mayor robustez y fuerzas desde los tres años hasta los nueve; mas pasado este tiempo ya no son apropósito, tanto las vacas como los bueyes, sino para engordarlos y matarlos. Y como adquieren en dos años la mayor parte de su incremento, la duracion de su vida es, de la misma suerte que en la mayor parte de las demas especies de animales, de siete veces dos años con corta diferencia, y por lo comun casi no viven sino catorce ó quince años.

La voz del toro es mas fuerte y gruesa que la del buey, de la vaca y del ternero: el toro no muge sino de amor; la vaca igualmente, pero con mucha mas frecuencia de horror y de miedo; y el ternero muge de dolor, de necesidad de alimento, y de deseo de su madre.

El sueño del buey es corto y ligero, y el menor ruido le despierta. De ordinario se echa sobre el lado izquierdo; y el riñon de aquel lado es siempre mayor, y está mas cubierto de sebo que el del lado derecho.

El color de los bueyes varía de la misma suerte que en todos los demas animales domésticos, sin embargo de que parece en ellos mas comun el rojo, y cuanto mas rojo es, tiene mayor estimacion. Asimismo son estimados los de pelo negro, y algunos pretenden que los bueyes de pelo bayo duran mas; que los de pelo pardo son de menos duracion y se cansan pronto; y que los grises, los anubarrados y los blancos son inútiles para el trabajo, y solo sirven para engordarlos.

Para que el buey se aficione al trabajo es menester tratarle al principio con grande blandura, pues si se le ostiga se hace indócil y á veces indomable: tambien se le debe alimentar con mas abundancia hasta que se acostumbre al trabajo.

Por lo demas, el buey solo debe servir desde los tres años hasta los diez, á cuyo tiempo se le quitará del arado para engordarle y venderle, pues su carne será entonces mucho mejor que si se guardase mas. La edad de este animal se conoce por los

dientes y por las astas: los primeros de delante se le caen á los diez meses y ocupan despues su lugar otros mas anchos, pero no tan blandos; á los diez y seis meses se le caen los dientes inmediatos á los de en medio, y nacen otros en su lugar, y á los tres años se renuevan los incisivos, los cuales son entonces iguales, largos y bastante blancos; pero conforme el buey adelanta en edad, se le van gastando, y se le ponen negros y desiguales; lo mismo sucede al toro y á la vaca. A los tres años se les caen las astas y les suceden otras que no están espuestas á mudarse: las del buey y la vaca engruesan y crecen mas que las del toro.

Se asegura que los bueyes que comen lentamente resisten mucho mas al trabajo que los que comen de prisa; que los bueyes de paises montuosos y secos son mas vivos, vigorosos y sanos que los de los paises húmedos y llanos; y que todos ellos adquieren mas robustez cuando se alimentan con heno seco, que cuando pacen la yerba tierna.

El calor excesivo los incomoda más que el frio rígido; y para conservarlos mas y mantenerlos sanos y vigorosos, conviene almohazarlos, lavarlos, untarles los cascos, y darles á beber á lo menos dos veces al dia, agua clara y fresca.

Lo mismo debe hacerse con la vaca, aunque la de leche requiere un cuidado mas especial. La leche buena no es demasiado espesa ni demasiado clara; debiendo ser tal su consistencia, que si se toma una gota pequeña de ella, conserve su figura esférica sin correr: asimismo debe ser muy blanca, pues la que tira al color amarillo ó al azul no vale nada; su sabor ha de ser dulce, sin ninguna amargura ni acrimonia, y tambien ha de ser inodora ó de buen color. En el mes de Mayo y durante el verano es mejor que en invierno; y solo es perfectamente buena cuando la vaca es de buena edad y está saludable: la leche de las muy jóvenes es demasiado clara, y la de las viejas demasiado seca, y en invierno demasiado espesa.

Las vacas y los bueyes gustan mucho del vino, vinagre y sal, y devoran con ansia una ensalada aderezada.

Sabido es el consumo que se hace de la carne de estos animales. En Irlanda, Inglaterra, Holanda, Suiza, y en el Norte, se sala y ahuma gran cantidad de la de vaca, ya para el consumo de la marina, ó para el tráfico del comercio; y asimismo se estrae de aquellos paises crecido número de cueros. La piel del buey, y aun la de ternera, sirven para infinitos usos, segun es notorio; y su sebo es tambien materia útil, mezclándolo con el de carnero. El estiercol del buey es el mejor abono para las tierras secas y ligeras; el cuerno de este animal fue el primer vaso en que se bebió; el primer instrumento en que se sopló para aumentar el sonido; la primera materia transparente que se empleó en lugar de vidrieras, y para construir linternas, y que se ablandó para hacer cajas, peines y otras mil obras.

E. de B.



EL ESTORNUDO.



Algunos críticos, y entre ellos el jesuita Faminiano Strada y el docto Sigonius, han pretendido que en la epidemia que asoló la Italia en 591, el estornudo era síntoma infalible de muerte, y que el Papa Gregorio I mandó ciertas invocaciones en el acto de espirar, y entre ellas la de *Jesus, Maria y José*; *Dios te asista*, etc.

Esta opinion carece de fundamento. El saludo de que se trata es una costumbre que ha llegado á nosotros desde la antigüedad mas remota, y se haya establecida en diferentes paises del antiguo y nuevo continente, como diremos ahora.

Se lee en la Mitologia, que Prometeo animó la estátua de barro que habia fabricado, aplicándole á la nariz un rayo de sol, el cual le produjo un estornudo, que fue su primera señal de vida.

Toda la antigüedad le ha considerado como signo de presagio, ya próspero ya adverso. Homero y Teócrito, pretenden que, cuando viene el estornudo del lado izquierdo es funesto, y feliz cuando del derecho.

Vemos en la Odisea, que al dar Telémaco á su madre la noticia de que acababa de llegar un estrangero con nuevas de Ulises, estornudó con tal fuerza, que se estremeció el palacio. Penelope consideró este suceso como un presagio favorable, y mandó que el estrangero llegara á su presencia.

Genefonte refiere en el libro tercero de la espedicion de Cyro, que estando arengando este príncipe á sus tropas, estornudó un soldado, y esto se consideró como presagio de la victoria.

Plutarco hace mencion de un hecho semejante. Antes de la batalla de Salamina, dice, al ofrecer Temístocles un sacrificio á los Dioses, estornudó del lado del feliz augurio uno de los concurrentes, y habiéndolo observado el Sumo Sacerdote, predijo en el acto la victoria.

El mismo Plutarco en su tratado del *Demonio de Sócrates*, pone en boca de Tespsyon las observaciones que se consideraban seguras en su tiempo acerca de las señales del estornudo para emprender, suspender ó desistir de una obra.

Esta supersticion estuvo muy estendida en Roma, y los Emperadores participaban de las ideas del vulgo, dando ellos el saludo de *Júpiter os salve*, y exigiéndolo de sus súbditos; pero los hombres ilustrados pensaban de otro modo, como puede verse en Ciceron *De divinatione*, en Séneca, y en los poetas cómicos.

Fácil seria multiplicar los ejemplos de esta creencia, la cual recibia muchas veces una interpretacion favorable. Asi, para elogiar la hermosura de una jóven, se decia que las Gracias habian estornudado al tiempo de su nacimiento; metáfora que contiene la significacion de las opiniones antiguas sobre este fenómeno.

Las creencias religiosas de cada pueblo han prestado su influjo á la interpretacion del estornudo. En Siam, se dice, que cuando el juez de los infiernos lee el libro que contiene los hechos de la vida de cada individuo, estornuda alguna de sus acciones, y que de ahí ha venido la costumbre de desear una feliz y larga vida cuando alguno estornuda.

Un autor moderno nos refiere en la historia de Abisinia, que habiendo estornudado el Emperador de Monomotapa, se hicieron aclamaciones en todos sus estados por la salud del soberano.

La misma costumbre encontraron los españoles cuando conquistaron América. Al estornudar el cacique Guadaja en presencia del general Soto, todos los indios de su comitiva se inclinaron respetuosamente, y pidieron al sol protegiese á su monarca, iluminándole con sus mas brillantes rayos.

Vemos, pues, que esta costumbre se halla establecida entre los antiguos y los modernos, entre blancos y negros, en una palabra, entre los habitantes de todo el globo. ¿De donde, pues, ha podido tener su origen en naciones tan remotas y de tan diferentes creencias? Esto es lo que se ignora, y lo que hace ya muchos siglos que hombres célebres han tratado de investigar. Plinio dijo: «¿*Cur in sternutamentis salutiamus*?»

No pretendemos resolver una cuestion por tantos siglos indecisa; pero observamos que la alegoria de Prometeo, las ideas emitidas en el vasto imperio de las Incas, y la opinion del mismo Hipócrates, y de sus sucesores, prueban el conocimiento que se ha tenido de la importancia del estornudo, de su mecanismo, y de su produccion por los rayos solares.

En efecto, la impresion de una luz viva en los órganos de la vista, causa una irritacion simpática en la pituitaria, que produce la espiracion convulsiva, conocida con el nombre de estornudo.

La contraccion del diafragma que entonces se verifica, hace arrojar con mas ó menos violencia, el aire contenido en los pulmones y con él las mucosidades morbosas que suelen tapizar los bronquios y pueden causar la sofocacion. Por eso en muchas asfixias el uso de los esternatatorios ha sido suficiente para restablecer la vida. Es de buen agüero el estornudo en las enfermedades graves, porque anuncia que la membrana pituitaria ha recobrado la sensibilidad que le es natural, y que habia perdido de resultas de la influencia de la lesion principal sobre todos los tegidos orgánicos.

De lo referido se infiere, que las opiniones de los antiguos con respecto al bien ó al mal que puede producir el estornudo, estaban fundadas en la esperiencia, y que llegaron á conocer no solo el mecanismo, sino tambien la importancia de este fenómeno.

Bonifacio Martinez.

UN CONGRESO DE NARICES.

¡Oh tú, Caliope, altisonante Musa!
Ingértate en mi mente enaltecida!
Yo lo quiero, lo mando, no hay escusa.....
¿Me dices que te encuentras aburrida,
Que tanta invocacion te trae confusa',
Que de pura vergüenza estas corrida?.....
¿Y por qué? ¿porque ves tantos trompetas
Como yo, convertidos en poetas?

Y qué te se da á tí, vieja hechicera?
Cada cual de su aquel es propietario.....
¿Piensas que á ser un gran poeta, fuera,
Imbécil, á acogerme á tu santuario?
Invocaria tan solo á mi mollera,
O á todo mal venir al calendario.....
Mas puesto que la ofensa me la has hecho,
Oh Musa! de mi mente te deshecho.

Para nada tu auxilio necesito,
Que fuera ¡voto á brios! cosa menguada,
Alzar mas de una vez horrendo grito
Sin haber de lograr al cabo nada.

Quédese el tal mezquino requisito,
Para el que al fin esté de la jornada;
Que poeta novel, poeta en cierne,
No tolero que nadie me gobierne.

¿No soy poeta yo? ¿Hay quien lo duda?
Pues qué me falta á mí para poeta?
Es de mi rostro la espresion ceñuda,
En mi modo de obrar soy un veleta,
Tengo la voz sonora y campanuda,
De pelos no me falta una coleta,
Poseo á la vez gran dósis de osadía,
Poeta, en suma, soy de los..... del dia.

Mas no asi digresiones amontone;
Que si es cosa corriente y muy sabida
Quien comete este vicio se propone
Hacer su narracion algo florida,
Con el fin que el lector mas se aficione,
Y á lo bello en su pecho dé cabida;
Será la mia de tal naturaleza,
Que deslumbre á los ciegos su belleza.

No es el caso, lector, el referirte
El cómo sucedió..... lo que de susto
No te debe pillar; pues el decirte
De nada el pormenor está de gusto.....
Tú ves cosas, y al verlas crees morirte
Hoy de placer, mañana de disgusto;
Mas todas para tí, pobre bodoque,
Hechas por arte son de birbirloque.

Razon me sobra, pues, para dejarte
Con un palmo, querido, de narices.....
¡Narices pronuncié!..... á qué cansarte?.....
Mas no quisiera cometer deslices.....
Al grano voy..... El mágico estandarte
De libertad, alzaron infelices;
Cansadas ya de su vivir inerte,
Y conspirando á mejorar de suerte.

Mas como por desgracia en este mundo,
No las creencias son en todo iguales,
Pues unos altos ven, lo que profundo
Miran otros, y bienes donde males,
Y límpido cristal lo que es inmundo
Barro, y traidores á do están leales;
Las narices tampoco se entendieron,
Y juntarse en congreso convinieron.

Vierais allí la helada moscovita
Nariz, junto á la hidalga castellana;
La húngara robusta, la israelita,
Las tétricas inglesas, la alemana
Llena de gravedad, la sibarita
Del turco lujurioso, la peruana,
Las finchadas del Tajo, las armónicas
De Italia, y de la Francia las sardónicas.

De formas mil, de gustos diferentes,
De variados colores y tamaños,
Las unas de pasiones vehementes,
Las otras no pudiendo con sus años;
Necias y locas, cuerdas y prudentes,
Abrigando ilusion y desengaños;
Esclavas y plebeyas, aristócratas,
Pobres, ricas, serviles y demócratas.

Vierais allí narices cortesanas,
Con el barniz de adulacion cubiertas;
Otras llamarse mútuamente hermanas,
Estando de engañarse todas ciertas;
Unas tras otras, pero muy cercanas,
Teniendo las ventanas bien abiertas,
Esas que de políticas blasonan
Y su ignorancia hay hechos que pregonan.

Narices, con mas giba que un camello
Narices, con mas hoyos que un cedazo,
Narices, de nariz solo destello,
Nariz, que bien hará cien de un pedazo,
Narices, en su género mas bello,
Nariz, hecha de un trompi ó puñetazo,
Narices, corcobadas, gruesas, finas,
Narices, endiabladas, y divinas.

La nariz chata de hombre lujurioso,
La puntiaguda del que nace astuto,
La aguileña del fuerte y valeroso,
La remangada de hombre disoluto,
La gruesa sin igual del perezoso,
La granujienta del borracho bruto,
La arrugada á raiz ó en su cimiento,
Que es indicio seguro de talento.

Todas allí yacian confundidas,
Pegadas al semblante de sus dueños,
Que por arte diabólico, sus vidas
Ven por entonces transcurrir en sueños:
Gritaban en un piélago, perdidas,
De pareceres grandes y pequeños,
Nobles, ruines, mezquinos y elevados
Segun su posicion, saber y estados.

¡Qué de cosas sublimes se dijeron,
Sin que las mas supiesen qué era ello!
Con cínica impudencia se mintieron
Para alcanzar de gloria algun destello;
Pues los mas embusteros siempre fueron
Los primeros á haber un nombre bello.....
Que en lid parlamentaria está probado,
Gana mas quien se muestra mas osado.....

A tanta barahunda fin le puso
La mas vieja nariz de las narices,
Presidenta nombrada segun uso,
Que del iris tenia los matices,
Por hacer del rapé un grande abuso,
Sustituto de polvos mas felices.
«Al órden» dijo, y desde aquel momento
Cada nariz se arrellanó en su asiento.

Formaban la derecha del congreso
Narices, de lo antiguo tributarias,
Amantes del abuso y retroceso.....
Las que á sí se llamaban doctrinarias,
El centro componian: del progreso
Eran las de la izquierda partidarias;
Y á mas de estos partidos no faltaban
Narices que á ninguno se juntaban.

Infladas las ventanas con mas aire
Del que era de esperar de sus ochenta,
Moviéndose á ambos lados con donaire,
De esta suerte empezó la presidenta:
«Nobles narices, de ningun desaire
»Objeto fuí jamas, y como afrenta
»Qué á mi vida cansada fin daria,
»La falta de atencion yo tomaria.

«Haya cordura, calma no nos falte,
»Prudencia y madurez os pido y ruego;
»De hablar sin mas ni mas, no nos asalte
»La horrible comezon; ni el recio fuego
»De pasiones mezquinas, el esmalte
»De ideas generosas, robe ciego.
»Estais de la verdad en santo templo.....
»De otros congresos no tomeis ejemplo!

«Nobles narices, dignas diputadas
»De la grey narigal..... representantes
»De las clases mas bajas y elevadas,
»Lo mismo de pigmeos que de gigantes;
»En el fuego de amor patrio inflamadas
»Trabajemos sin pérdida de instantes.....
»Y el mundo diga absorto: Las narices
»Merecian, pardiez! el ser felices!

«Quereis poner á los abusos coto;
»Quereis poner á la miseria valla;
»Las unas os quejais del crudo Noto,
»Las otras del calor que os avasalla;
»Diz esta que el gozar os es ignoto,
»Aquella que igualdad no en todas halla;
»Y á unir tan encontradas opiniones
»Henos prontas á entrar en discusiones.

»Mas ante es menester se haga notorio,
»Por donde comenzar"...—Por los olores!—
No así, que ese es un mal muy ilusorio;
Hablemos del calor.—De los dolores
Mas bien será.—No es caso perentorio:
Tratemos del capítulo de amores!—
No.—Sí.—Veamos si te esplicas.
¿Porque son unas grandes y otras chicas?—

Señora presidenta, la palabra!—
A mí.—Yo soy primero.—Nada de eso!—
Yo debo hablar.—Y yo.—No así se labra
La dicha.....—Diputadas, haya seso!—
Al órden!—Presidenta, no se abra
La discusion que es cosa de gran peso...—
Calle la roma!—Afuera là insolente!—
Orden!—Callad!—Al fin plebeya gente!

—Diputadas, callad! es esto acaso,
Lo que la patria narigal espera....?
Hemos, apenas, dado el primer paso
Y sembramos de estorbos la carrera?
Orden, repito, porque en otro caso
Vereis cómo me calo la montera.—
Dijo la presidenta en voz cansada
Y en silencio quedó la turba osada.

—Veamos, prosiguió, ¿quién ha pedido
Primero la palabra, secretaria?—
Un miembro de la izquierda creo que ha sido,
Se llama doña Situacion Precaria.—
Que hable.....—Y con acento enardecido,
Una nariz de facha funeraria,
Escuálida, amarilla, moribunda,
Sus quejas de esta suerte espone y funda:

—Miradme bien!..... ¿Trasluce mi pelleja
El fuego abrasador que el alma siente?
No, pardiez! que su aspecto es de una vieja...
Mas en esta ocasion su aspecto miente.
Conservo mi vigor..... Y el mal que aqueja
Mi humanidad, ya es cosa que lo cuente;
Y pida su remedio, y la venganza
Predique si se pierde la esperanza.

Oid! oid! vosotras poderosas
Narices de la tierra, las que ufanas
Con vuestro bienestar veis desdeñosas
En duro padecer vuestras hermanas,
Sin siquiera pensar que tales cosas
Las abruman por tardes y mañanas,
Y rabian, y se agitan, y perecen,
Y vuestra compasion nunca merecen;

Oid! oid! acaso sois formadas
De masa diferente de la nuestra?
Vuestras potencias son mas delicadas?
Dais de saber, quizá, mas noble muestra?

Mayor virtud habeis? sois mas honradas?
El vicio odiais, y la intencion siniestra?
Teneis mayor pudor, sois diligentes?
Mas que nosotras os mostrais clementes?

No, no, mil veces no! ¿Pues cómo puede
Existir en nosotras diferencia
Tan injusta y cruel?..... No, no se debe
Sufrirlo por mas tiempo con paciencia.....
Esclava de este mal por siempre quede
La que olvide, cobarde, su abstinencia;
Mas nosotras, ilustres campeones
De igualdad tremolemos los pendones.

La esencia de la rosa que trasmina,
El olor incitante del conejo,
Del jamon la sustancia peregrina,
La fuerte emanacion del vino añejo,
Todo el rico sabor de la cecina,
Y lo restante que al silencio dejo,
¿Hízose solo para cierta gente.....
La que menos merece, justamente?

Afuera, pues, odiosas distinciones!.....
—Al órden, diputada!—Bravo!—Bueno!
—Que se calle!—Que hable!—Esas razones
Pido se escriban.....—¡Uf, que atroz veneno!
—Quereis ahogar de nuestras discusiones
La libertad!.....—Al órden!—Es ageno
De este augusto recinto.....—Fuera!—Bravo!
—Oh! míseras narices! pueblo esclavo!.....

¡Qué confusion! qué horrible laberinto
De oraciones cortadas, frases sueltas,
De gestos á cual mas feo y distinto,
De alzas y bajas, vueltas y mas vueltas!
De la conservacion el sábio instinto
Se puso en guardia contra las revueltas;
Y algo mas sosegado aquel tumulto,
Alzóse otra nariz..... y fuese al bulto.

—He ahí, ciudadanas, lo que quieren
Las que invocando de la patria el nombre
Tan solo á nuestros bienes se refieren.....
Mas nada en esto hay que nos asombre,
Ni cuidado nos dé..... A las que alteren
El órden que nos rige, como el hombre
Este mal curaremos..... La metralla
Es remedio eficaz. ¡Fuera canalla!

Violenta tempestad que el mar irrita,
Rayo que todo cuanto toca inflama,
Aluvion que en el llano precipita
El pino fuerte, y la flexible rama;
Huracan que sus furias no limita
Y desencaja, troncha, rompe y brama,
Jamas causaron mal tan agravante
Como las frases de la preopinante.

De carmin, y de azul y de morado,
De verde y de amarillo, se tiñeron
Las míseras narices..... resultado
Del miedo ó de la rabia que sintieron:
Cada cual la palabra habia tomado:
Hablaron, mas pardiez! no se entendieron.
Que es seguro que en donde todos hablan
A la vez, las cuestiones no se entablan.

La izquierda del congreso toda en masa
De nariguda cólera animada,
De palabra, que en esto no anda escasa
Picaba á la derecha en ensalada.
A la izquierda, secarla como pasa
La derecha queria, enagenada;
Y del centro cien voces se elevaban
Que á unir ambos partidos conspiraban.

Era aquello una nube tormentosa
Precedida de seco y ronco trueno;
Rasgábase la nube, pavorosa,
Y rayos mil lanzaba de su seno.....
La nube era el congreso; la ruidosa
Tormenta, la algazara; y el veneno
Que de sí cada frase despedia
El rayo destructor que todo heria.

—Infames!—Comunistas!—Sanguinarias!
—Afuera nobles!—No, fuera la plebe!
—Orden!—Callad!—Esas patibularias
Narices el demonio cargue y lleve.
—Qué frases tan anti-parlamentarias!
—¿En qué pocilga la oradora bebe?
—Bueno!—Bravo!—Callad!—Qué horrible infierno!
Levanto la sesion, idos á un cuerno!

El centro, entonces, que de hablar sentia
Tremenda picazon, pide y alcanza
Que siga la sesion, pues que seria
Lo contrario perder toda esperanza;
Y la grey narigal en ellas fia
De su suerte la plácida mudanza:
Logróse al fin dos dedos de sosiego,
Y una oradora suena, y dice luego:

—¿A qué es ese tumulto, ciudadanas?
¿A qué recriminaros mútuamente?
¿Teneis mas que venir á nos, hermanas,
Y dichosas sereis eternamente?
Sabemos contener á las tiranas,
Y los vuelos cortar á la insurgente.
En suma, nadie como nos felices

Puede haceros, magnánimas narices!

Mirad, sinó, qué frescas y qué bellas
Todas estamos; y es que lo entendemos.
Seguid, seguid, humildes nuestras huellas,
Y dejad que nosotras os mandemos.
Vereisnos aplacar vuestras querellas;
Con unas y con otras, comeremos.....
Es decir, comereis..... pues vaya! y tanto!...
Narices, enjugad ya vuestro llanto!

—No, no, jamas, gritó una furibunda;
La libertad queremos pura y neta:
Viva la libertad! mas que se hunda
La patria al ir en busca de la veta.....
Nunca doblemos la feroz coyunda.....
Sigamos á esas ricas la bareta.....
Pues ello, al fin, sin duda ganaremos,
Somos mas..... que perder nada tenemos.

—Dice muy bien la ilustre preopinante,
Y de gracias un voto quiero darle.....
Marchemos sin cesar siempre adelante
Si el noble fin queremos alcanzarle.
Por desgracia, es verdad que está distante,
Mas lo es tambien que habemos de lograrle;
Pues si bien á la historia se examina,
Unas clases han sido de otras ruina.

Rugió de nuevo la feroz tormenta.....
Mas antes que estallára, en voz gangosa
Pidió atencion la hermana presidenta,
Pues que decir pensaba, ¡una gran cosa!!
—Diputadas, gritó, veisme contenta
De escuchar discusion tan luminosa.....
Pero, valgan verdades, ¿qué se ha hecho
A estas horas que sea de provecho?

Se han dicho desvergüenzas... Bueno! bueno!
Os habeis puesto como ricos trapos;
De las pasiones en inmundo cieno
Os revolcais como si fuéseis sapos;
Cual ellos escupis vuestro veneno,
Sintiendo que no andemos á sopapos;
Y todo esto, pardiez! se va volviendo
Un campo de Agramante, ó no lo entiendo.

Todas son alusiones, todas quejas,
Todos se vuelven dimes y diretes:
¿Somos, acaso, brujas, y á mas viejas
Que en manos han caido de corchetes?
Agarrad la ocasion por las güedejas,
Y no andemos con sacas ni con metes.
A los males que cada cual lamenta
Propóngase el remedio, y saldar cuenta.

—Eso es hablar! esclama prontamente
Otra nariz de aspecto venerable:
Bien sabeis que yo soy independiente,
Y mi opinion es mas que respetable;
Pero antes de emitirla, atentamente
Juradme escucharéis.—Es claro! que hable!—
Veamos si por fin nos entendemos!
—Oid, pues, y en seguida votaremos.

Estamos convenidas, oh narices!
Que cual mas, que cual menos, todas sienten
Que algo nos falta para ser felices:
No está el mal, si los hechos no nos mienten,
En cebollas oler, ú oler perdices.....
Necias serán las que por esto intenten
A las armas volar, y en cruda guerra
Con su sangre regar toda la tierra.

Vosotras las que pobres de fortuna
De las ricas quereis gozar los bienes,
Ignorais mentecatas, que no hay una
Que siempre esté de gracia ó parabienes:
Afirmo que dichosa no hay ninguna,
Pues si es fácil que tengan en rehenes
Ricas esencias, sobran enemigos
Que invisibles les dan duros castigos.

Cada nariz no solo el suyo aguanta
Sí el ageno que mas le mortifica.....
Que nunca á nuestro frente se adelanta,
Y de espalda su tiro nos aplica;
Su tino es mucho, y su fuerza es tanta
Que á veces por docena los duplica:
Y es de admirar su grande desatino,
En herirse despues que da al vecino.

Este mal es comun, y nada alcanza
Su fuerza á contener; solo hay un medio
De mitigar un tanto la pujanza
Con que al contrario envuelve sin remedio...
Aquellas que pretenden sin tardanza
Librarse del calor que les da tedio,
O del frio que las hiela, en mi consejo
El bien encontrarán de su pellejo.

Lo mismo digo con vosotras todas
Que cansadas estais de oler frijoles;
Que jamas aspirais olor de bodas;
Que solo conoceis nabos y coles.
¿Y de vosotras qué diré, oh beodas?..
Es asunto que tiene tres bemoles,
No poder ocultar vuestra flaqueza,
Ni la torpe tampoco su impureza.

Todas estas razones he pesado
Y muchas otras que al silencio dejo,

Habiendo en claro, por último, sacado,
Que de la cara... pues... Vaya, no cejo,
He de decirlo, sí, pese al pecado,
Y mas que en ello arriesgue mi pellejo...
Que de la cara, digo, con gran arte
Debemos trasladarnos á otra parte.

¿Qué es eso? os alarmais? No hay para tanto,
Pues con poco la cosa se consigue;
Mudemos de vivienda, y vuestro llanto
Cesará con el aire que os persigue.
Mudemos de vivienda por encanto
Seguras de que en otra se os ostigue...
No temais á los vientos y estaciones,
Si al abrigo os poneis de los calzones.

Sobre una puerta estais, es positivo;
En ella no os va bien, tambien es claro;
El mal que allí sufris es excesivo,
Os veis á la intemperie, sin amparo;
Mas asi no será en lo sucesivo,
Si en ello no encontrais mayor reparo:
Mudémosnos, os digo, á la otra puerta
Y nuestra curacion vereis se acierta.

Gozareis siempre de igual temperatura,
Tendremos la igualdad, no fisgoneo;
Cada cual olerá su propia hechura,
No la de Juan, Antonio ó Zebedeo;
Sereis virtuosas en estando á oscura,
Que quien quita ocasion quita deseo;
En suma, cantareis todas en coro
La llegada feliz del siglo de oro.

He dicho... que se vote.—Disparate!
—Viva la luz! el aire!—Traicionera
Si en vuestra alma no, en la mia late
De libertad el sacro...—Fuera! fuera!—
Esa nariz que asi quiere nos mate
El filo de una silla...—Muera! muera!
—Será servil.—No.—Si.—Del Santo Oficio
Es residuo tal vez.—No tiene juicio!

—No estoy loca, narices!—Estais lela.
—Tampoco.—Pues chochea.—Menos eso!
—Dice bien!—Dice mal.—No mas tutela,
No mas desigualdad.—Perdeis el seso!
—Fórmese á la nariz que ha dado tela
Para aqueste alboroto, su proceso....
—Pues y la inmunidad?... No es inviolable?—
Reniego del barullo.—Viva el sable!

No fue aquello sesion, fue un reñidero
De gallitos ingleses encrespados,
De mugeres, en fin, un lavadero.....
Salieron á lucir sendos pecados,
Se cuartearon algunas con salero,
Miraron otras hácia todos lados,
Hínchase esta, aquella rabia y bufa,
Y á la pelea cada cual se atufa.

La muerte va á estender su larga diestra
Que alcanza desde el uno al otro polo,
Y á todas va á aplastar..... ya su siniestra
Catadura feroz que marca el dolo
En gestos miles su crueldad demuestra.....
¡Dame tu lira, rubicundo Apolo,
Que queda lo mejor!... Mas no, ¿qué es esto?
Trócase en risa caso tan funesto?

¿Por qué esos ascos y esos aspavientos?
¿Por qué á la fuga cada cual se apresta?
¿Por qué vierten tan crudos juramentos?
¿Por qué estornuda aquella, y suerve ésta?
¿Qué motiva tan bruscos movimientos?.....
Mas la sala, pardiez! hiede que apesta!.....
Daba á un corral, vaciose en él un vaso;
Y acabó la sesion..... De aquí no paso.

S. Casilari.



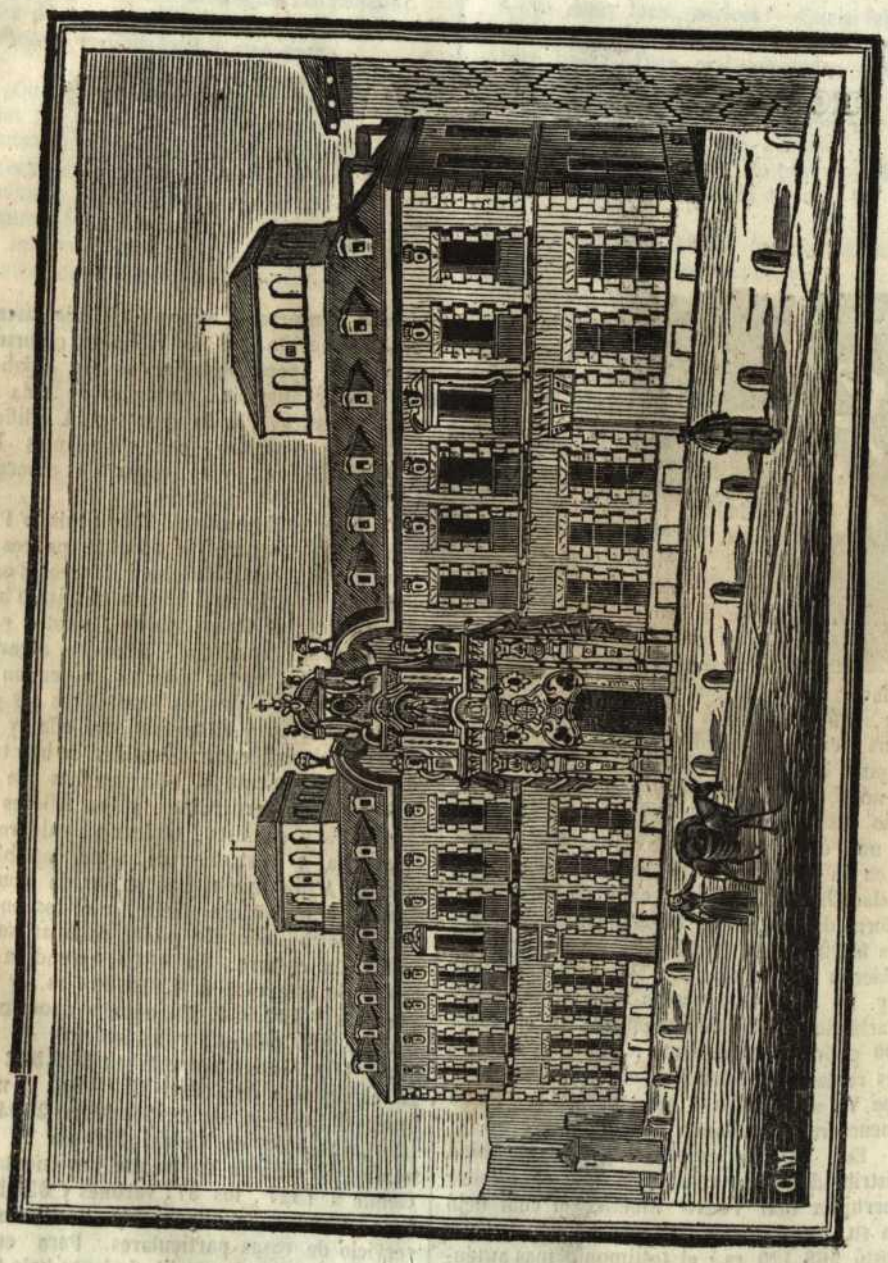
HOSPICIO DE S. FERNANDO EN MADRID.



Fundado por la Reyna gobernadora doña Mariana de Austria en 1668 en la calle de santa Isabel, fue trasladado en el Reynado de Felipe V á la calle de Fuencarral, al sitio y casa que hoy ocupa, inmediato á la puerta de Bilbao. El beato padre Simon de Rojas, de la Trinidad, fue el primero que con el favor de la Reyna doña Isabel de Borbon, dió principio á recoger todos los mendigos, en cuyo piadoso cuidado continuó despues la congregacion de Esclavos del dulce nombre de Maria que aquel habia fundado. Esta fue la que estableció el hospicio en una casa que le donó el conde del Puerto en la calle de santa Isabel, hasta que trasladada en 1674 á la calle de Fuencarral y formada una nueva hermandad titulada del Ave María y san Fernando, quedó bajo su gobierno y direccion, y la proteccion del Rey. En 1726 le concedió varias franquicias y arbitrios, llegando á mantener ya en 1765 390 pobres. Ultimamente, habiendo crecido sus rentas y arbitrios en el reynado de Felipe V, se construyó su casa en la calle de Fuencarral, quedando concluida en 1725.

Esta casa es espaciosa y bastante bien distribuida: fue construida por el célebre corruptor don Pedro Ribera, el cual dejó en su estrambótica fachada principal (que costó 968,429 rs.) el testimonio mas auténtico del disparatado gusto arquitectónico que imprimió á su época y á que dió su nombre el célebre *Churriguera*, siendo por lo tanto un documento curioso del arte, y que conviene conservar, aunque todavia parece mas estravagante con los ridículos colorines con que en época posterior se ha enjabelgado este frontispicio, emblema de toda ridiculez artística. Por lo demas, el edificio es grande y espacioso, con abundantes luces y ventilacion, y es capaz de albergar en él hasta 1800 personas.

En este establecimiento (hoy titulado Primera casa de socorro) se admiten pobres de ambos sexos, destinándolos á diferentes ocupaciones, para lo cual hay en el mismo hospicio fábricas de linos, paños, puntos y tejidos de lana, bordados, hilados, alpargatas y vidrieria, cuyos géneros se venden en la misma casa á precios equitativos, y sirven tambien para el surtido de ella y las demas de beneficencia. Tambien se han trasladado últimamente á ella muchos de los pobres de S. Bernardino, y los talleres de carpinteria y ebanista, tapiceria, caldereria, esparteria y sastreria de aquel establecimiento. A los muchachos se les da ocupacion y se les enseña oficio, y á los ancianos imposibilitados de poder trabajar se les cuida con esmero. En 1819 ascendian las rentas de esta casa á 1.830,804 rs. y sus gastos á 1.192,054. En aquella época mantenia á 800 pobres, y los sueldos de empleados y viudas importaban 253,352 rs. En el reynado de Cárlos III, llegó á mantener el hospicio con menos rentas 2104 pobres, los 1586 en Madrid 718 en S. Fernando. El número de los que hoy cuenta asciende á 1527, los 877 varones y 650 hembras. Algunas de estas están destinadas al servicio de casas particulares. Para cuidar de tan importante establecimiento bajo la direccion de la junta municipal, hay un director, un capellan, una rectora y varios otros empleados que entienden en su poli-



Hospicio de San Fernando en Madrid.

cia y buen órden. Tiene tambien su capilla, y en ella hay un buen cuadro de Jordan, que representa la toma de Sevilla por S. Fernando.

M. A. de M.

LA CORBATA DE ALEXIS ORLOFF.

I.

A fines de la primavera de 1762 un hombre con uniforme de militar aleman, examinaba la cureña de un cañon que iba á ser colocado sobre las almenas de la fortaleza de Orianembaum. Las viruelas habian alterado de tal suerte sus facciones, que era dificil vencer la repugnancia que su aspecto inspiraba. Coronado Emperador cuatro meses hacia, con arreglo al testamento de su tia Isabel, no era otro este personage que el príncipe de Holstein-Gottop que daba principio á una nueva dinastía, y debia adquirir, bajo el nombre de Pedro III, una triste celebridad.

A pocos pasos del príncipe estaba un jóven dotado de la robusta belleza que caracteriza á los habitantes de las regiones septentrionales de la Rusia. Llamábase Iban Schouwalow. Avergonzado de los vicios de su señor, habia hecho lo posible por preservarle, y se habia unido estrechamente al vacilante destino del jóven Emperador, tan solo por la conviccion en que estaba de que algun dia necesitaria protegerle.

—Qué significa esa arrugada frente, Ivan? dijo Pedro á su favorito mirándole con irónico interés.

Meneó la cabeza Schouwalow, fijó los ojos en los mil campanarios de Petersburgo y contestó con amargo y melancólico acento:

—Se amontonan las nubes sobre la ciudad de Pedro el Grande: fórmase una tempestad en derredor del trono amenazando sorberle: y vos, qué haceis para conjurar el peligro? Dormís tranquilamente en el borde del abismo... Un vaso de wiski os hace olvidar los deberes y los riesgos de la grandeza..... Pero vuestros enemigos mas vigilantes, no descansan, y uno de ellos toca ya el cetro que querria poseer solo.

—Y se llama...?

—Catalina Alexowna.

—Eh! tú la calumnias: Catalina prefiere los placeres de la ciencia á los goces de la ambicion; y menos grata le es la diadema de un Czar, que la corona del poeta!

—Deplorable credulidad! no comprendeis que esa aparente abnegacion encubre criminales esperanzas? Seguidla... la vereis arrodillarse en los templos, visitar los cuarteles, los arsenales, las academias, dejar abundantes limosnas en los hospitales, comprar por do quier partidarios y admiradores. Escuchadla... la oireis prometer á los esclavos alivio en su servidumbre, á los soldados disciplina menos rigorosa, á la nobleza y al clero el restablecimiento de su antigua autoridad... Esa muger os ha destronado en el cariño del pueblo, y reyna moralmente en Petersburgo.

—Si eso es cierto, ingrato por demas es ese pueblo, dijo el Czar tristemente: ¿Olvida que mi clemencia ha despoblado los desiertos de la Siberia, que he abolido esa cancillería privada que tantos mártires, tantas víctimas tiene á su cargo? Oh! no, no se olvidan tan pronto tales beneficios.. Y en cuanto á Catalina, si bien es verdad que

la diversidad de genios, y mi amor á la condesa de Woronzoff han hecho poco feliz nuestro enlace, tambien lo es que jamás ha faltado á la sumision que me debe, como esposo y como Emperador.

—Es como el tigre que se deja castigar para desgarrar despues á su sabor. Los tiempos están muy mudados, señor. Cuando la condesa Sofía de Anhalt os vió por primera vez, os amó? Teniais el prestigio de la juventud, de la gallardia, de la grandeza! pero desde aquella funesta peregrinacion á Riow.....

—Qué?

—Os detesta! La enfermedad os ha privado de todos vuestros atractivos.

—Me detesta! repitió el Czar con singular sonrisa.

—Mas diré, os engaña.

—Tienes pruebas?

—Mil!... Vuestro chambelan Soltihoff ha aprovechado los favores que vos desechábais, y ese niño aclamado vuestro heredero.....

—Acaba... interrumpió el Czar alargando la mano á una botella de wiski colocada sobre la cureña del cañon.

—No es hijo vuestro!

Pedro III desocupó el frasco de un trago, encendió lentamente la pipa, y contestó con aparente tranquilidad:

—Me lo han dicho, es decir, han querido hacérmelo creer... Pero si soy confiado, no soy débil. En la fortaleza de Schlusselbourg hay un desdichado jóven que se apellida Ivan II, y tiene derechos á la corona, y vive Dios que puedo encaramarle al trono. Mi venganza aun puede ser mayor. ¿Conoces la historia de Rusia, Schouwalow? ¿Sabes qué castigo impuso Pedro I á la princesa Sofía que intentara destronarle?

—Antes de encerrarla en un claustro, la hizo afeitar la cabeza por mano del verdugo, y la espuso un dia entero á los insultos del populacho.

—Lo que hizo con su hermana lo haré yo con mi muger, dijo el Emperador friamente: si se prueba su crímen, la verás en la plaza de Isaac con un cartel al pecho donde se lean estas tres palabras acusadoras: *Madre del bastardo.*

II.

Mientras ocurria esta escena en Orianembaum, tenia lugar otra no menos estraña en Petersburgo ante la catedral del Casano. Estaba Catalina Alexowna arrodillada en el pórtico y llevaba el traje nacional de los antiguos rusos que conservó hasta su muerte, tanto por coqueteria como por política. No era muy elevada su estatura y aunque jóven aun habia adquirido demasiada gordura; pero este ligero defecto estaba compensado con su belleza, su noble porte, su boca voluptuosa y apasionada, y sus ojos vivos, altivos y mudables como los del tigre.

Al verla asi prosternada, hubierasela creido á primera vista abismada en religiosas meditaciones; pero si una persona esperimentada hubiera contemplado aquella frente surcada ya de hondas arrugas y espejo vivo de la turbacion interior, habria sospechado la existencia de impresiones sobradamente profanas. Volvia con frecuencia la cabeza, tendia una mirada escudriñadora por la plaza, y proseguia en su actitud, dejando traslucir cierto movimiento de impaciencia y descontento.

En este intervalo, avanzó hácia la catedral un soldado de Preobajinski, hombre que denotaba en sus desembarazados ademanes estar mas avezado á mandar que á obedecer, y en cuyos ardientes ojos se leia un caracter dominante y emprendedor.

Al verle, dió la Emperatriz un paso hácia él, y estos dos personages colocados en los dos estremos de la escala social, pero cuyos genios tenian admirables analogías, se contemplaron en silencio, tratando de penetrar mutuamente sus mas recónditos pensamientos.

—Escucha, murmuró la Emperatriz despues de un momento, el hetman de los cosacos me ha asegurado que eras digno de mi confianza, y que buscabas ocasion de merecerla. Si hemos de dar crédito á las apariencias, eres de esos que ningun peligro temen ni se arredran de responsabilidad alguna. Ese trage que llevas no es digno de tí. La suerte te ha rehusado el puesto adonde te llamaban tus talentos, adonde jamas llegarias, porque tu nacimiento es oscuro... Pues bien, de mi voluntad depende cambiar ese mísero porvenir que te aguarda... Puedo darte cartas de nobleza, tierras y esclavos que te pongan al nivel de los mas poderosos; aun hay lugar en la historia para un nuevo Menzikoff.

Estas palabras ruborizaron de orgullo y esperanza el espresivo rostro del soldado.

—Y qué es forzoso hacer para ganar todo eso?

—Odiar lo que yo odio, dijo la Emperatriz.

—Dispuesto me teneis, ¿donde está el puñal? ¿dónde la víctima?

La penetrante perspicacia de aquel hombre la intimidó: guardó silencio un momento temiendo haber revelado los deseos criminales ahogados en lo íntimo de su corazon, y recorriendo de alto abajo al soldado que tambien la miraba fijamente, le dijo:

—Qué hablas de asesinatos, Orloff? necesito un servidor decidido, pero no quiero un verdugo.

—Eh! basta de reticencias inútiles, de vanos disimulos! el Czar os trata como esclava, no como esposa: os da un rosario por cetro, una toca de religiosa por corona. Ese hombre estorba, y debe desaparecer: os comprendo y sereis libre!

—Libre! esclamó la Emperatriz con voz trémula de emocion, ah! sí, porque es precioso tesoro, un poder que no tiene límites. Dices que me harás libre, independiente, dueña absoluta! pero, cómo podré recompensarte? ¿qué exiges?

Gregorio Orloff estuvo indeciso sin saber qué responder; pero clavando en Catalina una mirada irreverente y apasionada:

—La suerte de Soltikoff! dijo; la dicha de Poniatowski!

La Emperatriz se sonrió y le alargó la mano.

III.

Era Gregorio Orloff uno de esos ambiciosos vulgares en quienes la audacia hace veces de genio, y que suelen conseguir dominar los sucesos, porque para conseguirlo, ningun crímen, ninguna bajeza rehusan.

Despues de sondear hábilmente las intenciones de la Emperatriz, comprendió el oscuro soldado que su participacion en las catástrofes que se preparaban, no podia menos de depararle la influencia y elevacion que ambicionaba. Apoyado por sus dos hermanos, Alexis y Passick, se puso Orloff á la cabeza de la conspiracion en que entraron los cuatro regimientos de Preobajinski. Esta milicia pretoriana tenia terrible nombradia en los anales rusos. Ella fue la encargada de destronar á Pedro III. El clero y el pueblo, enemigos de este príncipe que habia repudiado las costumbres nacionales por adoptar los usos é intereses de la Alemania, y engañados por las hipócritas caricias de Catalina, lejos de oponerse á la ejecucion del complot, trabajaron para su mejor éxito. El dia de S. Pedro, se sublevó la guardia de Preobajinski, en un instante cundió la insurreccion; y antes de que cubriera la noche con sus sombras aquel negro drama, la corona del nieto de Pedro el Grande habia pasado á ceñir las sienes de Sofía Anhalt Zerbst, proclamada Emperatriz de todas las Rusias con el nombre de Catalina II.

Sin embargo, el pueblo ignoraba las premeditadas consecuencias de esta revolucion. Si prestaba su apoyo á la usurpacion, es porque tenia aun llenas las manos de las limosnas de aquella muger á quien llamaba su madre, era porque la habia visto durante ocho años visitar la cabaña de los pobres y humillar la frente en las iglesias, y porque creia, en fin, que era simple cuestion de mudanza de personas, sin sangre ni violencia. Solamente Catalina y los gefes de los conjurados sabian que no está seguro un trono mientras hay voces que puedan poner en duda su legitimidad.

Pocos dias despues de su coronacion estaba retirada Catalina en el gran salon del palacio imperial de Petersburgo. Los moribundos rayos del sol coloraban con fujitivas tintas las doradas paredes de aquella estancia, reflejándose en la negra cabellera de la Emperatriz. Devorada de inquietud, ocultaba bajo una serenidad aparente los tormentos interiores que sufria, cuando un hombre atravesó precipitadamente las antecámaras, y penetró, sin anunciarse, en la sala del trono. Estaba pálido como la muerte, desencajado; y caian gruesas gotas de sudor por su rostro ensangrentado por una herida reciente. Cuadróse delante de la Emperatriz, y cruzó los brazos sin decir una palabra. Catalina examinó á aquel hombre de alto á bajo, comprendió la siniestra revelacion de su silencio, y una sonrisa casi imperceptible asomó en sus labios: se levantó, y conduciendo á Orloff á una habitacion vecina:

—Qué hay? dijo.

Tiró el asesino á los pies de Catalina una corbata desgarrada y manchada de sangre, y contestó con voz lenta y sombría:

—Murió! eres libre, independiente, señora absoluta!

Lanzó Catalina una esclamacion de ale-

gría convulsiva, y alargando la mano al asesino:

—Has cumplido tus promesas, cumpliré las mias! Pero dime, añadió con acento tímido y misterioso, ha luchado mucho? se ha defendido?

—Ya lo veis, Catalina, replicó Orloff señalando con el dedo el sangriento surco que le abarcaba desde la frente á la boca. Ese príncipe, tan afeminado, se ha mostrado grande en presencia de la muerte, y ha combatido como hombre. Uno de sus favoritos le ha defendido animosamente, y sobre su cuerpo ha sido forzoso pasar para tocar al Emperador. Baratsuski y Passik derribaron en tierra á Pedro III despues de desarmarle, y para acabar mas pronto, desceñí la corbata de mi hermano Alexis... el resto ya se infiere! Duerme en paz, Catalina! el hecho es conocido solamente de los que le han ejecutado, porque el castillo de Krasnoeleso tiene fuertes murallas que le circuuden.

Con sombrio silencio escuchara Catalina estas palabras: levantó la corbata y la tuvo largo rato entre los dedos. Cruzó su frente una nube dolorosa, porque era su primer paso en la senda del crímen, pero poco duró la conmocion. Se acercó á la chimenea, echó al fuego el andrajo de seda que le daba una corona, y cuando la llama consumió el último vestigio del crímen:

—Triunfé! dijo estregándose las manos.

IV.

Los restos mortales del malhadado Emperador fueron sepultados sin inscripcion y sin monumento en la iglesia de S. Alejandro. El hijo de Soltikoff, coronado despues bajo el nombre de Pablo I, los mandó exhumar y encerrar en un ataud con los de su esposa Catalina, mandando grabar sobre su tumba esta inscripcion, que la historia y la poesía conservan: *Desunidos en vida; unidos despues de su muerte!*

L. S.

Del riesgo que se corre de ser enterrado vivo.

Los suplicios que se usaban en tiempos antiguos, dan una muestra evidente de hasta donde llegó el poder de la vitalidad humana, existiendo de ello ejemplos sorprendentes. Damiens, el que intentó asesinar á Luis XV, el infeliz, que una atroz legislacion condenó á sufrir horrorosos tormentos, los sufrió todos sin morir. Despues de haberle arrancado los brazos y piernas, y reducido á un horrible tronco sin figura humana, despues de tres dias de martirio, todavia respiraba, pedia de beber y solicitaba por favor la muerte.

En todas las enfermedades se verifica una lucha que sostiene el organismo contra el principio destructor, lucha cuyas bases y consecuencias son imposible prejuzgar. Ademas de esta consideracion, sabemos que las señales que manifiestan la muerte son muy equívocas, y asi no puede adquirirse certeza, hasta que se nota el principio de la putrefaccion, lo que no se halla tan vulgarizado como debiera, porque ¿quién tiene la calma y escrupulosidad necesaria para observarlo con atencion? En los hospitales con particularidad se nota muchas veces, que apenas ha espirado un enfermo cuando se apresuran *á quitarlo de en medio*, colocándolo en el cementerio.

Por consecuencia, el peligro de ser enterrado vivo es inminente, y de ello se ven continuamente ejemplos. Muchas de las víctimas de tan fatal error, han sido encontradas á su exhumacion en una postura nor-

mal, en que no podian haber sido colocadas al enterrarlos. Cuando se verificó una exhumacion general en el cementerio de los Inocentes en Paris, que se destinó para mercado, se vieron multitud de ejemplos. Vieron muchos esqueletos levantados, apoyados en los codos y en la rodillas, en actitud de esforzarse en hacer violentos movimientos, con las partes carnosas mutiladas por mordiscos, los cabellos arrancados, la cara arañada y la mortaja ensangrentada y hecha pedazos, metida en la boca y mordida.

En vano se querrá decir, que el aire encerrado en el sepulcro, es insuficiente para sostener la vida durante el tiempo necesario para hacer tales cosas; porque semejante aserto es nulo ante el testimonio de los hechos, tanto mas irrecusables, cuanto que emanan de hombres llenos de ciencia y probidad, y que dificilmente podrán engañarse, y mucho menos tan repetidas veces: tal es entre otros, el de Thouret, uno de los comisarios encargados de la exhumacion ya citada; el cual se conmovió tanto al ver los horribles ejemplos de que ya hemos hecho mencion, que hizo su testamento ordenando que se tomasen, respecto á su cadáver, precauciones estraordinarias.

Muchas veces ha sucedido que al hacer la diseccion anatómica de un creido cadáver, ha dado señales de vida, cuando ya el hierro del cirujano habia causado lesion en los órganos esenciales. Tal fué la suerte del abate Prevost.

En algunas ocasiones se ha observado en ciertas familias una predisposicion casi hereditaria á caer en prolongados letargos. Refieren las crónicas muchos ejemplos de este género, y entre otros el del Cardenal Caraffa. La madre de este prelado habia quedado aletargada por dos veces, y otras tantas creida muerta. Asustado el Cardenal por sí mismo con tal precedente, mandó espresamente que á su muerte se esperase antes de enterrarlo á que se notase un principio de putrefaccion; y que aun así no se hiciese sin haberle antes clavado un punzon de acero en el corazon.

Cuando llegó el caso esperaron algunos dias sin que se verificase la descomposicion, y tratando ya de enterrarlo, se puso por obra su último mandato. El punzon salió empapado en sangre, y el paciente exaló un profundo suspiro. No estaba muerto, pero no dió ningun otro signo de vida.

Se han visto varios casos de sacar á algunos vivos del ataud donde estaban encerrados, ó de la sepultura en el momento en que iban á ser sepultados. Léese de un médico inglés que privado de repente de la facultad de moverse, del uso de los sentidos y demas, solo conservaba el oido alguna cosa de su accion, para percibir alrededor suyo los gritos y sollozos de su muger y de sus hijos; reconoció la voz del facultativo llamado para socorrerlo, y comprendió que lo tenian por muerto. Despues de un tiempo indeterminado para él, conoció que se disponian á enterrarlo y trasportarlo en la caja; oia el ruido que hacian al clavar en esta los clavos, y despues de terribles esfuerzos, conociendo lo crítico de su situacion, pudo gritar y moverse para que cesase tan funesto error.

Asi, pues, para certificar la muerte no basta conocer los síntomas aparentes, sino adquirir la certeza de que la vida no puede reanimarse. Es evidente que semejante resultado no puede conseguirse por una investigacion esterior, aun cuando sea tan prolija y completa, como suele hacerse en los casos dudosos, y con la quemadura del agua hirviendo, el lacre encendido, la incision en los talones, y otras pruebas vulgares, tenidas como positivas. Está probado hasta la evidencia la insensibilidad de la piel en semejantes casos, y aun en los simples ataques de epilepsia.

Cuando sobreviene la muerte en el curso de una enfermedad, se cree como consecuencia de esta, consecuencia al menos probable, esperada de alguna manera, en cuyo caso no queda recelo para dudar de la realidad. Cuando es repentina, imprevista ó por causa violenta, da márgen á sospechar, y se invocan espontáneamente los socorros del arte. Pero si se ha esperimentado que estos socorros han obtenido un feliz resultado en otros casos, en la apariencia desesperados, y que entonces son infructuosos, hay razon para deducir que la impotencia de estos es porque el paciente ha dejado de existir.

Tal es la solucion del problema; hacer de la escepcion la regla general: administrar estos socorros en todos los casos, equivale á proporcionarse en todos un resto de esperanza y un medio de salud, y colocar á las puertas del sepulcro una verdadera salvaguardia.

Es estraño tambien que no haya ocurrido el echar mano del *galvanismo*, cuyos

efectos son tan sorprendentes. No se puede dudar que á su accion habia de responder cualquier resto de vida que quedase, y por consiguiente la inmovilidad absoluta seria una inequívoca señal de la muerte.

Hay, en fin, un medio cuya eficacia está demostrada, y es la *acupuntura en el corazon*, pues se sabe que el pasar agujas de buen acero al través de las viceras mas importantes, no causa daño alguno; habiendo sido introducidas en el corazon en todos los hospitales de Paris, bajo los auspicios de los profesores de clínica agujas metidas en la sustancia de este órgano hasta que contrageron un movimiento oscilatorio simultáneo con el del pecho, lo que probaba lo mucho que habian sido introducidas, permanecieron allí durante muchos minutos, y volvieron á sacarse sin resultar daño ni consecuencia alguna.

Otras esperiencias han sido recientemente hechas con animales. En efecto, muchos gatos sumergidos en el agua durante el mismo tiempo hasta asfixiarse, perecieron los que para comprobar el esperimento quedaron abandonados á los esfuerzos de su naturaleza, al paso que la picadura en el corazon volvió la vida á los demas. Puede pues asegurarse que la *acupuntura* seria un medio eficaz para comprobar la muerte.

Tambien si se añadiese al poder de esta operacion el introducir por medio de las agujas clavadas en el corazon y la pila de Volta, rápidas é incesantes corrientes galvánicas en la viscera, practicando el procedimiento conocido en el dia con el nombre de *galvanapuntura*, se podria calcular haber hallado una inefable y verdadera *piedra de toque* de la vida.

D. C. P.

DE PADRE Á HIJO.

Si no teneis inconveniente, yo os ofrezco un asiento en mi silla de posta.

—¡Oh! mil gracias por vuestra atencion: sentiria en estremo incomodaros.

—¡Eh! ya somos compañeros de viage, porque esa escusa no vale; mi silla es escelente: los caballos regulares; con que partiremos cuando gusteis.—Strack, venid á tomar órdenes de este caballero.

—Está bien, señor conde.

Y se presentó un lacayo vestido de luto esperando que se le prescribiese lo que habia de hacer.

—Pero, señor conde, júroos que me dais un sentimiento haciéndome aceptar vuestros favores.

—Acaso tenga yo que pedíroslos algun dia. Creedme, aceptad mi mesa; el camino es bastante áspero, y probablemente llegaremos tarde; con que vamos á almorzar.

—De muy buena gana, pues que tan francamente me lo proponeis.

—Está bien, Strack, á las doce; que esté pronto el coche.

Pasaba esta escena en la pieza de descanso de la fonda del Leon Coronado, en Etampes. Los dos interlocutores, habian llegado á ella, el uno el dia anterior, el otro aquella misma mañana. El que hemos oido designar bajo el nombre de señor conde, era un hombre de sesenta y cinco á setenta años, alto, alegre, vivo y hablador. Sus facciones arrugadas por la edad, infundian

á toda su fisonomía un aire de dignidad. Sus palabras eran firmes, francas y mesuradas: su equipaje lujoso, y en sus maneras se notaba la costumbre del mando.

La persona por cuya comodidad estaba tan vivamente interesado el conde, era un jóven de bastante buen semblante, de unos veinte y ocho años de edad; viajaba en silla de posta, y parecia muy afligido por haber volcado esta á su llegada á Etampes. En sus ademanes era facil reconocer á un militar; y su semblante era pálido y enfermizo. Ambos llevaban una cinta encarnada en el ojal de la levita, y si mal no me acuerdo, la época de esta aventura era en mil ochocientos trece.

Aceleróse el almuerzo. Los dos comensales hablaron en el ínterin del pais que recorrian, y de las aventuras que en él les habian acontecido, y cuando subieron al carruage, parecian prendados uno de otro, principalmente el jóven del conde. La silla partió al galope, arrastrada por sus cuatro briosos caballos.

Cuando se va en coche, los primeros bamboleos de las ruedas preocupan y mecen al individuo, de modo que le embriagan y adormecen.

Giró pues, la conversacion, durante la primera posta, sobre asuntos indiferentes, y solo tomó un carácter decidido, cuando el conde dirigió esta pregunta á su compañero de viage.

—Y no temeis el clima de Paris y el frio del Norte?

—¿Querriais que por el fútil motivo de cuidar algo mas de mi conservacion me desterrase para siempre?

—Pero vuestra herida exije cuidados asiduos.

—Espero que no me molestará.

—Debió ser un sablazo perfectamente asentado.

El jóven se sonrió con dulzura.

—En efecto, señor conde.

—Y quién fue el pícaro que os trató de esa suerte?

—Un húsar prusiano. He usado todo género de remedios, y convencido de que no puedo lograr mi curacion...

—Y por qué no? De peor estado se puede uno salvar. En mí teneis el ejemplo. Y diciendo y haciendo el anciano, entreabriendo su chaleco, descubrió una profunda cicatriz que surcaba su pecho.

—¡Cielos! esclamó el jóven militar, habeis recibido en el ejército esa herida?

—Sí, amigo mio, en Fontenoy.

—En Fontenoy?

—Servia en los ligeros del duque de Chaulnes. ¡Magnífica batalla fue aquella, vive Dios!

—Con que estuvísteis en Fontenoy!, interrumpió vivamente el mancebo.

—Con el conde de Sajonia, sí.

—Y que edad teneis entonces?

—Cumpliré treinta años por Mayo.

—Me pareció al veros, caballero, que ne tendriais tanta sangre fria.

—Por qué?

—Por nada. Y sonriéndose se arrellanó en su asiento.

—Verdaderamente, repuso el viejo, acaso os admirareis; la historia es bastante original. Nos hallamos en 1815 y la batalla de Fontenoy se dió en 1745.

—No hallo en eso nada de estraordinario, replicó con negligencia el mancebo; si hubieseis perecido en la accion puede que me sorprendiese algo mas.

—Lo habeis adivinado, amigo mio; fui muerto en la segunda carga del duque de Chaulnes sobre la columna inglesa, con una infinidad de compañeros.

—¿Qué decis?

—Os referiria la historia, pero es algo larga...

—No importa, no importa, hablad, señor conde; no perderé una sola palabra.

—Soy el conde de Kusol y he nacido el 15 de mayo de 1720 á principios del reynado de Luis XV. Era una hermosa época, por cierto! Qué atractivos! qué diversiones!

—Con que segun eso teneis 93 años? No puedo menos de daros la enhorabuena por una vejez tan bien conservada.

—Estais equivocado; no tengo mas que 50 años como ya os he dicho. ¿Qué motivos teneis para suponer que tengo 93 años?

—Jamas hubiera pensado al ver vuestro rostro, vuestro continente y toda vuestra persona en fin, que os halláseis en una edad tan próxima á la mia.

—Ah! esclamó el conde con una espresion de dolor, es que vos no habeis pasado como yo por todas las faces de una vida tempestuosa; la naturaleza ha sido para vos prudente y reservada, ningun espíritu maligno os ha arrastrado mas allá de

la existencia material, y en fin, caro amigo, cuando descendais á la tumba, no sacudireis vuestras cenizas como yo he hecho y no os despertareis despues de haber dormido casi por espacio de un siglo.

—Francamente hablando, no creo que me suceda así, respondió el jóven, colocándose cómodamente en el fondo del carruage para escuchar, sin replicar palabra, aquel cuento fantástico.

—El 15 de mayo de 1720 ví por primera vez la luz del dia. Me acuerdo perfectamente de mi madre; era una muger hermosa, alta, de magestuosos ademanes, buena, amable y sin embargo severa. Su corazon abrigaba un tesoro inagotable de amor maternal. Yo la queria tanto, que ella fundaba en mí todo su orgullo.—Mi padre servia en la casa real. En su clase de gentil-hombre un tanto cuanto adulador, habia dado gran lustre á su familia asi en la corte como en la guerra.—Yo di mis primeros pasos en el mundo siguiendo sus huellas, y me adiestré desde muy pequeño en las arterías é intrigas cortesanas..... Mi padre, fué destinado al ejército del príncipe de Conti, y yo no descansé hasta haber obtenido permiso para seguirle.

—¿Habeis viajado por Italia?

—Sí, señor conde.

—Pues bien, repuso el anciano despues de haber reflexionado un corto instante, hácia los primeros dias de Abril de 1744 fue cuando se apoderó el príncipe del condado de Niza.—Nuestros aliados, los españoles, mandados por don Felipe, hicieron heroicidades, y aquella campaña fue admirable por todos conceptos. Yo estaba en el fervor de la edad; todo era para mi embriaguez é ilusiones; poseia un soberbio caballo andaluz; y combatia al lado de mi padre; luchamos como unos héroes á pistoletazos y.....—No tengo mas que treinta años, señor, pero me siento viejo y cascado.—Os sonreis y haceis mal por vida mia. Hasta la edad de veinte y cinco años, el corazon está lleno de una inocente impetuosidad; todo es hermoso, todo grande; la vida se exhala, por decirlo asi, por todos los poros; la cabeza no hace esos razonamientos falsos y perversos que sumergen al corazon y al alma en el abismo del hastio, del fastidio y de ese misterioso desden que invade á todos los viejos. Bien jóven era yo, cuando silvó la primera bala á mis oidos, cuando bajé la cabeza al primer cañonazo, no puedo analizar lo que sentí, pero toda mi sangre se esparció por mis venas; mi corazon sintió una especie de orgullo, y se colorearon mis megillas de un sonrosado que ya no volverán á recobrar.

El jóven príncipe de Conti habia guerreado en Baviera; escelente general y soldado intrépido, se habia grangeado la confianza y el amor de todas sus tropas.

Hice mi primer hazaña en el asalto de Villafranca, y fuí nombrado teniente en el ataque del castillo de esta plaza.

Ya sabeis que el príncipe y el general español deseaban obligar á Conti á dirigirse al Milanesado y conquistar la Italia. Asi que nos apoderamos de la ciudad, el Rey de Cerdeña atacó nuestras líneas. El combate duró dos horas; la victoria se decidió por nosotros, pero me costó cara, pues mi desgraciado padre murió de un balazo de cañon. Yo fuí destinado al ejército de reserva, y volviendo á pasar los Alpes, llegué poco antes que el príncipe á Versalles.

Versalles! Qué magníficos recuerdos! El Versalles de Luis el Grande! El Versalles de Luis XV! Volví á él jóven y brillante: conocia ya los horrores de la guerra y el entusiasmo de la victoria, y debo confesaros que llamé la atencion de todas las bellas. Fuí presentado en palacio, y ya sabeis que entonces era obra de romanos el penetrar en él.

El estudiante que da el último adios á su colegio, la muchacha que vé por primera vez el mundo, no sienten el placer que yo sentí al penetrar en aquellos inmensos salones, en los cuales bajo cada vestido bordado encontraba yo una memoria de mi patria, en que mis ojos tímidos y novicios recorrian todas aquellas filas de mugeres, que brillaban espléndidamente como en una noche serena brillan millones de estrellas. Yo estaba confuso enmedio de aquella nobleza, cargada de cordones, cintajos y diamantes. El deseo de distinguirme me inspiró el mal consejo de aventurarme á danzar un minué, y al efecto despues de dirigirme á la dama mas encopetada que habia, tuve la tonteria de enamorarme de mi pareja que era la señorita B,*** solo por hacer rabiar al marquesito de C*** á quien odiaba, y que pasaba por un petimetre de atractivos irresistibles. El cómo me compuse no lo se, pero ello es el caso, que tuve la crueldad de refregar mi conquista por las narices del marqués, que era uno de sus adoradores, y de escuchar, asido á la mano de ella,

todas las lindezas con que nos abrumó en su dramático apóstrofe.

Pensareis acaso que sin pérdida de tiempo nos fuimos á cortar alegremente el pescuezo



en un desafío; nada de eso. No deseaba yo otra cosa y probablemente á él le sucederia lo mismo; pero la solapada damisela encontró medio para conciliarlo todo. Echó en cara al marqués sus descuidos, le aconsejó que no me dejase toda la ventaja que me prestaba la fama de mis hechos de armas; en una palabra, le obligó, le exhortó, le comprometió tan perfectamente que el pobre mozo no halló otro partido que el de hacerse subteniente de los mosqueteros reales. ¡Tan cierto es que las mugeres que poseen en general muy poco valor, inspiran ardimiento algunas veces á aquellos que no le tienen!

—Y quedásteis dueño del campo de batalla?

—No, querido mio, y desde este dia precisamente fechan mis desventuras.

—Luego no érais vos el preferido?

—Al contrario, me atreveré á afirmar que jamas ha amado Mlle. B*** á otro que á mí.

—Si no os esplicais, no me será fácil entenderos.

—Me esplicaré. Asi que el marqués salió de Versalles, recibí de mi adorada un destino semejante al de mi rival, y logró hacerme creer que no debia detenerme en mi carrera, y que me faltaba todavia mucho por andar en ella.

—Vos os negariais sin duda...

—No, pardiez, y era capitan de ligeros el dia de la jornada de Fontenoy.

—Ola! ya llegamos á vuestros últimos momentos.

—Si no fueseis militar, os describiria toda la sublimidad y magnificencia que tiene la aurora de un dia de batalla; pero aunque habeis de saber que soy un tanto cuanto aficionado á la cháchara... os la perdonaré por hoy. M. de Voltaire ha escrito prolijamente este drama semi-cómico en que yace perdida en medio de cadáveres la antigua galantería francesa y nuestra alegría nacional. Pero M. de Voltaire ha cometido el indisculpable yerro de escribir lo que no habia visto, y de hacer de una obra militar una obra puramente literaria.

Entonces, pues, cuando M. de Richelieu (que no era entonces mas que teniente general) dió el consejo que hizo ganar la batalla en realidad perdida ya, el mariscal de Sajonia aterró á la columna inglesa, y la casa real cayó vivamente sobre la cabeza de aquella terrible infantería. El duque de Chaulnes lanzó su regimiento dos veces seguidas sobre los mosqueteros ingleses, y á la segunda carga recibí en el pecho un lanzaso que mé dió la muerte.

—Qué os dió la muerte?

—Tan cierto como ahora estoy vivo.

—Y qué sucedió cuando moristeis?

—Sucedió que bajé derechito al infierno.

Al llegar aqui, el pobre paciente que escuchaba la historia, dejó escapar una sonrisa solapada, y miró á su compañero de reojo.

—Bajé, pues, derechito al infierno, y os aseguro que no fuí mal recibido. Lo que me entristecia, sin embargo, era que, habiéndome yo creido siempre hombre de bien y merecedor del cielo, no dejaba de sorprenderme el hallarme en tan mala compañia. Siento en el alma no poder daros mas pormenores acerca de mi instalacion en un paraje que por desgracia he habitado bastante tiempo.

—Por desgracia.

—Sí, por cierto; porque ya hacia quince dias que estaba en aquella mansion, cuando ví acercarse á mí á la que yo habia amado mas que la vida, á la que me habia hecho perder el paraiso; en fin, á la causante de mi muerte.

—Razon teneis en decir que entonces se amaba de otro modo que en el dia.

—Era la misma deidad que yo habia dejado en Versalles, con los mismos atractivos, las mismas facciones. Sus padecimientos, durante la travesía de la vida terrestre á la vida eterna, no habian hecho mas que debilitarla: su rostro, antes tan rosado, tan alhagüeño, se habia tornado pálido y melancólico; su dulce y melodiosa voz era triste y trémula, su mirada habia conservado aquella pureza que tan distintamente retrataba el placer ó la amargura; pero confieso que no acerté á comprender la causa de la presencia de aquel ángel en los dominios del diablo.

—Ni yo tampoco, querido amigo.

—Paciencia.—Con eso lo sabremos los dos á un tiempo. Supe de mi adorada prenda, que asi que leyó el parte de la accion de Fontenoy habia determinado no sobrevivirme, y se habia dejado morir de pesar.—La bondad divina lo habia arreglado todo á las mil maravillas, puesto que con aquel comun castigo nos hallábamos condenados á la eterna felicidad de vernos.—Esta idea consoladora, destruyó mis escrúpulos, y desde entonces me convencí de que las palabras infierno y paraiso, eran muy mal interpretadas en Versalles y en toda la cristiandad. Pasábamos el tiempo como unos príncipes, y os afirmo que fuimos cortesmente tratados por todos los guardianes de la sombría mansion.—¡Oh! por qué acabó tan pronto aquella venturosa armonia.—Pero quiso la fatalidad que á lo mejor se nos plantase delante el consabido marquesito y nos dijese, políticamente por supuesto, que era de los nuestros por todo el tiempo que á Dios pluguiese. Aunque algo atemorizado por los sermones de su confesor acerca de las llamas y tormentos reservados á los pobres humanos por la justicia suprema, no habia perdido un ápice de su elegante fatuidad, particularmente en punto á pretensiones amorosas; intentó en vano interponerse entre Mlle. B*** y yo; pero fue rechazado y batido en todos los encuentros. Ya podeis suponer que con estos triunfos era yo el mas feliz de los muertos, y que no hubiera trocado de condicion con el mas venturoso de los vivos.

—No comprendo muy bien, pero en fin...

—Pues sin embargo, habeis de saber que estaba decretado que yo resucitase.

—Oh! Despues de lo pasado, eso ya no me sorprende.

—Sucedió lo mismo que tengo el honor de referiros. El 14 de Enero de 1809 á cosa de las dos de la madrugada, sentí que existia, que vivia, y me hallé muellemente tendido en carne y hueso en un escelente lecho, tal como yo desearé que le encontremos esta noche. Os confieso que tuve miedo, mucho miedo! Se agolpaban los recuerdos á mi imaginacion; me parecia que habia dormido mucho y pensaba en mi vida material como en un sueño, y en mi vida espiritual como otro sueño. Un péndulo me anunció que iba á amanecer, y cuando pude columbrar los objetos que me rodeaban, creí que estaba loco; porque ya no estaba muerto ni vivo; ni en la tierra, ni en el infierno, ni en el cielo. Vuelto poco á poco de mi desvarío, resolví servirme de los vestidos que habia junto á mi cama, y no hubo por cierto pocas dificultades para engalanarme con estos atavios que veis.

Mi primera diligencia fue preguntar en qué pais me hallaba y qué año corria. Se me contestó que estaba en Francia y que era el 14 de Enero de 1809. El cálculo era bien sencillo: yo habia muerto en 1745, resucitaba en 1809; habia pues una interrupcion de 64 años en mi existencia; y como he nacido en 1720, resulta que en realidad no tengo mas que 50 años.

—Pues os doy la mas cordial enhorabuena: y no habeis vuelto á oir hablar de Mlle. B***?

—Jamas.

—Y de vuestro rival?

—Alguna vez he visto á un hijo de un sobrino suyo; pero le parece á su tio y vale tanto como él.

—Pues á fe mia, señor conde, que me habeis referido una historia maravillosa, y os lo agradezco, porque ya no desespero de mi curacion, y en todo caso ya sé á lo que sabe la muerte.

—Es que todavia no he concluido, y me creeriais un loco si dejase este cuento cojo sin aclarar el desenlace.

—Verdad es que hasta ahora ha habido sus mas y sus menos en punto á claridad; pero en fin, si os tomais el trabajo de aclararme todos esos sucesos...

—Ya, ya estoy, repuso el narrador, tomando un polvo con mesurada dignidad, y componiéndose el lazo de la corbata: creeis en los milagros? añadió.

—Hombre, eso depende de...

En este momento entraba la silla de posta en París por la barrera del Infierno.

—Ah! esclamó el anciano; ya estamos en París; supongo que vendreis á parar á mi casa?

—Señor conde, siento en el alma tener que abandonaros; pero mi familia estará esperándome con ansiedad y me es imposible complaceros.

—No insisto mas; pero habeis de venir á verme lo mas pronto posible, para saber el fin de mis aventuras.

—Creed que me han interesado demasiado para que yo falte.

Entró la silla en el patio de una casa magnífica, y el anciano viagero fue recibido con todo el respeto é interés con que se acoge á un padre de familia, rico y poderoso.

Tres dias despues de la llegada del conde, el jóven militar, su compañero de viage, se presentó en la porteria preguntando al suizo:

—El señor conde de Kusol...

—No está visible.

—Está enfermo?

—Si señor.

—Razon mas para que yo le vea.

—Pues por hoy será imposible; sin embargo, si gustais, subid al cuarto principal y preguntad.

Introducido en una antesala, fue recibido de nuestro jóven por otro mancebo de su misma edad, quien sin entrar en cumplimientos, le dijo:

—Os conozco sin haberos visto, caballero, mi padre me ha hablado de vos; pero en este momento está ocupado con su médico.

—Pues qué tiene?

—Como! no habeis echado de ver su lamentable estado?

—Yo no he encontrado en vuestro señor padre mas que un hombre escelente y un tanto cuanto chancero.

—Oh! Dios mio! mi pobre padre está loco! no os ha contado una larga historia?...

—En efecto; y ahora venia á escuchar el desenlace.

—Yo cumpliré su palabra, caballero, y os referiré esa historia en cuatro palabras.

«En 1745 cuando el parte de la batalla de Fontenoy circuló por los salones de Versalles, supo una muger desventurada que su marido, su hermano y sus dos hijos habian sido muertos. Aquella muger pertenecia á una familia poderosa y rica: su marido mandaba el regimiento de ligeros del duque de Chaulnes, y sus dos hijos eran cadetes del mismo cuerpo. La pobre madre no pudo resistir aquella catástrofe, se volvió loca y dió á luz una niña que entonces llevaba en su seno, y que debia heredar la fatal enfermedad de su madre.

Esta niña, señor mio, será sin duda la que mi padre os habrá presentado bajo el nombre de Mademoiselle B.**: yo soy su hijo.

La fortuna de Madama de B.**, el respeto que inspiraban sus penas, los asíduos cuidados de sus servidores, fueron causa de que se la dejase en libertad, por poco tiempo en verdad, porque murió bien pronto legando á su hija bienes considerables, una belleza encantadora, y ademas los gérmenes de una enfermedad que habia sido incurable para ella. No podeis imaginaros el angélico dolor que se pintaba en el rostro de la desventurada niña, que se hallaba abandonada sin familia, en medio de un mundo que no tenia para ella mas que indiferencia y compasion. Mademoiselle B.** crecia, embellecia por momentos, empero su cerebro trastornado de cuando en cuando, anunciaba que el mal no tenia remedio, y

que avanzaba á pasos lentos pero seguros.

Por otra parte su locura era tan amable, tan dulce, tan poco peligrosa, que en ella tenia una gracia particular, y engañaba siempre á los que la veian por primera vez.

Hablaba de su madre con entusiasmo: entonces lloraba, y al mismo tiempo que enjugaba sus lágrimas, que clavaba en el cielo sus interesantes ojos azules, repetia con singular volubilidad todo el drama que la arrebatára á su familia, todo el sangriento drama que su demente madre la contára tantas veces para adormecerla. Para obtener su amistad era preciso repetirla sus propias palabras, identificarse con su situacion, en una palabra hacerse loco para agradar á la pobre loca. De este modo llegó Mlle. B.*** á los veinte años, sin que ninguno de sus numerosos adoradores se atreviese á tomarla por esposa.

Veinte años despues de la batalla de Fontenoy fue cuando mi padre, que era entonces capitan de la Guardia real, trabó conocimiento con Mlle. B*** enamorándose de ella hasta las uñas. Mi padre era jóven y apasionado; no hizo caso de las reflexiones que se le hicieron, y no titubeó en pedir la mano de mi madre. Dióse tanta mas prisa cuanto que supo que el marques de C*** de quien tambien habreis oido hablar, pensaba solicitar el mismo favor. Los dos pretendientes fueron igualmente desahuciados por la señorita, quien exigió, que el uno de ellos, el marqués, se hiciese militar y que entrambos se incorporasen al ejército del mariscal de Estrees. Fue obedecida con una sumision digna de la galanteria de la época: y habiendo muerto el marqués en el primer encuentro, terminó mi padre la campaña con una herida que le hizo aparecer mucho tiempo como muerto, pero que tambien le puso en posesion de la que adoraba.

Los dos primeros años de aquel matrimonio fueron muy felices; mi pobre madre, entregada á los deberes de la maternidad, se habia restablecido bastante, y escepto su continua narracion de la batalla de Fontenoy, no hacia, ni decia nada que pudiese hacer sospechar su demencia. Pero pronto tomó la enfermedad un caracter grave y alarmante, que inquietó vivamente á mi padre. Irritóse mas y mas el cerebro: varias crisis violentas originaron sacudimientos nerviosos peligrosísimos; por último mi pobre madre murió como habia muerto la suya, despues de padecer cuantos dolores pueden agoviar al cuerpo humano. Ni aun se pudo dulcificar sus últimos momentos con los consuelos que aminoran los horrores de aquel trance en las almas religiosas; en su terrible agonia no vió mas que los suplicios del infierno, no habló de otra cosa que de sátiros y diablos, y no cesó de implorar para que se la libertase de las llamas.

Poco me resta ya que deciros, caballero: mi desdichado padre sepultó el dolor en su alma, y su alma no pudo contener tanto pesar; minado por el desconsolador recuerdo de la que tanto habia querido, espantado, aterrado por una muerte tan horrorosa, estraviado por el cuadro fantástico y sombrio de este último acontecimiento, se debilitó su cabeza al mismo tiempo que su memoria; y confundiendo su primera edad con la verdad de la historia, confundiendo los recuerdos de su desventurada compañera con las tristes memorias de su propia vida, ha perdido completamente el sentimiento de su existencia material para vivir en las insensatas ficciones de una vida ideal, imaginaria. La historia, que os ha referido, la cuenta á cuantos quieren oirla, y os hubiera seguido hasta el cabo del mundo por poder hablaros de sus sueños pasados y de su sueño habitual, y á duras penas hemos podido convencerle de que ha tornado por algun tiempo á la vida por efecto de una resurreccion.—Venid á la tarde y ya no os reconocerá.

Entraron los dos jóvenes en el aposento del anciano, quien recibió á su compañero de viage como si en su vida le hubiera visto, y ya iba á empezar la historia de Fontenoy, cuando el jóven se levantó para salir.

—Ya veis, caballero, que no os habia engañado.

—Oh! Lo siento en el alma, amigo mio, porque me hago cargo de lo que padecereis.

—Sí, tengo una jaqueca que me vuelve loco.

—Una jaqueca?

—Si señor, una jaqueca: *está metida en mi cabeza toda la artilleria de Fontenoy.*

Al bajar la escalera, el jóven militar encontró á Strack, el ayuda de cámara, quien le preguntó:

—Os ha contado el señor vizconde la historia de su señor padre?

—Sí; por qué lo preguntais?
—Pobre jóven!
—Qué quereis decir?
—Ay! jamas se conseguirá su curacion.
—Pero esplicaos; está tambien demente el vizconde?
—Los condes de Kusol son locos de padre á hijo, hace mas de dos siglos.

M. R. Q.

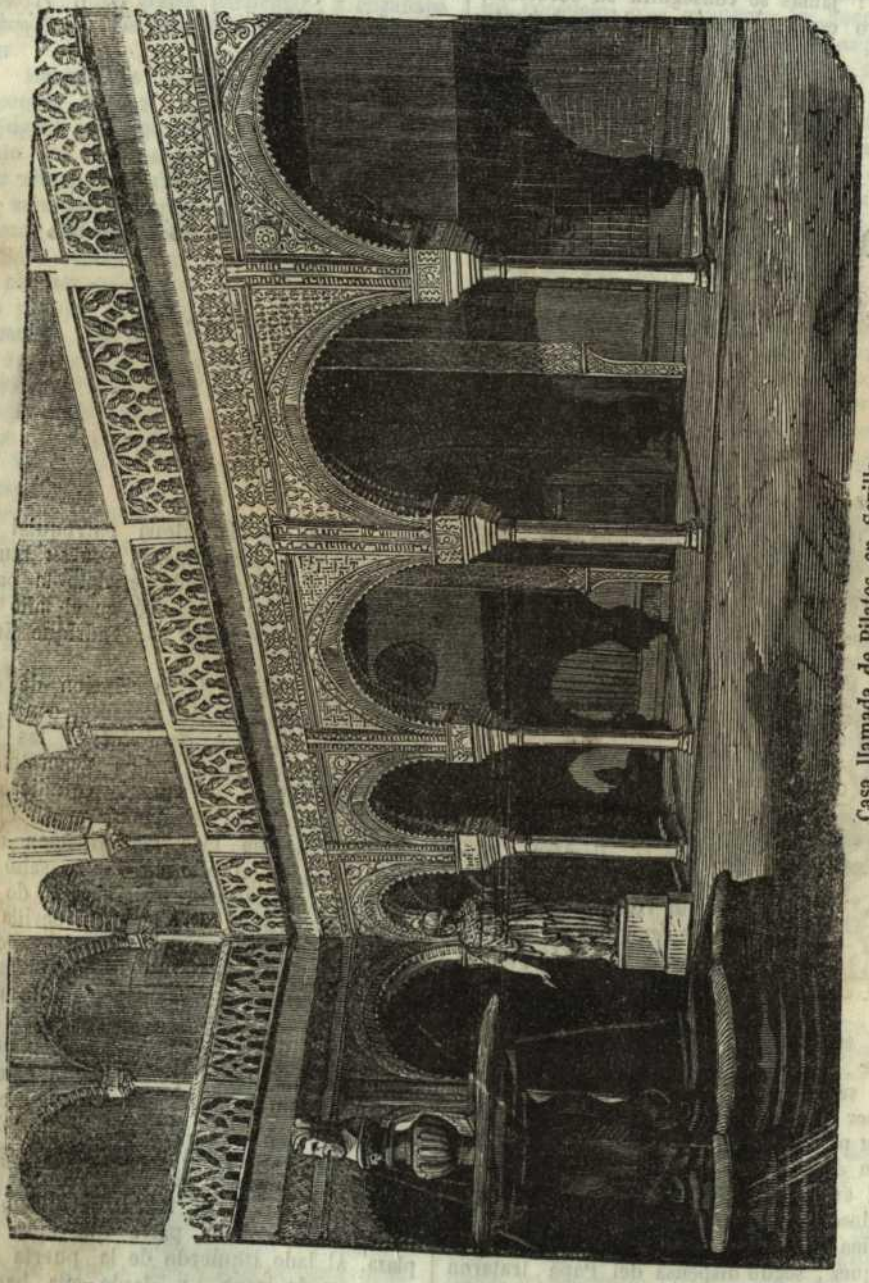
LA CASA LLAMADA DE PILATOS.

EN SEVILLA.



Con este nombre se conoce en Sevilla el palacio que edificaron para su habitacion la nobilísima casa de los Riberas, y que hoy pertenece á la de Medina-Celi y Alcalá. Su solar es oriundo de Galicia, y se establecieron en esta ciudad despues de la conquista; siendo el fundador de la casa de Andalucía el honrado D. Perafan, primer adelantado por Enrique III, que vivió 105 años. Fernan Perez en sus *Jeneraciones y semblanzas* (Valladolid, 1512) lo retrata así: «Era alto de cuerpo é «de gran autoridad, é muy cuer«do; era hombre de gran placer é con«vites, é muy malenconioso, é algu«nas veces soberbio: bien rejido en su «comer y beber.» Esta familia vivia desde su principio en casas situadas en la colacion de Santa Marina, donde en la actualidad existe el colegio de S. Luis. Pero habiéndose casado en el año de 1471 Doña Catalina Ribera, con su cuñado D. Pedro Enriquez, segun dispensa del Papa, trataron entónces de enagenar las antigüas habitaciones para labrar otras nuevas y mas suntuosas en el sitio que compraron para este objeto, cerca de la iglesia parroquial de S. Esteban. La obra empezó, y á su muerte la dejaron toda acabada, escepto la parte de la fachada, que concluyó en el año de 1533 su hijo y sucesor D. Fadrique Enriquez de Ribera.

Antes de pasar á la descripcion de este edificio diremos algo del nombre con que es conocido de *Casa de Pilatos*; las tradiciones vulgares que suelen generalmente estar fundadas en la mas leve indicacion, creemos hallarla en estas conjeturas. El citado D. Fadrique hizo peregrinacion á la Tierra santa en el año de 1519; salió del monasterio de Bornos, miércoles 24 de Noviembre de 1518, y entró en Sevilla de vuelta de su viage en octubre del año de 1520, (y no 21 como dice equivocadamente Zúñiga en sus *Anales*) pues así lo refiere el mismo marqués en su itinerario impreso por uno de sus sucesores en 1606. Le acompañó el famoso padre de la comedia española Juan de la Encina, que escribió el viaje en verso, y se halla al fin de la citada impresion. Cuando don Fadrique regresó á su patria se iba á empezar la obra de la fachada; y él mismo la dirigió, labrando toda aquella parte que mira á la plaza. Al lado izquierdo de la puerta puso una cruz de jaspe, y desde ella hasta la llamada del campo colocó una estacion igual á la que anduvo Jesus con la cruz acuesta,



Casa llamada de Pilatos en Sevilla.

cuya medida trajo; esto, unido á la recien llegada del marqués, hizo que corriese la voz que las fachadas que labraba eran á imitacion de las que vió del presidente Pilatos. Y el mismo D. Fadrique al hablar en su relacion de la casa de aquel juez, la cita como alterada y desfigurada notablemente. Creemos que está demostrado con evidencia lo infundado de la voz; y solamente se prueba cual es el poder y la fuerza de una tradicion vulgar, que en llegándose á arraigar nada es capaz de derribarla; y el palacio de los duques de Alcalá en Sevilla se llamará para siempre la *Casa de Pilatos*.

Forma la portada un cuerpo de arquitectura con dos pilastras corintias de mármol blanco, adornada de escudos de armas y bustos. Sobre el arco se lee un testo latino, y en seguida esta inscripcion:

ESTA CASA MANDARON HACER LOS ILUSTRES SEÑORES D. PEDRO ENRIQUEZ, ADELANTADO MAYOR DE ANDALUCIA, Y DOÑA CATALINA RIBERA, SU MUGER, Y ESTA PORTADA MANDO HACER SU HIJO DON FADRIQUE ENRIQUEZ DE RIBERA, PRIMER MARQUÉS DE TARIFA, ASIMISMO ADELANTADO. ASENTOSE AÑO DE 1533.

Sobre la cornisa hay balaustrada de piedra del gusto gótico, toda calada, y que da á una azotea de la fachada; encima de la puerta cinco pedestales, y en todos se lee: *4 de Agosto de 1519 entró en Hierusalen*, debajo las cruces de los santos lugares.

La entrada dá paso á un zaguan ó apeadero descubierto, con galeria á la derecha que conduce á la puerta del patio. Este tiene de largo 62 pies, y de ancho 60, lo forman seis arcos á cada lado con columnas de mármol, los capiteles suelen ser lisos, otros labrados; los arcos son desairados y desiguales en su ancho; sin duda para buscar la entrada de los salones enfrente de uno de ellos: estan adornados de labores árabes en yeso, imitando á las del Alcázar. El corredor le rodea una faja de azulejos de Triana, alternan enmedio de ellos los escudos de las casas de Ribera y Enriquez, entre los azulejos y adornos que tocan al techo, se encuentran nichos con bustos de piedra de héroes romanos y personages de la antigüedad, sobre la entrada está el del Emperador Cárlos V: algunas de estas cabezas son de mérito. El piso alto presenta al patio una balaustrada de piedra del gusto gótico, arcos con columnas, tambien labrados, algunos estan renovados y no tienen adornos. En el centro hay fuente de mármol con tres delfines que sostienen la tasa, por remate la cabeza de Jano. En los cuatro ángulos sobre pedestales de mampostería aparecen otras tantas estátuas: dos representan á Palas, una con escudo esculpido la cabeza de Medusa, la otra tambien con escudo y tiene levantada la mano; han sido restauradas en las cabezas y brazos como al momento se deja conocer al ojo observador. Los paños son excelentes y *D. Antonio Ponz* en sus viages (Madrid 1780) las tiene por obras griegas. Las otras representan una Musa, y la Diosa Ceres; figuras graciosas de buenos paños, se hallan algun tanto mutilados: la cal ha ocultado los letreros que habia en sus bases, en una decia: *Palas Pacifera*: en otra, *Caupœ Syrisca*.

Entrando en el patio al lado izquierdo está la escalera principal magnífica y descansada, se halla cubierta de azulejos y unidos á ellos los adornos árabes que tocan á los artesonados, que son lindísimos y variados; la cierra una cúpula formada de casetones dorados: tiene el defecto de poca luz, y de estar muy deteriorada. El piso alto nada tiene que observar á escepcion del techo de un salon (hoy oficinas) pintado á principios del siglo XVII en tiempo del primer marqués D. Fernando, gran anticuario y literato; concurrian á su casa los célebres pintores y poetas de aquella época. La obra se halla sumamente desfigurada, no tanto por su mal estado, como por los retoques de mala mano que ha sufrido. Algo habria aquí de *Francisco Pacheco*, íntimo amigo del marqués.

Volviendo al patio, entramos en el salon de la derecha, y debe observarse su rico y hermoso artesonado formado de cuadros, con escudos de armas en medio, atendido el adorno de esta pieza mas profusamente esparcido que en las demas, la tenemos por la principal del palacio; sus puertas son antigüas. Las piezas inmediatas conservan sus artesonados, siendo los de este edificio los mas esquisitos que se ven en Sevilla. Los salones del departamento enfrente de este dan al jardin con galerías; en ellas aparecen muchas columnas con capiteles primorosos, donde estan colocados bustos de Emperado-

res, de mas ó menos mérito; debiéndose notar por su belleza el morrion y cabeza de un Alejandro, una estátua de Ceres, y algunos trozos de estátuas, restos inestimables que manifiestan cual seria el todo. Esta apreciable coleccion de estátuas y bustos se la regaló el Papa S. Pio V. al duque D. Perafan Enriquez de Ribera, cuando estuvo de virey en Nápoles, él las envió á su palacio. Su hermano y sucesor D. Fernando les dió colocacion, y mandó levantar en el jardin galerías y salones para conservar esta riqueza de las artes. La mayor y mejor parte de estas preciosidades se trasladaron á Madrid hace algun tiempo por uno de los Duques de Medina-Celi.

Solo nos resta hablar de la capilla, situada en el salon frente de la puerta del patio que mira á la entrada. Dá paso un arco enriquecido caprichosamente por arabescos mezclados de adornos góticos, lo que produce un efecto maravilloso: la capilla es pequeña, pero graciosa, está vestida de azulejos, y unido á ellos los adornos que cubren á modo de encajes, todas las paredes y la bóveda, por esta y sobre las labores hay unos filetes oscuros de gusto gótico que mueren en el muro, cuyo cinteado resalta en aquel fondo y forma un contraste singular. Es lástima que el altar sea tan detestable.

Aunque la casa de Pilatos no sea un edificio de sobresaliente mérito, no deja por eso de escitar la curiosidad del viagero, que todo lo escudriña y examina. Es ademas una prueba de los adelantos de las artes en el siglo XV y XVI, sobre todo en esa clase de obras con que imitaban con yeso y moldes las labores árabes; como hizo *Bartolomé López*, en el año de 1519 en los adornos, que parte de ellos aun permanecen, de la puerta del *Perdon*. Nada de estraño tiene que *López* trabajase en el palacio de los Riberas.

La cal de Moron, que todo lo invade, ha ejercido su bárbaro y estúpido poder sobre casi todos los adornos de esta casa.

J. C. *y* C.

UNA PARTIDA DE ECARTÉ.



Verneuil y Juvigny habian hecho desde la infancia un pacto de amistad; nada mas comun. A los 25 años lo observaban aun con una fidelidad escrupulosa; ya esto es algo mas raro.

En el colegio donde los mismos estudios los habian unido constantemente, y en el 6.° regimiento de húsares donde servian con el grado de teniente los habian llamado, y los llamaban aun, Castor y Pólux, Orestes y Pylades, Damon y Pitias.

Un dia, tendrian como unos 15 á 16 años, edad en que todo es ingénuamente exagerado, Verneuil y Juvigny se habian dicho el uno al otro:

—Seremos amigos hasta la muerte.

—Y juremos que en todo iremos á medias, que dividiremos entre nosotros los placeres y los disgustos, la fortuna y la miseria.

—Pero, ¿y si llegamos á desear á un mismo tiempo algo que sea imposible de repartirse entre los dos?

—Ah! entonces renunciaremos ambos á ello.

—¿Por qué privar á uno de nosotros de una dicha que seria para el otro un motivo de alegria?

—Tienes razon. Convengamos en que entonces decidirá la suerte.

—Bien, pero no la suerte en su ceguedad..... jugaremos si quieres el objeto en cuestion.

—Me parece buena idea, una partida de ecarté decidirá el asunto.

—Aceptado. De este modo nunca habrá disputa.

—Nunca se enfriarán nuestras relaciones; un objeto te conviene y me conviene tambien: inmediatamente al juego de cartas, y el que gana se apodera de su conquista; se presenta otra circunstancia semejante, otra vez al juego.

Un juramento solemne selló este convenio estravagante.

Estravagante! asi lo parecerá á muchas personas; pero despues de 10 años de esperiencia lo mirarian en conciencia como el resultado de una inspiracion del cielo. A los 25 años, Verneuil y Juvigny, gracias á un sin número de partidas de ecarté habian evitado muchas disputas capaces de romper la amistad mejor cimentada.

Hasta entonces todo habia marchado á las mil maravillas.

No hay tratado por muy hábil que sea su combinacion, en el cual no se descubra tarde ó temprano alguna imposibilidad que no se haya previsto, lo que prueba que no es dado al entendimiento humano llegar en nada á su perfeccion.

Despues de la gloriosa campaña de Italia, el 6.° regimiento de húsares se hallaba de guarnicion en Grenoble; los oficiales festejados, acogidos como héroes se entregaban á los placeres con tanto ardor como el que habian manifestado algunos meses antes cuando arrostraban los mayores peligros delante del enemigo.

Grenoble llegó á ser para nuestros amigos una morada tanto mas agradable, cuanto que en esta ciudad vivia el padre de Delbois, capitan de su regimiento, con quien

tenian una gran amistad. Mr. Delbois contento con tener á su lado á su hijo por algun tiempo, no perdonó medio de obsequiar á él y á sus hermanos de armas festejándolos como se merecian.

Una buena mesa, donde reinaba la franqueza y la cordialidad, salones donde se reunia todo lo escogido del pueblo y las jóvenes mas lindas, eran mas que suficientes para justificar la presencia asídua de Verneuil y Juvigny en casa de Mr. Delbois; pero es preciso convenir que un encanto mas poderoso que el placer era lo que los atraia.

En toda la ciudad no se hablaba de otra cosa que de una jóven italiana que hacia seis meses que habia llegado. Mr. Delbois (padre) la habia presentado en todas partes como la hija de un antiguo corresponsal de su casa, y decia á las personas curiosas, que se la habian confiado á fin de sustraerla de los horrores de la guerra que desolaba su pais. Sin que nos detengamos en hacer el retrato de Blanca Michcrely que era el nombre de la italiana, únicamente diremos que la primera vez que se presentó en los círculos de Grenoble llamó la atencion de todos los hombres, y mereció el aborrecimiento de todas las mugeres disfrazado bajo el esterior de una amistad íntima.

Muchos adoradores habian pedido la mano de Blanca; pero estas solicitudes habian sido acogidas por otras tantas negativas, y todos habian creido, lo que parecia muy verosímil, que esta mano era un tesoro guardado para el dichoso Delbois. Sin embargo, cuando se vió dar vueltas al capitan como una mariposa al derredor de todas las jóvenes, sin hacer gran caso de Blanca, que por su parte parecia pagar bien esta indiferencia, principiaron desde entonces á atribuir las repulsas á la poca habilidad de los que habian pedido la mano de Blanca. Los amantes comenzaron á animarse, y la hermosa italiana se vió de nuevo siendo el blanco de todos los amores y de todas las ambiciones.

Como no hay un corazon mas vehemente que el de un oficial de húsares, llegó esto á ser una especie de emulacion entre todos los amigos de Delbois; los mas enamorados, pero tambien los mas tímidos, fueron Verneuil y Juvigny.

Mas, ó no habia llegado á Blanca la hora de amar, ó su corazon encerraba un misterio que le importaba ocultar; porque amable con todos, no daba á ninguno el derecho de creerse preferido; sabia detener de un modo admirable en los lábios una declaracion; y coqueta ó no, habia llegado á adquirir una reputacion de tal. Sin embargo, no disminuyó por esto el número de sus adoradores.

Una mañana el capitan Delbois fue á convidar á todos sus amigos á un gran baile.

—Este dia es para mí un dia de felicidad; quiero que vengais á conocer los motivos de mi alegria y á tomar parte en ella.

Ninguno de los oficiales faltó á la funcion: como es natural, Verneuil y Juvigny fueron los que mas prisa se dieron. Nunca habia estado Blanca mas seductora que aquel dia; sus facciones tenian una espresion de alegria y de contento que aumentaba el brillo de su belleza, y le daba un poder irresistible. Habia tambien en su aire y en sus maneras una especie de gracioso abandono, que segun la interpretacion que se le queria dar podia inspirar confianza al mas tímido y aun hasta cierta temeridad.

Este fue el efecto que produjo desde un principio en Verneuil, que aun no se habia atrevido á pasar los límites de los galanteos. Sacó á bailar á Blanca, y se propuso no dejar concluir la contradanza sin dar un golpe decisivo declarando su muda pasion. Durante la primera figura habló con miradas; en la segunda se aprovechó de la cadena inglesa para aventurar algun apreton de manos; apenas concluyó la tercera cuando manifestó tartamudeando á su linda compañera el deseo de hacer una confianza.

Blanca se puso muy seria y le respondió:

—Señor de Verneuil, yo tambien tengo que haceros una confianza: despues del baile sabreis cual es; esperad hasta entonces, os lo suplico.

En seguida volviendo á tomar su aire alegre le tendió la mano diciendo:

—A nosotros nos toca.

Y principió la cuarta figura.

Verneuil no supo al principio qué pensar, pero despues de reflexionar encontró en la respuesta que acababa de darle Blanca mas motivo de esperanza que de temor. En fin, se puso tan contento, que si no hubiera sido por los testigos que alli habia, se habria entregado á todas las locuras de una alegría inmoderada.

Concluida la contradanza, Juvigny se acercó á Blanca para recordarle la promesa que le habia hecho de bailar con él. Ver-

neuil dejó la sala, bajó al jardin donde solo los árboles y las flores eran testigos de su alegria. Los árboles y las flores son comunmente los confidentes favoritos de los amantes.

Dios sabe á que grado de ridiculez habian llegado ya las hipérboles y los arrebatos de Verneuil, cuando Juvigny se halló delante de él en un estado de fiebre no menos violenta, y cuya causa era absolutamente la misma.

La alegria por su naturaleza es escesivamente charlatana; nuestros dos oficiales que quizá por amistad no se habian comunicado una pasion, cuyo éxito era dudoso, se alegraron sobre manera de encontrarse alli solos para comunicarse sus esperanzas.

—Verneuil, esta es la noche en que he fijado mi destino.

—Puedo, mi querido Juvigny, servirme de las mismas espresiones para lo que tengo que decirte.

—Figúrate un ángel, amigo mio, capaz de hacerle perder á uno el juicio.

—Temo haber perdido tambien el mio. Nunca habia imaginado tantas gracias unidas á tanta hermosura.

—Estás enamorado?

—Quién no lo estaria al verla? Ojos negros, una gracia encantadora, la sencillez de la inocencia unida á todas las seducciones de la voluptuosidad, y una sonrisa que brilla en el alma como una esperanza, hé aqui su retrato.

Mientras que hablaba Verneuil, Juvigny esperimentaba un sentimiento vago de inquietud.

—Ah! es cosa decidida, continuó el primero con entusiasmo, mi vida será de Blanca Micherelli, de la hermosa italiana...

—¡Blanca Micherelli! esclamó Juvigny, pues esa es que yo amo!

Hubo un momento de un silencio terrible! Verneuil fue quien lo rompió.

—Escucha, Juvigny, nuestra rivalidad no ha de romper la amistad que nos une; Blanca es quien ha de decidir.

—Bueno; que Blanca decida... Verneuil, siento afligirte, pero debo prevenirte que segun las apariencias, no puede existir lucha entre nosotros. Despues de la buena acogida que he tenido esta noche tengo la esperanza, aun casi me atrevo á decidir la certidumbre de ser correspondido.

—Ah! Juvigny, te engañas de medio á medio, y siento verme obligado á declararte la verdad; sí, á mí es á quien Blanca ha dado la preferencia; tendré esta noche la prueba de lo que te digo; escucha y juzga tú mismo.

—Escúchame antes, y te convencerás de tu error.

Y cuando en medio de la discusion que se animaba mas y mas se hubieron contado enteramente lo que Blanca habia dicho á cada uno de ellos, se quedaron confundidos tratando de dar una esplicacion razonable de esta estraña aventura.

—Ya me figuro lo que es, dijo Verneuil despues de haber reflexionado un rato: la confianza que Blanca debe hacernos no tiene otro objeto que anunciar al uno su triunfo, al otro su derrota.

Entonces cambió de direccion el curso de sus ideas; despues de haberse atribuido ambos la victoria, se desanimaron mutuamente creyendo cada cual ser el amante desdeñado y temiendo ver en su adversario un rival afortunado. En seguida, cuando se les vino á la mente la idea de que seria necesario renunciar á sus quimeras, hubo una esplosion de cólera y de rábia.

—No, jamas, esclamó Juvigny, jamas te cederé á Blanca.

Y yo juro, que mientras viva no serás dueño de Blanca.

—¡Eso lo veremos!

Los ojos de Verneuil brotaban fuego.

—¿Luego quieres romper nuestra amistad y faltar á nuestro juramento? dijo este último.

—Nuestro juramento ¿y lo cumplirás tú, Verneuil?

—Sí, sí, y exijo ahora mismo la ejecucion de nuestro convenio.

—Y si la suerte me es favorable, ¿consientes en retirarte francamente y sin intencion de volver á acercarte á Blanca?

—¿Consientes si yo soy el afortunado en no dar un paso para saber el secreto que debia confiarte esta noche?

—Acepto.

—Pues bien, que el juego sea nuestro juez.

Verneuil y Juvigny se tenian por jugadores de primer órden, y por consiguiente cada cual esperaba salir vencedor.

Ya los tenemos sentados en una mesa de juego: cinco ó seis personas los consideran con admiracion porque la espresion de su fisonomia tenia algo de estraño... lo que

no impidió á los espectadores hacer tranquilamente sus apuestas.

Habia pasado media hora y la partida marchaba con mucha lentitud.

Es que en efecto, los dos jugadores hubieran dado cada uno la mitad de su existencia por conocer inmediatamente, por saber pronto cuál seria el vencedor: se conducian como si quisiesen retardar esta solucion hasta la eternidad, espiaban mútuamente sus miradas, cuando tocaban una carta temblaban como un azogado, y no la echaban sino despues de haber estado vacilando algun tiempo; en fin, cada uno tiene cuatro puntos, principia el golpe decisivo y corre el sudor por su rostro.

Verneuil ha alzado dos veces, otras tantas alzó Juvigny; pálidos y sin hablar una palabra dejan caer su última carta, dos dieces de oro estan sobre el tapete, y los jugadores se echan á reir.

Uno de estos dice:

—Esta partida es nula, es preciso volver otra vez á principiar.

—No; esclamó Verneuil, esto no puede sufrirse dos veces.

Y habiéndose levantado se marchó bruscamente; Juvigny le siguió.

Fuera de la sala se pararon.

Es preciso una decision; y sobre todo pronta.

Una mirada y un gesto concluyeron la esplicacion.

—El juicio de Dios, esclamaron á la vez...

Y se fueron hácia el jardin; un hombre se puso entre los dos y los detuvo; era Mr. Delbois que habia asistido al fin del juego y los habia seguido. No puede cumplirse vuestro proyecto cruel, les dijo; no rehusareis á mi ruego, en recuerdo de la amistad que os ha unido hasta este momento, el sacrificio de un desafio cuyo motivo es quizas imaginario.

—Imaginario! á la verdad que tú no puedes comprender esto, Delbois, porque eres incapaz de apreciar como de sentir una pasion intensa.

—Tal vez, amigo mio, dijo Delbois sonriéndose; pero juro por mi honor que no os batireis ahora, podeis hacerlo mañana temprano si es que vuestra animosidad no ha tenido tiempo de calmarse; hoy quiero que nos acompañeis.

Y cogiéndolos del brazo los hizo subir á la sala; acababan de sentarse todos á la mesa. M. Delbois (padre) se adelantó llevando de la mano á la mas linda de las bailarinas, y presentándola á los convidados les dijo:

—Os presento á Blanca Micherely esposa de mi hijo con quien se casó en Italia, y cuyo casamiento hemos tenido necesidad de ocultar por razones de familia.....

Verneuil y Juvigny quedaron confusos cuando tuvieron que apretar la mano de Delbois para felicitarlo. En cuanto al desafío no se volvió á tratar de esta cuestion.

A. F.



Biografía

DE

MIGUEL MONTAIGNE.

Miguel Montaigne, nació en el Perigord, en el castillo de Montaigne el 28 de Febrero de 1533. La educacion que recibió fue notable por mas de un concepto. Su padre, hombre de talento, aunque algo raro, no quiso que se criase en su casa, y confió al niño Montaigne á los cuidados de unos pobres aldeanos, que lo criaron lo mismo que á los demas muchachos del campo. Asi es que á la edad de tres años, corria el futuro filósofo á traves de los campos sin tener miedo á los perros ni á los lobos, tostado por los rayos del sol, y alimentándose solo de pan casero y demas groseras viandas que acostumbran á comer los campesinos.

La sola diferencia que habia entre estos y Montaigne, consistia en que su padre habia tenido cuidado de elegir para que lo acompañase á todas partes á un hombre pobre, pero gran conocedor del griego, del latin y del aleman, que no sabiendo palabra del frances, hablaba continuamente al jóven campesino en uno de estos tres idiomas: sin embargo, el latin era el preferido, porque el padre de Miguel profesaba cierta veneracion á Tácito y á Virgilio. Fácil es de conocer la idea que se proponia, que era la de familiarizar á su hijo desde su mas tierna edad en estos idiomas; llegando para lograrlo hasta el punto, de prohibir, cuando Montaigne, de edad ya de seis años volvió al castillo, que le hablase ninguno de la familia en otro idioma que el latin, para lo cual hacia aprender á los criados aquellas palabras mas necesarias, á fin de que pudiesen entenderse. De aquí resultó que hasta en las poblaciones inmediatas al castillo se latinizase mas mal que mas bien, arraigándose en los naturales algunas frases y sentencias que subsisten todavia.

En cuanto al griego, al aleman y al italiano se lo enseñaban como un juego; haciendo de esta suerte que tomase aficion á las ciencias, lo mismo que al cumplimiento de sus deberes, por su propio deseo y sin contrarestar su voluntad. Educáronlo, pues, con completa libertad, y sin que pudiera darse caso de que los estudios llegaran á molestarle. Todo lo contrario, el plan del padre de Montaigne alcanzaba bajo cierto aspecto lo ridículo, pues á fin, decia, de no lastimar el débil cerebro de su hijo, arrancándolo violentamente al sueño pesado que comunmente tienen los niños, lo despertaba con la agradable música de una guitarra, cuyos sonidos iba elevando gradualmente conforme el niño volvia de su sueño. Asi transcurrió la infancia de Montaigne entre las ilusiones de la poesía, y el positivismo de la vida en su mas desnuda realidad, pues que le fueron desconocidos mil goces de ella, á la par que gustaba de sus privaciones, contribuyendo, sin duda, esta mudanza, á crear en él ese espíritu de duda que lo

dominó andando los años.

A la edad de ocho años lo envió su padre á un colegio de Burdeos, en donde llenó de asombro á sus profesores por el conocimien-



Montaigne despertando á su hijo.

to que mostraba tener en lenguas y otros ramos de educacion. En breve se atrajo todo su afecto, á pesar de contarse entre aquellos los hombres mas sábios del pais y de su época: tales eran Nicolás Grouchy, Guillermo Guerente, Buchanan y Muret. Cuando se representaban tragedias latinas, lo cual sucedia muy á menudo, siempre se le encargaba el desempeño de los primeros papeles; y para indemnizarse en cierto modo del fastidio que le causaban las pedanterías escolásticas, segun él las llamaba, leia á hurtadillas *las Metamorfosis de Ovidio*, *el Arte de amar*, y otros libros, de los cuales si bien comprendia muy poco, tenian para él el atractivo de la novedad, y de estarle prohibida su lectura.

De esta suerte, llegó á la edad en que su padre juzgó oportuno retirarlo del colegio, y hacerlo viajar por Italia, donde conoció al duque de Mántua que era á la sazon un simple caballero, y con el que contrajo tan grande amistad, que ni el tiempo ni las grandezas pudieron entibiarla.

A su regreso de Italia contaria unos veinte y dos años, á cuya edad fue nombrado consejero, cuyas funciones desempeñó hasta la muerte de su hermano mayor. Mientras fue consejero obtuvo que las actas judiciales en la provincia de Gascuña se estendiesen en frances y no en latin, como se hacia, porque decia que era preciso que la justicia, tan embrollada por su naturaleza, hablase siquiera en lengua vulgar.

Una vez libre de su fortuna y de su tiempo, se trasladó á Paris, donde Enrique II le manifestó la mayor benevolencia, dándole en prueba de ello el cordon de San Miguel. En Paris contrajo estrecha amistad con Pasquier, de Pibrac, Paul de Foix y Miguel de L'Hopital, y particularmente con Esteban de La Beocie: ambos se estimaron antes de conocerse, y desde que se conocieron se amaron. La Beocie habia escrito en su juventud un tratado de la *servidumbre voluntaria*, y hallando Montaigne en él sentimientos análogos á los suyos, habia deseado ver á aquel amigo desconocido. Escribióle, y durante siete años sostuvieron sin conocerse una activa correspondencia. Cuando la casualidad los reunió se hicieron amigos inseparables, estableciéndose entre ambos una mancomunidad de intereses y de afecciones, que solo terminó con la muerte.

Tambien estimaron mucho á Montaigne, y le honraron con su confianza, Mad. Margarita de Francia, y Mad. Juana Fox, quienes trabajaron infinito en el matrimonio que

contrajo aquel con una señora noble y de talento, en cuya compañia vivió largos años feliz. Tuvo una hija, que el cielo le arrebató, dejando en su alma un vacío inmenso: la muerte de su padre acaecida poco despues acabó de afligirle en estremo, y por largo tiempo no se presentó en la corte, de la que se separó enteramente con motivo de la matanza de los hugonotes la noche de S. Bartolomé. Vuelto al castillo de sus antepasados, volvió á los estudios de su juventud, y entonces fue cuando escribió é imprimió la primera parte de los *Ensayos*, libro que obtuvo mucha boga. Cansado á poco de la soledad, como lo habia estado de la corte, volvió á Italia, al lado del duque de Mantua. Por este tiempo contrajo amistad con el famoso pintor Rubens, y con el cual trabajó, aunque en vano, por volver la razon y la tranquilidad al espíritu desordenado del infeliz Tasso.

Miguel Montaigne murió de edad de cincuenta y nueve años. Fue un filósofo asaz atrevido para su época, y escéptico hasta lo sumo, pero cuyo pirronismo se detuvo, sin embargo, en la duda razonable. Su filosofia no tiene nada de árida ni mezcla alguna de pedantismo. Es un hombre de mundo, que al observarse á sí mismo, y no disimulándose nada de sus observaciones, ha hecho sin pensar en ello, al parecer, un retrato sencillo y fiel de la especie humana. Sus imágenes son vivas, animadas, llenas de energía. Malebranche, Pascal y otros hombres de superior talento, han juzgado el libro de Montaigne con severidad suma, y otros como Beaumarchais y J. J. Rousseau han tomado de él muchas ideas y pensamientos. Por último, Montaigne fue uno de esos hombres raros que han reunido hasta el mas alto grado el talento de agradar y el mérito de instruir.

F. M.

LOS ANILLOS DE MADAMA DE CHATEAUBRIAND.

(1545-1572.)

I.

RAYMUNDO DE LA ROBBIA.



En frente del Louvre, cuyas magníficas columnas comenzaban los dos ilustres arquitectos, Juan Cousin y Pedro Lescot, se veia en 1545 una calle nueva llamada del Oratorio, y en medio de esta calle el caminante suspendia su paso con un vivo sentimiento de admiracion en frente de un rico y vistoso edificio. Nada tan perfecto habia concebido aun la fecunda época del renacimiento. Apenas se levantaba el noble palacio de Chambort, Fontainebleau estaba aun en proyecto, y las nayades cinceladas por Juan Joujon para la fuente de los Inocentes habian de ver la luz mas tarde. De todos estos prodigios trazados ya en las cabezas de los grandes artistas, el pequeño palacio de la calle del Oratorio era la única realidad.

Las esculturas esteriores de esta fábrica, delicadas como el mas fino encage, parecian obra de hadas.

A pesar de todos los adornos, el aspecto del edificio no dejaba de llenar el alma de una vaga tristeza: la yerba crecia en los patios, y de treinta ventanas, que eran como los ojos del palacio, solo algunas esta-

ban abiertas. Sobre la última gradería esterior de mármol de vena rosada, dos magníficos lebreles blancos estaban melancolicamente recostados, replegando sus colas largas alrededor de sus collares, matizados de flores de lis de oro.

¿De dónde procedia tanta inquietud en un lugar que resonaba pocos dias antes con el galope y relinche de los corceles? ¿Habia acaso huido el alma que repartia la vida en ese vasto cuerpo de piedra? ¿Madama Francisca Odeta de Foix, vizcondesa de Chateaubriand, habia muerto? Nada de eso; pero los criados de este lugar parecian tambien sumidos en la afliccion mas profunda.

Esta señora, hermosa y afable, *honesta dama muy favorecida del Rey* (segun dice Brantome) acababa de ser retirada de su gracia por el mismo Rey; ocupando su lugar y ternura en el corazon de Francisco I madama Ana Pisseleu, duquesa de Etampes. Para la favorita abandonada comenzaba entonces una existencia enteramente claustral, y las fiestas se habian convertido en luto.

En el primer piso del palacio, en un retrete abundante de perfumes, y mueblado con prodigalidad régia, la reclusa vestida de un manto negro y con los cabellos realzados en lo mas elevado de la cabeza, estaba sentada sobre un gran sillon.

Delante de ella en un asiento del mismo estilo habia un hombre, jóven aun, pero cuyo trage estraño denotaba uno de los mil magos que los Médicis atraian entonces á la corte de Florencia, y que se repartian por toda Europa para anunciar la buena ventura, y volver cargados de riquezas. Cubierto de un manto de color oscuro y de un largo gorro negro adornado de dos campanillas sonoras, Raymundo de la Robbia, nigromante de primera clase, se habia presentado por las repetidas instancias de madama de Chateaubriand, para averiguar los destinos de la hermosa, y leerlos en su mano blanca que ella le alargaba.

Habiendo el adivino inspeccionado con un lente todas las líneas y pliegues, guardó un profundo silencio, como para meditar sus ideas.

—No me oculteis nada, maestro Raymundo, decia la vizcondesa: exijo que me mostreis la verdad, como yo os enseño mi mano, esto es, enteramente desnuda.

—Tranquilizaos, noble señora: el arte que profeso me ha impuesto la ley de revelarlo todo con entera franqueza.

—Decid, pues, hombre sabio. ¿Piensa aun en mí el Rey?

—Siempre piensa, señora.

—¿Piensa en bien, ó en mal?

—En bien y en mal.

—¿Qué quiere decir eso?

—Quiere decir, que cuando el Rey está solo tiene de vos dulces recuerdos, pero cuando cae en poder de una muger estremadamente bella.....

—¿Quereis decir la duquesa de Etampes?

—Esa misma. Cuando la tal señora está en su presencia, logra con sus pláticas que los recuerdos del Rey sean amargos.....

—Razon teneis, Raymundo: esa muger es mi mal genio, el demonio que ha enviado el infierno para atormentarme. Mas, á qué fin quejarse? Dejemos que sigan las cosas el curso que les marcó el destino. En este momento, en qué piensa el Rey?

El adivino bajó los ojos y nada respondió; de manera que la vizcondesa tuvo que reiterar su pregunta.

—Nada decis, Raymundo, esclamó la bella. El Rey está de vuelta de la caza de Fontainebleau; yo sé que está en el Louvre, retirado..... tal vez solo..... ¿Está solo?

—No.

—¿Quién le acompaña?

—Tal vez lo habreis adivinado.

—¡Siempre madama de Etampes!..... ¡Virgen de los Dolores, compadeceos de mi!

—¿En qué piensa el uno y la otra?

—En una cosa que os pertenece.

—¿Cual puede ser?

—No os alarmeis; os lo pido encarecidamente; todo ha de resultar en vuestro favor: se trata de un regalo que va á reclamaros el Rey Francisco á instancias de la favorita.

—¿Un regalo?

—Sí, una ó dos bagatelas; aun no sé bien de qué se trata. Segun lo que puedo comprender versa la cuestion sobre unas adorables miserias.

—¿Y qué conviene hacer? ¿Qué conducta seguir?

—Obrareis con mucha reserva, y debeis hasta nueva órden negaros á dar lo que exijan de vos.

—Ya veis que los mandatos del Monarca no pueden ser desobedecidos.

—En estas circunstancias solo puede el

Rey suplicar, mas no obligaros á obedecer ciegamente á su capricho.

—¿Creeis que se ha de presentar alguno en este sitio?

—Lo afirmo, señora; estad preparada, porque no puede tardar mucho.

II.

EL MENSAGE.

Apenas habia hablado el mago de este modo, cuando las puertas del palacio se abrieron de par en par con grande estrépito de hombres y caballos. En el mismo momento un brillante caballero seguido de numerosa cabalgata penetraba en el patio.

—Regina, esclamó la vizcondesa conmovida: ¿quién es el que llega con tanto aparato?

La camarera acudió y dijo:

—Acabo de ver al gefe de la escuadra, el señor de Pardaillan, gentil-hombre de la casa real. Viene con un mensage, y desea hablaros.

—Preséntamelo, Regina.

Al dar semejante disposicion madama de Chateaubriand, atendiendo á conservar su sangre fria, procuraba que el nigromante se ocultase detras de un grande espejo de Venecia y una espesa cortina de Flandes.

Un instante despues el pavimento de la antecámara resonaba con los golpes de una bota con espuela: el cortinage de terciopelo carmesí que cerraba la entrada del retrete se levantó discretamente, y Pardaillan, saludando con esmerada veneracion, puso una carta en manos de la bella reclusa.

—De parte de S. M., señora.

En un segundo hizo saltar madama de Chateaubriand la cubierta de la misiva, y leyó en alta voz lo siguiente:

«Señora vizcondesa.

«El mas afectuoso y humilde de vues«tros servidores, el Rey de Francia, os su«plica le otorgueis un favor.

«En tiempos pasados os ofreció un pre«sente, que tal vez hoy os causará pena de«volver.»

—¿Acaso será ese cuadro? dijo la hermosa abandonada, señalando con el dedo el retrato del Rey, pintado por Leonardo de Vinci.

—Continuad leyendo; respondió Pardaillan con afectada gravedad.

Madama continuó así:

«Solo se trata de una bagatela, á saber, «de tres anillos que hace un año.....

—¡Ah! esos tres anillos, ¡una bagatela! esclamó la vizcondesa, interrumpiendo la lectura: seguramente el Rey padece equivocacion. Aunque son pequeños los anillos, valen un tesoro.....

—Tened la bondad de continuar, dijo Pardaillan.

Odeta continuó con voz trémula:

«Si el Rey llega á ese estremo, creed, «señora, que no es por el precio ni por el «valor de esas bugerías, sino por amor de «las bellas divisas que están grabadas en los «engastes, y que se dignó componer la Rey«na de Navarra, su augusta hermana."

Francisco.

—Ya veis, señora, de lo que se trata, añadió entonces el mensagero. Estoy á vuestras órdenes, y tomaré los tres anillos, cuando lo juzgueis conveniente.

Escuchando estas palabras Mad. de Chateaubriand temblaba como la hoja agitada por los vientos de otoño. En su irresolucion puso sus ojos en el cortinage de muselina de Flandes, y vislumbró á Raymundo de la Robbia, que en voz baja le dijo estas dos palabras:

—No consintais, señora.

Este consejo le restituyó su perdido valor.

—Señor de Pardaillan, dijo en seguida al gentil-hombre, pongo á Dios por testigo de que nada es mas sagrado para mi corazon, como una súplica del Rey, pero aunque haga el mayor esfuerzo, me será imposible obedecer ahora. La gabeta en que cerré los tres anillos está en el palacio que el Rey mandó construir en el Bourbonnais para mí, y se necesitan cinco dias para desempeñar la diligencia de buscarlos. Si al fin de este tiempo S. M. insiste, podrá cumplirse su deseo.

El enviado del Louvre no replicó cosa alguna: saludó profundamente y se retiró con la cabalgata que le acompañaba.

—¿Qué pensais hacer, señora? preguntó Raymundo, saliendo de su escondite: segun yo creo los tres anillos no están en vuestro palacio de Bourbonnais. Si es necesario, yo diré en qué sitio de este gabinete pueden encontrarse. ¿Qué proyecto es el vuestro, fijando al Rey los cinco dias?

—Vendreis el viérnes próximo al mismo tiempo que Pardaillan, y lo vereis.

III.

EL HOMBRE DE LA MÁSCARA NEGRA.

Al brillar la luz del dia fijado por la vizcondesa, el palacio de la calle del Oratorio parecia haber vuelto á su antiguo esplendor, porque reinaban en él la vida y el movimiento de los tiempos pasados. A cada lado de la gran puerta se mantenia de pie un criado con la rica y poética librea de la casa de Foix, y un poco distante de estos centinelas un page italiano que empuñaba una trompeta de marfil ocupaba las gradas, sin duda para dar aviso por medio de sus sonidos, de lo que iba á pasar en semejante sitio.

Al subir las gradas de mármol de la escalera se puede ver la misma animacion en todos los lugares del edificio. Pasillos y corredores se ven ocupados de domésticos que van y vienen.

Un hombre con un trage estraño llama de repente á una puerta: es Raymundo: Mad. de Chateaubriand le sale al encuentro.

A la vista de esta muger, jóven aun y hermosa, no pudo reprimir el adivino un movimiento de admiracion. Jamas habia visto á la favorita tan encantadora, ni aun en las grandes fiestas del palacio de Rambouillet.

El arte de la coquetería que las mugeres de la dulce época del renacimiento poseian en suma perfeccion, sobresalia en mil pequeños prodigios de su tocado, en su pequeño pie de hada, en su peinado y magníficos cabellos blondos, enlazados con las hojas de una pequeña diadema de oro y diamantes, antiguo regalo del Rey.

—¡Con que sois vos por fin! dijo la hermosa abandonada, contemplando al mago.

—Asi os lo prometí, señora; nada del mundo pudiera servir de obstáculo para el cumplimiento de mi palabra.

Diciendo estas palabras Raymundo de la Robbia miró en torno, y dejó escapar una señal de sorpresa.

—Adivino vuestra admiracion, repuso la vizcondesa: no podeis comprender cómo este retrete ha sido convertido en una oficina de platería, pero no tardareis en averiguar la causa de esta mudanza, y lo que es mas, en ayudar los esfuerzos de la operaria.

—¿Qué quereis decir, señora?

—Para dar principio, poned con esta pala un poco de carbon en esa estufilla.

—Pero.....

—Trabajad: ya lo comprendereis despues.

—Ya está puesto el carbon.

—Muy bien: ahora tomad ese fuelle, y agitadlo, hasta que el pequeño hogar se convierta en horno; calentad esa retorta de bronce cuanto podais.

—Vais á ser obedecida.

—Mas aprisa, mas, que el tiempo urge..... ¿No habeis oido nada?

—Un sonido.

—Pues ha llegado el momento: el page ha obedecido mis mandatos, y toca la trompeta. Redoblad vuestros esfuerzos, hombre sabio; apresuraos mas y mas: es preciso que no nos encuentren desprevenidos.

En este momento llamaron con direccion á la puerta.

—Señora, dijo la camarera, dirigiéndose á la vizcondesa, en la antecámara hay un mensagero, un enviado del Louvre.

—El señor de Pardaillan sin duda.

—No señora, un desconocido.

—¿Cuál es su porte?

—Va vestido magníficamente y me ha sido imposible distinguir su semblante, porque lo lleva cubierto de una máscara de terciopelo negro de Venecia.

—¡Máscara de terciopelo! ¿Si fuese!..... No, no: yo deliro..... No importa: que pase adelante.

Un momento despues se oyó un pequeño ruido: madama de Chateaubriand y el adivino vieron entrar un caballero vestido con elegancia, con un porte y talle de los mas nobles; pero como la camarera lo habia anunciado, disfrazaba su rostro con una mascarilla de terciopelo, que desde la frente bajaba hasta la boca. Una doble abertura practicada delante de los ojos daba testimonio de la vida que animaba su faz.

Inclinándose el recien llegadocon cortesanía, sacó de su seno un mensage, como lo habia practicado dias antes Pardaillan, y lo entregó á la dama á quien acababa de saludar.

—Leed, dijo con sequedad.

Al sonido de esta voz, un estremecimiento casi invisible recorrió el hermoso cuerpo de la ex-favorita; pero reponiéndose con prontitud dijo:

Este papel debe ser inútil: es de creer que hoy, lo mismo que la semana pasada, me pide el Rey las joyas que me regaló en otro tiempo.

—No solamente vuelve á pedir, añadió el hombre de la máscara, los anillos, sino que ordena espresamente que me sean entregados.

—Van á ser obedecidas las órdenes de S. M., replicó la vizcondesa friamente. Volviéndose á Raymundo de la Robbia, que no habia cesado de avivar con el soplo del fuelle los carbones encendidos, corrió hácia una mesa que tenia un cofrecito medio abierto, y tomó arrebatadamente un puñado de joyas, y abriendo la mano encima de la retorta candente con el fuego, dejó caer todo el botin en el crisol. Inmediatamente se oyó un estallido sordo: el oro labrado se contraia, y toda aquella admirable orfebrería, cuyas manos habian costado tesoros, se convirtió en una barra.

—¿Qué es eso? gritó el mensagero..... ¡una barra!.....

—No es otra cosa que una barra, contestó madama de Chateaubriand llena de orgullo. El Rey me habia regalado oro, y se lo vuelvo: nada le queda que pedir.

Un ligero murmullo se dejó oir en los labios invisibles del desconocido, y al mismo tiempo se levantó la máscara.

¿Habeis visto en una tarde de primavera una flor cortada de su tallo, fresca, abierta, brillante con las gotas de rocío, que aplicada á la llama de una bugía, con el contacto del fuego arruga y marchita sus pétalos delicados y finos, y los átomos de su colorido?

Asi se descompuso la figura pensativa y hermosa de la vizcondesa, al contemplar aquel rostro descubierto, que le era bien conocido.

¡Su magestad!

Cayó de rodillas, con las manos juntas y el corazon desfallecido: el óvalo de su rostro palideció de temor: despues cuando Raymundo se esforzaba en levantarla, el Rey de Francia (pues era él mismo en persona) bajándose con un movimiento de cólera mal contenida arrancó de su divina cabellera la diadema de oro y diamantes que le habia regalado en otro tiempo, y arrojándola con fuerza contra la pared, la convirtió en mil pedazos al caer sobre el pavimento.

—Asi como vos, señora, habeis destruido esas preciosas divisas, destruyo yo esa diadema que sois indigna de llevar en adelante, dijo el Rey. Por lo que pertenece á esa barra de oro, guardadla; yo no debia haber pagado jamas vuestra ternura sino con esa moneda.

Aturdida y moribunda de espanto no tenia la hermosa fuerza para responder, é indignado el adivino de tan grave insulto, protestó en su nombre.

—Señor, dijo, el que os ultraja merece la muerte, porque asi lo manda una ley, pero aquel que insulta á una muger que está de rodillas, merece la muerte para sí y para los suyos. Tal será, pues, vuestra suerte: vuestra sangre y la de los vuestros será el precio de este ultrage.

Francisco I cuidadoso sin duda de lo que podia suceder en semejante trance, se puso su máscara y tomó la direccion de la calle, en donde le esperaban tres oficiales de su séquito.

IV.

EL 24 DE AGOSTO.

Sobre esta escena y sobre todo el mundo habian pasado 25 años. La infeliz Odeta habia muerto santamente perdonada y amada de todos los de su familia. Dos Reyes se habian sucedido en el trono de Francia; Enrique II, hijo del ilustre vencido de Pavía, y Francisco II, desdichado esposo de María Estuarda, esposa mas desgraciada todavia. Otro monarca, jóven tambien, pero terrible, tenia en su mano el cetro de oro, que iba á cambiar dentro de pocos dias en la escopeta matadora. Cárlos IX, queriendo humillar el poder alarmante de los hugonotes, estaba cercano á inaugurar la fatal noche del 24 de Agosto, hora sangrienta de la matanza de S. Bartolomé.

En esta misma noche una señora de edad, y que segun su trage severo parecia ama de gobierno, se acercaba en un salon amueblado con esplendidez, á un jóven caballero que acababa de ataviarse. Este jóven, que habitaba una soberbia casa de las cercanías del Louvre, y que tenia en su rostro un destello de la magestad real, hubiese sido reconocido por una mirada inteligente, como uno de los numerosos hijos que Francisco I habia querido dotar antes de morir.

—Si me quereis creer, Roberto, dijo de repente la respetable ama acercándose al jóven y mirándole con ternura; si me quereis creer, no salgais esta noche: no sé que fatal presentimiento me atormenta: se habla en voz baja de proyectos siniestros. Todo, querido mio, me aconseja que no salgais.

—¡Sermon perdido, buena Gertrudis! replicó el jóven. Vos habeis estado en la edad de 20 años y sabeis como habla entonces el amor al corazon. Felicina me espera esta noche en la plaza real; he de ir pues por precision, aunque llueva viejas. Vamos, vamos... la capa.

—No, Roberto, ni vuestra capa, ni cosa alguna; quedáos á mi lado. Otra noche..... mañana.....

—¡Mi capa, os repito, y mi espada!.....

La muger anciana se erizó al oir este grito, como una cotorra mohina.

—¡Bien! replicó ella: tomadlo como querais, mi señor, pero el cerrojo está puesto en la puerta, y la llave ha sido arrojada á la calle: no saldreis.

—¡Pobre loca!

Esto fue todo lo que respondió el jóven Roberto de Etampes. Tomó en seguida su manto de tafetan doble, y la espada de puño dorado que no habia querido darle Gertrudis, y de un salto, mas ligero que un pájaro y mas ágil que un gamo, salió por una ventana á la calle.

—Hasta mañana, Gertrudis, dijo desde la calle.

La pobre anciana temblando como la hoja del árbol, se habia puesto de rodillas, y hacia oracion por él.

¡Ah! no era el suyo un temor supérfluo. París estaba en conmocion. Las campanas de S German anunciaban la muerte de los calvinistas, y el asesinato estaba emboscado en todas las esquinas.

Sabido es que penetró en la calle del Oratorio el grupo conducido por el marqués de Tavanes.

—¡Mata! ¡mata! ¡Sangre y fuego! gritaba el marqués.

—No puedo matar, señor, dijo uno de los hombres, mi espada se ha hecho pedazos á fuerza de golpes.

—Entra dentro de esa casa y busca armas.

—No puedo jugar mi arcabuz porque me falta plomo.

—Sube á ese palacio y arranca aunque sean los goznes de la puerta.

El que recibia esta órden entró en el palacio seguido de algunos de los suyos.....

Los lectores conocen ya el edificio: era la residencia de madama de Chateaubriand, muda, desierta y triste, despues de la muerte de la encantadora vizcondesa. Solamente, segun la costumbre de algunas familias nobles, el aposento en que habia habitado con especialidad la antigua favorita, habia quedado en el mismo estado, con los mismos muebles y obgetos preciosos en las repisas, y el mismo desórden en toda la estancia...

Entró el grupo de hombres guiado por la luz vacilante y dudosa de una antorcha de leño resinoso.

—¿Qué hay que tomar? gritó uno: ¿plomo ó hierro?

—Ni plomo ni hierro: todo son bugerías de mugeres.

—Todo es bueno para combatir en nombre de Dios. ¡Que sea el oro mismo como arma terrible!

El que pronunciaba estas palabras tenia al mismo tiempo puesta la mano en un obgeto redondo y pesado.

—¡Ah! esclamó: escelente serás para mi arcabúz. Despues se asomó á la ventana.

—Al primero que pase.....

—Allá va uno. ¡Cuidado con nosotros!

—Detente, amigo mio, gritó el que llevaba la antorcha: no dispares que es uno de los nuestros.

—¡Ah zopenco! Ya has hablado tarde.

Nada era mas exacto. Un nuevo asesinato habia teñido de sangre el suelo que estaba enfrente del Louvre. Bajó el que llevaba la antorcha, y registrando el cadáver todo cubierto de terciopelo, tocó en el suelo una cosa aguda como una piedra.

—Ya te lo habia dicho: es uno de los nuestros.

—¿Sabes su nombre?

—Tiene un nombre ilustre.

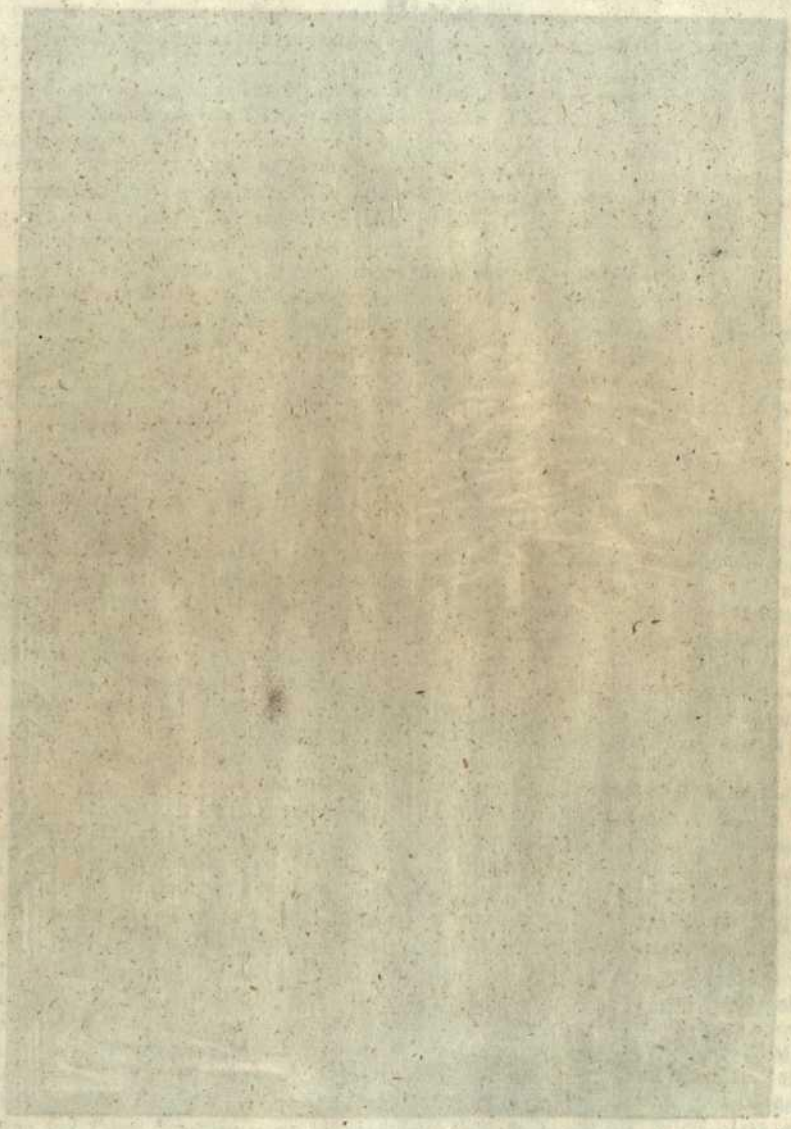
—¿Cuál es?

—El marqués Roberto, hijo del Rey Francisco y de madama de Etampes.

Asi se cumplió la profecía fatal de Raymundo de la Robbia:

«Vuestra sangre y la de los vuestros será el precio de este ultrage.»

D. M.





Casa de Ayuntamiento de Bruselas.

Viajes.

BRUSELAS.



La ciudad de Bruselas, que en lo antiguo llamose *Brosella* ó *Brusella*, debe su origen á San Gevi, Obispo de Cambrai y de Arras, á principios del siglo VII. Habiendo construido este santo prelado una capilla en una pequeña isla formada por el Senne, la amenidad del sitio atrajo muchos habitantes de sus alrededores, quienes habiéndose fijado en este parage dieron principio á una ciudad, que con el tiempo ha llegado á ser de grande importancia. Tuvo en ella su corte el Emperador Oton II, y Cárlos duque de Lorena mandó edificar en la misma un suntuoso palacio. En 1044 cuando era ya bastante populosa, fue rodeada de muros por Lamberto Balderio, y en 1357, se ensanchó su recinto, y se construyó un parapeto muy elevado. Fue residencia de los duques de Brabante, y sucesivamente de los gobernadores austriacos.

Los horrores de la guerra han pesado mas de una vez sobre Bruselas, que ha contado varios dueños, á efecto de aquella; los franceses particularmente la han dominado en diferentes ocasiones. Bombardeáronla en 1695, y en veinte y cuatro horas que duró el fuego ardieron mas de 4,000 casas. Despues de la batalla de Ramillies, en 1706, Marlborough se hizo dueño de ella. El elector de Baviera la atacó infructuosamente en 1708, y en 1746, la tomaron los franceses mandados por el mariscal de Sajonia, y la retuvieron hasta la paz de Aix-la-Chapelle.

Despues de la batalla de Jemmapes en 1792 la volvieron á ocupar los franceses, y no la evacuaron hasta despues del combate de Lovayna. En 1794 se apoderaron otra vez de ella, y la retuvieron hasta 1814: hiciéronla capital del departamento del Dyle.

Sobre su pertenencia al dominio de España, desde tiempo del Emperador Cárlos V, y aun algo antes cuando Felipe I de Austria casó con la Reyna de Castilla doña Juana, hasta el reynado de Felipe V, suscitáronse grandes cuestiones, y nacieron dificultades sumas, siendo notorio el celo con que los monarcas católicos de España, se resistieron á transigir con el crímen y la heregía.

Esta ciudad es muy considerable por su comercio é industria, y como capital del Reyno de Bélgica. En ella reside la corte, y demas tribunales superiores. La circunferencia de la ciudad es de dos leguas: sus antiguas fortificaciones fueron mandadas demoler por José II, y en el lugar que ocupaban aquellas se ven en el dia hermosas alamedas, que mandó plantar aquel monarca. Muchas de sus calles son escarpadas, y entre ellas hay diez que llevan el nombre de *montañas*. La parte baja de la ciudad es irregular y enfermiza. La antigua arquitectura de algunos de sus edificios participa del gusto gótico y del morisco, y forma un contraste muy singular con los edificios modernos de los demas barrios. El mas hermoso de entre ellos está contiguo al parque, sus calles son anchas y rectas, y las casas altas y construidas con su-

ma elegancia. Entre sus plazas la Real es la mas hermosa, y está rodeada de ocho magníficos cuerpos de edificios, en medio de los cuales se distingue la grandiosa iglesia de Santiago de Cudemberg, que está rodeada de pórticos por los cuatro ángulos. La plaza mayor en donde por órden del duque de Alba fueron decapitados los condes de Horn y de Edmont, está igualmente circuida de hermosas casas de arquitectura gótica; y en ella se ve el palacio Real. La casa consistorial tiene una torre de 440 pies de elevacion coronada con la estátua colosal de S. Miguel, fundida en bronce, que tiene veinte pies de alto, y gira sobre su ege. El patio está adornado con dos hermosas fuentes, simbolizadas con un genio de las aguas, esculpido en marmol blanco. Lo que mas llama la atencion de los extrangeros, sobre todo de los españoles que visitan este edificio es la *Sala gótica*, en donde el Emperador Cárlos V abdicó en 1555 la corona que habia ceñido sus sienes por espacio de 40 años, é hizo cesion de sus estados á su hijo Felipe II. La gran plaza del Sablon tiene una magnífica fuente con un grupo de marmol blanco que representa á Minerva. La hermosa plaza de San Miguel, plantada de árboles, está circuida de edificios de elegante y uniforme arquitectura, acompañados de columnas de órden dórico. En la plaza de la Moneda se halla la casa de dicho nombre el gran teatro Real, y el mercado de los cereales rodeado de hermosos edificios. La plaza de los Mártires es pequeña pero muy linda. Esteriormente está cerrada por cuatro palacios de construccion sencilla, y el esterior forma un cuadro de sarcófagos, donde estan depositados los restos mortales de 500 víctimas de la revolucion de Setiembre de 1830 que dió la libertad á la Bélgica, y la hizo nacion independiente. En medio del cuadro se levanta un monumento, en cuyos cuatro ángulos hay cuatro estátuas de mármol blanco que representan la Guerra, el Dolor, la Victoria y la Libertad. En su parte superior se vè un genio que anota en el libro de la historia los dias 23, 24, 25 y 26 de dicho mes de Setiembre. La mayor parte de las fuentes públicas están casi todas revestidas de entalles, y entre ellas sobresalen la antigua fuente de Mannekenpis, cuya estátua de bronce vestida de un ropage azul, lleva el nombre del ciudadano mas antiguo de Bruselas, y la de Steen-Porte cuyos cuatro frentes estan cubiertos de preciosos bajos relieves.

El parque, adornado de estátuas de mármol, se conceptúa uno de los mas hermosos de Europa. Los otros edificios que mas llaman la atencion son: la nueva casa de la audiencia, el nuevo teatro, la sala de los estados generales, obra maestra del arte, el palacio Real, el del príncipe de Orange, y el de los representantes de la nacion, la iglesia de Sainte Gudule, la de Ntra. Sra, la de S. Juan Bautista, el Beaterio, la de S. Nicolás, y la de S. Agustin, cuya fachada es magnífica.

Hay en esta ciudad gran número de establecimientos de beneficencia. Tambien tiene academias de ciencias y bellas letras, un colegio con el nombre de Ateneo, varias sociedades para el fomento de las ciencias y de las artes, una academia Real de pintura, escultura y arquitectura, otra de dibujo; una sociedad de estímulo para las bellas artes; un museo que contiene una rica biblioteca y un gabinete de física, un jardin botánico, academias de música y de baile, baños públicos y varios sitios de diversion. El canal que comunica por el Rupel con el Escalda tiene cuatro diques para las embarcaciones, los cuales se comunican entre sí, y estan rodeados de muelles, muy cómodos. La parte de la ciudad en dónde están situados se llama la Ribera. La alameda Verde, que es un paseo muy ameno, se prolonga á lo largo del canal hasta el puente de Laeken, en un espacio de media legua.

La industria de esta ciudad es muy floreciente. Tiene fábricas de todas clases de tejidos de sederia, laneria é hilo, y demas ramos de industria: hay muchos molinos de papel, imprentas y fundicion de caracteres.

Su cervecerias son muy celebradas en todos los Paises Bajos, y tambien sus coches, que son de una elegancia estremada. Hace un considerable comercio no solo con el interior sino tambien con el estrangero.

Bruselas es patria de muchos hombres célebres, entre los que se cuentan Andrés Vesal, anatómico y médico de Cárlos V; Van-Helmont, Jausens y los dos Campaigne, pintores; Bochius, poeta latino; Feller, biógrafo, historiador, geógrafo y teólogo, &c.

F. M.

AMOR DESPUES DE LA MUERTE.

TRADICION NORUEGA.



I.

Cerca de la aldea de Quam, en ese risueño y pintoresco valle de la Noruega que se conoce con el nombre de Gudbrandidal, y al pie de la larga cordillera de montañas que domina el curso del Laugen, se vé una piedra sepulcral, que debe ser muy antigua á juzgar por su color oscuro, por las grietas de que está llena y porque parece hallarse incrustada en la tierra. Separando las ramas de los arbustos que la ocultan á la vista, y las pequeñas yerbas que la cubren casi totalmente, se distinguen sobre esta piedra dos cruces groseramente talladas á los dos lados, dos letras iniciales, una L. y una E., y estas tres palabras grabadas encima de las dos letras: *Kierlighed efter Dœden.* (Amor despues de la muerte.)

Mostrando á los viageros el antiguo monumento fúnebre de Quam, las personas ancianas de la aldea refieren la siguiente singular historia.

Habia en otro tiempo en este distrito dos *jarls* (magnates) poderosos, cuyas funestas disensiones han afligido por largo tiempo el pais sometido á su dominio. Uno de ellos ocupaba la rivera derecha, otro la rivera izquierda del Lougen. Una íntima y estrecha amistad los habia unido en su juventud. En las guerras de Dinamarca contra Suecia, habian arrostrado los mismos peligros en el campo de batalla, y adquirido igual renombre de valientes. Alguna diferencia de situacion en el elegante mundo de Copenhague habia venido á turbar sus antiguas relaciones. Una rivalidad de amor profunda, continuada, perseverante, habia comunicado á su corazon una irritacion notable. De vuelta á Noruega, la proximidad de sus propiedades, las contestaciones que continuamente tenian lugar entre ellos á consecuencia de aquella proximidad, ya por el límite de su campo, ya por la supremacia de un derecho hereditario, habian desarrollado poco á poco, y arraigado en su espíritu uno de esos ódios implacables, ardientes, de esos ódios que cualquiera circunstancia inflaman como una hoguera á quien el viento sopla; de esos ódios que corroen las fibras delicadas del alma como una gangrena cuyos progresos nadie puede detener, y que se trasmiten en herencia de una generacion á otra como una enfermedad mortal.

Desde la cima de las escarpadas rocas donde se elevaban las torres de sus castillos feudales, los dos *jarls* se acechaban como dos aves de rapiña prontas á lanzarse una sobre otra á la menor ocasion, y aguzaban sus garras y sus picos para desgarrarse. Los habitantes de sus dominios, los criados de sus castillos aumentaban, unas veces sin quererlo y otras con una intencion hostil, aquellas fatales disposiciones. Ya era un pescador de Quam ó de Hundtorp que yendo á tender sus redes sobre las aguas del Lougen, habia sido sorprendido y maltratado por los pescadores del otro Clom. Ya era un pastor que habia puesto en huida y dispersado por los bosques al tímido rebaño de otro pastor. Ya era, en fin,

un cazador á quien se detenia en medio de la selva, despojándole de su caza. Cada uno de estos individuos asi ofendido y ultrajado, iba inmediatamente á referir el hecho á su señor. La cólera mas violenta agitaba á éste al oir semejantes narraciones, y luego tenian lugar las mas inflexibles represalias.

El Sr. de Quam era, sin embargo, un hombre de un carácter dulce y generoso. Muchas veces habia deplorado estas funestas divisiones. Hubiera querido que se terminasen, concluyendo un tratado de paz, para vivir como en otro tiempo en buena armonía con su antiguo compañero de armas. En algunas ocasiones habia tenido la esperanza de realizar esta dichosa conciliacion: por eso recomendaba á sus gentes que obrasen con calma y con moderacion, y como era querido y venerado de todos los que le rodeaban, habia fácilmente apaciguado su encono y vencido sus resoluciones; pero se olvidada que de todas las causas de ódio que pueden existir en el corazon del hombre, las heridas hechas al amor propio son las mas graves y las mas incurables. Habia humillado, abatido el orgullo del señor de Hundtorp, por prerogativas superiores de su nacimiento. Descendia en línea directa de Harald el de los hermosos cabellos, el antiguo, el supremo dominador de la Noruega, al paso que su vecino no era mas que el descendiente de un *jarls*, en otro tiempo bastante oscuro del distrito de Drontheim. Le habia humillado por las atenciones que sus maneras distinguidas le habian procurade en el mundo, y por el afecto especial que el Rey le manifestaba. En fin, habia destruido sus pretensiones desposándose con ja noble y jóven dama cuya mano habia inútilmente solicitado largo tiempo el señor de Hundtorp.

Mas tarde se casó éste tambien, pero ni las ventajas que le presentaba una rica alianza, ni las dulces cualidades de la que consintió en unir su suerte á la suya, pudieron amortiguar en su altivo corazon la vergüenza que le causaba la fortuna de su rival. Su esposa, por otra parte, no tenia ningun título de nobleza. Era simplemente la hija de un mercader de Bergen, buena y modesta, sencilla y compasiva, pero sin talento y sin distincion. Cuando veia pasar á su vecino con su jóven y noble esposa, tan bella, tan elegante, esperimentaba una especie de rabia convulsiva, y mas de una vez en alguno de los arrebatos de su furor, llevó la mano á su arcabuz para hundir en el polvo á aquella pareja dichosa, cuyo risueño aspecto era para él como un insulto perpétuo.

Por una singular fatalidad tuvieron cada uno un hijo único, y los dos niños crecieron con los sentimientos de ódio que á cada instante estallaban en derredor de su cuna. En ellos se fue reflejando el carácter distintivo de sus padres.

A los diez y ocho años, Olat de Hundtorp era el hombre mas temido que existia en el distrito. Montaba á caballo desde por la mañana, y con la daga á un lado y el arcabuz al hombre, marchaba por los montes y por los valles en busca de los animales feroces y ¡desgraciado del pobre paisano que se encontraba al paso del impetuoso jóven! Olat no dejaba nunca de darle algunos latigazos y una cohorte de malas cabezas que, ordinariamente le seguian en sus escursiones, se creia obligada á imitarle. Si un carretero marchaba al lado de su caballo, ó un leñador agobiado bajo el peso de su carga, la alegre cuadrilla recibia un placer volcando el carro y echando la leña por tierra.

Por eso, luego que veian venir de lejos al jóven *jarls* de Hundtorp, hombres y mugeres todos huian de él, y sino podian evitar su presencia, le saludaban con las mayores muestras de respeto, que le daban una alta idea de su importancia. Por la tarde se sentaba con sus compañeros al lado de una mesa llena de frascos de aguardiente y de jarros de cerveza. Cada uno entonces referia, como otras tantas hazañas, las calaveradas hechas en todo el dia, y estas relaciones iban seguidas de alegres aclamaciones y de báquicos cantares, cuya salvage armonia llevaba la turbacion y el espanto al corazon de los pacíficos habitantes de las aldeas.

Eric de Quam era de un carácter dulce y grave. Su padre habia cuidado de desarrollar en él á la vez sus facultades intelectuales y sus fuerzas físicas. Su madre que habia recibido una educacion no muy comun en aquella época, le enseñaba por sí misma el aleman y el frances, y le hacia leer muchas y muy buenas obras de historia y de literatura que habia llevado de Copenhague. Eric era apasionado por las novelas y libros de caballería, y por las leyendas que en su tiempo llamaban á la vez la atencion

de las personas notables y distinguidas, y de la generalidad del pueblo.

Muchas veces se le veia andar por las colinas con su arcabuz á la espalda y su cacerina á la cintura; pero en lugar de perseguir á algun inocente habitante de los bosques, se detenia al pie de un sauce, sacaba un libro del bolsillo, y se ponia á leer, si no se entregaba á sus meditaciones. Si al paso encontraba algun pobre paisano, se llegaba á él con afabilidad, se informaba del estado de su familia y del producto de su trabajo, y muchas veces le daba algun socorro. Pocos dias pasaban sin que fuese en auxilio de algun desgraciado, sin que se atragese alguna bendicion. Era sin duda un hermoso y noble jóven, de ojos azules, de cabellos rubios; pero su fisonomía revelaba una singular espresion de tristeza, y las buenas gentes con las cuales se mostraba tan bueno y tan caritativo, se preguntaban muchas veces con sentimiento, por qué no le veian reir casi nunca.

Su intrépido vecino Olat habia adquirido en todo el pais una gran reputacion de valiente. Se le habia visto lanzarse sin temor á la cima de los picos mas escarpados, desafiar osadamente al oso en su albergue, y arrostrar la rabia de los lobos en los abetos. En una comarca como la Noruega, donde el pueblo ha conservado las tradiciones de los valientes Wikings, y de los feroces Berserkirs y donde todos conservan una especie de veneracion hereditaria por la fuerza física, ese atrevimiento de Olat excitaba la instintiva admiracion de los paisanos, y ocultaba muchas veces su brutalidad con cierta especie de prestigio. Sin embargo, bajo esterioridades mas tranquilas y con la apariencia de una organizacion mas frágil, Eric ocultaba un generoso valor, y suplia al vigor del cuerpo su destreza y agilidad.

Los dos jóvenes se habian encontrado en un gran banquete, en casa de un jarl de las inmediaciones, donde segun la antigua costumbre de Noruega, la comida terminaba con diversas luchas en campo abierto. Inflamado Olat por la bebida, y movido desde luego por el odio ardiente que habia heredado de su padre, habia provocado á Eric.

Ambos, bajándose la ropa hasta la cintura, se habian abalanzando el uno sobre el otro á la vista de los convidados reunidos, formando círculo para verlos. Olat era evidentemente mas robusto y mas fuerte que su antagonista; pero este tenia en todos sus movimientos tal ligereza y prontitud que maravillaban. La lucha duró largo tiempo, y los espectadores la observaban con ansiedad, los unos haciendo votos por el jarl de Quam, los otros por el de Hundtorp. No era ya una de esas justas ordinarias, reducida á un mero simulacro, sino un combate obstinado, en que por ambas partes se manifestaba una antigua enemistad. Brillaban de cólera las miradas de Olat; las de Eric eran menos ardientes, pero no era dificil el observar en ellas cierta animacion desusada. El uno era impetuoso, pero algunas veces su misma impetuosidad inutilizaba sus estraordinarios esfuerzos; el otro mas débil, aunque mas reflexivo, se aprovechaba de todas las faltas de su adversario, se escapaba de entre sus brazos, se levantaba con agilidad, y volvia de nuevo á lanzarse hábilmente contra él.

Al ver á los dos con tan diferentes medios de accion, se habria dicho, si la comparacion no fuese demasiado injuriosa para Eric, que era un tigre musculoso del desierto estrechado por los anillos elásticos de una serpiente. Despues de muchas tentativas hubo un instante de crisis en que los partidarios de Olat no pudieron reprimir un acento de triunfo. El jóven jarl acababa de coger á su adversario por medio del cuerpo; y lo levantaba en el aire para tirarlo contra el suelo; pero Eric, sorteándole, escapaba á este rudo ataque, y aprovechándose en el momento de su antagonista le estrechó vigorosamente á la cintura, lo tiró contra el suelo en medio de las universales aclamaciones de sus amigos, y aun de los amigos de Olat, maravillados de tal agilidad. Olat se levantó, pintado en su frente el color de la afrenta, y dirigiéndole á Eric una mirada de furor: *Hasta mañana*, dice, no ya para luchar con las manos, sino con el sable como los caballeros.—Bien, respondió Eric, aproximándose con cierto aire de modestia á sus partidarios.«

Al dia siguiente se reprodujo el combate; mas esta vez obtuvo Eric mas ventajas que la víspera. Su agilidad y otras buenas partes que tenia le servian mas en esta ocasion que la fuerza. Mientras el impetuoso Olat se abalanzaba á él con aquel ardor ciego inseparable de la cólera, Eric lo observaba, lo veia venir, paraba todos sus gol-

pes, y contestaba con la destreza de un espadachin consumado. Irritado Olat de tal resistencia quiso acabar con ella por medio de una acometida decisiva, y reconcentrando al afecto todas sus fuerzas, le asestó una estocada en medio del pecho que debió traspasarle de parte á parte; mas él sorteó el golpe, y contestó en seguida de tal manera que desarmó á su adversario, dejándole caer la espada.

Segunda vez humillado y vencido, no quiso tentar de suerte la tercera. Recogió, pues, con rabioso ceño su espada, la partió contra las rodillas y tiró á larga distancia los pedazos como una cosa despreciable. Luego, sin despedirse de nadie, ni aun del huésped, partió con sus compañeros, y los que estaban cerca de él le oyeron murmurar algunas palabras de cruel venganza.

No se le habia ocultado á la perspicacia de Eric la altiva condicion de su contrario, de forma que las observaciones que habia hecho le causaban zozobra, y no le permitian entregarse del todo á la satisfaccion de su triunfo.

Era hombre de un temple harto valiente para que un temor indigno de su persona, le hiciese darse por vencido; empero su alma supersticiosa y naturalmente inclinada á los presentimientos, le mostraba en el porvenir un enemigo implacable que no cesaria de perseguirlo, y que acecharia una ocasion de cogerlo indefenso, cuando menos lo pensase.

Cuando volvió á su casa y refirió todo lo que habia pasado, abrazóle su padre arrasados los ojos en lágrimas de puro gozo, como á un hijo que sabe volver por la honra de su familia, descendiente de la raza del Rey Harald; pero la madre, que miraba este asunto con la ternura propia del corazon de las de su sexo, se sintió como acometida de una dolorosa angustia.—¡Ayúdenos Dios! dijo; largo tiempo há que estábamos espuestos á la venganza del jarl de Hundtorp, y henos aqui hoy espuestos á la de su hijo que amenaza tan de cerca al nuestro. Aunque tenga la pena de ver que se separa de mí, es necesario que él parta: su alejamiento, su ausencia pueden únicamente ir borrando el resentimiento del orgulloso enemigo á quien ya ha vencido mas de una vez.

Respondian estas palabras de la madre á uno de los votos mas deseados de Eric. Los libros que habia leido, las vagas ideas que lo habian aficionado á ellos, su viva imaginacion, y tal vez el instinto que se observa con tanta frecuencia en los hombres del Norte, habian despertado en él deseos de viages sin término ni fin, aun flotantes en el espacio, mas llenos de irresistibles atractivos. Ademas, amaba estraordinariamente su pais, y se figuraba que no pudiera haber otro mas hermoso en el mundo; no obstante lo cual, siempre que hallaba en algun poeta ó novelista alguna descripcion de otros paises, esperimentaba tal y tan fuerte tentacion de trasladarse á ellos, que hubiera querido verificarlo en el momento. A tal punto la novedad de otras costumbres cautivaron su atencion. ¡Ah! ¿Quien de nosotros habrá que no haya tenido iguales deseos? La tierra no ha sido creada para que el hombre la admire en toda su estension? ¿No es casi un deber religioso el tratar de recorrerla por todos los medios imaginables como un libro celestial donde la grandeza y el poder de Dios se manifiestan á cada página con tan sublimes caracteres?

Asi pensaba Eric, y por eso escuchó con tanto gusto las palabras de su madre; pero esperaba el parecer de su padre, el cual en su severidad militar no podia admitir tales ideas, mayormente en circunstancias en que el ir á viajar podria ser interpretado de una manera poco conveniente á la reputacion de valentía de su hijo.

Un nuevo acontecimiento hizo indispensable la egecucion de sus ideas verdaderamente varoniles. Eric se volvia una tarde á su casa despues de haber dado su paseo de costumbre, cuando á un lado del camino que conducia á su casa, oyó gemidos de desolacion. Llevado de sus presentimientos naturalmente compasivos, bajó apresuradamente á lo hondo del valle, y presenció una escena que le hizo saltar de cólera. Una muger desvalida y anciana, compañera de uno de los colonos de su padre, se hallaba allí luchando sola á brazo partido con uno de los mas fieles, al propio tiempo que bárbaros camaradas de Olat, porque queria quitarle una espuerta de legumbres que ella llevaba no sin gran trabajo de su pegujar.

—¡Miserable! esclamó Eric, indignado de tal acto de latrocinio, interponiéndose entre el ladron y la pobre muger.

—¡Ah! sois vos, señor mio, dijo el satélite de Olat con amarga ironía; sabed que

celebro haberos encontrado: mucho tiempo hace que tenemos que ajustar una cuenta, y si yo puedo hacerlo por mí mismo, no me lo desagradeceria la noble casa de Hundtorp. Vamos en guardia, Sr. valiente, y veamos si á mí tambien me dejais caer la espada de la mano.

Y diciendo y haciendo tiró de su larga daga y lo propio hizo Eric como no acostumbrado á oir dos veces tan arrogantes palabras. Con la espada, pues, en la mano, colocóse en frente de su antagonista mientras que la pobre muger, temiendo por su amo no menos que por sí propia, le decia que no se espusiese así, y que ella daria todo cuanto tuviese con tal de no verle entregado al furor de sus enemigos. Habíase trabado ya el combate, y el compañero de Olat, ciego por la honra de su raza é ignorante de la rara firmeza de Eric, se habia lanzado con tanta impetuosidad en la lucha, que á la tercera embestida se clavó á sí mismo y cayó herido de un golpe mortal en el pecho.—¡Maldicion! esclamó, no se engañaba mi madre cuando me decia que servia á un mal señor; ahora conozco que anduve desacordado en no haber seguido sus consejos. ¡Perdonadme, Dios mio!

Eric, lleno de dolor, acudió á socorrerlo. No, no, dijo el herido, yo lo siento, todo es inútil, estoy herido de muerte; permitidme únicamente que estreche vuestra mano; haced que rueguen por mi alma, y tened aprestadas vuestras guardias, porque será natural que los mios quieran vengarme: y dichas estas palabras, cerró los ojos y exhaló el último suspiro.

La muger se dirigió al pueblo inmediato á dar parte para que fuesen á llevarse el cadáver, y Eric á casa de sus padres, á quienes les contó lo que le habia sucedido.

—Ahora, dijo con augustia su madre, ya no hay nada que dudar, preciso es que nuestro hijo se ausente, si no queremos verle sorprendido y asesinado algun dia por alguno de sus pícaros enemigos en medio de algun bosque. Por otra parte este niño está vendido por donde quiera que vaya, porque esos malvados hombres de Hundtorp agotarán todos los recursos imaginables hasta que logren vengarse. Es muy probable que ellos pongan este asunto en manos de la justicia, aunque tengan muchas razones para temerla, y yendo Eric á Copenhague puede prevenir los efectos de una persecucion calumniosa.

El anciano jarl permaneció algunos instantes sentado en su sillon absorto en sus meditaciones. Por el fuego que brillaba en sus ojos al través de sus largas y espesas cejas, por la contraccion de los músculos de su rostro se conocia que estaba agitado de una violenta lucha. Su muger y su hijo le miraban silenciosos esperando con respeto que manifestase su parecer.

Levantóse en fin el jarl, y tomando la mano de su hijo: «Has obrado como caballero, le dijo, defendiendo á una pobre muger ultrajada y sin amparo. Siento que el desgraciado haya espiado tan cruelmente su crímen; pero cuando la mano coge la espada, ¿quién puede responder de los golpes que dé? Ahora creo que debemos seguir los consejos de tu madre, y aunque sienta mucho separarme de tí, es necesario que partas lo mas pronto posible. Voy á escribir algunas cartas á mis amigos de Dinamarca, y deseo que mañana te pongas en camino.»

En efecto, al dia siguiente, Eric montado en un gran caballo, provisto de una buena cantidad de dinero, y seguido de un fiel criado salió del castillo de Quam. Su padre al despedirse de él, se enjugaba furtivamente las lágrimas, y su madre que lo habia inducido á partir, lloraba al verlo dispuesto á alejarse, se desesperaba, y le suplicaba que no se fuese.

—Vamos, Ebbe, dijo el anciano jarl, ten un poco de valor. Ya ves que es necesario que se vaya; tu corazon maternal le ha advertido de los peligros que aquí le amenazan, y por otra parte debes considerar que los paises que va á recorrer ofrecen la mayor seguridad.

Diciendo estas palabras, cogió de la mano á su muger, y dió un latigazo al caballo de Eric, el cual partió á galope.

Olat supo casi á un mismo tiempo la muerte de su compañero y la partida de su enemigo.

—¡Cobarde! esclamó, no se atreve á esperar los efectos de mi cólera; pero yo lo buscaré y me vengaré.

II.

Mientras que su enemigo amenazaba asi el porvenir de Eric, este caminaba tranqui-

lamente á lo largo del Gudbrandsdal, ya pensando con tristeza en la agradable morada que acababa de abandonar, ya lanzándose con la ardiente imaginacion de la juventud á los nuevos paises que iba á recorrer. Atravesó haciendo cortas jornadas, una parte de la Noruega y de las costas de la Suecia, desde donde una barca pescadora le condujo á las playas de Copenhague. En Gottemburgo habia ya recibido una carta consoladora de su familia. Las gentes de Hundtorp, sin duda por el temor de reanimar el recuerdo de sus propias maldades, no se habian atrevido á entablar demanda alguna judicial, como la madre del jóven recelaba; y habia la mayor tranquilidad en el castillo de Quam.

Una vez tranquilizado el ánimo con estas noticias, Eric se entregó con mas libertad á todas las agradables y risueñas emociones que su viage despertaban en él. Su alma se habia abierto como una flor en medio de los atractivos de una hermosa y magnífica primavera. Los estudios literarios que el jóven habia emprendido, y la lectura de varios poetas habian dado mayor viveza, mas ardor á su imaginacion, pero sin modificar por eso la pureza de sus primeras sensaciones. Amaba á la naturaleza como un niño ama á su madre, como un jóven ama á la querida de su corazon: comprendia todas las armonías, aspiraba con pasion todos los perfumes. Ningun monumento artístico, ninguna gran ciudad habia llamado aun su atencion: y olvidaba las descripciones de los palacios de los Reyes y los castillos encantados de que hacian mencion las novelas, á la vista de una bahía de Noruega con su cintura de rocas brillando á la caida del sol, ó de un lago de Suecia engastado como una esmeralda, en medio de una selva de abetos.

Con este poético amor á la naturaleza, viajaba alegremente, porque todo era para él un objeto agradable de observacion. En su largo camino hallaba pocas posadas, pero conociendo las virtudes hospitalarias de los habitantes del Norte, que él mismo habia practicado muchas veces, luego que tenia necesidad de tomar algun alimento, ó cuando su caballo estaba fatigado, se detenia á la puerta de la primera casa que veia. Inmediatamente sus habitantes se acercaban á él; el uno se encargaba del caballo, el otro le conducia al interior de la casa: el gefe de la familia, sin preguntarle quien era, le tendia una mano afectuosa, y su hija le servia humildemente en la mesa: algunas veces, cuando no tenia intencion de detenerse, si pasaba delante de algun presbítero ó de la morada de algun rico labrador, el dueño de la casa, que le habia visto venir de lejos, acudia á su encuentro, suplicándole que entrase y no desdeñase su modesta hospitalidad. Al instante se abrian los armarios, la cocina se ponia en movimiento, y se presentaba al jóven estrangero el salmon escabechado, la vaca salada, la cerveza preparada por la inteligente patrona, y el frasco de aguardiente mas antiguo.—«¡Oh! mis queridos habitantes del Norte,» decia Eric alejándose, «vosotros teneis la pureza, la sencillez, las costumbres de los patriarcas. ¡Ojalá que conserveis siempre la agradable tranquilidad de vuestro retiro y la energía y nobles virtudes de vuestros padres!»—Hablando de esta manera, pensaba en aquellos amores elegantes, en aquellos trages lujosos que habia visto descritos en diferentes libros, y le parecia que la existencia pasada en los castillos y las fiestas y esplendores de la córte solo debian ser considerados como una ilusion, si se comparaba con las sencillas costumbres, con la rústica cordialidad de los habitantes del Norte. Cuando se dejaba llevar de sus reflexiones recordaba el ódio feroz del viejo jarl de Hundtorp, y el carácter violento y brutales costumbres de Olat; pero esto no era para Eric otra cosa que el recuerdo de un hecho accidental, que desaparecia como una nube fugitiva ante el inmenso y sorprendente cuadro de la naturaleza septentrional, y de las costumbres campestres que por todas partes observaba.

Arrastrado por el atractivo de las impresiones que recibia, Eric fue mas allá de lo que habia pensado al principio. Desde Dinamarca pasó á Alemania y de Alemania á Francia, donde debia hallar la mayor felicidad que un hombre puede disfrutar en este mundo: una muger jóven, casta y pura, cuya mirada se conmueve por la primera vez á los rayos de otra mirada simpática, y cuyo corazon se dilata y palpita inocentemente bajo la impresion desconocida del primer amor.

III.

En un hermoso dia de verano, Eric

volvia á su tierra natal, no ya solo como habia partido, sino con una noble y graciosa jóven de Francia, que le amaba demasiado para no abandonar voluntariamente las risueñas llanuras de Normandía, y para no decirle como la cariñosa hija de la Biblia: *Tu pueblo es mi pueblo.* Esperimentaba una grande alegría al viajar con aquella amable jóven, al ofrecer las mas delicadas atenciones, y al verla participar, con una sensibilidad esquisita, de todas las poéticas impresiones que él la comunicaba. La jóven habia visto la luz en Normandía, la ondulosa mar al pie de las verdes costas de Honfleur, y sus olas argentadas. Habia visto el Havre imponente é inmenso de donde partian para lejanas regiones los atrevidos navegantes. Habia reposado muchas veces en el seno de las selvas de árboles frutales de la Normandía; pero no tenia ninguna idea de aquellos grandes cuadros de la Noruega, donde la mar en su curso impetuoso parece penetrar las montañas y desgarrar las rocas. No tenia ninguna idea de esos prolongados y magestuosos bosques de abetos que dan un carácter tan solemne á las comarcas del Norte, ni de sus encantadores y melancólicos valles, ocultos como tímidas flores entre dos cadenas de montañas.

A cada paso que daba por este pais tan hermoso, arrojaba un grito de admiracion y se aproximaba mas á Eric, para asociarse á su cándida emocion, dirigiéndole una mirada de amor y de reconocimiento.

—¡Alabado sea Dios! querida Lena, decia Eric, temia que al llegar aqui no echases de menos tu rico pais, porque nosotros no tenemos la tierra fértil, el azulado cielo y los magníficos castillos de Normandía. ¿Ves esas miserables casas de madera diseminadas acá y allá? ¿ves esas cabañas de pescadores penosamente construidas á orillas de la playa? están habitadas por hombres pobres, laboriosos, que luchan sin cesar contra el rigor de los elementos, y se creeran felices si despues de sus pasadas fatigas llegasen á obtener del ingrato suelo una escasa cosecha, ó de la borrascosa mar alguna provision de peces.

—¿Qué importa? respondió Lena. La felicidad no está en los productos de una tierra mas fecunda, ni en el lujo de habitaciones mas suntuosas. Aquí en estos pacíficos lugares, lejos del tumulto de las ciudades, aqui, entre estos hijos del trabajo, es donde se hallan las modestas virtudes de que me has hablado muchas veces, y la satisfaccion de las necesidades moderadas. Ademas, no sé decir por qué, pero me parece que este pais no me es estraño, y se presenta á mi imaginacion como si ya le hubiese visto. Mi padre, á quien agradaban las crónicas antiguas, me ha referido muchas veces que nuestros antepasados habian venido de las comarças del Norte. ¿Quién sabe si no soy yo misma descendiente de uno de esos audaces montañeses de la Noruega, y si de edad en edad, por uno de los misterios del corazon que nosotros no podemos esplicar, no se ha trasmitido hasta mí la inclinacion hácia su origen y hácia su pais natal? Quizás, añadió riendo, soy una de tus primas: quizá tus abuelos y los mios eran parientes cercanos; pero este parentesco data desde tan lejos, que hemos podido muy bien casarnos sin pedir dispensa.

El contento que el jóven esposo esperimentaba en viajar asi con Lena y en verla agradaba el pais por ella aceptado como patria adoptiva, acibarábalo únicamente el recuerdo del odio de Hundtorp y de los proyectos de venganza formados contra su persona. ¡Ay! decia en su interior, este pais no es tan apacible..... y sin duda los que lo habitan no son tan buenos como la inocente Lena se imagina. Ya hacia algun tiempo que las amenazas de Olat no me causaban inquietud alguna..... no tenia antes tanto apego á la vida como ahora..... Ahora, Dios mio, sentiria empeñarme en una nueva lucha..... sentiria morir.

En diferentes ocasiones habia querido comunicar sus penas y cuidados á Lena, mas el temor de apesadumbrarla no se lo habia permitido. Sin embargo, al aproximarse á Quam, resolvió prepararla para decírselo todo. Le habló, pues, del odio que traia divididos hacia tanto tiempo á su padre con el señor de Hundtorp, y de todas las circunstancias que en los últimos años habian dado á tal ódio un carácter mas fiero, y por tanto mas temible.

Escuchóle Lena con entera y viva atencion, y tomándole la mano, despues de haber acabado de hablar: no tengas ningun cuidado, querido Eric, le dijo, yo creo que ese aborrecimiento no podrá durar mucho, y si se pone de nuestra parte, pronto llegaremas á disiparlo y se acabará del todo.

—Lo que es por mí por acabado, esclamó Eric, porque jamás el odio tuvo cabida en mi pecho, y soy de tal modo de pensar, que quisiera poder comunicar mis sentimientos á todo el mundo. ¡Ojalá Olat llegase á tenerlos! Pero tú has venido á las montañas de Noruega á ser como un ángel de paz y reconciliacion, y no dudo de que tu benéfica influencia se hará sentir hasta en aquellos corazones mas empedernidos.

Con esta conversacion llegaron los dos esposos al castillo de Quam, y cuando Lena divisó desde el valle el lugar de la estancia á donde iba á entrar, se puso de repente muy séria y pensativa, y se tapó el rostro con las manos.

—¿Qué tienes? le preguntó Eric; hé aquí el parage á donde me complazco de haberte traido, y la casa donde tú debes ser recibida como una persona querida. Largo ha sido nuestro viage; empero, gracias á Dios, hé aquí ya el sitio de mi anhelado refugio.

—¡Ah! contestó Lena, por tí dejé los umbrales de la casa donde nací, á mis padres pesarosos de mi partida, á mis hermanos que se abrazaban á mi cuello y me suplicaban que no los dejase, y todo lo abandoné por tí. Ahora entro en una nueva casa donde me esperaban nuevos padres, sin que yo sepa si serán tan indulgentes como tú lo has sido, ni si aprobarán tu eleccion.

—¡Oh! ¿Quién duda de eso, mi querida Lena? esclamó Eric; mis padres te conocen ya por las cartas que les he escrito hablándoles de tí; y en ellos puedes estar segura hallarás prendas y afectos no indignos de los tuyos propios. Ademas, yo estaré siempre á tu lado, y procuraré recompensarte bastantemente los sacrificios que tú has hecho.

Diciendo esto sonó en el alto de una colina una corneta campestre, cuyo sonido fue luego seguido de estrepitosas aclamaciones, viéndose agitar al rededor del castillo una porcion de grupos de hombres y mugeres que miraban al camino. Al poco tiempo un noble anciano de magestuoso aspecto y cabeza blanca, dando el brazo á una señora en cuyo trage se echaba de ver cierto aire de elegancia, descendió de la colina al encuentro de los viageros.

Eran los padres de Eric, los cuales hacia muchos dias, que aguardando la venida de sus hijos, habian tenido cuidado de poner en lo alto de la colina á uno de sus criados para que avisase en el punto y hora que los descubriese. Corrió Eric juntamente con su esposa á abrazar á sus padres, y luego que toda la familia se halló reunida, hubo un momento de silencio en que todos esperimentaron cierta satisfaccion que en vano tratariamos de describir.

El padre, despues de haber estrechado á sus hijos contra su corazon, observó en Lena lo orgullosamente satisfecha que estaba, y la madre la miró con especial ternura.

Sensible y agradecida Lena á la acogida que habia tenido, derramó lágrimas de alegria. Las gentes del castillo y las del pueblo, testigos de esta escena tan cordial y afectuosa, echaban los sombreros por alto gritando: ¡Hurrah! Las mugeres palmoteaban y cantaban, y en medio de estos cánticos y de estas alegres aclamaciones, entró Lena en el castillo de Quam, apoyada en el brazo de su suegro, mientras que Eric iba detrás de ella refiriendo con entusiasmo á su madre todas las virtudes y buenas cualidades de su esposa.

El dia siguiente amaneció alegrando á toda la comarca, como si la pálida aurora de las regiones septentrionales quisiera festejar de este modo á los reciencasados. Una ligera niebla se levantaba en el fondo del valle, flotaba al soplo de la brisa, y se estendia por las faldas de las colinas como un velo de gasa. Pronto desapareció con el calor del sol, dejando ver en toda su hermosura el bello paisaje de Gudbrandwal: el Lougen, arrastrando su plateada corriente por una verde pradería, á uno y á otro lado montecillos cubiertos de pinos en que se veian mil rústicas habitaciones, y por encima de estos montecillos las altas montañas, cuyas cimas cubiertas de eterna nieve, brillaban á los rayos del sol como lagos de oro y de azul. Con los primeros albores del dia, renació el movimiento en aquella solitaria region. El gallo silvestre saltaba de árbol en árbol lanzando gritos agudos; el pastor llevaba á pacer sus ganados, que, al atravesar los montecillos y los bosques, sembraban el suelo con las perlas de un abundante rocío. De las casas de campo salian alegremente el activo labrador y la jóven diligente. Eric y Lena, sentados en una de las ventanas del castillo, desde donde sus miradas descubrian la inmensidad del espacio, contemplaban este magnífico panorama con la exaltacion de la felicidad.

—¡Ah! ¡qué espectáculo tan hermoso!

esclamaba Lena juntando las manos como para dar gracias al cielo por las agradables emociones que esperimentaba, ¡Qué hermoso es esto, y cuán dulce el poder despertarse con un pensamiento de amor y de piedad en presencia de una naturaleza tan rica!

—Sí, respondió Eric, muy hermoso es vivir aqui cuando uno ama y sabe que es amado. Mira todas esas sencillas habitaciones como dispersas sobre las orillas del rio, separadas discretamente unas de otras, y medio ocultas entre las ramas de los árboles. No hay una sola de esas rústicas habitaciones, donde en los vagos ensueños de mi juventud no haya yo colocado el templo de la felicidad conyugal. Creia entonces que seria muy dichoso viéndome en una de ellas, separado del resto del mundo, en esta soledad tan grandiosa y tan agradable, solo con un ser amado, y sin estar espuesto mas que á las miradas de Dios. Mi dicha ha sobrepujado á mis mas dorados sueños.

Estás á mi lado, en mi pais natal, tú, á quien tan pronto he aprendido á amar, tú, cuya mirada y cuya sonrisa son para mí una bendicion celestial..... ¡Oh! mi corazon está lleno de tal encanto que temo no sea esto mas que un sueño; pero si lo fuera, quiero morir antes que despertar

Hablando asi cogia á Lena por la mano y la conducia fuera del castillo sobre las verdes alfombras de musgo que se ostentan bajo los árboles.

Cuando Eric y Lena encontraban en su camino algun otero cubierto de musgo, desde donde se descubria á lo lejos uno de los mas risueños puntos de vista de toda la comarca, se sentaban al pie de un árbol y pasaban el tiempo diciéndose amores y otras cosas de las que se dicen la víspera, y al dia siguiente se repiten como si nunca se hubiesen dicho. Algunas veces enseñaba Eric á su esposa algunas frases que tenia la lengua noruega para espresar ciertos tiernos afectos, y no dejaba de reirse de ver los esfuerzos que ella hacia para pronunciar bien, segun las lecciones de su docto maestro, y como el amor es el mas hábil preceptor, no tardó mucho Lena en familiarizarse con el acento de aquella lengua y en pronunciar perfectamente: *Jeg etsker dig* (yo te amo)

Otras veces se contaban el uno al otro las tradiciones populares que habian aprendido en su infancia. Un dia Eric refirió á Lena la historia de una madre jóven, que habiendo sido arrebatada por una muerte prematura á los afectos de su familia, oyó en su ataud los sollozos de sus pequeños hijos, y obtuvo de Dios el permiso de volver á su casa para cuidar de ellos. ¡Ah! dijo al concluir esta tierna narracion: la vida del alma no puede acabar con la vida del cuerpo. Cuando se cierran nuestros ojos, y cuando nuestro corazon deja de latir, si un ardiente pensamiento de amor y de abnegacion ha animado nuestra existencia, este pensamiento debe seguirnos en el ataud, y acompañarnos bajo la fria losa. Sí, estoy seguro de ello, los muertos están en comunicacion constante con los séres amados que han dejado en este mundo. Sienten con ellos, y con ellos se alegran, afligiéndose de su infidelidad. Si llegase á morir antes que tú, mi querida Lena, estaria siempre á tu lado, y si llegaba á suceder que tuvieses necesidad de mí, Dios, no lo dudes, me concederia la gracia de salir de la tumba para venir á socorrerte, ausiliarte y consolarte.

—Sí, respondió Lena, esas creencias están tambien esparcidas en mi pais, y yo he oido en Normandía cantar una antigua balada, la cual refiere, que un niño vino á decir á su madre: No llores, no llores mas. Cuando tú te ries, mi tumba se llena de rosas, y cuando lloras, mi sudario está empapado en lágrimas. Pero, mi buen Eric, yo soy quien morirá antes que tú, y quien saldrá del sepulcro para venir á decirte al pie de algun abeto, estas dulces palabras que tú mismo me has enseñado en tu lengua noruega: *Jeg etsker dig.*

Mientras que ambos jóvenes se abandonaban asi á los tiernos delirios de su amor y al prestigio de la felicidad, el ódio velaba al rededor de ellos, activo y vigilante.

Al saber la vuelta de Eric á su pais habíase despertado un furioso encono en el corazon de Olat. Cuando ademas llegó á su noticia que aquel habia traido consigo una hermosa muger francesa, esperimentára un sentimiento de zelos que añadia nueva fuerza á sus antiguos resentimientos. Despues vió á Lena y quedó enamorado de ella. Desde este dia su carácter de alegre é inconsiderado, se convirtiera en triste y pensativo. Con frecuencia le sorprendian murmurando con aire sombrío palabras que demostraban su viva irritacion: cada vez que

se pronunciaba en su presencia el nombre de Eric se le veia estremecerse, y su semblante tomaba al punto una espresion terrible.

Muchas personas, animadas de los mejores sentimientos, habian advertido á Eric las terribles disposiciones de su enemigo. Algunos aldeanos de sus dominios le habian anunciado que habian visto por la noche, á los alrededores de los montes de Quam, algunos hombres armados que vagaban á las inmediaciones del castillo, y cuyas perversas intenciones no era dificil conocer. No despreciaba Eric estos avisos. Era demasiado advertido para tratar de poner su honor á cubierto de los ataques de una cruel enemistad, y asi acortó poco á poco sus paseos. Jamas salia sin ir completamente armado; pero la traicion debia superar á su severa vigilancia.

Una tarde que se habia dejado llevar mas lejos que de costumbre, en el momento en que se disponia á volver atrás, saliendo de un bosque obstruido de malezas, se vió cercado de improviso por una caterva de asesinos. En tal estado resolvió vender cara su vida; y en efecto algunos de sus cobardes enemigos mordieron la tierra antes de



que el infortunado Eric llevase el golpe de muerte. Pero los acometedores eran muchos, y el noble jóven cansado y falto de sangre por la mucha que salia de sus heridas cayó el fin sin sentido, siendo en seguida vilmente asesinado. Esta terrible escena no tuvo mas testigos, que un jóven pastor que corrió á dar la alarma al castillo. Imposible nos es pintar el dolor de Lena, que trastornada echó á correr al lugar de la escena á donde llegó la primera para no tener siquiera el consuelo de recibir el último adios de su amado esposo.

En cuanto al anciano jarl, no derramó

una lágrima, ni exhaló un suspiro. Sentóse cerca del cuerpo de su hijo, y allí permaneció mudo é inmóvil, con la vista fija en aquel pálido rostro que tanto habia amado; pero habia en sus secos párpados y en los músculos de su cara una espresion tal, que nadie se atrevia á dirigirle su vista, y á la mañana siguiente sus largos cabellos, que la víspera todavia no tenian mas que un ligero tinte gris, caian como copos de nieve sobre sus enflaquecidas mejillas.

Acompañó al cementerio á su hijo, asistió á las oraciones del sacerdote y á los cantos fúnebres con tal impasibilidad, que parecia un cadáver salido de su tumba para concurrir al entierro de otro. Solamente cuando principió á caer la tierra sobre el ataud, en medio del llanto y del sollozar de los circunstantes, el desventurado padre se hincó de rodillas, inclinó la cabeza, y de sus ojos rodaron dos gruesas lágrimas: levantóse despues sin pronunciar una palabra, y se lanzó al castillo.

IV.

Algunos dias despues se le vió atravesar como una sombra por su cuarto. Iba de la sala de armas á las caballerizas, y llamaba á sus criados uno despues de otro, daba órdenes con tono tan breve, tan grave y solemne, que aquel á quien hablaba corria con estraña presteza á obedecerle. Pronto se halló todo en movimiento en aquella sombría mansion del dolor. Aquí se limpiaban espadas, allí se componian arcabuces, en otra parte se aprestaban las sillas y los arneses; todo en fin, anunciaba proyectos estraordinarios, y un pensamiento belicoso de de que el padre de Eric nada hablaba. Las dos afligidas mugeres veian todos estos preparativos, lo miraban con temor, sin atreverse á preguntarle, y él iba y venia observando incesantemente el trabajo de sus criados, y estimulándoles con la palabra y con la accion.

Una mañana se oyó de repente á las puertas del castillo el sonido de las trompetas, y unos cincuenta hombres á caballo, armados de alabardas, espadas y arcabuces, vinieron á formarse debajo de las ventanas. Uno de ellos tenia de la brida un soberbio caballo mas ricamente enjaezado que los demas, el cual llevaba á uno y otro lado de la silla una pistola de arzon. El anciano jarl ciñó su espada y salió de su aposento; pero en el instante en que atravesaba el umbral de la puerta, su esposa y su nuera corrieron á sus brazos, suplicándole que les manifestase sus designios, y no aumentase sus desgracias.

—Escuchad, dijo el jarl tomando á las dos por la mano, hemos esperimentado el mas espantoso quebranto. Os amo con todo mi corazon, á tí, mi fiel Elba, y á tí, mi dulce Lena, la noble esposa de mi desventurado Eric, y no sé la suerte que el cielo nos prepara despues de habernos afligido de una manera tan cruel; empero por grande que sea el amor que os profese, y por incierto que pueda ser el éxito de la resolucion que he tomado, es necesario que vaya á donde me llama un deber de hombre y de caballero. La sangre de los antiguos escandinavos hierve en mis venas. El amor paternal y el ardor de la venganza me recuerdan nuestra terrible religion pagana. Paréceme que las sombras irritadas de nuestros padres vuelan en derredor mio, reprendiéndome por mi estremada paciencia, y que el antiguo Odin se presenta ante mis ojos blandiendo su ensangrentada lanza. Debo, pues, partir. Orad, si podeis; esperad si algun rayo de esperanza penetra en vuestro corazon: por lo que á mí hace, ya no tengo mas que un solo pensamiento y un solo deseo, vengar á mi hijo, y morir despues de haberlo vengado. Adios.—

Arrancándose luego de los brazos de aquellas desconsoladas mugeres, el anciano jarl montó á caballo y partió á galope seguido de su escuadron.

Altivo en su dolor y con la nobleza de su carácter, el descendiente del valeroso Herald no podia abatirse hasta el punto de emplear contra sus enemigos los indignos medios de que ellos se habian servido contra él, vengando á su hijo en una emboscada y con una traicion; ni tampoco queria recurrir á la decision de los tribunales pareciéndole cobardía esperar de ellos el castigo del asesinato cometido en la persona de su hijo. No, para aplacar la ira de su corazon, necesitaba un combate á la luz del dia, una venganza ruidosa, é iba, pues, con su tropa á atacar el castillo de Hundtorp. Al rededor de este castillo se habian edificado varias cabañas de madera que servian de almacenes para los granos y forrages, ó de cobertizos para los carros y útiles de labranza. Su proyecto era poner fue-

go á aquellos débiles edificios, y á favor de la sorpresa y del desórden que naturalmente habia de causar este incendio, entrar en el castillo y apoderarse del asesino de Eric.

Pero Olat estaba advertido de los preparativos del anciano jarl, lo vigilaba desde lejos, y lo esperaba á cada instante. Hacia ya algun tiempo que Olat obraba como dueño absoluto de su casa: acobardaba con su carácter violento el ánimo apocado de su madre, y el espíritu algó mas resuelto de su padre, proclamando su voluntad como un soberano. Sus criados y los aldeanos de las cercanias del castillo, todos cuantos le conocian, se inclinaban ante él, y aun sus mismos padres, despues de haber intentado en vano resistirlo, habian acabado por someterse á su arrogante despotismo.

Luego qne supo por uno de sus agentes lo que pasaba en el castillo de Quam, empezó por trasladar á su padre y á su madre á los aposentos mas retirados de la casa para que no pudiesen entorpecer su accion; despues preparó sus armas, reunió sus satélites, puso en órden sus municiones, colocó centinelas al rededor de la colina cuya altura ocupaba, y esperó.

En el momento en que uno de sus espías le anunció la próxima llegada del jarl de Quam, llamó al criado de su mayor confianza, le dió en voz baja sus últimas instrucciones, y salió al encuentro de su enemigo con unos 20 hombres; pero dejándose de reserva mas de 60. Ambas tropas se encontraron casi en la cumbre de la colina, en el camino que conducia al castillo. El padre de Eric esperimentó una desagradable sorpresa al ver aquella tropa que desbarataba sus combinaciones; pero al ver que era tan poco numerosa concibió nuevas esperanzas de buen éxito, y dió la señal de acometer. Sus guerreros colocados en tres filas se precipitaron siguiéndole sobre el escuadron de Olat y lo pusieron en desórden; en esta carga impetuosa murieron tres ginetes de Hundtorp, y otros varios quedaron heridos, enprendiendo Olat su retirada. Al verlo asi retroceder el anciano jarl, dió un grito de alegria que resonó en todo el valle.

Adelante, dijo, nuestros son esos infames traidores, esos cobardes asesinos, y toda su tropa lo siguió con nuevo ardor; pero en el momento en que llegaban á las puertas del castillo, dió Olat un silbido, y de improviso se vió salir de detras de las murallas otro escuadron mas numeroso y mejor armado que el primero. Olat dió frente entonces, y mandó hacer una descarga que puso en desórden las filas de sus enemigos. Despues una docena de hombres armados de pies á cabeza se precipitaron sobre el anciano jarl, é hiriendo á diestro y siniestro con sus espadas y arcabuces, acabaron por separarlo de su comitiva. Uno de ellos agarró su caballo por la brida, y otro la cogió por medio del cuerpo con unas fuerzas hercúleas. Entretanto el anciano se defendia como un leon, y ya habia derribado á dos de sus enemigos de dos pistoletazos, mas no pudiendo volver á cargar sus armas cogió con ambas manos su larga espada, y comenzó á descargar golpes terribles sobre los que le rodeaban lanzando gritos de rabia, y llamando en su ayuda á sus leales servidores. Desgraciadamente, sus soldados detenidos por otros adversarios, no podian llegar hasta él, y Olat que estaba cerca de él, reunia cada vez mas enemigos contra el valeroso anciano. Finalmente, cercado por todos lados, vencido por el numero, y no pudiendo ya defenderse por mas tiempo dejó caer la cabeza con muda desesperacion, y esperó el golpe que debia acabarlo; pero no siendo esta la intencion de Olat: «atadlo, gritó, con las bridas y las correas de los caballos, y llevadlo al patio del castillo.» Egecutóse puntualmente esta órden, y cuando los ginetes de Quam vieron á su señor asi atado, tomando la fuga, fueron tristes y avergonzados á anunciar la fatal noticia á las dos afligidas mugeres.

Olat comenzó por encerrar al prisionero en un estrecho calabozo, en cuya puerta colocó dos de sus mas adictos servidores; y despues mandó disponer un banquete estraordinario para celebrar su triunfo. Al concluir el banquete, cuando todos los convidados celebraban en alta voz el valor de su gefe, llamó á uno de sus confidentes y le dijo: Aqui tienes las armas rotas é inutilizadas de nuestro enemigo vencido; llévalas á su muger como la señal mas cierta de mi triunfo, y dile que si Lena quiere casarse conmigo le devuelvo el prisionero; pero que si no quiere, lo mando ahorcar de las almenas del castillo.

—¡Pues qué! ¿quereis casaros con la viuda de...

—Silencio, esclamó Olat en un tono que no admitia réplica. Ve y vuelve pronto. Dentro de una hora has de estar aquí.

El emisario montó á caballo, y estuvo de vuelta en el tiempo fijado y encontró á Olat paseándose en el patio y mirando ya con impaciencia hácia el camino.

—¿Qué respuesta traes? preguntó adelantándose á recibir al mensagero.

—Me han admitido, respondió éste, gracias á mi título de Embajador, á la presencia de las dos pobres mugeres hechas un mar de lágrimas: espuse lo mejor que pude el objeto de mi comision, y las dos.....

—¡Las dos!..... habla.

—Las dos lanzaron una dolorosa esclamacion, y gritaron: Primero morir.

—Bien. Anda á beber un trago y déjame.

—Vaya, dijo para sí el mensagero: no toma la cosa tan mal como yo creia: estraño es por cierto.

Olat fue á ver si el calabozo estaba bien guardado y continuó despues paseándose solo y silencioso. Al dia siguiente envió con la misma fórmula los vestidos del jarl al castillo de Quam, haciendo que dijeran á las dos mugeres que el anciano estaba desnudo y tiritando en un calabozo sumamente húmedo.

Al otro dia envió las largas trenzas de cabellos blancos cortados de la cabeza del anciano, haciendo decirles que las tigeras habian tocado ya muy de cerca aquella cabeza tan querida, y que otro hierro mas homicida podia tocarla de mas cerca todavía.

Esta vez las dos mugeres se dirigieron una mirada indefinible. La madre interrogó con esta mirada á la hija, y ésta, temiendo haber comprendido demasiado, apartó con horror la vista.

El tercer dia Olat hizo levantar una horca sobre los baluartes de su castillo, y mandó colgar de ella el cadáver de uno de sus compañeros, muerto el dia antes de las heridas que recibió en la pelea. Despues fue conducido el anciano al pie de la horca, y dos satélites de Olat, colocados detrás del desgraciado cautivo dándole golpes con sus lanzas y alabardas, le obligaron á estender los brazos hácia su casa, como para implorar misericordia. Al mismo tiempo el mensagero de Hundtorp conducia á las dos mugeres á un sitio de la colina desde donde pudiesen ver aquel hombre espectáculo, y les esplicaba sin piedad el suplicio que esperaba al noble y anciano jarl.

—¡Ah Dios mio! esclamó Lena á vista de aquella espantosa perspectiva. ¡Ah Dios mio! consiento en todo con tal que se salve; y cayó desmayada en los brazos de su suegra, que la bañaba con sus lágrimas.

—Sí, que se salve, dijo al volver en sí. Es el padre de mi Eric, es mi padre tambien. Mi deber es libertarlo de tan horribles tormentos, y luego despues morir.

Lleváronla á la cama pálida, desvanecida, y parecida á un cadáver. Su suegra estaba á su lado, y no se atrevia á dirigirle la palabra, ni á darle las gracias, si bien la significaba esto último besándole sus manos y arrodillándose á sus pies.

Aquella misma tarde se presentó Olat en el castillo de Quam con todos sus hombres armados como para una batalla; pero en esta triste morada sabian ya todos la magnánima resolucion de Lena, y nadie pensó hacer la menor resistencia. El orgulloso vencedor entró en el castillo como en una ciudad tomada por asalto. Detrás de él venia á caballo un prisionero escoltado por seis hombres, y se hallaba tan débil y tan abatido, que al verle sus vasallos no sabian si era realmente su noble señor, ó si no era mas que su sombra.

—Andad, dijo Olat á uno de los hombres del castillo, id á anunciar á la viuda de Eric que estoy dispuesto á devolverle su suegro, si quiere cumplir el compromiso que ha contraido, si esta misma tarde quiere desposarse.

El hombre marchó y volvió un instante despues á decir que su noble señora aceptaba la condicion que se la prescribia, y solicitaba únicamente que nadie la molestase hasta las once.

—Está bien, esclamó Olat. Me fio en su palabra, porque no seria prudente que faltase á ella. Que se ponga en libertad al prisionero, y que se le deje entrar en su casa. Desde ahora vuelve á estar en posesion de su castillo. Ahora solo deseo que se preparen las salas del banquete, que se enciendan luces, que se traiga la mejor cerveza y el mejor vino, á fin de que el tiempo sea mas corto hasta la hora en que debe presentarse nuestra hermosa Lena.

Vamos, perezosos, esclamó viendo que algunos criados del castillo permanecian inmóviles ante él: corred á la despensa, abrid

las alacenas y sacad lo mejor que haya en ellas. Se trata de celebrar unas bodas memorables, la alianza de Quam y de Hundtorp, de la mas encantadora jóven de la Francia, y del hombre mas dichoso de la Noruega. Daos prisa, pues yo no quiero esperar. Vosotros, dijo, dirigiéndose á sus vasallos, permaneced á caballo hasta nueva órden, y estad prevenidos por lo que pueda suceder. Tendré cuidado de que os den los refrigerios necesarios; espero que la bodega del suegro hará honor á su yerno. Es un prudente anciano que ha debido conservar muy buenas botellas.

Diciendo esto, bajóse del caballo y entró en el salon donde todas las gentes de su casa se daban prisa á egecutar sus órdenes. Ya la mesa estaba cubierta de jarros de arena llenos de cerveza ó de vino, y de copas de plata. En medio habia un luengo cuerno cincelado que no salia del escaparate sino en muy raros casos. Era un curioso monumento del arte antiguo escandinavo. Cubria su ancha embocadura un tapadero de plata que representaba una especie de dragon, cuyo remate era una cola del mismo metal muy enroscada. En sus lados se veian cuatro círculos en que al ingenioso artífice le plugo figurar las escamas del fabuloso animal, que en los tiempos antiguos adornaba la mayor parte de los edificios noruegos. Entre los círculos se notaban algunos caracteres rúnicos que servian, segun las tradiciones de Odin, para ahuyentar los maleficios. Descansaba la enorme copa sobre dos garras, proporcionadas al tamaño de ella, cuyas aceradas uñas completaban la espantosa imágen que algun hábil Veland habia querido representar.

Era voz pública que el Rey Herald se habia servido de este antiguo y espléndido vaso el dia en que se celebró su casamiento con la ambiciosa hija de Noruega, la cual no quiso darle la mano hasta verle acrecentado de muchas y muy importantes conquistas. Mas de una vez el líquido vertido en esta copa habia exaltado el ánimo de los vikings, y acalorado la fantasía de los escaldas. El anciano jarl la conservaba como un vivo testimonio de las costumbres primitivas de su pais, y como una apreciable alhaja de su familia. Como aquellas habian variado tanto, y como nadie se atrevia á usar de la copa (que antiguamente se tomaba con una sola mano, y no se dejaba hasta haber apurado su contenido) raras veces se presentaba en la mesa como ya hemos indicado. Olat al verla, recordó al momento y con entusiasmo lo que habia oido contar de las antiguas costumbres de Noruega.—Venga la copa, esclamó, y haciendo llenarla, la apuró de un trago como un verdadero viking; pero sus compañeros no tardaron en conocer que estaba muy lejos de tener el estómago de los vikings.

—¿Dónde está mi querida? esclamó con una voz alterada; ¿dónde está Lena de Hundtorp?

—Se está vistiendo, respondió uno de los criados.

—Largo tocador por cierto, observó Olat. Pero paciencia. Y se puso á beber.

Una hora despues, preguntó de nuevo con la mayor impaciencia, porqué no venia Lena. Al oir su voz, al ver su gesto brutal se hubiera dicho que era el Barba Azul llamando á su pobre muger.

—Creo, dijo el mismo criado, que en este momento se está ciñendo la corona de bodas.

—Y yo, dijo uno de los partidarios de Olat, que hacia algunos momentos tenia fijos los ojos en una ventana, yo creo que se ha marchado.

—¡Marchado! esclamó Olat saltando como una fiera á quien acabasen de arrebatar su presa. ¡Ah! Si cree burlarse de mí, verá de lo que soy capaz. Y salió precipitadamente de la sala con la espada en la mano.

Vestida con un largo trage negro y con el semblante cubierto por un velo de luto, Lena se dirijia entre tanto hácia el cementerio donde habian sepultado el ataud de su esposo.

Cuando llegó cerca de la tumba sobre la cual proyectaba la luna á través de las nubes un pálido rayo, Lena se arrodilló, y juntando sus manos con un religioso fervor: «¡Oh mi querido Eric! dijo, muchas veces me has repetido que los que habian estado unidos en este mundo por un sincero amor no se separaban por la piedra del sepulcro. Tú creias que en el seno de la tumba se oian las súplicas y los lamentos de los seres queridos que se dejaban abandonados en la tierra. Yo me llego ahora á tí con esta creencia: estoy sola, sin amparo, traspasada de dolor, é invoco una palabra tuya. ¡Oh! mi querido esposo, si tu corazon no ha dejado de latir, si mis lágrimas pueden penetrar hasta tí, ven en

mi auxilo, respóndeme.

Permaneció silenciosa algun tiempo, y despues dirigió á su alrededor una mirada vaga.

—¡Ay! no, continuó, no debia haber tenido este loco pensamiento. Los lazos que ha roto la muerte no vuelven á anudarse sino en otro mundo. Los habitantes del sepulcro duermen con un sueño que nadie puede turbar. No oigo mas que los suspiros de las ramas de los abedules que parecen llorar conmigo. No veo mas que la fria losa donde están sepultadas todas mis esperanzas, y el cielo que está negro como el luto de mi alma. ¡Oh Dios mio! Cuán dulce me era sin embargo el creer que mi esposo velaba aun al rededor de mí, me observaba en mi pesar, y podia sostenerme con una mano invisible. Y ahora, nada..... nada..... no soy otra cosa que una infeliz, una viuda desvalida y abandonada en tierra estraña á la mayor de sus desdichas. ¡Oh Dios misericordioso! tened compasion de mí.

Diciendo esto, Lena se postraba sobre sí misma y aplicaba el rostro á la tumba como para buscar hasta en las entrañas de la tierra el acento de una voz querida; pero no se oia mas que el ruido de las hojas de los árboles agitadas del viento, y el bramido de las olas del Lougen estrechándose contra las rocas. De repente se estremeció, parecióle que el suelo se movia bajo su cuerpo, y echó ambos brazos á la piedra del sepulcro; y la piedra se levantó. Lena se puso en pie con un temblor convulsivo, y una figura pálida y cadavérica se apareció á sus ojos.

—¡Eric! esclamó con un acento de terror y alegria al mismo tiempo difícil de decir.

—Sí, Eric, repitió el muerto estendiendo hácia ella una de sus descarnadas manos; Eric, á quien una espantosa traicion ha arrebatado á la dicha de nuestro amor y á quien el cielo ha permitido ser testigo de su pesar y oir sus ayes. Vuelve á mis brazos, amada Lena mia, vuelve á mis brazos; mis labios están frios y heladas mis manos; pero mi corazon no ha cesado de palpitar por tí. Ven, pobre y dulce criatura que buscas consuelo en medio de las tumbas, y para quien las puertas de oro de la vida están cerradas. La tumba nunca defrauda las esperanzas de los que han sufrido. A la tumba se llevan solo los pensamientos de amor; déjanse en la tierra todos los vanos temores y deseos.

—¡Oh amado mio Eric! dijo Lena estrechando contra su seno y entre sus brazos el cuerpo helado de su esposo; héte aquí, sí, tú á quien he invocado como última esperanza y último apoyo.

Mis lágrimas y mi amer han vencido el poder de la muerte. Ahora que te poseo, no me abandones: llévame contigo á tu triste mansion; líbrame de una vida desgraciada, y de pronunciar horribles votos.

—¡Desgraciada! esclamó con una voz de trueno Olat, que despues de haber buscado largo tiempo á Lena se dirigió al cementerio y oyó estas últimas palabras. ¡Infame criatura! ¿Asi es cómo cumples tus promesas? Toma: el castigo de tu maldad no se hará esperar.

Y diciendo estas palabras hundió la espada en el seno de Lena.

—¡Alabado sea Dios! dijo Eric; ya no descenderé solo á la tumba.

—¡Alabado sea Dios! murmuró Lena al espirar; me he salvado.

Al dia siguiente fue sepultada en la tumba entreabierta la vispera, la fiel muger al lado de su esposo.

Desde entonces desapareció Olat. Algunos digeron que se habia arrojado al rio: otros que habia marchado á Alemania; pero nadie le volvió á ver ni pudo decir qué se habia hecho de él.

Al presente no quedan en las agradables soledades del Gudbransdal ningun vestigio de las antiguas mansiones del jarl de Hundtorp ni del de Quam. Las dos razas enemigas se han estinguido; pero la risueña comarca cuya tranquilidad turbaban con un odio tan implacable, ha conservado su anterior belleza. En el rigor del estío, mas de un viajero se detiene admirado á la vista de aquellas verdes colinas, y de las tranquilas y modestas habitaciones de sus habitantes. En medio de esta naturaleza tan risueña y tan magestuosa, se oye con placer la leyenda de los dos esposos, y no sin entristecerse se lee la inscripcion de su tumba: *Amor despues de la muerte.*

J. P.

LITERATURA AMERICANA.



La interesante leyenda que publicamos en este número, y otras composiciones líricas que publicaremos en los siguientes, forman parte de una coleccion de poesias americanas inedítas, titulada Brisas del Plata, *que nuestro apreciable amigo el señor don Alejandro Magariños Cervantes, jóven americano ya ventajosamente conocido en aquella parte de América, ha tenido la bondad de franquearnos.*

La expléndida naturaleza americana, los recuerdos y tradiciones de la conquista, la vida de los campos, los acontecimientos contemporáneos, los temores y esperanzas, las ilusiones y desengaños de los que habitan aquellas hermosas cuanto infortunadas regiones, el pasado, el presente, y el porvenir de América, forman el pensamiento de una obra que por su elevacion de miras, novedad, riqueza de colorido y expresion, y otras dotes que recomiendan á su Autor, no puede menos de ser favorablemente acojida por los que no han olvidado que fueron españoles quienes conquistaron á la civilizacion aquellos paises, y que siendo sus hijos nuestros hermanos, su suerte no debe sernos indiferente.

Tambien ha escrito el señor Magariños dos dramas, una novela, y últimamente un Ensayo histórico político sobre las repúblicas del Rio de la Plata, *obra concienzuda y laboriosa que ha merecido la aprobacion y elogios de escritores tan competentes como D. Modesto Lafuente (Fr. Gerundio), D. Serafin Estevanes Calderon, el Dr. D. Antonio R. de Vargas, y otros literatos.*

Publicaremos mas adelante algunos fragmentos de estas diferentes obras, con preferencia á otras materiales, seguros de merecer la aprobacion de nuestros lectores, porque creemos sin lisonja, que el señor Magariños Cervantes es una especialidad en su género, y que por lo tanto serán leidas sus producciones con el interés que inspira la novedad unida al sentimiento poético y á la elevacion de ideas, hijas de la meditacion y del estudio.

MANGORA (1).

(Leyenda histórica. 1530—1532.)

I.

LUCIA MIRANDA.

*(Mangoré, cacique principal de los Timbúes, se aficionó locamente de Lucia Miranda, señora de distincion, hermosa, honesta, y por estremo recatada.—*GUEVARA.)

* * *

Bella es Lucia!... tan bella
Como el espléndido cielo
De la hermosa Andalucia,
Do tuvo su cuna asiento.
Ojos árabes, pestañas
Estendidas como un velo;
Cejas negras, que arqueadas
Hacen su mirar mas tierno;
Nariz aguileña, frente
Dilatada en los estremos,
Medio oculta entre los rizos
Del perfumado cabello;
Graciosa boca, y tan leve

Que apenas se vén los tersos,
Nacarados dientes, cuando
Entreabre sus hechiceros
Finos lábios purpurinos;
Rostro ovalado y risueño
Dó se pintan una á una
Como en un luciente espejo,
Las emociones diversas
Que hacen palpitar su seno:
Y sedoso, transparente,
Con leve matiz ligero
Salpicado el blando cútis
De un sonrosado moreno.

Bella es Lucia!... su porte
Es magestuoso y esbelto;
Su pie, su mano, su talle,
Sus brazos, espalda y cuello
Pueden competir sin duda
Con los que el artista griego
De Médicis en el mármol
Grabó con cincel maestro.
Pero no es, nó, su belleza
Lo que mas conmueve el pecho;
Es su acento indefinible,
Harmonioso, suave, tierno,
Que hasta el corazon penetra
Y le hace latir violento:
Es su mirada inocente
Llena de santo embeleso,
Que cuando se fija en uno
Abierto le muestra un cielo:
Es su trato candoroso
Tan dulce como hechicero,
Que sin pretension ninguna
Cautiva y rinde al momento.
Es la gracia inimitable
De todos sus movimientos,
De sus palabras mas leves,
De su mirar placentero,
De su risa encantadora,
De su bondad, de su esmero
Para complacer á todos,
Si puede sin mengua hacerlo.
Es un *no sé qué* indecible
Que esplicar no puede el verso,
Pero que el alma comprende
E idealiza en el momento,
Conservándolo grabado
En caracteres de fuego;
Pues si intenta traducirlo
En el idioma terreno,
Conoce que inesplicable,
Aunque sublime y escelso,
Entre Dios y los mortales
Es todavia un secreto.

Casi niña todavia
Dijo adios al patrio suelo,
Para seguir el destino
De el esforzado guerrero
Con quien la ligaban dulces
Los lazos del himeneo.
Dotada de un alma fuerte
Y un corazon noble y tierno,
Quiso compartir sus glorias,
Sus penas y contratiempos,
Y partió con él á América,
Donde el gran Monarca Ibero,
Enviaba los soldados
Mas valientes de su imperio,
Para que le conquistasen
Con su espada un mundo entero.

Pero, ay! repetidas veces
La hermosura es don funesto!
Esa muger hechicera
De gracias y amor portento,
En mas de un alma sensible
Encendió criminal fuego.
La amaron, sí, mas ninguno
Con un delirio tan ciego,
Con un ansia tan vehemente,
Con un amor tan frenético,
Como el cacique Mangora;
Indio audaz, malo y soberbio,
Que en su arrogancia salvaje,
Se figuraba altanero,
Que en el mundo debia todo
Postergarse á sus deseos,
Porque siempre que encontrára
Obstáculos á su empeño,
Para conseguir los fines
No se paraba en los medios,
Segun las crónicas dicen
Y autores de mucho peso (2)
De quienes los hechos tomo,
Reservándome el derecho
De interpretar á mi modo
La razon y causa de ellos.

II.

Los dos hermanos.

(Persuadió al otro cacique su hermano, que no les convenia dar la obediencia al español tan de repente, porque con estar en sus tierras, eran tan señores y absolutos en sus cosas que en pocos dias les supeditarian todo, como las nuestras lo decian..... Para cuyo efecto su parecer era que

el español fuese destruido y muerto, y asolado el fuerte, —Ruiz Diaz.)

* * *

El crepúsculo dudoso.
De la noche se disipa,
Y ya asomando radioso
Deshace el sol la neblina,
Que como nocturno manto,
Trémula envuelve y oscila
En la sien de las montañas
Que allá al Occidente brillan,
Como gigantes dormidos
Encima de una *cuchilla.* (3)

Y tambien allá á lo lejos,
En una loma estendida,
Avanzado centinela
De las armas de Castilla,
El fuerte de Sancti-Spíritus
Solitario se divisa
Por encima de los bosques
Y de las rocas vecinas,
Siempre al combate dispuesto,
Alzando la frente erguida.

Algunos pocos valientes
Iberos allí se abrigan;
Los únicos que en el Plata
En aquella época habia,
Y que dejára Gaboto
Del *Carcañal* (4) en la orilla,
Cuando esplorado el gran rio
Que á Solis costó la vida,
Volvióse á España á dar cuenta
De lo que en él se escondia,
Y traer nuevos refuerzos
Para seguir la conquista.

Allí se oculta la bella,
La encantadora Lucia;
Allí feliz, halagüeña
Su existencia se desliza,
Resguardada por su esposo
Y los demas que le envidian.

Mas ay! que llorando ahora
El sol la encuentra y se eclipsa
Por no mirar en su rostro
El pesar que la domina,
Y la dá, mal que le pese,
Una espresion mas divina.
En el torreon mas alto
Del castillo está subida,
Y en un buque que se aleja.
Clavada tiene la vista,
Empañadas por el llanto
Sus bellísimas pupilas,
Haciendo con el pañuelo
Señales de despedida,
Y en voz baja repitiendo:
« Vuelve pronto, vida mia,
« Esposo caro del alma,
« Dulce vida de mi vida.»

Y abatida, silenciosa,
Embebida en su desdicha,
En el pretil pone el codo
Y en la mano la mejilla,
Y tristemente los ojos
En las turbias olas fija,
Siguiendo la nao que baja
El rio con violentísima
Carrera, por las corrientes
Y los vientos impelida.

Y mientras ella anhelante
Se queja, llora, suspira,
A poca distancia, ocultos
En la arboleda vecina,
Al pie de un robusto *Ombú* (5)
Solos dos hombres platican,
Cual si ejecutar debiesen
Algun proyecto homicida;
Y sentados en el tronco,
Al través de sus hendijas,
De cuando en cuando señalan
Al castillo, y luego fijan
Los ojos centelleantes
En la nao, y en la divina
Muger, que en el torreon
Bañada en llanto la mira.

Mangora y Siripo eran
Que acechando la partida
De la nave, preparaban
De los hispanos la ruina.

Despues de algunos instantes
De silencio, alzó la vista
Siripo y asi á Mangora
Habló con voz conmovida,
Mientras él con voz airada
Pausado le respondia.

Siripo.

—Estás bien resuelto, acaso
Te arrepentirás mas tarde?

Mangora.

—Antes que toque en su ocaso
—El sol que allí vés, mi brazo
Te dirá si soy cobarde,
Y si me sobra entereza.

SIRIPO.

—La gente española es fuerte,
Y fuerte la fortaleza!

MANGORA.

—Y yo arriesgo mi cabeza
Por mi amor, venga la muerte!
Si, venga la muerte impia,
Que la muerte no me espanta;
Y tiemblo ante el agonia
Que destroza el alma mia
Con pena y angustia tanta!
No sabes tú, hermano mio,
Cómo se sufre y se llora,
Cuando único, eterno, impio,
Un pensamiento sombrio
Alma y corazon devora.
No sabes tú, caro hermano,
Todo el dolor y aflixion
De un desengaño inhumano,
Royendo como un gusano
Fibra á fibra el corazon!
Tener en el pecho ardiente,
Escrito en letras de fuego
Su desden, y su insolente
Desprecio abrumante, y ciego
Cada vez mas tiernamente
Amarla, no, idolatrarla,
Con amor, no, con delirio;
Como á una deidad mirarla,
Y siempre, oh Dios, contemplarla
Riendo de mi martirio!
Y siempre volver á ella
Cuanto mas tirana y cruel,
Y con amante querella
Hasta el polvo de su huella
Besar mas rendido y fiel.
Y entretanto que destroza
Su altivo desden el pecho,
Contemplar cuan satisfecho
Otro hombre sus gracias goza
Y parte su ansiado lecho!
Esta no es vida, no es vida,
Es infierno anticipado!
Siripo, tú no has amado,
Ni sientes, no, comprimida
Tu rabia en el pecho airado!

SIRIPO.

Hay otro amor en mi pecho
Mas elevado y mas puro,
Y ha mucho tiempo que acecho
El instante en que seguro
Haga valer mi derecho.
A tu voz, noble Mangora,
Del letargo desperté,
Siento renacer mi fé,
Y como tú, digo ahora
Lo que á mis bravos diré.
La patria en grillos implora,
A gritos pide venganza;
Otra nacion opresora
La ensangrienta y la devora
Sin que se eleve una lanza!
Y para colmo de horror
Nos brindan su yugo horrendo:
Basta ya de deshonor!

LOS DOS.

—Si: muramos combatiendo
Por la patria y el amor!

En brazos uno del otro
Se arrojaron:—las mejillas
Empapadas por el llanto
Que arranca á veces la ira,
La desperacion ó el choque
De alguna pena vivísima;
De aquellas que, cuando hirviendo
Al corazon precipitan
La sangre toda que arde
En las venas encendida,
Como un rio desbordado
Que salva la opuesta orilla,
Hacen brotar por los ojos,
En lágrimas convertida,
La hoguera que dilatándose
No cabe en el alma altiva.....

III.

LA EMBOSCADA.

Y asi luego se juntaron por órden de sus caciques mas de 4,000 indios, los cuales se pusieron de emboscada..... RUI DIAZ.

* * *

En torno de un ancha hoguera
De opaca y cansada lumbre,
Que refleja en la techumbre
Su luz parda y desigual,
En varios cercanos grupos
Están los *Timbús* sentados,
Ora tristes, ora airados,
En conciábulo infernal.

En su rústica morada
No hay dorados veladores,
Ni campean los primores
De alto lujo femenil:
Con barro tan solo y cañas
Su mano la ha fabricado,

Sin que haya necesitado
Mármol, cedros, ni marfil.

Resuena el viento zumbando
Por millares de hendiduras,
Cual suele en las sepulturas
Nocturna voz resonar;
Y entre la turba angustiada
Se oye solo algun suspiro,
Al rojo, chispeante giro
Que hace la llama al vibrar.

Todos estan silenciosos,
Todos estan abatidos,
Por el pesar oprimidos,
Luchando con un temor;
En vano intentan algunos
Dar alivio á su quebranto,
Ya la rabia, ya el espanto
Apagan su débil voz.

Y á las rojas llamaradas
Con que el fuego centellea,
Traza tan horrible y fea,
Tan infernal espresion,
El atezado semblante
De los salvajes adquiere,
Que no le iguala el que muere
En honda desperacion.

Se vé su semblante cárdeno
De la hoguera á los destellos,
Entre sus largos cabellos
Ocultarse con doblez;
Y llevar la seca mano
Como quien duda y vacila,
A la encendida pupila,
Convulso el labio tal vez.

Y prestar luego el oido
Como quien atento escucha,
Al mismo tiempo que lucha
Con doble, encontrado afan:
Y de venganza el deseo
Y el terror que le anonada,
Reflejarse en su mirada
E irresoluto ademan.

Y esconder en las rodillas
La desgreñada cabeza,
Como quien se humilla y reza
Para su miedo vencer;
Y supersticioso implora
Los mentirosos agüeros
De brujas y de hechiceros,
Sectarios de Lucifer.

Y levantar poco á poco
La pálida frente mústia,
Y decirse con angustia
Y á media voz: «Suerte cruel
Nos aguarda en el castillo
Esta noche..... si el cristiano
Tiene al Valichú (6) en su mano
Para qué luchas con él?

«Para qué cuando en nosotros
Su sed de sangre no ceba,
Ir á su terrible cueva
A provocar al Leon?
Para qué herirle, insensatos!
Si á su alarido de guerra,
Rota en mil partes la tierra
Nos tragará su esplosion?...»

En esto, cual misteriosa
Negra aparicion que espanta,
Envuelto en rayada manta
Un hombre pisó el dintel.
Era alto: rogizas plumas
La ancha frente le adornaban,
Pero sus ojos brillaban
Con una espresion mas cruel.

Mangora! dijo uno, y todos
Mangora! á la vez dijeron,
Y de pie todos le hicieron
Profunda salutacion.
Y el intrépido caudillo,
Sin dar un paso adelante,
Los contemplaba arrogante
Con ira y satisfaccion.

Y asi estuvo largo rato
Sin marchar ni abrir la boca,
Como amenazante roca
Que ya en el aire se vé;
Como hambriento *jagüar*
Sobre la puerta en acecho;
Hasta que al fin satisfecho
Alzó de repente el pie,

Pasó el umbral, y lanzando
En redor una mirada,
Con feroce carcajada,
Ardiendo un tizon tomó,
Trazó un circulo en la tierra,
Y en misterioso lenguaje,
Asi á la turba salvage
Casi frenético habló:

«Aqui en acecho..... y apenas
Os dé Siripo el aviso,

Acometed de improviso
Que todos, todos caerán»!
Y salió de allí en seguida
Devorando sus enojos,
Atrás volviendo los ojos
Con irritado ademan.

IV.

La orgia.

Salió el Mangoré con treinta mancebos muy robustos, cargados de comida, pescado, carne, miel, manteca y maiz, con lo cual se fue al fuerte, donde con muestras de amistad lo repartió, dando la mayor parte al capitan y oficiales, y lo restante á los soldados, de que fue muy bien recibido y agasajado de todos, aposentándole dentro del fuerte aquella noche. (Rui Diaz.)

* * *

De allí á unos instantes, en una gran sala,
Indios y españoles reunidos están,
Brindando en tumulto por la union y gloria
De las dos naciones que hermanó la paz.

Ruedan las botellas, se chocan los vasos
Llenos de espumoso, pérfido licor,
Y en estrepitosos brindis que no acaban,
Alzan embriagados á un tiempo la voz.

Porque tras las ansias del dolor ó el hambre,
Si propicio el cielo nos escucha al fin,
Abusamos siempre de los dones puros
Que su Providencia nos reserva aqui.

Y por eso ellos olvidar querian,
Gozando hoy felices, el dia de ayer,
Y en fastuosa mesa, con risas y bromas
Ahogar en el vino su tormento cruel.

Puesto que encerrados en débil castillo,
Dó en vano flamea de España el pendon,
Su real dominio se limita apenas
Al breve terreno que el muro abarcó.

Sin ningun apoyo, de víveres faltos,
Estan ya cansados de esperar allí;
Pues sus compañeros en audaz empresa
Quisieron adentro de las tierras ir.

Y ellos no podian quebrantar su órden
Dejando aquel punto por otro mejor,
Ni internarse adentro, ni trabar contiendas
Con la grey adusta que el monte ganó,

Desde que sintiera retumbar el trueno
Vomitando esferas de rogiza luz,
O tal vez de intento para que no hubiese
Sometido á ellos un solo *Timbú*,

Que pudiera darles relacion sucinta
De aquel misterioso, sombrío pais,
Ni indicar los puntos donde habia abundantes
Indígenas frutas, ganado cerril.

Ese era el motivo por qué los ibéros
Ya el hambre sentian en todo su horror,
Y á salir al campo no se resolvian,
Mirando emboscada do quier la traicion.

Pero ahora un cacique de infausto renombre,
Que ya de emisario viniera otra vez,
Con víveres frescos y dulces bebidas,
Treinta indios cargados depone á sus pies.

Y luego insinuante, con rostro halagüeño,
Les habla afectuoso de union y de paz,
Diciendo que todo su pueblo reunido
Queria alianza con ellos formar.

A tan generosa, magnánima oferta,
Lara que era el gefe, las gracias le dió,
Prometiendo en nombre de su Rey y tropa
Cumplir su promesa, cual noble español.

Y ya entusiasmado, lleno de alegria,
Para mas probarle su amistad asi,
Afable le ruega que dentro el castillo
Con sus compañeros se quede á dormir.

Pues ellos querian obsequiar atentos
Al primer amigo que les brinda union.....
Ay! un alma noble que no abriga engaños
Nunca de antemano la maldad previó!

Por eso, insensatos! sin recelo alguno,
Beben delirantes hasta la embriaguez,
Y no ven las letras que invisible mano
Grava misteriosa sobre la pared!

Por eso anhelosos, con trémulo acento,
A veces preludian un canto de amor,
O en estrepitosos brindis que no acaban
Alzan embriagados á un tiempo la voz.

Su acento y mirada revelan no obstante
Algo incomprensible que no es natural:
Hay en sus acciones, algo de violento,
Porque de repente durmiéndose van.

Y sus ojos brillan con fulgor incierto,
Como poseidos de estraño pavor,
Y un sudor helado sus mejillas surca,
Hasta que les falta la respiracion.

Mientras la mirada del cacique, torva,
Fascinante y fija, cual la de un reptil,
Sigue ansiosamente los efectos varios
Que su maleficio llegó á producir...

Y cuando ya todos exhaustos, rendidos,
Doblaron al pecho la pálida faz,
Paróse de pronto con aire triunfante,
Satánica risa dejando escapar.

Entonce sus indios á un gesto que él hizo,
Por una ventana dejaron caer,
La escala de cuerdas que oculta traian,
Debajo el plumage que forma su tren.

Y un hombre—Siripo—bajó velozmente,
Y al punto Mangora tomando un tizon,
«Guardad ese puesto» le dijo á los suyos,
Y abriendo una puerta desapareció.

V.

La Sorpresa.

...*«reconociendo el traidor que todos dormian, escepto los que estaban de posta en las puertas, aprovechándose de la ocasion, hizo seña á los de la emboscada, los que con todo silencio llegaron al muro de la fortaleza, y á un tiempo los de adentro y los de afuera cerraron con los guardas y pegaron fuego á la casa de la municion.....* (Rui Diaz.)

«Y entrando al fuerte todos se arrojaron sobre los Españoles: los mas fueron prevenidos antes de tomar las armas: pocos las empuñaron y tuvieron glorioso fin con muerte de sus enemigos.—(Guevara.)

* * *

De repente el centinela
¿Quien vive? dos veces grita,
Y á la tercera, alarmado,
El arcabuz amartilla,
Y á un grupo que ve acercarse
Apunta resuelto y tira;
Un alarido tremendo
Le responde, y griteria
De inmensa chusma que avanza
En doble, apiñada fila.
Inquieto vuelve los ojos,
En redor tiende la vista,
Y ve parte del castillo
Presa de llama homicida,
Que por instantes creciendo
En rojos círculos gira:
Entonces la guardia siente
Que corre adentro y le grita:
«Traicion! traicion! defendamos
«De nuestros gefes las vidas!

En efecto, los salvajes,
En redoblada cuadrilla,
Con los españoles, dentro
Cuerpo á cuerpo combatian:
Pues el narcótico aleve
No obró como presumian;
Lara y sus demas valientes,
Cual si una mano divina
Les tocase, despertaron
Ardiendo el pecho de ira,
Cuando escucharon el tiro
Del centinela que huia.

Al instante, valerosos
Sobre la hueste enemiga,
Sable en mano se arrojaron
Sin volver atrás la vista.
Muchas cabezas volaron
De sus troncos desprendidas,
A los primeros mandobles
De sus diestras vengativas.
Entremezclada la sangre
El suelo empañó rogiza,
Salpicando las paredes,
Y en mil figuras distintas,
Impresas dejando en ellas
Señales del agonia
Del mísero que, postrado
Por ancha mortal herida,
Sobre ellas, bamboleándose
Pasaba sus manos frias,
Dejando por todas partes
Sangrienta huella maldita,
De las ansias que apurára
Antes de rendir la vida.

En lo horrible de la escena
Mucho de *sublime* habia.
Figuraos una gran sala
Por la multitud henchida,
Que en las tinieblas se busca
A la claridad rogiza,
Que á intervalos, serpeando
En las ventanas oscila,
Y los objetos cercanos
Rapidísima ilumina.

Figuraos aquellos hombres
Ciegos de miedo ó de ira,
Cerrándose á cuchilladas
Sin saber á quien herian.
Figuraos las maldiciones,
El estruendo y griteria,
Los lamentos y plegarias,
Y las voces confundidas
Que víctimas y verdugos
Arrojaban en la liza;
Mientras el eco sonoro
Pausado las repetia,
Y las llamas trepadoras
Que el edificio envolvian,
Protejidas por el viento,
Que ronco y airado silva,
Penetran por las ventanas
Y los cercan homicidas.

En ese instante Mangora,
Que vé su empresa fallida,
Y que el triunfo se le escapa
Porque los suyos vacilan,
Seguido de Oviedo y Perez
Al noble Lara divisa,
Que se abre paso valiente
Y á sus soldados reanima.

A tal aspecto, furioso,
Hacia él se precipita,
Alza su clava y veloz
Como tigre mal herida,
Que se lanza al cazador
Que sus cachorros le quita,
De un salto á su retaguardia
Se coloca, y en seguida
La deja caer certero
Con tal vigor y pericia,
Que casi á un tiempo rodaron
Oviedo y Perez sin vida.
Vuélvese Lara, mas antes
Que el golpe fiero aperciba,
Siente en el cráneo una mole
Que le abruma, le fatiga,
Y posándose en su frente
Le hace caer de rodillas:
Pero antes que el postrimero
Suspiro exhale, se afirma
Con la siniestra en el suelo,
La diestra y el cuerpo inclina
Hacia adelante, y muriendo,
Hasta el pomo, vengativa,
En el pecho de Mangora
Esconde su espada invicta.

Cayeron los dos: y entonces
Los españoles sin guia,
Pocos y desanimados,
Sin amparo ni salida,
Sucumbieron á los golpes
De Siripo y su cuadrilla,
Que por vengar á Mangora
Y á su nacion oprimida,
Implacables no dejaron
Ni siquiera uno con vida.

Sin embargo, perdonaron
A sus mugeres é hijas,
Que enderedor del castillo
Corrian despavoridas:
Y en torno de él agrupados
Con los niños y cautivas
Le ven arder, cual dudando
Si fue su mano atrevida
Quien mató sus defensores
Y le redujo á cenizas.

Las prisioneras en tanto
En el suelo se arrodillan,
Y por sus esposos muertos
A Dios con fervor suplican,
Cubriendo de tiernos besos
A las prendas desvalidas
De su amor desventurado,
Puro aun y sin mancilla...
Pero ninguna de ellas
Tanta compasion inspira,
Como la causa del daño,
Como la hermosa Lucia,
A quien Siripo contempla
Y cariñoso suplica,
Que enjugue su amargo llanto
Y no piense en su desdicha,
Porque él la aprecia, la quiere,
Y la amará sin medida...

Y cuando la luz naciente
Del sol anunciara el dia,
A la claridad mortuoria
De las llamas casi extintas,
Humeando pavoroso
Entre nubes amarillas,
Como lúgubre cometa
Que alguna desgracia indica,
El que un tiempo fue castillo.
Ahora cenizas y ruinas,
Presenta una fiel imagen
De la humana frágil dicha.

VI.

MANGORA.

Con la muerte de este capitan fue luego ganada la fortaleza, y toda ella destruida sin dejar hombre á vida...—(RUI DIAZ.)

* * *

Murió Mangora, como muere el bravo
Que no tolera la opresion servil;
Murió Mangora, de la patria mártir,
Rompiendo sus cadenas en la lid.

No importa que encendiera su cabeza
La pasion criminal de una muger,
Y del amor la fiebre matadora
Despertára su indómita altivez.

Con firme pecho, con robusto brazo
El á su empresa se arrojó, y audaz
Con su sangre selló su juramento,
Y nos legó una página inmortal.

Advenediza turba amenazaba
Sepultar en oprobio su nacion,
Y robarles sus hijos y mugeres
En nombre de sus reyes y su Dios.

Protejida del rayo, anonadando
En su carrera la indefensa grey,
En sus verdes llanuras levantaba
Los muros que afianzaban su poder.

Y si otros pueblos débiles sufrian
Con paciencia su vil degradacion,
Ellos debian inclinar la frente
Y caer de rodillas á su voz?

Ellos podian contemplar serenos
A sus verdugos levantando allí,
Las murallas y fosos que mas tarde
En mazmorras sabrian convertir?

No, Dios Eterno! no, antes que todo
La independencia de los pueblos es,
Y aunque sean salvages, nadie tiene
Derecho de robársela cruel.

Nadie tiene derecho de imponerles
Un yugo de oprobiosa esclavitud;
—El mundo no es la herencia de una raza—
Dios á todas dispensa vida y luz!

Por defender los ultrájados fueros,
Por salvar á la patria de opresion,
Todo medio por malo que parezca
Es justo, permitido, y no traidor.

Poco importa el motivo que arme el brazo
Del valiente que se alza colosal,
Y cuando todos tiemblan, él les muestra
La senda del honor y heroicidad.

Hay algo de grandioso y sobrehumano
En esa abnegacion de la virtud,
Que se ofrece gustosa al sacrificio
Imitando el ejemplo de Jesus.

Y si el noble cacique alimentaba
Escondida en su pecho una pasion,
En su mente sin duda imaginára
Realizar ese sueño encantador.

Pues la vida con nítidos celajes
Bajo un cielo de rosa y azahar,
Mas bella en su ilusion le pareciera
Mas digna de gozarla en dulce paz.

Pero una voz profética en su oido
Resonó como un eco vengador,
Y al grito de la patria despertando
Su abrumante letargo sacudió.

Y primero que nadie en su delirio
El llegó su proyecto á concebir,
Mucho antes que Siripo sin saberlo
Le hablase con aliento varonil.

Mangora no era vil... mas no podia
Frente á frente vencer, entonce audaz
Colocó su cabeza en la balanza
Y por peso su amor y libertad.

Y el arrojo y valor con que sereno
Su peligrosa empresa realizó,
Probaron que en el pecho del amante
Se abrigaba un patriota corazon.

Y probaron tambien á lo que alcanza
La venganza de un pueblo, si con él,
Valeroso se encuentra un hombre solo
Que sepa su destino comprender.

Un ciudadano fuerte que no tema
Cual Mangora, en su empresa sucumbir,
Y que grande y altivo mártir muera
Rompiendo sus cadenas en la lid!

---

(1) Los historiadores no escriben del mismo modo el nombre de este cacique: Rui

Diaz y Azara le llaman *Mangoré*; Guevara y Alvear, *Marangoré*; Funes y otros, *Mangora*. Hemos preferido este último nombre, porque nos ha parecido mas armonioso y facil.

(2) Vide.=Rui Diaz de Guzman.=Argentina.=Lib. I cap. VII.

Guevara.=Historia del Paraguay &c. Lib. II cap. II.

Azara.=Descripcion é historia T. I. cap. V.

Funes.=Ensayo sobre la historia &c. Lib. I cap. II.

(3) *Cuchilla.*=Se dá ese nombre en el Rio de la Plata á pequeñas montañas y circumbalaciones del terreno que corren en una misma direccion.

(4) *Carcañal.*=Corrupcion de la palabra guarani *caracarañá*, que significa *rio listado de caracarás*, aves de rapiña, parecidas á los halcones, que graznan repitiendo esas palabras.

(5) El *Ombú* es sin disputa el gigante de las selvas americanas: hay algunos cuyo tronco no pueden abarcar diez hombres estendiendo los brazos. Los años y las lluvias suelen formar en dicho tronco espaciosas cuevas, donde á veces viven animales, y se guarecen los viajeros en las tormentas. Es muy frecuente encontrar *Ombues* taladrados, como el que da origen á estas líneas, ya por la mano del hombre, ya por la de la naturaleza

(6) *Valichú.*=Segun nuestros indios, es el genio del mal que en todas partes está: aunque le agrada ocultarse en el seno de las nubes, en el fondo de los volcanes, en los cañones de las armas de fuego &c., asi cuando truena, relampaguea, ó cae un rayo, cuando estalla un volcan, les hiere una bala, ó les postra una enfermedad cualquiera, conjuran al Valichú para que los deje en paz, pues que él únicamente es la causa de todo lo malo que les sucede, hasta de las cosas mas insignificantes. Sobre este particular es digno de leerse el Diario de la espedicion á la Sierra de la Ventana, por el coronel don Pedro Andres Garcia.=Col de Angelis T. IV.

Maldonado.=Diciembre =1846.

LA CRUZ PESADA.



Un carácter envidioso y descontentadizo es para el hombre un manantial perenne de disgustos y padecimientos; es un veneno que acibara sus mas dulces goces; una espina clavada en el pie que le punza cruelmente á cada paso que da en la vida.

Roberto Hope y Samuel Hullins, vivian en en una misma casa, pared por medio, hacia mas de 12 años; y probablemente hubieren vivido siempre en buena armonía, si Samuel, sirviendo á las órdenes de Nélson en el combate de Trafalgar, no hubiera ganado á costa de una pierna una limitada pension que le concedió el gobierno. Esta pierna de menos y esta pension de mas eran para Roberto un motivo perpétuo de envidia: acusaba á la suerte de haberle conservado sus dos piernas, quejándose amargamente á Dios de que no le hubiese proporcionado ocasion de vender sus piernas al mismo precio que Hullins. Siempre que iba á pagar el alquiler de su casa, repetia murmurando que su vecino era bien afortunado, puesto que el Rey le pagaba una buena pension, mientras que él, pobre diablo, tenia que pasar por mil apuros para verse libre de acreedores á fin de mes. Al principio se hacia estas reflexiones Roberto solo de vez en cuando; mas poco á poco fue creciendo su disgusto hasta un punto tal que llegó á ser su pesadilla contínua.

Habiéndose retrasado una vez entre otras varias Roberto en el pago de dos mesadas, se dirigia á casa de Mr. Taylor á satisfacerlas y á escusarse de su demora, cuando se halló con su vecino Hullins, que puntual como un reloj, acababa de pagar la suya corriente, por lo que el casero le despedia haciéndole los mayores ofrecimientos. Tan mal efecto produjeron estos en Hope, que al contestar con un leve movimiento de cabeza al saludo de Samuel, le echó una mirada semejante á la de un toro furioso que presenta á un perro los cuernos. Luego que Roberto entró en el despacho de monsieur Taylor, no dejó éste de reconvenirle por su tardanza, citándole por modelo á su vecino, que con la mayor exactitud pagaba hasta el último ochavo.

—Sí, sí, murmuró Roberto; los hay que nacen en pie, y Hullins fue uno de ellos: no estraño yo que pague con puntualidad, gozando de una pension como la que le da el gobierno.

—Hullins disfruta de una pension ciertamente, replicó Mr. Taylor; pero su achaque es una cruz harto pesada, de la que en su lugar creo os quejariais mucho mas.

—¿Quejarme yo? Si hubiese tenido la suerte de quedarme sin una pierna hace 20 años, ahora seria yo el hombre mas dichoso. ¿Qué digo una pierna? Al precio que él, hubiese vendido mis cuatro remos. ¿Y llamais cruz pesada su pierna de palo? Por mi parte creo que su pension se la hará bien ligera. ¡Cáspita! La cruz mas pesada que yo conozco es la de tener que trabajar noche y dia para poder pagaros.

Mr. Taylor era hombre de genio alegre, pero observador en estremo: asi es que habiendo echado de ver la predisposicion de Roberto á la envidia, quiso tantearle dán-

dole una leccion que le hiciera ver que para un carácter como el suyo, la carga mas leve se convertiria bien pronto en un peso insoportable.

—Veo, le dijo á Hope, que teneis una admirable disposicion para hacer nada: sea en buen hora, voy á eximiros de esa precision de trabajar en que os veis para pagarme. Suponeis que la cruz de vuestro vecino Samuel es bien leve: ¿quereis aceptar una infinitamente menos molesta que os propondré, y me comprometo á no exigiros alquiler alguno mientras que la lleveis?

—Pero..... ¿qué clase de cruz tratais de echar sobre mis hombros? preguntó sonriendo Roberto, temeroso de que no fuese la propuesta aceptable.

—Esta, contestó Mr. Taylor cogiendo un pedazo de yeso y haciéndole con él una cruz en la espalda: en tanto que la lleveis visible asi como está; me obligo á no exigiros nada.

Figuróse al pronto Hope que su casero queria chancearse, mas viendo cuan serio hablaba:

—Por San Jorge, esclamó, bien podeis decir que esta es la última vez que os pago, pues estoy resuelto á llevarla mientras viva.

Marchóse en seguida Hope, dándose el parabien á sí mismo por su suerte, y riéndose por el camino de la locura de Mr. Taylor, que á tan poca costa le libraba del pago de la renta. Jamás estuvo de mejor humor que en el momento de entrar en su casa, al revés de lo que sucedia siempre: asi es que nada halló sobre qué regañar, y pudo acurrucarse su pero entre sus pies sin que esta prueba de familiaridad le costase un puntillon. Como el bueno de Roberto fue á sentarse al instante, no reparó su muger al principio en la cruz blanca que llevaba en la espalda; mas habiendo pasado detras de él para dar cuerda al reloj de pared, esclamó de repente con su voz penetrante y chillona:

Eh, Roberto, ¿dónde has estado? Tienes en la espalda una cruz de media vara de largo. ¡Ya! vendrás de la taberna, y alguno de tus amigos, tan ébrio como tú, se ha divertido en señalarte asi para que te tengan por simple. Sepárate un poco, que voy por el cepillo para borrarte esa cruz.

—¡Atrás! gritó Hope esquivando con prontitud el cuerpo: mi ropa no te necesita para nada: cuida de tu calceta, y déjame en paz.

—No será mientras yo viva, esclamó con aspereza mistres Hope! yo no quiero que mi marido sea la irrision del pueblo; y aunque para ello sea preciso rasgar esa casaca, he de poder poco ó he de borrarla.

Y al decir esto, pugnaba con todas sus fuerzas por acepillar la espalda de Roberto; mas éste, que sabia que con su muger toda resistencia era inútil, echó á correr, cerrando tras sí la puerta con violencia.

—¡Qué furia! murmuró al alejarse: si se hubiese valido de otros modos, yo la habria revelado la gran fortuna que se nos ha entrado en casa; pero por su génio no merece que se lo diga.

—¡Hola, eh, Roberto! gritó el viejo Fox al verle dar la vuelta á la esquina de su casa; ¿por qué llevais esa cruz blanca en la espalda?

—Maldito lo que os importa, contestó insolentemente Hope sin pararse.

—Aguardaos si quereis, Sr. Hope, le dijo Patly Steevens, la hija de la pescadora; aguardaos un poco, y os quitaré esa cruz tan grande que llevais.

—Anda á vender tus arenques, holgazana, respondió Roberto, y deja en paz al que pasa por la calle.

La pobre muchacha, enteramente desconcertada al verse tratar así, corrió á la tienda á refugiarse al lado de su madre.

En este momento pasaba Hope por delante del carnicero, que en el umbral de la puerta hablaba con el herrador su vecino.

—A tiempo venis, compadre, dijo este á Roberto deteniéndole, y se puso á tratar con él en particular de sus asuntos; mas no bien habia empezado, cuando llevada de la curiosidad inherente á las viejas, Peggy Turton, que contaba no pocos inviernos, se llegó á ellos con su manto de colorines y su delantal azul:

—¡Jesus, Jesus, Sr. Hope! le dijo riendo; podeis servir de muestra en el bodegon de la Cruz blanca.

—Y es verdad, esclamó el carnicero echándola de ver cuando aquel se volvia para contestar á la vieja; bien se suele decir que tras de la cruz va el diablo.

—Su muger le habrá puesto esa marca, observó el herrador, por si acaso llega á perderse.

Hope conoció que para librarse de los dichos de la vieja y de las chanzonetas del herrador y el carnicero, solo restaba un

arbitrio, que no tardó en adoptar, desocupando el puesto, no sin llamar antes bruja á la buena muger, y vagamundos á los otros; pero la cruz empezaba á pesar sobre sus espaldas mas de lo que él se habia figurado. Por lo demas, el infeliz Roberto parecia destinado aquel dia á desagradables encuentros, porque no bien habia dado algunos pasos, se halló enfrente de la escuela en el momento de acabar la clase. Salian pues de ella los muchachos, dispuestos como siempre á no desperdiciar ocasion de hacer diabluras. Al ver aquella infantil falange se apoderó de Hope tan terrible inquietud, que como prudente quiso retroceder para evitar su encuentro; mas ya era tarde: un rapazuelo acababa de observar su malhadada señal, y por consiguiente de enseñarla á otros, cundiendo entre los demas con una rápidez eléctrica, lo que bastó para que le rodeáran todos, acompañándole con un concierto de silbidos, en el que (preciso es confesarlo) se esmeraba cada cual por sobrepujar á los otros.

—¡Mira, mira! esclamaba uno; parece un borrego destinado al matadero.

—No, hombre, contestaba otro; acaba de cruzarse, porque irá á Palestina.

—O será víctima destinada al sacrificio.....

Y los silbidos y gritos se sucedian cada vez con mas fuerza, acompañados de alguna piedra ó troncho.

Bufaba Hope de cólera como un toro acosado por los perros, y tal vez se hubiese vengado cruelmente de sus imberbes perseguidores á no tener presente su número. Por fortuna suya, en aquel instante apareció el maestro Mr. Jhonson á la puerta, y su presencia bastó para que los amotinados cesáran de hostilizarle. Roberto se dirigió al punto á su encuentro para quejarse de que sus discípulos eran insolentes, y reclamando para ellos un ejemplar castigo. Mr. Jhonson le respondió, que sin que fuese en modo alguno su ánimo alentar la audacia de los muchachos, que él reprobaba de todas veras, no podia menos de estrañar que un hombre sensato llevára aquella cruz, causa del desórden de los escolares.

—¿Qué os importa esta cruz? replicó Roberto con tono áspero; ¿no puedo hacer con mi cuerpo lo que mas me acomode?

Limitóse el maestro á saludarle, sonriéndose de lo que él miraba como una imbecilidad, y Hope prosiguió su camino; pero agobiado cada vez mas con el peso de la cruz que adornaba su espalda, empezó á reflexionar que no era tan fácil como al principio creyera verse esento de pagar á Mr. Taylor, concluyendo por hacerse esta reflexion á sí mismo: si tanto le acosaban ya aquellas bromas, ¿qué seria en cuanto se divulgara por el pueblo la causa de tal rareza? Mientras asi discurria, llegó cerca de la taberna: iba á pasar de largo, cuando echó de ver á algunos pasos á Mr. Taylor en persona, y por la acera opuesta á su vecino Hullins con su pata de palo, hablando con el carpintero Harry Stoke. Era este el gracioso del pueblo, y por nada en el mundo hubiese querido Hope que le bromease á presencia de Hullins. Para evitar pues sus chanzonetas, no tuvo mas recurso que guarecerse en la taberna; pero no bien advirtieron los concurrentes su malhadado distintivo, cuando le cogieron por su cuenta, zahiriéndole y bromeándole de tal suerte que sacaron á Hope de sus casillas, y promovieron un escándalo tal que la tabernera, temiendo una reyerta séria en su casa, hizo que sus criados le echasen á la calle. Aburrido Hope, sin acordarse ya de que cuando salió de su casa fue con el objeto de ir á un pueblecillo inmediato á hacerse cargo de una obra que le proponian, y trastornado enteramente con las pullas del viejo Jox, Patly Steevens, el herrador, el carnicero, Peggy Turton y los escolares, se decidió á regresar al hogar doméstico con la esperanza de hallar en él un reposo que tanto apetecia.

¿Habeis visto alguna vez en el mes de Setiembre un perdigon, aliquebrado por un cazador, cómo huye de medio lado procurando ocultarse entre los rastrojos? Tal parecia Roberto al volver á su casa, situada al otro estremo del pueblo. A veces redoblaba el paso como si temiera que le dieran alcance, otras por el contrario le acortaba, empleando una hora en mover cada pie por no adelantarse á alguno que le precedia: tan pronto iba por el camino como por los sembrados; ya se arrimaba á los arbustos y setos de zarzas, ya se ocultaba junto á una tápia, esquivando las miradas, semejante al gitano que acaba de robar un pollo de una alquería y teme que se aperciban del hurto. En aquel momento era para Roberto la cruz de un peso insoportable.

Despues de mil trabajos llegó por fin á su casa, donde esperaba lograr algun des-

canso; mas no bien le vió su muger, empezó á gritar:

—¿No es una vergüenza que vuelvas conforme te fuiste? Cinco ó seis vecinos me han preguntado ya si habias perdido el juicio, y no es estraño que tal crean al verte con esa rareza. Vaya, voy á pasar el cepillo por esa cruz.

—*Vade retrò*, muger ó demonio, esclamó Hope desesperado.

—Yo no entiendo latinajos, ni quiero, replicó ella, pero aun cuando dependiese de ello la salvacion de mi alma, no quedarás asi: no quiero que nadie de mi familia sea el hazmereir del pueblo: asi pues quítase esa casaca.... quítatela al punto: ¿entiendes?

Al decir esto, quiso mistress Hope coger del brazo á su marido; pero éste la rechazó con aspereza. Mistres Hope, que no sobresalia ciertamente por su prudencia, le contestó con un bofeton, de lo que resultó una terrible lucha entre los dos esposos, con gran escándalo de los vecinos que acudieron á separarlos, y que para mayor tormento, todos á una voz daban la razon á la muger contra Roberto, quien al pronto intentó hacer frente á la reprobacion general, dándole fuerzas para ello su furor mismo: pero con cuanto mayor ímpetu arde un fuego cualquiera, mas pronto consume las sustancias que le alimentan; del mismo modo las gentes arrebatadas y coléricas agotan bien pronto su energía por la violencia misma de su carácter.

Desfallecido ya Roberto, sin valor para sostener por mas tiempo una lucha tan penosa, comprendió que no le restaba ya esperanza alguna de reposo dentro ni fuera de su casa en tanto que llevára sobre sí aquella cruz, por lo que de *motu proprio* se decidió á borrarla aquella misma noche.

El lunes siguiente muy temprano se presentó ante su casero con el importe del alquiler de aquella semana.

—¡Hola, hola, Roberto! dijo Mr. Taylor apenas le vió; bien sabia yo que no tardariais en arrepentiros de nuestro trato: esta es una buena leccion para los génios envidiosos y descontentadizos, que sin cesar se quejan de Dios y de la vida. Acordaos siempre, Sr. Hope, que nuestro Criador proporciona las pruebas segun las fuerzas de cada uno. No os quejeis de ser menos dichoso que los otros, porque no sabeis lo que vuestros vecinos padecen. Todas las cruces son pesadas: lo que las hace llevaderas es la paciencia, el valor y una buena voluntad.

F. A.

Á LA MEMORIA

DEL

PRESBITERO D. JAIME BALMES.

Torpe enano, salido de la nada,
Quiero pulsar la lira del poeta;
Quiero mi débil voz alzar osada,
Quiero altivo fijar una mirada
En su gloria, y cantar como el Profeta.

Quiero resuene el mundo en armonía,
Y envuelto en ella se presente el nombre
Del gran Balmes, asombro de su dia,
Que siendo todo en él ciencia, poesia,
Fue grande cuanto pudo serlo un hombre.

No hay mas allá en la mortal criatura:
Dios está mas allá..... Pero la ciencia
Del humano no alcanza mas altura;
Pues se pierde en region tan clara y pura,
Que deslumbra su luz, de luz esencia.

Quiero cantar!... Y que la selva y llano
Resuenen á mi voz, den eco al monte:
Quiero cantar!..... Pero mi intento es vano;
Cual si estúpido el hombre con la mano
Intentara tocar el horizonte.

No es bastante mi númen á ensalzarte,
Y rudo es mi saber para seguirte,
Débil mi voz para poder cantarte,
Y si fuerzas me sobran á admirarte,
Lo que pienso de tí no sé decirte.

Que éras, Balmes, el sabio sin segundo,
E insondable tu ciencia cual los mares;
Nadie de tu saber vió lo profundo,
Y con todo tu genio alumbró al mundo
Cual le alumbran de Dios los luminares.

Mas si humilde mi falta la confieso,
No se achaque á amor propio este mi intento;
Que no es de orgullo criminal esceso.....
Respeto á tu memoria yo profeso,
Y él me mueve á lanzar mi voz al viento.

Nada diré que á tu virtud supere,
Y á tu gloria que no parezca loco;
Nada que idea de tu ingenio diere,
Nada que en ello tu modestia viere,
Nada que con lo real no sea poco.

Que eras modesto, virtuoso y sabio,
Como de Dios, al fin, hermosa muestra...
¿Qué puede proferir mi torpe labio,
Que mas que elogio no parezca agravio
Hecho al hombre á quien Dios tendió su diestra?

¿Qué valen á tu lado esos que el orbe
Grandes llamó porque le divirtieron?
Tu ciencia, gran Balmes, la suya absorve
Como arroyos el rio, sin que le estorbe
Que en el prado hasta allí libres corrieron.

Si de su fama injusta ó merecida,
Trobadores hallaron que con creces
Presentáronla al mundo en su sentida
Cancion que en inmortal trocó su vida;
¿No he de cantarte yo cual lo mereces?...

¿Por qué no me da el mar su voz tonante,
Y sus ecos no prestan á mi acento

La tempestad indómita y pujante,
El huracan de ruinas anhelante,
El trueno que recorre el firmamento?

Mas si es pobre mi labio para tanto,
Mezquino mi saber..... En cambio ahora
Doy de mi corazon tributo cuanto
Posible es dar, y el eco soy del canto
Del mundo, que tu muerte siente y llora.

La llora, porque un hombre no perdiera,
Que éras un semi-dios!... Noble destello
De la Divinidad, que en tí pusiera,
Porque su gloria aun mas resplandeciera,
De sus mil atributos el mas bello.

¡Y el mundo te admiró solo un momento!
Que fue tu vida exhalacion brillante,
Que al volar por el ancho firmamento,
Cortando la region del sutil viento,
Rastros deja de luz, muere al instante.

Y de su luz la chispa luminosa
Cautiva el alma al deslumbrar los ojos;
Asi tu ciencia, sin igual grandiosa,
Al embargar la mente, poderosa,
Desciende al corazon quitando enojos.

Un soplo fue tu vida! Suficiente
El mundo á conmover..... No sangre y fuego
A tu obra ayudó, sí la potente
Arma de la razon, que asaz clemente,
Destruye sin dolor, rehace luego.

Matastes el error! De verdad santa
El mágico pendon tu diestra enseña;
Si doctrina falaz holla tu planta,
Ensalzas la de Cristo con fe cuanta
El justo en su ilusion cristiana sueña.

Ministro del Altar, alzas al cielo
Esa tu frente de virtud santuario;
Contemplas su primor, y luego al suelo
La bajas, y con noble, ardiente celo,
Le pruebas que de Dios es tributario;

Y que solo su ley es la divina,
Y sus dogmas sublimes la esperanza
Del mundo, que veloz, raudo camina
Del error por la senda hácia su ruina;
Pues que ruina el error tan solo alcanza.

Fuera la duda, el ruin escepticismo,
Que todo cuanto toca seca y mata!
El gran Balmes su innoble despotismo
Ha sepultado en insondable abismo,
Si es que su dignidad el hombre acata.

¿Dudais del sol que hiere vuestros ojos?
¿Dudais que el campo fruto nos produce?
¿Dudais que están las rosas entre abrojos?
¿Dudais que el mal nos causa siempre enojos?
¿Dudais que el bien á la alegria induce?

Pues es tan cierto lo que has manifestado,
Gran Balmes, en tus *Cartas al escéptico*,
Que hay Cielo para el justo, y que el malvado
Castigo sufrirá..... ¿No lo has probado
En lenguage purísimo, profético?

Cual rasga el Sol la tétrica y sombría
Nube, que audaz sus rayos encapota;
Asi Balmes destruye duda impía:
Cuando mas furibunda es la porfía,
Torrentes de verdad mas bellos brota.

Torrentes de verdad que invaden todo,
Que el niño ve, lo propio que el anciano,
Pues á todos verdad habla á su modo,
Y al mostrar de mentira el sucio lodo,
Al templo de verdad guia su mano.

¡Oh qué sublime, magestuoso templo
Alzaste á la verdad! Al orgulloso
Protestantismo audaz, miro y contemplo
Humillado á tus pies..... Sirva de ejemplo
Al que en arena alzar quiere un coloso!

Tu *Cristianismo comparado* ha sido
El rayo que desgaja el fuerte roble:
De muerte está el Protestantismo herido,
Y salvarle del golpe no ha podido
El fingir es autor de empresa noble.

De civilizacion la noble cuna,
El cristianismo fue, que la ha entrañado.
¡Necio protestantismo sin fortuna!
Esas glorias Balmes una por una
Destruye, pues que luces lo usurpado.

Apostol de la Fe! Bendito sea
Tu nombre que circunda aureola pura!
En tus obras el sabio se recrea,
Leerlas una vez y mas desea,
Que en ellas su saber mas se asegura.

A aquellos á quien Dios ciencia negara,
Y alcanzar no le es dado tal grandeza,
Muéstrase, sin embargo, tu luz clara,
Que tu mente, Balmes, nunca fue avara,
Y vertió sus tesoros con largueza.

Tesoros, sí! que no hay joya mas bella
Que el *Criterio*..... Sus páginas preciosas
Despiden claridad como una estrella;
Y al seguir por la allí trazada huella,
En vez de sarzas, se hallan solo rosas.

Filósofo inmortal! Mi pensamiento,
Al discurrir del uno al otro polo,
Do sábios ve bullir ciento y mas ciento,
No distingue tu faz.... Cese mi intento,
Que el mundo llenas con tu sombra solo!

Y tu gigante, colosal cabeza,
Que de los siglos el saber encierra,
Oculta entre las nubes su grandeza;
Y aun es tanto el fulgor de su belleza,
Que deslumbra, rasgándolas, la tierra.

Y por eso, Balmes, en tus desvelos
No puedes apartar de tu memoria,
Una vez rotos para tí sus velos,
El mágico artificio de los cielos,
Y del Eterno la sublime gloria.

Por eso tu pupila, en luz bañada,
Que nadie puede ver sin quedar ciego,
Penetra el corazon, y donde nada
El hombre ve, descubre tu mirada
Un mundo en caos, y el caos destruye luego.

Por eso para tí nada hay oculto,
Por eso para tí nada es remoto,
Por eso para tí todo es de bulto,
Por eso florecer haces lo inculto.....
Por eso tu saber no tuvo coto!

Ahí está tu inmortal *Filosofía*,
Del hombre concepcion la mas profunda!
¿Obra mas colosal hubo algun dia?
Filósofos, hablad! ¿Quien su osadía
Le lleva á sostener que es la segunda?

Si del hombre Balmes hubiera sido
Escelso Criador, no mas pudiera
Conocerle cual le hubo conocido;
Su ser analizó, y alma y sentido,
Como si el alma y el sentido viera.

.....

¿Do está la mano que bellezas tales
Supo pintar, y do la excelsa mente
Que surtiera de ciencia los raudales?
Pisaron de la muerte los umbrales,
Y voraz lo absorvió todo, inclemente.

Murió Balmes!!! ay! denme los rios
El caudal de las aguas que atesoran,
Y en llanto derramadlas, ojos mios!
Su tristeza me den, bosques umbríos;
Las selvas los suspiros que allí moran.

Murió Balmes!... Mas no, Balmes no ha muerto
Que vive eternamente su memoria.....
Ella el faro será que guie al puerto
De la ciencia y saber..... Esto es lo cierto;
El nombre vive, el alma tiene gloria.

El nombre morirá cuando los cielos
En confuso se junten con la tierra;
Cuando el fuego se apague, y no haya yelos,
Ni aire, ni luz, y sí tupidos velos
Oculten todo cuanto el mundo encierra.

El nombre morirá, cuando humildosa,
A la voz del Señor que todo calma,
Al caos vuelva del orbe cada cosa.....
El nombre morirá..... Mas la grandiosa
Eternidad de Dios tendrá su alma!

S. Casilari.



CALED Y DJEIDA.

CUENTO ARABE

Traducido por D. Eduardo de Burgos.

La alegria reina en la tribu de Saad.

El árabe adorna su corcel con el mas rico de sus arneses, y rodea su cabeza con un turbante de mas gusto que la sencilla tela con que la cubre diariamente.

Cuelga delante de su tienda los trofeos de sus victorias, y el eco lleva do quier sus belicosos cantos.

¿Por qué estos preparativos de fiesta?

¿Por qué esa sonrisa que anima los semblantes tan tostados por el ardiente sol del desierto? Es que viene Caled á visitar la tribu. Caled, el sobrino del venerable Zaher á quien en premio de sus virtudes, talento y valor, le han dado el mando de una tribu. Trae consigo magníficos regalos y tratados de paz y reconciliacion. Mouhareb, padre de Caled habia jurado odio eterno á su hermano Zaher, porque habia ultrajado su honor. Este teme su cólera porque el resentimiento habia echado profundas raices en el corazon de su hermano; pero Mouhareb ya no ecsiste y Caled puede sin obstáculo correr á los brazos de su tio, que habiendo abandonado su tribu vive en la de Saad: Caled ansia el conocer á su primo. Ha llegado á sus oidos la fama de su valor; su nombre escita su emulacion; quiere conocerle y amarle porque él tambien se ha distinguido en los combates, y merced á las lecciones de su padre, ha llegado á ser uno de los mas hábiles guerreros de su tiempo. Pero, si es cierto lo que de Djodar le han contado, este le sobrepuja en valor. Djodar maneja un caballo con una maravillosa destreza, y la lanza y cimitarra como el mas consumado de los bravos.—Djodar solo ansia la gloria, y desprecia la muerte; y sin embargo Djodar no es un hombre.

Djodar se llama Djeida. Su padre temiendo que Mouhareb no encontrase en su desgracia un heredero á quien legar su memoria y ejemplos, ha disfrazado el secso de su hija y dado una masculina forma á su nombre, trocándolo por el de Djodar; y la casta vírgen se ha transformado en un jóven escelente en los ejercicios bélicos, sabiendo arrostrar los peligros y medir sus armas con las de los mas temibles guerreros.

Caled es festejado en las tiendas de su tio, y lejos de sospechar el secso de su primo, le prodiga sus mas tiernas caricias, procura grangearse su amistad y hacerle ver la estimacion que le inspira el brillo de su reputacion.

Distribuye á sus parientes los regalos que ha traido, y pasa diez dias en su compañia señalando cada uno de ellos con una victoria conseguida sobre los mas valientes de la tribu.

¡Pobre Djodar! Tu padre ha podido disfrazar tu cuerpo, acostumbrar tus miembros al oficio de las armas y á los rudos ejercicios de los hombres; pero no ha sabido cambiar tu corazon. No ha podido enseñarte á sofocar una naciente pasion como te ha en-

señado á domar un corcel. Caled ha causado en tu alma una impresion que no se borrará jamas. Tú lo amas, y novicia todavia en tu amor corres á tu madre á revelarle el fuego que te devora. «Querida Djeida, exclama, no; no has depositado mal tu cariño. Caled es digno de tí como tú lo eres de él.—Mañana cuando venga su madre la haremos conocer quien eres, te enlazaremos con tu primo, y nos restituiremos á nuestra tribu.»

A la mañana siguiente la madre de Djeida coloca cerca de sí á la de Caled. Ella habia elegido este momento para el tocador de su hija. Apenas entra la viuda de Mouhareb, su hermana le presenta á su hija, esbelta como la palma del desierto.

«Djodar! exclama la madre de Caled, Djodar! ¿son de un hombre estas trenzas de ébano flotantes sobre tu pecho mas blanco que la leche de nuestros rebaños, y estas formas tan graciosas y seductoras? y ¿se halla depositado en un cuerpo afeminado un valor tan enérjico?

Cese tu admiracion contesta la esposa de Zaher, Djodar no es un hombre, es mi hija; su verdadero nombre es Djeida; un ardid ha ocultado su seeso á toda la tribu, y sus disposiciones guerreras han facilitado el artificio. Ama con delirio á tu hijo, y desearia le anunciases que va á ser su esposa.

Menos rápido es el viento del desierto que lo fueron los pasos de la madre de Caled al ir y anunciarle su feliz descubrimiento. Sus palabras fueron elocuentes cuando le pintó los atractivos de Djeida, porque su orgullo maternal queria para su hijo una esposa que le igualase.

Pero Caled permanece frio. Caled no responde á los seductores discursos de su madre, porque no ha comprendido el lenguage del amor.

«Yo amaba á Djeida, respondió, porque era mi hermano y mi competidor en los torneos, pero si es una muger no quiero tener ya confianza con ella, y me es indiferente su trato.

Iré á buscar otros compañeros en mis ejercicios. Adios voy á partir de la tribu de Saad. Caled monta ligero á caballo y va á pedir el permiso de Zaher, alegando vanos pretestos para justificar su partida.

¡Cual no seria el dolor de Djeida cuando supo que aquel á quien amaba habia abandonado sus tiendas! Tres dias rehusa tomar alimento, tres dias pasan, y no encuentra en el lecho ni el sueño ni el reposo.

Obligado su padre á ir lejos de su familia á terminar este asunto, la deja, con sentimiento, á las puertas de la muerte y tal vez hubiera sucumbido, si triunfando del abatimiento en que se hallaba, no hubiese llamado en su socorro á su antigua firmeza de alma. «Oh! que insensata seria, si me dejase morir por un ingrato! procuremos lo mas pronto posible vengarnos de su desprecio.

Volviendo á sus antiguos ejercicios, la jóven recuperó bien pronto sus fuerzas; se apodera de sus armas, se lanza á caballo, y con el pretesto de ir á casa, marcha á la tribu de su primo, calada la visera y semejante á un guerrero de Hedjaz.

Djeida llega á las tiendas de Caled, donde es recibida con las atenciones que de continuo se prodigan á los nobles estrangeros.

A la mañana siguiente se presenta en el torneo y hace prodigios de valor y destreza.—Caled, que no la conoce, quiere medirse con tan temible desconocido.

Se adelanta en la arena, ataca á Djeida y halla una resistencia no comun. Se separan, y vuelven á encontrarse con mas ardor. La jóven le recibe con intrepidez, su choque es terrible, la tierra se estremece bajo sus pies, rotas las lanzas en mil pedazos se atacan de nuevo con la cimitarra y despues de un sostenido combate se separan llenos de cansancio sin que la victoria se decidiese por uno de los dos. Cada uno admira la bravura de su desconocido, y Caled manda á sus sirvientes redoblen con él sus cuidados.

Djeida guarda el incógnito durante tres dias, y cada vez que pelea lleva sobre su primo una grande ventaja. Al cuarto dia Caled seguido de sus guerreros se dirige al lugar del combate, y halla á Djeida esperándole, se acerca y la dice «Os ruego caballero, me digais de qué tribu sois la gloria, pues todavia no he encontrado un héroe con quien compararos.

A estas palabras Djeida solo responde levantándose la visera. Caled reconoce á la que hace poco ha despreciado, y la hermosura de su rostro, animada de una varonil espresion, produce en su alma una repentina mudanza.

«He querido, dijo la jóven, haceros ver

que sé algo mas que arreglar mi tocado. Dijo y desapareció como un rayo.

Caled, á tí toca ahora gemir y suspirar, á tí toca, inecsorable guerrero, derramar lágrimas de dolor. Sobrecogido y desesperado con las palabras que acabas de oir, llamas en vano á la que te ha reprendido una falta, que te hace abrasar en amor.

Djeida se ha vengado noblemente de tus desdenes, y no quiere por esposo al que ha vencido mas de una vez.

Hasta la vuelta de Zaher, Caled va á ocultar en el desierto la pena, que le devora. Hasta la vuelta de Zaher, Caled no cesa de llamar á Djeida, y Djeida no vuelve; pero Zaher aparece en sus tiendas, y Caled arrodillado le pide la mano de Djeida.

«¿De Djeida? esclama el anciano Zaher. ¿Querria ella ser tu esposa?

«¡Ah! Cesa de abusar de mi debilidad, respondió Caled, lo sé todo. Yo amo á tu hija, dígnate concedérmela.»

Zaher acepta á su sobrino por yerno, y él mismo se encarga de ablandar el corazon de Djeida, porque Caled le habia contado sus aventuras.

Djeida no rehusa de un todo las instancias de su padre; pero impone á su amante penosas condiciones. Quiere de dote cien toros bravos, cogidos en los rebaños de Gachem, hijo de Malik, gefe de la tribu de Clabs.

Caled se somete sin repugnancia á estas condiciones porque el amor mantendrá su valor. Parte, y ya la sangre de Gachem ha enrojecido la arena, y sus ganados han pagado el exigido tributo; pero Djeida no está satisfecha, y se complace en retardar el himeneo que debe coronar los impacientes deseos de su primo. Ahora quiere que una dama de alta alcurnia lleve las riendas del camello que debe conducirla á la mansion conyugal, y que veinte leones y diez leonas se sirvan en el nupcial festin.

Caled parte, y se somete segunda vez á las exigencias de su prometida esposa. Caled se dirige á la tribu de Mouharavie y roba á la bella Anamé. Despues se dirige á la montaña para cazar los feroces animales cuyos despojos deben adornar el convite. ¡Oh Allah! El invoca tu apoyo con sus ruegos y buenas obras, pues la empresa es peligrosa.

Distribuye á las viudas y huérfanos parte de sus bienes, y desapareciendo con el dardo en la cintura gana las guaridas de los reyes de los bosques. Muchos de ellos y sus compañeras, han caido ya á sus golpes cuando de repente un desconocido guerrero se presenta y le impide el paso.

Su aire es marcial; sus maneras demuestran ser de un noble linage. El corcel que monta es digno de su señor; es uno de los mejores que habia producido la Arabia, y saltando sobre las rocas llena su freno de espuma.

«Rendid las armas, ó pereceis.»

Mal me conoces si pretendes asustarme. Yo soy Caled, hijo de Mouhareb, de la tribu de Saib, y pronto seré el esposo de Djeida, cuya fama vale mas que cien combates como el tuyo.=Dijo, y se trabó entre ambos un largo combate.

Sus caballos se encuentran impetuosamente, sus armas saltan en mil pedazos, y un acero se dobla á los repetidos golpes del otro. En vano Caled reune todas sus fuerzas para vencer al enemigo que tanta resistencia le opone. Apurado y falto de aliento Caled se detiene.

«¿Quién eres? esclama bramando de ira. ¿Quién eres, maldito estrangero, que de este modo me disputas el paso?

El desconocido levanta la visera de su casco, y Caled reconoce á Djeida.

Es Djeida que ha querido segunda vez probar á su esposo. «Quiero, dijo, partir contigo las fatigas de la caza; pero antes he debido conocer la pujanza de tu brazo.»

A estas palabras Caled que estaba dispuesto á herir y ultrajar al estrangero quien quiera que fuese, sintió calmarse su corazon, porque Djeida era el único enemigo que le agradaba quedase vencedor.

Pronto Caled y Djeida están de vuelta en la tribu con la caza predicha.

Desde entonces nada detuvo su himeneo. Mil fiestas militares celebraron su union.

Los árabes añadian mil y mil alabanzas al contar su historia, y la felicidad reynaba en la tienda de los nuevos esposos, porque Allah bendijo el valor.

Estudios Biográficos.

EL GENERAL ESPARTERO.



Nada influye tanto en la suerte de muchos hombres, como esos grandes sacudimientos que tienen lugar en las naciones, y de los que tan fecundo se muestra nuestro siglo. Ellos, sacando de su curso natural todas las cosas, presentan al hombre nuevos horizontes, y le hacen fijar su vista donde ni aun remotamente pensaba, distrayéndolo al principio, y acabando por arrebatarlo al estado en que vivia satisfecho, ó por mejor dicho en que vagaba indiferente, toda vez que podia presentarse otro de mayor estímulo para su alma. Esto sucedió justamente con don Baldomero Espartero. Sin la guerra de la independencia, que le halló de edad de diez y seis años en un seminario para seguir la carrera de la Iglesia, que no seguia ni gustoso ni forzado, la hubiera concluido, y su nombre probablemente no hubiera pasado del recinto de una aldea. Pero la invasion de la península por las tropas de Napoleon, despertó en él instintos belicosos, que hasta entonces habian estado dormidos, y que le arrastraron á empuñar las armas: esta era su verdadera vocacion. Sin duda en su juventud no habia soñado el porvenir que le reservaba la fortuna, que se ha mostrado con él madre asaz amorosa, si se exceptuan estos últimos años, en que lo ha abandonado algun tanto, sin duda por no gustarle que sus predilectos lo dejen todo á su cuidado. Pasemos, pues á hacer una sucinta narracion de la vida de este personage célebre, que tanto ha ocupado la atencion de nuestro pais y aun de toda Europa, en estos últimos catorce años.

La elevacion de Espartero no hay que buscarla en los títulos de su cuna, pues esta fue bien humilde. Hijo de un honrado artesano, de escasa fortuna, nació el año de 1795 en Granátula, lugar de la Mancha. Como ya hemos insinuado, su familia pensó que abrazase el estado eclesiástico, y comenzó sus estudios al efecto; pero la guerra de la independencia dió al traste con todos estos proyectos, y el jóven seminarista voló á alistarse de voluntario en uno de los muchos batallones que el espíritu de nacionalidad creó por todas partes. De él pasó á un regimiento, y luego de alumno al colegio militar de la Isla de Leon, del que salió á la edad de 25 años con el empleo de subteniente.

Proyectábase á la sazon una espedicion á Chile para someter algunos pueblos del territorio americano que se habian emancipado del dominio de España. No desperdició Espartero esta ocasion, y se enganchó de teniente en ella, presentándose al efecto al general que debia mandarla don Pablo Murillo. Pasó en efecto la espedicion á América, y en la larga guerra que se siguió, Espartero se distinguió siempre, alcanzando sucesivos grados hasta el de coronel. La infausta batalla de Ayacucho puso por entónces término á los progresos de su carrera, pues regresó á España, donde recibió el grado de brigadier, con destino á Logroño, en cuya ciudad contrajo matrimonio con la hija de un opulento comerciante. Dícese que Espartero, á su vuelta del Perú trajo gran cantidad de oro. Trasladado poco despues de guarnicion á Palma de Mallorca, permaneció allí hasta

la muerte de Fernando VII.

Desde el principio de la guerra civil que estalló á la muerte de este Monarca, el brigadier Espartero se puso en campaña, y la siguió hasta la completa pacificacion del pais. Su valor y arrojo le hicieron desde luego notable en el ejército, y á esas prendas no menos que á sus conocimientos militares debe los honores que supo ganar, y su rápida y siempre creciente fortuna. En Abril de 1834, era solo brigadier, y ya habia dado y ganado importantes acciones; pero desde este año al de 1839, ascendió velozmente hasta alcanzar el puesto mas eminente de la milicia, cual es el de Capitan general de los ejércitos, los títulos de conde y duque, y todas las grandes condecoraciones, inclusa la del Toison de oro.

Aunque Espartero se halló en todas las principales acciones y batallas desde el principio de la guerra civil, siempre fue en mandos subalternos, hasta el mes de Septiembre de 1836, en que un decreto de la Reyna Gobernadora, lo nombró general en gefe del ejército de operaciones del Norte, Virey de Navarra, y capitan general de las provincias Vascongadas. Encargóse de tan importante puesto, no obstante hallarse algo enfermo, el 25 del propio mes; y la primera victoria de importancia que vino á darle fama y á aumentar su popularidad fue la célebre de Luchana, por la que obligó á los carlistas á levantar el sitio de Bilbao, salvando esta heróica poblacion del aprieto en que se hallaba. Grande fue el servicio que con ello prestó D. Baldomero Espartero á la causa de la Reyna, y por ello fue recompensado con el título de conde de Luchana, y con la merced de título de Castilla.

Al año siguiente de 1837, el conde de Luchana pasó con su ejército á Castilla en persecucion del pretendiente D. Cárlos, que casi llegó á dar vista á Madrid. Por fortuna Espartero lo seguia tan de cerca que despues de varias acciones mas ó menos notables, tuvo D. Cárlos que volver á las provincias, llevando siempre á Espartero en su seguimiento. Casi desde esta época empieza á mostrarse la influencia del conde de Luchana en los asuntos políticos; y los sucesos de Pozuelo de Arabaca que motivaron la caida del ministerio Calatrava-Mendizabal, y el nombramiento de Espartero para ministerio de la Guerra, que dimitió, son buena prueba de ello.

Pasado á las provincias, hizo varios castigos para asegurar la disciplina y subordinacion en el ejército, y las operaciones militares siguieron paralizadas hasta que atacó y tomó á Peñacerrada. Despues á mediados de 1838 se apoderó de los fuertes de Ramales y de Guardamino. Desde esta época continuo ya de victoria en victoria, favoreciendo no poco al buen éxito de sus operaciones, el desórden en que se hallaba el campo carlista; y quizá mas que todo la connivencia del general enemigo. El veinte y cuatro de Mayo entró en Orduña, abandonada por los facciosos la noche antes, y al mes siguiente se apoderó de Amurrio, Arciniega y Balmaseda. Sin embargo, en la accion de Villarreal empeñada por Maroto para detener á Espartero en su marcha al interior de las provincias, defendieron los enemigos obstinadamente sus posiciones, pero desalojados de ellas por nuestras tropas abandonaron el campo. Como consecuencia de esta victoria entró nuestro ejército en Durango, y poco despues en Oñate.

Aprovechándose Espartero de las ventajas conseguidas, propuso á Maroto las bases de la paz, las que fueron comunicadas por este á D. Cárlos, el cual intentó hacer aunque inutilmente una revolucion en el ejército para derrocar á Maroto; pero esto no hizo mas que acelerar la conclusion de las estipulaciones ya entabladas entre este general y Espartero, dando por resultado el 31 de Agosto el famoso convenio de Vergara, en cuyos campos ambos ejércitos hasta entonces contrarios se abrazaron como hermanos, dando asi fin á la desastrosa guerra que habia regado por siete años con sangre española las provincias del Norte.

Despues de estos acontecimientos solo pensó D. Cárlos en ponerse en salvo, entrando en Francia el 13 de Septiembre acosado por las tropas de Espartero. De allí marchó este general á Navarra en donde quedaban aun ocho batallones facciosos, pero rendida en 20 del mismo mes la ciudad de Estella, se sometieron todas las fuerzas rebeldes.

En seguida pasó Espartero á Aragon, creciendo á cada paso su popularidad, que habia aumentado en estremo su manifiesto del Mas de las Matas, y la pacificacion de las provincias, que habian sido el nucleo de la guerra. El 27 de Febrero de 1840, teniendo Espartero á sus órdenes los ejércitos del Norte y Centro tomó á Segura, á los cuatro dias de sitiada, continuando apode-

rándose por un plan combinado de los demas puntos estratégicos que ocupaban los rebeldes, hasta asediar á Morella el 24 de Mayo, y obligarla á rendirse á discrecion el 30 del mismo mes. La toma de Morella valió á Espartero el Toison de oro, y la gracia de unir á su título de duque de la Victoria el de duque de Morella.

De Aragon pasó á Cataluña; y continuando sus triunfos obligó á Cabrera, última esperanza del bando carlista, á refugiarse en Francia, y acabó de pacificar el pais. Concluidas estas cosas se dirigió á Barcelona, donde fue recibido con grande entusiasmo, victoreándolo como al pacificador de España. La sancion de una ley sobre ayun-



Entrada de Espartero en Barcelona.

tamientos, y la dimision que presentó el general Espartero, dieron origen á los sucesos que todos conocen, y prepararon la dimision que hizo en Valencia la Reyna Gobernadora de la Regencia del Reyno, despues de haberse negado el general Espartero á sofocar la revolucion que en Septiembre de dicho año estalló en Madrid y en otros puntos.

Colocóse Espartero á la cabeza del gobierno provisional, con el título de Regente, tambien provisional, hasta que las Córtes lo nombraron efectivamente tras de grandes debates.

Su regencia duró hasta el año de 1843; y en este periodo, tuvo la desgracia de ir perdiendo en popularidad. Los acontecimientos de Octubre de 1841, aunque sin resultados para los que lo provocaron, hicieron ya preveer lo que habia de venir despues: los posteriores de Barcelona no hicieron mas que robustecer esta opinion, que se vió plenamente confirmada en los primeros seis meses del año 43, en que todos los partidos se le mostraron hostiles, en que todos se aunaron para derribarlo, como lo consiguieron. Acaso hubiera podido dominar la revolucion, si hubiese obrado con mas energía y celeridad; pero sus dudas y vacilaciones, su injustificada estancia en Albacete, donde permaneció cerca de medio mes, sin resolverse á nada, con descrédito de su reputacion militar, acabaron de derribarle del alto puesto que ocupaba, sin dejarle otro recurso que refugiarse á bordo de un navio inglés. Y todo esto se verificó en po-

co mas de un mes, pues Espartero salió de Madrid el 19 de Junio, y el 30 de Julio estaba ya proscripto de la madre patria. Refugiado en Inglaterra, ha permanecido en ella cuatro años, hasta que S. M. la Reyna por medio de un decreto, fechado el 5 de Septiembre de 1847, le nombró Senador del Reyno. El ilustre proscripto volvió á pisar el suelo de su patria en Enero de 48; y pocos meses despues de su estancia en Madrid, se trasladó á Logroño, donde permanece haciendo una vida retirada.

F. M.

JOUVENTE DE LA TORRE.

Muchas inglesas de cierta edad frecuentan la barca de Jouvente, que está en el rio Rance á una media legua de San Servando. Estas hijas de Albion, mayores de edad, engañadas por una semejanza de nombre, van á buscar allí el famoso cosmético tan celebrado por los poetas de la edad media. Pero no hay ninguna fuente en medio de aquellas islas que se agrupan en el rio en un gracioso archipiélago; los barqueros de Solidor, interesados en prolongar el error de las sencillas ladies, las pasean de roca en roca, y tendrian un grande escrúpulo si no las hiciesen visitar hasta el último escollo. De este modo, cuando llega la noche, vuelven á su casa las inglesas cansadas, con un apetito británico, y algunas arrugas mas en sus rostros.

El Rance es en Jouvente diez veces mas ancho que el Sena. Sus riberas, cuyas singulares pendientes parecen hechas por la mano de un hábil paisagista, están cubiertas, hasta que se pierden de vista, de magníficos parques, de seculares castillos, de pueblecitos nuevos y de iglesias danteladas. Las islas que estan en medio del rio forman en toda la estension de la palabra un sitio delicioso. Bernardino de San Pedro plantó voluntariamente su tienda en una de aquellas microscópicas soledades, tan verdes como los cuadros de caballete que quieren representar el paraiso terrenal. Su inofensiva misantropía estuvo allí muy á su gusto, porque ademas de las inglesas de que hemos hablado, no se encuentran mas que chorlitos, aves de paso y algunos aduaneros muy mal vestidos, que son un poco mas salvages que las aves del mar.

Frente á aquellas islas, sobre la ribera izquierda del Rance, yace un monton de ruinas medio oculto por un bosque de altos castaños. Este es el antiguo priorato de Jouvente, que segun la opinion comun, ha dado nombre á aquel paso. Pero la opinion pública se engaña aqui como en otros mu-

chos casos: el paso y el priorato fueron bautizados por un mismo padrino, y la historia de este bautismo se encuentra consignada en las venerables hojas de un manuscrito en pergamino, en latin, que forma la parte mas interesante de la biblioteca pública de la buena aldea de Langourla (costas del Norte). El escelente cura de Langourla, dando á aquellos preciosos restos la conveniente importancia, los comunica liberalmente, y hasta él mismo traduce los pasages mas interesantes á las personas que no han estudiado humanidades.

El Rance es uno de los rios mas bonitos del mundo, y hay magníficos lenguados en la buena aldea de Langourla. Asi pues invitamos á nuestros lectores que sean personas de gusto á que vayan á dar un paseo al paso de Jouvente en una mañana de verano. Está un poco lejos; pero asi podrán leer el manuscrito, si no quieren mejor oir la version del digno cura.

Esta es la nuestra:

En una época muy lejana, que para el caso no importa, vivia en la ribera izquierda del Rauce un barquero llamado de Jouvente. Era bello, robusto, valiente y de raza noble. El manuscrito se esplica formalmente sobre este último punto, lo que nos induce á pensar que Jouvente no era un barquero ordinario, sino un censatario de la castellanía vecina que poseia el pasage á tributo. Su habitacion estaba en una torrecita á orillas del agua. Jouvente no dormia mas que con un ojo, dispuesto á saltar á su barca cuando la bocina resonaba en la opuesta ribera, ó cuando la mano impaciente de algun viagero movia la campanilla de su torreon: se pasaba las noches y los dias volviendo su vela ó apoyado en los remos para cortar la desigual corriente del Rance.

Tenia 18 años. ¿Qué ermitaño de 18 años no tiene sus sueños? Cuando el crepúsculo de la noche sorprendia á Jouvente en la otra orilla, y volvia á su torre á la claridad de la luna, á menudo, bien á menudo cesaban de pasar sus manos sobre el remo, inclinábase su cabeza, su boca pronunciaba palabras que él solo hubiera podido comprender; una vaga languidez velaba su vista que seguia una luz lejana que brillaba al través de los castaños de la ribera. Entretanto la barca, abandonada á sí misma, seguia impetuosamente la corriente. Las islas desaparecian en la oscuridad de la noche, y hasta aquella misma luz no tardaba en ocultarse tras de la punta de una roca. Jouvente entonces se despertaba bruscamente como si existiese un lazo místico entre la luz lejana y su pensamiento. Cogia entonces sus remos, y bogaba rio arriba. Luego, cuando doblado el cabo se dejaba ver la luz, otra vez Jouvente se sonreia dulcemente, y se fruncia su boca como para dar un beso.

Cuando llegaba á la ribera ganaba la plataforma de su torre; y antes de acostarse echaba una última mirada hacia la luz que, mas próxima entonces, brillaba caprichosamente entre las hojas de los árboles. Por lo regular permanecia mucho tiempo en aquel sitio, y cuando se estinguia la luz, Jouvente se quedaba triste y murmuraba: ¡Buenas noches!

Entonces se acostaba, tardaba mucho en dormirse; pero desde el momento que se cerraban sus pupilas principiaba á sonreirse. Se hubiera dicho que bajaba á su cabecera una vision querida para encantar sus sueños. De este modo dormia y se sonreia hasta que la ruda voz de un pasagero venia á sacarle de su sueño.

A un tiro de ballesta de la torre de Jouvente habia una modesta casita habitada por un viejo y su hija. El viejo se llamaba Rostan del Bosque, y su hija Niela. Era esta una jóven que sostenia piadosamente en la vida los pasos de su viejo padre: era hermosa; largos cabellos rubios circundaban su rostro, tan suave como el de una santa; la pureza de su alma resplandecia en sus azulados ojos, y cuando corria alegremente por entre los arbustos se pensaba involuntariamente en aquellas gentílicas hadas que veian en sus éxtasis los inspirados bardos de la antigua Bretaña.

La luz lejana, que todas las noches hacia que se estraviase la barca de Jouvente, brillaba en la casita de Rostan en el aposento de Niela. Por lo que á ella toca, dice el manuscrito latino, que no amaba nada mas que á su anciano padre, la sombra de los robles, la dorada flor de la retama, y la dulce voz del ruiseñor que cantaba por las noches en estío delante de su abierta ventana. Pero Niela no tenia mas que 15 años: el amor se vale de la ocasion con las jóvenes de esta edad; sabe muy bien que ha de llegar la hora en que de repente ha de desaparecer aquella infantil indiferencia, y espera seguro de su conquista.

Tambien Jouvente esperaba, pero era muy á despecho de su corazon. A medida que pasaban los dias se hacia mas triste su soledad: el pensamiento de Niela, que en otro tiempo llenaba su alma de alegría, le ocasionaba ahora tambien deseos y dolores. La luz brillaba todas las noches; pero Jouvente no la veia mas que al través de las lágrimas: sufria, y no tenia un corazon amigo á quien confiar sus penas. Pero él sabia el remedio de su mal. Muchas veces, cuando le separaba el rio de la casa de Rostan del Bosque, se sentia lleno de valor, exaltaba su cabeza, y hacia propósito de ir á ver al anciano y pedirle la mano de su hija; pero en la mitad del camino vacilaba su resolucion, y se preguntaba á sí mismo si no seria mejor esperar á Niela bajo los castaños, arrojarse á sus plantas y decirla....

Pero se acercaba la ribera; al través del agua verde y diáfana se distinguian las arenas de oro de la orilla: Jouvente tenia miedo y temblaba; los dos espedientes, que antes y desde lejos le habian parecido tan razonables, le parecian despues llenos de terribles dificultades; subia con la cabeza baja los escalones de su torre, y permanecia alli sombrío y silencioso hasta por la noche. Entonces se sentaba en su plataforma; aparecia la luz en el aposento de Niela, y Jouvente, el pobre loco, la decia bajito palabras de amor.

De este modo sus negocios no adelantaban nada absolutamente.

El autor del manuscrito latino egecuta aqui una muy hábil y larga transicion, que hace las delicias del buen cura de Langourla; pero la inmensa mayoria de los lectores desdeña las transiciones, y nosotros respetamos la opinion de una clase, bajo tantos conceptos respetable.—Pero sigamos con nuestro cuento.

Una mañana llamó Rostan del Bosque á su hija á la cabecera de su cama. Estaba pálido, su voz estaba trémula, y su cabeza oscilaba lentamente.

—Hija mia, la dijo, Dios me ha concedido largos dias de vida, y le doy las gracias, porque no tenias madre que velase por tí..... Pero por fin me abandona la vida, y necesitas otro protector.

Niela no respondió; cogió la mano de su padre, y la apretó entre sus lábios llorando.

—Es preciso que te cases, repuso el anciano.

—Yo quiero permanecer con vos, padre mio, con vos siempre.

El viejo meneó su calva cabeza.

—Siempre, repitió sonriendo tristemente: es cosa larga á tu edad, hija mia; pero á la mia es un mes, una semana, tal vez un dia.....

—No ¡oh! no, murmuró Niela, á quien los sollozos ahogaban la voz.

Rostan la dió un beso en la frente, y prosiguió:

—Necesitas un esposo, cuyo fuerte brazo reemplace al mio, ya debilitado por los años. Respóndeme, hija mia, ¿no ha elegido ya tu corazon al hombre que quisieras que fuese tu compañero?

—Jamas he pensado en ello, padre mio.

—¿Pero no has observado que Jouvente de la Torre es buen muchacho?

—Se dice que tiene el corazon noble y bueno.

—Se dice, hija mia..... ¿Y no quisieras tú ser la muger de Jouvente de la Torre?

Niela se ruborizó, y despues trató de sonreirse: de buena gana hubiera querido eludir aquella esplicacion, que tenia un principio tan doloroso; pero Rostan del Bosque repitió su pregunta con voz grave y firme. Niela puso su cabeza en el seno del anciano, y respondió por último:

—Si os agrada que sea la muger de Jouvente de la Torre, tambien á mí, padre mio.

Una hora despues tocaba el viejo Rostan la campanilla de Jouvente.

Este estaba en el rio, muy lejos de pensar en la feliz noticia que le esperaba á su vuelta. Habia sido llamado á la otra orilla por un pobre viagero vestido de peregrino como las gentes que vuelven de Tierra santa.

—¿Cuanto te se paga por el pasage? preguntó el pobre estrangero.

—Compañero, respondió Jouvente, se me paga un dinero renés si no se quiere buscar el vado, que está á seis leguas de aqui, mas arriba de Dinan.

El estrangero registró tristemente sus bolsillos; pero estaban vacíos.

—Mis pies chorrean sangre y estoy muy cansado, murmuró; pero tendré que subir á Dinan para buscar el vado.

—No hagais eso, compañero, dijo Jouvente compadecido; entrad en mi barca, y os pasaré por amor de Dios.

El estrangero no se lo hizo repetir. Saltó á la barca bien ligero á pesar de su cansancio, y se sentó en la popa. Era este un hombre ya entrado en aquel periodo de la juventud que precede á la edad madura. Era bello: su abundante cabellera negra le caia sobre su limpia frente; tenia fuego en sus pupilas, y sus maneras eran las de un caballero bien criado. Jouvente remaba de espaldas á la proa, de suerte que él y el estrangero se encontraron de frente. Ambos se miraron, y ambos tuvieron el mismo pensamiento.

En un combate cuerpo á cuerpo, dijo cada uno para sí, sacaria mi vecino su parte.

Pero este era un vago pensamiento inspirado solamente por las costumbres guerreras de la época. Lejos de haber motivo para ello, Jouvente y el estrangero se debian asistencia y mútuo afecto por el servicio prestado. Cuando llegaron á la ribera se apretaron las manos.

—Compañero, dijo el estrangero, ojalá que Dios me permita pagaros esta deuda algun dia. Ahora no soy mas que un pobre viagero sin recursos y sin asilo; pero mi padre es un señor rico, y su muerte me hará poderoso.

—Lo poco que he hecho por vos, respondió Jouvente, lo he hecho de buena voluntad; y si hubiese sitio en mi casa para los dos, os ofreceria hospitalidad. ¿Quereis que partamos mi bolsa?

Jouvente echó en su mano todo el dinero que tenia, é hizo dos partes iguales.

—¡Gracias á Dios! esclamó el estrangero: vos teneis un corazon generoso, y quiero ir al infierno si esta limosna no os hace feliz..... Guiadme por favor á la morada de algun noble de las cercanías para que tenga donde comer y donde reposar.

Jouvente se volvió para enseñarle la casa de Rostan del Bosque, pero este movimiento le hizo ver al anciano que se dirigia hácia la ribera tan rápidamente como se lo permitian sus piernas debilitadas por la edad.

—Hé aqui el huésped de todos los necesitados, dijo Jouvente. Ninguno ha llamado en vano á la puerta de Rostan del Bosque. Dirigíos á el.

Pero Rostan tenia entonces otra cosa en la cabeza; hacia una hora que esperaba á Jouvente y queria hablarle al momento. Cuando el estrangero se adelantó hácia él con la cabeza desnuda y en humilde postura le desvió con un gesto. Aquel no habia mentido: su padre Eloy de Coetguen, señor de Comburgo, era un opulento señor; pero Roberto de Coetguen (este era el nombre del estrangero) habia incurrido en la cólera de su padre, y hacia mucho tiempo que se veia reducido á andar errante de casa en casa, reclamando en todas partes un lecho y un sitio en la mesa, que la hospitalidad bretona no sabe rehusar. La desgracia abate el orgullo. Roberto de Coetguen, hijo y todo de un baron, obedeció al gesto del anciano, y se retiró en silencio á algunos pasos.

—Hijo mio, dijo Rostan del Bosque á Jouvente, yo te conozco por honrado, valiente y temeroso de Dios; si quieres serás esposo de mi hija.

Jouvente se puso pálido y no respondió. La alegria daña tanto como el dolor. Jouvente estaba sofocado, y se doblaban sus rodillas.

—¿Rehusas? preguntó tristemente el anciano engañado con aquel silencio.

Dos lágrimas corrieron lentamente por las pálidas mejillas de Jouvente.

No pudiendo hablar, tomó la mano del viejo Rostan, apretándola contra su pecho. Comprendióle éste, y fue feliz.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! dijo por fin Jouvente, mucho os he rogado; pero no esperaba tanta dicha. Gracias, padre mio. Yo la amo: ella es el pensamiento de mis dias y el sueño de mis noches.....

Y Jouvente cubria de besos la mano del viejo Rostan, quien se sonreia recordando su juventud, y repetia dulcemente:

—Tanto mejor, hijo mio, tanto mejor. Niela será feliz, y no necesitará de mí.

Aquella noche miró Jouvente con alegria brillar la luz de Niela al través de las ramas de los castaños. Envióla desde largo millones de besos; y cuando se apagó, se sonrió Jouvente murmurando: «Hasta luego.»

Por lo que hace á Roberto de Coetguen, el pobre estrangero pasó la noche en casa de Rostan del Bosque. Debe creerse que le gustó la hospitalidad del viejo, porque permaneció alli muchos dias y muchas semanas. Ayudado de la bolsa de Jouvente habia comprado en San Meló un trage de caballero, y dice el manuscrito que hubiera sido dificil encontrar presencia mas apuesta desde el nacimiento del Rance hasta su desembo-

cadura. Habia viajado, y sabia de mundo, lo que daba á su conversacion cierto atractivo. Rostan le escuchaba sin cansarse largas horas: Niela sobre todo devoraba las relaciones de galantería ó de guerras, que tan bien sabia contar. Con la boca medio abierta y con los ojos fijos en el hermoso rostro de Roberto, tenia pendiente su alma de sus insinuantes palabras. Su natural inteligencia se exaltaba con los poéticos cuadros del narrador: su corazon latia apasionado por aquellos héroes de amor que en todas las leyendas roban dulces reclusas, injustamente encadenadas, y esposas prometidas á detestables tiranos.

—¡Qué no pueda yo daros tambien mi vida, Niela! decia Jouvente al concluir cualquiera relacion.

Pero Niela no encontraba en Jouvente un aire bastante caballeroso: le amaba como á un hermano, y le consideraba como su futuro esposo. A esto se limitaba su obediencia á la voluntad de su padre. No era Jouvente quien debia recoger aquella delicada flor de ternura que existe en el fondo del corazon de todas las jóvenes.

Sin embargo, el era muy feliz. El año que separaba los esponsales del matrimonio seguia su curso, y dentro de algunos meses seria suya Niela.

Antes de que llegase esta época, sucedieron muchas cosas en la casa. En primer lugar, Rostan rindió su alma á Dios, que le habia guardado un sitio en el paraiso; y despues Roberto de Coetguen heredó de su padre el castillo de Coburgo y otros señoríos, por lo que partió aceleradamente; pero antes dijo al oido de Niela que se ruborizaba bajo su velo de luto.

—Volveré.....

Niela queria mucho á su anciano padre y estuvo inconsolable, y pasaba llorando todo el dia. El manuscrito deja percibir en una frase oscura y en mal latin, la opinion de que el recuerdo de Roberto influia algo en aquel dolor amargo y obstinado. Nosotros no daremos nuestro dictámen. Jouvente perdia el tiempo en querer enjugar las lágrimas de su prometida; el pobre jóven se desolaba, porque estaba cercano el dia del matrimonio, y no hay fiesta mas lúgubre que una boda en que llora la novia.

La víspera de su casamiento fue Jouvente á casa de Niela, donde le esperaba una sorpresa agradable. La jóven no lloraba, y hasta habia dispuesto con una especie de coqueteria su sombrío tocado. Era aquel un cambio tan rápido como completo.

—¿Si habré traido yo la felicidad en mi barca? preguntó con alegria Jouvente. Ayer conduge á estas riberas á un caballero que no quiso enseñarme su rostro.

Niela volvió vivamente la cabeza; pero Jouvente se echó á reir.

—Me ha dado un escudo de oro por pasarle, y yo que soy un pobre, hubiera dado 20 por ver tu dulce sonrisa, esa sonrisa, Niela, que há tanto tiempo me ocultas.

Besó á su prometida en la frente, y marchó á su torre, ansiando ver el sol del dia siguiente.

Aquella noche habia una gran tempestad en el Rance. A cosa de las diez resonó bruscamente la campana de la torre. Jouvente se asomó á una ventana.

—Soy cristiano, y no quiero tentar á Dios; id vuestro camino adelante, porque mi barca no tomará el agua lo que es por esta noche.

—Bajad, buen hombre, dijo una voz imperiosa.

—Yo conozco esta voz, dijo Jouvente, es la de mi viagero del escudo de oro..... Esperad hasta mañana, le dijo en alta voz.

—Mañana será demasiado tarde: baja te digo. ¿Tienes miedo?

Jouvente bajó. El viagero era efectivamente el desconocido que habia pasado la víspera. Una muger se apoyaba en su brazo, cubierta con un largo velo y temblando.

—Embárcate, dijo el desconocido.

—Voy á embarcarme porque me has desafiado; pero antes quiero ver tu rostro.

—En la otra ribera le verás.

El desconocido y la muger entraron en la barca, que impelió Jouvente de un puntapie.

La tempestad era furiosa: el Rance, crecido con el flujo, hácia sus grandes oleadas como el Océano. Apenas fue lanzada la barca, cuando la impelió la resaca de una manera tan brusca que el mismo Jouvente creyó que iba á estrellarse; pero la barca era buena y Jouvente sabia su oficio. Atravesó sin peligro la línea de espuma que bordeaba la ribera, y ya al menos se habia evitado un peligro, aunque restaban mil todavia. La noche era tan sombría que nin-

guna señal podia guiar la barca: solo tal cual relámpago, que desgarraba el cielo por cima de las montañas de San Suliac, iluminaba repentinamente las dos rampas que servian de caja al rio como dos tajos, seguia á lo largo de la blanca superficie de las olas, é iba á estinguirse por la parte de San Maló en la oscuridad de la noche. Cuando faltaban los relámpagos volvia Jouvente la cabeza hácia la casa de Rostan, esperando orientarse con la ayuda de la luz de Niela; pero aquella noche sin duda no habia encendido Niela su lámpara, porque Jouvente no veia nada.

No por eso perdia el valor y remaba con energía; la barca habia hecho la mitad del camino. Jouvente pensaba en Niela y en la felicidad que le esperaba; este pensamiento le hizo dirigir la vista á la muger velada, cuyo gracioso talle veia á la luz de los relámpagos. El desconocido y aquella muger eran sin duda dos amantes, y Jouvente se alegraba de servir á dos amantes.

De repente una ráfaga de viento cayó con furia sobre la barca que acababa de pasar las islas: la capa del desconocido fue arrancada de sus espaldas y el velo de la muger tuvo la misma suerte. El cielo despidió entonces un relámpago, y pudo Jouvente ver el rostro de los dos pasageros: escapáronsele los avirones de las manos, y quedó como si un rayo le hubiera confundido.

La muger velada era Niela: el hombre era Roberto de Coetguen, Coburgo.

La barca fue entonces á la ventura; Jouvente se levantó vacilante y con la cabeza trastornada, y puso una mano sobre el hombro de Roberto.

—En otro tiempo, le dijo, te dí yo limosna, y ahora me robas mi bien mas querido..... ¿Es asi como pagas tu deuda, monseñor?

Una sonrisa burlona se dejó ver en los labios de Roberto.

—¡Mi deuda! repuso, ya te la pagué ayer.

Jouvente dejó el hombro de Roberto, y vació su escarcela, tomando el escudo de oro que habia recibido la víspera, retirándose despues un paso atrás, tiró el escudo que fue á dar en el rostro de Roberto. Al momento sacó este su puñal, pero Jouvente estaba en guardia.

Fue aquel un combate estraño, la barca que no iba dirigida por nadie, presentaba todo su ancho á las olas, amenazando naufragar á cada golpe de viento; tan violentos eran los vaivenes que apenas podian sostenerse los dos adversarios; pero tropezando y cayendo no dejaban de golpearse. La oscuridad seguia siendo profunda, y solo el rayo iluminaba aquella silenciosa lucha en medio del terrible choque de los elementos sublevados.

Agoviada Niela de espanto, ó tal vez de remordimientos, se habia desmayado, y yacia en el fondo de la barca.

Renuncio á ella, esclamó Jouvente, que acababa de echar á tierra á su enemigo.....

Roberto se sonrió bajo el puñal que le amenazaba.

—Puedes matarme, pero ella me ama.

Jouvente no habia tenido todavia esta idea. Creia combatir al raptor de Niela y no á su amante, y este golpe le llegó hasta el corazon.

—¡Ella te ama!..... repitió maquinalmente, ¡pues entonces no me ama á mi!

Roberto se sonrió con mas fuerza.

En este momento chocó la barca contra un escollo, dispersándose los restos de su casco. No quedó sobre el agua mas que el mástil con su larga verga. Roberto pensó en sí mismo, y agarró el mástil. Jouvente no pensó mas que en Niela. Sostúvola sobre el agua, y fue á guarecerse de la verga que se hundia bajo su peso.

Al choque habia recobrado Niela los sentidos.

La situacion de nuestros tres náufragos era desesperada, porque el mástil no podia sostener á los tres. Jouvente sostenia con una mano á la aterrada Niela, y con la otra buscaba el puñal en su cintura. Roberto habia dejado escapar el suyo.

Jouvente encontró por fin el puñal. Cada ola sumergia el mástil; era preciso concluir, y Jouvente levantó su arma para dar el último golpe.

Roberto no trató de defenderse, pero dijo con una resignacion triunfante:

—¡Ella me ama!

Jouvente retiró su brazo y se estremeció. La angustia de la duda desgarraba su corazon. Su mirada desolada iba desde Niela á Roberto. Por fin se fijó en ésta.

—¿Es verdad? preguntó con trémula voz.

—Niela vaciló.

¿Ha mentido, no es verdad? esclamó Jouvente con el alma abrasada por la espe-

ranza y la pasion; dime que ha mentido, Niela.

—¡Yo le amo! pronunció con voz débil la jóven.

Jouvente arrojó su puñal. Estaba pálido como la muerte, y sus ojos sin lágrimas miraban al cielo.

—No hay aqui sitio mas que para dos, murmuró. Monseñor, hacedla feliz.

Diciendo esto desapareció bajo las olas. El mástil medio sumergido volvió á levantarse.

—¡Jouvente, Jouvente! esclamó Niela llorando.

El viento llevó lejos su último adios. Despues no se oyó mas que el crujido de la tempestad.

El flujo y la corriente llevaron el mástil á la bahía de Solidor, sobre cuyas riberas se elevan ahora las blancas casas de San Servando. Niela y Roberto fueron salvados.

Niela llegó á ser señora de Coetguen, de Coburgo y de otros lugares; pero no fue feliz. Al cabo de algunos años de matrimonio abandonó el mundo para encerrarse en un piadoso retiro, que hizo construir con su propio dinero en el sitio en que estuvo la casa de Rostan del Bosque. Dió á aquella fundacion el nombre de Pobre Jouvente de la Torre, nombre que á menudo recordaba en su soledad. Este nombre de Jouvente quedó al monasterio cuando de él se hizo un priorato.

Con este motivo hace el manuscrito latino una reflexion bastante importante. Dice que el tardío arrepentimiento de Niela no valia á buena cuenta la décima parte de un dinero. El digno cura de Langourla añade de ordinario á aquella observacion algunas reconvenciones á la ternura de las mugeres.

El sacristan de la parroquia, que tambien sabe un poco de latin, reserva todo su mal humor para Jouvente, y pretende que aquel *fluvialisnauta* (él traduce naturalmente esta espresion por *marinero de agua dulce*) dió pruebas de una hombría de bien que rayaba en imbecilidad. Declara que él, sacristan y todo, hubiera ahogado á Roberto, y tal vez á Niela por añadidura.

Nosotros creemos que la mejor opinion es la del sacristan.

L. G.



Estudios Mitológicos.

TESEO.



Nació en Trecena fue educado, bajo la direccion de Etra su madre, en la corte del sábio Piteo, su abuelo materno. Los poetas designan con frecuencia á Teseo bajo el nombre de Erictida, porque ha sido considerado como uno de los mas ilustres descendientes de Erecteo, ó á lo menos de sus sucesores. Supónenle tambien á veces hijo de Neptuno. En efecto, queriendo Piteo ocultar la alianza que habia hecho con Egeo, cuado su hija se halló embarazada, declaró que Neptuno, grande divinidad de los trecenios, la habia visitado. Segun *Pausanias*, Teseo creia tambien ser hijo de Neptuno; á lo menos lo sostuvo cuando Minos le ultrajó de palabra, pues habiéndole echado en cara este príncipe su nacimiento, le dijo que si era verdaderamente, como se vanagloriaba, hijo de Neptuno, no tendria dificultad en ir á buscar una sortija que echó al mar. Herido Teseo en su amor propio, se arrojó al agua, y habiéndole recibido sobre sus lomos algunos delfines, le trasladaron al palacio de Amfitrites, quien le entregó la sortija. Sin embargo, es constante en la historia que Teseo pasó siempre por hijo de Egeo, y que el título de hijo de Neptuno no le fue atribuido mas que por algunos poetas. Son varios los rasgos de valor y de fuerza que se citan de Teseo durante sus primeros años. Los Trecenios cuentan que hallándose Hércules en la córte de Piteo, para sentarse en la mesa dejó la piel de leon. Una infinidad de muchachos corrieron para ver el huésped, pero se llenaron de un pánico terror luego que observaron la piel, menos Teseo que creyéndola realmente una fiera, arrancó una hacha de las manos de un esclavo y la envistió. Egeo antes de salir de Trecena metió su calzado y su espada debajo de una grande peña, y mandó á Etra que no permitiese que Teseo pasase á reunirse con él á Atenas, hasta que no tuviese bastantes fuerzas para levantar aquella piedra; mas el jóven príncipe apenas habia cumplido los 16 años que logró sacar el depósito, por medio del cual debia hacerse reconocer por hijo de Egeo. Llegado secretamente á Atenas se presentó con vestido talar y con los cabellos rizados que flotaban sobre sus espaldas, y acercándose al templo de Apolo Délfico, que estaba ya para concluirse, pues que no le faltaba mas que la cúpula, oyó que los obreros preguntaban en sentido irónico, quien era y donde iba aquella doncella sola. Teseo en vez de contestar, desunció dos bueyes de un carro cubierto, tomó la imperiala y la arrojó mas alta que el paraje donde estaban trabajando los operarios, que era precisamente en la misma cubierta del templo. Teseo, antes de darse á conocer como heredero del trono de Atenas, quiso hacerse digno de él. La gloria y la virtud de Hércules le estimulaban. La admiracion que le inspiraba la vida de Hércules, dice Plutarco, hacia que durante la noche sus acciones se le presentasen en sueños, y que durante el dia le excitasen á una noble emulacion y á

un violento deseo de imitarlo. En su consecuencia comenzó Teseo por purgar el Atica de los salteadores que la infestaban. Despues de estas expediciones pasó á las orillas del rio Cefise, y se hizo purificar por los descendientes de Fitalo en el altar de Júpiter Melichio, por haber manchado sus manos con la sangre de tantos malvados, y entre otros de Sinis, que como él, descendia de Piteo. Despues de estas hazañas se presentó en Atenas para hacerse reconocer, en cuya ocasion encontró la ciudad en una confusion extraordinaria. Medea gobernaba en ella, bajo el nombre de Egeo, y habiendo sabido la llegada de un estrangero, de quien se hablaba ya ventajosamente, trató de hacerle sospechoso al Rey, y ambos determinaron envenenarle durante la comida; pero en el momento en que Teseo iba á tragarse el veneno, Egeo le reconoció por el puño de su espada, y entonces arrojó á Medea de su lado. Los palantidas viendo que Teseo era reconocido, conspiraron contra Egeo; pero Teseo, que descubrió la conspiracion, los pasó á cuchillo. A pesar de que se consideraba justo el castigo, se obligó al héroe á desterrarse de Atenas por un año, y concluido el término fue absuelto por el tribunal de los jueces que se reunieron en el templo de Apolo Délfico. Algun tiempo despues, queriendo libertar á su patria del vergonzoso tributo que pagaba á Minos, Rey de Creta, marchó para este punto, confiado en salir victorioso con su empresa, segun asi se lo prometiera un oráculo de Delfos. El tributo que pagaban los atenienses á Minos, consistia en enviar cada siete años catorce jóvenes siete de cada sexo, para que fuesen devorados por el Minotauro, monstruo medio hombre medio toro, que estaba encerrado en el famoso laberinto que construyó Dédalo. Llega Teseo á Creta, y manifiesta su resolucion de combatir y vencer al Minotauro; empresa dificil, y en la que hubiera perecido, si el amor no hubiese venido en su ayuda. En efecto, Ariadna, hija de Minos, enamorada del buen parecer de Teseo, concibió el medio fácil de que su amado no se perdiese en las intrincadas vueltas del edificio que encerraba el monstruo, dándole un ovillo de hilo, para que lo fuese desliando, y la hebra le sirviese de guia para



Teseo, en el laberinto de Creta.

encontrar la salida. Gracias á este ardid, penetró Teseo en el laberinto, combatió y venció al monstruo, y ayudado del hilo salvador salió fuera, con grande asombro de Minos y de todos los habitantes de Creta. Al marcharse Teseo de Creta, llevóse consigo á su libertadora, aunque bien pronto cometió la ingratitud de dejarla abandonada en la isla de Naxos.

Al regresar de Creta, halló que su pa-

dre Egeo habia muerto; le tributó los últimos deberes, y luego estableció en honor de los dioses varias fiestas, cuyos gastos debian pagarlos las familias de aquellos que se habia llevado de Creta. Teseo pacífico poseedor del trono de Atenas, se dedicó en reformar el gobierno de la Atica. Formó una sola ciudad de todos los habitantes de este pais, que hasta entonces se hallaban dispersos, les propuso el plan de una república, y como la religion ha sido en todas épocas el lazo que une con mas fuerza á los pueblos, separados por otra parte por intereses particulares, Teseo instituyó varias fiestas religiosas, y renovó en honor de Neptuno los juegos istmicos, á ejemplo de Hércules que habia restablecido los juegos olímpicos. Despues de haber puesto en planta todos sus proyectos políticos, se despojó de la autoridad soberana, como lo habia prometido, y dejando su nueva república bajo la salvaguardia de las leyes, salió en busca de nuevas aventuras. Hallóse en la guerra de los Centauros, en la conquista del Vellocino de oro, en la caza de Calidonia, y, segun algunos, en las dos guerras de Tebas. Marchó á los bordes del Termodon para combatir con las amazonas, las venció haciendo prisionera á su Reyna Antiope ó Hipólita, de la cual tuvo al desgraciado Hipólito. Contaba mas de 50 años cuando, segun se dice, arrebató á la hermosa Elena, niña, entónces de 10 años: pero los Tindaritas, sus hermanos, la rescataron y robaron á su vez á Etra, madre de Teseo, á la cual hicieron esclava de Elena. Finalmente se obligó á acompañar á su amigo Piritous para ir á robar á la muger de Aidoneo, Rey de Epiro, ó segun la fábula á Proserpina, muger de Pluton. La misma fábula cuenta que habiendo descendido estos dos héroes á los infiernos, fatigados del largo viage, se sentaron en una piedra donde quedaron pegados, sin que pudiesen levantarse, hasta que por fin Hércules obtuvo de Pluton su libertad. Con respecto al resto de la vida de Teseo no fue mas que una cadena contínua de desgracias. Se sabe ya el fin trágico de su hijo Hipólito y de Fedra su muger. Teseo halló á su regreso, que el pueblo de Atenas se habia revolucionado; asi es que lleno de indignacion trasladó su familia á la Eubea, llenó de maldiciones á los atenienses, y se retiró á la isla de Esciros, para acabar sus dias en paz en una vida retirada. Pero el Rey Licomedes, zeloso de su reputacion, ó corrompido por sus enemigos, mandó precipitarle de lo alto de una peña, á donde le habia atraido bajo pretexto de enseñarle la campiña. Teseo habia tenido tres mugeres, Antiope, Reyna de las Amazonas, que fue madre de Hipólito; Ariadna hija de Minos, de la cual tuvo á Enopion y Estafilo; y Fedra que dejó un hijo, llamado Demofoon.—Los atenienses algunos siglos despues procuraron reparar su ingratitud con Teseo, con los honores que tributaron á sus cenizas: recogieron sus huesos, y los depositaron en un magnífico sepulcro que le levantaron en el centro de la ciudad; y en memoria del socorro que este príncipe habia dado á los desgraciados durante su vida, y de la firmeza con que se habia espuesto á las injusticias, aquel sepulcro se convirtió en un asilo sagrado para los esclavos. En conclusion, le erigieron un templo, le tributaron sacrificios periódicos, y una fiesta solemne, que se celebraba en 8 de Octubre, en conmemoracion de su regreso de la isla de Creta.

D. M.

ANGEL Y DEMONIO.

I.



Algunos años antes de 1830 se preguntaba en la Rochela el motivo por qué las ventanas de una casa de gran apariencia de la calle Mayor estaban de contínuo cuidadosamente cerradas. La regularidad casi monumental de su arquitectura escitaba la curiosidad de los transeuntes, quienes al contemplar la yerba que cubria el dintel de la puerta, desde luego se convencian de que aquel edificio no estaba habitado. Sin embargo, los antiguos vecinos de la calle recordaban que la casa perteneció á Samuel Durier, opulento armador de la ciudad, y cuyo paradero tiempo habia se ignoraba. Hoy podemos sin indiscrecion culpable levantar el velo que encubria el misterioso abandono del suntuoso edificio, con tanto menos riesgo, cuanto que los actores del drama que vamos á referir ya no existen.

Samuel Durier no habia olvidado en el seno de la opulencia su humilde orígen, antes bien se complacia en decir con justo orgullo que sus obras eran su padre. Hijo de un marinero, pasó por todos los grados del duro aprendizage de la vida del marinero: grumete cuando sus fuerzas le permitieron sujetar una cuerda y trepar á las gavias, ascendió despues á marinero. Vinieron el imperio y la guerra con los ingleses; y Samuel, alistado en calidad de contramaestre en un corsario de la Rochela, el bergantin *Indomable*, daba valerosamente caza á los ingleses; y como en aquella época con resolucion y deseos de adelantar se ascendia rápidamente, Samuel no tardó en obtener el grado de capitan de un buque corsario.

Despues de algunas campañas se halló en disposicion de armar á sus espensas un buque; y favorecido por la fortuna en todas sus empresas, en breve reunió un caudal inmenso. Casó con la hija de uno de sus tenientes, que murió combatiendo con los ingleses: de esta union tuvo una hija, á la que puso por nombre Olivia, siendo su crecido dote el menor de sus atractivos. En 1812 Durier perdió á su esposa, á quien amaba con escesiva ternura: entonces se retiró del servicio, dedicando todos sus cuidados á la educacion de su Olivia. Felicitábase con el orgullo propio de un padre al verla tan bella y tan buena: todos sus pensamientos se concentraban en ella, no conociendo otra necesidad que la de contribuir á la felicidad de su hija. Pero nada tenia en cuenta sus riquezas, como no fuese para satisfacer los deseos de Olivia, y mil veces hubiera dado la vida para evitarla el mas pequeño disgusto. Por ella habia comprado el palacio que habitaba en la calle Mayor, adornándole magníficamente, porque todo le parecia poco para su hija querida. Verdad es que, gracias á su buen natural, Olivia era acreedora al amor de su padre, pues solo se prevalia de su influencia con el viejo marino para hacer buenas acciones.

Durier no se contemplaba dichoso sino al lado de Olivia, aunque no por eso dejaba pasar un dia sin dedicar algunas ho-

ras á sus conversaciones de á bordo como él decia, fumando delante de una botella de rom en compañía de un viejo marinero que le habia acompañado en todas sus espediciones.

En algunas ocasiones, por complacer á su hija, la acompañaba á los saraos y grandes concurrencias, no obstante que para él era la mayor de las mortificaciones haber de permanecer dos ó tres horas en un salon.

Habia cumplido ya Olivia los 17 años, y Durier no podia pensar sin estremecerse en el momento en que la viese abandonar la casa paterna para seguir á un esposo: sin embargo, no era esto lo que mas le atormentaba, sino la idea de que llegára á cansarse de la vida tranquila que llevaba en casa de su padre. Estos pensamientos le acongojaban tan fuertemente, que no pudo menos de manifestarlos á Olivia, quien le aseguró una y mil veces bajo juramento que jamas le abandonaria. En punto á la eleccion de esposo lo dejó á su discrecion, confiando enteramente en su prudencia y en su buen discurso. El cariño que Durier tenia á su hija no era egoista; deseaba su felicidad ante todo.

En la casa de una compañera de colegio, á quien visitaba con frecuencia, conoció Olivia á un jóven llamado Jorge Bawring. Con un esterior amable, en el que se revelaba un alma sensible y tierna, seducia á cuantos por la primera vez le veian; pero en su corazon se abrigaban todos los vicios y los mas ruines pensamientos. Arruinado su padre en el comercio, Jorge se habia propuesto reparar por medio de un matrimonio los desastres causados por la fortuna; y Olivia, hermosa, sencilla y rica, era la que convenia al codicioso especulador. Una jóven, con pocos ó ningunos conocimientos del mundo, se encuentra á toda hora indefensa contra los ataques de la intriga, que se oculta bajo el falso semblante de la virtud, y Jorge poseia, como muchos hombres, la maravillosa facilidad de dar á su rostro la apariencia de la tristeza y de la desgracia; y como esta egerce tanto dominio en una alma inocente y cándida como la de Olivia, no es dificil adivinar el resultado de farsa tan innoble. Por primera vez conoció la jóven que no la bastaba el amor del padre; y seguida de su consentimiento, determinó darle parte del estado de su corazon.

—Padre mio, le dijo una mañana concluido el desayuno, tengo que confiaros un secreto. ¿Me perdonareis habéroslo tenido oculto hasta ahora?... Yo no me atrevia.....

Y la jóven bajó los ojos, poniéndose encendidas sus mejillas.

—¡Secretos para mí, Olivia! la interrumpió el marino, una confesion pronta y sincera es lo único que puede borrar esta prueba de desconfianza para con tu padre y tu mejor amigo.

—Bondadoso padre mio, repetidas veces me habeis dicho que otorgariais mi mano al esposo que yo eligiese. Amo, soy correspondida, y deseo me digais que condescendeis en bendecir á vuestra hija.

—¡Tan pronto quieres abandonarme!.....

—¿Podeis creerlo?...

—Sabe, hija mia, que tu presencia me es tan necesaria como el sol: tú eres mi vida: ¡oh! jamas ningun hombre te amará tanto como yo.

Al decir esto el viejo marino procuraba ocultar dos lágrimas que asomaban á sus ojos.

—Padre amado, escuchad á vuestra Olivia. ¿Os figurais que ella olvide jamas las bondades que de continuo la estais dispensando, y que os ame menos cuando contribuya á la felicidad de un esposo?

Mordíase los lábios el marino con fuerza, y sufria estraordinariamente al considerar que un tercero iba á interponerse entre él y su hija. Olivia continuó:

—Si supiéseis cuánto me ama, vos le amariais tambien. Es desgraciado, y yo creo que sois bastante rico para desear que vuestro yerno posea otros bienes que la virtud.

—¿Cómo se llama?

—Jorge Bawring.

—¡Un inglés! ¡Mi hija esposa de un inglés! ¿No sabes que un inglés es enemigo de todo lo que no lleva el sello de la Gran Bretaña? Yo he combatido por espacio de 20 años á los ingleses, y ellos son los que han asesinado á nuestro Emperador... ¡Oh! mucho hubiera celebrado que el esposo de tu eleccion no fuese inglés.

—¿Y es culpa suya? Es jóven..... y yo creia que solo eran responsables de las faltas aquellos que las han cometido: por otra parte, los ingleses no son ya nuestros enemigos.

—Dices bien, Olivia, no hablemos mas

sobre este punto. Tú le amas, y esto debe bastarme; porque es imposible que siendo como eres tan buena, hayas colocado mal tu cariño. Será tu esposo, y todo cuanto exijo de ese insular es que te haga dichosa. Pero tú no me abandonarás, ¿no es asi, hija mia?

Olivia echó los brazos al cuello de su padre, y le tuvo estrechamente abrazado.

—Bueno, Olivia, hija mia. Bien sé cuánto me amas; pero yo no quisiera separarme de ti. Si estuvieses lejos de mí no podria saber si eras completamente dichosa, y este pensamiento me quitaria la vida.

Dicho esto se separaron; Olivia contenta y llena de esperanzas de amor, y el padre inquieto, disgustado y prorumpiendo en enérgicos juramentos contra los ingleses que habian muerto á su Emperador.

Una hora despues el coche de Mr. Durier se detuvo á la puerta de una fonda, de apariencia mas que modesta, en donde el amante de su hija estaba alojado.

—¿Sois Mr. Jorge Bawring? dijo el marino al entrar en la estancia de este: yo soy Samuel Durier, el padre de Olivia.

El jóven se inclicó poniéndose encendido.

—Sin duda adivinais el motivo que aqui me trae, prosiguió el marino: si asi no fuese, voy á decíroslo. ¿Amais á mi hija?

Jorge no supo qué responder á interpelacion tan inesperada y terminante.

—Sé que la amais porque ella me lo ha declarado; mas antes de confiaros la felicidad de mi hija, de cuanto mas caro me queda en el mundo, preciso es que os diga cuál es mi determinacion.

—Veo, señor, que consentis en mi matrimonio con la seductora Olivia, contestó el inglés, afectando la mayor confusion; pero acaso ignoreis que soy pobre, y que al entregarme al placer de amar á vuestra hija, no esperaba que os dignáseis elegirme por esposo suyo. Estad persuadido de que yo aceptaré cuantas condiciones tengais á bien imponerme; porque no los bienes, sino el corazon de Olivia es lo que yo anhelo.

—Está bien, jóven, replicó el marino. Soy bastante rico para que trate de entrar en cuestiones de dinero. En cuanto á vuestro carácter, descanso completamente en mi hija, aunque sé muy bien que hay hombres que una vez casados se complacen en hacer derramar lágrimas de pesar á sus esposas. Yo quiero que mi hija sea feliz; se lo he jurado á su madre, y es forzoso que me prometais no separarla nunca de mi lado, haciendola tan dichosa como ella se merece.

—¡Oh, señor! yo lo juro. ¿Cómo podré olvidar que debo á vuestra hija las riquezas, y sobre todo la felicidad?

—Siendo así, sereis su esposo; mas no olvideis que con vuestra vida me responderéis de la desgracia de Olivia.

Al decir estas palabras el viejo marino sacudia el brazo de Jorge en términos de darle á entender que no serian vanas sus amenazas.

—¿Podreis creer tal? replicó Jorge.

—¡Dios nos libre de semejante desgracia! Ahora, mi Sr. yerno, voy á llevaros á la presencia de Olivia, porque debemos arreglar juntos el negocio.

Pocos minutos despues Jorge se arrojaba á los pies de Olivia.

—Sed ambos mis hijos, prorumpió Samuel, y nunca nos separaremos.

II.

Celebróse el matrimonio, y los jóvenes esposos, instalados en el palacio de Mr. Durier, disfrutaban apaciblemente de las dulzuras del pan de la boda. El mismo Jorge, no obstante su carácter impasible y calculador, obraba de la mejor buena fe en la ternura que manifestaba en un principio á Olivia.

El viejo marino estaba tan satisfecho de su conducta, que hasta llegó á reconvenirse á sí mismo por haber juzgado mal de su yerno por sola su cualidad de inglés. Jorge es jóven aun, se decia, y seria injusto hacerle responsable de los actos de Pitt y de Nelson.

—Padre mio, dijo un dia Jorge á Samuel; en este instante acabo de recibir una carta en que se me anuncia que mi padre está moribundo; jamas podria perdonarme á mí mismo el no haberle abrazado en su última hora, y consentido que un estraño cerrase sus ojos. He determinado partir mañana; pero os dejaré á Olivia.

—Está muy bien, Jorge.

Al dia siguiente partió con porcion de cartas de crédito para uno de los primeros banqueros de Lóndres.

Olivia conoció tambien la necesidad de

este viage, y no mostró la menor repugnancia por mas que sintiera separarse de su esposo. La promesa de un pronto regreso fue lo único que pudo hacerla consentir en no seguirle á Inglaterra. Ademas creyó no ser conveniente que una esposa jóven presenciase una escena de muerte y de luto, y tambien conoció que era preciso que ella permaneciese en Francia para hacer compañia á su anciano padre.

La primera semana, Olivia no tuvo motivo de disgusto: una carta de Jorge anunciaba un feliz cambio en la salud de su padre, manifestando que esperaria algun tiempo para llevarle consigo á Francia, porque deseaba ardientemente darle á conocer su nueva familia.

Tampoco faltaron las noticias en la semana siguiente; pero, á contar desde esta época, cesó enteramente la correspondencia. En vano le escribia Olivia todos los correos; sus cartas quedaron sin contestar. En un principio ocultó al padre la negligencia de su esposo; mas al fin la inquietud pudo mas en ella que ninguna otra consideracion.

—Padre mio, le dijo un dia, ha pasado un mes que no recibo carta de Jorge, y sin duda debe haberle sucedido alguna cosa desagradable. ¡Un mes sin escribir! Preciso es que yo parta, porque no puedo contener mi desasosiego.

—Quiere decir, Olivia, que todavia me estabas engañando el otro dia cuando me leiste cartas de Jorge, segun aseguraste, recientemente recibidas. ¡Bien te decia yo que nadie te amaria tanto como tu padre! Aun no há tres meses que estais casados, y ya derramas lágrimas. Concédeme unos cuantos dias de término, y partiremos en seguida.

Mr. Durier escribió sin demora al banquero de Lóndres, en cuya casa habia abierto un crédito á Jorge, para adquirir noticias de él. La respuesta no fue muy satisfactoria. Jorge solo se presentaba para tomar dinero; su cuenta ascendia ya á 50,000 francos, y el banquero preguntaba á Mr. Durier si convendria continuar proporcionándole fondos.

Mr. Durier se abstuvo de comunicar á su hija tan desconsoladoras noticias, y en el mismo dia se embarcó con ella para Inglaterra.

A su llegada á Lóndres, Mr. Durier y su hija se alojaron en una de las magníficas fondas de Westend. Al dia siguiente, y antes que Olivia despertase, se presentó Durier en casa del banquero, quien no pudo enterarle de la nueva morada de Jorge, pues asi esta como la antigua las ignoraba. El anciano marino regresó á su alojamiento con el corazon oprimido; aunque esforzándose en ocultar su disgusto bajo un semblante risueño, porque le repugnaba desvanecer las últimas esperanzas de su hija. Cuando entró en la fonda le digeron que Olivia aun estaba descansando, que varias veces los criados habian ido á llamar á la puerta, y que no habiéndoseles contestado, no quisieron turbar su reposo.

Tristes presentimientos asaltaron al viejo marino; sube temblando la escalera, entra..... y descubre á su amada Olivia tendida en el suelo privada de conocimiento. Acuden á sus gritos los criados, y se la prodigan los socorros necesarios para restituirla á la vida. En vano su padre la dirige las palabras mas tiernas y consoladoras, Olivia permanece insensible á su voz.

Al mismo tiempo el tumulto de una orgía se dejaba oir en el aposento vecino.

—Decidme, amigos mios, gritaba una voz que sobresalia por las de todos, ¿qué tal os parece el desayuno? El suegro de Francia hace el gasto, y asi no hay que escasear el vino, porque el viejo hace muy en regla todas las cosas. Y tú, querida mia, ya ves que vuelvo mas hechizado que nunca de tus gracias, y sobre todo rico, porque el amor sin dinero vale tanto como el agua clara. Pero, gracias á *mi francesita*, empezaremos de nuevo una vida alegre.

Y los chistes y dichos vinosos se cruzaban de todas partes: chocaban unos con otros los vasos, y rodaban por el suelo hechos pedazos. Reynaba la mas completa embriaguez.

Mr. Durier dejó á su hija encargada á los cuidados de las mugeres que la rodeaban; escuchó con atencion, y reconoció la voz de Jorge, del hombre á quien habia hecho feliz y daba el nombre de hijo. Arrójase precipitadamente á la habitacion de donde partian los gritos, y dirigiéndose á Jorge le dijo:

—Eres un infame; eras pobre, y te he entregado mi hija y mi caudal, y ahora la abandonas por viles cortesanas, sin inquietarte de si el tumulto de tus innobles orgías llegará á sus oidos; pero no, ella no te oye, tú la has muerto, y mi hija se en-

cuentra en el inmediato aposento yerta é inanimada.

Jorge quiso responder; pero sus lábios articularon trabajosamente algunas escusas: sus ojos se fijaban en tierra, porque no le era posible sostener la mirada fulminante de un padre tan justamente irritado.

—¡Silencio! no quiero oirle. ¿Sabes que es la mas insigne de las vilezas especular con el amor de una muger á quien todo lo debes, hasta los vestidos que te cubren? Y tus dignos amigos, ¿consienten en permanecer todavia con un miserable como tú?.....

El marino se equivocaba: á sus primeras palabras todos los convidados desaparecieron. Jorge era el único que habia quedado en la estancia.

—¡Alma de cieno! ¡Por un puñado de oro te has convertido en verdugo de un ángel! ¡tú has asesinado á mi hija! ¡Oh! si solo escuchase mi justo resentimiento, yo mismo castigaria este esceso de bajeza. Pero tus vicios serán los que se encargarán de castigarte.

Mr. Durier se retiró del aposento: en el mismo dia el padre y la hija se embarcaron para el Mediodia de la Francia, en donde tuvo el dolor de ver perecer á su cara Olivia consumida por el dolor. Esta desgracia le hizo aborrecible la vida, y una mañana le encontraron en su lecho con la cabeza hecha trozos de un pistoletazo, habiendo antes otorgado testamento en el que dejaba todos sus bienes á los pobres de la Rochela.

Jorje se halla actualmente en Botany-Bay, donde espía los crímenes que fueron la consecuencia de su primera falta.

T. M.



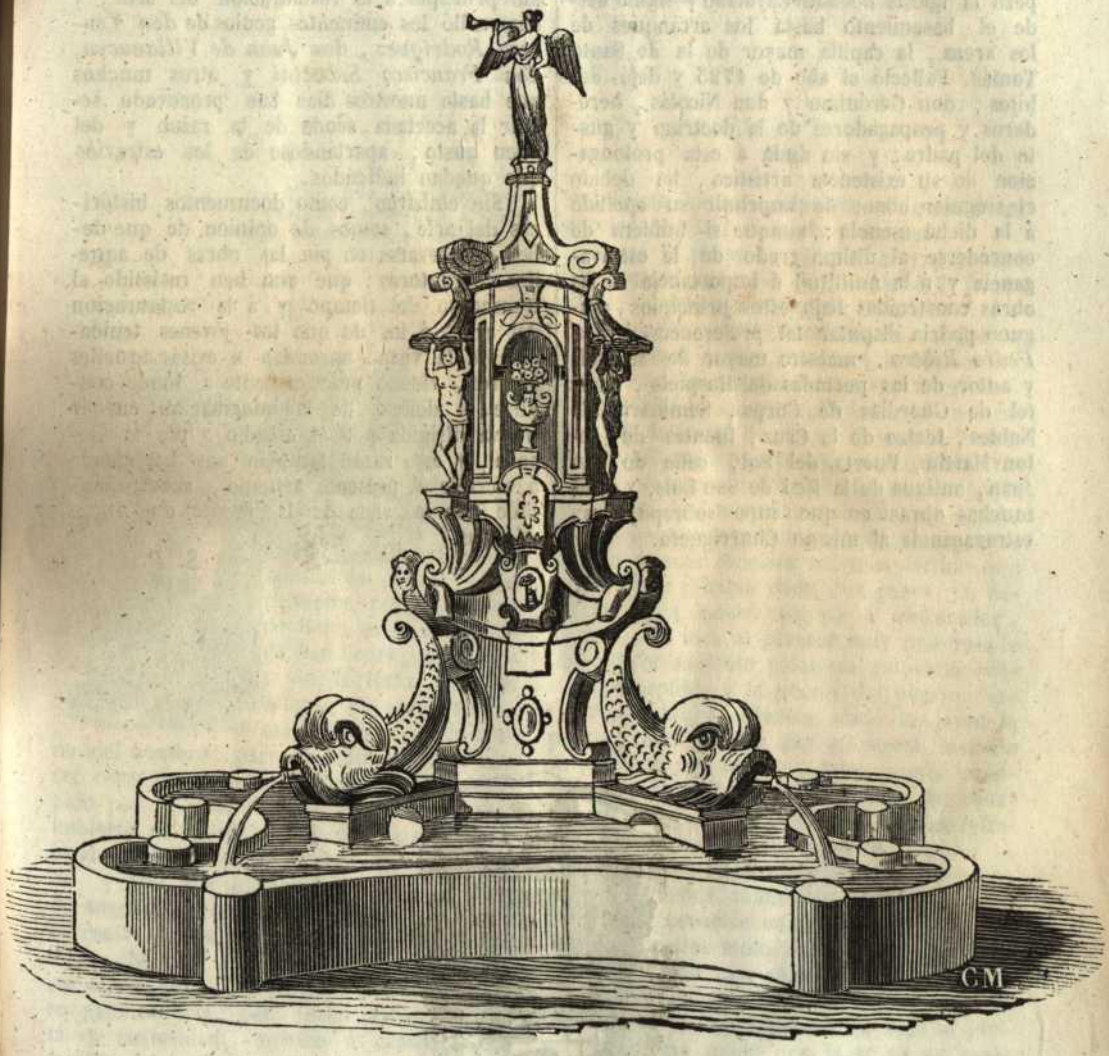
ARQUITECTURA CHURRIGUERESCA.

Bajo este nombre es conocido en nuestra España aquel desgraciado periodo de la historia del arte en que abandonado el buen gusto y las reglas eternas de la razon, cedieron su puesto á un estravio fantástico y delirante que no reconocia mas límites que los que puede alcanzar el capricho de imaginaciones débiles ó enfermas; periodo que con mas ó menos estension tuvieron que sufrir hácia fines del siglo XVII todas las naciones de Europa; y que dominó principalmente en Italia, autorizado por el desgraciadamente célebre arquitecto *Francisco Borronini*. El ejemplo de este y las lecciones adquiridas en su escuela por don Sebastian de Herrera Barnuevo y don José Jimenez Donoso, determinaron á estos á importar en nuestra España aquella manera tortuosa y aquel flujo de ornatos tan distantes de la simplicidad, que es la base de la belleza. De aqui nació la delirante secta *Borroninesca* que difundida inmediatamente en España, logró aun mayor séquito que en el pais donde tuvo su origen.

«En esta edad de corrupcion (dice Jovellanos) abandonados otra vez los principios del arte de edificar, volvió á adoptar el capricho de los arquitectos todas las estravagancias que habia inventado el de los escultores y pintores. Aquellos convertidos en tallistas, alteraron todos los modales, trastrocaron todos los miembros, desfiguraron todos los tipos del ornato arquitectónico, y produjeron una muchedumbre de nuevas formas si muy distantes de la sencillez y magestad de las antiguas, mucho mas todavia de la decencia y del buen gusto..... Viendo aplaudir desde la corte hasta la mas humilde aldea los monstruos que engendraba el mal gusto y que abortaba la ignorancia, ¿quién podia separarlos de una senda que conducia tan seguramente á la riqueza y al aplauso? Cedieron por fin al ejemplo, y trasladaron á los pórticos, frontispicios y fachadas las estravagancias de los retablos y escenas. Desde entonces los templos, las casas, las fuentes, los edificios públicos y privados, todo se cubrió de torpes garambainas y groseros follages, monumentos ridículos que testifican todavia la barbárie de quien los hacia y el mal gusto de quien los pagaba.»

Descollaba entre ellos el célebre *D. José Churriguera*, natural de Salamanca, y muy celebrado allí de sus paisanos y de los doctores y catedráticos de aquella Universidad, donde reynaba la máxima de que el ingenio tanto mas se perfecciona, cuanto mas se sutiliza en paralojismos, conceptos equívocos, retruécanos y juego de palabras. Vino á Madrid y fue nombrado ayudante de trazador mayor, llamando desde luego la atencion por el famoso túmulo que erigió en la iglesia de la Encarnacion para las exequias de la Reyna Doña Maria Luisa de Borbon primera muger de Cárlos II, cuya estampa puede verse en el libro titulado *Noticias historiales de la enfermedad, muerte y exequias* de la referida reyna, por don Juan de Vera Tasis: y da á conocer la estravagancia fundamental de Churriguera.

Acreditado sin embargo, con esta traza, le encargaron obras de mayor consideracion.



Fuente de la plaza de Anton Martin, en Madrid.

Construyó la portada de la iglesia de San Sebastian de Madrid, y la casa que ahora ocupa la real Academia de San Fernando, antes Aduana y estanco de tabaco, con la horrenda portada que se picó para poner la noble y sencilla que ahora tiene. Empezó la iglesia de San Cayetano y siguió desde el basamiento hasta los arranques de los arcos, la capilla mayor de la de Santo Tomás. Falleció el año de 1725 y dejó dos hijos, don Gerónimo y don Nicolás, herederos y propagadores de la doctrina y gusto del padre; y sin duda á esta prolongacion de su existencia artística, ha debido el singular honor de imprimir su apellido á la dicha escuela; aunque si hubiera de concederse al último grado de la estravagancia y á la multitud é importancia de las obras construidas bajo estos principios, ninguno podria disputar tal preferencia á *don Pedro Ribera*, maestro mayor de Madrid, y autor de las portadas del Hospicio, cuartel de Guardias de Corps, Seminario de Nobles, teatro de la Cruz, fuentes de Anton Martin, Puerta del Sol, calle de San Juan, antigua de la Red de San Luis, y otras muchas obras en que supo sobrepujar en estravagancia al mismo Churriguera.

Estas fueron las últimas boqueadas de aquel espirante estilo, que pudo decirse que concluyó con Ribera. La venida á Madrid de los arquitectos Jubarra, Sachetty y otros que acreditaron su buen gusto con la obra del Palacio Real y otras muchas importantes, dió principio á la restauracion del arte, y desarrolló los eminentes genios de *don Ventura Rodriguez*, *don Juan de Villanueva*, *don Francisco Sabatini* y otros muchos que hasta nuestros dias han procurado seguir la acertada senda de la razon y del buen gusto, apartándose de los estravíos que quedan indicados.

Sin embargo, como documentos históricos del arte, somos de opinion de que deben conservarse en pie las obras de aquellos corruptores, que aun han resistido al transcurso del tiempo y á la restauracion del arte, á fin de que los jóvenes teniéndolas á la vista, aprendan á evitar aquellos errores, viendo prácticamente á donde conduce el delirio de la imaginacion cuando no va dirigida por el estudio y por la filosofia, y esta razon tambien nos ha guiado á escribir el presente artículo, acompañándole con la vista de la *fuente de Anton Martin*.

S. P.



UN ARTISTA.

¡Oh! que horribles desgracias acompañan á veces la vida de los hombres!
VOLTAIRE.

I.



El sol empezaba ya á dorar los altos campanarios de las iglesias de Roma, y sus primeros reflejos daban de lleno sobre la cúpula de San Pedro, ese jigante de la Italia, templo coloso, cuyos cimientos, mas bien que por la mano del hombre, parecen levantados por un ser celestial, cuando atravesaba con paso rápido por la plaza de San Pablo una muger, cubierto el rostro con el velo, y que, á juzgar por su cuerpo aéreo, por su pie lindo y por sus formas graciosas, parecia de angélica hermosura. Al ver algunos concurrentes á una muger, al parecer de mediana clase, ir sola por las calles de Roma al despuntar la aurora, detenian el paso para mirarla; pero luego, satisfecha quizá su curiosidad, volvian á continuar su camino volviendo la cabeza de vez en cuando para contemplarla mejor.

Atravesó esta muger varias de las calles principales de la antigua soberana del mundo, y llegando á una poco frecuentada, paróse ante una casa de simple apariencia sobre cuya puerta habia una medio carcomida muestra, demostrando á los transeuntes haber allí un pintor dispuesto á ofrecer su pincel para toda clase de pinturas.

Entró la jóven en esta casa y preguntó á la portera, especie de cancerbero femenino, si vivia allí el pintor Leonardo.

—Suba V. por la escalera de enfrente y en el primer repiso, vuelva á la izquierda y llame V. á la puerta del cuarto núm. 6.

Subió la jóven precipitadamente la escalera, y detúvose de pronto frente al cuarto número 6 cuya puerta estaba entornada. Vaciló la desconocida antes de entrar en la habitacion de Leonardo; parecia que siniestros combates reynaban en su corazon y la movian á estar indecisa sobre el partido que debia tomar; habia dado dos pasos ya hácia atrás, y estaba pronta á retroceder, cuando una idea al parecer muy poderosa la hizo volver adelante y dar un golpecito cuasi imperceptible á la puerta del cuarto. Nadie respondió, y entonces abrió la jóven la puerta, mas pareció que en aquel instante se agotaron sus fuerzas, pues quedó inmóvil en el umbral, parecida á una de aquellas vírgenes que el pincel del artista retrata tan fielmente en sus cuadros.

Encontró á Leonardo pintando. Estaba en uno de aquellos momentos en que la idea bulle y se revuelve en nuestra mente, en uno de aquellos momentos en que el artista pinta la vírgen que ve en sus ilusiones, con todos sus matices, rodeada de mil formas seductoras, y cree reproducirla bajo su pincel del mismo modo que la ve en su exaltada imaginacion. En aquel instante nada veia, nada escuchaba sino las formas y palabras de su vírgen ideal.

El ruido que hizo la puerta jirando sobre sus goznes le despertó de aquel dulce ensueño, y por un momento creyó estar soñando aun al ver de pie en el umbral de la puerta, á la jóven desconocida con el

velo echado y desarrollando á su vista todas las gracias, toda la elegancia, toda la vida de las Madonnas de Rafael. En aquel momento y en aquella postura parecia una vírgen escapada de un cuadro de Murillo, ó una creacion fantástica de Miguel Angelo. El artista, súbitamente despertado de aquel ensueño de flores y delicias, creyó ver en ella la vírgen candorosa que se le habia presentado cuando su alma estaba en comunicacion con el idealismo.

Luego que la jóven observó que el pintor la miraba se atrevió á proferir algunas palabras, pero vinieron á espirar en sus lábios y solo pudo esclamar:

—Caballero!

—Señora!

Y á la voz de aquella muger Leonardo volvió en sí, y levantándose arrojó su paleta y sus pinceles. Luego se acercó á ella, pero se detuvo al oirla sollozar, y un religioso silencio reynó por algunos instantes en el aposento.

—Perdonadme, caballero, si he venido á interrumpiros; me habian dicho que aqui habitaba un pintor anciano, y habiéndose fallido mi deseo, permitidme me retire.

Hizo un movimiento para retirarse, pero Leonardo esclamó con viveza:

—Tan pronto!!

El jóven artista habia quedado estasiado al oir aquella voz de ángel resonar en sus oidos; su vista penetrante habia traspasado el denso velo que cubria el semblante de la jóven, y su imaginacion le habia presentado aquella muger como una amorosa vírgen emanada de las regiones celestes.

—Tan pronto!!!

Esa esclamacion revelaba bien á las claras el interés que tomaba Leonardo hácia aquella muger que le era desconocida dos minutos antes.

Una lucha terrible despedazaba las entrañas de la jóven, un combate horroroso tenia cabida en su corazon. Cualquiera vista sagaz que hubiese penetrado lo interior de su alma la hubiera visto desgarrada por crueles combates. Una idea que la hizo estremecer se fijó en la mente de la jóven: pensó en su pobre madre, y á esta idea se lanzó furiosa, frenética como una loca, como una bacante hácia Leonardo, y alzándose el velo con mano convulsiva, esclamó:

—Caballero, soy hermosa, soy bien formada, tengo buen talle..... ¿no es verdad?..... pues bien.....

Y la jóven se detuvo al ver al artista á sus pies.

Este, al ver alzarse el velo de la jóven, al ver aquel rostro resplandeciente de dulzura, al ver aquella vírgen amorosa, no escuchó nada, no vió nada..... cayó arrobado ante su celeste hermosura. Pasado algun tiempo del entusiasmo de los jóvenes, la hermosa desconocida volvióse á echar el velo, como ruborizada de su accion, y dijo á Leonardo que continuaba á sus pies:

—Permitid que me retire, pues nada.....

—Ah! no os váyais, señora, no os váyais. Habeis interesado de tal modo mi corazon, que seria imposible que estuviese sin veros ni hablaros. Vos sois desgraciada, lo conozco, he penetrado en el fondo de vuestro pecho, y he visto que una pena cruel os lo desgarra. Confiadme, pues, vuestras desgracias y pesadumbres, y las depositareis en el pecho de un amigo, de un.....

Y Leonardo no se atrevió á proseguir.

—Vuestra generosidad, caballero, penetra en el fondo de mi corazon, y este no puede menos de agradeceros vuestra hidalguia.

—Confiadme vuestras cuitas, señora, que os aseguro encontrareis en mí el consuelo que necesitais.

—Conozco en vuestro rostro la sinceridad de vuestras palabras, y os agradezco el interés que por mí os tomais. Nadie mas que yo necesitaria encontrar alguno que consolase mis amarguras con la ternura de un hermano. Creo que vos lo haríais asi, y que vuestro pecho se interesaria por mí al oir la relacion de mis penas; pero os molestaria acaso con mi funesta historia y.....

—Nada de esto, señora, estoy impaciente por cooperar con todas mis fuerzas á vuestra felicidad.

—Ya que tanto me lo suplicais, empiezo pues: Soy hija de un comerciante, el cual en el tiempo en que nací era uno de los que gozaban de mas favor y prestigio en esta ciudad, por reputarse hombre de grandes riquezas. Habitábamos una casa grande, adornada con un lujo suntuoso, teniamos coche, lacayos, criados, joyas, vestidos magníficos; dábamos tertulias y bailes, y nuestros salones eran el punto de reunion de los elegantes, de los banqueros, de los nobles, y en fin de toda la alta sociedad de Roma. Gozábamos de todas las diversiones que presenta esta ciudad, mi padre derra-

maba el oro á manos llenas y gastaba sumas inmensas para satisfacer cualquier frívolo capricho que nos pasase por la imaginacion á mi madre y á mí. Tal estado de cosas era imposible que pudiese durar mucho tiempo, como asi sucedió efectivamente, pues por el gasto estraordinario que hacia mi padre, bien pronto agotáronse sus arcas y tuvo que pedir prestado. Este fue el primer paso para nuestra ruina: con este nuevo dinero continuó mi padre desparramando oro con profusion, pero se acercó el cumplimiento del plazo puesto por sus acreedores, y estos le intimaron que pagase dentro de algunos dias. Contaba mi padre echar mano de unos fondos que tenia en casa de un rico banquero, al mismo tiempo que de una suma inmensa que habia prestado á uno de sus amigos; pero pocos dias antes de cumplir el plazo, recibió la noticia de que su pérfido amigo se habia fugado del reyno llevándose dinero, papeles y todo lo que tenia, al mismo tiempo que recibió tambien por otro conducto la funesta nueva de que el banquero donde habia depositado sus fondos, habia quebrado. He aquí á mi padre completamente arruinado. Sus acreedores, queriendo cobrar el dinero que habian prestado, embargaron todas nuestras alhajas, muebles, coches, en fin todo lo que teniamos, dejándonos en la calle, expuestos á perecer de hambre y miseria, y para colmo de nuestras desgracias metieron á mi padre en la cárcel, el cual estando acostumbrado á vivir con comodidad, murió á los pocos dias.

Quedamos entonces huérfanas mi madre y yo, abandonadas de todo el mundo, pobres y sin recursos de que echar mano para vivir. Afortunadamente, de nuestro antiguo esplendor nos quedaban algunas monedas que pudimos recoger, y fuimos al instante á alquilar una especie de boardilla; empecé yo á trabajar haciendo flores artificiales, pintando paisages para abanicos, ó cosiendo algunos vestidos; pero esto era poco para mantenernos, faltándonos de dia en dia lo necesario. ¡Ah! sin duda vos no comprendereis, señor, el triste y lastimoso cuadro que voy á presentaros ante los ojos porque regularmente habreis tenido siempre medios decentes con que vivir. Nuestro ajuar y los adornos de nuestra casa se componian de una mugrienta mesa, cuatro sillas, y dos tarimas pegadas á la pared, que nos servian de cama. Podreis figuraros la impresion que este horroroso cuadro de miserias haria en mí, jóven de ilusiones brillantes, de ensueños hermosos, y criada entre el lujo y la riqueza. Dias habia que nuestra comida era solo un pedazo de pan que devorábamos las dos. Yo trabajaba dia y noche para poder tan solo ayudar á mi madre, que, hija de padres distinguidos, no sabia hacer nada. En cuanto á mí, soportaba con resignacion nuestra cruel pobreza, pero veia á mi madre, á mi pobre madre, llorando, pidiendo pan para acallar su hambre, y esta vista me desgarraba el corazon. Un dia, cansada yo de trabajar, estaba sentada junto á ella, que lloraba y maldecia en silencio su aciaga suerte.

El hambre nos acosaba á las dos, y levantando nuestras cabezas nos echamos una mirada, una cruel mirada, que, revelando nuestros padecimientos, nos hizo estremecer. Entónces el vértigo se apoderó de mí, una nube ofuscó mis ojos y salí de casa sin saber donde dirigir ó encaminar mis pasos. Era de noche, y un hombre medio beodo que pasaba por mi lado se acercaba á abrazarme creyendo era yo una prostituta: le repelí con horror, y marchéme de aquel lugar a pasos precipitados. Entonces me acordé de mi madre, de mi pobre madre, y casi estuve tentada de volverme atrás y entregarme á aquel hombre..... Oh! que horrible tentacion aquella!..... Por una parte la miseria, la horrible miseria, acosándonos por todos lados, y por la otra las riquezas, pero compradas con mi prostitucion. Desprecié con horror este pensamiento, y á la mañana siguiente me ocurrió una idea que quise poner en práctica despues de combatida largamente en mi corazon. Esta fue la de ir á ofrecerme por modelo á los mas distinguidos artistas; pero para este fin tenia que presentarme desnuda y desarrolladas todas mis gracias ante los ojos penetrantes de un pintor: y ¿como hubiera podido resistir un jóven á la fascinacion que le hubieran causado mis gracias?..... Largo tiempo luchó esta idea en mi mente, largo tiempo fue combatida por la razon y adoptada por el entendimiento; pero acosándonos la miseria por todas partes, he salido esta mañana de mi casa con este objeto y..... héme aqui.

Un torrente de lágrimas sucedió á la impasible serenidad con que la jóven habia contado la historia, y Leonardo enternecido se le acercó, y tomándola la mano le dijo:

—Señorita, podeis disponer de mi; todo lo que tengo es vuestro..... he logrado reunir un capital bastante regular con el auxilio de mis pinceles... aceptadlo, os lo da vuestro amigo, vuestro hermano.

—Tanta generosidad!

—No me repliqueis. Me hariais infeliz si no aceptáseis lo que os ofrezco. Ahora tomad mi brazo y vamos á ver vuestra madre.

Y la jóven, absorta á la vista del generoso proceder de Leonardo, tomó su brazo y los dos marcharon en silencio.

II.

Algunos dias habian pasado, y cualquier curioso observador que hubiese penetrado en la casa del pintor hubiera visto retratado el cuadro mas fiel de la amistad doméstica. Figuraos en primer lugar en un rincon del cuarto cerca de la chimenea, y arrellanada cómodamente en su poltrona, una anciana de aspecto venerable, surcado su rostro por profundas arrugas, las cuales revelaban los padecimientos que en el trascurso de su vida habia esperimentado. Volved conmigo la vista al otro lado no muy lejos de esta anciana, y observad al jóven Leonardo, cuya figura tiene un aire de nobleza inesplicable, y en cuya frente están retratadas las ilusiones del artista, y observad, digo, como aun cuando está enteramente embebecido en su trabajo, levanta de cuando en cuando sus negros ojos como á hurtadillas, y suelta su pincel para mirar á una jóven de formas angélicales que está leyendo junto á su anciana madre. Dirigid luego la vista hácia esta misma jóven y paraos aqui. Observad el candor y la modestia que está retratada en su cara de ángel, mirad su talle agraciado, lindo y aéreo, su cintura donosa y flexible que pudiera caber entre el hueco de las dos manos, su pie de niño que asoma por debajo de su sencillo pero aseado vestido, y tendreis la mas verdadera idea de un ángel ó de una Madonna de Rafael.

Mirad ahora, aunque no sin volver otra vez la vista para admirar las gracias de la jóven, un dogo pequeñito que está en el segundo plano, el cual con sus ojitos azules tan pronto mira á su amo como a la jóven, pareciendo comprender la situacion de estas dos personas, y tendreis el mas fiel retrato de la fidelidad. Luego, observados ya minuciosamente los personages de este cuadro, echad una ojeada de águila por todo lo que les rodea. En un rincon se eleva magestuosamente la estátua del Silencio, pareciendo presidir la escena muda que se presenta á nuestros ojos; junto á ella una copia del Apolo de Velvedere, obra admirable, cuyo original existia en el Museo gran ducal de Florencia; un paso mas allá un grupo representando la muerte de César y Bruto en el acto de clavarle el puñal en el seno; despues, hácia la izquierda, junto á una ventana por donde los rayos de luz penetran y dan de lleno sobre el cuadro, una vírgen de Rafael, en cuyo rostro se veia retratada, mas de lo que se quisiera, el placer y la vanidad de la vida, diciendo por esto algunos amigos de Leonardo que era el mas perfecto retrato de la Fornarina; en seguida, colgados de la pared varios cuadros y pinturas representando paisages y otros asuntos, entre los cuales se ve uno representando á Moises, que se atribuye al célebre Miguel Angelo: luego una porcion de lienzos, pinturas, retratos, &c., arrinconados en un ángulo del cuadro, y sobre ellos, como Mário meditando sobre las ruinas de Cartago, un enorme gatazo, cuyos ojos grises jamas dejan de observar todos los movimientos del perro que está cerca de él. Observad conmigo todo esto y tendreis el mas verdadero cuadro del taller de un artista. Hubiese estado allí Gerardo de Dow, y nos hubiera reproducido bajo su pincel, con todos los colores mas vivos, la escena que acabo de hacer ver á mis lectores. Gerardo Dow que nos ha retratado tan fielmente las costumbres de su época, Dow, menos que Rafael, pero igual á Albano por su naturalidad.

Leonardo, el jóven pintor Leonardo, estaba dia y noche trabajando para poder mantener á Elina y á su madre. Su existencia corria feliz, pues siempre tenia á su lado un ángel que dulcificaba sus penas. Leonardo, con la continuacion de ver á Elina, habia quedado enteramente enamorado de ella, y su pasion habia llegado á tal punto que era imposible ya el resistirla. Amaba con violencia, amaba con amor ardiente, con amor de artista. Luchando con esta pasion continuamente, se resolvió á declarar su pasion á Elina; pero una circunstancia bien

fatal vino á desbaratar todos sus planes.

Una noche habia salido Elina de su casa, la casa del pintor Leonardo, y largo tiempo la esperaron en ella; pasó aquella noche, pasó el dia siguiente y no compareció. Su madre estaba desconsolada y murió al cabo de pocos dias, de sentimiento de haber perdido á su hija. Leonardo, que ya se habia creado en su imaginacion un porvenir risueño, recibió un golpe terrible al ver frustradas sus mas gloriosas esperanzas. Pasaron dos años y aun no se borraron del corazon del jóven artista los recuerdos de Elina, de aquella Elina tan jóven tan bella, tan pura. Leonardo tenia que pintar para mantenerse; asi es que todos sus cuadros respiraban una melancolía inesplicable, en todas sus vírgenes se veia la misma fisonomía, todas eran iguales, y los mas apasionados admiradores de Leonardo decian que algun ángel se le mostraba por modelo en los momentos de inspiracion; pero este ángel estaba en la imaginacion de Leonardo; este ángel era Elina. Qué momentos tan dulces no pasaba el artista cuando en sus sueños fantásticos veia á Elina, resplandeciente de gracia y de ternura que le daba miradas afectuosas, miradas de amor. Entonces reproducia el pincel lo que veia en su imaginacion, y creaba obras admirables, obras que eran la admiracion de los inteligentes. Pero cuando dispertaba de aquellos ensueños fantásticos, cuando el dulce insomnio dejaba de aletargar sus sentidos, entonces encontraba un vacío profundo en su corazon, un vacío enorme; entonces encontraba faltar el ángel de sus sueños de ventura.

Por este tiempo, perseguido siempre por el recuerdo de Elina pasó á Florencia, y bien pronto se hizo célebre por sus admirables obras. Varios particulares le encargaron difíciles cuadros, y fue colmado de honores y riquezas; pero de nada servian todos los placeres del mundo, sin Elina, la hermosa Elina, cuya imágen estaba grabada en su corazon. Hay una edad en la vida, edad de flores y de amores, en que todo sonrie á los ojos del artista, todo es bello, todo es sublime; el dia de mañana se nos presenta muy mas bello que el de hoy, nos fascina, nos seduce, y anhelamos llegar hasta él para gozar del risueño porvenir que creemos encontrar. En esta edad, pues, se encontraba Leonardo cuando por la primera vez conoció á la hermosa Elina. Entonces creyó realizados sus bellos ensueños de oro, y vió ya la época de placeres y alegrias que en su imaginacion se habia formado. Pero ¡ah! bien pronto conoció que se habia engañado! Desapareció Elina, y solo vió desgracias y fatalidades en torno de sí. Echó una mirada á su alrededor, y vió angustias y tristezas, escuchó la voz de su porvenir y solo le predijo desgracias y amarguras.

Habian pasado ya cinco años, y Leonardo, llamado á la corte de Francia por Francisco I, vivia feliz..... á lo menos en apariencia; pero no obstante, sus mas íntimos amigos no podian menos de estrañar el que estuviese siempre devorado por una profunda melancolía de que nada absolutamente bastaba á arrancarle en ciertos momentos.

Estaba una noche Leonardo en un gran baile que habia dado Francisco I, este Rey tan disoluto que olvidaba continuamente los intereses de la Francia para divertirse en los brazos de sus concubinas. El bullicio que reynaba en aquella fiesta, las luces, la confusion, la griteria, habíanle trastornado de tal modo la cabeza que tuvo que sentarse medio desfallecido en una silla al lado de una ventana, por la cual pudo respirar el aire libre de la noche que se introducia débilmente en el salon como temeroso de entrar en una atmósfera corrompida por la falsedad y las intrigas palaciegas. Hacia rato que estaba allí contemplando aquel baile, y mil sérias reflexiones ocupaban su imaginacion.

Aquellas cortesanas coquetas y opulentas que se lanzaban á los placeres riendo, cantando, bailando, sin echar una mirada á *mañana!* Aquellos jóvenes disolutos que solo pensaban en gozar, y disfrutaban del momento en que se hallaban jugando y derramando el oro á manos llenas, estando quizás adeudando á un rígido acreedor el dinero que gastaban en frivolidades! Aquel Rey lujurioso é inconstante, que era el primero en dar el ejemplo á sus cortesanos del libertinaje, y solo trataba de gozar y divertirse entre las disolutas cortesanas que le rodeaban! Miseria humana! Amalgama incomprensible!... Este mismo Rey que despues de la batalla de Pavia escribia á la duquesa de Avarennes: *Todo se ha perdido menos el honor.* El honor!..... y ese mismo

Rey poco tiempo despues, en los opulentos saraos y lúbricas orjías tropezaba con él á cada paso!... Todo esto ocupaba la mente de Leonardo, y amalgamándose en ella, le sujería mil ideas estravagantes de que él mismo admirábase despues. Hacia ya algun tiempo que permanecia apoyado en la ventana contemplando el baile, cuando vió pasar cerca de sí una muger vestida magníficamente: un rayo que hubiese caido á sus pies, no le hubiera aterrado tanto como la vista de aquella muger. Creyó ver á Elina; á Elina, la jóven tan pura y tan inocente que habia desaparecido repentinamente de su lado. Pero ¿cómo es que estaba en aquel baile, en la disoluta córte del mas disoluto Rey de Francia, vestida magníficamente y atrayéndose las miradas de todos los hombres? Creyó haberse engañado y que solo fuese una exaltacion de su fantasía, en la cual siempre estaba pintada la imágen de la muger encantadora que en tiempos mas felices habia amado tanto. Desechaba de pronto esta opinion y volvia á creer que era imposible no fuese la misma, lá misma Elina, la que no ha poco se le habia presentado en aquel mismo salon. ¿Pero cómo en la córte de Franciseo I, el rival de Cárlos V, y rodeada de vistosas galas y vestidos magníficos? Esto era lo que la mente de Leonardo no podia comprender.

Se acercó en esto á un artista, grande amigo suyo, y señalándole la misma muger que estaba vuelta de espaldas hácia ellos, le preguntó si la conocia.

—Yo lo creo, es María La-Valhé, concubina de Francisco I.

Ya no necesitó saber mas Leonardo para creer que no era Elina la que él habia visto, sino una muger, en la cual (alucinado con las ideas que le ocupaban) habia creido reconocer á la jóven que en algun tiempo se cifraba toda la felicidad del artista. Cuando Leonardo salió del baile, vióla tambien subir á una hermosa carretela tirada por dos caballos, se adelantó para reconocerla mejor, pero el carruage huyó veloz como un relámpago.

Por mas trivial que fuese esta circunstancia, no obstante, volvió á renovar las ideas que por desgracia estaban harto arraigadas en su corazon y la melancolía que siempre le afectaba, se aumentó mas y mas desde aquella noche.

III.

Doce años habian ya pasado. El artista Leonardo hacia las delicias de la corte de Francia, y sus cuadros eran comprados á peso de oro por los aficionados. Un dia que estaba vistiéndose para asistir á palacio, se presentó en su casa un venerable eclesiástico el cual dijo desearia hablarle sin testigos. Cuando estuvieron solos, hablóle asi el religioso:

—Ayer fui llamado para asistir á los últimos momentos de una muger que estaba ya en la agonia de la muerte. Me encaminé á la casa que me citaron, y llegué á tiempo de oir la confesion de una muger pecadora, la cual despues de haberme confesado sus faltas, sacó de debajo de la almohada un paquete cuidadosamente cerrado con lacre, y pasóle á mis manos rogándome os lo entregase cuando ella hubiese dejado de existir.

Así habló el religioso, y puso en manos de Leonardo un paquete cerrado cuidadosamente. Cuando Leonardo estuvo solo, rompió la nema, y un ardiente suspiro escapóse de lo profundo de su pecho, sin duda por los recuerdos que á su memoria le traia aquella letra. Era de Elina, de la hermosa Elina, y el artista devoró al instante el contenido de aquella carta.

«Leonardo: si aun haceis memoria de una infeliz muger que algun tiempo ocupaba un lugar en vuestro corazon, no desecheis esta carta, y leed las últimas líneas que ha escrito la desgraciada Elina. Yo os amaba, Leonardo; os amaba con pasion ardiente, pues veia vuestro generoso proceder hácia dos pobres mugeres abandonadas de todo el mundo. Ah! cuantas veces me habreis tachado de ingrata por haber desaparecido tan repentinamente de vuestro lado! ¿Y mi madre, mi pobre madre, qué habrá pensado de mí?..... Perdonad, Leonardo; pero al recordar aquella anciana venerable, cuyo único apoyo era yo, no puedo menos de derramar algunas lágrimas.

«Voy á presentaros el cuadro de mi vida en estos años que he pasado lejos de vos. Una noche salí de vuestra casa, sola, y atravesaba por una de las calles poco concurridas de Roma, cuando de repente dos hombres se me echaron encima, y tapándome con un pañuelo la boca para que mis gritos no fuesen oidos, me metieron en un

coche y llevároнme á una casa adornada con sumo gusto y magnificencia. Señaláronme un aposento en que habia todos los adornos y riquezas imaginables; no quiero entretenerme en contaros las riquezas que allí habia, pues fuera inútil, y nos separaria del punto de nuestra relacion. Basta deciros que habian querido herir mi imaginacion con todo lo mas risueño, mas rico, y mas voluptuoso que induce á la seduccion de una muchacha inocente. Me creia trasportada á la casa de mi padre, á aquellos salones suntuosos que me recordaba mi alegria infantil, y mi imaginacion ardiente anhelaba gozar de los mismos ensueños de oro con que estaba aletargada en la casa de mis padres. No os quiero contar, Leonardo, lo que pasó en esta casa, ni quien fue mi seductor; solamente os diré que este, luego de haber triunfado de mi honor, me abandonó á mí misma y á mis remordimientos. Perdida, deshonrada, abandonada, ¿qué habia de hacer? ¿Presentarme en vuestra casa?... No me hubiera atrevido. Temia las reconvenciones de mi madre, y hubiera tenido que sufrirlas, pues hubieran sido justas. Corramos un velo sobre siete años de amarguras, desgracias y remordimientos de dias pasados entre lúbricas orgías, y de noches entregadas á los remordimientos, gusanos roedores de la conciencia. Al cabo de siete años, un noble señor se enamoró de mis gracias y me elevó á la dignidad de esposa, haciéndome entrever un mundo nuevo y virtuoso entre la corrupcion de la córte. Por algun tiempo le fuí fiel; pero luego rodeada de seducciones entre una atmósfera de halagos y adulaciones, ¿quien se hubiera resistido?..... Por fin, vine á parar en los brazos del Rey, quien al principio me amó, pero luego se mostró conmigo indiferente. Un dia os ví en un baile que Francisco I daba en su palacio, y mi alegria se trocó en amargura, al recordar aquellos tiempos felices en que el rubor no cubria mi frente y ni una mancha se mostraba en mi destino. Desde el dia en que os ví en este baile, ya no ha sido Maria-la Valhé la estrella de la Francia, la aureola del monarca; sus gracias han decaido, y su belleza se ha marchitado. Bien pronto fuí despreciada por los mismos que en algun tiempo caian á mis pies y me proclamaban por soberana de las hermosas.

«Embebida en mis ideas, no hacia yo tampoco caso de esto, y el tiempo de mis triunfos ya solo se presentaba á mi imaginacion como el recuerdo de las alegrias pasadas. Por fin, ha llegado ya mi hora, y columbro la tumba abierta que está pronta á recibirme. Leonardo! si un resto de compasion se abriga aun en vuestro pecho, si no se han secado enteramente las lágrimas en vuestros ojos, no maldigais á la infeliz Elina, y llorad sobre su tumba. Leonardo! nuestro aciago destino nos obliga á separarnos para siempre; pero no obstante, tened entendido que vuestra memoria ha estado siempre grabada en el pecho de la infeliz que os escribe, y vuestra imágen le ha perseguido siempre aun en medio de los placeres y las orgías. Adios, Leonardo! aun creo encontraros en la eternidad, y entonces no dudo me habreis perdonado. ¿Engañareis acaso la última esperanza de una moribunda?.....»

Así concluia la carta: una lágrima brotó de los ojos del artista.

IV.

Leonardo fue elevado á las mas grandes dignidades, y la Francia debe á su pincel los mas elegantes cuadros que están consignados en sus gabinetes de pintura. El mundo artístico le conoce por el nombre de *Leonardo de Vinci*. Este artista murió en los brazos de Francisco I, y elevando los ojos al cielo en sus últimos momentos esclamó: *Angel, te he perdonado.*

V. B.

SÓCRATES.



Nació Sócrates en Atenas, y fueron sus padres un escultor y una partera. Comenzó sirviendo á su patria con las armas en la mano, y se le vió hacer alarde de un valor intrépido en las batallas de Potídea y de Delium, libertando á Alcibiades del poder del enemigo, y sacando á Jenofonte herido, sano y salvo sobre sus hombros. Posteriormente se consagró al estudio bajo la direccion de los maestros mas hábiles, y aprendió cuanto se podia saber entonces; tambien se instruyó en las artes liberales; y se habituó á los buenos modales con el elegante Distimo. No aplicándose como sus predecesores á especulaciones abstractas, inútiles á la moral, hubo de decirse de él que hacia descender la filosofía del cielo á la ciudad. No abrió escuela, ni escribió su doctrina; popular y vulgar iba por las plazas y calles á la tienda del carpintero, cerca de la mesilla del zapatero, y dirigiendo preguntas á los que se reunian en torno suyo, tomaba por testo los objetos mas humildes, las ideas mas sencillas, y paso á paso guiaba los espíritus al descubrimiento de la verdad. Por esta razon se decia, que semejante á la partera su madre, no creaba, pero ayudaba á producir á los demas.

Aquella humildad que no propendia de ningun modo á fundar un sistema, una escuela, formaba singular contraste con la orgullosa vanidad de los filósofos y de los sofistas, á quienes pensaba hacer la guerra. En efecto, á su peligroso contagio opuso Sócrates su carácter, un juicio recto, una delicada ironía, al paso que volvia la lógica á sus verdaderos principios, y que merced á la insistencia de sus preguntas, sacaba ventaja de la menor concesion para hacer confesar á su adversario lo que queria que declarase. Este método (que seria tan provechoso poner hoy dia en práctica para dar alguna forma á las opiniones que se han convertido en un caos) le hizo pasar por un nuevo sofista; pero bien diferente de todos aquellos falsos sábios, tenia por objeto dar al pensamiento la mayor precision lógica, desarrollar las ideas de la virtud y el vicio, no reduciéndolas á una esclavitud científica, sino introduciéndolas en la vida práctica. Mientras que los filósofos rodeados de multitud de discípulos, daban á un elevado precio lecciones de elocuencia, política, pintura, escultura, arte militar, y aun de virtud y de felicidad, Sócrates los comparaba á las cortesanas que trafican con sus gracias. Por su parte parecia que no habia aprendido tanto sino para ser mejor, agotar las fuerzas de los sentimientos nobles, separar las falsas apariencias, llamar á la ciencia en ayuda de la razon é inspirar al hombre confianza en sí mismo. Entretanto que los sofistas derribaban orgullosos la religion, sin sustituirla con nada, y que destruian las ideas de virtud y verdad, Sócrates con sencilla ingenuidad reconstruia, por decirlo así, á Dios, dirigiendo los ánimos á todo lo que es bueno, verdadero, noble y justo, á todo lo que de Dios procede y nos conduce á él. No es decir que hiciese la guerra al culto dominante; no eran los tiempos á propósito para ello, y comprendia que muchos podrian reunir escelen-

tes sentimientos morales, pero concedia una interpretacion mas elevada á las creencias populares, procurando sacar de ellas conocimientos sociales.

Nada afirmaba sin embargo, pues decia que no sabia mas que una cosa, que era ignorarlo todo. De cualquiera manera que hubiese adquirido la idea de Dios, esta era grande y sublime. Proclamaba la unidad del Ser Supremo, y deducia de Dios la moral mas pura que ha profesado un pagano. Cuando hubo que poner por obra sus principios, se mostró siempre amigo intrépido de la verdad; creia que el callarla hubiera sido hacerse culpable para con su conciencia, á la cual llamaba su genio, y que segun él, era el órgano inmediato é incorruptible de la Divinidad. Asi es que nunca se doblegó á las ecsigencias de nadie, ni hubo poder que torciese su rectitud. Nunca solicitó empleos, pues decia: *Mejor sirvo á mi patria, formando buenos ciudadanos.*

Tal firmeza de carácter, tal severidad de costumbres, debian acarrearle contrarios y enemigos; y los tuvo poderosos que le achacaban faltas que no habia pensado cometer. Mas á pesar de todo no pensaba defenderse, y caminaba impávido por la verdadera senda, fiel á sus convicciones, formando discípulos como Jenofonte, Cebes, Antisteno, Aristipo, Platon y otros que le honraban. Sufria con paciencia las injurias, y cuando asistia al teatro á representaciones en que era puesto en escena, permanecia inmóvil y atento, diciendo que se figuraba estar en un banquete en que regocijaba á los convidados. Recibe un dia una bofetada, y se contenta con decir: —*Es lástima que no se sepa cuando hay que salir con*



visera. Su muger Jantipa era para él un tormento doméstico, y diariamente ponia á prueba su longanimidad; un dia en que despues de haberle llenado de injurias, le derramó al salir de su casa un jarro de legia en la cabeza, se volvió á uno de sus discípulos que le acompañaba, y le dijo estas palabras: —*Es raro que cuando truena no*

llueva. La misma Jantipa confesaba no haber visto volver á su marido á casa con diferente semblante de aquel con que habia salido: todo su aspecto representaba esteriormente la tranquilidad de su alma. Un tal Zopiro, el Gall ó Lavater de Atenas, que pretendia conocer el carácter de un hombre por su fisonomia, examinó á Sócrates, y le dijo que debia ser estúpido, curioso y lascivo; riéronse todos los que se hallaban presentes, pero Sócrates confesó que tales eran en efecto sus inclinaciones, pero que habia procurado dominarlas. El oráculo de Delfos proclamó que no existia hombre mas libre, justo y sábio que Sócrates.

Al ver á tantos ciudadanos perecer víctimas de la crueldad de los Treinta ó desterrarse, decia: *El pastor que diariamente viese disminuirse su rebaño, y no confesase que era un mal pastor, faltaria á la sinceridad: aun mas faltaria el gobernador de una ciudad, que notando disminucion en el número de ciudadanos, negara que gobernaba mal.* Intimáronle los Treinta guardar silencio y no reunirse con ningun ciudadano de menos de treinta años de edad; mas no por eso dejaba él de hablar con la misma libertad: preguntándosele si no temia que la franqueza de sus discursos le ocasionase una desgracia: —*Al contrario*, replicó, *espero mil males, pero ninguno igualaria al que cometeria haciendo una injusticia.*

Tantas virtudes no le hubieran hecho vivir tal vez mas que en la memoria de sus discípulos, sino le hubiese alcanzado la persecucion conduciéndole á un fin que le convirtió en un ser ideal desconocido aun en la Grecia, de un sábio muriendo por su opinion. La virtud que habian respetado en él los tiranos, no le salvó de sus conciudadanos; citaron al justo delante del tribunal, como culpable de impiedad, como corruptor de la juventud, y como innovador; delitos que por lo comun se imputan á los que no han cometido ninguno. Fueron sus denunciadores los sacerdotes Anito y Melito, los cuales sostuvieron la acusacion. Contestó á los jueces que le preguntaban, segun costumbre, qué castigo creia merecer. — *Ser colocado en el palacio de la ciudad, y sostenido á espensas de la república.* Puesta la sentencia á votacion fue condenado á beber la cicuta.

No quiso usar delante de sus jueces de ninguno do los artificios oratorios á los cuales recurrian habitualmente los acusados para hacerse absolver, diciendo que le sentaria tan mal como borceguíes jónicos en sus pies. A uno que le preguntaba por qué no pensaba en su defensa: —*Toda mi vida he pensado en ella, no ejecutando ninguna accion por la que mereciese ser castigado.* Cuando le llegó el turno de tomar la palabra, pronunció este discurso, *pueril defensa de una sublimidad increible*, segun Montaigne.

«Soy septuagenario, y esta es la primemera vez que me presento ante un tribunal. Absolutamente estraño á la habilidad del lenguage de artificio de mis adversarios, no hablaré sino para obedecer á la ley, como me habeis visto siempre hacerlo en la plaza, en las tiendas y en todas partes. Impútanme mis acusadores escudriñar las cosas superiores é inferiores á nosotros, convertir las buenas en malas, y enseñar á los demas á ejecutarlo. Nada de esto sin embargo sé yo; y puesto que siempre he hablado en público, que se diga si hay alguno que me haya oido hablar por ese estilo, ó si mas bien estos jóvenes que me han escuchado, llegados á la edad adulta no han continuado amándome. Mi ciencia es enteramente humana, y si el oráculo me ha declarado el mas sábio, es únicamente porque sé que todo lo ignoro. Por haberlo dicho, me he atraido la enemistad de los filósofos, de los artistas y poetas que creen saberlo todo. Sabe la juventud que me oye no hacer mucho caso de su pretendida ciencia, y por esto dicen que yo la corrompo, y por esto indisponen contra mí á Melito, Anito y Lichon. Estos me acusan, pues, de corromper á los jóvenes, de no creer en los dioses, y de introducir otros nuevos. Pero la primera imputacion no puede ser creida, pues nadie quiere á sabiendas hacer malos á los demas para que luego le dañen. Si he errado ¿por qué mis acusadores no me han reprehendido é ilustrado á tiempo? Con respecto á la segunda acusacion está en contradiccion con la tercera, pues cuando yo hablo de mi demonio, bien demuestro que hay dioses. Este demonio me ha mandado filosofar, y le he obedecido, como obedecí ¡oh atenienses! á vuestros capitanes en Potidea, Amphipolis y Delos. Si me absolviéseis con la condicion de no filosofar, querria por obedeceros desobedecer á los dioses, no pudiendo rendirles mejor homenage que el de emplear todos mis esfuerzos en per-

suadir á jóvenes y viejos á no ocuparse de las riquezas y bienes del cuerpo con preferencia á los del alma. Si en estos momentos me defiendo, no es tanto por mí como por vosotros, que haciéndome morir inocente, pecais contra Dios que me ha colocado en vuestra ciudad como un tábano sobre un hermoso corcel para aguijonearlo y tenerlo siempre alerta. Aunque jamas he egercido magistratura, creo haber prestado grandes servicios á la patria, no abandonando jamas la causa de la justicia, no cediendo á la fuerza y á la autoridad, ya fuese esta del pueblo, ya de los tiranos. No recurriré, pues, para disponeros en favor mio, á medios que no creo buenos ó justos, pero como al contrario de lo que me imputan mis acusadores creo en Dios, mas que ninguno de ellos, remito mi juicio á Dios y á vosotros.»

Condenado á una multa se negó á pagarla, por no parecer que se confesaba culpable. Queriéndole hacer huir sus amigos se opuso á ello diciendo, que no existia ningun parage en el Atica donde no se muriese.

En efecto la fuga hubiera debilitado la dignidad de su causa, al paso que su constancia le ha hecho honrar por la posteridad.

Cuando oyó este su sentencia dijo dirigiéndose á sus jueces.—*La naturaleza me habia condenado antes que vosotros.* Tengo la mayor esperanza, replicó, de que me es ventajoso ser condenado á muerte; pues una de dos, ó todo acaba con ella ó le sucede otra vida. Si todo acaba, ¡cuán dulce debe ser reposar tranquilamente sin sueños despues de las numerosas pruebas de la vida! Si hay otra existencia ¡qué satisfaccion la de encontrarme con los antiguos sábios, reunirme con otras tantas víctimas de inicuos juicios; y salido una vez de vuestras manos presentarme delante de los que con justo derecho se llaman jueces! Voy á morir, vosotros á continuar viviendo: ¿cuál de las dos cosas vale mas? solo los dioses lo saben.»

Aunque parece que dudaba, creia ciertamente que su vida iba á convertirse en otra inmortal. Cuando hubo bebido la cicuta con serenidad vió á sus amigos llorar á su alrededor, él solo con valor, habló con ellos de sus esperanzas despues de la tumba y murió con ellas. Preguntándole uno en el momento en que iba á espirar si deseaba alguna cosa, respondió:—*Si, sacrificad á mi nombre un gallo de Esculapio.*

Haciase este sacrificio comunmente, por aquellos que curaban de una enfermedad peligrosa; considerando la vida bajo este aspecto, queria con la suave ironía que le era habitual, que se le rindiesen gracias porque él la habia abandonado.

Poco tardó Atenas en reconocer su crímen y arrepentirse de él. Melito fue muerto por el pueblo, Anito se fugó, sus demas perseguidores tuvieron que sufrir, unos una multa, otros la infamia, y todos los remordimientos.

H. de C.

BLANCA PERRUZZI.

I.

El dia 20 de Mayo de 1812 la ciudad de Tolon ofrecia un espectáculo, que suele influir mucho en la multitud. Los forzados á las galeras de Spezzia llegaban al puerto. El Emperador Napoleon habia decretado recientemente la reunion de las dos chusmas. Una multitud innumerable se agolpaba al tránsito de los condenados. A medida que estos pasaban por el acto de comprobacion, es á saber, el reconocimiento de identidad, que se practicaba en la puerta enverjada, los curiosos apiñándose en torno, parece que pretendian leer en la fisonomia de los infelices el delito que habia acarreado á cada cual semejante castigo.

—Apostemos, dijo una voz, á que ese hombre moreno y alto ha sido condenado por asesino: no quisiera yo encontrarme con él en los valles de Ollioules despues de ponerse el sol.

—¿Y ese otro? ¡pecador de mí! Me parece la estampa de un hombre rojo que me persiguió en el Panadou, y del cual me pude librar haciendo un voto á Ntra. Sra. de la Guardia.

—Mira aquel otro, que va rezando devotamente su rosario. Apostaria un par de botellas de vino de Málaga que ha sido condenado por algun crímen de venganza.

—¡Pobre muchacho! esclamó una morena de negros cabellos; estoy segura que los celos han causado su desgracia.

Esta observacion no llamó la atencion de persona alguna. Todos estaban contemplando á un anciano de estatura alta é imponente. Llevaba un gorro colorado, distintivo de los homicidas; caian sobre sus hombros largas mechas de cabellos blancos, que acababan por dar á su figura un carácter venerable. Sus manos sostenian con trabajo las cadenas que las sujetaban, y á su lado iban dos jóvenes. Estos van libres como los gendarmes que acompañan la cuerda, y no cesan de velar continuamente al lado del viejo forzado, cuya marcha apoyan algunas veces. El dirige con frecuencia sus miradas á sus compañeros y al cielo. Brilla en sus ojos el amor paternal, y parece que implora la divina clemencia en favor de los dos hijos que le consuelan en su infortunio.

Los tres han nacido en Córcega, en donde se hallan aun aquellos carácteres nacionales tan vigorosos, que no ha podido enervar la civilizacion con la uniformidad de su ley. Las grandes virtudes producen con frecuencia grandes delitos. Las naturalezas degeneradas no son susceptibles de energia alguna. Corre poco la sangre entre los pueblos civilizados con esceso, pero su virtud disminuye, y sus vicios se aumentan; la Córcega presenta, pues, tipos firmes como sus rocas de granito; inflexibles y abrazadores, como su sol que rivaliza á las veces con el de los Trópicos. En el seno de esta isla poco conocida, se hallan sitios de admirable belleza y de frondosa produccion, y embalsamados, cuya vejetacion jamas interrumpe el templado frio de los inviernos. En estos valles felices era en donde se habian representado las escenas que habian conducido á Tolon á Renaldo Perruzzi y sus dos hijos.

Entre Alata y Sarrolla, sobre la pendiente de una montaña cubierta de hermosos pinos, está situada la poblacion de San Pedro: al principio de este siglo algunas fa-

milias acomodadas la ocupaban enteramente, é iguales en fortuna y posicion social, gozaban del encanto de una dulce union que frecuentes enlaces solian estrechar. La dicha primitiva del tiempo casi fabuloso de la edad de oro parecia haberse continuado en este rincon privilegiado de Córcega. Tal vez con relacion á esta época, se dió el nombre de Campo de Oro á la llanura feliz y halagüeña que se prolonga hasta el golfo de Provincile y de Sagona. Los Perruzzi poseian hereditariamente una de las casas, sencillas, pero provistas con abundancia de todo lo necesario á las necesidades y aun conveniencias de la vida. La familia se componia del gefe, especie de hidalgo grave y áustero, de tres hijos, y de una sobrina huérfana, recogida y amada por el anciano como hija propia. Los tres jóvenes y Blanca, educados juntamente, se amaban con ternura fraternal; pero el tercero, que era Cayetano, con los años sintió desarrollarse en su corazon otro sentimiento hácia su prima.

¡Cuántas seducciones reunia esa belleza italiana! ¡Qué gracia tan natural en toda su persona flexible y delicada! Su cabeza encantadora se balanceaba con languidez sobre su torneado cuello. Sus negras cejas daban sombra á unos ojos mas negros tadavia, y el rubor y la coqueteria se confundian en la espresion de la misma mirada. Su tez, blanca y fina como el mármol de Carrara, hacia saltar un perfil griego, tipo de las hijas de Córcega; y sin embargo, bajo esta piel de color meridional corria una sangre generosa por unas venas diseñadas ligeramente. O bien Blanca mueva con sus delicadas manos las procaces castañuelas, ó bien abandone sus pies á los precipitados movimientos de la danza italiana, ó que su voz armoniosa cante las baladas del lago misterioso de Creno, la fascinacion es la misma, y no puede uno decir si es mayor entusiasmo verla, ó escucharla.

Luciano Castelli, hijo de una familia aliada con los Perruzzi habia admirado tambien á la flor de San Pedro. Fácil es la transicion de la admiracion al amor. Prontamente Luciano hallándose en Córcega, amó á Blanca con pasion y con delirio. Bajo el ardiente sol de su pais, en que la naturaleza mas precoz se desarrolla con rapidez, Luciano Castelli, á los veinte años, por sus formas nerviosas, parecia un bombre de 25, nacido en nuestros climas mas septentrionales. Su alma estaba en armonia con la varonil hermosura de su cuerpo. Exaltábase á la vista de los bosques seculares, y de las nevadas cimas del monte de Oro y del Rotondo, de las masas de granito y de pórfido, en las cuales los celages dorados se mezclan á los del color de esmeralda, záfiro y jaspe. Se engrandecia su mente con la contemplacion del campo de Oro bordado en el horizonte por la zona azulada del Mediterráneo, y se entusiasmaba aun mas con las relaciones heróicas que habian mecido su cuna en la infancia. Castelli descendia de uno de aquellos 27 bravos que en 1580 salieron de los flancos del monte de Oro, y destruyeron á los 800 genoveses opresores de Córcega. Mas tarde pagaron ellos tan gloriosas ventajas. Veintiseis de estos valientes envueltos por fuerzas superiores, perecieron en los pantanos del Ricanto. Uno solo, Octavio Castelli, cubierto de heridas fue aprisionado y puesto sobre un asno por los bárbaros vencedores, que lo pasearon asi por las calles de Ayaccio. Si hubiese gritado: « *Vivan los genoveses* » se le hubiese perdonado la vida; pero gritó; « ¡Viva la Córcega, viva la libertad! » El séptimo abuelo de Luciano Castelli habia perecido al golpe del hacha del verdugo.

II.

El monte de Cristo oculta en sus laderas sombrias y misteriosas una gruta célebre, apetecida de los enamorados y buscada por los bandidos, esto es, de todos aquellos que en Córcega se apartan de la sociedad, hasta que han satisfecho su resentimiento, que llega á ser en ellos una idea fija. Esta caverna solo vé en su seno séres que son víctimas de los dos sentimientos mas violentos de nuestra naturaleza: el amor y el odio. En este momento quizá son las dos pasiones juntas las que arrastran hácia este lugar solitario á un jóven que sale de las estepas salvages ó llanuras que se estienden alrededor. Envuelto va cautelosamente en su capote pardo, cuya capucha viene á caer sobre su semblante. Un cinturon colorado marca su talle, y sostiene un largo cuchillo, que oprime fuertemente con su mano izquierda, mientras que con la derecha aparta con precaucion el espeso ramage que estorba sus movimientos. El menor ruido del madroño, ó mirto, ó lentisco que se



Luciano Castelli.

agita á su lado, le hace temblar; respira apenas, y alargando el cuello escucha. La mirada de fuego que sale de sus ojos negros, parece la luz fosfórica que salta de la pupila del tigre de la Libia. Todo anuncia en su persona la inquietud y la duda: no es un bandido, no: la venganza no le conduce aun al monte de Cristo, sino el amor, del cual suele nacer la venganza.

La perfumada brisa de la tarde llevó á sus oidos estas dulces palabras:

—Piensa, amado mio, en los obstáculos que la suerte ha colocado entre los dos: pobre huérfana todo lo debo á las bondades del hermano de mi padre que me recogió en su casa, y á pesar de los desvelos fraternales de que me he visto rodeada, no tengo derecho alguno de participar la herencia de mis primos. Tú, que eres hijo unico del rico Castelli, jamas obtendrás su consentimiento para nuestra union. Tu padre posee la mas hermosa casa de San Pedro, que está rodeada de huertos de naranjos. Tres buques le presentan sin cesar, viniendo de Liorna, de la Spezzia, de Génova y de Cagliari, el precio de su tráfico y mercaderías. ¡Ah! ¿que podré yo presentar en cambio?

—En cambio ofreces la felicidad de Luciano Castelli, replicó una voz fuerte y sonora. ¡O Blanca mia! ¿No te gustaria yo igualmente aunque no tuviese esa casa, ni esos huertos, ni esos buques de comercio? ¿Hay mayor felicidad, que partir los dones de la fortuna con aquella que ha escogido el corazon?

Esto se decian Blanca Perruzzi, la flor del campo de Oro, y Luciano, hijo del opulento Castelli, y esto era lo que oia Calletano Perruzzi. El primo de Blanca replegado como una serpiente en un rincon del monte de Cristo, lanzaba miradas de fuego sobre aquella amable pareja que estaba cerca de él. Las pocas palabras que acababa de escuchar no le dejaban duda de que tenia un rival, y un rival preferido; pero nada sin embargo podia aun sospechar de la angélica virtud de Blanca. Esta habia abandonado su mano á Luciano que la besaba con trasporte. La actitud de la jóven y la mirada tierna y respetuosa de su amante atestiguaban que la inocencia encuentra su salvaguardia en la misma violencia de un amor verdadero. El vicio no ama; solo desea y marchita. La virtud conserva, embellece y honra lo que ama; para ella el amor es un culto: el vicio todo lo profana.

—Mañana, replicó Blanca, serás llamado, Luciano mio, á Ayaccio para cumplir con la ley militar: si por desgracia tienes mala suerte ¿qué será de la que te ama?

—Calma tus recelos: esa fortuna que yo abomino, si ha de oponerse á nuestra union, servirá para libertarme. Aunque sea preciso redimirme con diez mil ducados, mi padre los pagará. Eso es lo que deseo, hermosa mia. Siendo menos rico llegaré al colmo de mis deseos: mis brazos y mi trabajo y nuestro amor podrán formar nuestra dicha.

—¡Ah! Dicen que nuestro Emperador necesita muchos soldados.

—Sin tí no tendria yo dificultad en seguir el águila de nuestras montañas, mas solo vivo por tí, no veo en el mundo otra cosa.

¡Dulces sueños! ¡Amargas decepciones! Y á pesar de todo esto son bien dignos de lástima los que jamas han soñado.

—Amigo, repuso Blanca, el sol va á desaparecer, y las grandes sombras del monte de Oro se estienden en la llanura; los búfalos mugen en los pantanos del Ricanto, y los pastores reunen sus ganados en la montaña: partamos: mi ausencia causará inquietud á mi tio Perruzzi, y Cayetano mi primo me preguntó á donde me dirigia.

—¡Cayetano! dijo Luciano con viveza.

—¿Estás celoso?

—Sí, respondió el jóven corso con voz sorda.

—Cayetano, como mis dos otros primos me mira como una hermana.

—No: para tí no es un hermano, para mí es un rival. Ya sabes, Blanca, que mi corazon jamas se engaña.

—Pues bien: yo le diré que te amo.

—Déjame enseñarle, respondió Luciano, llevándo la mano á su puñal.

—¡Ah! respondió Blanca asustada, ¿tú que eres tan tiernamente amado debes pensar en la violencia? yo sola hablaré. La voz de la muger es mas dulce, y en nuestra isla mi sexo, cuando conviene tiene toda la energía del tuyo.

Las facciones encantadoras de Blanca iluminadas por los últimos rayos del sol que se ponia en las olas, y animadas de todas las emociones del amor, habian tomado una espresion sobrenatural que dominaba las facultades de Luciano.

El jóven fascinado dijo:

—Tuya es mi vida: manda lo que quie-

ras, Blanca, y te obedezco: pero que sepa yo pronto si te debo amar como á hermano, ó aborrecerte como rival.

—No tardarás en saberlo, murmuró sordamente Cayetano, y desapareció entre los ramages.

—La brisa aumenta, dijo Blanca, y dobla los alerces del bosque de Aitona: temo al fogoso viento que desarraiga los pinos mas elevados del monte de Oro: mira, Luciano, como la torre Vanina está cercada de espesas nubes: démonos prisa en retirarnos antes de la tempestad.

Los dos amantes continuaron silenciosamente su camino hácia San Pedro. Las manos de ambos enlazadas espresaban lo que tenian en el corazon mas que todo cuanto pudiesen decir sus lábios. Dos sendas se presentaron: la una conducia á la mansion de Blanca, la otra á la de Castelli.

—Preciso es separarnos, suspiró la hermosa. ¿A qué hora irás mañana á Ayaccio? No sé que tristes presentimientos me rodean.

—El sorteo se prolongará lo mas hasta el medio dia. Pocos momentos despues estaré de vuelta: disipa ¡ó Blanca! tus recelos. Nuestra Señora de la Vasino nos protegerá: ella salvó á mi abuelo del naufragio, y escuchará mis súplicas.

—Toma, Luciano, este rosario que fue bendecido en Santa Catalina de Sico: es el último recuerdo de mi madre, guárdalo en su memoria y en la mia.

—Pon tú en tu dedo este anillo de desposada; tiene mérito porque ha tocado el Crucifijo de San Antonio de Calvi, que preservó nuestra isla del yugo de los infieles. ¿Pero por qué tiemblas asi, amada mia?

—Luciano, ¿ves ese relámpago que cruza la nube? Este es el momento del abrazo, el de nuestro deposorio.

—¡Yo espero! contestó Castelli, dejando un beso sobre la frente pura y blanca de su desconsolada amante: hasta mañana.

Los dos se dirigieron á su morada poseidos de una vaga tristeza: la turbacion de la naturaleza habia pasado á su alma.

Cayetano no entró aquella noche en la casa de los Perruzzi.

III.

En otro tiempo los sarracenos para afianzar su dominacion en Córcega, habian levantado un castillo llamado de Montichi, flanqueado de tres torres colosales, en cuya cumbre la media luna dominaba toda la isla El tiempo arruinando el poder de los musulmanes abrió largas brechas en las murallas de la fortaleza, que solo presenta á los ojos del viagero imponentes ruinas. En medio de estos escombros una sala inmensa y abovedada ha quedado en pie. En este momento se deja oir la tempestad al traves de estos muros acribillados, y el viento muge con espanto en la parte esterior. Una lámpara colocada sobre una piedra de dimensiones druidicas arroja su indecisa claridad en este recinto. La piedra sirve de mesa á un festin salvage, en el cual toman parte hombres de vigorosa y espresiva figura.

Los córsos jamas tratan cuestion alguna de importancia sin prepararse por medio de un general convite. El queso cuajado se acompaña de otro queso mezclado con yerbas picadas. El fiadoni, que es una torta de harina y de azúcar sirve de pan á los convidados, y para probar la gravedad del negocio que debe tratarse en esta reunion, solo se ven botellas de vinos famosos de Sari y de Laleático: no hay licor, segun se dice, mas á propósito para exitar los espíritus. En medio de la mesa de piedra se advierte un Crucifijo sobre una almohada; 15 mancebos agrupados al rededor en diferentes posturas, parece que están preocupados esperando á algnno.

—Estéban ¿te ha dicho que á las ocho de la noche, y que Luciano Castelli vendria tambien?

—Sí, Pablo.

—¡Oh! Por lo que toca á Luciano, dijo el último, es un gran señor; todo lo toma con conveniencia, por mas que diga Marcos.

—La tempestad los habrá retardado, observó el último.

—¡Buena razon! ¿Hemos temido nosotros las tempestades y los pellones de nieve del monte de Oro?

Al mismo instante la puerta de encina rechinó sobre sus goznes, y entró Cayetano. Destilaban sus cabellos agua-lluvia, y sus vestidos estaban sucios con el lodo: se despojó de su capote pardo, y dejando su carabina, paseó sus miradas esquivas por toda la asamblea, y esclamó con voz estrepitosa:

—¡Amigos! ¿Estamos todos reunidos?

—Todos, escepto Luciano Castelli.

—¿Le has hecho decir que la reunion no tendria lugar? dijo en voz baja Cayetano Perruzzi á Pablo.

—Puedes estar tranquilo: no vendrá, y no sabe quien le ha dado este aviso.

—¡Amigos! esclamó Cayetano, nada importa que no se encuentre aqui Luciano. Todos somos llamados á Ayaccio; hay amnistía para los antiguos refractarios, y aun para los bandidos: pueden presentarse sin miedo. No sé si debeis fiaros de esta noticia; por lo que á mí respecta, la amnistía no me toca, mi edad me llama al sorteo; sea cual fuere mi suerte, quiero unirme con vosotros, porque soy buen corso. ¿No vale mas ser gato montés que cobarde oveja?

—¡Bravo, Perruzzi! gritó la asamblea.

—Si no vamos á Ayaccio y volvemos á nuestras montañas y chozas..... dijo uno de los jóvenes.

—No, replicó Cayetano. Muchos de vuestra parentela están en rehenes por vosotros. Se os amenaza con conducir á la cárcel á vuestras madres y hermanas, y demoler vuestras casas, ni no os presentais. Hagamos como que obedecemos, vamós á Ayaccio, pero todos juntos, y estemos preparados. El corso es ágil: á la menor apariencia de traicion, pondremos distancia entre nosotros y los gendarmes, y las armas ocultas entre los capotes asegurarán nuestra retirada.

Una estrepitosa aprobacion resonó bajo la antigua bóveda de la torre de Montichi.

—Habla, Pablo, dijo en voz baja Cayetano.

—¡Camaradas! dijo su compañero, levantando la voz: antes que nos separemos, debo advertiros de un peligro que nos amenaza: entre nosotros hay un Júdas.

—Nómbralo.

—Antes de hacerlo, debeis jurar delante de este Cristo que veis, que no revelareis mi secreto.

—Lo juramos, replicaron los asistentes, alargando la mano hácia la imágen del Salvador.

—Es el mas rico del pais, el mas fiero, el mas desdeñoso, y..... és Luciano Castelli: siempre ha contrariado nuestros proyectos: hace muchos dias que se separa de nosotros: hoy falta á su palabra, y ya sé yo adonde ha ido en vez de acudir aquí.

—¿A dónde?

—A Ayaccio: ha llevado al secretario de la prefectura naranjas de Calvi y miel preciosa de Calenzana.

—Te equivocas, Pablo, interrumpió Marco; Castelli es fiero, es rico, pero es leal y valiente.

—No admito tu observacion, Marco; tú eres amigo de Luciano, ó por mejor decir le estás reconocido. En la última inundacion de Liamone te prestó 300 escudos para reparar tu casa.

—Se los volví ya. ¿Acaso pensarias tú...

—Que el reconocimiento.....

—Me insultas, Pablo: me darás razon del agravio: dos estoques brillaron á la pálida luz de la lámpara.

—Deteneos, gritó Cayetano Perruzzi: ¿Cómo, dos bravos camaradas atacarse por un sugeto que nos interesa á todos? A tí, Pablo, tu celo por tus amigos te exagera las dudas y recelos, y á tí, Marco, tu amistad por Castelli te ciega tal vez con respecto á tu conducta. Limitémonos á observar su proceder, sin ofenderlo en nuestras sospechas, porque si es verdad que huye de nosotros ¿cuál puede ser el objeto de su odiosa traicion?

—Libertarse del servicio, y casarse con tu prima Blanca, replicó Pablo; y Marco añadió:

—El padre de Luciano daria todas sus riquezas por libertarle.

—Ya sabes que nadie puede hacerse reemplazar por ahora; solo el favor tiene ese crédito.

—No importa, amigo, replicó pérfidamente Cayetano: estemos alerta, pero no con injusticia, y bebamos la copa de despedida. Mañana á las seis iremos á Ayaccio, con la proteccion de San Antonio de Calvi y de nuestros mosquetes.

—¡Cuán generoso es! dijo uno de los jóvenes á Marco; porque has de saber que es el rival de Luciano.

—Yo lo llamaria de otro modo, contestó Marco con amarga sonrisa.

A pocos momentos los asistentes se separaron, y la sombria fortaleza de Montichi volvió á su silencio habitual. Cayetano y Pablo se retiraron juntos, y Marco los siguió algun tiempo con sus miradas al traves de las sombras de la noche.

IV.

Al principio de Octubre del año 1811 el

sonido de una trompeta rústica hacia resonar mil ecos en el monte de Oro. Esta trompeta formada de un caracol de estremada blancura, anuncia regularmente la marcha de los ganados para los pastos, ó su vuelta. Frecuentemente por medio de modulaciones que solo conocen los montañeses corsos, sirve el caracol de telégrafo armónico, y avisa á los habitantes de estos lugares agrestes todos los acontecimientos que reclaman su reunion. La inteligencia primitiva y delicada de estos hijos de la naturaleza, comprende de qué clase es la noticia que se comunica por semejante medio. Esta vez el instrumento rústico anunciaba que toda la juventud del canton de Alata era llamada á Ayaccio. De las sendas tortuosas de las montañas iban bajando los ágiles conscriptos. De tiempo en tiempo volvian la cabeza al techo paternal: algunos corazones jóvenes palpitaban por la gloria ¡pero cuántos otros estaban despedazados por el recuerdo reciente de los lloros de una madre, de una hermana, ó de una prometida, mas deseada aun por las prematuras delicias de un abrazo!

En la poblacion de San Pedro todo estaba en movimiento. Cayetano Perruzzi y Luciano Castelli habian sido los primeros en adelantarse á la luz del alba. La misma pasion habia alejado el sueño de sus párpados, y la misma habia privado á Blanca del reposo.

—¡Hijo mio! dijo el venerable Renaldo á Cayetano, si te cabe la suerte, acuérdate de tu patria y de tus mayores: el arado y la espada han sido siempre para los Perruzzi el mejor medio para servir con honor á la Córcega. Nuestro honor fue perennemente puro y sin tacha; contempla esos retratos, y esa cruz de San Luis enviada por el Rey de Francia á tu abuelo que estaba á su servicio con el grado de capitan. Recibe mi bendicion, hijo mio, y acuerdate que la muerte es preferible á la mancha de nuestro nombre. Una lágrima saltó de los ojos del anciano.

Cayetano se inclinó respetuosamente: sentia la emocion de su padre, pero allí está Blanca triste y abatida: comprende la causa de su melancolía; ve en su dedo el anillo de los desposorios dado por un rival, y las nobles palabras que acaba de oir pasan delante de él como una nube ligera. El amor es como el mirto, que forma su símbolo; no puede nacer al rededor de él ningun otro sentimiento, y al lado del mirto solo crece el fúnebre cipres, y la caléndula. Cayetano no osó decir adios á su prima, y tembló cuando Blanca le dijo estendiéndole afectuosamente la mano: «¡Hasta la vuelta, y que sea pronto!» Y se retiró con la cabeza inclinada y el corazon oprimido. Al pasar cerca de una roca escarpada, lo llamó una voz conocida.

—Hola, Pablo, respondió el jóven Perruzzi.

—Todo va bien, dijo su camarada; Luciano es ya sospechoso á nuestros amigos, y no tardará en caer sobre él la venganza.

—Tú le aborreces tanto como yo.

—Tal vez mas.

—Imposible; es mi rival preferido.

—Pues es preciso que lo sepa, Cayetano; yo tambien amo á Blanca..... Calma el enojo de tu mirada: tus votos son despreciados como los mios; nuestros motivos de venganza son los mismos: lo que importa es que Luciano sucumba, y despues arreglaremos nuestras cuentas: tengo ademas contra él un ódio de familia; mi padre amaba á su madre, Castelli mas rico la obtuvo; un corso ni olvida ni perdona nada. Desde mi cuna me inspiró mi padre un ódio contra los Castelli, como el del águila contra el buitre.

—Déjame abrazarte, Pablo, antes del dia en que nuestros estoques tal vez chocarán en nuestras manos. Mas dime ¿qué has hecho desde ayer?

—He enviado un mensagero á Ayaccio: lleva al Prefecto el aviso secreto de que muchos refractarios de los cantones de Alata y Sarrolla trabajan en sublevar la comarca entera. Luciano Castelli ha sido designado como gefe.

—En tal caso, dijo Cayetano, unámonos á nuestros compañeros en Sierra-Paula, y que se aumente su desconfianza contra nuestro aborrecido rival.

Los jóvenes estaban ya en el lugar de la cita. Luciano llegó pocos instantes despues. Su amigo Marco fue á informarle de las sospechas que su ausencia del castillo de Montichi habia suscitado. Si se presenta la ocasion, dijo Luciano, yo responderé como conviene á semejantes calumnias.

Llegando á Sierra-Paula, Castelli estrechó cordialmente la mano de sus compañeros; pero las miradas escudriñadoras probaron á Luciano que el discreto Marco no se lo habia revelado todo. Llegaron luego

Cayetano y Pablo. Nuestros tres personages se saludaron con frialdad. Los rayos del sol acababan de saltar las crestas del monte de Oro, y se esparcian sobre la rica llanura que está á sus pies, haciendo brillar á lo lejos las curvas doradas de las olas del golfo de Provincale. Púsose la gente en marcha ocultando sus armas en el capote. Luciano solo tenia su estoque y una vara de avellano en su mano derecha.

—¿Solo tienes esa vara contra la carabina de un gendarme? le dijo amargamente uno de sus camaradas.

—Amigo, replicó Luciano con energía, si se usan violencias contra vosotros, ya veremos si soy el último en socorreros.

Llegaron pronto á las puertas de Ayaccio: entraron en casa de un tabernero que era amigo, y depositaron las armas en una pieza reservada.

—Amigos, dijo Cayetano, antes del sorteo debe haber entre nosotros un brindis fraternal. Bartolomé que es nuestro digno huesped nos dará dos botellas de vino de Sari, y viva la Córcega gloriosa y libre.

—Viva: repitieron los compañeros sentándose al rededor de una mesa.

Las libaciones se multiplicaban: Cayetano y Pablo incitaban á los amigos á beber, conteniéndose ellos mismos. Luciano triste y pensativo participaba poco del trasporte general, á pesar de las instancias de que era objeto. El tiempo volaba, las cabezas se calentaban, y apareció un gendarme en el umbral de la taberna.

—¿Qué haceis aqui? esclamó: el canton de Alata y el de Sarrolla han sido llamados, y ningun conscripto ha respondido.

Como nadie respondia defendiendo á sus compañeros, Luciano tomó la palabra diciendo: Ignorábamos la hora, y estamos prontos á seguiros.

Levantábanse ya, cuando uno de los jóvenes, animado por los humos del vino de Sari, esclamó tomando un vaso: «Vamos, gendarme, brindad por nuestro gran Napoleon.»

—Yo no vengo á beber con conscriptos, sino á obligarlos á que cumplan con su deber.

—Aun no hemos echado mano de nuestras espadas para obedeceros, replicó un mancebo lleno de cólera, y llevando la mano á su estoque.

El gendarme se avanza para asegurarlo, y aparta violentamente á Luciano que se hallaba entre los dos.

—¡Castelli! te ha herido, gritan de todas partes; tú lo sufres, luego estás anuente con él.

—Nos ha denunciado, murmuró sordamente una voz.

Oyendo esta acusacion, el jóven exasperado se precipita sobre el gendarme, lo desarma, y arrojándolo de la taberna, cierra la puerta.

—¡Bravo, Luciano! esclamaron todos.

—Amigo, dijo tristemente Marco, ya estais comprometido.

—Nada importa, contestó; he querido lavarme de indignas sospechas.

—¡Favor! gritaba el gendarme á la brigada que servia en este momento de escolta al coronel, que en persona habia querido asegurarse de la situacion de los espíritus.

Los corsos tomando sus armas se pusieron en fuga por la puerta del jardin que daba á la campiña; pero no pudieron escapar á la vista de la gente armada.

—Ved la prenda que servirá para descubrir al gefe de los revoltosos, gritó el maltratado gendarme, enseñando un rosario que tenia en la mano.

¡Ay! era el que Blanca habia dado á su amante. ¡Infeliz! no sabia ella que esta prenda de amor seria funesta á Luciano. El gendarme en su lucha se habia apoderado de ella. Un grupo de fugitivos se habia dirigido á la torre Vanina, y entre ellos Luciano y Marco, esperaban interponer entre sus personas y los gendarmes un pequeño riachuelo que corria por el valle, y nada responden al coronel que les gritaba: «rendíos, ó mandaré hacer fuego.» Los mozos huian con mas precipitacion. Se oyó un tiro, y Marco cayó herido al lado de Luciano.

Desesperado éste levanta á su amigo, y colocándolo sobre las espaldas de un camarada, espera asegurar su retirada soltando el tiro de su carabina cuya bala hiere al coronel. Al mismo instante los de á caballo caen sobre Castelli. Nuestro héroe con su estoque se defiende por algun tiempo, pero herido de un sablazo en el pecho, se vé obligado á rendirse.

—¡Ah! te encontré, dice el primer gendarme: tú eres el que pusiste en mí las manos en la taberna de Bartolomé. ¿Reconoces esta prueba de tu insubordinacion y fanatismo? añadió enseñándole el rosario.

Domingo 10 de Diciembre.

—Si: ese rosario es mio, respondió Luciano con calma.

—Rebelde y asesino, buena cuenta darás.

—Sea lo que Dios quiera, dijo Luciano suspirando. Su pensamiento estaba puesto en Blanca.

La brigada entró en Ayaccio, llevando sobre una camilla hecha de prisa al coronel herido. Luciano fue conducido á la cárcel de la ciudad.

La misma tarde de esta fatal jornada, un hombre con el brazo vendado llamaba á la puerta de la casa de Castelli: era Marco: la bala solo habia desflorado su hombro. Vuelto de su aturdimiento pasagero, solo habia tomado el tiempo necesario para los desvelos que exigia su herida ligera, y se habia encaminado á San Pedro para dar noticias de su amigo. En la agitacion que reynaba habia podido comprender, que se sabia ya el acontecimiento de la mañana, y anhelaba mitigar el dolor del padre de Luciano, cuando se le presentó una jóven, con los cabellos en desórden y los ojos estraviados, que le dijo:

—Se habla de combate y de muerte..... ¿Y vuestro amigo?... ¿Y Luciano?.....

—Vive..... pero ¡ah! está prisionero en Ayaccio.

—¡Gran Dios ¿Y por qué motivo?

—Se ha defendido y me ha vengado, dijo Marco, enseñando su herida; pero repito que vive, y es preciso salvarlo.

—El nos será devuelto..... es inocente.

—Es inocente delante de Dios..... pero delante de la ley de los hombres... Entremos en casa de Juan Castelli, y veremos lo que conviene practicar.

La jóven se precipitó en casa del padre de su amante; en este momento solemne no quiere ya encubrir su ternura. Corren prontamente las lágrimas en el hogar del infeliz padre. El corazon de la muger es simpático con el amor y el sufrimiento. El anciano estrecha á Blanca contra su pecho, y su afecto para con ella nace del dolor comun.

—Vamos á Ayaccio, dijo Blanca: el prefecto y el general no resistirán á nuestras lágrimas.

—Sí, añadió el padre de Luciano. Mi vida y mi fortuna daré por salvar á mi hijo. Mañana asi que brille el alba partiremos.

Blanca volvió á su morada. Su hermoso semblante en donde se pintaba ordinariamente su angelical dulzura, refleja en este momento todos los sentimientos de su alma. Renaldo Perruzzi se queda sorprendido.

—¿Qué tienes, Blanca? le dice: no me ocultes nada: no soy un padre para tí?

—Una hija es la que viene á confiaros el secreto de su vida. Luciano Castelli es mi prometido esposo: su anillo está en mi dedo: yo he jurado ser suya, ha recibido el abrazo.....

—Luciano Castelli es un jóven noble: yo bendigo vuestra union.

Los tres hijos están de pie delante de su padre. Parece que los dos mayores consienten en lo que acaban de oir. Solo Cayetano guarda silencio; pero sus facciones se contraen, su pecho está oprimido.

—Padre mio, continuó Blanca, mi prometido ha procurado defender á sus compañeros: su amigo Marco cayó herido á su lado; Luciano en su desesperacion ha hecho fuego con su carabina, y la bala ha herido al coronel de los gendarmes. Luciano viéndose acometido y sin esperanza, ha tenido que entregarse, y está preso en la cárcel de Ayaccio. Mañana iré con Juan Castelli y Marco, y me traeré á mi desposado, ó jamas veré la poblacion de San Pedro: lo juro por Santa Catalina de Sisco, patrona de mi madre.

—Enhorabuena, hija mia: mis votos te acompañarán.

Blanca pasó la noche orando. Cuando amaneció dirigióse á casa del padre de su prometido. Los celos y el odio son aun mas vigilantes, que el amor puro y sin remordimientos. Cayetano desde lo alto de una roca vió como pasaba por delante de él.

—¡Ah! murmuró sordamente: mas quiero verte muerta que sufrir la dicha de mi rival. Pablo, dijo á su inseparable compañero, adelantémonos á Ayaccio, á ver si paralizamos sus esfuerzos.

—Vamos, respondió Pablo: mientras que Luciano esté entre nosotros y Blanca, seré tu segundo; pero despues guerra á muerte de tí á mí.

—Conformes.

Los dos corsos se estrecharon convulsivamente la mano, y tomando el camino de Ayaccio, pronto se adelantaron á las caballerías de los tres personages guiados por la ternura paternal, el amor y la amistad. La agitacion que reynaba al rededor de Ayaccio aumentó sus congojas. Las voces mas si-

niestras pusieron colmo á su dolor. Hablábase de un levantamiento, de resistencia á mano armada, y de condenacion. El nombre de Luciano iba mezclado á estas relaciones. Las autoridades se habian reunido para deliberar con urgencia sobre los medios de reprimir el espíritu de insubordinacion que podia cundir por toda la isla. Era necesario un escarmiento. Todos los pareceres fueron unánimes. El infeliz Luciano era, segun las apariencias, uno de los causadores. Una secreta acusacion se habia hecho contra él, y su conducta, resultado de casuales circunstancias, daba peso á esta denuncia: habia usado de violencia contra los gendarmes y habia herido mortalmente al coronel.

Presentado sin dilacion á un consejo de guerra, confirmó la deposicion del gendarme de la taberna, reclamando con calor el rosario, recuerdo precioso, y que servia de testigo contra su dueño. Solamente alegó que habia obrado en su propia defensa y no para sustraerse á la voluntad de la ley que le habia conducido á Ayaccio. Estas esplicaciones no parecieron suficientes, y se pronunció la sentencia de muerte. Luciano oyó su condenacion sin pestañear. Solamente levantando los ojos al cielo, esclamó: «¡Padre mio, Blanca mia!»

Su padre, Blanca y su amigo Marco entraban en la ciudad en el momento en que le volvian á la prision. Los distinguió en medio de la multitud. Puso una mano sobre su corazon, y levantó la otra al cielo. Era esta una señal de despedida y de esperanza. Blanca palideció. Sabia la sentencia fatal y ni una lágrima salió de sus párpados. La fuerza de su amor redoblaba su energía.

—Aun vive, dijo ella á sus compañeros: bastante es eso.

Todos tres se presentaron en casa del general y de los miembros del consejo de guerra, pero todo fue inútil. No encontrando en los hombres consuelo alguno, entraron en la morada de aquel que jamas se muestra inflexible con el arrepentimiento. Orando están en la Catedral y arrodillados cerca del bautisterio de mármol blanco, en donde fue bautizado el grande hombre de la Córcega; en cuyo nombre debe perecer un hijo, un padre desgraciado, un amigo y la sensible Blanca.

Oyóse el sonido de una campana, y era un anuncio de que el mismo Dios iba á visitar á un moribundo en su hora suprema. Un súbito pensamiento ilumina el espíritu de Blanca. La violencia de la pasion todo lo fija en el ser que es el objeto. Nuestra heroina se presenta al sacerdote que salia de la sacristía con el viático.

—¡Ah padre mio! esclamó con voz suplicante; ¿qué moribundo tiene necesidad de vuestro ministerio?

—El coronel que ayer fue herido por un bandido refractario.

—No: mi desposado no es un bandido: si ha hecho una muerte, ha sido involuntaria. Acaba de ser condenado: salvadlo, añadió, arrojándose á los pies del sacerdote.

—Levantáos, hija mia, dijo el santo hombre enternecido: yo tengo por inocente á vuestro prometido, porque vos no hariais aqui una protestacion sacrílega ¿pero qué puedo yo hacer por él?

—Decid al coronel, replicó Blanca, cuyas miradas parecian nacidas de inspiracion, que si Dios quiere que se perdone á los culpables, mas quiere aun que se salve al inocente, condenado á muerte. Decidla que de la vida de Luciano Castelli dependen la de un padre y la de una infortunada que habia de ser su esposa; que obtenga el perdon de Luciano.

—Esperadme en este lugar, dijo el sacerdote, cediendo á las instancias de la jóven; cumpliré vuestras intenciones; pero suceda lo que suceda, tened entendido que la resignacion es una virtud del cielo.

Alejóse el sacerdote para cumplir con su deber. Postrados ante el altar de la madre del Salvador, Blanca, Castelli y Marco, imploraban la proteccion de la patrona de Ayaccio. Sus lábios no articulaban palabra alguna, pero ¡cuánta elocuencia tenian sus suspiros y sus miradas! No apartaban sus ojos de la celestial figura de la Vírgen que era obra del inmortal Rafael. Quisieran animar la divina imágen, y obtener una respuesta favorable; en su confianza piadosa y consoladora, se persuaden que la imágen se enternece y les da esperanzas. La campana anuncia la vuelta del ministro de la religion. Los tres vuelan á su encuentro. Lleva un papel en la mano.

—Amigos, les dice, dad gracias á Dios: el coronel me ha entregado esta órden: no teme comprometer su responsabilidad para salvar á vuestro amado. Las leyes humanas no podrán castigarle, porque dentro de

pocos momentos se presentará en el tribunal de Dios con la satisfaccion de haber perdonado á su matador, y de haber contribuido á salvarle la vida. Esta órden que ha firmado con mano trémula es dirigida al gefe de la cárcel. Le manda que entregue al dador de este escrito la persona del preso, que acompañado del brigadier deberá presentarse en casa del coronel. Antes de morir quiere perdonar verbalmente á su matador. El coronel deja á vuestra prudencia el desvelo de facilitar á vuestro amigo los medios de esperar el resultado de vuestro recurso de perdon al emperador. ¡Ojalá que el cielo favorezca vuestros deseos! añadió el sacerdote, robándose á los afectos de su reconocimiento.

Todo sucedió segun los deseos del padre, del amigo y de Blanca. Al llegar la noche, Luciano Castelli escoltado de dos gendarmes fue conducido secretamente á casa del coronel. Este hombre generoso en aquel momento entregaba su alma al Criador. Los gendarmes pasmados de no ver salir al detenido, penetraron en la estancia fúnebre, pero habia desaparecido con el anciano que lo acompañaba. Marco y Blanca que estaban en la calle desierta que correspondia á la estancia del moribundo, habian facilitado la evasion de los dos fugitivos. Los caballos los esperaban á las puertas de la ciudad, y Luciano que sufria á causa de su herida, montó á caballo con su padre tomando la grupa. La pequeña carabana esperó ponerse pronto á salvo de las pesquisas; pero dos hombres envueltos en sus capotes habian hecho un movimiento de sorpresa al verlos pasar.

—¿Será él? dijeron á un mismo tiempo.....

—Vamos á la cárcel á asegurarnos, contestó Cayetano.

Cayetano y Pablo llegaron inmediatamente, y preguntaron por Castelli. El carcelero le respondió que se lo habian llevado de órden del coronel. «¡Se lo han llevado! gritaron los dos corsos:» y por las esplicaciones que le dieron, se apresuró el carcelero en tocar la campana de alarma. Al dia siguiente un decreto del prefecto prometia 200 escudos al que entregase la persona del prófugo.

—En dónde esté Blanca, estará Luciano, dijo Cayetano á Pablo; si te encargas de descubrirlo, tendrás 200 escudos.

—Dices bien, replicó Pablo; y al momento oprimia los flancos de un caballo montañés por el camino de San Pedro.

VI.

La carrera precipitada de Luciano habia agotado sus fuerzas: en medio de tantas emociones no habia advertido que el aparato de su herida habia caido, y que su sangre manaba de nuevo. Llegando á casa de su padre, se vió obligado á descansar, aunque la prudencia le aconsejaba que se retirase.

—Mi casa, dijo dolorosamente el anciano Castelli, será la primera visitada.

—Y no tardarán, contestó Marco: mi casa está lejos y no estarás seguro.

—Ven á mi morada, amado mio, esclamó Blanca con energía, la noche es oscura, y nadie podrá suponer que Blanca ha ocultado un hombre en su cuarto. La heroina con la ayuda de Marco llevó á su amante á la habitacion de los Perruzzi. En vez de penetrar por la puerta principal, entró por una puerta reservada que comunicaba con su cuarto por la parte del jardin. Un ligero ruido agitó el ramage odorífico que perfumaba este lugar. «Es el viento de la noche, dijo Marco en voz alta.»

—Gracias al demonio, murmuró sordamente un ser, que semejante al espíritu á quien rendia gracias daba vueltas al rededor de la casa.

—Quedad con Dios, dijo Marco á sus amigos. Voy á velar por vosotros, y os avisaré de la menor apariencia de peligro.

Blanca introdujo á Luciano en su estancia.

—Alma de mi vida, le dijo ella, ocúltate detrás de esa cama en donde Blanca pensó en tí tantas veces: ese hueco practicado en la pared en tiempo de las antiguas guerras de la Córerga solo es conocido de mi tio y de mis primos. Ese reclinatorio delante del cual he pronunciado tu nombre en mis súplicas oculta su abertura.

Apenas se dispuso en ese escondite lo necesario para que Luciano pudiese entregarse al sueño de que necesitaba, nuestra heroina se presentó en la sala en donde se hallaban reunidos Renaldo Perruzzi y dos de sus hijos. Cayetano no habia vuelto.

—Luciano Castelli se ha salvado, dijo arrojándose á los brazos del anciano, pero nuestro negocio no está concluido.

—Esplícate, Blanca.

Iba á continuar, cuando entró Cayetano. A su vista esperimentó un estremecimiento involuntario; pero reponiéndose de su turbacion, continuó:

—Primo mio, supongo que os unireis á mi venerable tio y á vuestros hermanos, para jurar por vuestra vida y honor no revelar á persona alguna el secreto que voy á confiaros.

—Hija mia, respondió con viveza el anciano, aquí soy yo el depositario del honor de todo lo que lleva mi nombre: puedes hablar, y yo salgo garante de mis hijos.

—Pues bien, Luciano Castelli, dijo ella, está en mi cuarto. Su herida no le permite buscar la soledad de las montañas. Mañana si es posible podrá retirarse á un lugar desierto, y permanecer mientras lo exija su seguridad.

—Bien, Luciano es nuestro huesped, es otro hijo que se encuentra bajo mi techo, velaremos por su seguridad.

Mandó á sus hijos que estuviesen de centinela al rededor de su morada

Al rayar el alba Cayetano habia ido á relevar al mayor de sus hermanos: sentado sobre la punta de una roca tenia fijos sus ojos en el camino de Ayaccio. De repente á su lado se desliza una serpiente, un tigre, un hombre: descubre la mitad de la capucha de su capoton.

—Vienen, dijo á su cómplice. ¿En dónde está?

—En casa de mi padre, oculto en el cuarto de Blanca.

—Bravo, murmuró Pablo, y desapareció.

A poco rato un fuerte destacamento rodeó á San Pedro. Blanca vió los soldados; habia pasado la noche velando con sus primos, é implorando la proteccion del cielo. Al ver las bayonetas, hizo que Luciano Castelli entrase en el escondite, y ella misma para evitar las sospechas se acostó en su cama y fingió un sufrimiento que la pálidez de su rostro hacia muy verosimil. El destacamento habia invadido desde luego la casa de Perruzzi con pasmo de los habitantes de San Pedro, y el comandante dirigiéndose al anciano Renaldo:

—¿Sabeis, le dijo, en donde se ha refugiado Luciano Castelli, condenado á muerte por el consejo de guerra, que se escapó ayer de las prisiones de Ayaccio?

—Señor, respondió con nobleza el corso, levantando su cabeza encanecida, si un criminal hubiese venido á buscar un refugio en mi mansion, seria sagrada para él..... En nuestra isla creemos que Dios maldice al traidor que entrega á su huesped: preferimos la cólera de los hombres.

—Voy, pues, contestó el oficial á hacer las pesquisas que se han mandado. Habitantes de San Pedro, dijo, volviéndose á los curiosos que habian acudido, buena recompensa se señala al que designe el parage de esta casa en que se halla oculto el fugitivo.

Un sordo murmullo respondió solo á semejante promesa. Cayetano que llegó en este momento acompaña con su padre y sus hermanos á los soldados en sus pesquisas. Todo es visitado escrupulosamente y llegan á la habitacion de Blanca.

—Comandante, dijo el anciano con firmeza, deteniéndole al entrar, respetareis al menos el asilo de una doncella. En Córcega un hombre no puede sin delito delante de Dios, y sin ofender nuestras costumbres, penetrar violentamente en el santuario de la inocencia. Ya lo veis, mi sobrina Blanca reposa en él, y está enferma.

Blanca se habia incorporado un poco en su cama, y sus ojos no perdian de vista la imágen de la Virgen que tenia en su reclinatorio; detrás del cual estaba Luciano.

—Mis órdenes son formales, contestó el comandante. Todo lo mas que puedo hacer es no visitar este cuarto sino con la reserva que me impone el estado y el sexo de la persona que lo habita.

Al decir esto, el oficial se habia acercado al lecho de Blanca y examinando el paso de la cama y la pared, se contentó con mirar el reclinatorio, y retrocedió algunos pasos. Un rayo de dicha atravesó el alma de Blanca y los Perruzzi: uno solo se estremeció; éste seguia todos los movimientos del oficial, que al volverse se encuentra con la mirada de Cayetano. Esta mirada llevaba la muerte. El traidor acababa de indicar por un gesto imperceptible que la víctima estaba allí. El oficial avanza de nuevo al espacio de la cama y la pared, y quita el reclinatorio. Blanca lo vé y lanza un grito. Luciano no espera que lo

saquen de su encierro, aparta los objetos que lo ocultan, y sale con precipitacion para dar socorro á la que lo reclama. Inmediatamente es cogido por el oficial que llama en su ayuda á los soldados.

—No me hagais violencia, le dijo: yo os seguiré.

Blanca se precipita detrás de su amante: vanamente espera enternecer con sus lágrimas y súplicas á los soldados inflexibles que se llevan á Luciano. El oficial que se siente conmovido ordena precipitar la marcha, y pasando por delante de Cayetano, dijo:

—Quien quiera que seas tú, que me has señalado el escondite del sentenciado, sin duda esperarás la recompensa: síguenos á Ayaccio, y la recibirás.

Un grito de horror salió de todos los pechos. Cayetano como herido de un rayo quedó anodado.

—¡Mi hijo! articuló el anciano.

—¡Padre mio!..... Pablo solo ha conducido los soldados, y ha recibido el precio de la denuncia.

—Mientes á medias, replicó una voz atronadora; y vióse á Pablo que se habia hecho lugar entre los concurrentes: tú lo has dirigido todo, Cayetano; tú inclinaste á nuestros camaradas á la resistencia, en la torre de Montichi, en la taberna de Bartolomé, en todas partes.

—Sí, gritaron muchas voces, y por mil medios has arrastrado á Luciano á su ruina.

—Tú has avisado al general y al prefecto de la evasion de Castelli. Yo que lo detestaba tanto como tú, me quedé en Ayaccio para conducir los soldados: tú has hecho mas, tú has entregado la víctima. Asi, pues, para tí solo son los 200 escudos: yo te abandono mi parte que destinaba al cumplimiento de mi voto á Santa Catalina de Sisco.

Y arrojó una bolsa á los pies de Cayetano.

—¡Miserable! esclamó éste, tu infernal amor por Blanca te inspira. Los dos con la espada en la mano debiamos disputarnos, despues de la muerte de nuestro rival, la mano de la hermosa.

—Espera, dijo con voz sepulcral el respetable Renaldo cuyos ojos chispeantes habian tomado una espresion estraña: espera, infame. Oprobio de mi familia y de la Córcega entera, ponte de rodillas delante de todos los testigos de tu crímen y cobardia.

Cayetano dominado por un poder sobrenatural, obedeció maquinalmente.

—Pide perdon á Dios y á los hombres de tu execrable delito.

—Sí, padre mio..... articuló con dificultad Cayetano.

—Y vos, Dios mio, continuó el anciano, perdonadle en el cielo, si yo le castigo en la tierra. Y tomando una carabina con la rapidéz del pensamiento, disparó, y Cayetano cayó muerto.

—Ha tenido tiempo para hacer la señal de la cruz, murmuró Renaldo, arrojando el arma fatal. Os doy gracias, Dios mio.

—Y yo os maldigo á todos, gritó la voz ronca de un hombre que estaba de pie sobre una peña que dominaba á la casa: raza de los Perruzzi que siempre aborrecí, venganza y guerra te declaro; me voy á la soledad.

Pablo al concluir estas palabras subió por la montaña ligeramente y desapareció.

A esta triste escena se siguió un frio silencio. Cada uno espera con ansiedad la solucion del drama. El oficial vuelto de su estupor, acercándose al anciano, le dijo:

—Cualquiera interpretacion que se dé á la muerte que acabais de cometer, debeis dar cuenta á la justicia: seguidme, pues.

—Marchemos, dijo con frialdad el viejo: he hecho mi deber, haced el vuestro. Despues, estrechando contra su pecho á sus dos hijos, acordaos, les dijo, que el bonor es mas caro que la vida, y debe hablar mas alto que la naturaleza.

Despues, colocándose al lado de Luciano, en medio del destacamento, atravesó la multitud muda que se inclinaba delante de él con santa y terrible emocion.

Blanca no pudo dominar la suya: se habia agotado su valor. Fue llevada á su casa sin conocimiento: Marco no la abandonó. Un delirio espantoso ofrecia á la infeliz las escenas crueles que habia visto. Sus gritos inarticulados, sus frases incoherentes pedian á su padre adoptivo y á su prometido. ¡Ah! los dos durante este tiempo eran conducidos á Ayaccio, y el fallo de su suerte no podia tardar mucho.

Al dia siguiente una jóven con paso trémulo y precipitado, sostenida por un hombre con el brazo vendado, llegaba á la puerta de Ayaccio. De repente se oyó un rumor sordo, y en un pequeño campo fuera de los muros de la ciudad, se veia un

peloton de soldados, y á alguna distancia un infeliz con los ojos vendados.....

—¡Luciano, mi prometido!... esclamó Blanca.

A esta esclamacion siguió una descarga de fusileria.

Todo se acabó: Blanca cae en los brazos de Marco.

Renaldo Perruzzi, culpable de muerte voluntaria y sin premeditacion, fue condenado á 20 años de trabajos forzosos.

Sus dos hijos no abandonaron su lado: lo acompañaron á la Spezzia, y despues á Tolon, como lo hemos dicho al principio de esta historia.

La flor del campo de Oro quedó sola y marchita por el dolor, retirada en casa de Juan Castelli. Para ella fue el último consuelo cuidar del padre de Luciano. Una tumba rodeada de ciprés y de flores renovadas cada dia, presentaba con frecuencia el patético espectáculo de un anciano y de una jóven arrodillados, y rogando por una alma querida á la que pedian al cielo los uniese pronto.

Poco tiempo despues dos tumbas abiertas recientemente se veian al lado de la de Luciano Castelli: los votos del padre y de Blanca habian sido oidos.

En un hermoso dia de junio de 1814 una falúa con gran vela latina atravesaba ligeramente el mar azulado que separa á Tolon de la Córcega: la tripulacion feliz dejando libertad á la brisa, cantaba barcarolas venecianas ó canciones de Sicilia. Las cuerdas de la guitarra y de la bandolina acompañaban estos acentos alegres que inspira el sol del medio dia, y cuyo entusiasmo es comunicativo. Todos los pasageros participaban de esta alegria, todos escepto tres, un viejo y dos jóvenes. Envueltos en sus capotes pardos se mantenian separados silenciosamente. Renaldo Perruzzi acababa de ser perdonado del resto de su condena. Sus dos hijos conducian piadosamente al padre á su casa de San Pedro, en donde debian hallar recuerdos bien dolorosos. Todos tres visitaban con frecuencia la capilla de los Castelli: tres tumbas llamaban su atencion. Sobre otra mas separada en el campo fúnebre se colocaba cada semana una rama de ciprés, mas no se sabia ó no se queria adivinar la mano que la ponia..... ¡Ah! el corazon de un padre no puede quedar cerrado para siempre.

F. M.



Estudios de historia natural.



LA ZORRA.



La zorra es famosa por sus astucias, y merece en parte la reputacion de que goza. Lo que el lobo egecuta con sola su fuerza ella lo emprende con sagacidad, y aun lo consigue mas frecuentemente, de suerte, que sin empeñarse en pelear con perros ni con pastores, sin acometer á los ganados, sin arrebatar los cadáveres, tiene siempre mas seguridad de poder sustentarse. En sus espediciones se vale mas del ardid que de la fuerza, y parece que tiene dentro de sí misma todos sus recursos, los cuales son, como nadie ignora, los mas seguros. No menos astuta que cauta, ingeniosa y prudente hasta la paciencia, sabe variar de conducta, y tiene como de reserva ciertos arbitrios que emplea muy oportunamente. Atiende con grande vigilancia á su conservacion; y aunque tan infatigable como el lobo y mas ligera que él, no se fia enteramente de la velocidad de su carrera, antes bien provee á su seguridad fabricándose un asilo, adonde se retira en los peligros urgentes, y en el cual establece su morada y cria á sus hijos, pues no es animal vagamundo sino domiciliado.

Esta diferencia, que es notable aun entre los hombres, produce muchos mayores efectos y supone causas de mucha mayor estension entre los animales. La sola idea del domicilio presupone una atencion singular hácia sí misma, y la eleccion del sitio, el arte de fabricar su guarida, de hacerla cómoda y de ocultar la entrada, son otras tantas señales de una sagacidad superior. La zorra está dotada de ella, y de todo sabe sacar utilidad: se establece en las orillas de los bosques á distancia proporcionada de los caseríos, desde donde oye el canto de los gallos y el grito de las aves, y se saborea con ellas desde lejos; elige sagazmente el tiempo oportuno, ocultando su designio y su marcha; se escurre, se arrastra, llega,

y rara vez le salen vanas sus tentativas. Si puede saltar las cercas ó introducirse por debajo de las puertas, no pierde ni un momento, destroza y mata todo lo que encuentra en el corral, y se tira luego velozmente llevándose alguna presa, la cual oculta debajo del musgo, ó la conduce á su guarida; operacion que repite, hasta que el dia ó el ruido en la casa le advierte que conviene retirarse, y no volver mas. La misma maniobra ejecuta respectivamente á las trampas, lazos y varetas en que se cazan las chochas y los tordos; se anticipa al cazador acudiendo muy de mañana, y regularmente mas de una vez al dia á visitar los lazos y la liga; se lleva sucesivamente los pájaros que han caido, y los esconde en varios parages, con especialidad á orillas de los caminos, en los surcos debajo del musgo ó de matorrales, dejándolos allí á las veces por dos ó tres dias, y sabe muy bien hallarlos cuando tiene hambre. Persigue á los lebratillos en campo raso; suele coger las liebres en la cama, y no se le escapan nunca cuando van heridas; desentierra los gazapos en los sotos, descubre los oidos de las perdices y codornices; sorprende á la madre empollando los huevos, y destruye gran cantidad de caza.

La caza de la zorra es fácil y divertida, y los perros la hacen voluntariamente y aun con placer; porque si bien el hedor que echa es muy fuerte, no obstante la prefieren por lo regular, al ciervo, al corzo y á la liebre. Asi, pues, se la puede cazar con pachones, sabuesos, podencos y otros perros; cuando se siente perseguida corre á su vivar, en el cual los pachones de piernas torcidas son los que pueden entrar con mas facilidad, y este método es bueno para coger una camada entera de zorras, y la madre con las crias; á cuyo fin se procura descubrir la madriguera por la parte superior en tanto que ella se defiende y pelea con los pachones, y se la mata ó coje viva con tenazas. Pero como las madrigueras están abiertas por lo comun entre peñas, debajo de troncos de árboles, y á veces son muy profundas, no siempre se puede conseguir esto: asi que el modo mas ordinario, agradable y seguro de cazar las zorras es el siguiente: Se principia por tapar la boca de la madriguera, se ponen los cazadores á tiro, y se atrailla con los perros; luego que estos dan con el rastro, se retira la zorra hácia su guarida, pero al llegar recibe una descarga; si se liberta de las balas huye con la mayor velocidad, y dando un gran rodeo vuelve á su madriguera, donde se la dispara segunda vez: y hallando la entrada cerrada, toma el partido de retirarse para no volver mas, huyendo en línea recta. Entonces si se quiere perseguirla, se sueltan los sabuesos y podencos, á los cuales no deja de fatigar mucho, porque de intento se mete por los parages mas enmarañados por donde los perros no pueden seguirle sin mucho trabajo, mientras que al entrar en campo raso corre á larga distancia sin detenerse.

Pero para destruir las raposas, es sin duda, mucho mas cómodo armar lazos en que se pone por cebo un pedazo de carne, un pichon, un ave viva &c. La zorra es tan voraz como carnivora; por manera que come de todo con igual ansia, huevos, leche, queso, frutas, y sobre todo uvas: cuando le faltan lebratos y perdices, se ceba en los ratones, turones, culebras, sapos, lagartos &c., y destruye gran número de ellos, único bien que sepamos hace. Es en estremo aficionada á la miel, y acomete á las abejas silvestres, abejones y avispas, las cuales al principio procuran ahuyentarla hiriéndola con mil picadas, hasta que en efecto logran que se retire; pero lo ejecuta solo revolcándose para aplastarlas, y repite tantas veces las invasiones que las obliga á abandonar el avispero. Entonces la zorrra lo desentierra y se come la miel y la cera. Asimismo coge los erizos, y les da tantas vueltas con los pies que les obliga á estenderse: en fin, come peces, cangrejos, abejarrones, langostas, &c.

Este animal se asemeja mucho al perro, principalmente en las partes internas; pero difiere de él por su cabeza mas recia á proporcion de su cuerpo. Sus orejas son tambien mas cortas, su cola mucho mayor, el pelo mas largo y espeso, y los ojos mas inclinados. Distínguese asimismo por un hedor muy fuerte que la es peculiar; y últimamente, por el carácter mas esencial, esto es, por su índole, pues no se domestica fácilmente, y nunca del todo: desfallece cuando está privada de la libertad, y muere de tristeza, cuando se la tiene encerrada mucho tiempo. La zorra entra en calor en invierno, y se hallan ya zorrillos por el mes de abril: cuando advierte que han descubierto su madriguera, y que en su ausencia han inquietado á sus

crias, los va trasportando uno por uno á otro vivar: Los zorrillos nacen con los ojos cerrados, de la misma suerte que los perros, y como ellos tardan en crecer diez y ocho meses ó dos años, y viven trece ó catorce.

La zorra tiene los sentidos tan finos como el lobo, las sensaciones mas vivas, y el órgano de la voz mas flexible y perfecto: la zorra tiene un gañido particular, ladra, y despide un sonido triste semejante al graznido del pavo real; sus tonos son diferentes segun los varios sentimientos que la agitan; tiene la voz de la caza, el acento del deseo, el sonido de la queja, el tono lastimero de la tristeza, y el grito del dolor, del cual no usa nunca sino cuando se siente herida de algun balazo que le ha quebrado algun miembro, pues no grita por ninguna otra herida, y se deja matar á palos como el lobo sin quejarse, aunque siempre defendiéndose con valor. Muerde peligrosa y tenazmente; de modo que es preciso valerse de algun instrumento de hierro ó de un palo, para hacerla soltar la presa. Su gañido es una especie de ladrido que se produce con tonos semejantes y muy precipitados, y por lo comun da al acabar de gañir un grito mas fuerte, mas elevado y semejante al del pavo real. En invierno, y con especialidad en tiempo de nieves y helados no cesa de chillar; y por lo contrario está casi muda en estío, estacion en que se la cae y renueva el pelo, motivo por el cual valen poco ó nada las pieles de las zorras nuevas, ó cogidas en verano. La carne de la zorra no es tan mala como la del lobo, pues los perros y aun los hombres la comen en otoño particularmente cuando se ha alimentado y engordado con uvas; y de su piel de invierno se hacen buenos forros. Tiene el sueño muy profundo, y se puede llegar hasta ella fácilmente sin despertarla: cuando duerme hace rosca como los perros; pero cuando se echa tan solo para descansar, estiende las piernas traseras y permanece tendida sobre el vientre, en cuya postura acecha tambien los pájaros por entre los matorrales. Estos la tienen tal antipatía, que apenas la sienten, cuando dan un pequeño graznido de aviso, particularmente los arrendajos y mirlos, los cuales la espían desde lo alto de los árboles, repiten con frecuencia el graznido de aviso, y la siguen á veces mas de doscientos ó trescientos pasos.

Esta especie es una de las que mas sujetas están á la influencia del clima; por manera que se hallan tantas variedades en ellas como en los animales domésticos. En los paises del Norte las hay de todos colores negras, azules, grises, plateadas, blancas enteramente, blancas con los pies leonados, blancas con la cabeza negra, y rojas. Las zorras son originarias de los paises frios, y es especie que está muy estendida en todas las partes del globo, menos en Africa, donde son muy raras, lo propio que en los paises cercanos al ecuador. Las pieles de las zorras blancas tienen poca estimacion, porque se las cae el pelo fácilmente; las de gris plateado son mejores; las azules y las cruzadas son apetecidas por su rareza; pero las mas preciosas de todas son las negras, y despues de las martas cebellinas es este el forro mas bello y mas costoso. Esta especie de zorras se halla en Spitzberg, en Groenlandia, en Laponia y en el Canadá, donde las hay tambien cruzadas.

E. de B.

AFECTOS PUROS.

* * *

Radiante la luna
Brillaba en el cielo,
De estrellas el velo
Formando un dosel;
Y de sus reflejos
Al lánguido rayo,
Con triste desmayo
Se via un doncel,

Que aun virgen de amores
El alma sincera,
Su encanto sintiera,
Mas no el frenesí;
Sentado á la reja
De hermoso palacio,
Lanzando al espacio
Sus quejas asi:

Tener una tierna amiga
Con quien partir nuestras penas,
Y en cuyas dulces cadenas
La vida entera pasar;
Poder reclinar la frente
Sobre un corazon, que tierno,
En fria noche de invierno
Nos convida á reposar;

Es muy bello, como es bello
Al dorar el sol la esfera,
Cruzar juntos la pradera
Una mañana de Abril;
Y cojer tempranas flores
Bajo el ramaje sombrío,
Salpicadas del rocío
Que bebe el aura sutil.

(1) Del Edem una parte, aun existe en la tierra.

Some portion of paradise
Still is on earth. (*)
BYRON.

Como es bello, delicioso,
En las tardes de verano,
Pasear el campo lozano
Con su idolatrado bien:
Y sentir allá á lo lejos
De las aves el arrullo,
De las aguas el murmullo,
De los sauces el vaiven.

Sentarse á la quieta márgen
De algun plácido arroyuelo,
Que serpea por el suelo
Con melancólico son;
Y alli los dos delirando
En loco y amante esceso,
Decirse con embeleso
Palabras del corazon.

Palabras que se deslizan
Suaves, tiernas, melodiosas,
Despertando vagarosas
Una idea de placer.
Palabras que poco valen
Si las empleamos luego,
Pero que entonces de fuego
Tienen eléctrico ser.

Porque en aquellos momentos
La naturaleza entera,
Respira una placentera
Atmósfera de ilusion:
Porque el corazon ardiente
Mas ardoroso palpita,
Y nos ofusca y agita
Un vértigo de pasion.

Feliz quien tranquilo puede
Lejos del mundo engañoso,
En un albergue dichoso

Reconcentrado vivir!
Feliz quien no necesita
Sus mercenarios honores,
Ni los precarios favores
De un incierto porvenir!

Vivir al lado de un ángel,
Adormirse á sus caricias,
Poseyendo las primicias
De su virtuoso amor:
Y rebosando de encantos,
Ricas de amor, seductoras,
Ver sucederse las horas
Como una flor á otra flor!

Sentir la ilusion bullendo
Siempre en la mente, y mas vivas
Imágenes fugitivas
De voluptuosa embriaguez,
Abrigar dentro del alma
Una esperanza divina,
Como estrella diamantina,
En noche de lobreguez!

Poder decírse altanero:
Esta muger que yo adoro,
Es mi gloria, mi tesoro,
Mi paraiso y mi Dios;
Y no hay en toda la tierra
Otro mortal venturoso,
Que ante mí diga orgulloso:
«He sido su amante yo!»

. . . . . .
. . . . . .

Felicidad! dulce sueño
Fantasma de mi cabeza,
Yo comprendo tu belleza,
Yo he nacido para amar.
Yo te imploro noche y dia
Con amante desvarío;
Y un corazon como el mio
Porque no habré de encontrar?

Angel, que predestinado
Me guarda tal vez la suerte,
Yo te amo sin conocerte!...
Escuchas mi ruego al fin?
Yo en los éxtasis sublimes
De mi ardiente fantasia,
Soñé para ti, alma mia,
La dicha del serafin.

Yo soñé que te veia
Sobre nube de jazmines,
Entre blancos querubines,
Coronada de azahar;
Y que trémulo, confuso,
Hallar quise, pero en vano,
Porque estrechaba tu mano
En las gradas de un altar.

Yo soñé que entre mis brazos
Muellemente te adormias,
Y tus ojos entreabrias
Mirándome con rubor;
Y que yo al ver tu mirada
Tan lánguida como bella,
El alma exhalar con ella
Quisiera mi dulce amor.

Giraba en torno mis ojos
Y cuanto bello veia,
Mezquino me parecia
Para ofrecértelo á ti.
Ansié por la vez primera
El favor del mundo impío,
Y riqueza y poderío,
Y cuanto grande entrevi.

Y para qué?... para todo
Tirarlo á tus pies, mi alma,
Ciñendo de mirto y palma
Su altiva, gallarda sien:
Para que doble me amases,
Y vírgenes y donceles
Envidiasen mis laureles
Y tu ventura tambien.

Me figuraba ya verte,
Aqui, sobre mis rodillas,
Mis labios en tus mejillas,
Mi mano en tu mano, y.....
A mis ruegos y caricias
Con dulcísimos sonrojos,
Bajar al suelo los ojos
Diciéndome tierna: *sí*.

Me figuraba ya verte
Por el Criador bendecida,
Con una prenda querida
Tesoro de nuestro amor:
Pensaba ya ver un ángel
En tu regazo mecido,
O en tus brazos adormido
Con descuido encantador.

Y tu mostrándome afable
Sus bellas formas gentiles,
Y sus gracias infantiles
Refiriéndome despues;
Mientras yo dandoos un beso
Invocaba al Poderoso,

Amante y padre dichoso
Os contemplaba á la vez!...

Callóse aqui el jóven
Y lágrima ardiente,
Cruzó lentamente
Su pálida faz;

Exhaló un suspiro,
Miró al firmamento,
Y con triste acento
Repitió: jamas!

Montevideo Noviembre 845.
A. Magariños Cervantes.

LA HIJA DEL PIRATA.

La habitacian del caballero Adalberto Slaert Van Donkere en Amsterdam, es algun tanto parecida á la del otro caballero, hijo de la imaginacion de Cervantes, conocido por el de la Triste figura, por el valiente vencedor de los encantos de Merlin y de Malambruno, por el magro y derretido amante de la aldeana Dulcinea, y perdóneseme la comparacion.

Nuestro caballero Adalberto no era un caballero andante. Hacia limpiar y acicalar de cuando en cuando las nobles armaduras de sus progenitores, para que desapareciese la capa de orin que las cubria; pero conservábalas colgadas en la campana de la chimenea encima de una cornamenta de ciervo, despojo de sus hazañas venatorias, y jamas le vino á las mientes el salir por esos trigos con aquel haz de hierro á cuestas, ni cabalgar en un troton mestizo de Bucéfalo ó de Babieca. Tampoco le pasó por la tela del juicio, á pesar de sus pretensiones de nobleza, la idea de que podria alguna vez conquistar el imperio de Trebisonda, porque la política de los cristianos ha consentido, ay! que el gran turco lo convierta en un bajalato de tres colas.

Mas feudal en cuanto á literatura que D. Quijote, nunca leia libros antiguos ni romances modernos, alegando para ello que los fundadores de su alcurnia habian firmado siempre, en los buenos tiempos, con el pomo de la espada, y por otra parte que la imprenta era cosa de sortilegio y endemoniada, propia para desmantelar los pergaminos de la nobleza, como la pólvora habia desmantelado sus castillos.

Frisaba la edad del caballero Adalberto en los cincuenta años: contaba cinco pies de alto. Su frente calva y limpia estaba cubierta con una desmesurada peluca de largas greñas, y cierto clásico peluquero se encargaba cotidianamente de dibujar en ella un parterre de polvos de almidon, que un peine de agudas púas abirragaba con uniformes rayas, dejándolo á manera de un campo acabado de labrar.

Cuando delante de él recaia la conversacion sobre la escasa antigüedad de la nobleza de Holanda, que los comerciantes acaudalados habian instituido para sus familias, no olvidaba el caballero hacer en muy alta voz la observacion de que su ascendencia era oriunda de la de Flandes, y que sus abuelos no habitaban el norte de los Paises-Ba-

jos sino desde cuatro generaciones acá. Por lo demas el caballero Adalberto era el mejor hombre del mundo.

Ocupábase un dia en examinar con su lente un sello nuevo en que habia mandado gravar sus armas, cuando entró su ayuda de cámara á anunciarle la visita de su cuñado Nicolao Birschop, plebeyo enriquecido con el comercio de azúcar y canela que hacia traer de las Indias para derramarlos por toneles, quintales, arrobas, libras y onzas en las tazas de té de sus compatriotas holandeses.

Para comprender el cómo un mercader de especias pudo emparentar con aquella familia feudal, bastará decir que el escudo de armas de los Slaert habia recibido enormes dentelladas de la mala fortuna; y que si los ducados plebeyos no hubiesen acudido con tiempo á dorar su ennegrecida superficie, habria desaparecido todo entero bajo la herrumbre de los escribanos y alguaciles.

Cuando Nicoláo Birschop penetró en el cuarto de su hermano político, arrastró un desmesurado sillon, y en el se arrellanó, llaneza que puso en arco las cejas de Adalberto.



El caballero Adalberto y Nicoláo Birschop.

Tan poco notable era el físico de Nicoláo como su parte intelectual. Gozaba de una fealdad bastante subida de punto, y tenia unos modales razonablemente comunes, circunstancias que en ninguna manera eran obstáculo al asombroso don de gentes de que le habian dotado los cinco millones de florines que gemian cautivos en sus arcones de hierro.

Luego que M. Birschop y el caballero hubieron discutido largamente sobre la preeminencia de sus respectivas castas, se decidieron á tratar del verdadero motivo de su entrevista.

—Mi hijo único, repuso Nicoláo, mi hijo Christian, con el cual debia yo contar para engrandecer el caudal que algun dia ha de ser suyo.....

—Vaya, ¿qué le ha sucedido?

—Se ha vuelto loco, señor caballero.

—¡Loco! ¿y es posible?

—¡A Dios pluguiese que yo pudiera dudar de ello! Un muchacho á quien habia dado tan brillante educacion, un muchacho á

quien habia criado entre números para comunicarle con la debida anticipacion aquel espíritu recto y exacto, aquel sentimiento de órden y economía que.....

—Al hecho, señor mio, interrumpió el caballero: ¿tendreis la bondad de decirme como vuestro hijo ha enloquecido y quien os ha dado semejante noticia?

—Mi corresponsal de Beirout en Siria, á cuya casa le envié para que estudiase en su escritorio, para que algun dia hiciese honor á su familia.

—¡Lindo honor! murmuró el caballero Adalberto.

Nicoláo Birschop, sacando de su cartera un papel, se contentó con encogerse de hombros y leer la siguiente carta:

—«Beirout 25 de Diciembre de 1804.—Muy señor mio: He recibido vuestra estimada de 10 del corriente y me apresuro á contestar á ella. El mercado de esta ciudad está enteramente desprovisto de algodones...»

—Adelante! esclamó el caballero, tapándose los oidos.

—Allá voy, señor caballero.

«Las sedas se sostienen y los cacaos...»

—¡Por favor! vamos al punto que me interesa.

—Aquí está, prosiguió Nicoláo.

«La presente se dirige, pues, á avisaros que el cerebro de vuestro señor hijo Christian, que nunca ha estado muy firme, como ya habreis echado de ver, se halla en el dia lo que se llama de remate. En lugar de tomar nota de las mercancias, escribe dia y noche en mis libros de comercio cosas incomprensibles, cosas que se parecen á las que se leen en las novelas y á las que se oyen en los teatros. Muchas veces nos deja al amanecer para ir, segun dice, á ver la salida del Sol, como si aqui saliese de distinto modo que en su tierra. Otras, se marcha de la ciudad á caballo y anda corriendo mañana y tarde con los árabes: y cuando vuelve á casa, viéndome sobresaltado por su tardanza, me dice que ha ido á contemplar la *poesía del desierto*.

«Los médicos de este pais me han asegurado que no conocen remedio á semejante enfermedad: en consecuencia, temiendo que empeore, tomo el partido de enviaros á vuestro hijo, para que proveais los medios conducentes á su alivio. M. Christian llegará á Rotterdam á bordo del *Sun*, buque inglés, casi al mismo tiempo que recibais la presente. Procurad, mi apreciable corresponsal, enviar algun dependiente de vuestra casa á este último puerto para que se encargue de su persona.

«Quedo con la mayor consideracion etc.»

—Lo mas grave y alarmante que veo aquí como síntomas de enagenacion mental, esclamó el caballero Adalberto, es el que mi sobrino se roce con simples árabes que van al mercado á vender géneros; verdaderos rústicos ó labriegos indignos de alternar!...

—Pues ¡y eso de escribir novelas en los libros de comercio! replicó Nicoláo, ¿hase visto nunca semejante profanacion?

Despues de haber tomado consejo el uno del otro, el caballero Adalberto Slaert Van Donkere y M. Nicoláo Birschop decidieron por unanimidad que este último partiria inmediatamente para Rotterdam, y que traeria al desgraciado mancebo al seno de su familia.

El bergantin *Sun*, procedente de Beirout en Siria, se acercaba á toda vela al puerto de Rotterdam, cuando la diligencia desembarcó en el muelle á M. Nicoláo Birschop, que iba en busca del pobre loco que su corresponsal le remitia. Los bobalicones apretujados unos con otros en la orilla, enristraban sus anteojos de larga vista para examinar de cerca el lindo buque, de tal manera cargado de flores plantadas en cajas de cedro, que parecia un jardin flotante.

Y luego en el centro de aquel odorífero bosque, se balanceaba una hamaca de latanero, y en ella estaba tendida una muger, envuelta de pies á cabeza en una vasta pieza de tela llena de franjas de plata. Su hermoso brazo blanco, apenas cubierto de ligera musolina, sostenia muellemente la cabeza, y en uno de los dedos posaba un colibri de matizadas alas y abria su piquito de oro para coger una hoja de rosa suspendida en los lábios de su ama.

A los pies de la jóven y recostado contra uno de los palos del bergantin, un viejo muy moreno fumaba tranquilamente su houka indiana, cuyo largo tubo se enroscaba en torno de una chimenea de cristal. En frente del viejo, modulaba un jóven en una guitarra guarnecida de cintas una cancion árabe, dulce y melancólica como los amores del oriente. Los ojos del mancebo se clavaban lánguidamente en los de la hermosa jóven, que por su parte, debemos confesarlo, sostenian con bastante valor el asalto que se les daba, sin ir á atrincherarse en el baluarte de sus pestañas, como en semejantes casos recomiendan el pudor y las muestras de educacion. En esta mútua sal-

va de miradas llenas de fuego, se conocia á tiro de bala que los dos individuos no tenian ya que hacèrse las primeras confianzas sobre el estado respectivo de sus sentimientos.

Cuando al *Sun* hubo echado el ancla junto al muelle, saltaron en tierra los pasageros, despues que el comisario del puerto hubo reconocido los papeles del capitan. El buque habia hecho cuarentena en Mahon. El estraño trage de la jóven atraia la muchedumbre en torno del desembarcadero; todos querian ver cómo sus diminutos pies, calzados de doradas babuchas, se apoyarian sin lastimarse en el fangoso pavimento de Calver-Straat.

Nadie creia que aquella encantadora criatura pudiese hablar y andar: aguardábase al menos que dos ó tres genios alados la colocarian sobre sus espaldas para llevarla directamente al gabinete de curiosidades de la ciudad. ¡Cuál no seria la admiracion general, cuando saltando al muelle de un brinco, desapareció detras de las cortinas de una litera que dos negros, probablemente criados suyos, levantaron inmediatamente sobre sus hombros. El viejo y el mancebo siguieron á pie la litera, el uno aspirando sin cesar el humo azulado de su houka, y el otro con la guitarra colgada como una bandolera, como Figaro debajo de los balcones del doctor Bartolo. En tan estraña guisa llegó la pequeña carabana á la fonda de Inglaterra, donde la deslumbrada turba cesó su persecucion.

Apenas entró en la fonda el hombre del houka mandó llamar al fondista, al cual anunció que destinaba para su uso y el de su familla todo el primer piso de la casa: al mismo tiempo recibió el gefe de cocina la orden de disponer la comida mas suntuosa de que su ingenio pudiera darle idea, y el bodeguero oyó la amenaza de ser ahogado en uno de sus toneles si ponia en la mesa otro género que los vinos mas esquisitos de Francia, de España y del Rhin. Otro criado recogió un puñado de escudos que el viejo hizo rodar por el pavimento para animar á la servidumbre de la fonda á que empezase dignamente su oficio. Corrió por todo el barrio el rumor de que los recien-venidos eran príncipes salvages disfrazados que viajaban para instruirse. Los políticos, por lo comun mejor informados, aseguraban que debian de ser mandarines de Pekin ó de Canton, enviados con embajada estraordinaria para tratar con S. M. el Rey de los Paises Bajos. Concibió por esto tal terror el profesor oficial de lengua china, que, segun se dijo, fue á esconderse en su cueva, temeroso de esponerse á la prueba de una conversacion. Finalmente, para aclarar todas las dudas, el fondista se presentó de ceremonia á ofrecer á los nobles huéspedes el registro de los viageros, suplicándoles en nombre de la hospitalidad y de los reglamentos de policía, que tuviesen la bondad de inscribir en él sus nombres y profesiones.

El viejo tomó el primero la pluma. Del pico de esta pluma pendia la impaciencia de toda la poblacion de Rotterdam. El nombre, apenas trazado, iba á ser repetido de boca en boca, y á transmitirse como por medio de signos telegráficos de uno al otro estremo de Calvar-Straat. Pero ¡oh sorpresa! ¡oh chasco solemne! el viejo escribió su nombre en caractéres de su tierra, lo cual constituia una cosa bastante parecida á la zarpa de un gato que se hubiese metido de patas en un tintero. En seguida tomó la pluma la jóven, y echándose al hombro el manto bordado de plata que la cubria, su mano de color de rosa firmó con este nombre: Beata. El tocador de guitarra escribió el de Christian Birschop, natural de Amsterdam, lo cual sacó de la traquea del fondista un gruñido sordo, traduccion libre del placer que esperimentaba al hallarse cara á cara con un compatriota.

—Perdonad, caballero, le dijo: ¿seriais por ventura pariente del honrado M. Nicolao Birschop, de Amsterdam?

—Soy hijo suyo, respondió Christian.

—Bueno, repuso el fondista; y metiendo con fuerza su codo en las costillas falsas del bodeguero, que hizo una mueca diabólica, añadió: Anda á avisar á M. Nicolao que ya puede subir con sus acompañantes.

En el mismo instante entraron á poner la mesa, y Nicolao Birschop, pálido y *con la melena herizada*, como Caleas entre los arúspices, llegó escoltado por dos marmitones.

—Padre mio!—Hijo mio!—Sois vos?—Ven á mis brazos!

Tales fueron las palabras pronunciadas por los dos personages de la escena, antes y despues del apretujon que semejante entrevista requeria. Nicolao y Christian se sentaron uno junto á otro: entretanto Beata

componia delante de un espejo los ramilletes de perlas sembradas en las trenzas de sus hermosos cabellos negros, y el hombre del sombrero encerado, cruzando sus piernas sobre el sofá, volvió á su tarea de estraer bocanadas de humo del prolongado tubo de su houka.

—Permitidme, padre mio, dijo Christian, que os presente á mis compañeros de viage Sidi-Mustafá-Ben-Ismael-Mochtar-Ilderim, de Beyrouth, y á la jóven Beata, su hija, que van á Amsterdam á arreglar algunos negocios.

M. Birschop saludó con la cabeza, como un hombre que no comprende bien lo que se le dice, y acercándose al oido de su hijo:

—¿Has venido á tu tierra, caballerito, le dijo, para dar algunas funciones en el teatro con esos titiriteros de la India?

—El hombre que veis, respondió Christian, es uno de los comerciantes mas ricos de la Siria.

M. Birschop clavó fijamente los ojos en su hijo y en el viejo, y luego encogiéndose de hombros murmuró:

—Siempre me olvido de que el seso de esta pobre criatura se fue á paseo: menester es que de grado ó por fuerza le saque de aqui.

Sidi-Mustafá, viendo servida la sopa, rogó á M. Birschop que se sentara á la mesa. Aceptó M. Birschop; pero dió secreta órden á los marmitones que le habian acompañado para que estuvieran prontos á la primera señal para ejecutar el rapto que premeditaba en la persona de su hijo. Cuando encendieron las bujias, el comerciante holandés examinó mas á su placer los singulares personages entre quienes se hallaba. Lo que á no dudar vió mas claramente desde luego, fue que Christian era el amante, ó al menos el pretendiente al amor de Beata: sospechó que esta seria alguna bailarina de maroma tirante, que iba á buscar fortuna en Holanda: tambien la hubiera tomado por una Corina en 1834. Sin embargo, hubo de confesar para sus adentros que jamas habian visto sus ojos tanta gracia ni tanta belleza. Los algodones que recibia de Egipto no eran mas blancos que la tez de aquella niña encantadora: los mas preciosos diamantes de las Indias resplandecian menos que sus pupilas: el mas magnífico collar de perlas no hubiera merecido compararse con el esmalte de sus dientes: toda su persona respiraba la profunda calma de la mas angélica pureza. Atenas y Corinto la hubieran levantado estátuas esculpidas por Fidias ó Praxiteles; París la hubiera puesto en ópera-cómica, letra de M. Scribe y música de M. Auber.

Los ojos del comerciante de Amsterdam (y esto se concibe facilmente) se detuvieron con mayor complacencia en la cara deliciosa de Beata, que en la fisonomía de su padre, especie de foca bípedo que apestaba á agua de mar á veinte pasos de distancia. Asi como Aquiles fue en otro tiempo sumido de cabeza en la laguna Estigia, Sidi-Mustafá tenia trazas de haber sufrido la misma operacion en un lago de alquitran. Un escritor marítimo hubiera comparado su enorme cabeza, siempre en movimiento sobre sus anchos hombros, con una fragata forrada y claveteada en cobre, barada y con la quilla al aire en un escollo del océano. Por último, el punto de union de las líneas negras y aterciopeladas, que formaban los dos semicírculos de sus cejas, indicaba cierta irascibilidad que hubiera sido muy poco prudente poner á prueba. M. Nicolao Birschop, temiendo comprometerse, entabló la conversacion, desembuchando el siguiente aforismo:

—Hoy hace buen dia.

A lo cual replicó el comerciante sirio:

—Los dos buques que aguardais de Batavia estarán á estas horas á la vista de la ciudad.

Palideció Nicolao al oir estas palabras, que correspondian en efecto al único pensamiento que le absorvia.

—¡Cosa mas rara! esclamó para su sayo: ¿cómo este hombre que no me conoce, puede estar mejor informado que yo de mis propios asuntos?

Y ciertamente era este un caso averiguado de brujería. Los dos barcos que Birschop aguardaba debian duplicar su fortuna si llegaban á los mercados de Holanda antes de que hubiese concurrencia. En esto cifraba su esperanza. Miró por lo bajo á su anfitron y llevando á los labios un vaso de vino de Madera para reponerse, anduvo escudriñando en su cabeza los medios de escabullirse lo mas pronto posible. Beata le dió pie para ello; porque despues de contarle sin ningun misterio la historia de sus amores con Christian, concluyó, no sin estremado asombro de M. Birschop, re-

gando á este que fijase el dia del matrimonio. Christian hizo fuerza de vela para lo mismo, y respondiendo anticipadamente á las objeciones que pudieran hacérsele, declaró terminantemente su voluntad de llevar á cabo la cosa en el plazo mas breve posible.

El comerciante de Amsterdam se levantó de la mesa por un movimiento espontáneo de indignacion; pero antes de dar suelta á su cólera, calculó los graves inconvenientes que este negocio le podia suscitar, y resolvió usar de astucia para sacar á su hijo de semejante avispero. Por consiguiente fingió que aprobaba el proyecto, y pidió á sus comensales permiso para ir á buscar un notario amigo suyo, que en el momento estenderia las primeras bases del contrato. El impaciente Christian declaró que acompañaria á su padre, y he aqui justamente lo que Birschop queria. Apenas llegaron entrambos al pie de la escalera de la fonda, cuando dos robustos marmitones, que estaban retozando junto á la cocina, se precipitaron sobre el jóven, y ahogaron sus gritos poniéndole en la boca una servilleta á guisa de mordaza. Cargaron acuestas con Christian, encerráronle en una berlina de que tiraban cuatro caballos de posta, y los cuatro viageros improvisados, entre los cuales se contaba el mismo M. Nicolao en persona, general en gefe de la espedicion, empezaron á correr á galope por la carretera de Amsterdam.

Al llegar á casa de su padre, metieron en la cama al desgraciado amante de Beata, y enviaron á llamar á los primeros espadas de medicina de la ciudad, para que entendieran en su curacion. Opinaron estos unánimemente que era necesario sangrar al enfermo de los cuatro remos y administrarle todos los antiflogísticos que recomienda el arte moderno, segun el sencillo sistema señalado por el doctor Sangredo.

Despues de algunos dias de ardiente calentura, provocada por el plan curativo de los Galenos, se halló Christian en estado de recibir algunas visitas. Su padre y su tio se sentaron á la cabecera de su cama. Las primeras palabras del enfermo fueron para pedir noticias de Beata: pero le respondieron meneando la cabeza, y presentándole un brebage atemperante para calmar la inflamacion de sus entrañas. Forzoso le fue callar y resignarse á estar enfermo, para que pudiese creerse en su curacion. Cuando su padre le vió mas tranquilo, le anunció que por órden del médico debia disponerse á salir al campo: consintió Christian de buena gana, pues con esta prescripcion entreveia la esperanza de acercarse mas á su adorada prenda. Levantóse, bebió un gran vaso de tisana, único líquido que se le consentia usar, y dirigiendo tristemente los ojos al sol, su pálido compatriota de Holanda, salvó con el pensamiento el espacio que le separaba de su bien ausente.

A poco vinieron á avisarle que el barco que debia llevarle al campo le aguardaba ya en el puerto. Algunos minutos despues daba la vela, escoltado por el mismo Mr. Birschop. El caballero Adalberto, su tio, á consecuencia de una conferencia secreta con su hermano político, se habia negado á acompañarlos. La travesía fue tranquila y silenciosa: el barco fondeó en Saardam, famoso taller histórico de Pedro el Grande, y patria del imaginario alcalde ó burgomaestre que lucia en esos teatros de Dios, antes de que la literatura se plagase de beduinos.

Apenas saltaron en tierra los viageros, cuando fueron apretujados contra el pecho de un hombre gordo, de modales bastante comunes, que traia colgada del brazo una muchacha de diez y ocho años, de talle cuadrado, y provista de una de aquellas obesidades llenas de salud y frescura, que vale á las mugeres holandesas la denominacion de *fardos de lirios y rosas*. Pero Christian no tenia empleados los ojos en la contemplacion de las floridas bellezas de las riberas del *Zuiderzee*: su alma estaba en otra parte. Siguió, pues, maquinalmente y sin levantar los párpados los pasos de sus nuevos huéspedes, que le condujeron hácia una casita situada en un estremo de la poblacion. Este era el campo que su padre habia escogido. En este momento conoció el nuevo complot que se tramaba contra su tranquilidad, complot formado en el cerebro de Mr. Birschop, y que debia estallar por las niñas de los ojos de madamisela Olimpia.

Al introducir á nuestros lectores en una casa de Saardam, tenemos una ocasion muy favorable de describir con sus doscientos pormenores un interior holandés. Un hombre de talento ha hecho de moda en nuestros dias estos inventarios de lugares, cuyo protocolo habia permanecido hasta aqui dentro de las esclusivas atribuciones de los es-

cribanos en materia de embargos; pero como nos falta tiempo, abrirémos de sopeton la puerta, sin contar los relucientes clavos de cobre colocados en torno de la aldaba: pisarémos las baldosas blancas y negras del vestíbulo, sin mencionar las dos criadas que acostumbran á darles el brillo de un espejo, pasando de rodillas la mitad de la existencia con que el cielo las ha gratificado: no gastarémos los cestillos de flores de nuestra retórica para definir como el piso bajo está enlazado al principal por medio de una escalera de madera de encina; *item*, cómo las varillas de acero sostienen en las vidrieras las cortinas de tafetan verde; *item*, cómo estas mismas vidrieras de colores representan paisages y fortalezas, cuya sola descripcion daria materia para un tomo en octavo; ya darémos sencillamente las cosas tales como las hallamos en la vulgaridad de la vida.

Y si os acordais de nuestra narracion, Christian y su padre han llegado á Saardam y han entrado en casa de M. Gottfriend, donde el jóven loco tiene que recobrar el juicio por la influencia de los bellos ojos de madamisela Olimpia. M. Gottfriend es uno de aquellos ricos mercaderes de quesos del norte de Holanda, que cuentan los ducados por toneladas. Gottfriend ha recibido secretamente de su amigo Nicolao Birschop proposiciones de matrimonio referentes á Christian y á madamisela Olimpia. Ambos tienen noticia de su riqueza respectiva, é impulsados por el instinto del comercio, cada uno nutre la confianza de que el negocio le dará provecho. Madamisela Olimpia, pura y casta vírgen que jamas ha concedido preferencias á nadie, madamisela Olimpia, en quien el deber ha ocupado siempre el lugar de la sensibilidad, se dispone á hacer honor á la firma de su padre, y su entusiasmo para manifestarse aguarda el vencimiento del plazo del futuro matrimonio. Christian, que sospecha algo, es de yelo al lado de su novia: su alma que voló en alas de la esperanza, viaja por el espacio buscando las huellas de Beata, mientras que su cuerpo detenido por fuerza en aquella malhadada cárcel donde se espian sus acciones, aguarda solo algun descanso de la vigilancia para tomar las de villadiego. Tal es en resúmen la situacion de nuestros personages en Saardam.

Muchos dias pasaron sin que las cosas adelantaran ni un negro de uña. M. Nicolao Birschop tuvo con su hijo una entrevista particular, en que le declaró sin el menor empacho las intenciones que tenia respecto de él. Christian juró y perjuró que ningun poder humano le obligaria á tomar por muger á otra que á Beata. Nicolao se enfadó, votó, gritó: y viendo luego que el paterno huracan no hacia mella en la firme obstinacion del mancebo, le confesó, arrasados los ojos en lágrimas, que su fortuna estaba comprometida en algunas empresas azarosas, y que aquel era el único medio de salvarla. Pero todo lo que de su hijo pudo conseguir, fue una promesa de que callaria un dia mas. Nicolao pensaba para su sayo que esta dilacion podria dar lugar á otras, y Christian se prometia aprovechar aquel corto espacio de tiempo para sustraerse de la tiranía paternal y del pasivo cariño de su blanca novia de ojos azules. Concluida la tregua, bajaron ambos al comedor donde madamisela Olimpia, á tenor del uso neerlandes, se ocupaba en disponer el té para los convidados. Junto á la olla inglesa que hervia en un hornillo, se ostentaban anchos y delgados tasajos de vaca ahumada en unos platos del Japon, pintarrajeados de monos azules y nubarrones de color de púrpura: en los dos estremos, dos perros de manteca fresca con lucidos collares de vermellon y las patas metidas en el agua se miraban al parecer y tendian el hocico. Singular circunstancia que Christian no dejó de notar, era que la mesa consistia solamente en una tabla cuadrada, cubierta con un mantel, y sostenida por dos toneles. El mercader de quesos del norte de Holanda, se habia puesto su casaca cenicienta con botones de nácar, y madamisela Olimpia, aunque no eran todavia las diez de la mañana, estaba peinada de peluquero y tenia dos tulipanes á guisa de plumaje clavados en el rodete. Semejante trastorno en los hábitos de la casa, indicaba que estaba sucediendo alguna cosa estraordinaria, y el té, las tajadas de vaca en las porcelanas del Japon, la exhibicion de la casaca cenicienta, y los perros de manteca metidos en agua fresca, parecian las decoraciones de algun imprevisto golpe de teatro.

Salió luego á colacion el proyecto de matrimonio. M. Birschop se manifestó elocuente intérprete del silencio de su hijo. Por último, cuando la teera quedó vacía por segunda vez, levantándose M. Gottfriend

con ademan de hombre inspirado alzó con sus manos la tabla tapada con el mantel, y dejó descubiertos á la vista de los estupefactos convidados los dos toneles en cuestion, llenos hasta arriba de zequíes de oro, acuñados con la efigie de todos los soberanos de los Paises-Bajos A tan espléndida profesion de fe histórica, M. Nicolao Birschop quedó como fascinado. M. Christian, pareció mas asombrado del asombro de su padre que del contenido de los toneles.

—Esto es la dote de mi hija única, esclamó el comerciante de quesos, cubriéndose el rostro con la servilleta como un procónsul con su manto. Este es el regalo de boda que destino á mi yerno, doscientos mil florines bien contados. ¿Sirven, M. Christian?

Nueva protesta de M. Birschop en nombre de su hijo.

—Firmaremos el contrato esta mañana si os parece bien, prosiguió M. Gottfriend; el notario está avisado, y vendrá al momento. Vamos, señor yerno, os permito que abraceis á vuestra esposa.

Madamisela Olimpia dió un paso hácia adelante: Christian dió dos hácia atras. Iba á descomponerse la negociacion cuando una criada abrió de repente la puerta gritando:—Una carta de Amsterdam para M. Birschop. La peripecia giró sobre sí misma, como en el desenlace de un buen drama, y el ardor de M. Nicolao se trocó instantáneamente en un horrible abatimiento...

—¿Qué es eso? le preguntó su amigo: ¿qué os escriben de Amsterdam? ¿Se habrá quemado el palacio de la Bolsa, ó los chacalotes de los mares del Norte habrán hecho alguna irrupcion en los diques?

—Nada de eso, respondió Nicolao procurando recobrar su serenidad. Sin embargo, estaba pálido en estremo y estrujaba convulsivamente en su mano la carta que acababa de recorrer. Su huesped se llevó á la muchacha, y dijo que le dejaba en libertad por si tenia que hablar de algun negocio con su hijo. Cuando M. Gottfriend hubo salido, M. Birschop se dejó caer en un sillon, repitiendo con voz sorda:—Perdido! perdido sin remedio!

Christian se acercó á su padre, y quiso saber su secreto.

—Toma, lee, dijo M. Birschop alargándole la carta.

Esta carta anunciaba que los dos barcos procedentes de Batavia habian sido apresados por un pirata, casi á la vista de Texel. El corresponsal añadia que la policía andaba siguiendo la pista de un contrabandista famoso fuertemente iniciado de mantener inteligencia con los ladrones de mar, y que sucesivamente iria recibiendo aviso de los resultados de la pesquisa. Christian se informó desde luego si su padre podria cumplir los primeros compromisos valiéndose de sus propios recursos.

—Sin duda, respondió M. Birschop; á pesar de la desgracia que me cae acuestas, puedo liquidar honradamente mi casa; pero despues..... miseria y oprobio: hé aquí lo que me queda!

—El oprobio, repuso Christian, no puede alcanzar al hombre de bien; en cuanto á la miseria, es una capa que sienta perfectamente á las almas grandes. Por otra parte, padre mio, yo soy jóven, y mi trabajo os alimentará.

—¡Antes morir que vivir miserable! repuso el desconsolado anciano.

—Pero ¿no teneis amigos? prosiguió Christian. ¿No tiene mi tio el caballero bastantes bienes para él y para vos?

—Sí, murmuró Nicolao: su poderosa proteccion me proporcionará tal vez una cama en el hospital donde morir.

—¡Justo Dios! esclamó el jóven juntando las manos: ¿y es esa la civilizacion de que vuestra Europa está tan orgullosa? Pero, ahora que me acuerdo, ¿y los doscientos mil florines que vuestro amigo M. Gottfriend.....?

—¡Mi amigo! repitió el anciano con amarga sonrisa. Ahora mismo voy á salir de su casa, para no tener que ponerme colorado por una negativa.

—Aguardad, repuso Christian dándose una palmada en la frente; tambien yo tengo amigos; ¿no os acordais del respetable Sidi-Mustafá, aquel comerciante árabe con quien cenásteis en Rotterdam, el padre de Beata?

Nicolao hizo un gesto de desden é incredulidad.

—Si no necesitais mas que doscientos mil florines, prosiguió el jóven, respondo que me los dará.

—Loco! loco! repitió el anciano.

En este momento se abrió por segunda vez la puerta del comedor y volvió á presentarse la criada con otra carta. Rompió M. Birschop la oblea con la mayor

precipitacion, y leyó en voz alta lo que sigue:

«El contrabandista ha sido juzgado y sentenciado asi que ha caido en poder de la justicia. Tenia ya contra sí una sentencia de muerte por asesino de dos aduaneros. Mañana irá al suplicio. Conocíasele bajo el nombre del padre Mob, y se ocultaba en Amsterdam bajo el de Sidi-Mustafá.»

Un grito de dolor salió del pecho de Christian.

—¡Beata! ¡pobre Beata! esclamó; y escapándose como un furioso de las manos de su padre, se lanzó fuera de la casa y desapareció en direccion del mar.

Tres suplicios hay cuya idea nunca he podido soportar sin que se me ponga toda la carne de gallina: 1.° recibir una paliza: 2.° escuchar en ayunas la lectura de una tragedia clásica en cinco actos y en verso: 3.° ser ahorcado. Creo que todo el mundo se pondrá de mi parte en cuanto á los dos puntos primeros. Por lo que hace al último mis dos escelentes amigos Julio Janin y Eugenio Sue han sostenido una controversia en el *Asno muerto* y en *Atar-Gull*, dos lindas novelas maravillosa y justamente aplaudidas. Si no tuviese prisa por llegar al hecho que me ocupa, trataria de refutar su paradoja fisiológica, y convendreis en que tendria derecho para ello, cuando sepais que el pobre Sidi-Mustafá, padre de mi heroina, acaba de ser condenado á esta pena ignominiosa por sentencia del tribunal criminal de Amsterdam. «¡Cómo! ¿aquel hombre escelente «del sombrero encerado, direis: aquel ma«rino tan sobrio de gerga marítima, que «con tanto sosiego fumaba su houka el otro «dia en una sala de la fonda de Inglaterra «en Rotterdam?" Ay! sí, señoras, mucho me cuesta el referiros este contratiempo. Parece que á todos nos habia engañado con su desprendimiento de tirar el dinero por la ventana, mientras era ni mas ni menos que un contrabandista acusado, entre otras pequeñeces, de haber pagado en balas de plomo al gobierno holandés, en las personas de sus aduaneros, los derechos prefijados en los aranceles. Ya os figurareis que Christian, por verle, está ya á las puertas de la cárcel, porque, á pesar de todo, Sidi-Mustafá no ha dejado de ser, como antes era, el padre de la encantadora Beata.

Beata estaba sentada junto á su padre, cuando Christian penetró en la cárcel. ¡Qué espectáculo! La estrella oriental, resplandeciente con sus bordados de plata, con su rostro dulce y pálido, se dibujaba en el negro cielo del calabozo. El viejo contrabandista, tranquilamente acurrucado en una esterilla de junco, fumaba un cigarro de Manila, y platicaba del porvenir, como Sócrates cuando tenia en la mano la copa fatal de la cicuta. Detras de ellos se veia otro personage de tez mas amarilla que un haz de mieses, y de cabellos mas rojos que la amapola de los campos. Este estranjero era el médico del anciano. Ambos conferenciaban en voz baja, y como impulsados por una manía cruel de chancearse, el doctor recomendaba al paciente de abrigarse bien con franelas para ir al cadalso, supuesto que le desnudarian para lanzarle á la eternidad.

Christian se creyó obligado á deshacerse en lágrimas al dejarse caer en los brazos del sentenciado. Sidi-Mustafá le rechazó suavemente con singular sonrisa en los labios. Volvióse hácia Beata, que parecia sobresaltada mas bien por un peligro posible, que por la certidumbre de una separacion eterna. El pobre mozo imaginó que estaba soñando.

Entre estas y las otras entró el verdugo. Christian se alejó de él con un movimiento de horror. ¡Cual no seria su admiracion al ver que su amigo el viejo se levantaba, se dirigia hácia aquel hombre y le daba un apreton de mano! Luego el verdugo y el paciente se fueron á un rincon á charlar en voz baja: mezclóse el médico en la conversacion y despues salió. Christian estaba aterrado, Beata se acercó á Christian: sus ojos no habian perdido ni un quilate de su brillo natural, su cuerpo ni una chispa de su armonioso balanceo. Su mirar era el mismo, lleno de pasion: la misma la belleza de sus formas, cuyo voluptuoso contorno realzaba el mas rico y caprichoso trage. Entre las trenzas de sus cabellos lucian como antes los graciosos ramilletes de perlas y de flores. Una pálidez muy ligera era lo único que descubria la alteracion moral de la jóven. Pero su voz pura y sonora llegaba como otras veces á herir el oido de Christian, y á arrobar sus sentidos en un éxtasis indefinible.

—¿Me amas todavia? preguntó al mancebo.

—¡Si te amo, Beata! ¿Qué debo hacer para asegurártelo? Habla! ¿Quieres que muera? Tuyos son todos los dias de mi existencia.

No le costó á Christian mucho trabajo el disculpar su falta involuntaria para con Beata.

—¿Cuáles son tus proyectos para lo futuro? le preguntó: ¿á donde irás cuando tu padre..... ay!

Y no se atrevia á concluir la frase, temiendo desgarrar aquel corazon infantil.

—Iré á pedirte apoyo, Christian, respondió la jóven, si la pobre huérfana merece todavia que la llames tu esposa.

—Oh! sí: serás mi esposa, esclamó el mancebo: lo juro por.....

Beata puso su mano sobre la boca de su amante, porque su padre y el verdugo se acercaban.

—No podeis quedaros aqui mas tiempo, dijo el último á Christian.

—¿Cuando te volveré á ver? murmuró Christian al oido de Beata.

—Mañana á medio dia en la plaza de la ejecucion.

A la hora señalada, se dirigió Christian á la plaza pública donde millares de cabezas empinadas aguardaban que se diera muerte á un anciano. Beata habia dado en la cárcel una cita á Christian para el lugar de la ejecucion. El acudia. Pero ¿cómo hallar á su querida entre aquella turba, ¿Cómo podia comprenderse que una jóven no retrocediese espantada de semejante espectáculo? Esta incomprensible conducta exigia una esplicacion.

No le costó al jóven poco trabajo el acercarse al patíbulo. Pagó con diez florines el derecho de encaramarse en un guarda-canton para gozar mejor de aquella representacion estraordinaria, dada á beneficio de la sociedad. Oyó estremecido que muchas madres de familia envidiaban la fortuna de los hombres de armas que montados en sus caballos podian verlo todo á su placer.

Llegó por fin el paciente escoltado de un venerable eclesiástico holandes que jamas salia de casa á semejantes ceremonias sin haber tomado su taza de café con leche y arreglado exactamente su muestra con el reloj del palacio de justicia. Todos admiraban la calma del virtuoso sacerdote, y la completa resignacion con que guiaba á la muerte al desdichado contrabandista. El padre Mob saludó al verdugo al sentarse en el banquillo colocado en medio de la horca. El ejecutor pasó delicadamente la cuerda al rededor del cuello, luego apoyó la mano en los hombros y echando hácia atras la tabla que le sostenia, saltó encima del reo y en un abrir y cerrar de ojos quedó todo con-



cluido. Christian se tapó la cara con el pañuelo, para no ser testigo de aquella abominable agonía.

Apenas bajaron de la horca el cuerpo del padre Mob, cuando el médico que vió Christian en la cárcel, corrió al pie de la escalera y felicitó al ejecutor de altas obras por su hábil operacion. Christian sintió que las piernas le temblaban, pues recordó que el miserable doctor habia apretado el dia antes la mano del sentenciado.

Al intentar el jóven apearse de su guarda-canton, oyó muy cerca una esplosion de risa ahogada que le hizo volver la cabeza de repente. Precipitóse en medio de la muchedumbre, esgrimiendo los codos y recibiendo codazos en mil partes de su cuerpo; parecia que fuese siguiendo á algun individuo que se le escapaba. Al cabo de un cuarto de hora de agitacion y de furiosa carrera, se encontró junto al guarda-canton de donde habia salido.

—Si: dijo para sus adentros; la voz de Beata era la que de tal modo reia! ¿He perdido la cabeza de repente? ¿soy insensato? ¿es posible que no haya en esto un espantoso alucinamiento? ¿Puede reirse una hija delante del cadáver de su padre? ¡Beata! ¡Beata será un monstruo! ¡Beata, á quien conocí tan tierna y tan cariñosa con su padre! Ah! razon tenian: estoy loco, loco de atar, cuando asi blasfemo contra la virtud!

La turba se fue disipando poco á poco y Christian quedó solo en la plaza. Cuando salió del abatimiento en que estaba sin duda sumergido algunas horas hacia, dirigió la vista en derredor y recogió su sombrero que los pies de los espectadores habian dejado hecho una torta; pero al írselo á encasquetar, salió de él un papelillo en que estaban escritas estas palabras: «*Op de Cingel naasi de Kerk de Tooren*» cuyas palabras llevaban consigo una cita para el cuartel de *Cingel*, junto á la iglesia de *Tooren*. Al pronto tuvo Christian intencion de despreciar el aviso; pero la seguridad en que estaba de haber oido poco antes á su lado la voz de Beata, y el recuerdo de aquella sonrisa ahogada que tan dolorosamente zumbaba aun en sus oidos le arrastraron á salir de dudas. Por otra parte ¿qué otro medio le quedaba para encontrar las huellas de su querida? Corrió pues á la casa que se le indicaba, y llamó suavemente á la puerta, no sin sentir su corazon en estremo oprimido. Un negro salió á abrir. Christian le reconoció.

—Beata! esclamó subiendo en tres brincos la escalera.

La primera puerta que empujó le introdujo en una gran sala llena de cajas de flores. Detras de una cortina de color de rosa habia una ventana que dejaba entrar el aire fresco de la calle, el cual iba renovando poco á poco la peligrosa atmósfera saturada de perfumes. A favor de la tibia luz que se deslizaba á través de la trasparente tela de las cortinas, percibió Christian en medio de la pieza un sofá donde estaba sentada una muger. Lanzóse hácia ella y reconoció á Beata, que le tendió la mano sin levantarse.

—¿No eres tú, esclamó Christian, no eres tú la que ví en la plaza de la egecucion?

Beata se sonrió dulcemente, y luego con voz débil é interesante, dijo:

—Desde ayer estoy en este sofá, luchando con la enfermedad que me mata.

—¡Tú en peligro de morir! gritó el jóven; y yo no lo sabia!... Eres muy cruel.

—Crees que podré sobrevivir á la pérdida de mi padre?

—Vive para mí, murmuró el jóven Christian: yo ocuparé su lugar. Nos volveremos á Oriente en el primer buque que salga del puerto: iremos á buscar nuestro cielo y nuestra felicidad de allí. Dí, ¿querrás?

Beata se sonrió dolorosamente.

—Luego no has renunciado á mí, Christian. ¿No has dejado de amarme, es verdad? Está bien: esa confesion me hace dichosa; pero mira que me hallo entre la vida y la muerte. Estoy aguardando una hora fatal que decidirá de mi porvenir. Dime qué hora es ahora.

Christian levantó los ojos buscando un reloj.

—¿No sabes leer en el reloj de las flores como en el del sol? repuso Beata. De todas esas flores que te rodean, mira cual es la que acaba de abrirse.

Christian se acercó á una caja en que un *don-diego-de-noche* acababa de desplegar su pálido cáliz. En el mismo instante señaló una *ninfea blanca* que se cerraba.

—Son las cinco, dijo Beata. Mira mas allá aquella otra flor cerrada: es el *geranium triste*: cuando se abra serán las seis. Entonces el médico á quien aguardo podrá decirme si debo vivir ó morir. A media no-

che cuando el *cactus* de flores grandes despliegue las franjas de su córola de púrpura, estaré perdida ó me habré salvado. Mañana á esta hora, querido Christian, vuelve aquí y ven dispuesto á seguirme lejos de esta tierra, ó á inhumar mi cuerpo bajo estas cajas de flores de que jamás me separaré. Ahora no pronuncies ni una sola palabra mas, ni me dirijas una sola pregunta. Adios, hasta mañana.

Christian besó tristemente la abrasada mano de Beata. Al salir de la casa entraba el doctor, acompañado de un hombre misterioso, envuelto hasta los ojos en su capa.

Las doce del dia daban en la iglesia de Tooren cuando Christian, fiel á la cita de la víspera entró en la casa de Beata. Aunque en aquella hora habia toda la luz que puede haber en Holanda cuando las nieblas de los canales estienden su quitasol ceniciento sobre los ladrillos de la soñolienta Amsterdam, el interior del cuarto donde penetró Christian permanecia sumergido en completa oscuridad. Las persianas, cuidadosamente cerradas, dejaban filtrar en la habitacion la claridad estrictamente necesaria para no tropezar con los muebles. El jóven se estremeció al recordar las últimas palabras de Beata. ¿La encontraria viva ó muerta? Su corazon latia horriblemente. De pie, inmóvil en aquel cuarto silencioso, apenas se atrevia á interrogar con los ojos á las sombras que le rodeaban. Poco á poco se fue acostumbrando su vista á aquel crepúsculo, y consiguió distinguir vagamente el contorno de los objetos. Reconoció desde luego las cortinas de seda color de rosa, y los estantes arrimados á las paredes y cargados de cajas de flores. Entre ellas percibió el *cactus* que debia abrirse la víspera á media noche, y que en la actualidad inclinaba tristemente hácia el suelo sus pétalos anaranjados, recogidos en su verde cáliz. ¡Al abrirse aquella flor se habia decidido la vida ó la muerte de Beata! Ay! tal vez el último suspiro de la jóven se habrá mezclado con estos perfumes derramados por el aire! tal vez Christian lo respira en aquel momento.

No pudiendo dominar su inquietud, se encaminó al sofá donde la jóven se le apareció el dia antes, lánguida, descolorida y enturbiados los ojos por la desesperacion. Llamó á Beata; pero no le respondieron. Puso la mano sobre el terciopelo del sofá; pero no habia señal de que nadie hubiese estado sentado en él.

—¡Ya no hay duda! esclamó: ¡ha muerto!

Empezó á recorrer el cuarto como un furioso, y arrancándose los cabellos y haciendo resonar el aire con sus sollozos.....

—Ha muerto! repitió: no ha podido sobrevivir á un padre que tanto le amaba!.....

Al pronunciar las últimas palabras, tropezaron sus pies en una caja larga atravesada en el suelo, y perdiendo el equilibrio, rodó sobre el pavimento. A su caida siguió un ruido sordo que parecia un gemido humano. Levantose lleno de espanto, y clavando los ojos en la caja, vió el cadáver de un hombre envuelto en una capa: tocó aquella mano fria para convencerse de que no era juguete de un alucinamiento de su cerebro. En el mismo instante escuchó detras de sí un grito de horror: volvió rápidamente la cabeza, y se llenó de asombro al encontrarse cara á cara con Beata, que estaba rigorosamente vestida de luto y pálida como la cera: traia una bugía que vacilaba en su trémula mano, como uno de los fosfóricos resplandores, de los cuales los espíritus supersticiosos y los maquinistas de los teatros han hecho almas de aparecidos que rondan junto á las sepulturas de los cementerios. Christian cayó á sus rodillas, y quiso tomarle una mano; pero ella la retiró: quiso hablarle de amores, y ella le hizo seña de que callase. Entonces entraron los dos criados negros, y levantando el atahud en sus brazos, se lo llevaron á una habitacion contigua. A la claridad de la bugía reconoció Christian que el cadáver era el del padre de Beata.

Cuando se vió solo con la jóven, esclamó:

—¡Vives todavia! ¿Me es lícito esperar?...

Beata hizo un gesto con la mano, y ambos se sentaron en el sofá.

—Christian, dijo la jóven, escúchame. Por la desgracia que me abruma podrás comprender que el matrimonio no es posible entre nosotros.

—¿Qué dices? esclamó Christian.

—La verdad. El hijo de Nicolao Birschop, uno de los mercaderes mas orgullosos de Amsterdam, no se casará con la hija de un aventurero, sentenciado á muerte por la justicia de este pais.

—¿Qué tengo yo que ver con las preo-

cupaciones de mi familia? replicó Christian. Un solo obstáculo puede oponerse á nuestra union, Beata, y este no es otro que tu voluntad. Fuera de ella ¿á quien he de consultar en el mundo? ¿no soy libre para elegir la muger que quiera? ¿no lo soy para irme á vivir en donde me plazca? Dí una palabra y dejaremos juntos esta tierra donde ya nada me interesa: dí una palabra y marcharemos juntos á morir donde tú señales. Mi caudal no es considerable, pero aun puedo realizar algunos recursos. Partiremos, ¿no es verdad, Beata mia; ¿cuando partiremos?

Beata se sonrió dulcemente al oir estas palabras, y esta vez no retiró la mano que su amante llevaba con entusiasmo á sus lábios. Despues de haber escuchado silenciosa por algunos minutos las apasionadas protestas del jóven, repuso:

—Pues bien! partiremos esta noche.

—¿Esta noche? dijo Christian alzando al cielo los ojos con una indecible espresion de felicidad. Estoy pronto.

—El buque que aqui nos ha traido, prosiguió Beata levantándose, da esta noche la vela para Beyrout. Vé, Christian, preséntate á tu familia, reflexiona bien, y si á la noche no es otra tu resolucion nos embarcaremos.

Algunos minutos despues de esta conversacion, Christian ébrio de alegria llamaba á la puerta de la casa paterna. Ay! entregado sin freno á la efervescencia de su amor, no se habia acordado de la espantosa ansiedad en que dejó á M. Nicolao Birschop, á quien la pérdida de los dos buques de Batavia condenaba á vender hasta el último trasto de su casa, hasta la última tabla de su escritorio para satisfacer á sus exigentes acreedores. Christian quedó como trastornado por un vértigo cuando supo que su padre se habia desprendido de todos sus bienes, y que no le quedaba mas refugio que la casa de su tio Adalberto.

En cuatro brincos llegó á la casa del caballero. La puerta claveteada estaba de par en par contra la costumbre. En las banquetas de la antecámara no habia ni un criado de librea: entrábase en todas las piezas sin encontrar á quien dirigir la palabra. Procuraba Christian hallar la esplicacion de una circunstancia tan contraria á los hábitos del feudal edificio, cuando oyó muchos gritos en la escalera. A los confusos gritos se mezclaban pasos de hombres que hacian retemblar el pavimento. Era evidente que estaba sucediendo alguna cosa estraordinaria en el piso mas alto de la casa. Subió Christian algunos escalones, y en medio de un violento choque de espadas distinguió la voz de su tio que gritaba:

—Mueran! mueran! que no quede uno con vida! destruid esa raza maldita! Encended una hoguera en el patio! En ella quemaremos los cadáveres!

Christian no se atrevia á dar un paso mas, y recorria todos sus miembros un sudor frio. No podia dudar que su tio, cuyo genio irascible conocia, se habria dejado llevar á algunos escesos, que ocasionarian una quimera y acaso efusion de sangre. Pero ¿con quien las habia? ¿qué enemigos eran aquellos á quienes perseguia con tan enérgico encarnizamiento? ¿se habia apoderado de él algun acceso de fanatismo religioso, y con la hoguera del patio pretendia satisfacer su furor quemando hereges en un auto de fé? Solo esta desgracia le faltaba al pobre Christian. Su suegro ahorcado, su padre en la calle, y su tio asesino!

Una brigada de hombres armados de espadas, de asadores, de martillos y de chuzos se desplomaron en este momento por la escalera abajo. Christian se ocultó para dejarlos pasar. En pos de ellos, otros hombres de atroces fisonomías traian enormes cestos cerrados, de los cuales goteaba sangre, asi como los vestidos y los brazos de aquellos fariseos: todos entraron en el patio, cuya puerta cerraron cuidadosamente, sin duda para quemar los cuerpos de las víctimas infelices, como su amo se lo habia mandado. Estremecióse Christian á la idea de que su tio podia haberse hecho reo de semejante crímen. Subió de cuatro en cuatro los escalones, y vió venir al caballero Adalberto con un trage tan destrozado que pudiera figurar en el desenlace de un melodrama en cinco actos. Traia las mangas de la camisa valientemente remangadas por encima de los codos, ostentando unos brazos secos cuyos músculos estaban todos en movimiento. Blandia con la diestra mano un espadon, y daba tajos y reveses en la barandilla de la escalera. Sus calzones sin charreteras ni tirantes: pendian á su placer de las caderas dejando ver entre ellos y las medias unas rodillas que hubieran podido servir de modelo á los pintores de historia de la Academia de Amsterdam. Su peluca, desprendida por un lado, ondeaba como un

penacho sobre la oreja derecha: su rostro, lleno de sudor y de polvo, resplandecia con los destellos de un entusiasmo sobrenatural.

—Ven! ven! esclamó asi que hubo visto á Christian. Dame favor, sobrino mio: ayúdame á vengarme de ese enjambre destructor, al cual debo la pérdida de todo lo precioso, de todo lo amado que tenia en el mundo.

Y cogiendo al jóven por el brazo lo arrastró consigo al teatro del combate, que estaba situado en las boardillas del edificio. Obligado se vió el mancebo á armarse velis nolis de una enorme estaca antes de entrar en la pieza, cuya puerta abrió el caballero.

—Aqui es, gritó Adalberto blandiendo su espada por encima de la cabeza.

Estupefacto dejó á Christian el espectáculo que se ofreció á su vista. El artesonado granero, en que su tio acababa de introducirle, estaba sembrado de legajos de pergaminos y papeles roidos y lacerados. Junto á estos polvorosos despojos yacian acá y allá, como antiguos hecatombes, millares de ratones atravesados de parte á parte. Estos eran los trofeos de la victoria conseguida por el caballero Adalberto. Lejos de estar por ella envanecido, brotaban de sus ojos inagotables lágrimas, pues los pérfidos enemigos de su reposo y de su honra, como él los llamaba, habian destruido, antes de que pudiese castigarlos, todos los títulos de nobleza de su familia, recogidos y conservados hasta entonces con tanto cuidado y solicitud.

—Estoy perdido, asesinado, deshonrado! repetia el anciano, dando vueltas con la punta de la espada á los ilegibles mamotretos. ¡Nada, nada queda ya de todas las heráldicas riquezas que aseguraban á los de mi nombre el primer lugar entre la nobleza de esta tierra! ¿Cómo harán sus pruebas en adelante los Slaert? ¿qué responderán al primer descamisado que pretenda negar la legitimidad de sus pretensiones con respecto á la cuna? Adios, primer cuartel de gules en sotuer! adios leon rapante en gefe, jaqueleado de arena! Morir solo me cumple, pues todos me faltais á un tiempo!

Muy satisfecho Christian de que la desgracia fuese menor de lo que al pronto habia imaginado, empleó los esfuerzos de su lógica en consolar á su tio. Viendo que no lo podia conseguir, tomó el prudente partido de alejarle de aquel funesto lugar donde eran mas vivos sus dolores, y le arrastró á un salon del piso bajo, luego que el caballero hubo visto humear en el patio los primeros montones de paja que debian aniquilar los despojos de sus enemigos muertos. Christian encontró en el dicho salon á su padre no menos inconsolable que el caballero. Los dos ancianos recapitulaban sus pérdidas en forma de antiguo diálogo, salmodiando el uno despues del otro una lamentacion en prosa sobre las vicisitudes de la fortuna. Y cuando Christian les exortaba á tomar por modelo su resignacion, le trataban de loco, y le amenazaban con ponerle otra vez en manos de los doctores. M. Birschop declaró por último que tenia intencion de espatriarse, porque con veinte mil florines que le quedaban no podia vivir en un pais que le habia visto tan rico y tan poderoso. El caballero juró que no permitiéndole sus escrúpulos cristianos atravesarse el cuerpo con una espada, no veia otro medio de evitar su deshonra que el de huir de Amsterdam, de Holanda, de Europa, é irse á vivir en una isla desierta cual otro Robinson. Saltó Christian de alegria al oirles formar este proyecto, y les propuso trasladarse con él á la Siria en el buque que debia dar la vela aquella noche.

Cuando el bergantin *Sun* salió del puerto de Amsterdam, hubo gran gentio en el muelle para verle levar el ancla. Llevábase consigo al desgraciado Nicoláo Birschop y al caballero Adalberto. La fatal aventura de los ratones no habia aun transpirado, gracias á las esquisitas precauciones del antiguo heredero del destrozado blason de Slaert. Atribuíase su marcha al entrañable cariño que le unia á su cuñado, y hubo moralistas á quienes arrancó lágrimas este patético rasgo de amor fraternal. Beata volvia á ocupar su sitio en la hamaca de latanero, amarrada á los dos mástiles del buque. Christian estaba sentado junto á ella como cuando llegaron á Rotterdam. En esta reunion de familia solo faltaba el padre de Beata. Ay! todos sabemos por qué.

La noche y el primer dia de la navegacion fueron tristes y monotonos. El viento que soplaba del Nor-Oeste obligaba al bergantin á bordear sin perder de vista la costa. Beata se mostraba inquieta y zozobrosa, y apenas escuchaba las dulces palabras que

Christian le dirigia. Su linda mano blanca, armada de un anteojo de mar, se dirigia con sostenida atencion hácia las agudas velas de los cachemarines que á cada instante salian de las bahías de la costa holandesa. Dedicábase á aquella especie de inspeccion con la exactitud de un oficial de marina que hace su cuarto vigilante en la víspera de un dia de combate.

Absorto el caballero Adalberto en la contemplacion de un libro de heráldica que habia salvado de la ruina de su granero, ocupábase á ratos perdidos en dibujar en el puente con un pedazo de clarion, leones rapantes, sotueres lampasados, y jaqueles de gules, mientras que M. Birschop divertia á los marineros de la tripulacion contándoles como un corsario marroquí habia venido á apresar sus dos barcos á tiro de piedra de las fortalezas de Texel. La historia de los cargamentos de Batavia y del corsario marroquí hacian siempre el gasto de la conversacion á las horas de comer. Los hombres de á bordo en sus instantes de recreo se complacian en hacer repetir su aventura al comerciante amsterdames, y la recibian siempre con estrepitosas carcajadas de risa é interminables palmoteos.

Al tercer dia el bergantin habia salido ya de la costa holandesa y perdido la tierra de vista. M. Nicoláo, encendiendo su pipa atascada de escelente tabaco, acababa de empezar por milésima vez la relacion de la presa de sus dos barcos: Beata no estaba sobre el puente. El comerciante anciano se aprovechó de esta circunstancia para soltar algunas imprecaciones contra el padre Mob, de quien vehemente sospechaba que no habia sido estraño á la captura, y añadia:

—¡Pobre diablo! perdónele Dios ahora que le han ahorcado!

Nicoláo Birschop notó que por primera vez, no escitaba ya la alegria de la tripulacion con sus palabras. Por el contrario, todas las caras se habian puesto severas é inmóviles. Al pedir la esplicacion de aquel silencio, le cayó una mano muy pesada sobre el hombro, y una voz que no le era desconocida le dijo en cierto tono que le hizo estremecer:

—Amigo, no es ningun acto de caridad el hablar asi de los muertos, cuando no se hallan presentes para refutar la calumnia.

Volvióse Nicoláo para saber á punto fijo con quien se las habia. Pero casi desfalleció al reconocer en su interlocutor al padre Mob en persona, al padre Mob á quien habia visto ahorcar en la plaza pública de Amsterdam, y llevar al verdugo en sus hombros como un caballo á su ginete. El padre Mob! sí: él era con su atezado rostro, con sus pobladas cejas y su sombrero de cuero barnizado. Motivo habia para volverse loco!

Al lado del padre Mob venia uno de sus criados negros que traia el houka humeante. A pocos pasos de él caminaba su hija Beata apoyada en el brazo de Christian, que se sonreia del terror de su padre.

—¡Esto es prodigioso! repitia M. Birschop sin apartar los ojos del recienvenido: ¡prodigioso! ¡prodigioso!

Su sorpresa no pudo formularse en términos mas variados. El contrabandista previno sus preguntas.

—Soy el capitan del bergantin en que actualmente vamos navegando.

M. Birschop soltó un *ah*! muy significativo, que podia interpretarse de todas las maneras imaginables.

—Esta es la tercera vez que me han ahorcado sin que me muera, continuó el padre Mob.

El *ah*! del comerciante, sin mudar precisamente de naturaleza. tomó una espresion de asombro mas superlativa. El contrabandista prosiguió diciendo:

—Si alguna vez os encontrais en semejante caso, os enviaré el médico de mi bergantin que os prestará este pequeño servicio. Por ahora, todo lo que puedo hacer en vuestro obsequio es participaros que he suplicado al corsario marroquí que suelte la conquista que hizo el otro dia en las aguas de Texel.

—¡Es posible! murmuró Nicoláo.

—Vuestros dos barcos de Batavia entran en este momento á toda vela en el puerto de Amsterdam.

—¡Ah caballero! me volveis la vida y el honor! esclamó M. Birschop. Haced que me lleven á Holanda para que hoy mismo pueda registrar mis [illegible]ques.

—Difícil y peligroso es para mí lo que pedís, repuso el capitan. No tengo intencion, os lo aseguro, de hacer nuevamente el esperimento que tan bien me ha salido. Pero ya estamos á la vista de la costa de Francia, y mi chalupa va á dejaros en el puerto de Dunkerque. Me quedo con vuestro hijo Christian porque ama á mi hija, y porque Beata no puede vivir sin él. Se casarán en Beyrout. El caudal que yo les daré

es suficiente para que vivan en otra parte, y lejos de mí si así les place. Una palabra antes de separarnos. Habeis tratado de loco á vuestro hijo, porque su salvage independencia sacude el yugo de las preocupaciones mundanas, porque su hermoso carácter le encamina á buscar la felicidad en la satisfaccion de su natural instinto: pero en este negocio ¿no sois vos el verdadero loco, pues lo sacrificais todo á una riqueza que un soplo puede arrebataros? ¿no lo es tambien vuestro buen señor cuñado, el caballero Slaert, que ha visto todo el edificio de su orgullo roido y aniquilado por los dientes de algunos ratones?

El bergantin *Sun* permaneció tres horas al pairo. Su chalupa desembarcó en el puerto de Dunkerque á Mr. Birschop y al caballero Adalberto Slaert, los cuales á la mañana siguiente se pusieron en camino, gozosos, satisfechos y embarcados en el paquebote de Amsterdam. El curso de filosofía práctica que habian hecho á bordo del bergantin contrabandista, no fué parte á curarles de sus respectivas monomanías. A esta hora sostienen todavia, que el hombre no ha venido á esta tierra miserable sino á amontonar florines y á leer tratados de heráldica.

F. S.

GRATITUD DE LOS ANIMALES.

Este sentimiento innato de todos los séres, que nos induce á pagar los beneficios recibidos, bien por medio de nuestras acciones, ó simplemente por nuestros deseos, no es solo peculiar al hombre, que por desgracia se desentiende de él las mas de las veces, impulsado por otros sentimientos menos nobles, por pasiones mas mezquinas, cuales son el orgullo y la vanidad. Los animales participan tambien de él, y á veces nos ofrecen admirables ejemplos, lo cual prueba que este sentimiento no adquiere mayor perfeccion con la civilizacion, antes al contrario, esta le perjudica muchas veces, porque el refinamiento de los vicios encuentra mil disculpas con que adormecer esta memoria del corazon, como se ha llamado al reconocimiento. En los salvages está este sentimiento profundamente arraigado; y rara vez se hacen sordos á él ese gran número de criminales que en medio de su perversidad les ha quedado siempre un lugar en el corazon donde albergar el reconocimiento á sus bienhechores.

Esta verdad se demuestra palpablemente al encontrar este sentimiento instintivo en los animales, asi como se hallan en ellos otros muchos, pues como con razon dice Plutarco, podemos tomar muchas veces para nuestra conducta lecciones ó ejemplos útiles en las costumbres de los animales. En efecto, nótase en ellos que son capaces de contraer una amistad vivisima, un reconocimiento sin límites, que el tiempo no es bastante á entibiar, y diariamente nos dan muestras notables de estos sentimientos muchos de los animales que nos rodean, el caballo, el asno, el buey, el perro, nos cobran aficion, y llegan á ser nuestros mas fieles compañeros, y esta amistad, este afecto que nos cobran se duplica con el agradecimiento, cuando no tiene su origen en él. El animal á quien se le hace un beneficio, como no encuentra esa multitud de medios que el hombre halla para aminorarlo, y reducirlo cuanto le es posible, se entrega enteramente al sentimiento de la gratitud que se despierta en él, y que ningun otro viene á combatir, conservándolo

vivo para siempre; de lo cual pudiéramos citar numerosos ejemplos. El perro particularmente, nos los da frecuentes de su reconocimiento, de su afecto y fidelidad. Sirve al hombre que lo mantiene, y lo alhaga, con un desinterés sumo, que es difícil encontrar en las personas racionales. Los perros de Terranova y los de la Siberia particularmente hacen por sus dueños cuantos sacrificios son imaginables; se esponen á la muerte por salvarlos, les ayudan en sus trabajos, y hasta parece quieren consolarles con sus alhagos y caricias en sus pesares. Cuéntanse muchas anecdotas, no menos curiosas que interesantes acerca del agradecimiento de los brutos, y todas nos prueban no solo cuan arraigado se halla en ellos este sentimiento, sino tambien que el hombre no ha perdido nunca el bien que les ha hecho; pues que los animales, con una sagacidad maravillosa, y con un celo que seria en vano buscar entre las personas dotadas de razon, preveen hasta los peligros que amenazan á sus bienhechores, y procuran libertarlos de ellos, por medios á cual mas ingeniosos, y que muchas veces hacen que su instinto parezca asemejarse á la razon humana. ¡Cuantos casos no se han dado que justifican lo espuesto! ¡Cuantas veces el beneficio dispensado á un animal no ha salvado á la persona dispensadora de él! Algunos perros, han salvado á sus favorecedores de inundaciones, de ladrones, y de otros peligros, ora esponiendo sus vidas por las de sus dueños, ora advirtiéndoles del peligro, y siempre logrando apartarlos de él, ó perecer con ellos, cuando otra cosa no les ha sido posible, dándoles de este modo la última prueba de su agradecimiento y amor. Lo mismo se puede decir de muchos otros animales. El caballo, por ejemplo, ofrece en su historia hechos que comprueban tambien su fidelidad al hombre y el agradecimiento que le profesa cuando se muestra con él generoso y benéfico. Cuantas útiles lecciones no dan al hombre de lealtad, de valor de amistad en los campos de batalla! ¡Cuantas veces no se han visto á los caballos servir de escudos á sus dueños, defenderlos con las armas que les dió naturaleza, y sacrificarse por último, por no abandonar á sus ginetes, ya que no pudieron salvarlos. Uno de los hechos mas notables de este género fue el ocurrido cuando la expedicion del marques de la Romana. Al embarcarse este con su ejército en el Norte para volver á España se dió órden de matar á todos los caballos que no podian ser embarcados, órden, que como es de suponer, causó pesar á muchos soldados, que teniendo cariño á sus caballos, procuraron esquivarla, disparan-



Gratitud de un leon.

do al aire y dejando á los nobles animales en libertad, pero estos lejos de huir se expusieron de nuevo á la muerte por seguir á sus salvadores, arrojándose al mar, y siguiendo á nado las lanchas que conducian sus dueños.

No se limita el agradecimiento á los animales domésticos que por su roce con los hombres les cobran aficion; este sentimiento no lo desconocen ni aun los mas feroces moradores de los bosques. Se ha citado repetidas veces el hecho del esclavo que arrojado al Circo para que fuese despedazado por un furioso leon, este lejos de precipitarse sobre su víctima se tendió á sus pies, le lamió las manos, y dió á entender con sus movimientos, que estaba pronto á defenderle. Lo nuevo del caso llamó estraordinariamente la atencion, y tratándose de averiguar aquel al parecer misterio, se supo que en otra época, cuando el leon andaba en libertad, el esclavo le dispensó un beneficio, que el tiempo no fue capaz de hacer olvidar al agradecido animal. De otro leon se refiere tambien, que salvado de la muerte por un caballero, desde aquel momento lo siguió por todas partes como si fuese un perro.

Repetimos, que este sentimiento innato de la organizacion se manifiesta sobremanera en el estado salvage, y en los brutos, quienes con sus acciones nos hacen á veces avergonzar, y sentir que otras pasiones menos nobles entibien esos sentimientos elevados del alma, si es que ya no los destierran de ella, faltando asi á la justicia, á la equidad y á la razon.

S. G. P.



INDICE POR MATERIAS.

ESTUDIOS DE CIENCIAS NATURALES.

Gigantes enanos y pigmeos. Página 70.
El Condoro. 116.
Noticia de algunas grutas y cavernas curiosas. 117.
Los Hidrofilos. 147.
El Ciervo. 198.
El Buey. 275.
La Zorra. 400.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

Conquista de Granada. 177.
Aniversario del descubrimiento de la conspiracion de Marino Faliero en Venecia. 215.

ESTUDIOS BIOGRÁFICOS.

El Excmo. Sr. D. Martin Fernandez de Navarrete. 58.
Rubens. 166.
Antonio Perez. 228.
Miguel Montaigne. 307.
El General Espartero. 354.
Sócrates. 382.

VIAJES.

Surinam. 25.
Un viaje al monasterio del Escorial. 103.
El Stafides. Recuerdos de un viaje. 131.
Un dia en Friburgo. 139.
Bruselas. 317.

COSTUMBRES.

El suscritor. 7.
Ritos de los turcos. 125.

LEYENDAS HISTÓRICAS.

Chimay y Couvyu. 34.
Adriano Brauwer. 38.
Magnánima expiacion. 73.
La Juventud de Mirabeau. 169.
La Margrave. 201.
La noche de S. Bartolomé en Francia. 233
La Corbata de Alexis Orloff. 287.
Los anillos de Madama de Chateaubriand. 309.

NOVELAS, CUENTOS Y ANÉCDOTAS.

Tchin-Sing y Ju-kiouan. Novela china. 18.
Una americana. 30.
Connor O'Mara. 49.
Alix y Berenguer, ó la fuente de amor. 63.
Margarita. 78.
No hay mugeres en Paris!!87.
Cuarenta mil reales de renta. 96.
La Bata del Baron Horacio 110
La Marquesa de Guadaira. 121.
La piedra de toque. 148.
Magdalena. 156.
El Diablo enano. 182.
Una hora en la vida. 191.
El Marido misterioso. 224.
El Primo del Marques. 260.
De Padre á Hijo. 292.
Una partida de Ecarté. 303.
Amor despues de la muerte. 319.
La Cruz pesada. 344.
Caled y Djeida: cuento árabe. 351.
Jouvente de la Torre. 357.
Angel y Demonio. 367.
Un Artista. 375.
Blanca Perruzzi. 386.
La hija del Pirata. 405.

POESIAS.

Las dos rosas. 102.
El Desden. 146.
En el Album de la Sta. Doña S. L. de Z. Soneto. 274.
Un Congreso de Narices. 279.
Mangora: leyenda en verso. 334.
A la memoria del Pbro. D. Jayme Balmes. 348.
Afectos puros. 403.

EDIFICIOS Y MONUMENTOS NOTABLES.

El Antiguo Alcázar de Madrid. 46.
La Casa de Correos en Madrid. 85.
Acrópolis de Atenas. 95.
Sepulcro del Cardenal Cisneros. 154.
Real Museo de pintura y escultura, en Madrid. 187.
El Alcazar de Sevilla. 220.
El Ayuntamiento de Sevilla. 257.
Hospicio de S. Fernando en Madrid. 285.
La Casa llamada de Pilatos, en Sevilla. 299.

MISCELANEA.

Sobre la condicion de la muger. 32.
Higiene. Inconvenientes de los corses muy ceñidos. 76.
El Estornudo. 278.
Del riesgo de ser enterrado vivo. 290.
Estudios mitológicos. Teseo. 364.
Arquitectura Churrigueresca 372.
Gratitud de los Animales. 420.

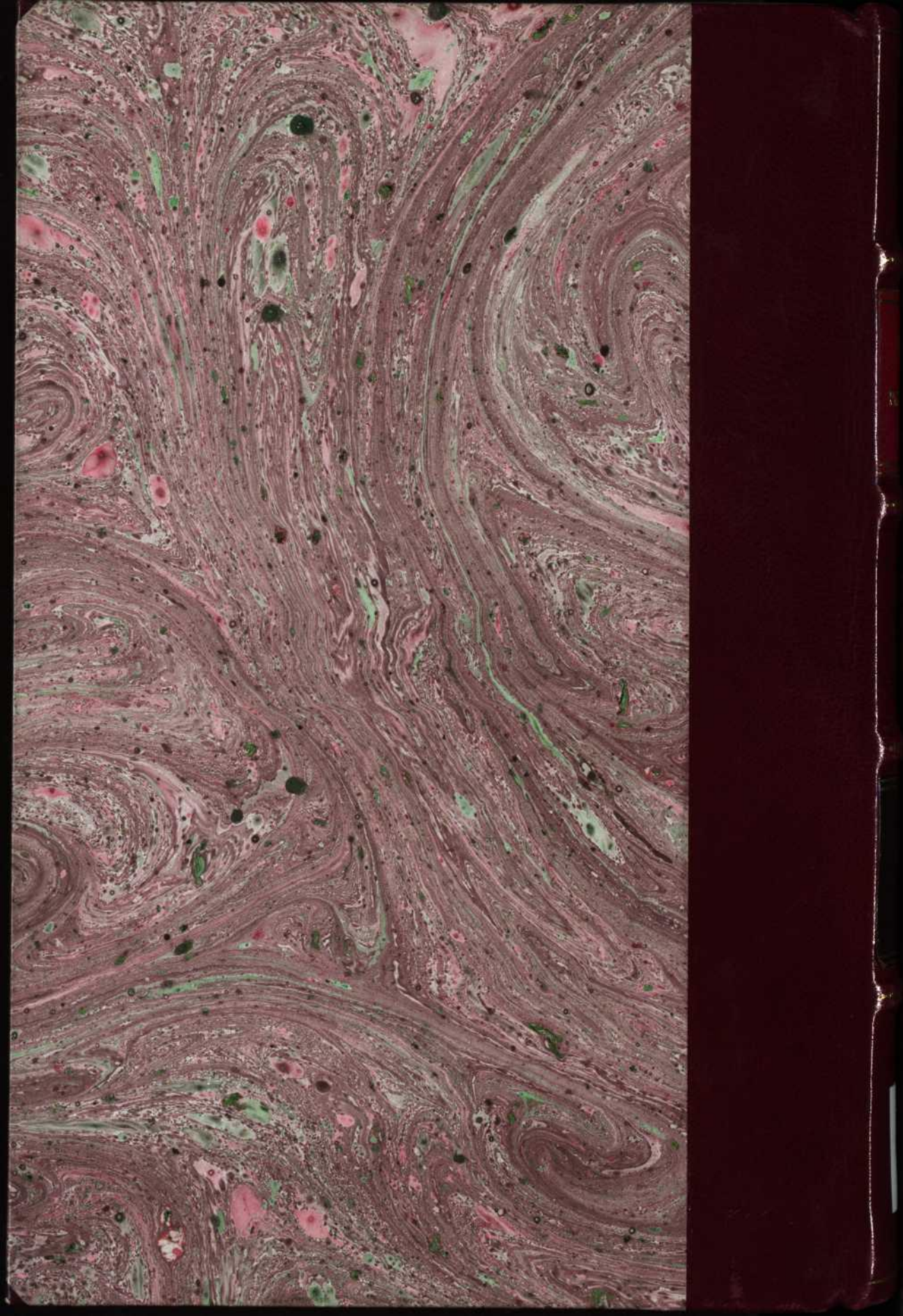
LÁMINAS ILUSTRATIVAS QUE CONTIENE ESTE VOLUMEN.

Vista de Canton. 19.
Mercado de Surinam. 26.
La flecha devuelta. 36.
Vista de la fachada del antiguo Alcazar de Madrid. 47.
Connor y sus hijos. 55.
El Excmo. Sr. D. Martin Fernandez de Navarrete. 59.
Berenguer en el torneo. 68.
Diseño del torso de la Venus de Médicis. 76.
Diseño del torso de una señorita encorselada. 77
Casa de Correos en Madrid. 86.
Acrópolis de Atenas. 91.
Panteon del Escorial. 108.
El Condoro. 116.
Vista general de Sevilla. 123.

El lago de Constanza. 141.
Los Hidrofilos. 147.
Sepulcro del Cardenal Cisneros. 155.
Juan Rubens y su hijo. 166.
Entrada en Granada de los reyes católicos. 181.
Vista del Real Museo de Pinturas en Madrid. 189.
El Ciervo. 198.
El Conde de Hauenzern paseando á caballo. 206.
La Señorita de Feyberg 211.
Baños de D.ª María Padilla en el Alcazar de Sevilla. 223.
Antonio Perez. 229.
Cena en casa del capitan Losse 233.
Muerte de Gondrin. 248.
Ana de Curson. 254.
Casa del Ayuntamiento en Sevilla. 259.
El Buey. 275.
Hospicio de S Fernando en Madrid 286.
El Conde Kusol y la Señorita B.*** 295.
La casa llamada de Pilatos en Sevilla. 300.
Montaigne despertando a su hijo. 308.
Casa del Ayuntamiento de Bruselas. 316.
Lena ante el cadáver de su esposo. 328.
Entrada de Espartero en Barcelona. 356.
Teseo en el laberinto de Creta. 365.
Juguete de adorno. 371.
Fuente de la plaza de Anton Martin en Madrid. 373.
Sócrates y Jantipa. 383.
Luciano Castelli. 388.
La Zorra. 400.
El Caballero Adalberto y Nicolao Birschop. 406.
Un Eclesiástico holandes. 414.
Gratitud de un leon. 421.







REVISTA

PINTORESCA

1848

19
B4
3-1